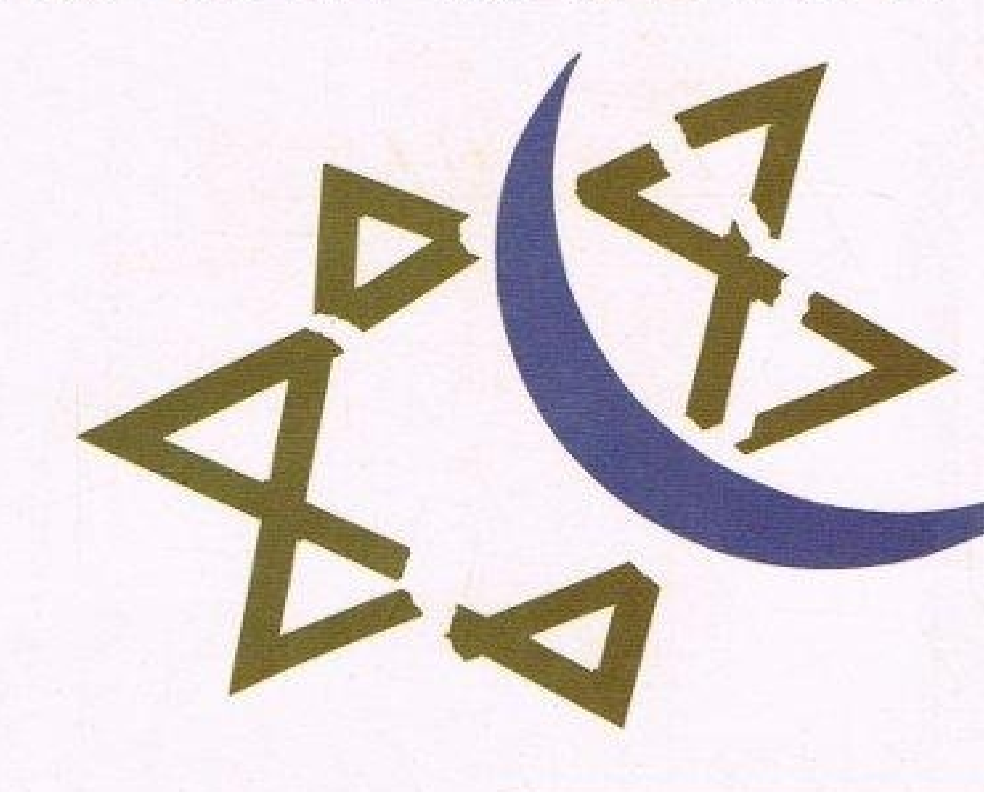
LEON URIS

EL PASO DE MITLA



Uris nos presenta aquí la apasionante figura de Gideon Zadok, un hombre atrapado en sus propias contradicciones. En esta novela vamos de las comunidades judías de la Rusia zarista hasta Hollywood, y después al nuevo Estado de Israel, en 1956. Gideon conoce el engañoso esplendor de Hollywood y comprende que allí su carrera literaria corre peligro.

En vísperas de la Guerra del Sinaí, en 1956, el protagonista se une a las tropas israelíes. Es lanzado en paracaídas sobre el estratégico punto del Paso de Mitla, detrás de las líneas enemigas. En el fragor de la batalla, Gideon debe librar consigo mismo una lucha aún más violenta.

Leon Uris

El paso de Mitla

ePub r1.0
Titivillus 01.05.15

Título original: *Mitla Pass*
Leon Uris, 1988
Traducción: Rosa S. de Naveira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Este libro está dedicado a mi amada hermana Essie

TESTIMONIO DE GRATITUD

Este libro hizo necesario un extraordinario trabajo de investigación, y un investigador extraordinario. El clarificar una confusa historia militar y narraciones de batallas, más el estudio de mil y una pequeñas pistas fue una tarea gigantesca, realizada de maravilla. Me gustaría reconocer y dar las gracias a Priscilla Higham por su tremenda habilidad e ingenio, por su completa devoción a este proyecto, y, sobre todo, por su amistad, en especial cuando las aguas se encresparon.

Y a mi esposa Jill. Dios bendiga a la esposa de un escritor.

Primera parte
¡JERÓNIMO!

TEL AVIV

20 de octubre de 1956
Día D menos nueve

La casita del Primer Ministro, restos de la antigua colonia alemana, estaba situada discretamente en medio del gigantesco complejo defensivo, en el extremo norte de Tel Aviv. La medianoche había llegado y pasado. La riada de visitantes disminuyó hasta un goteo, luego cesó.

Por el momento, David Ben-Gurion se encontraba solo; su primera oportunidad en todo el día para algo de contemplación solitaria. Se sentaba tras un escritorio que dominaba una larga mesa de conferencias cubierta con un paño verde. Los ceniceros rebosaban de colillas muertas. Las cestas de fruta sostenían corazones de manzanas y peras, pepitas de uvas, pieles de plátano y huesos de melocotón; la fruta había sido devorada. Botellas de soda medio vacías habían perdido el gas y otras, volcadas sobre el desorden, parecían una patrulla de soldados sorprendida entre dos fuegos.

El grupo de soldados de limpieza, dos muchachas y dos jóvenes que llevaban distintivos de máxima seguridad, entraron de puntillas y atacaron aquel desbarajuste.

—¿Puedo servirle algo…, un poco de té? —preguntó una de las muchachas.

Ben-Gurion hizo un gesto negativo con la cabeza. Era una gran cabeza que parecía aún mayor ya que remataba un cuerpo bajo y gordo. Coronada por una amplia calva de cuya parte baja se disparaba una blanca melena en todas direcciones. Su rostro de querubín permanecía engañosamente plácido.

—¿De dónde sois? —preguntó.

—Marruecos —respondió una de las muchachas.

—Rumania. Vivo en Moshav Mikhmoret.

—África del Sur. Mi familia se encuentra en Haifa —contestó la segunda muchacha.

—Yo soy un sabra, *kibbutz* Ginnosar.

—El kibbutz de Yigal Allon —dijo Ben-Gurion.

—Sí —respondió con orgullo el joven soldado.

Ben-Gurion inclinó la cabeza y sus ojos parpadearon. Era maestro en echar sueñecitos, una habilidad perfeccionada en centenares de conferencias sionistas. Cuando el equipo de limpieza se fue, eran casi las dos de la mañana.

Los ojos de *el Viejo* se abrieron para fijarse en un documento de una sola página que esperaba su firma, la aprobación de un plan («Operación Kadesh»), que haría entrar en guerra a su joven nación. Solo habían transcurrido ocho años desde que firmó otro documento, una orgullosa proclama que erguía a su país como Estado. ¿Llegaría a haber un noveno cumpleaños, o todo terminaría en horror como un asedio bíblico con la espantosa escena final de una masacre nacional?

Las últimas tres semanas habían sido de pura pesadilla merced a la rapidez e

intensidad de los acontecimientos: las reuniones secretas en París con los franceses y más tarde con los británicos, el acuerdo clandestino de ir a la guerra juntos; el regreso de los oficiales israelíes que se habían entrenado en academias militares y en escuelas de guerra especiales de todo el mundo; la llamada a los reservistas; el casi desastroso raid sobre Kalkilia para que el mundo creyera que Jordania, y no Egipto, era el enemigo en cuestión; los equipos franceses, sin piezas de recambio; presión, que aumentaba a diario, por parte de Eisenhower y los estadounidenses; amenazas horribles por parte de los rusos…

«“Operación Kadesh”. ¡Qué esotérico!», pensó Ben-Gurion. El lugar bíblico en el Sinaí donde los judíos vivieron algún tiempo en sus andanzas con Moisés.

La «Operación Kadesh» necesitaba una serie de milagros para tener éxito. Todas las evaluaciones eran espantosamente iguales: *Israel debe ganar la guerra en los primeros cuatro días. Un conflicto prolongado en el que cada nación árabe participaría, sería desastroso*.

Ningún país pequeño va a la guerra sin el apoyo de una fuerza mayor. Sin embargo, Ben-Gurion, en lo más profundo de sí, sentía que los asociados de Israel, Francia e Inglaterra, titubearían, lo dejarían solo, sin hombres y sin armas.

¡Israel debe ganar la guerra en los primeros cuatro días!

A medida que el día D se acercaba, todo parecía salir mal. Los informes de ordenanza no hacían sino machacar el espíritu: ninguna estera de acero de repuesto para que los vehículos se deslizaran sobre las arenas chupadoras del desierto; viejos tanques reformados que reducían aún más la fuerza de su blindaje; rifles de Bélgica que no estaban a la altura de lo que se esperaba, ningún filtro de los vehículos oruga para que evitaran ahogarse en el desierto, y una escasez de cintas de tanque, cadenas, correas de transmisión, puntos de reparación, baterías, poleas…; una fuerza aérea obsoleta, en forma de aviones de pistón de la Segunda Guerra Mundial, para enfrentarse con el doble de nuevos «MIG», propiedad de los egipcios; ninguna batería antiaérea para defender las ciudades de los bombardeos egipcios pilotados por «voluntarios» procedentes de Polonia y Checoslovaquia.

Las órdenes para los comandantes de brigadas eran sencillas hasta la desesperación. Decían, en efecto: «*Tenéis un objetivo. Debéis alcanzar el Canal de Suez en tres días pese a la resistencia. No pediréis ni refuerzos ni provisiones porque no los hay*».

Lo peor era la constante y torturadora convicción de que los ingleses y franceses los abandonaran. Esto liberaría divisiones frescas de tropas egipcias para reforzar el Sinaí. Si Francia e Inglaterra no bombardeaban los aeropuertos egipcios, Nasser pondría a los bombarderos rusos a trabajar sobre las ciudades de Israel.

¡Debemos ganar la guerra en cuatro días!

Dos de las brigadas debían de atravesar más de ciento sesenta kilómetros de inmensidad desértica sin mapas…

… y el Séptimo Batallón, el «Batallón de los Leones», debía dejarse caer detrás

de las líneas enemigas del Sinaí, expuesto a un desastre, un sacrificio de las fuerzas. *El Viejo* había litigado durante horas con el jefe del Estado Mayor, Moshe Dayan, para tratar de disuadirle de dejar caer en paracaídas al «Batallón de los Leones» cerca del paso de Mitla. Dayan se mostró inexorable. Aquello era la clave de toda la operación, una maniobra para una confusión inicial del enemigo, y además para detener los refuerzos egipcios. Cuando las brigadas se encontraran con el batallón, la fuerza combinada se dirigiría hacia el Sur para liberar el paso, bloqueado, del mar Rojo. Sí, el riesgo era enorme… pero trate de meterse en una guerra sin riesgos.

Jacob Herzog, el confidente y más íntimo consejero de B-G[1], entró en la habitación con Natasha Solomon. Herzog era un hombre pálido, al estilo de los eruditos; se trataba de un judío irlandés, hijo del jefe rabino askenazi, con una magnífica mente, religiosa y legal. Colocó ante *el Viejo* el resumen del día y las últimas comunicaciones.

Natasha Solomon dejó un paquete de papeles sobre la mesa, traducciones de mensajes de los franceses. Incluso a esta hora, Natasha suponía una visión reconfortante. Era una de esas mujeres que ganaban una dimensión extra de belleza a través del cansancio, una cierta sensualidad en las negras ojeras de fatiga formadas bajo sus ojos, como si fueran de agotamiento al final de un día de amor. Era la dulzura personificada, distinta de muchas de las mujeres sabras y del *kibbutz*, vestida al estilo de Europa central que hacía que la seda de su blusa flotara sobre ella y gritara «¡Mujer!» incluso a las dos de la mañana. Un recuerdo casi olvidado pasó por la mente de *el Viejo…* Una muchacha, hacía mucho tiempo. Curioso recordar semejante cosa en un momento como aquel.

Ben-Gurion se acercó el resumen pero sus ojos estaban cansados. Entregó los papeles a Natasha y le indicó un asiento; luego, cogió un bloc y una pluma y empezó a tomar notas mientras ella leía.

Los británicos eran muy cautos, astutos, y aumentaron la desconfianza de B-G. Herzog trató de ordenar los acontecimientos del día, pero otros más nuevos los alcanzaban ya.

Tanto la Unión Soviética como Estados Unidos se hallaban hundidos en sus propios problemas. Una elección presidencial estadounidense iba a tener lugar a los pocos días y, tradicionalmente, era un excelente momento para cazar a Washington desprevenido.

En Polonia y en Hungría hervían las revueltas contra los rusos. Los estudiantes de Budapest se habían amotinado y crecía la inquietud. El Servicio de Inteligencia israelí suponía que los tanques rusos no tardarían en entrar en Budapest.

Herzog suponía que estos acontecimientos darían una ligera ventaja a Israel. Rusia y EE. UU. podían reaccionar despacio ante el ataque israelí sobre Egipto. Si Israel aguantaba a nivel diplomático durante tres días, sus fuerzas podían incluso alcanzar el Canal y la participación de Israel en la guerra habría terminado.

Pero Norteamérica se sentiría seguramente ultrajada ante el hecho de que sus dos

más cercanos aliados, Inglaterra y Francia, iniciaran una acción militar sin advertirla. En cuanto a los soviéticos, tendrían que montar un espectáculo en beneficio de sus clientes egipcios.

—¿Hay algo que no hayamos cubierto, Yakov? ¿Algo… algo…?

Herzog señaló el documento que iba a desencadenar la «Operación Kadesh».

—Su firma —dijo.

Ben-Gurion no quiso abandonar, buscando el minúsculo detalle olvidado, algo insignificante que podía haber sido pasado por alto. Todo se reducía a lo mismo. Gamal Abdel Nasser, el presidente egipcio, estaba en plena euforia. Se había apoderado del canal de Suez y arrojado de allí a británicos y franceses; bloqueado el estrecho de Tiran, al extremo de la península del Sinaí, para la navegación israelí; transformado la franja de Gaza en una enorme base terrorista que violaba, a todas horas, la frontera israelí; amontonado un enorme ejército en el Sinaí, armado con una despensa de armamento ruso. La última línea era que Israel no podía elegir más que la acción militar…, con o sin los británicos y los franceses.

Garabateó su nombre en el papel. ¡Su nación estaba en guerra!

—¿Algo más? —preguntó.

Herzog puso delante de él una hoja que requería iniciales.

—¿Qué es esto?

—Un pequeño asunto. Permiso para que Gideon Zadok pueda entrar en el Sinaí con la unidad de vanguardia. Tiene elevada una petición para que si hubiera una acción importante, se le autorizara a unirse a ella como observador. Documentación para su libro.

—¿Estoy equivocado o también participó en el raid de Kalkilia?

—Lo hizo —respondió Herzog—. Tanto Zechariah como Ben Asher me dijeron que se comportó muy bien bajo el fuego.

—¿Qué tal su investigación por Inteligencia? —preguntó Ben-Gurion.

—Al principio de su viaje aquí, nos dimos cuenta de que estaba en posición de ganar valiosa información para pasar a los norteamericanos. Tanto Beham como Pearlman le pasaron informes falsos sobre el cohete Ramon y el proyecto atómico en la planta del norte de Haifa. Los datos que le dimos serían fáciles de seguir si los había pasado a los EE. UU. A nuestros muchachos no les turba como riesgo de seguridad y yo, personalmente, voto por él, pero creo que Natasha está en mejor posición para juzgarle.

—¿Natasha?

—Gideon Zadok es de los nuestros —dijo ella—. Ha estado con seis o siete patrullas de la frontera y del desierto con unidades del «Batallón de los Leones». También ellos confían en él.

—Bien, ¿por qué no? —asintió Ben-Gurion—. Es un buen muchacho. Tiene ideas raras sobre no instalarse en Israel. Le haré cambiar de opinión. Pero…, ¿quién sabe? Puede escribir un libro importante… —y *el Viejo* puso sus iniciales en la hoja—. ¿A

quién lo asignáis?

—Creo —explicó Natasha— que si Gideon conociera los planes, elegiría ser lanzado con los «Leones» en el paso de Mitla.

—Esta es la única parte que no me gusta —interpuso Herzog—. Es un norteamericano, al fin y al cabo. Si se lo devolviéramos a Eisenhower metido en una caja de madera, podríamos tener un incidente desagradable.

Ben-Gurion reflexionó:

—También tenemos derecho a un escritor de pobres. Mándenlo con los «Leones». Es un escritor. Debe de entrar en acción. Bien sabe Dios que no escribe como Hemingway, pero he oído decir que bebe como él.

—De esto puedo dar fe —afirmó Natasha.

—No te deshagas en llanto con este muchacho —advirtió *el Viejo*.

—Ya lo he hecho —contestó ella.

GIDEON

Herzlia, Israel, 29 de octubre de 1956
Día D, hora H menos nueve

No podía moverme. Sentía como si mis pies estuvieran encerrados en cemento. Mi cerebro era un torbellino de imágenes borrosas y horripilantes. Aviones de extrañas formas caían del cielo…, los rostros distorsionados y asustados de mis hijas gritaban pidiendo ayuda… Valerie estaba golpeando a un canalla sin rostro, y chillaba con acritud mientras se reía de mí… Una banda de músicos decapitados tocaba una marcha militar… Mierda, ¿qué era todo eso? Olitas que rompían en una playa…, shus…, shus…, shus…

Parpadeé y abrí los ojos.

Shus… Shus… Shus…

¿Dónde diablos estoy? Mi boca estaba llena de arena. Me esforcé por moverme. Caído en una trampa. ¡Maldición! ¡No puedo moverme!

Tiré con fuerza y me incorporé sobre los codos. La playa estaba vacía. Mi rostro volvió a caer sobre la arena. «¡Recóbrate, Gideon! ¡Piensa, hombre!». Está bien. Ya lo sé. Yo…, yo…, salí del hotel y…, eh… Salí del hotel y di un paseo por la playa para aclarar mis ideas. Pensemos, ahora. Debí pararme al borde del agua y…, supongo que perdí el sentido de pura fatiga. ¿Dónde está el hotel? ¡Maldita sea!, no veo demasiado bien…, ah, arena.

¡Piensa! La marea me ha barrido. Mis piernas y mis pies están hundidos en la arena mojada. Moví los pies y las piernas para soltarme y me levanté, fui hasta el agua tambaleándome y metí la cabeza en una pequeña ola. ¡Mierda! La arena desapareció de mi rostro, orejas, boca, nariz y cabello. Pero los ojos me escocieron por el agua salada. Volví a meterme, tragué un sorbo, enjuagué la boca y escupí. ¡Brrr!

Miré a mi alrededor. Ni un alma, ni siquiera un pájaro. Nada más vacío que una playa vacía.

¡Oh, Cielos! Recordé las veinticuatro horas pasadas. La evacuación y ver cómo Valerie y las niñas se iban en avión. ¿Cómo había llegado hasta allí? Ahora lo recuerdo. Fui a casa y no pude soportar quedarme allí solo, así que me dirigí al hotel. Estaba desierto.

¡Nuestro perro, *Grover*! Vamos Gideon, vuelve a la realidad. Fui a casa, decidí ir a mi despacho en el hotel. *Grover* tenía fiebre. Lo llevé conmigo y tuve que subirlo en brazos cuatro pisos hasta mi habitación. El hotel estaba a oscuras, vacío, daba miedo.

¿Dónde estaba *Grover*? Bien, está bien, veamos. Lo metí en el coche para que me esperara. Iba al veterinario con él, a Tel Aviv. Después di un paseo por la playa para aclarar mi cabeza. Me senté a descansar y debí desmayarme. Suerte que no me

ahogué.

«Oh, Señor, ¿dónde estarán Val y las niñas ahora? ¡Qué desastre he organizado!». Volví a revivir la escena de la evacuación. Sonido de trompetas. Gideon acaba de hacer su entrada triunfal en la ciudad de la mierda.

—¡Gideon! —llamó una voz desde lejos—. ¡Gideon!

Ahora oigo voces.

—¡Gideon! —repitió la voz.

Si esta voz no es de verdad, estoy perdido.

—¡Gideon!

Apreté los ojos, traté de eliminar el escozor de ellos y conseguí enfocar la figura de una mujer de pie en la playa, cerca del hotel, que gritaba y agitaba los brazos.

—¡Natasha!

Me lancé playa abajo pegado al borde del agua, donde la arena era dura, me detuve y recobré el aliento, luego corté sobre la arena blanda en dirección al hotel. Un sendero llevaba a la terraza. Gruñí y me quejé cuando las piedrecitas y las conchas mordieron con fuerza las plantas de mis pies; y, entonces, me encontré frente a ella, pero casi doblado en dos.

Natasha clavó sus garras con tal fuerza en mi espalda que sentí y oí cómo se desgarraba mi camisa. Me mordió los hombros mientras lloraba como una loca. Tiró de mi cabello mojado, salado, lleno de arena. Yo me volví hacia ella y la estrujé hasta casi dejarla sin aliento por la fuerza de mi abrazo.

Pasado un instante nos encontramos abrazados como un par de luchadores que se han agotado y están unidos y se tambalean. Nuestros cuerpos se quedaron quietos, vacilando un poco solo cuando luchábamos por controlar nuestra respiración. Una ráfaga de viento proyectó su cabello contra su propio rostro y se mezcló con sus lágrimas. Yo me desasí y cojeé fuera del sendero a donde la arena era blanda en un punto rodeado de matas de hierba de duna.

—Se han ido —conseguí balbucir.

—Yo he estado todo el día con B-G. Me enteré de la evacuación, pero no me atreví a telefonear desde allí. Todo pasa por la centralita. Estaba fuera de mí. Pensé…, creí que te habías ido con ellas.

Moví los brazos.

—Querías irte con ellas, ¿verdad?

—Pero estoy aquí, ¿no?

—Pero querías irte. —Sus ojos reflejaban dolor.

—Estoy aquí.

—¿Por qué?

—Supongo que me dio más miedo la evacuación que el quedarme aquí. No quería moverme para participar en el raid, o la batalla, o la guerra…, ¡o en lo que demonios sea!

Se puso agria. Inconfundible, vieja Natasha:

—Te quedaste porque no ibas a demostrar tu cobardía ante todo el país. Después de todo, es bien conocido el duro infante de Marina que eres. Tu bendita novela es la biblia del Ejército de Israel. Los profetas no huyen.

—Venga, deja ya de pinchar. Estoy aquí… —Alargó la mano y acarició su sedoso cabello rojo y la atrajo hacia él, esta vez con dulzura—. Quizá me he quedado por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué? Soy veneno. Me has dicho una docena de veces que soy veneno puro. —Se desprendió con brusquedad de mi abrazo y se alejó del sendero en dirección a una oleada de pequeñas dunas que formaban parte del entorno. Cedió un poco cuando le pasé el brazo sobre los hombros y contemplamos el vacío irreal al fondo.

—Qué silencioso está todo por aquí, ahora —murmuré—. ¿Estás bien?

Suspiró y se apoyó contra mí.

—La cabeza me da vueltas como loca. Ha sido el caos. Todo es una locura. Ben-Gurion enfermó anoche. Se levantó de su silla y se desplomó. Jackie Herzog le montó una habitación de hospital en la casita. Hay veinte guardias a su alrededor.

—¿Qué es lo que tiene?

—No lo sé. Mucha fiebre. Hay doscientas personas que intentan conseguir verle. Está…, está…, vomita siempre. Se encuentra malo como un perro. Hacemos que corra la historia de que se halla fuera del país en una reunión secreta. Solo dispongo de unas horas. Tengo que volver.

De pronto se estremeció y se apartó de mí. Natasha podía disimular con cualquiera excepto conmigo. El color había abandonado su rostro y se mordía, nerviosa, el labio.

—¿Estamos en guerra? —le pregunté.

Su falta de respuesta era suficiente respuesta.

—¿Cuándo?

—Esta noche —logró decir temblando—. Todavía puedes irte. Hay un destructor norteamericano que se dirige a Haifa.

Yo sabía que se acercaba. Todo el mundo lo sabía. Pero me impresionó. Ese ramalazo de miedo que provoca temblores a través del cuerpo. No se puede dividir el miedo en mitades y cuartos, pero yo sabía que tenía más miedo por Israel que por mí…, o por Val…, o las niñas. Tenía mucho miedo por Natasha.

—Quiero salir con las tropas —dije.

—Ya está arreglado —consiguió decir ella—. El propio *Viejo* dio su autorización.

—¿Con quién voy?

—Con los «Leones»; tu grupo de la suerte.

—¿A dónde?

—No debo decir nada más.

—Está bien, lo descubriré cuando lo descubra. —Comprobé mentalmente todas las posibilidades sobre la frontera de Jordania. Tal vez fuera un ataque rápido para capturar la orilla izquierda y enderezar la frontera a lo largo del río Jordán. Quizás

Israel trataría de capturar el este de Jerusalén. Sería un sueño.

—Vas a saltar sobre el Sinaí —le soltó con brusquedad.

—¡El Sinaí! ¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Madre de Dios, ¿estás bien segura?

—Sí, es el Sinaí. Todo ese tejemaneje y amenazas contra Jordania han sido señuelos. Egipto era el verdadero objetivo, todo el tiempo.

—¿Franceses e ingleses involucrados en esto?

—Saca tus propias conclusiones.

Las ramificaciones eran impresionantes. Esos audaces israelíes iban a apoderarse de la península del Sinaí mientras los anglo-franceses recuperaban el Canal[2]. Esta era la bola de cera entera…, capital, capital.

—¿Dónde van a lanzarnos?

—En un lugar llamado el paso de Mitla.

Me senté en la arena y dibujé un mapa con el dedo. El Sinaí estaba claro en mi mente. Mitla… Mitla… Se hallaba en algún lugar muy cerca del Canal, y creo que también cerca del golfo de Suez. De pronto, se me ocurrió algo más.

—¡Mierda! —exclamé—. Nunca he saltado de un avión.

Ella mostró sus blancos dientes.

—Muy divertido —dijo—. No importa. Aquí hay mucha gente convencida de que nada es demasiado duro para ti.

—Salté una vez de una torre de prácticas. Me cagué de miedo.

—Oh, no sufro por ti, *chéri*. Rebotarás como una pelota. Shlomon dice que es fácil, como un bombón. Estaré detrás de ti para empujarte fuera del aparato.

—¡Jesús! —exclamé, y dejé caer la cabeza sobre mis rodillas—. Eso no tiene gracia.

Natasha estaba de pie junto a mí, otra vez con sus perrerías…, la maestra de los cambios de humor húngaros.

—No te volverás atrás, Gideon —afirmó, sarcástica—. Después de todo, en la guerra, es donde los niños aprenden a demostrar que son hombrecitos. No te lo perderías por nada del mundo.

Tenía razón. Era normal que la tuviera. Me di cuenta de que mi postura había convencido a los israelíes de que yo era malo como una serpiente de cascabel. Les había vendido un verdadero saco de cuentos. Saltar de un aeroplano, ¿eh? Bien, esperaba no quedar como un imbécil. Tampoco quedé como un imbécil aquella vez, hace tiempo…, pero casi…, casi me parto de miedo, aunque me contuve…, por los pelos.

Estábamos en la playa en Tarawa. Mi bote iba en la primera oleada y yo estaba delante, de pie, junto a la rampa. Atacábamos una de las islas más pequeñas del atolón y no esperábamos encontrar mucha oposición. Habíamos

dado vueltas por allí durante horas y la mayoría de nosotros estaba mareada para cuando la fila de lanchones de desembarco estuvo dispuesta a ir a la playa. Solo que, entonces, las ametralladoras japonesas abrieron juego y nos barrieron. Las balas rebotaban en la cerrada chapa blindada de la rampa y su impacto casi nos sacó del agua como un pez volador herido. En cuestión de segundos bajarían la rampa y yo sería el primero en saltar al agua. Lo único que se me ocurrió pensar fue que no podía cubrirme de vergüenza porque yo era judío. *Casi me desmayé de miedo. Conseguí atreverme a mirar hacia atrás, al barco. Casi la mitad de los chicos, incluyendo al comandante, se estaba cagando de miedo. Pedro, el tío más duro que he conocido, rezaba de rodillas, a Jesús, María y un surtido de santos mexicanos. De pronto, ocurrió un milagro. Mi miedo había desaparecido. Bajaron la rampa y yo salté sin la menor vacilación. El agua me llegaba a la altura del pecho y, sin dejar de dispararnos mientras, protestando, vadeamos adelante. Lo más curioso de todo es cómo dominan otras ideas. Tenía mucho que hacer tan pronto llegáramos a la playa…, montar una radio y ponerme en contacto con el puesto de mando. De repente mi mente pasó al sargento Bleaker, detrás de mí. Era el tipo más alto de la compañía y todos le dábamos nuestros cigarrillos para que los mantuviera secos dentro de su casco…*

Así estaban las cosas. Me encontraba a punto de saltar de un avión y no quería soñar, ni deseaba evitarlo. Habían transcurrido quince años desde Tarawa, con mucho tiempo de buena vida entre tanto. Me cubrí el rostro con las manos y suspiré para alejar mis tribulaciones.

Natasha seguía de pie a mi lado, con las manos en las caderas y las piernas provocativamente abiertas. Natasha no había adoptado esa postura por accidente.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—Ha sido una auténtica noche de mierda —respondí.

—El primer destino de tu familia iba a ser Atenas. Sobrevolaron nuestro espacio aéreo sin problemas. Es probable que tu mujer esté tomándose un ouzo…

—Venga, termina tu jodida frase… con algún joven oficial simpático y guapo de la Embajada…

«¡Perra húngara!».

—¿Me amas o me odias, ahora? —insistió.

—¡Perra!

Levanté la cabeza en el preciso momento en que su falda caía al suelo y era apartada. La blusa y el sostén la siguieron.

—Venga, Natasha, solo una rata podría hacer el amor en un momento como este.

—Tienes razón, los dos somos ratas, así que jodamos un poco al estilo de las ratas.

Se lanzó sobre mí, agarró dos puñados de arena y los frotó de arriba abajo sobre

mi espalda, con fuerza.

—Lo hago a lo vivo. Quiero ver tu sangre. Quiero herirte tanto que cuando saltes del aparato se te pegue la camisa a la sangre, ¡y te acuerdes de Natasha!

Ella tenía formas muy agradables de hacerte olvidar los problemas.

Si las cosas eran consideradas desde el punto de vista de Natasha, llevaba mucho tiempo en espera de hacer un bisté tártaro de mi espalda. Durante más de seis meses, yo la había estado fastidiando.

—¡Por Cristo, deja de perfumarte!

—Mira lo que has hecho. Me has dejado la marca del mordisco.

—¡Cuidado con las uñas!

En esas ocasiones nos remontábamos, y eran frecuentes; la moderación no se encontraba entre las cualidades recomendables en Natasha. De vez en cuando, con toda deliberación, dejaba su tarjeta de visita en forma de una marca bien visible: mordisco, pellizco o arañazos, que desde luego, no procedían de jugar con el perro de la casa («La patrulla escalaba unas peñas y yo resbalé y me arranqué la piel de la espalda»). La reacción de Valerie era siempre de doble filo («Pobrecito mío. Estas rocas israelíes *tienen* dientes muy afilados»).

Ahora, la familia se había ido y Natasha me saltó encima entre las dunas. Me tenía como me había tenido antes de que Val acudiera a Israel. Natasha se volvió simio. Era la única mujer que podía hacer el amor y maldecirte en siete idiomas, ambas cosas a un tiempo.

Pasada una hora o así, volvimos a mi habitación del hotel para estudiar los desperfectos. Natasha se sentía llena de remordimientos. Me frotó con sumo cuidado, y le llevó más de una hora sacarme la arena de un montón de sitios impensables. Al examinar mi espalda, se riñó a sí misma; pero llegó a la conclusión de que no haría falta darme puntos.

En la ducha, volvió a empezar. Natasha adoraba hacer el amor en la ducha… o fuera de la ducha…; en la cama… o encerrada en una sala de espera pública… o sobre la mesa del Primer Ministro, una vez este se hubiera retirado.

—Oh, pobrecito mío, mira lo que te he hecho. Natasha eres una animal —se increpó.

En el lavabo había un antiséptico sueco que podía levantar la pintura de un acorazado o volver aséptico a un leproso. La ternura con que lo pasó por mis heridas era el lado petulante de su carácter.

A juzgar por mi violación en las dunas, uno no podría creer que Natasha Solomon era también la más dulce, paciente y amante criatura que jamás conociera. Podía jugar con mis pestañas una hora entera, con el aliento o con los labios y hacer que cada momento pareciera nuevo.

Mientras me curaba, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Salió al balcón cuando comencé a vestirme, y leyó mis nuevas páginas. Yo no podía evitarlo, pero me sentía bien… muy bien, maravillosamente bien…, en tanto me sujetaba mis viejas botas de

marine y metía un cuarenta y cinco en mi cinturón. Me pregunté por qué me sentiría tan bien… camisa y pantalones caqui… chaqueta de trabajo con una IDF…

Salí al balcón. Sus nudillos blancos la traicionaron al agarrarse con fuerza a la barbilla. Le pasé el brazo por los hombros mientras se iba calmando despacio, y contemplamos el mar como lo habíamos hecho desde allí en cincuenta encuentros robados.

—Escribes maravillosamente —dijo.

—Quién sabe qué tal suena en húngaro.

—No te preocupes por el perro. Lo llevaré al doctor Klement. *Grover* me hará compañía. Mételo en mi coche. He aparcado junto al tuyo.

—Natasha…

Se derrumbó. Despedirse de alguien siempre la aterrorizaba desde que había visto a su padre y su madre ir a las cámaras de gas desde las oficinas de selección de Auschwitz… ¡Santo Dios!

—Te veré —dije.

Los transportes lentos siempre se «arrastran». Nuestra formación de veinte «Dakota» se arrastraba sobre el desierto del Negev hacia la península del Sinaí. La media luz iba en disminución. Esta versión militar del «DC-3», el famoso *Pájaro Loco*, no estaba montada ni para velocidad ni para comodidad. Veinticinco de nosotros nos encontrábamos apretujados miserablemente en sillines a lo largo de las mamparas.

La primera vez que volé en un *Pájaro Loco* fue para cruzar los Estados Unidos al volver de permiso. El vuelo de Filadelfia a L.A.[3] nos llevó casi veinte horas. Yo tuve que cambiar a cuatro compañías distintas. Desde L.A. fui a San Diego en tren, porque no había servicio aéreo.

Por el contrario, había algo consolador en el *Pájaro Loco*. Al acostarme solía leer un libro de cuentos para niñas llamado *The Little Engine That Could*[4]. La pequeña máquina era un pequeño tren que se encontró en apuros. Tuvo que soplar y forzar su pequeño corazón para traspasar una montaña a fin de llevar caramelos, juguetes y comida a los niños del otro lado. Yo revivía la historia llena de suspense, y me comía las uñas una y mil veces; pero, al final, la pequeña máquina siempre lo conseguía. Lo mismo hacía el *Pájaro Loco*. A veces, aterrizaba con un solo motor, o media cola desprendida por disparos. Pero el *Pájaro Loco* era el punta del vuelo sobre el Hump, el Himalaya y el puente aéreo de Berlín.

Durante las órdenes, a primera hora, se nos dijo que en el mismo momento un par de «F-51», bombarderos de la Segunda Guerra Mundial, volarían sobre la península del Sinaí con el fin de cortar los cables telefónicos con sus hélices. Para aquella delicada maniobra, los pilotos tenían que volar a poco más de tres metros del suelo. ¡Amén!

Nos habían secuestrado en un hangar del lado militar del aeropuerto de Lydda. El

coronel Zechariah, fundador y comandante de la Brigada de Paracaidistas, nos habló. El aspecto de Zechariah nos reconfortaba. Era una especie de comandante de marines que hablase hebreo; trabajaba con diligencia y estaba a punto de transformarse en una leyenda viviente.

El plan era de lo más sencillo. El «Batallón de Leones», cuatrocientos paracaidistas al mando del mayor Ben Asher, había recibido el «honor» de lanzarse en lo más profundo de la península del Sinaí para dar paso a la «Operación Kadesh».

El punto exacto se llamaba Parker Monument, una marca en honor de un anterior gobernador militar británico. Desde Parker Monument a Egipto propiamente dicho, al otro lado del Canal de Suez, había una distancia de unos ciento cincuenta kilómetros. Treinta de esos kilómetros eran el paso de Mitla, un estrecho desfiladero, traicionero, todo rocas y riscos. Una fuerza egipcia de tamaño desconocido se hallaba en el interior del Paso en posiciones fortificadas. Por fortuna, no tendríamos que entrar y apoderamos del propio Paso.

Los «Leones» iban a cerrar el extremo oriental de Mitla para impedir la llegada de refuerzos a través del Sinaí. Entretanto, el resto de la «Brigada de Paras», a las órdenes de Zechariah, cruzaría doscientos veinte kilómetros de pista desierta, capturaría tres posiciones fortificadas y se uniría a nosotros alrededor del Día D más dos.

Había mil *Y si…* en mi cabeza. Estoy seguro de que Dayan, *el Viejo*, Jackie Hertzog y todos los demás ya se habían repetido *Y si…* hasta morir.

Israel no iba a iniciar una guerra a menos que se viera obligada. Ya solo contra Egipto se encontraría falta de hombres y de armas. *Y si* Jordania se nos echaba encima, así como también Siria e Irak…

Y si las fuerzas aéreas egipcias nos cazaban en descubierto…

Y si Zechariah no se unía a nosotros…

Y si…, olvídalo Gideon.

La languidez y el claro aburrimiento de los «Leones» tenían que ser comedias. También los marines lo hacíamos antes de la batalla. En realidad, mi perro *Grover* era, probablemente, el mejor del mundo simulando hombría.

Los «Leones» se encontraban echados allí, en apariencia, desinteresados de saltos y balanceos. El sargento mayor comprobaba su Uzi como si fuera una novia que no se cansaba de acariciar.

Shlomo Bar Adon, mi ayudante, que me había sido prestado por el ministro de Asuntos Exteriores, estaba roque, con su cabeza barbuda y de aspecto malhumorado apoyada sobre mi hombro, indiferente a los codazos que yo le daba en las costillas. No sé si habría logrado saltar con paracaídas sin Shlomo. La mayor parte del tiempo lo quería como un hermano y el resto le odiaba el doble como a tal.

No quería pensar en Val y en las niñas en aquel preciso momento. Si un escritor no puede borrar su familia del pensamiento, no puede ir a la guerra. Durante años de largos viajes de investigación, había llegado a dominar el arte de no pensar en ellas.

De hacerlo, me ponía tierno… lloraba en los bares, y no terminaría mi trabajo si no podía borrar a mi familia de mi mente. O así me lo parecía a mí. Val dice que los escritores son dueños absolutos del sufrimiento. Dice que todo el mundo sufre de la misma forma, pero que los escritores lo dicen mejor.

Durante cierto tiempo pensé que traer a la familia a Israel iba a dar resultado. Yo llevaba cuatro meses en el país cuando llegaron, y ya me encontraba complicadísimo con Natasha. Mis tres chicas se adaptaron y parecían felices. Vivíamos en un barrio precioso cerca del mar y yo disponía de una habitación extra en el hotel, a unos kilómetros de distancia, para trabajar. Nuestros vecinos eran, en su mayor parte, africanos del sur, ricos, empedernidos sionistas y habían venido a instalarse.

En 1956, la vida no era fácil en Israel, pero lo que faltaba en comodidades quedaba superado por una explosión espiritual y un ansia de vivir, y un propósito para vivir, además de un sentimiento de amor fraterno que jamás hubiera creído que podía existir en todo un pueblo. Para mí, estar allí era casi alcanzar el nirvana.

El Gobierno me había demostrado mucha confianza, y las Fuerzas Armadas encontraban estupenda mi primera novela sobre los marines. Yo había terminado ya la mayor parte de la información sobre mi nuevo libro. Escribir se me daba muy bien. Ser el primer judío, en varios siglos, en escribir sobre los judíos como guerreros era más que una obsesión, suponía la vida misma para mí.

Incluso la locura de mi relación con Natasha era controlable. O así quería creerlo. Se trataba de la persona más inteligente que yo había conocido. Demasiado inteligente para cruzar aquel resto de tierra de nadie y obligarme a decidir entre ella y mi familia.

Así que, todos los días me iba a mi habitación en el «Hotel Accadia» y escribía y me autoconvencía de que Natasha no iba a suponer problema alguno. Y yo había calculado que para cuando hubiera terminado la novela y estuviera dispuesto a regresar a Estados Unidos, Natasha y yo habríamos terminado nuestra relación…, que sería historia pasada. Todo se resolvería como por arte de magia… ¿sí, eh?, seguro, hombre. Gideon, eres un judío estúpido.

Una inesperada bolsa de aire me contrajo el estómago. Algunos de los «Leones» se sintieron lo bastante molestos como para cambiar de postura, refunfuñar y seguir con sus ronquidos.

Así que, Gideon, los mejores planes de hombres y de ratones… Yo era un idiota si creía que podía andar sobre la cuerda floja entre dos mujeres batalladoras.

Logré que las cosas siguieran unidas, adelantar bien el libro y mantenernos a flote en las aguas económicas. Pero, llegaron los ataques fronterizos, la escalada súbita y veloz, y el conflicto inevitable. Las cosas empezaron realmente a desbaratarse con el bombardeo de Kalkilia. ¡Santo Dios, si solo hacía diecisiete días!

El mayor Ben Asher abrió la puerta de la cabina del piloto. Esto despertó rápidamente a todo el mundo.

—Falta una hora para saltar —gritó por encima de los motores—. Bajaremos a

mil seiscientos metros para pasar por debajo de su radar.

El ataque de Kalkilia…, solo diecinueve días atrás…

Herzlia, Israel
10 de octubre de 1956

No tardarían en ser las seis, hora de las noticias en lengua inglesa. Gideon nunca dejaba de oírlas, por lo que tardaría mucho en regresar. Todo el país se inmovilizaba durante sesenta minutos, a la hora en punto. Las buenas noticias escaseaban en aquellos tiempos.

El sol llevaba a cabo su ritual diario y bajaba hacia el mar, liso como un espejo esa noche. Desde la ventana de la cocina, Valerie, apenas podía verles llegar de la playa. Con la mano en forma de visera, entornó los ojos para mirar hacia el camino, entonces, se aclaró las manos en el fregadero, salió al porche trasero y agitó la mano.

Penelope disfrutaba del trono que representaban los hombros de papá mientras que Roxanne andaba delante de ellos agitando un cubo.

Val jamás dejaba de reaccionar todas las veces que lo veía. Gideon era más bien flaco aunque la gente lo consideraba fornido. Era su porte, su modo decidido de andar, inclinado hacia delante, reflexivo. A Val le encantaba su aspecto. ¡Pequeño canalla lleno de trucos! Gideon tenía unos ojos imponentes que podían expresar toda una serie de emociones con una sola mirada, y cuando su mirada cargada de sensualidad era para ella, le provocaba siempre temblores.

La primera vez que lo vio fue en un baile de USO. Él llevaba el uniforme de los marines. Ella era estudiante en «Mills College», a pocos kilómetros de distancia del hospital naval «Oak Knoll». Gideon se limitó a entrar… cortó, y la separó de su pareja de baile. Era un varón decidido.

¡Y atrevido!

—Mejor sería que te decidas por mí ahora, Val, porque voy a convertirme en un gran escritor.

Caramba, él solo tenía diecinueve años cuando le dijo aquello, dos noches después de conocerse.

—Aquí tienes un par de entradas para una obra de teatro en el hospital, la semana próxima.

Gideon era un paciente. También era el autor, director, productor y estrella de la obra.

Asustaba conocer a alguien tan fuerte y tan joven, pero, Señor, ¡era un mago!

Grover Vandover, su perdiguero dorado, un bombón de perro familiar, avanzaba pesadamente junto a ellos por el camino. De repente, Roxanne, se separó de ellos, echó a correr hacia la casa y abrió la verja trasera que daba a un cuadrado de hierba ordinaria.

—¡Mamá, mira! ¡Monedas! —Abrió la mano y enseñó tres piezas de metal, irregulares, ennegrecidas por el tiempo, con una imagen y unas letras que ya no eran visibles.

—Papá dice que pueden ser romanas, o incluso israelitas.

Lo que Roxy ignoraba era que cuando el profesor Ben Zohar había pasado por allí la noche anterior, había dado las monedas a Gideon quien las había enterrado afuera a primera hora del día. El profesor era su autodesignado maestro de hebreo y vigilaba sus progresos escolares. La única escuela angloparlante estaba regida por los hermanos franciscanos en Jaffa, demasiado lejos para que pudieran asistir. A Val le cayó la tarea de cuidar de los estudios de las niñas.

Gideon bajó a Penelope de sus hombros, que corrió a abrazar a su madre. Todavía quedaba una ligera cojera del accidente sufrido tres años atrás. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Val se había vuelto solo unos segundos cuando Penelope corrió a la calle en el momento en que un autobús se dirigía a toda marcha hacia allí desde el cruce, y la barrió: fractura de cráneo, costillas rotas, una rodilla destrozada…

Penny tardó más de dos años en curarse. Val, compadecida y ayudada por Gideon, aprendió a asumir su culpa y olvidarla, pero se llevaría parte de ella a la tumba.

La miraban sonriendo y se decían: «Gracias a Dios», en silencio. Lo hacían siempre.

Val ordenó a las niñas que se desnudaran, y chillaron bajo la ducha exterior. Las secó con grandes toallas, las vistió con *muu-muus* y las envió a su habitación a que hicieran los deberes.

En la cocina, Gideon pasó la mano bajo el *muumuu* de Val y le acarició la espalda. La mayoría de los judíos que conoció a partir de Gideon, casi siempre metía mano a sus mujeres. Una raza deliciosamente carota.

—¿Qué hay de cena?

—Sorpresa. Tenemos chuleta de ternera.

Gideon miró en el horno.

—Pollo —masculló. Gideon suspiraba por una chuleta, gruesa y jugosa. Sus visiones de comida, que iban en aumento a diario, terminaban siempre en el restaurante de Lawry. Bajaba del avión de L.A. Internacional y todos los de la aduana ya estaban advertidos para hacerle pasar sin formalidades. Un helicóptero lo esperaba para trasladarle directamente al aparcamiento de Lawry. El gran carrito plateado era acercado a su mesa, levantaban la tapa y dentro habría… un buey entero. No abandonaría la mesa hasta quedar tan harto que dos camareros tendrían que sacarle en una carretilla… Bueno, en todo caso, las frutas y las verduras eran algo asombroso en Israel.

Gideon se sentó a la mesa de la cocina y puso la radio. Su mano se deslizó hacia el plato de la fruta mientras repasaba el correo.

¡Oh, gracias a Dios, una carta de F. Todd Wallace, su agente literario! Gideon había bombardeado a Wallace con ruegos de que le encontrara algo que escribir: un

artículo en una revista, una columna social, cualquier trabajo literario que aumentara su cuenta bancaria, que se hundía sin remisión.

Val observó cómo la ansiedad de Gideon pasaba a la decepción y de esta a la ira.

—Incompetente y gandul hijo de puta. Lo único que sabe hacer es cobrar comisiones como un casero hambriento. Todo el maldito y cochino Oriente Medio va a saltar en pedazos, tiene un escritor en la plaza, ¡y le es imposible darme unos centavos de trabajo!

—¿Por qué no cambias de agente?

—Me tiene amarrado con este libro y no hay modo de que lo suelte. ¿Recuerdas cómo lo pasamos? Estábamos en un apuro con «J. III» y «Reaves Brothers Publishers», y apareció Wallace, el encanto de Princeton, vestido con el uniforme de «Brooke Brothers». En aquel momento nos consideramos afortunados por tenerle.

—Cariño, no te tortures.

—Confía en esa puta literaria para que te saque del apuro y eres hombre muerto. Tienes que depositar un ganador sobre las rodillas de ese maldito. Dale cualquier condenada tarea que requiera espíritu de venta creativo y lo mismo podrías pedir que te representaran las focas del Sea World.

—Cálmate, pequeño, *gor nisht helfen* —dijo Val, asesinando el yiddish en el intento.

Gideon se metió con fuerza las manos en los bolsillos y siguió con su monólogo.

—Si lo malo llega a lo peor, siempre puedo corregir guiones. Eso retrasaría la novela tres meses más. Mejor será que escriba y vea lo que se cuece en los estudios. Siempre habrá algún guión en apuros.

Volvió a sentarse, Val había cogido uno de los sobres y se lo metió en el bolsillo del delantal. Era una carta de Nathan, el padre de Gideon.

—Mejor será que me la des —dijo este.

—Quizá debieras guardarla para después de la cena.

Le sacó la carta del bolsillo y la sostuvo como uno sostendría un paquete con una bomba sin estallar dentro; suspiró y la abrió.

—¿Quieres que te la lea? —se ofreció ella.

—Sí.

Querido hijo:

Trato de acostumbrarme a no recibir tu carta semanal, en la que confiaba cuando estabas en casa, en California. Ahora llego a casa y el buzón suele estar vacío siempre. ¿Se me puede criticar por estar triste?

Val suspiró.

—De veras, cariño, creo que no la necesitas.

—Sigue leyendo, termina.

—Como quieras… Veamos.

¿… criticar por estar triste? ¡Hijo! Estoy recibiendo cartas horrendas de las parientes de Israel, dicen que les boicoteas sus casas. Tengo terribles dificultades para convencerles de que Gideon no es un esnob. Hijo, te lo ruego. No te haría ningún daño dejarte caer de vez en cuando para comer con ellos. ¿Todavía te gusta el pescado gefilte*? Lo malo es que Valerie no sabe preparar esos platos y no parece dispuesta a aprender.*

Sin embargo, no es esta la cuestión. Sobre todo, deberías visitar a mi hermano Mordechai de vez en cuando. Ya sabes que sufrió de una forma brutal en manos de los nazis. Me pide que leas sus ensayos, que son mundialmente famosos en ciertos círculos, porque es un gran erudito. Podrías hacer llegar alguna de sus cartas a tus amigos famosos, que se le publicaran en América. Sería milagroso para su salud (arruinada por los nazis) si pudieras hacerle este pequeño favor. ¿O tal vez te pido demasiado?

También, deberías visitar a mi hermana (tu tía) Rifka, que se pasa el día encerrada en una habitación oscura llorando por mi adorada madre (tu abuela), asesinada en Treblinka. Es una persona que no está bien, mentalmente hablando, y mi firme creencia y sincera opinión es que una visita tuya le haría mucho bien. Gracias, hijo, por no olvidarte de los parientes.

¿Cómo están Valerie y mis hermosas Eynikles? Ah laben auf dier kups. *¡Las quiero a todas! Las abrazo. Las beso. Quizá pudieras convencer a Valerie para que mandara unas líneas al viejo, una postal. Sería bueno recibir una correspondencia regular de ella SI NO ES DEMASIADO PENOSO PARA ELLA. También, ¿hay alguna razón para que Roxanne y Penny estén avergonzadas de su* zayde*? Tengo para cada una de ellas un pequeño Channukah* gelt *a cambio de una carta. Por favor, para que no me olviden, haz que me escriban con regularidad. También aliviaría mi soledad.*

Ahora déjame que te hable de un asunto muy grave. No soy experto en literatura, aunque he leído todos los clásicos en diferentes idiomas. No soy más que un humilde trabajador, pero debes escuchar lo que tengo que decirte. Menachem Begin y su grupo no son más que unos fascistas. No dejes que te convenzan de que son héroes de Hollywood. Los judíos nunca te perdonarán si, en tu libro, ensalzas a esos canallas y bribones. No quiera Dios que tenga que decirte lo que debes escribir. Solo te ofrezco una sugerencia que deberías seguir con mucho cuidado. POR TU BIEN.

Te echo en falta. Deseo verte. Te abrazo. Te ruego otra vez que no te arriesgues y también, LO MÁS IMPORTANTE, que escribas. Lena te manda cariño.

El que te quiere, tu Padre.

P.D. Para ser viejos estamos muy bien. Nada nuevo ocurre en Filadelfia, excepto la espera de la muerte.

La carta disparó a Gideon directamente al armario de la bebida, encima de la fregadera.

—Mejora con la edad —comentó Val.

—¡Mierda!

La noche anterior se les había terminado el whisky escocés. Gideon cogió una botella de brandy de Israel y la miró con expresión torva, como si fuera un adversario. Unos cubitos, sin integridad, pudieron ser arrancados de la bandeja. Sirvió un brandy y lo aguó con soda. Los cubitos se fundieron al instante. El primer trago fue el peor.

La radio «Kol Israel» emitió su señal. Gideon aumentó el volumen. Siria y Jordania se reunían en Egipto para formar un mando unido militar. Val vio cómo se tensaba su marido. Esa noche, su espalda y cuello estarían duros como una mesa de billar.

Más noticias. Un ataque de fedayines desde Jordania. Los merodeadores se llevaron una muchacha del *kibbutz*, la violaron y la apuñalaron. La Legión Árabe disparó contra Jerusalén occidental desde las murallas de la ciudad antigua.

Bueno, por lo menos la puesta del sol era de fiar. Gideon se retiró a un pequeño porche en una parte lisa del tejado que le proporcionaba un panorama casi circular.

Entre su chalé y el mar había varias casitas y pequeñas villas, desparramadas al azar sobre las dunas y flanqueadas por un par de hoteles, el «Accadia» y el «Sharon», sobre la playa, a kilómetro y medio de distancia.

Antes de que Val y las niñas llegaran, Gideon había vivido en el «Accadia». Ahora le daban una habitación para que pudiera escribir tranquilo y la familia estaba autorizada a servirse de la centralita del hotel para sus mensajes telefónicos.

En dirección opuesta se encontraba la llanura de Sharon, resplandeciente por el agua del riego de aspersión. Jordania se hallaba a solo quince kilómetros de distancia. Gideon estaba seguro de que tendría que haber una fuerte represalia contra los jordanos. Algo grande, un verdadero *klop* que impresionara a Hussein y evitara que se uniera a Nasser y los egipcios.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Val, que le traía una segunda bebida. Si uno sobrevivía a la primera, la segunda era más pasable.

Estaban invadidos por escuadrones de cazas de grandes mosquitos, seguidos por escuadrones de mosquitos bombarderos.

—¿Dónde tienes el «matabichos», cariño?

—Se les había terminado en la tienda… Se les había terminado todo.

—Excepto pollos con espolones. Compraré *spray* en Tel Aviv mañana —dijo al tiempo que mojaba el dedo en el brandy y se frotaba con él el rostro, los tobillos y

parte de los brazos. Ningún mosquito que se respetara se atrevería a tocar aquello.

—En Tel Aviv también falta casi de todo —aclaró Val—. He hecho una larga lista de todo lo que necesitamos.

Val tenía una expresión que implicaba, «ya *sabes* dónde puedes encontrar cualquier cosa que quieras, si realmente quieres».

Gideon había conseguido evitar un cenagal de reglas y disposiciones, y obtenido un ayudante para todo el día, Shlomo Bar Adon, del Ministerio de Asuntos Exteriores, se había apoderado de la última máquina de escribir eléctrica del Ministerio de Defensa, pedido prestado un jeep del Ejército y saltado una variedad de leyes sobre divisas, reglas de importación y tasas. La Aduana todavía se estaba preguntando cómo un tal G. Zadok había logrado entrar un «Ford» por el puerto de Haifa, con placas diplomáticas falsas. Gideon era un perro de presa cuando se trataba de abrirse camino y llegar al punto que deseaba investigar. Era *chutzpah* personificado.

—¿Sabes cariño? —dijo Val—. Si de verdad quisieras evitar tantas privaciones a tu familia, podrías hacer una llamadita a Rich Cromwell, en la Embajada. Mil veces nos ha ofrecido el uso del economato diplomático.

El silencio de Gideon era definitivo.

—Solo piensa un poco: whisky escocés, papel higiénico suave, bacon, *chuletas de buey…*

Richard Cromwell, un agente de compras de la Embajada americana, era también jefe de la estación de la CIA. Cromwell sabía, por supuesto, que Gideon estaba muy bien relacionado con los mandamases israelíes. Desde el principio, Rich había cultivado la amistad de Gideon. De vez en cuando, Cromwell había dejado ver jamones polacos, tabaco, bebida, mantequilla y un surtido de otras provisiones a precios de mayoristas. Pero este no picaba.

Val no podía comprender que su marido fuera tan mojigato con el uso del economato. Después de todo, *eran* americanos, y, ¿qué pecado había en pasar un poquitín de información a Cromwell de vez en cuando? No que supiera secretos de Estado, y además Israel y Estados Unidos no eran enemigos. Gideon lucía su expresión de honrado y silencioso *boy-scout*. Honrado, ¡un cuerno! Cambio de tema.

—No podemos, cariño. Al anochecer estamos fuera de límites. Espacio patrullado. Bajemos antes que estos animales nos devoren.

Después de la clase de las niñas y de la cena, hubo juegos familiares. Gideon observó que se le hacía cada vez más difícil luchar con Roxanne y tener por donde agarrarle. Se estaba poniendo preciosa. Besos y más besos de buenas noches. A lo mejor, dentro de unos días iban a Jerusalén.

A continuación, llegó un momento incómodo, difícil. Gideon tenía páginas nuevas.

—Mejor será que las guarde en la caja del hotel. Te dejo las copias. Ah, por cierto, he dicho a Shlomon que se encontrara conmigo en el hotel. Hemos de establecer unas citas y el plan de viaje de la semana próxima.

Valerie solía estar enterada de todos los planes, pero ahora Gideon casi nunca los comentaba con ella. Tiempo atrás había habido un maravilloso ritual nocturno; ella le leía las páginas nuevas y él tomaba notas. Hacía semanas que no había leído para él.

El placer se había apagado. Val ya no se reía más de sus palabras divertidas. Solo de sus errores. Se mostraba agresiva y discutía cosas sin importancia. Val parecía distante sobre lo que él escribía y trataba de decir. Sus dardos lo enfurecían. Poco a poco, las páginas dejaron de llegar a sus manos, por un motivo u otro. Le daba las copias para que las leyera a solas.

—No me importaría leerte estas páginas esta noche, cariño. —El deseo expresado por Val era ahora un intento desesperado de que él no la dejara fuera.

—Oh, lo siento. En realidad, tengo una tonelada de asuntos que revisar con Shlomo.

Intercambiaron unos besos fríos y:

—Te veré más tarde, cariño. No me esperes levantada.

Gideon condujo el jeep a través del barullo del «Hotel Accadia» y descubrió a Shlomo Bar Ador. Shlomo era una joya sin pulir, un sabra nativo que coordinaba todas las entrevistas de Gideon, los viajes, las traducciones y le mostraba todos los rincones del país. Shlomo conocía Israel y lo mostraba con el celo de un antiguo admirador. Para Gideon, los ángulos rasposos de Shlomo quedaban más que compensados por la amplitud de sus conocimientos.

Valerie apenas podía tolerarle, y Roxanne solía imitar a su madre. Val había echado a Shlomo de su casa, pero él se había hecho indispensable para Gideon. Quizás estaba un poco celosa.

Shlomo indicó que deberían aislarse, así que anduvieron por la hierba.

—Hemos sido invitados a participar en una operación.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Gideon se sintió embargado de excitación:

—¿Represalias? ¿Contra Jordania?

Shlomo se encogió de hombros, lo ignoraba.

Gideon había atosigado, pedido, suplicado por una oportunidad de participar en alguna operación en la frontera. Él sabía que había algo diferente en esos soldados, diferente de todos los otros del mundo. Su relación con los antiguos guerreros bíblicos le intrigaba. Las piezas de aquel rompecabezas de seis mil años no podían estar escondidas en la mesa de un despacho. Solo las encontraría si salía y lo ponía todo en orden con sus propias manos.

La mayor parte de su insistencia junto a las autoridades había tenido lugar antes de que Val y las niñas llegaran. Ellas hacían que cambiara la imagen. Que él se embarcara en una aventura tan arriesgada, sería brutalmente injusto para ellas. Pero qué demonios, escribir es injusto. Se cobra de todos: del escritor, de la esposa, de los hijos. La sangre de todo el mundo acaba oculta entre las páginas. ¿Estaba esto más allá de una injusticia razonable?

—Así, ¿qué es lo que crees Shlomo?

—¿Val?

—Val.

La barba negra de Shlomo y su cabeza se movieron de un lado a otro: quizá sí, quizá no.

—Habrá fuego. Habrá gente herida…, muerta…, machacada. No hay que oler a pólvora para escribir sobre ella. ¿Te obsesiona algo más?

—Quizá.

—¿Qué es, Gideon?

—Lo ignoro. Pero sé el único modo de descubrirlo. Iré.

—Nos mantendremos bien agachados.

—Tu obligación junto a mí no exige este tipo de peligro. No tienes por qué venir.

Shlomo hinchó el pecho. Aquello era un insulto.

—Estaré aquí, en el hotel, a las cinco de la mañana. Te llevaré al área de operaciones.

Valerie se encontraba sentada con las piernas cruzadas, encima de la cama, así que tenía los muslos al aire. La edición internacional de *Time* se balanceaba entre sus piernas mientras se limpiaba las gafas. Había dado en el blanco, en la papelera, con el *Jerusalem Post* y el *Heral Trib*. Cuatro puntos. Las páginas de Gideon estaban en la mesita de noche para leerlas al final, como postre.

Val se volvió a la crítica de libros del *Time*. Una página entera de alabanzas de un talento menor que no vendería veinte mil ejemplares aunque regalaran diecinueve mil.

—¡Imbéciles! —exclamó, tirando la revista. Alcanzó las páginas de Gideon, se castigó con ellas. Las había esperado con voracidad.

Val leyó media página, luego se recostó en las almohadas, de golpe, y se frotó los ojos. «Dios mío, encuentro faltas. Las busco. No leo lo que dice sino lo que quiero que diga. Me he vuelto parecida a esos condenados críticos que Dios confunda, y yo aborrezco. Esto es insaciable. ¿Por qué? ¿Para fastidiarle? Oh, no, para lastimarle. Mi cabeza ya no se aclara. No se puede leer con el pájaro del odio posado en el hombro».

«Val, maldita seas, debes mostrarte más partidaria. Lee lo que este tipo se propone. Es bueno. Se está desgarrando para encontrar un sentido. Ahí es cuando un escritor puede ser realmente grande, en un viaje de descubrimiento».

«Qué demonios, yo vine a Israel, ¿no? ¿No es esto ser suficientemente partidaria? ¿Has venido por Gideon o por puro capricho?».

Oyó protestar a *Grover* y abrirse y cerrar la chapa de goma de su perrera. Los ruidos la turbaban, añadiéndose a la sensación de inquietud que sentía siempre que Gideon estaba fuera. Todo en ese maldito país funcionaba con nervios y ansiedad.

Val se lo imaginó: susurraba al teléfono, llamando a esa mujer. Quizás ella lo esperaba en el hotel y se lanzarían a ello desesperadamente. Si Gideon olía a ducha reciente, era, sin duda, para desprenderse del olor de ella. Por lo general, llevaba la culpa escrita en el rostro como un letrero de neón.

Muchas fiestas en Israel. Gran vida social. Ya saben lo que es que todos los ojos de la habitación estén fijos en una. «Esta es la pobre esposa». «Qué lástima». No era raro en Israel esto de saltar de cama en cama: la sofisticación personificada.

Natasha Solomon. Es condenadamente atractiva, sí. Tan cariñosa con Penelope y Roxy en el «Savyon Club».

—Cuando vayáis a Jerusalén, me encantaría llevar a las niñas a dar una vuelta por ahí.

«¡Y a mí me encantaría darte de lleno en la boca, señora!».

«Venga Val, lee las páginas». Inútil. Las tiró con rabia. «Apesta. ¡Oh, Dios, cómo me duele!».

Recuerdo aquella noche horrible, poco después de que yo llegara a Israel. Gideon trabajaba hasta muy tarde en el hotel. O así lo creía yo. Decidí ir en coche hasta allí y sorprenderle, a ver si le convencía para que diéramos un romántico paseíto por la playa.

Cuando aparqué frente al «Accadia», oí muchas risotadas procedentes de la playa.

—¿Qué ocurre allá abajo? —pregunté al portero.

—Es una reunión de supervivientes húngaros, de todo Israel —me contestó.

Me sentí magnéticamente atraída a la escarpadura que corría a lo largo de la trasera del hotel. Los húngaros corrían, excitados, arriba y abajo de la playa; un grupo de ellos se lo pasaba en grande junto a una hoguera. Algunos de los juerguistas empezaron a quitarse las ropas y retaron a otros a que hicieran lo mismo. Después, se metieron desnudos en el agua y se dedicaron a bromas más bien atrevidas. Me sentí un poco como una mirona, pero estaban tan alegres allá abajo que casi me sentí empujada a ir con ellos. Santo Dios, si alguien merecía un poco de felicidad, eran ellos. Viendo sus cuerpos desnudos, me estremecí por un instante…, ¡así los enviaban a las cámaras de gas!

De pronto, me acordé. La primera vez que alguien hizo el gesto de abrazarme y vi un número tatuado en su brazo, grité y me refugié en brazos

de Gideon, llorando. Estuve impresionada durante varios días. Así que pensé, ¡pasadlo bien, gente! Agradezcamos a Dios que Israel exista.

Volví sobre mis pasos y miré hacia la ventana de Gideon, en el cuarto piso. Una gran toalla de playa colgaba de la barandilla de su balcón. Raro. Oh, bueno, se habría dado un baño antes… Espera, y eso, ¿qué es? Una mujer salió de la habitación de Gideon, cogió la toalla y se envolvió en ella rápidamente.

Me quedé de piedra, asombrada. Desde mi ventajoso punto de observación podía ver la puerta del hotel que daba a la playa. Al poco rato, la misma mujer salió por ella, cruzó la playa corriendo, tiró la toalla a la arena y se unió a los que jugaban en el mar. Levanté la vista. Gideon estaba en el balcón, la vigilaba. Poco tiempo después me enteré de su nombre, Natasha Solomon. Al parecer habían iniciado una discreta relación antes de mi llegada.

¡Oh, Dios, Gideon! Dios. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Oh, Dios! Era una loca, pero hermosa, como un pájaro sin domesticar. Casi perdí la cabeza pero contuve mi lengua. Dolía, dolía, dolía pero no se lo eché en cara. Era por mi maldita culpa, pero… pero… yo lo quería, a cualquier precio.

De pronto, las palabras de Gideon la arrobaron y se sintió en paz. «Es hermoso —pensó—. Seguro que vale el precio que debemos pagar por ello. Una página, y otra, y otra. Tengo que decírselo. Realmente debo hacerlo».

Grover ladró y oyó el ruido del jeep de Gideon. Sorpresa agradable. Sintió el impulso de apagar las luces y fingirse dormida. No seas infantil, Val. Dile lo que piensas de las páginas. Puede que te cuente lo que va a seguir, quizás hablaréis hasta entrada la noche como solíais hacer.

Simuló leer, pero ahora la atraían los ruidos, el portazo del jeep, sus inconfundibles pasos, el tintineo al buscar la llave correcta, el cierre cuidadoso de la puerta de entrada y el *click* de la puerta de la nevera al abrirse y cerrarse, la visita al cuarto de las niñas y, por fin, unas palabras murmuradas a *Grover*.

—Hola, vuelves pronto —dijo quitándose las gafas.

Gideon le miraba los muslos desde la puerta y observó cómo movía el pecho, con deliberación, bajo el transparente camisón. Por mal que estuvieran las cosas entre los dos, la chispa saltaba entre ellos al momento.

«¿Por qué no me lo quito y le doy la bienvenida?», pensó. Pero se mantuvo seria, indiferente a su mirada.

—Tus amigos deben estar todos en Jerusalén esta noche —dijo ella.

«¿Por qué lo he dicho? No era mi intención. Me ha salido así».

«Gracias camarada. No me has decepcionado», murmuró él para sí.

—¿Ninguna llamada? —preguntó Val.

Traducción: ¿Ninguna llamada de *ella*? ¿Un rápido revolcón con *ella*? Díselo,

Val. Maldita sea. Tiene un nombre. ¡Dilo! A que no.

—Ninguna llamada —contestó él.

Val se bajó el camisón y cubrió sus piernas, dejó las páginas a un lado, sin comentarios. Se echó y se cubrió con la sábana.

—¡Oh, Dios, qué cansada estoy!

¿Cansada? ¡Un cuerno! El tierno humor que traía a casa se arrugó.

—Durmamos —dijo él—. Tengo que salir muy pronto mañana. —Hubo un silencio agobiante—. Tengo que marcharme a las cuatro y media.

Val se incorporó despacio, con miedo a lo que iban a decir.

—¿Me permites que pregunte por qué?

—Salgo con los chicos.

—¿Los chicos?

—La tropa.

—Por Dios, Gideon, ya has participado en dos patrullas Negev este mes. Y en cuántas en total: ¿cinco?, ¿siete?

—Siete u ocho. No lo sé.

—¿Qué te propones? ¿Comprar acciones del «Batallón de Leones»?

Val… Val… Esta no es exactamente una patrulla.

Val sintió inquietud, y tuvo miedo, miedo a formular la siguiente pregunta.

—¿De qué se trata, pues, con exactitud? —preguntó, tensa. Silencio—. Bien, ¿no te interesa decírmelo?

—He sido invitado a… a entrar en acción.

—¿Te has vuelto loco? —gritó ella.

—Cariño, vas a despertar a las niñas. He… he estado intentando arreglar esto desde hace meses. Si no voy ahora, no volveré a tener otra oportunidad.

—¿Has perdido tu maldita condenada cabeza?

—Cariño, las niñas. Tengo que dormir.

—Mírate, canalla. Te sientes en el cielo, ¿verdad?

—Val…

—Esta vez balas de verdad y todo lo demás. ¿La vieja sangre del marine en ebullición?

—¡Cállate! —Jadeaba y apretaba los dientes—. ¡No he venido aquí para observar la vida desde la acera de un café en la calle Dizengoff!

—Y yo no he venido para esperar sentada a que te devuelvan en un ataúd. Lo deseas. Quiero decir que suspiras por ello. No vas a estar contento hasta que te vuelen la estúpida cabeza.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué es tan difícil, tan jodidamente imposible, que comprendas? Solo por esta vez: ¡compréndelo!

—¿Qué es lo que buscas, muchacho? Dímelo para que pueda explicárselo a las niñas.

Se inclinó sobre la cama, con las manos engarfiadas, tenso, temblando.

—¡Quiero vivirlo! ¡Quiero sentir un miedo abyecto! ¡Quiero quedarme sin fuerzas! ¡Sentirlo!

—Con una pierna caída a veinte metros de distancia. ¿También quieres sentir eso? —Ella se incorporó en la cama, tiró las almohadas—. Y nosotras, ¿qué? Una pena que no estés cerca para vernos llorar. ¡Esto no se hace!

—No, no se hace —contestó él con una calma ominosa—. Puedo recoger mis cosas y volverme a Sherman Oaks y pasar el resto de mi vida escribiendo comedias para Doris Day o poner letra a las películas de Disney. Eh, contratemos al viejo Gideon Zadok, es una de las mejores plumas de la ciudad. Solo hay que darle cuerda y escribe, escribe. El viejo Gideon no nos creará problemas. Es una mierda de hormiga. Se decía que en tiempos quiso ser un verdadero escritor. ¿Lo imagináis? Mierda, no quiso renunciar a su ropa interior bordada. No el viejo Gideon.

—No creo que sea el momento de que me recuerdes que destruí tu segunda novela porque no te dejé ir a vivir en los burdeles de San Francisco.

—No, no, no, cariño, no sientas remordimiento. Es solo que la enseñanza en esas escuelas privadas es tan cara. Y *Grover* ha de ir al psiquiatra. El «Cadillac» ya tiene más de mil quinientos kilómetros…

Val se arrodilló, se cubrió el rostro con las manos y se balanceó de atrás a delante, de delante a atrás. Exhaló un largo y terrible suspiro, se echó, le dio la espalda y se cubrió con la sábana.

—Lárgate —dijo.

—Cariño, por favor, dime que sabes lo que intento hacer. Por favor, dímelo.

Ahora estaba tranquila, mortalmente tranquila.

—Eres un amante de la guerra, Gideon. Incluso tu jeep hacía ruidos de alegría esta noche cuando viniste.

Gideon se sentía destrozado. Se apoyó en la pared y dejó caer la cabeza. Era la condenada verdad. La idea de participar en un ataque se le había subido a la cabeza. ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo justificarlo?

Se arrodilló junto a la cama, alargó la mano, y tocó la parte redondeada de su cadera. Puro hielo.

—Es parte de mí, cariño. No puedo evitarlo. Está bien, me emborracha. Pero tengo que ir a por ello, cariño. Tengo que conseguirlo. No me hagas volver… allí… sin conseguirlo.

Esperó, pero ella no se movió. Se puso en pie, decidido.

—Iré al hotel.

Ella echó la mano hacia atrás y destapó la cama para que él se metiera. En un momento estuvo acurrucado junto a ella.

—Cariño…, cariño…

Val se volvió, le cogió la cabeza y la estrechó contra su pecho.

—Trata de dormir, Gideon. Necesitarás todas tus fuerzas.

—Quítatelo.

—No seas loco. Es demasiado, Zadok. Condenado judío.
—Esto es lo que me da fuerzas.
Había algo increíble en hacer el amor cuando iba en alas de tal furia.

HERZLIA, ISRAEL

Herzlia, Israel
10 de octubre de 1956

Hubo infinidad de veces en que esperé a Gideon con el corazón en la boca. Siempre supe que encontraría el camino de casa. Pero no esta vez, Val, no dejaba de decirme, puede que pasen treinta y seis horas antes de que tengas alguna información. Si solo pudiera cerrar los ojos y despertar mañana con él de pie junto a mí. Si solo pudiera comentarlo con alguien.

Todas mis opciones para matar el tiempo perdieron atractivo: leer un libro nuevo, coser un par de trajes para las niñas, darles una buena dosis de clase. No era capaz de concentrarme.

¿Y si saltara al coche y llegara a Jerusalén, o a la excavación arqueológica de Hazar? No. Ni siquiera tenía ganas de dar un paseo por la playa. Tenía que estar en casa por si había alguna llamada telefónica.

Me encontré tomando el té con un par de vecinas. Chicas encantadoras, sudafricanas. Algunos de sus familiares se quedaron en Johannesburgo para llevar el negocio familiar. Enviaban las ganancias a Israel donde la otra parte de la familia había emigrado y empezaba nuevas empresas. Sionistas de toda la vida, con metas muy claras.

¿Dónde estaría Gideon ahora?

—¿Más té, Dara?

—Gracias, Val. ¿Un poco inquieta hoy?

No confiaba del todo en Dara Myerson. Era demasiado hermosa. Todas ellas coqueteaban con Gideon.

Casi perdí el sentido. Solté la tetera y me agarré a la fregadera.

—Val, te has puesto del color de la cera.

Me acompañaron a la alcoba y Selma salió en busca del doctor Hartmann. Dara dijo que se llevaría a las niñas todo el día y se preocuparía de mis comidas.

—¿Qué te pasa, mami?

—Se me ha ido un poco la cabeza.

—¿Es que vas a tener la menstruación? —preguntó Roxy—. ¿Será tensión premenstrual? —Roxanne se había vuelto muy mundana sobre menstruaciones. Esperaba la suya, que podía empezar en cualquier momento. Llevaba un paño higiénico consigo, a todas partes, por si ocurría el gran acontecimiento.

El doctor Hartmann había tratado a muchos supervivientes de los campos de concentración. Su maletín estaba lleno de cosas buenas. Las niñas se habían ido. Todo permanecía tranquilo y los medicamentos empezaban a hacer su efecto… Eeeh…, alabado sea Dios…, el niño había emprendido el vuelo…

El maldito reloj apenas se había movido. Eran solo las once de la mañana.

—Cielos. —Respiré hondo. Me dolía, mucho. La única otra vez que sentí este tipo de dolor fue durante aquellas horas de espera, cuando la vida de Penelope pendía de un hilo.

Me fijé en la fotografía del tocador. Allí estaba, me miraba. El contralmirante Warren Ballard y su esposa. La gran pamela de mamá aparecía profusamente cubierta de encaje. Ambos se encontraban tiesos y llevaban guantes blancos. Sus sonrisas unidas llegaban a .001 en la escala de Richter. *Bulldog* Ballard.

—Mami, cada vez que el abuelo me acaricia la cabeza, me hace daño —se quejó Roxanne. Debí de haberlo comentado con Roxy…

San Francisco. Área de la bahía
1944-1953

Su caricia más suave era como el contacto con una porra. Si no navegaba a veinticinco nudos, o no «daba» 90, el almirante no solía interesarse, en especial si se trataba de una voz que salía de dentro de una niña. Éramos objetos. Mami, un objeto tipo A; mi *Dulce Hermana* Ellen era un objeto, bendita sea. Mi hermano Tom, no. ¡Él era un *hombre*!

Pero Tom falló al equipo. ¡Sí, Tom! En lugar de seguir a *Bulldog* Ballard a Annápolis, Tom andaba por alguna parte, en la cima de una montaña de América del Sur, dedicado a enseñar a los desagradecidos indios cómo utilizar un fertilizante.

¡Antropología! ¡Y qué diablos es antropología! ¡Casado con una maldita peruana, medio india, eso era!

—Mejor no mencionar a Tom estas Navidades —advirtió mamá—. Al almirante le escuece todavía.

Pero ningún problema de este tipo con la *Dulce Hermana* Ellen. ¡La Armada, sobre todo! Fred Barrington, he aquí a un estupendo joven oficial, como la Armada no ha visto en diez años. Ese muchacho mandará un crucero antes de cumplir treinta y cinco años. Caramba, ¡un crucero antes de los treinta y cinco! La *Dulce Hermana* Ellen, que podía beber en secreto más que el almirante, y el estupendo muchacho Fred habían procreado un niño. Era una mierdecita, pero el almirante, al fin, sabía que la vieja tradición perduraría pese a la perfidia del hermano Tom.

Yo era la pequeña. Para cuando me llegó la hora de tomar parte en el juego, la *Dulce* Ellen se había rendido y el hermano Tom había agitado el dedo bajo las narices del almirante y embarcado hacia América del Sur.

Mamá solía estar de parte de papá, así que pasé mi infancia aprendiendo el arte del compromiso y de no volcar el barco. Desde el principio fui buena en Arte…; muy buena en realidad. Mis sueños de estudiar en París hubo que dejarlos de lado por causa de la guerra. Además mamá y yo no habíamos convencido del todo al almirante. Yo valía para París, cuidado, pero no del todo. Las buenas escuelas de arte

de Los Ángeles y Nueva York, también estaban fuera de mi alcance. Decidí pasar la guerra preparándome para París.

«Mills College», una especie de «Vassar» de la Costa Oeste, con un *campus* solamente femenino y elegantón, cerca de San Francisco, parecía una buena alternativa. Sublime satisfacción del almirante y paz en el hogar.

Incidentalmente, el hogar era Coronado Island, un salto en transbordador sobre la bahía de San Diego. Barcos aquí, barcos allá, barcos por todas partes. Todo Armada, de punta a punta. Una comunidad de retirados, donde los viejos lobos de mar adquirían el *rigor mortis* antes de zarpar para su destino final del más allá. Seis comandantes y cinco capitanes por manzana. Jefes de escuadra en Ocean Boulevard. Allí es donde vivíamos, en una gran casona aireada, con las olas cerca y el 4 de Julio todo el año.

En Mills disfruté mi primera y verdadera libertad. Estudié Historia del Arte (bostezo) y artes aplicadas y, más que nada, trabajé a fondo mi francés para poder atacar La Sorbona pasada la guerra.

Entonces fue cuando lo conocí. Gideon Zadok, soldado de primera, USMC y famoso empresario.

Gideon era un paciente en el Hospital Naval de Oak Knoll, a un tiro de piedra carretera abajo del *campus* de «Mills College». Tantos pobres marines y marineros heridos, lejos de casa y necesitados de tiernos y amorosos cuidados, y varios centenares de chicas en celo…, era un delicioso arreglo mutuo. En aquellos días prevalecía aún la antigua cortesía: unos pocos besos franceses y feroces, algún pellizquito en las tetas, pero nada que no pudiera contarse a mamá. No nos acostábamos a menos que la situación hubiera llegado a un punto muy serio. ¡Cristo!, qué recatado se mostraba el mundo por entonces. Era estupendo.

Gideon no hablaba mucho sobre su destino en ultramar. Pasado cierto tiempo, llegué a enterarme que había tenido siete recaídas de malaria, contraída en Guadalcanal, y que por lo visto tenía algo de metralla en un hombro. No era una herida mala, pero un compañero suyo del hospital me contó que lo mantuvo en secreto durante dos o tres días hasta que se le infectó por la atmósfera de la jungla y que fue considerado lo bastante grave para ganarse el *Purple Heart*[5]. Más tarde, en Tarawa, contrajo el dengue, una infección terriblemente dolorosa en la que todas las articulaciones del cuerpo: nudillos, rodillas, dedos de los pies, columna vertebral…, todo se hincha.

También tenía algo de asma. En resumen, era un guerrero agotado, necesitado de un largo período de descanso.

Yo reuní un grupo de amigas para ir al hospital Oak Knoll a ver su representación. Con gran sorpresa por mi parte, fue un espectáculo de lo más divertido, representado con habilidad y desenvoltura. Me encantó el argumento. Un destacamento de marines es lanzado al espacio, donde forman una colonia en un planeta lejano. Después de varios siglos, la colonia pierde contacto con la Tierra y son olvidados. Allí, la vida es

eterna. Todos los días, por cientos de años, los marines se levantan al toque de diana, hacen instrucción, van limpios y aseados y tienen inspecciones. Más tarde, son redescubiertos y devueltos a la Tierra. El último acto, en el que descubren el sexo con mujeres, resultó desternillante. Pero después de revisar el mundo, optaban por ser devueltos al espacio y seguir con la instrucción para siempre.

No sé lo que me hizo seguir viéndome con el individuo. Era un poco fanfarrón. Muchos marines tienen problemas con la modestia. Creo que también me encantaba poder salir con un combatiente y descubrir que no todos eran simios peludos. Después de ver la obra de Gideon, empecé a preguntarme qué era lo que me atraía de él.

I'll be seeing you
In all the old familiar places,
That this heart of mine embraces,
All day through…[6].

Tengo la esperanza de que la moda de bailar lento y agarrado continúe cuando Roxanne y Penelope empiecen a salir. Su anciana mami podrá enseñarles los entresijos del mismo. Buena parte de mi carrera de bailarina lenta ha transcurrido entre los brazos de algún joven oficial ambicioso que trataba de encandilar a la hija del almirante. Mucho apretar al azar, sudar y, ¡oh, mierda!, soportar su erección.

Pero, por el contrario, camaradas, el baile lento nos acerca a lo que ya sabéis. S.P.C. Zadok se conocía todos los trucos para defenderse en la pista. Te sujetaba firme pero decentemente, con las antenas alerta para detectar la primera señal. Después, decidí que me gustaba la forma en que encajábamos y dejé de debatirme. Me enroscaba a su cuerpo, tanteaba su mejilla, respiraba profundamente y nos lanzábamos como si fuéramos uno solo moviéndose por dos.

Comía en un restaurante, de acuerdo con sus medios, sobre la bahía de San Francisco. El «Globo», en Broadway, en la sección italiana del norte de la playa. En realidad, era un bar portugués, con habitaciones en el piso de arriba para marinos visitantes. Detrás del bar había una media docena de mesas resguardadas, en un comedor que servía una cena de tipo familiar por noventa y nueve centavos, vino incluido.

Íbamos tranquilizándonos, cada vez más comedidos, solo «hacíamos manitas» y nos mirábamos a través de la llama de la vela.

—¿Cómo le va a sentar todo esto al almirante, dado que no soy sino un recluta, y un marine?

—El almirante y yo no somos íntimos. No lo sé. En Midway le volaron un barco bajo sus pies… Ha visto morir demasiados de sus propios hombres y a demasiados marines recogidos en las playas. Ha perdido mucho de su intolerancia.

—¿Tú quieres seguir viéndome?

Estuve a punto de decir: «Aún no estoy preparada», que era lo que siempre había dicho antes. «Me gustas mucho, chico, pero no estoy preparada». París y demás; pero no le contesté.

—¿Quieres enterarte de algo mucho peor? —preguntó Gideon.

—Dispara.

—Soy judío.

No sé lo que tuvo que pasar para poder decir eso, pero fue un momento extraño para los dos. De repente, las bromas y los juegos acabaron. Yo hice un comentario imbécil.

—Ya decía yo que eras un tío raro —dije, más o menos.

Gideon miró hacia el bar donde tenía lugar una pelea a brazo partido.

—Ahí está el dinero para nuestra cena y gasolina. Préstame un par de dólares, repartiremos las ganancias.

Oh, el pequeño rufián era engañoso. Derribó a tres marinos portugueses, que le doblaban el tamaño, y recogió quince dólares del bar.

Yo podía disponer del coche de una amiga, que estaba en dique seco la mayor parte del tiempo debido al racionamiento de gasolina hasta que Gideon apareció. Consiguió suficientes bonos de racionamiento para mantener el depósito lleno. Salimos y comprendí que tendría que darle alguna respuesta.

—Vayamos a un lugar tranquilo —dijo—. Quiero enseñarte algo.

Con toda su bravuconería, Gideon apenas me había tocado. Me sentía muy cómoda a solas con él. Conduje hacia Twin Peaks. Era una noche única, sin niebla, y podía verse toda la bahía y los puentes.

—¿Has traído a muchos pobres marines hasta aquí?

—Oh, bastantes, pero tú eres mi primer marine judío.

No me besó. Más tarde me enteré de que eso formaba parte de la estrategia del canalla. Abrió un gran sobre y sacó un montón de páginas.

—¿Qué es esto?

—El primer capítulo de mi novela. Me gustaría leértelo.

Me encontré temblando. Todo resplandecía y un joven ansioso estaba sentado frente a mí dispuesto a arrojar el guante y desafiar al mundo.

—¿Cómo la has titulado?

—*Hombres en la batalla*.

Cuando acabó de leer, me vine abajo y me eché a llorar, desconsolada. Miré fijamente a Gideon Zadok. ¡Señor, qué era todo aquello!

—Oh —exclamé—, me has impresionado.

Gideon alargó la mano, acarició mi mejilla y me dijo que no llorase. Nunca había sentido nada como su mano, antes. Nadie me ha tocado así desde entonces, excepto él.

In that small cafe,

The park across the way,
The children's carroussel,
The chestnut trees,
The wishing well,
I'll be seeing you,
In every lovely summer's day…[7].

—Te quiero, Gideon.

—Yo también te quiero, Val. Y vivirás para verles a todos en pie y aplaudiendo cuando entre yo. Incluso el almirante.

El té con mamá era a las cuatro en punto en el *Garden Court*, del «Hotel Palace», y «procura no retrasarte, querida». El té de la tarde, música suave bajo una claraboya de cristal, entre flores, arbustos y un surtidor. Jane Ballard pertenecía al *Garden Court*. Ella era puro Renoir: llevaba puestos un cuello rizado, francés, y una de sus apabullantes pamelas de paja. Mamá era una belleza pálida, nacida para lucir colores pastel y largos collares de perlas.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

Un resumen de las últimas noticias. A papá le habían concedido, temporalmente, el rango de vicealmirante y ahora mandaba una fuerza de combate, cientos de barcos. Era un mando de alcance monstruoso, un desenlace adecuado a los últimos días de guerra, para terminar una carrera distinguida.

A mi *Dulce Hermana* Ellen se le había descubierto el problema de la bebida. Fred llevaba dos años en ultramar y la *Dulce Hermana* Ellen, al parecer, se divertía un poco por aquí y un poco por allá. Gracias a Dios que Ellen tenía a mamá. Pero siempre la había tenido. Así lo había decidido la asquerosa Ellen. Yo la envidiaba, indudablemente; se me atragantaba.

La esposa peruana de Tom iba a tener su cuarto hijo. ¿Llegaríamos a conocerles alguna vez? Quizá después de la guerra. Esto no era hablar por hablar. El almirante se había ablandado un poco. Mantenía una correspondencia regular con Tom. Desde luego, ¡*Bulldog* Ballard se ablandaba!

La noche anterior, Gideon y yo habíamos reunido nuestros recursos y llevado a mamá al «Shadow Restaurant», en Telegraph Hill y había volcado sus encantos sobre ella.

—¿Qué piensas de él, mamá?

—Oh, es encantador, de verdad. Un chico muy inteligente.

—Yo estoy loca por él.

—Es más que obvio. ¿Hasta dónde pensáis llegar?

Silencio. La orquesta inició una mezcla de canciones sentimentales, de guerra, inglesas… *Las rocas blancas de Dover, Cuando las luces vuelven a encenderse*. El té llegó con *La canción de un ruiseñor en Berkeley Square*. Mamá encendió su largo y

fino cigarrillo con un mechero de oro con un emblema de la Marina. Un regalo de bodas de plata, de la *Dulce Hermana* Ellen y Fred.

—Camarero —reclamó mamá, rompiendo aquel silencio.

—¿Señora?

—Llévese esta maldita bebida. Me gustaría un bourbon con hielo, doble.

Yo sentía aversión por la bebida. Mamá y el almirante bebían de sobras por mí. Pero estábamos llegando al fondo de la cuestión y a lo mejor habría palabras fuertes. Me lo temía.

—Yo tomaré un whisky *sour* —dije.

Ahora, debidamente reforzada, mamá formuló la pregunta:

—¿Dormís juntos, cariño?

—Más o menos.

—Me temo no comprenderte.

—Nos echamos juntos y queremos hacerlo y no queremos. Más o menos, lo hacemos y no lo hacemos. Nos estamos volviendo locos. Demonio.

Mamá bajó el vaso unos centímetros y sus ojos se humedecieron ligeramente cuando el whisky hizo su efecto.

—¿Y qué más?

—Quisiera que te gustara.

—Te propones casarte con el muchacho, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—El almirante y yo hemos descubierto que la gente joven está completamente segura de sus emociones y convicciones. También son testarudos y sordos. Deduzco que no se trata de una consulta, sino que me estás informando.

—Pero escucharé —dije.

—Gideon es sumamente ambicioso y podría tener talento. Yo no soy el juez adecuado. Leí sus páginas, anoche. Son muy bastas. Se tardan años y años en ser escritor. Este muchacho no se ha graduado siquiera en la escuela. No puede entrar en la Universidad. No tiene la menor oportunidad de llegar a ser novelista con sus conocimientos.

—Sabía que no comprenderías.

—No, no comprendo. Tiene más probabilidades de cruzar el Pacífico a nado. Supongo que con el tiempo aprenderemos a convivir con un yerno judío. Pero ni el almirante ni yo aceptaremos tu infelicidad.

Sentí un ramalazo de rabia.

—Mamá, esto es una broma cruel. Ninguno de los dos os habéis dado cuenta de que yo existía en los últimos diez años. Está bien, puede que no sea escritor. Pero lo quiero por soñar con ello. Por atreverse. Sea como sea, se ganará bien la vida. Le quiero por cómo me ama, por cómo me toca.

Mamá se me quedó mirando; parecía que yo la hubiera golpeado.

—Lo necesito por su ternura —dije.

Jugó con su vaso, haciendo girar los cubitos de hielo, y, de pronto, lo tendió al pasar el camarero. Yo la había pillado desprevenida. La querida Val nunca discutía con ellos.

—Esto es muy duro —dijo.

—Bien, mamá. ¿Cuándo fue la última vez que el almirante estuvo tierno contigo?

—Oh, ignoras, querida, que él y yo hemos tenido nuestras noches locas en Oriente. Conoce mi cuerpo a la perfección. ¿Por qué demonios la gente joven no puede creer que sus padres también se amaron?

—Yo —dije sin creer que las palabras salían de mi boca—, ¿qué hay de amarme a mí?

—Los grandes hombres han tenido grandes debilidades. No, no me interrumpas, Valerie. Tu padre es un hombre honorable y un patriota. En lo suyo, es uno de los más importantes del mundo. Y en más de treinta años nunca me ha sido infiel. Quizá yo le di demasiado y tú muy poco. Las familias de hombres como este siempre deben pagar un precio. ¿Crees de verdad que tu joven Gideon es tan diferente de tu padre? He dicho que no me interrumpieras, Val… El almirante no recibió nunca una palabra de amor de su propio padre en toda su vida. No sabe cómo se dice «te quiero». Pero ama a su modo, y Dios sabe que yo lo sé. Este hombre, tu padre, cuando está en el puente de su barco insignia, un carro de guerra, y se lleva sus prismáticos a los ojos, ve barcos de punta a punta del horizonte. Portaviones, acorazados, cruceros, destructores, aviones arriba y submarinos abajo. ¡Él, *Bulldog* Ballard, es el jefe! ¿Qué puedo yo, como esposa, darle en comparación? Solo mantenerle en buena forma, comprender sus debilidades y amarle por lo que es.

—Conmigo y Gideon, las cosas son diferentes. El mundo se está volviendo diferente. Esta va a ser una familia con dos carreras. Tan pronto gane lo suficiente con sus libros, nos vamos a París para que yo termine mis estudios.

—Oh, Val, cariño mío, ¿crees, realmente, que Gideon no tiene el mismo tipo de ambición que tu padre? ¿Crees que podrás compararte a él, cuando eche a volar? Para estar en el puente de aquel barco, debe tener paz en su casa. Puede que empiece un valiente mundo nuevo. Oigo hablar de él todo el tiempo, pero no lo comprendo. Yo no soy más que una simple esposa de la Marina. Mi carrera es mi hombre y esto es más que suficiente para mí.

—Mami, nos casamos la semana pasada.

Se puso como la ceniza. Ambos éramos menores de edad. Podían anularlo si querían.

—Lamento que no pensarais lo bastante en nosotros para decírnoslo. Tal vez lleves a tu familia mejor de lo que yo he sabido hacer con la mía.

Se fue rápidamente para refugiarse en su habitación y llorar. Era la primera vez en mi vida que plantaba realmente cara a mis padres. Ahora, estaba asustada.

Gideon y yo teníamos un pequeño apartamento en una tercera planta, encima de una droguería china en Larkin Street, al borde del barrio nocturno de la ciudad. Treinta y cinco dólares al mes, amueblado.

La presentación a mi suegro fue una carta de cinco páginas bastante parecida a *Rocks and Shoels* (los artículos que gobiernan la Marina de los Estados Unidos).

> *… Ignoro lo que mi muchacho te habrá contado sobre su infancia feliz en Filadelfia, pero somos una familia muy progresista. No tengo la menor objeción a que mi hijo se case con una shiksa (gentil) pero no debería olvidar por ello que es judío.*
>
> *Incluyo las recetas para preparar pescado gifilte, motzo brue, borsht, carne gedempta, tsimmes, etc. Cuando nos conozcamos personalmente, te examinaré.*
>
> *Sobre todo, debes ocuparte de que Gideon me escriba todas las semanas. Te hago responsable. Y no causaría ningún perjuicio que tú también me escribieras.*
>
> *No sé por qué Gideon boicotea a Filadelfia. ¿Qué hay de tan importante en San Francisco?*

La madre de Gideon envió un extraño y simple mensaje: «*¿Cómo has podido hacerle esto a tu madre?*»

Gideon no quería volver a Baltimore ni a Filadelfia, ni por una visita corta ahora que la guerra tocaba a su fin.

—Volveré —dijo— cuando se publique mi primer libro y pueda ir a casa conduciendo un «Cadillac».

Antes de que la guerra terminara ocurrió algo que debió haberme hecho ver que me había casado con un loco. Gideon había conseguido que lo trasladaran del hospital para servir en un depósito de aprovisionamiento en San Francisco. Por entonces, el *Examiner* de San Francisco y otros periódicos de la cadena «Hearst» apoyaban a Douglas MacArthur para que fuera nombrado comandante supremo del Pacífico, colocándole por encima de la Armada y de la Infantería de Marina. Un terrible editorial de primera plana se titulaba LOS MARINES MUEREN INNECESARIAMENTE y citaba la habilidad de MacArthur para disminuir el número de bajas. Por supuesto, no mencionaba que a los marines se les asignaban las islas más peligrosas que invadir. Gideon y unos trescientos marines giraron una visita al *Examiner*. Cuando el editor telefoneó a la patrulla de vigilancia pidiendo ayuda…, ¿qué les parece?, ni un solo oficial de Marina, ni ningún marine con cierta autoridad quedaba en la ciudad.

Cuando la Policía llegó, me dijeron más tarde, Gideon, como portavoz, agarró al

editor por la corbata.

—Al primer policía que entre —dijo—, les hacemos pedazos las prensas.

Resultado, el *Examiner* se retractó y el resto de los periódicos «Hearst» cancelaron el editorial. Recuerdo este incidente porque fue la primera vez que vi a Gideon negarse a claudicar de una situación que se repetiría con frecuencia. Su incapacidad por llegar a un compromiso nos causaría tremendo dolor y contribuiría a la erosión de nuestra relación.

Recibí una carta preciosa de Molly, su hermana. Molly escribía que había estado esperando ese día. Dijo que mucha gente quería a Gideon y que tenía muy buenos amigos y parientes afectuosos, pero que resultaba curioso el que siempre anduviese muy solo. Molly dijo que necesitaba desesperadamente una persona, en este mundo, que pudiera llamar suya, alguien que velara por él.

¿Amaba yo mucho al hermano menor de Molly? ¡Que si le amaba! Oh, ya sé que todos los recién casados están locos de asombro y descubrimiento, pero nosotros nos devorábamos. Mis emociones, controladas, disciplinadas por las ausentes manos de mis padres, habían encerrado dentro de mí la habilidad de demostrar cariño con tanto efecto como si lo tuviera encerrado en una caja de acero. Nunca me había dado cuenta de lo sepultadas que estaban mis emociones. Ahora, el amor, profundamente enterrado, salía a chorros.

Estábamos algo locos. Lo probamos todo, leímos cada libro sobre sexo que caía en nuestras manos. Le encantaba hacer que me ruborizara cuando encontraba algo fuera de lo corriente.

Tan pronto como nos sentábamos en un restaurante, nuestras manos estaban debajo del mantel. Nos metíamos en callejones. Hacíamos el amor en el suelo de los bosques de Muir, a solo pocos pasos del principal camino de peatones. Algo de eso no parece tan loco ahora, pero lo era en 1940, y la modestia y los murmullos sobrepasaban nuestra ingenuidad. Trajes extravagantes, espejos, fantasía. Nuestras fértiles mentes no dejaban de buscar. La primera Navidad fuera del servicio tuvimos un árbol de unos setenta centímetros de altura, pobreza en el aire, y un amor glorioso, glorioso.

Y, de pronto, llegó el amanecer como un trueno por encima de las colinas de Oakland al otro lado de la bahía.

Vivíamos sobre todo de sueños, de ignorancia juvenil, y de ayudas a veteranos sin empleo. Yo pensaba que se metería de lleno en su novela. Lo intentó por poco tiempo; pero acabó por guardarla en un cajón y apenas la sacó. Algunos lo llaman bloqueo del escritor. Yo lo llamo miedo. Pero él no quiso admitirlo.

Gideon se embarcó en una serie de aventuras gigantescas, garantizadas para cambiar al mundo. Solo que el mundo no estaba del todo listo para él. Formó una falsa organización de marines veteranos con cinco miembros, lo que le permitió tener

una cédula del Estado, dándole *status* sin beneficios, y cierto número de veteranos descarados. El pequeño canalla salió y alquiló el Teatro de la Ópera de San Francisco para presentar su nueva obra. Organizó decorados, trajes, mandó artículos a los periódicos, recibió negativas de los sindicatos de músicos y de tramoyistas, repartió programas, se metió a codazos en programas de radio, escribió críticas en las que mencionaba periódicos inexistentes de Chicago y Nueva York. Resultado: setenta y cuatro dólares de taquilla y una deuda de mil dólares.

Esto lo transtornó tanto que se ocultó en el gimnasio de luchadores, en el barrio nocturno, jugó a las máquinas tragaperras, a lo largo del día, durante tres meses.

Después, fue un periódico de veteranos. Eso le permitía lugar donde escribir. Redactaba todo el periódico, incluidas cuatro columnas firmadas con diferentes nombres. Telefoneaba hasta entrada la noche solicitando anuncios de los comerciantes locales. Esta empresa tardó seis meses en hundirse y añadir otros dos mil dólares a nuestra deuda.

A continuación, apareció la publicación de una revista que ofrecía «oportunidades de empleo» en todo el mundo. La patrulla de estafas fue a buscarle.

Después de lo cual escribió parodias para algunos cabarets de North Beach. Eran divertidos comentarios sociales. Por desgracia, a los clientes les gustaban las cosas algo más picantes.

Yo estaba tan condenadamente enamorada de él que creía en cada una de sus destarifadas aventuras hasta el día en que se hundían.

Y, entonces, me enfrenté a él con estas dos palabras mágicas:

—Estoy embarazada.

Un par de entrenadores de lucha con los que había trabado amistad lo enviaron a una agencia local y Gideon pasó a ser gerente de circulación de distrito para el *Call-Bulletin*, un periódico de la tarde de San Francisco. Tenía treinta o cuarenta vendedores de periódicos que trabajaban para él, repartiendo a domicilio. Con mis mareos matutinos y Gideon con un trabajo regular, volvimos al mundo real y, poco a poco, salimos del agujero.

Yo había tenido la esperanza de que volvería a escribir su novela, pero aquellos desastres del principio, lo habían apocado. Escribía casi constantemente, en cada rato libre, pero eran pequeñas piezas de ficción y de no-ficción. Mantenía quince o veinte de estas en circulación por correo de editor a editor. En los dos años siguientes, coleccionó cuatrocientos veintidós rechazos.

Mamá y yo nos habíamos mantenido en contacto por medio de alguna carta ocasional y por llamadas telefónicas. Cuando entré en el octavo mes de mi embarazo, recibimos un inesperado aviso de que ella y el almirante iban a visitarnos. ¡Pánico en la ciudad!

Nuestro apartamento, tal como era, apenas bastaba para que cupiera mi barriga en él. Tenía una cocina como una alacena, un baño en el que solo podía entrar una persona, y una habitación para todo con una cama plegable. Comíamos en una mesa de juego con sillas de lona como las de los directores de cine.

Yo había embellecido el lugar con un par de mis más vistosas pinturas, colores violentos, posters y colgaduras gitanas. Además de su colección de *saloons*, borrachos, tironeros y demás tipos de poca monta, el barrio contenía cierta cantidad de tiendas tipo rastro, libros viejos, y venta de discos antiguos. Algún trasto antiguo bien bruñido y estanterías llenas de libros darían a la estancia un cierto encanto bohemio. Al otro lado de nuestras ventanas, la vida descarnada representaba sus diarios dramas humanos: camiones de bomberos que tenían que cambiar de marcha en nuestra colina, y sacudían nuestro edificio…, hombres que pegaban a sus mujeres…, mujeres que atizaban a sus hombres…, borrachos que se caían en nuestra entrada…, bandas guerreras de gatos callejeros…, un par de damas ocupadas en trabajo nocturno, en el mismo rellano… Sabía que mamá y el almirante se atragantarían al ver dónde y cómo vivíamos.

Con gran sorpresa por mi parte, pareció que no les importaba un comino. Mi propia inseguridad fue rápidamente reemplazada por la preocupación al ver el aspecto de mi padre. Se moría. Esto justificaba la inesperada visita de paz. Tenía cáncer y yo agradecí que vinieran. Mamá me dijo que había rechazado toda medicación calmante.

—Con el dolor —le había dicho él—, sé por lo menos que estoy vivo.

Bien, dos años temiendo esta visita y todo por nada. Resultó ser la velada más maravillosa que jamás tuve con ellos. Lo gastamos todo en la comida. El restaurante «El Globo» nos preparó una estupenda olla de bullabesa y nos vendió el vino a precio de mayorista.

La habitación estaba bañada por la temblorosa luz de unas velas metidas en botellas de chianti, revestidas de enormes cabelleras de cera, y teníamos un fondo musical de ópera. Todos nosotros comimos como locos y bebimos igual.

El almirante y Gideon hablaron de la invasión de Tarawa como dos viejos camaradas de guerra. Gideon la conocía desde el punto de vista de un marine y profundizó más pensando en utilizarla más adelante en su novela. El almirante estaba terriblemente impresionado.

—Bueno, ¿y por qué no trabajas en tu libro? —preguntó mi padre con una brusquedad que yo conocía muy bien—. No va a escribirse solo.

No creo que ninguno de nosotros estuviera preparado para la respuesta de Gideon.

—Tengo miedo —dijo.

—¿Miedo? ¿De escribir? —preguntó mamá con sincera inocencia.

—Todo lo que yo he querido o soñado desde niño depende de este libro. ¿Y si fracaso? A veces pienso que si no lo consiguiera, querría morirme. No puedo vivir mi vida como un don nadie. Así que, tengo miedo.

La habitación estaba silenciosa. El almirante lanzó una larga y fija mirada a

Gideon.

—Sé exactamente lo que quieres decir.

El disco se acabó. Gideon lo desconectó.

El almirante volvió a llenarse la copa y habló, pero como para sí:

—Jamás he conocido a un hombre sensato que no tuviera miedo. Nunca he conocido a un gran hombre que no tuviera que vencer sus mayores temores.

El momento de que se marcharan llegó demasiado pronto. Gideon se despidió y, con mucho tacto, nos dejó a los tres solos. Mamá volvería para el nacimiento. Todos nos entretuvimos en la puerta. Nunca nos habíamos entretenido en las despedidas. El almirante me dio unas palmadas en el hombro como si yo fuera un joven oficial que hubiese hecho algo digno de encomio.

—Resplandeces de felicidad, Val, me alegro. Este muchacho es un buen muchacho. He visto a millares como él, ardiendo por dentro. Ha elegido una carrera muy dura.

—¿Lo conseguirá, papá?

—Hará frente al libro cuando haya hecho acopio del valor suficiente para enfrentarse al fracaso.

—¡Oh, papá! —exclamé y me eché en sus brazos. Quería decirle todo lo mucho que no habíamos sabido o podido decirnos. Y ahora iba a desaparecer. Para siempre. Precisamente cuando empezábamos a conocernos.

Los brazos del almirante permanecieron caídos a los lados del cuerpo mientras yo le abrazaba. Se mostró torpe en mis brazos, sin saber qué hacer. Deseaba que me rodeara con los suyos. No podía. No obstante, me di cuenta de que lo comprendía todo. Y también supuse que me quería, a su modo.

Me alegré que el almirante viviera lo bastante para conocer a Roxanne. Entonces ya estaba en una silla de ruedas. Quedaba poco de él. Cuando se la pusieron en los brazos, la sostuvo con ternura un buen rato, y me miró con una sonrisa, como si me abrazara a mí.

¡GLORIA, GLORIA, ALELUYA! Y otra entrega mensual sobre el libro, la miseria muerde. Ahora éramos los orgullosos propietarios de nuestro propio sofá, de una buena nevera y de un «Ford» modelo A de segunda mano, por el que habíamos pagado ochenta dólares al contado rabioso. ¡Ahora verán el acto de equilibrio de la Gran Valerie Santini!

¿Compramos platos, toallas, cubiertos y sábanas?

O

Gideon suspiraba por uno de esos nuevos tocadiscos de larga duración.

NO OBSTANTE

Roxy necesitaba un traje para el ballet.

Y

Si los neumáticos delanteros nos duraran seis meses más…

Si las cosas iban según lo previsto, tendríamos todo lo que necesitábamos y quedaría pagado dentro de trescientos cuarenta y cinco años, una mejora sobre los cuatrocientos seis años de la última revisión. Estábamos progresando.

Yo escondía dinero para que cada semana nos sobrara lo bastante para ver una película y permitimos una cena en el chino o «El Globo». Los días de pago escondía otros dos dólares y calderilla por todo el piso para mi propio fondo de ropa y caprichos.

El trabajo de Gideon no estaba muy mal pagado, setenta y cinco dólares semanales. Si no, habría sido un desastre. Gideon lo aborrecía, pero nunca se quejó de él en casa, por terrible que la jornada hubiera sido.

Ser pobre era una nueva y creciente experiencia para mí. Lo que yo ignoraba era que se puede ser pobre y feliz hasta el delirio a la vez. Todas las noches, cuando le oía subir la escalera de tres en tres peldaños, me estremecía un poquito. Nos encontrábamos en la puerta o en el rellano y me abrazaba como si no nos hubiéramos visto durante semanas. Tan pronto como la puerta del piso se cerraba, me tocaba el trasero o donde podía poner la mano por debajo del traje (yo no se lo ponía demasiado difícil). A los pocos minutos, Roxanne lo tenía en el suelo, con las manos en sus bolsillos en busca de su premio.

Acosté a Roxanne temprano. Le empezaba un catarro. Además, esa noche teníamos algo «superespecial». Papá y mamá leían el *Informe Kinsey* sobre sexualidad humana y estábamos intentando algo un poco raro. Quiero decir algo que el veinte o treinta por ciento de la gente ya conocía.

También había algo más en marcha. De vez en cuando, me fallaba una menstruación y no solía ser causa de alarma.

Velas en la mesa de juego, *La Bohème* en el tocadiscos.

«¡Lo he deseado otra vez tantas veces, Gideon! A dónde se fue. ¡Cielos, éramos tan felices!».

Le serví vestida con un despampanante suéter abrochado delante. Me miró con tanta adoración que me ruboricé. Durante mucho tiempo me pregunté por qué Gideon se había casado conmigo. Yo era más bien alta, rubia, con un terrible par de tetas. Sabía que se sentía a gusto cuando me tenía a su lado. Estaba orgulloso de mí, de mi educación universitaria, y de que mi viejo fuera un almirante. A través de mí, Gideon podía hacerle un palmo de narices a algo de su infancia. No quería hablar de ello, lo mismo que no quería hablar de la guerra.

Charlábamos de todo lo demás. Estábamos impacientes por quedarnos solos y hablar. Cuando había bebido un poco, era un tío muy divertido y siempre estaba un poco enterado de todo lo que pasaba por el mundo. Muchas veces conversábamos sin palabras. Me rodeaba los hombros con su brazo, apoyaba mi cabeza sobre su pecho, escuchábamos nuestros discos de segunda mano y bebíamos vino.

—Te veo muy guapa de un tiempo a esta parte, Val.

Desabrochó mi jersey y me hizo todas aquellas cosas deliciosas en los pechos…

—¿Estamos embarazados? —preguntó.

—Sí.

—¡Eh, qué te parece! No me importaría otra niña.

—¿Por qué?

—Porque los niños tienen que ser hombrecitos desde que nacen. Se les presiona para que sean duros: «no llores», «mira lo fuerte que es», «este será un buen jugador de hockey»…

—Pero yo quiero tener a tu hijo.

—Es que yo no quiero que mi hijo vaya a la guerra —dijo.

Y supe que esto le salía de muy hondo y de muy lejano.

—He estado pensando, cariño. Podría dar un buen repaso a mis cursos de arte. Es que no tengo demasiadas buenas notas para sacar mi certificado de profesora.

—Van a darme un aumento de diez dólares y cobro una *extra* semanal de cinco pavos como encargado. De momento, nos arreglaremos.

Roxanne tuvo una pesadilla a consecuencia de un ligero aumento de temperatura. La llevé a mi cama y Gideon se instaló en nuestro sofá, pagado. Durante la noche, cuando estaba inquieta y me despertaba, yo veía a Gideon con los ojos abiertos fijos en nosotras y llenos de amor.

—Hola —dije.

—Hola —me contestó.

—Métete con nosotras en la cama, nos apretaremos. —Apoyé mi espalda en su barriga y su brazo nos rodeó a las dos. Cuando la fiebre de Roxy bajó, suspiré por una noche interminable.

Gideon y yo teníamos la loca idea de vivir en Marin County, dominando el puente Golden Gate, aunque significara un largo trayecto en autobús hasta la ciudad. Pasábamos sus días libres circulando por Marin, y nos imaginábamos que nuestra casa soñada aparecería.

Mill Valley era una pequeña ciudad deliciosa y arropada con grupos de secoyas, senderos en el bosque, arroyos, trillones de flores y un artístico centro de población.

Henry Perkins era un auténtico vendedor de fincas que trabajaba la parte menos opulenta de la ciudad. Había deducido, de sobras, a juzgar por nuestro coche modelo A que no íbamos a interesarnos por el distrito de rentas altas.

La casa que Mr. Perkins nos encontró era, en realidad, un chalé de fin de semana, abandonado y, como se dice en el negocio, necesitado de que un «manitas» le dedicara un poco de trabajo. Pero, maldita sea, tenía un patio espacioso con un gran árbol en el centro y un porche delantero pensado para columpiarse, y el cuarto de estar disponía de una chimenea y había escuelas estupendas a poca distancia para poder ir a pie… y el precio estaba bastante bien.

—Siete mil cuatrocientos dólares —dijo Mr. Perkins después de consultar su librito.

(¡Gulp!).

—¿Cuánto de depósito?

—Esta pequeña belleza tiene un préstamo de G.I.[8]. Nada de depósito, y unos cien dólares de gastos al cerrar el trato.

—¿Cuánto suman los pagos mensuales?

—En un préstamo del cuatro por ciento viene a ser…, veamos: cuarenta y un dólares y seis centavos mensuales, capital, intereses y seguro.

Teníamos el corazón en la garganta. ¡En el Banco había ciento cuatro dólares!

Los errores que Gideon no cometió como carpintero, los hizo como jardinero, pintor, fontanero y albañil. Pero atacamos nuestra casita embrujada hasta que mi barriga se interpuso en el camino, y para cuando Penelope nació poseíamos un pedazo de mundo cálido, cómodo y pequeño, con un jardín lleno de rosas.

Gideon aborrecía su trabajo. Quiero decir que lo odiaba apasionadamente. El reparto diario de periódicos a domicilio proyecta una imagen amable, limpia, americana, con perros que ladran, vallas pintadas de blanco y sonrisas en los rostros de suscriptores satisfechos. Vaya, si muchos de nuestros presidentes empezaron como vendedores de periódicos, el clásico tópico dulzón de harapos a riqueza.

Era una mierda de trabajo.

Existía una sucia guerra de circulación entre los cuatro periódicos de San Francisco. El juego estaba organizado de tal modo que los repartidores eran atacados a derecha, izquierda y centro.

Los jefes de distrito, como Gideon, estaban sometidos a una insoportable presión por parte de un desagradable departamento de circulación por un lado y a la necesidad de proteger a sus muchachos por otro. Su departamento flotaba con antiácidos y medicación para las úlceras. Alguno sufría un ataque de corazón cada seis semanas.

Gideon y algunos de los otros jefes de distrito se volvieron igual de malos: luchaban por el periódico y procuraban que sus muchachos no sufrieran pérdidas. Para empeorar la situación, los hombres eligieron a Gideon como su representante sindical así que, además de sus problemas, tenía que cargar con los problemas de los otros jefes de distrito.

Los inviernos eran húmedos en San Francisco, pero ni los periódicos ni los muchachos estaban impermeabilizados. Gideon, en muy pocos años, fue tercero en antigüedad. Llegó el momento, inevitable, en que se planeó una deserción salvaje. Eso podía significar ataques personales, porque el periódico mantenía a una serie de ex-luchadores y matones para actuar en estos casos.

Como «cabecilla de los agitadores», Gideon fue destinado a un auténtico barrio

ruinoso, un distrito de negros pobres, hispanos[9] aún más pobres, borrachos, prostitutas, varias misiones de salva-tu-alma, clínicas de enfermedades venéreas y cinco robos de confiterías por noche.

—¡Hola, mami!

—Hola, Val. Acabo de dejar las maletas. ¿Puedes llegar a eso de las seis para los cócteles al «Garden Court»? Gideon se reunirá para cenar con nosotras cuando salga de trabajar.

Mamá y yo estábamos ahora muy unidas, o por lo menos todo lo unidas que podíamos estar. Adoraba a Penny y Roxy, y Gideon no dejaba nunca de divertirla.

El whisky es uno de los reconfortantes, no alabados, que llega con la maternidad. Buena cosa. Mientras tomábamos nuestras copas, mamá y yo hicimos planes para que las niñas pasaran un mes con ella en Coronado, una vez la escuela hubiera terminado, y yo me reuniría con ellas las dos últimas semanas.

Mamá era demasiado elegante para abordar el tema prohibido, así que lo hice yo.

—Ya no escribe. Cuando nos trasladamos a Mill Valley, escribió unos cuentos. El trabajo le ha quitado toda su energía. Por no hablar de los rechazos. ¡Oh, Dios, cuánto odio esos rechazos! Son como sentencias de muerte. ¿Cuántas sentencias de muerte puede encajar un hombre?

—¿Crees que lo ha dejado para siempre?

—En este momento, sí. Tendría que encontrar otro trabajo. Puede que volviera a escribir si le saliera algo en Marin. En cuanto a mí, he decidido volver a la escuela y terminar mis estudios tan pronto Penny vaya al parvulario. Entre los dos, podríamos vivir desahogados.

Mamá se quedó inusitadamente silenciosa y sonrió con tristeza.

—¿En qué piensas, mamá?

—En algún momento, a lo largo del camino, abandonamos nuestro sueño. Supongo. El almirante no lo hizo, pero, por el contrario, tampoco intentó un viaje a la Luna, solo. No sé por qué creí que Gideon lo conseguiría.

—Todavía estamos muy enamorados. Tarde o temprano arreglará su situación laboral. Tal vez entonces vuelva a intentarlo.

—Cuanto más se tarda, más duro se hace. ¿Y si se da cuenta de pronto de que jamás será un escritor?

—Tal vez Gideon lo soñó. Todo aquel que elige escribir tiene que descubrir, en un momento u otro, si es un ingenuo o un loco. No significará el final de nuestra vida.

Un invierno más en San Francisco y Gideon cambió. Su arrogancia y sus bravatas se transformaron en mal humor. Su fuego interior se iba apagando y se esforzaba por superar su fracaso y seguir adelante.

Una noche, un par de compañeros suyos lo trajeron a casa borracho como una cuba, demasiado para poder conducir. Esa era una nueva fase de nuestro matrimonio, ¿o acaso era el viejo marine que se despedía con amor de escribir?

No nos hablamos en una semana, excepto a través de las niñas. En su día libre, apareció en la cocina arrastrando, avergonzado, su máquina de escribir.

—Quiero una máquina nueva —dijo—. ¿Cuánto podemos permitirnos?

Lápiz y papel. Jesús, había un traje que yo deseaba tanto… Tenía ahorrados treinta dólares, céntimo a céntimo, a escondidas. Todavía estábamos pagando la lavadora.

—Tres dólares —contesté.

Gideon tenía una asignación de seis dólares semanales. Se arregló con cinco. El mismo día llevó la «Underwood» a una tienda de objetos de oficina, en San Rafael. Era tan antigua que tenía la palanca del carro a la derecha.

—Este será mi primer plazo. Puedo entregar cinco dólares al mes. ¿Me puede dar una máquina nueva?

—Tengo algunos modelos bien arreglados…

—Necesito una máquina nueva. He de escribir un libro muy largo. Le regalaré, además, un volumen firmado cuando lo termine.

—Yo no vivo de este tipo de tratos, amigo.

—¿Sí o no?

—¿Es en serio eso de que escribe? Nunca hasta ahora he vendido una máquina a un escritor.

—Se burla de mí y yo hablo en serio. Honor de marine.

Gideon había pronunciado las palabras mágicas. El dueño de la tienda era un ex-marine. Se ayudan como judíos. Gideon llegó a casa con una «Smith-Corona», abrió el cajón donde guardaba el manuscrito, y sacó las primeras páginas de *Hombres en la batalla*.

Lo que le ocurrió a mi hombre en los tres años siguientes, no se lo desearía ni a un perro. Gideon llegaba a casa alrededor de las ocho de la noche y se ponía a escribir en una pequeña habitación del último piso hasta las dos o las tres de la mañana. En la habitación solo había una mesa de juego y la máquina de escribir. Estaba junto al pequeño dormitorio de las niñas. El ruido de su máquina fue la canción de cuna de las pequeñas.

Solía quedar tan agotado que no podía hablar con cierta coherencia ni bajar solo la escalera. Yo tenía que desnudarle. En los días libres, trabajaba ante su máquina diecisiete o dieciocho horas de un tirón.

Y así ocurrió que una noche escribió FIN. Después dedicó el manuscrito a su «resignada esposa», y ambos nos emborrachamos y sufrimos una resaca monumental.

A continuación, llegó el preludio al infierno. La muerte del escritor. Rechazos.

Cada viaje a correos, con la garganta y el pecho agarrotados de miedo. Días, semanas y meses van pasando y de pronto: *¡BANG!*, esa cuartilla a ciclostil que llega diciendo: «Esto no reúne nuestras condiciones de publicación». La mayor parte de las veces, la firma es tan borrosa que no puedes descifrarla; en otras ocasiones, ni siquiera hay firma, solo el impreso. Ni unas palabras de ánimo, de saludo, ninguna esperanza. Ninguna explicación. Escribir una carta personal significaría que al editor no le quedaría tiempo para tomar un martini. El término editorial para manuscritos no solicitados, como el de Gideon, era «basura», «montón de desecho».

En ocasiones, alguien que se sentía muy superior escribía unas palabras crueles: «Este es, quizás, el peor manuscrito producido en lengua inglesa», o bien, «Busque un trabajo agradable, como la fontanería».

Me ponía mala de ver a Gideon baqueteado de ese modo. A él ya no le quedaban lágrimas; a mí, sí. Unos bastardos sin rostro y sin nombre estaban destrozando nuestras vidas. Bueno… van pasando bastantes primaveras e inviernos, veranos y otoños, y en alguna parte del camino, si eres persistente, te encuentras con uno o dos amigos. El editor de «Summerfield House» en la Costa Oeste, Donald Howard, encontró el libro lo bastante bueno para enviarlo a Nueva York con la nota siguiente: *Sé que necesita aún mucho trabajo; pero tengo la corazonada de que este escritor saldrá adelante y me gustaría ayudarle a limpiar su manuscrito*.

A lo que el editor contestó: *Olvídelo. Tardaría dos años en pulir su gramática y su ortografía. Usted tiene mejores cosas que hacer*. Por lo visto, Howard no tenía tino, pero sí compasión y llamó a Gideon a su despacho.

Este se sentía derrumbado. Quiero decir realmente acabado. Sus ojos reflejaban un dolor y una angustia constantes.

—Creo que puedo indicarle algunas cosillas que ayudarán a este manuscrito —dijo Donald Howard.

Y así, Gideon se gastó nuestras vacaciones yendo todos los días a San Francisco una hora o dos durante las cuales él y Donald repasaron el manuscrito, frase a frase. Estaba lleno de reiteraciones, cabos sueltos, personajes mal caracterizados, pésima construcción. Pero Howard insistía que lo bueno superaba a lo malo. Gideon gozaba de un talento innato que Dios le había dado para el diálogo; tenía fuerza, empuje, sentido del ritmo y del momento, y, sobre todo, un inmenso amor por la Humanidad.

—La cuestión es —observó Howard— si tienes cojones para escribirlo de nuevo, una vez más.

Así que volvió a subir la escalera del ático, besaba a las niñas, comía junto a la máquina y se dejaba acostar por mí.

Y otra vez llegaron las notas de rechazo… seis más.

Cuando Gideon bajó del autobús y vio mi rostro, lo entendió al instante.

—Ha habido un accidente. Penelope se encuentra en el hospital.

Mamá nos mantuvo unidos. Nuestra pequeña estuvo dos semanas en coma, luchando por su vida. No puedo relatarlo, ni siquiera pensar en ello. No hay dolor que pueda compararse con ese, ni miedo que lo iguale. Éramos fuertes y valientes, uno para con el otro; pero mamá nos mantuvo unidos… y mi sentido de culpabilidad por poco me vuelve loca.

Se sucedieron días y noches… Aquel espantoso corredor del hospital…, el rostro serio del médico…, todos aquellos tubos y vendajes y monitores…, su carita preciosa era una enorme llaga…, ni el menor atisbo de conocimiento… Oh, Dios, Penny, habla a mamá, solo una vez…, por favor… Pesadillas en las que la veía correr hacia la calle… «Penny, ¡el autobús!».

Otra medianoche… Salí embrutecida a buscar café a la máquina, otra contrariedad. Al otro lado del vestíbulo estaba la capilla con la puerta entornada. Me senté en el último banco…

Gideon se hallaba cerca del altar, ignorante de mi presencia… Nunca lo había visto en una iglesia, o una sinagoga… No pensaba mucho en la religión.

—¡Dios! —decía con una voz tan angustiada que apenas pude reconocerla—. No sé si estás ahí. No sé si alguna vez has estado ahí… De niño me dijeron que no debía pedir favores a Dios, solo pedirle fuerza y sabiduría… Ya no me queda fuerza… Oye, Hombre, escúchame, caramba… Nunca te pedí salir con vida de Guadalcanal o de Tarawa, ¿verdad? Quise pedirte que dejaras vivir a Pedro, y no lo hice. Pero… pero…, Dios…, esto no puedo solucionarlo. Ya sé, Hombre, que no admites tratos, pero en mi vida solo hay una cosa que haya deseado de verdad…, ser escritor…, y eso es lo único que puedo darte. Por favor, no te lleves a mi hija…

Pasó el tiempo, mucho tiempo, y muchas noches de lágrimas y miedo, pero Penelope luchó y salió adelante. Es la hija de su padre. Un día, casi un año después, Penny, Roxy y yo, esperamos a Gideon en la parada del autobús. Penny le entregó un telegrama: *Perdone retraso. Le hacemos una oferta para publicar su libro tan pronto sea posible. Sigue carta. Firmado: J. Bascomb III, editor jefe, «Reaves Brothers Editores».*

De pronto nos encontramos en un mundo nuevo lleno de furia. Gideon lo encajó con calma, como un viejo amigo al que se ha estado esperando. Abandonó el periódico con un delicioso toque de humilde dignidad. Los compañeros de trabajo estaban tremendamente orgullosos de ver que uno de ellos salía por la puerta grande sin que lo sacaran con los pies por delante. Le regalaron una preciosa maleta, un diccionario y (según me dijeron) una gran fiesta de despedida.

Sus muchachos lloraron abiertamente. Unieron sus ahorros y le compraron un encendedor de gas bastante caro, y le dijeron que lamentaban que se les hubiera

terminado el dinero y no pudieran comprarle una placa. Cuando dejó de fumar siguió llevando el mechero consigo, siempre.

Oh, tuvo algunos estallidos, claro, y un par de veces hube de mandar a los marines a que lo buscaran; pero, poco a poco, sentí que iba encajando en su nuevo *status* y que nada cambiaría entre nosotros dos. Quizás hubiera debido protestar por su prolongada celebración, pero el tío había trabajado tanto y tan duro que decidí pasarlo por alto. Lo comenté con mamá, quien había tenido más que alguna experiencia propia. Yo amaba a Gideon y no creía que fuera el momento de cortarle las alas. En todo caso, siempre supe que Gideon sabría encontrar el camino de casa.

No me sentía del todo feliz con los planes para su segunda novela. A Gideon le intrigaba la gente que habitaba el barrio nocturno de San Francisco y había hecho cierto número de esbozos de personajes con los que iba a construir una novela. Disfrutaba con sus rondas por los bares ruines, con un grupo de luchadores, o con un juego de cartas con tramposos de poca monta, y oyendo las historias de penalidades de las busconas. No era lo que yo hubiera elegido, pero decidí callarme y dejar que lo solucionara con su editor.

No soportaba su idea de cruzar la bahía hasta el barrio de marras y vivir allí mientras él terminaba su investigación, y llegué a decidir que ahí es donde yo hacía cruz y raya. Quizá para cuando tuviera que decidirlo, hubiera cambiado de idea.

En cuanto a mí, Valerie Zadok, quería paz, una casa más bonita en las colinas de Sausalito con vistas a la bahía de San Francisco. A lo mejor podríamos tener un barquito de vela. Cuando yo crecía, en Coronado, siempre teníamos uno. Y arriba, en el desván, Gideon teclearía en su máquina. San Francisco veneraba a los escritores. Seríamos una nueva aportación a la escena. Cuántas cosas maravillosas nos esperaban. Puede que incluso yo volviera a coger los pinceles y vería qué podía hacer en unas telas.

Bueno, hasta aquí basta de sueños. El primer despertar brutal ocurrió unos meses más tarde cuando recibió las galeradas de su libro que el editor le enviaba para su corrección.

«Reaves Brothers Editores» era una casa antigua, mediana, que había sido dominada durante tres décadas por el poderoso y «legendario» Martin Reaves. El viejo se apagaba rápidamente. Había perdido su mano de hierro y, sin heredero aparente, la compañía se fraccionó en facciones litigantes.

El editor jefe, Jef Bascomb III, era un bostoniano que había sido llevado por el viejo a la editorial para representar el papel de figurón número uno. Cuando la salud del viejo se vino abajo, J. Bascomb tuvo delirios de grandeza. No obstante, resultó ser más un manipulador que un hombre de integridad literaria. El *Hombres en la batalla de Gideon* fue, en apariencia, un tropiezo importante en el propósito de Bascomb de hacerse un nombre.

Gideon había escrito la novela en un estilo muy personal, desenvuelto y extravagante. Introdujo un narrador en primera persona que entraba y salía de la

historia en los momentos más inesperados. Se apartaba de lo corriente y, a la vez, era muy atrevido. J. III no quiso, por lo visto, arriesgarse y, sin consultar a Gideon, extrajo por las buenas al narrador de la novela. Gideon solo se enteró cuando recibió las galeradas.

J. III debía sentirse muy seguro del terreno que pisaba. Conocía la historia de los diferentes rechazos que el libro había sufrido, y dudaba de que Gideon le causara problemas.

Había elegido al judío equivocado.

Estábamos tan hambrientos de éxito y ahora podíamos catarlo, olerlo, sentirlo. Yo rezaba para que Gideon no volcara el carro a estas alturas.

No sé con quién se comunicó Gideon; pero, después de dos días de reflexionar sin dormir, entró en la cocina con los ojos inyectados de sangre.

—Es inútil, Val. No puedo hacerlo. No voy a entregarles las galeradas hasta que acepten dejar el libro tal como estaba cuando lo escribí.

¡Oh, Dios! ¡Creí morir allí mismo, en aquel momento! Personalmente, no creía que la diferencia fuera tan grande. Además, era seguro que la gente de Nueva York tendría más experiencia que Gideon en estos asuntos. Lo peor era… ¿y si se negaban a publicarla? Todas las noches de agotamiento, todos los rechazos, todos los años de esfuerzo y temor, todo cañería abajo.

—Creo que sería mejor que les dejaras hacer lo que quieren —observé, temblorosa.

—¡Tú también, no, Val!

—No me trates de traidora, Gideon. Cariño, ellos intentan mejorar el libro.

—No te creo, Val.

—Tampoco te creo a ti. Solo buscas pelea.

—Si son tan estúpidos como para comprender lo que trato de hacer…

—¡Cállate por una vez! Hay otras personas involucradas en esto. Quizás es esa la causa por la que esta maldita cosa ha sido rechazada quince veces. Quizás una vez, solo por una vez, saben más que tú.

—¡No puedo creer que no comprendas!

—Comprendo, Gideon. Comprendo. Te arranqué la ropa todas las noches. Para tu santo conocimiento, casi hemos terminado los mil dólares de adelanto y has abandonado el trabajo en contra de la opinión de todo el mundo. Tengo algo que decir sobre el libro. Mi sangre también está en él.

—¡Qué extraño! ¡Qué extraño! Has sufrido todo esto conmigo y no tienes la menor idea de lo que se supone que es un escritor.

—Arría la bandera blanca y métetela donde te quepa —grité—. No podemos alimentarnos de ideales. Mira… Vamos a tranquilizarnos. Cariño, nadie sabrá que ha sido cambiado.

—Yo lo sabré —exclamó, golpeándose el pecho—. Me han clavado en el cruce. Quieren que vaya a la izquierda, y yo quiero ir a la derecha.

—Pero ¿es que no te das cuenta…? Cuando seas más fuerte, cuando te hayas establecido, podrás retroceder y andar por donde quieras.

—Val, pequeña, estás loca. Una vez aceptes el compromiso, jamás retrocederás. Has de ponerte firme y luchar mientras tengas hambre. Una vez engordes, harás todo lo que ellos quieran.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios…! Todas aquellas noches malditas… —Me eché a llorar —. ¡Oh, mierda…, mierda…, mierda…, mierda! —Sentí su mano en mi hombro—. Por favor, cariño.

—No puedo, Val —dijo—. Iré… a… Iré al Sindicato la semana próxima y veré si me vuelven a admitir en uno de los periódicos. No…, no te preocupes por mí. Tengo que marcharme a olvidar por unos días…, volveré. Ojalá pudiera explicarte lo que significa para mí ser un escritor.

Gideon no tenía nada que explicarme. Saldríamos adelante, batalla tras batalla. Envió un telegrama a Bascomb en el que se negaba a devolver las galeradas, abandonó la casa y desapareció durante tres días.

—¡Mamá! ¡Papá ha vuelto!

Cielos, parecía haber salido de una batidora. Yo no sabía qué hacer en aquel momento. Echarle los brazos al cuello o darle con una silla en la cabeza.

—El Sindicato me meterá en el *Chronicle* —dije—. De momento, conduciré un camión. No ha habido problema de reinserción. Solo perderé un poco de antigüedad.

—No tendrás que hacer nada de eso —dije—. El editor ha aceptado tus exigencias.

Martín Reaves murió antes de que *Hombres en la batalla* fuera publicada. La editorial se hizo añicos. J. Bascomb III remplazo la habilidad editorial por la astucia, la sinceridad por el engaño. Sin un programa, nadie sabía quién hablaba con quién.

Gideon necesitaba ahora, realmente, a alguien, para guiarle en los meses venideros y le marcara las directrices de su segunda novela.

Hombres en la batalla había creado importantes ventas por adelantado a los libreros e iba a ser la primera novela de la historia que se vendía con una garantía de devolución. Gideon había dejado el periódico convencido de que iba a obtener seiscientos dólares al mes en adelantos por parte del editor, así que podía empezar su novela del barrio nocturno y mantenerse a flote hasta que los cheques de derechos nos llegaran con regularidad.

El dinero no llegaba aunque el libro tuvo una tercera edición antes de ser publicado. Y allí estaba Gideon, con un libro que iba a entrar en la lista de los *best sellers*, teniendo que pedir una segunda hipoteca sobre la casa para subsistir.

Cuando Hollywood ofreció una compra del guión por medio de «Pacific

Studios», la agarramos a fin de no hundirnos.

Ignoro la respuesta. Si su editor hubiera mantenido la palabra dada, Gideon podría haber rechazado el trabajo del guión y empezado *Barrio nocturno*. Lo ignoro y él también. Aquello era un asunto de supervivencia y el sueldo del estudio, setecientos dólares semanales, nos parecieron el final del arco iris.

En cuanto a mí, mi sueño de tranquilidad estaba hecho trizas para siempre. Me hallaba encadenada a un guerrero.

GIDEON

Área de la bahía de San Francisco, 1953

Desde que era pequeño, ensayaba los momentos de gloria futura una y mil veces. Cuando ocurriera, yo, Gideon Zadok, estaría preparado. Durante los años oscuros, la fantasía de llegar a la cima se había transformado en una fuerza arrolladora que me mantenía en acción.

Ahora empezaba a ocurrir. Sueño tras sueño se hicieron realidad. Val disfrutó parte de ella…, apariciones en televisión, artículos en los periódicos, las buenas críticas, el reconocimiento, la atención. Por primera vez, conocí una imagen de ella completamente diferente. Se sentía muy incómoda con los reflectores enfocándola. No disfrutaba como yo.

Durante años, cuando trabajaba en el periódico y escribía en el ático en Mill Valley, encendía la radio todos los días y escuchaba el espectáculo de Mary Margaret McBride. Era una simpática señora gordita que emitía desde su piso en Central Park sur, en Nueva York y entrevistaba a un autor por día, un autor que tuviera un libro nuevo publicado. Cuando me llamó a su entrevista, yo *estaba preparado*.

Estaba preparado para mi *suite* en la meca de los escritores, el hotel «Algonquin». La puñetera *suite* costaba más de veinte dólares diarios, pero ¡qué demonio! Yo estaba preparado cuando fui invitado a comer en su famosa «Mesa Redonda», honrada por las estrellas literarias del momento. A mitad de la comida me di cuenta de que aquellos imbéciles tomaban su notoriedad en serio. La gente de *New Yorker*. Los futuros aspirantes a Oscar Wilde. Desbaraté la representación con un par de atrevidas y crudas observaciones para verles atragantarse y palidecer. Val no comprendió en absoluto la intención de mi humor. En realidad, se puso furiosa conmigo.

—Supongo que creías que tu vulgar lenguaje del arroyo, de marine, resultaría divertido.

—Oh, por el amor de Dios, Val. ¿No veías qué grupo de impostores tenías delante? Todo ese maldito grupo lleva más de diez años sin escribir nada. ¿Quién demonios se creen que son para dictar el gusto público?

—Tan pronto has pisado Nueva York te has puesto pendenciero.

—Todo esto es pura mierda. Fíjate en la mierda del «Club “21”». Fíjate en el propio Sherman Billingsley, en persona, precediéndonos pasado el grupo de campesinos hasta el amistoso «Club Room», reservado para la elite de la elite. El editor pagó una cuenta de más de sesenta dólares…, más de sesenta dólares. Y ¿para qué? ¡Mierda!

—Tranquilo, compañero, tranquilo. Ya lo has demostrado. Deja de agitar la bandera roja. Todo el mundo sabe que G. Zadok no es miembro de este grupo. Date una ducha fría.

Quizá Val tuviera razón. Soy amable con mucha gente, pero no me gustan los farsantes. Me sentía confuso. Quería ser yo, pero tenía dificultad en descubrir quién era yo. Yo no podía vegetar en el periódico y tragar cervezas en el bar de la esquina. Mis antiguos compañeros me miraban de otro modo aquellos días. Como si fuera una especie de Jesús de hojalata o así.

«¿Serán los tipos como J. III mi nueva vida? ¿Pelear? ¿Dejar de pelear? La verdad es que no sé cómo debo comportarme».

—Una transición difícil Gideon —dijo Val—. No tardarán en descubrir lo duro que eres. Así que, tranquilízate.

—Sí, creo que será mejor.

—¿Qué te parece si tú y yo nos damos una vuelta por la Quinta Avenida en busca del verdadero Gideon Zadok?

—El verdadero Zadok está en esta habitación contigo, nena, y desea tenderte en la cama.

—Loco —musitó ella, aceptando mis besos.

Más tarde le acaricié el cabello, y la besé mucho, y me encontré mirando por la ventana a la Calle 44. Abajo todo era histeria.

—Conseguir que te acepten el primer libro es como si te dispararan por un cañón. Supongo que el agua debe encontrar su nivel.

Se incorporó en la cama; nunca me cansaba de mirarla.

—Todo irá bien —dijo—. En realidad, eres un tío estupendo.

—Hay un montón de representaciones buenas por aquí. Quiero verlas todas.

Me adapté y disfruté de esas cosas. Creí estar preparado para todo: la entrevista con *Variety*, la emisora de 50 000 watt, el saludo en el «Show de Ed Sullivan», la mención en la columna de Winchell. Sé amable, sé decente. Recuerda, amigo, nada de esto significa nada si algo le ocurriera a Val, Roxy o Penny.

La guerra había terminado hacía más de una década y yo no había vuelto a Baltimore. Ahora estaba preparado. Fue infantil, ya lo sé, pero alquilé el «Cadillac» descapotable más grande y más negro que encontré y fui a cumplir con la tan retrasada reunión familiar. Cuando aparqué frente a la casa de mi hermana Molly, ocupé media calle. Todos los chiquillos me rodearon con la boca abierta y los vecinos trataron de echarme un vistazo. Pero me dirigí hacia ellos y los abracé. Se ruborizaron y tartamudearon. Sí, fue precioso, y todo el mundo disfrutó. ¡El campeón volvía a casa! ¡El sueño americano hecho realidad!

En la revista *Look* había una fotografía de las Rockettes de Radio City en su camerino leyendo *Hombres en la batalla*, todas en deliciosa fila.

Y una telefoto de la heredera Barbara Hutton al descender del avión en Las Vegas para otro divorcio, con un ejemplar mío bajo el brazo; y una de Floyd Patterson leyéndolo la noche antes de destrozar a Hurricane Jackson.

Tuve mi primera sesión de autógrafos en la «Librería y Papelería de San Diego», San Diego. De esos momentos, en los primeros días de la gira de la victoria, esa fue

la respuesta a mis sueños más locos.

Hice mi primer campamento militar en Dago. Entonces yo era un niño de diecisiete años y la guerra acababa de estallar. Me alisté en el cuerpo de Marines. Fue en Dago donde mi sueño de escribir tomó vida y realidad por vez primera. Ahora tenía algo que decirle al mundo. Anduve por Broadway más allá de la *Y*, entonces de los antros y garitos y fui cazado con un falso documento de identidad. Y en Dago tuve mi primer contacto con una puta.

Subí al transbordador de Coronado donde encontré un sitio solitario y navegué hasta que el tiempo se me terminó, y soñé con la historia que contaría algún día.

El hotel «Cortez» coronaba una pequeña colina cerca de Broadway. Yo lo contemplaba como un símbolo de rango y riqueza y me decía: «Algún día». Dago era una ciudad endurecida por la guerra que había mandado cientos de millares de muchachos a librar la batalla del Pacífico. Ahora, al cabo de diez años, se inmovilizó un momento y se inclinó ante Gideon Zadok, soldado, USMC.

El día anterior a la firma de autógrafos, entré en la base del cuerpo de Marines y fui llevado al despacho del general. Me quedé junto a él mientras el batallón de reclutas, que se graduaban, pasaban revista.

—Nos sentimos orgullosos de ti, marine —me dijo.

Ya sé que suena a club de antiguos alumnos. Desastroso. Infernal. Pero yo había escrito un tipo diferente de libro de guerra. La mayor parte de las novelas de guerra habían expresado un odio profundo por Estados Unidos y sus fuerzas. Dios sabe cuánto odiaba yo la guerra, pero no sentía odio por los hombres que luchaban conmigo. Les quería; y respetaba a los oficiales y sabía por qué luchaba. Me alegré de que el cuerpo de Marines estuviera orgulloso de mí.

Val y yo habíamos dejado a las niñas en Coronado con su abuela y tomamos una *suite* en el «Cortez». Cenamos en el restaurante «Skyroom» con todo Dago (sus barcos y aviones y luces) a nuestros pies…, y, en aquel momento, fui el rey de la colina.

—Pareces pensativo, cariño —observó Val.

—Muchas ideas se cruzan en mi cabeza —contesté.

Más tarde, aquella noche, hicimos el amor más desgarrado de nuestro matrimonio. Todo empezó en el bar. Val entró primero y se instaló en una mesita ella sola. En una ciudad militar como Dago, las bebidas empiezan a aparecer como por arte de magia tan pronto una mujer sola entra en un bar. Las rechazó todas, agradecida.

El gran y nuevo novelista americano hace su entrada, busca un ligue. Me hice amigo del barman y repasé el salón.

—¿No hay acción? —pregunté.

—Poco movimiento esta noche —dijo.

Señalé hacia Val.

—¿Está sola?

—No acepta nada.

—¿Qué bebe?

—Un whisky solo.

—Prepáreme uno.

—Creo que va a malgastar su dinero.

Al acercarme a ella, cruzó las piernas con coquetería.

—Hola. Su bebida —dije.

Me miró de arriba abajo.

—Gracias, pero gracias, no. Es usted un poco bajito para mi gusto.

—Montado a caballo soy muy alto —observé, al tiempo que me sentaba frente a ella. (Esta noche, figuraba que Val era la esposa de un piloto de la Marina destinado a alguna parte del Pacífico).

—Escritor, ¿eh?

—Autor. Uno de los mejores.

—A decir verdad, he organizado una broma aquí esta noche, pero no he tenido mucho éxito.

Y así sucesivamente. Cuando me la llevé a mi *suite* dos copas más tarde, los pájaros del bar se quedaron con la boca abierta y el barman me hizo la señal «V», de la victoria, con los dedos. Nada, amigos, ha sido fácil.

Eran las dos de la mañana y yo no podía dormir. Val encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—Mi amor, estás vestido.

—Tengo que salir a tomar el aire —dije.

—¿Todo bien?

—Estoy un poco nervioso por lo de mañana. No tardaré.

Caminé colina abajo hacia Broadway y me detuve frente a la «Librería y Papelería». En el escaparate había varias docenas de ejemplares de *Hombres en la batalla*, junto con la ampliación de una foto mía… Mi primera foto de autor, con pipa, coderas en las mangas de una chaqueta de pana, en fin, todo. *Conozcan al autor. Firmará ejemplares viernes, a las 2 de la tarde*.

¿Me encontraba realmente allí? Pasaba tanto por dentro de mí. El antiguo recuerdo de Broadway vivo, y la calle llena de centenares de charreteras y reclutas, y me parecía oír las voces de mis camaradas, que presumían de duros y hacían como que se divertían. Diecisiete años, muy lejos de casa, y todo el mundo delante de mí. *Conozcan al autor*. Qué bellas palabras… *Conozcan al autor*… No me conocen, ¿verdad? Fui uno de aquellos niños asombrados con el estómago revuelto por demasiados *Singapur slings*.

Estaba desierto. Ni un alma. Mis libros en el escaparate. Me eché a llorar.

—¿Buscas compañía, joven?

Era Val. Se había puesto un traje y un abrigo y me había seguido desde el hotel.

Un coche patrulla se detuvo y uno de los polis saltó fuera:

—¿Ocurre algo?

Antes de que pudiera contestarle, vio mi fotografía en el escaparate.

—¡Eh, si es usted!

—Cielos, Sean, mira. ¡Es el autor! Gideon Zadok. Lo hemos oído esta noche por la radio. ¿Le molesta esta puta?

—Es la madre de mis hijas.

El poli había sido un marine. No quiso ni oír hablar de que volviéramos al hotel a pie. Tomamos un par de copas con ellos en el viejo sector mexicano y nos devolvieron al «Cortez». Apunté sus nombres y direcciones y prometí enviarles algunos libros.

Aunque la noche había terminado con risas, persistía un fondo inquietante. En el instante en que Val había roto mis ensueños ante el escaparate, me sentí dominado. Yo quería estar solo, maldita sea, solo con mis compañeros. Quería que ahora Pedro se enorgulleciera de mí.

¿Por qué estaba tan molesto? Val y yo lo habíamos compartido todo. ¿O no? Nunca le había hablado de Pedro.

10 de abril de 1953

¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

El primer ejemplar de tu novela, con su bella dedicatoria, ha llegado a mis manos. En confianza, no me gustan demasiado los colores de la portada. ¿Y por qué tratan de ocultar tu nombre?

No obstante, tu salto a las letras norteamericanas no me sorprende. Desde que eras un chiquillo que ayudé a crecer, te animé y ahora recogemos el fruto de nuestros esfuerzos. ¡Mi hijo, el escritor! Y yo, un humilde empapelador, una celebridad por derecho propio. En mi vida no tuve oportunidad de lograr superarme, así que tú realizarás para mí todos mis sueños.

Todas las noches tenemos amigos llenos de buenos deseos en nuestro modesto piso. «¿Cómo reaccionará Gideon cuando sea rico y famoso?». A algunos les gustaría creer que Gideon se volverá como las demás celebridades, vivirá en el lujo, olvidará al hombrecito y pronto sus escritos perderán calidad y adaptará lo que escriba al gusto de los menos literarios. Pero nosotros, la mayoría, *rechazamos, categóricamente, esa escuela de pensamiento.* Nosotros, la mayoría, *estamos convencidos de que la fama y la riqueza no degenerarán nunca a Gideon, porque Gideon Zadok, el escritor, es más grande en corazón y mente que el dinero y los objetos dorados. Porque Gideon Zadok, el escritor y ser humano, no olvidará nunca la gente de donde ha salido.*

Mi esposa, Tena, tu madrastra, que te quiere como a su propio hijo, dice

que deberá comprarse una entrada y esperar en fila para verte y que su borsht *y* knishes *no serán lo bastante buenos para ti. Así que, hijo, deberías tranquilizarla por carta y decirle que te propones venir de inmediato con la familia a Filadelfia y así calmar sus miedos y los de los demás. Siguen gustándote el* borsht *y* knishes*, ¿no? Y también, hijo, deberías mencionarla siempre en tus cartas porque es muy susceptible. Dile algo personal y amable. Tena dice que hubiéramos debido tener un hijo juntos y así poder tener un genio propio.*

¿Qué es lo que tienes contra Filadelfia? ¿Por qué la evitas?

Perdóname de antemano unas pocas observaciones y consejos. Aunque las circunstancias de la vida no me permitieron ser un escritor, todavía se me considera un hombre educado y literario. Así que, gracias, y piensa con cuidado en lo siguiente:

No muerdas el anzuelo rojo.

Trata de que tu próximo libro sea más profundo, con pensamientos más hondos y personajes con más sentido. Tu idea de escribir un libro sobre boxeadores y prostitutas, con franqueza, no me gusta mucho. Deberías pensar más en términos de temas judíos y temas sobre la lucha de la clase trabajadora.

Cuidado con los diálogos sucios. Son de mal gusto.

Tengo muchas, muchas, muchas más críticas de las que te hablaré en mis próximas cartas, porque solo crecerás a través de las críticas.

Tendrías millares de admiradores en Filadelfia. Desearía que no despreciaras tanto esta ciudad. Quizás incluso consideres trasladarte a Filadelfia dado que se trata de un centro más literario y cultural que la tan nombrada San Francisco, y que no permita Dios que te quedes en Los Ángeles, un notorio centro de antisemitismo.

He dado tu dirección a cierto número de parientes deseosos, ahora, de conocerte personalmente, aunque muchos de ellos ni me han mirado en muchos años. No les guardo rencor. Tú eres ahora mi representante personal.

Y ahora, pasemos a un tema serio. Existe un sentimiento entre los intelectuales de que una vez un escritor debuta en Hollywood, su habilidad literaria, su ambición por escribir sobre temas importantes se vuelve tan insignificante que se degrada, que abandona su talento y su nombre, ¿para qué? ¿Dinero? ¿Fama? Pronto, su nombre es olvidado, una vez que tiene ante los ojos el brillo del oro y de los diamantes. Claro, Hollywood posee la capacidad de producir buenas películas artísticas y educativas, pero las masas ignorantes prefieren shmatte *sexy.*

Y, por último, el hecho de que estés en Hollywood no quiere decir que no puedas escribirme todas las semanas. Y ahora que Valerie es una mujer sin trabajo, debería también escribirme con más regularidad. El cuarto

mandamiento es que me escriba. Cree en los diez mandamientos, ¿verdad?

Tu padre que te quiere,

NATHAN

P. D. Mi cariño para las niñas. Espero que no las corrompa el brillo de Hollywood. Por lo demás, Tena y yo estamos bien, con los achaques y dolores propios de la vejez.

Antes de irme a escribir el guión en «Pacific Studios», quería tener la tranquilidad de saber que regresaría para escribir mi segunda novela. Mandé el argumento y los dos primeros capítulos de *Barrio nocturno*, a J. Bascomb III y pedí un contrato. Descubrí que J. III no confiaba en su propio criterio. Editaba por mesa redonda y su respuesta consistía en el informe de cinco editores…

«Un novelista de un solo libro».

«Será mejor dejar pendiente la opción».

«Un triste comentario por parte de alguien tan prometedor».

«Es obvio que Zadok se está volviendo un escritor de basura».

«No se volverá a hablar de él».

J. III me escribió que, pese a esos informes, publicaría *Barrio nocturno* tan pronto estuviera terminado porque cualquier cosa mía vendería bien después de mi primera novela.

Esta era una forma extraña de conducirse un editor en jefe, pero quería castigarme por «ir a Hollywood» y también estar seguro de que mi contrato fuera mínimo.

Le telefoneé durante una semana. O había ido a almorzar o estaba reunido o en una conferencia…, así que le escribí que deseaba cortar con «Reaves Brothers», en mi mejor lenguaje de marine.

Val estaba indignada.

—Tu carta será conocida arriba y abajo de Madison Avenue. ¿No hemos tenido bastantes problemas para encontrar a un editor?

—¿Me pides que me quede con esos hijos de puta después de lo que piensan de mi trabajo?

Maldita sea, había cosas sobre mí, que Val no comprendía. Componendas, desdecirse, callar. ¡Maldita sea, Wall! ¿No te enfureces nunca con nadie, excepto conmigo?

Solicité un agente literario, sin saber distinguir unos de otros. No sabría decir por qué elegí a F. Todd Wallace. Tenía un aspecto muy, muy distinguido y representaba a buenos autores. Me recordaba a uno de esos fanfarrones de la *Mesa Redonda* del «Algonquin», pero era obvio que no se trataba de uno de ellos y conocía bien todo lo relativo a los asuntos literarios. Y su nombre, F. Todd Wallace… integridad, como el peñón de Gibraltar.

—No puedo fallar con el viejo Todd.

Con el paso del tiempo, vi que igualmente pude haber sido representado por la Madre Superiora de un convento de Carmelitas. Pero, en todo caso, no volvería a tratar con J. III o con aquella maldita editorial.

Me marché antes que Val y las niñas, para instalarme en el estudio y buscar un lugar donde pudiéramos vivir. Pero todo se hizo sobre una nota amarga. Las cosas que yo creía que Val entendería al momento… no las comprendió en absoluto.

Hollywood, 1954-1956

El verdadero contrato sobre la película *Hombres en la batalla* lo había gestionado Sal Sensibar, mi agente literario en Hollywood.

Desde nuestro primer encuentro, me di cuenta de que Sal era uno de esos que te apuñalan por la espalda y que pudo haber sido un tratante de esclavos blancos, de no haber sido un agente literario. Sal sufría de ataques de diarrea oral y de megalomanía. Sin embargo, me gustaba. Procedíamos del mismo tipo de ambiente modesto. Mientras yo siguiera siendo un escritor comerciable, Sal Sensibar siempre encontraría trabajo para mí. Le gustaban las *cosas, cosas* con motores potentes, *cosas* que brillaban, *cosas* peludas con que envolver los hombros de su ordinaria esposa y de sus ordinarias «amiguitas», *cosas* enormes donde poder nadar.

Cuando Sal me llevó a cenar a «Chasen's and Scandia», hombro con hombro, supe que yo era el tío listo recién llegado a la ciudad. Los precios del restaurante indicaban de una forma automática el valor del escritor. Me sirvió los consejos a grandes cucharadas. Algunos de ellos valía incluso la pena de tenerlos en cuenta.

Sal me lo sirvió sin rodeos. Los estudios solían tranquilizar al autor con un trabajo de cuatro a seis semanas como adorno previo del pastel a fin de enterarse de sus ideas generales, nada más. Muy pocos productores eran lo bastante serios para dejar que un novelista completara su propio guión.

—Recuerda, Gideon, lo que has escrito estará siempre conservado entre las tapas del libro.

—Sal, yo voy a adaptar este guión.

—No he dicho que no vayas a hacerlo, pero debes tener en cuenta que un estudio puede comprar un libro por infinidad de razones, como vehículo para una estrella, porque gusta al director, por el valor de su título, o solo como un vago argumento para una película. Es suyo. Les he vendido los derechos. No están obligados a representarlo con fidelidad.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque me gustas, Gideon. Sal con vida de esto y ambos ganaremos mucho dinero. Pero no te metas ahí con ideas *farcockta* de grandeza.

El primer día en «Pacific» resultó espantoso. Había cruzado el umbral de un lugar fascinante y poderoso, comparable solo con la *Casa Blanca*. Se me asignó a un

antiguo productor ayudante, Kurt von Dortann, que había llegado durante la era Lubitch cuando los alemanes con monóculo estaban de moda.

Al principio, Von Dortann había tenido grandes éxitos. En un momento de debilidad, el jefe del estudio, Stanley Gold, le firmó un contrato millonario por diez años a fin de conservarlo en «Pacific».

Cuando von Dortann empezó a bombardearle con una película tras otra, Gold hizo cuanto pudo por deshacerse de él. Von Dortann se mantuvo firme, pese a insultos públicos, humillaciones y degradaciones. Gold le hizo de todo, excepto darle patadas en las espinillas y abofetearle. Von Dortann se limitaba a sonreír, saludaba con finura y cobraba su cheque.

Cuando le conocí, era un despojo humano, completamente cascado, sumido en una nebulosa de recuerdos. Von Dortann seguía aún circulando en su «Porsche», pero su vieja finca de estilo español, en Tarzana, era como una casa encantada, donde se emborrachaba todas las noches y suspiraba por la mujer y la hija que le habían abandonado. Los fines de semana, el lugar parecía una convención de busconas con cada tono, forma y truco artístico de la profesión.

En nuestro primer encuentro, Von Dortann me confirmó la advertencia de Sal de que estaba allí para un camino rápido por un muelle corto.

—No se precipite. No corra —me aconsejó—. Limítese a escribir un resumen corto de lo que crea que debe utilizar del libro para la película. Un esbozo. Olvídese del guión.

Sandeces, pequeña Eva; *Yo estaba preparado*. No es que hubiera planeado una carrera en Hollywood, pero, después de toda una vida de privaciones, el dinero, el despacho, la secretaria, el coche nuevo, el poder, la preciosa casita que había podido alquilar eran como un paseo por el camino de la gloria.

Ya saben lo que significa llevar a su mujer a una *boutique* de Rodeo Drive, entregar ochenta dólares al contado y no sentir como si te dieran una patada en el estómago. Y, por primera vez en tu vida, no tener que decir, «¿Cuánto va a costarnos esto?».

Sabía de sobras, cuando llegué, que ese lugar era un cementerio de escritores. Pero, maldita sea, como chico pobre, no hubiera sido humano si no me pareciera que había muerto y subido al cielo.

Así que, desde el primer día, y perdónenme por repetirme, *estaba preparado*.

—¿Puedo pedir que me pasen una película? —pedí a Von Dortann.

—Por supuesto.

—Me gustaría ver *Solo ante el peligro* y también quiero el guión definitivo.

Solo ante el peligro era, para mí, la mejor película. Se trataba de una milagrosa mezcla de guión, actuación, dirección, música, arte, sonido, de cada elemento cinematográfico. Mientras contemplaba la película, iba leyendo simultáneamente el guión. Cada pocos minutos, indicaba al operador que se detuviera y dictaba a mi secretaria el tipo de toma, lo que hacía la cámara, cómo se marcaba y cortaba la

película, los efectos sonoros, los buenos trucos. La desmonté para mí, casi toma a toma.

Esa fue mi preparación como escritor de guiones.

Redacté un punto de vista de dos páginas en veinte minutos y, a continuación, me lancé al primer borrador del guión. Von Dortann no me pidió ver las páginas en las cuatro semanas de mi contrato a prueba. Cuando lo hizo, le entregué un guión de doscientas cincuenta páginas. Su expresión mostró incredulidad.

La mayoría de los otros escritores hacía durar el trabajo para alargar sus sueldos semanales. Me odiaban. Mala mierda, caballeros; ustedes se hunden, yo nado. En la historia de «Pacific Studios» no habían visto nunca una novela de este tamaño y alcance, transformada en un guión con tanta rapidez.

¡Y llegó la hora dorada! Fui llamado al despacho del amo del estudio y su fundador, el todopoderoso coronel Stanley Gold. Mi secretaria me limpió unas manchitas de la camisa y pidió prestadas una corbata y una americana para mí.

La opulencia del despacho de Gold era abrumadora. La hilera de señores «sí» parecía sacada de alguna mala película. Gold se había ganado la graduación durante la guerra cuando la fiebre patriótica barrió la ciudad.

—Descubran qué graduación dieron a Zanuck y a Jack Warren.

Así que coronel Gold.

—Un trabajo del demonio, Zadok. Nos gustaría que siguiera con el segundo borrador del guión.

¡Bingo! Era como si estuviera contando el dinero. Val, ¡somos ricos!

—Redúzcalo a dos libras —continuó Gold, mientras señalaba el guión. Se oyeron unas risitas, dirigidas por Von Dortann.

Stanley Gold estaba de humor populachero, y me contó la historia de que su familia tenía una carnicería en Chicago y de cómo estafaban a sus clientes de «color» apoyando el pulgar en la balanza cuando pesaban la carne. Más risitas.

Carraspeó y las masas se pusieron en pie al unísono. La audiencia con su eminencia había terminado.

—Ha sido un verdadero placer conocerle, coronel —dije—; pero la próxima vez que compre uno de mis libros, aparte su puñetero pulgar de la balanza.

Todos se pusieron de un tono verde pálido, mientras que el coronel reflexionaba. Finalmente, decidió que era divertido y se echó a reír, momento en que los otros diez presentes también se echaban a reír.

Disponía de una situación única y descabellada trabajando a mi favor en «Pacific». Durante unos años después de la guerra, muchas películas militares habían sido ofensivas para las Fuerzas Armadas. *De aquí a la eternidad, El motín del Caine,* y algunas más, que se habían clavado en el estómago del Ministerio de Defensa. Todo estalló cuando la «Metro» hizo una película llamada *¡Al ataque!* El Ministerio de

Defensa la encontró demasiado anti-Ejército y dejó de cooperar con los estudios.

A menos que el Ejército, la Marina, los marines y las Fuerzas Aéreas proporcionaran masas de hombres, cañones, tanques, barcos, aviones y equipo, el costo de las grandes películas de guerra era demasiado alto para que los estudios pudieran soportarlo.

Hasta ahora, «Pacific Studios» no había tenido problemas y todo el mundo estaba ojo avizor sobre *Hombres en la batalla*. Se me envió a Washington para que repasara el guión con el cuerpo de Marines y eliminara las partes inaceptables.

El departamento no encontró gran cosa que objetar. Al término de una cómoda semana se me hizo pasar al despacho del comandante. Volvíamos a ser PFC Zadok y un general de cuatro estrellas.

—Mi primer deber es para con el Cuerpo, señor —le dije—. Si el estudio se propasa, se lo comunicaré de inmediato.

Los marines salían muy beneficiados de la novela. Yo era uno de ellos y confiaban en mí. Regresé a «Pacific» con una porra de oro para blandir sobre la cabeza del coronel.

En un momento dado, el estudio trató de desviarse de mi guión y contrató en secreto a otro escritor. Salí del estudio dejando sobre mi mesa un mensaje en dos palabras: *Me voy*. Al día siguiente me rogaron que volviera. El Cuerpo había expresado su disgusto.

—Pensamos que, en interés de todos, debemos conservar a Zadok a lo largo de la duración de la filmación.

Qué demonio, no podía ser de otro modo. El Cuerpo permitía a «Pacific» que se filmaran sus maniobras y el desembarco en Viesques Island, en el Caribe.

El coronel Gold captó el mensaje. Ignoro si Von Dortann había contratado a otro editor por propia voluntad o por orden del estudio. Solo sé que lo apartaron de la película y yo empecé a funcionar de pronto como productor a media jornada, y en todo, además, desde la distribución al último corte. Así es como va todo en esta ciudad. Cuando uno vuela, vuela.

Mientras se filmaba la película, el estudio encontró varios guiones arrinconados para que yo me entretuviera con ellos. Dos muertos fueron resucitados y uno de ellos llegó hasta las cámaras y me proporcionó la reputación de doctor en guiones.

Luego llegó mi última hazaña. Estaba trabajando tarde en una de las salas de montaje con el coronel y ambos nos emborrachamos. Yo le embarqué en un estreno mundial en mi ciudad natal, Baltimore.

—Eres el más condenado marrullero que jamás haya visto, Zadok.

—Lo tomo como un cumplido, coronel. Baltimore le adorará a usted.

—No tengo nada en contra de un marrullero, siempre y cuando vaya a mi favor —me dijo.

Se me mantuvo como médico de guiones hasta que la película se proyectó. *Hombres en la batalla* pasó a ser una de la media docena de grandes películas de la

Segunda Guerra Mundial e hizo ganar un buen pico al estudio.

Pero mi tiempo se agotaba y empecé a pensar en serio en mi próxima novela. ¿Cómo separarme de Val para llevar a cabo mi investigación? ¿O estaba sirviéndome de Val como un pretexto debido a mi propia indecisión?

Entonces llegó una de las famosas «llamadas» al despacho del coronel Gold. Eso causaba dolores, temblores y rechinar de dientes a los simples escritores. Y lo que parecía peor, Sal Sensibar también había sido «llamado». Gold preparaba la escena de algo gordo.

—Me gustas, Zadok —declaró después de cansarnos con un par de sus terribles chistes—. ¡Me gustas mucho! —Sensibar empezó a levitar allí mismo, en el despacho.

El coronel me ofreció entonces un contrato de escritor-productor por tres años a dos mil dólares por semana para acabar a cuatro mil. *Jaysus! Jaysus! Valhalla!* Se había asegurado de que Sal estuviera presente, por si acaso se me ocurría rechazar la oferta.

Sal se retiró, doblado por la cintura y marcha atrás, lo cual no era una cosa fácil.

—Me has convencido, Zadok —dijo, y añadió como broche—: Fíjate, he apartado el pulgar de la balanza.

¿Acaso toda esa mierda les parece cosa de ensueño? Bien, dejé todo lo inútil en el suelo de la sala de montaje. Qué imbécil había sido al creer que me iba a convertir en el primer niño de oro que llegaba a la ciudad, triunfaba y se iba sin mancharse las manos de sangre. Mi cumpleaños, treinta años, se acercaba y tenía mucho en que pensar.

Al abandonar el despacho del coronel, Sal Sensibar jadeaba orgásmicamente. Cuando llegamos al aparcamiento, estaba sofocado, gemía y sus ojos aparecían desorbitados como si hubiera visto la gloriosa llegada del Señor.

—Esta noche a «Romanoff» —dijo Sal—. A las ocho y media.

Sal era un sobón, un manoseador de rodillas. Me miró a los ojos, con todo el patetismo de un pastor alemán suplicante, y me pellizcó la mejilla.

—*Bubele*. —No sabía decir otra cosa—. *Bubele, bubele*. —Sal tenía una cuadra de más de veinte escritores, la mayoría de ellos trabajando. Yo acababa de ocupar el puesto del monarca reinante.

Al llegar junto a su coche, Sal, tuvo un ataque de excitación y apagó el fuego con un antiácido.

—«Romanoff», a las ocho y media, y no te retrases, *bubele*, tenemos mucho que celebrar. Hoy con las esposas. Mañana, ¿quién sabe?

—¿No empiezas a celebrarlo demasiado pronto, Sal?

—Déjate de bromas, nada de puñeteras bromas, Gideon.

—Yo no dije a Gold que aceptaba su oferta.

El rostro de Sal expresó dolor, un dolor profundo, terrible.

—No empieces con las bromas.

—¿Por qué no dejamos «Romanoff»? Almorcemos mañana y hablaremos de todo. Cálmate, Sal, parece como si acabaras de salir de Auschwitz.

El sudor bañó de pronto la pechera de la camisa de Sal, su rostro y sus sobacos. Buscó en su chaqueta su libro de notas.

—¿Almuerzo? ¿Por qué no desayuno? ¿Por qué no comentarlo esta misma noche en tu casa? ¿Por qué esperar a la noche? ¿Por qué no ahora?

—Te veré mañana a la hora del almuerzo. En «Frascati's». Beverley Hills, ¿vale? A la una.

A Sal le costó horrores meter la llave en la cerradura de su «Jaguar». Di media vuelta más sin pronunciar ni una palabra. Volví a mi despacho.

—No desea siquiera…

—Hasta mañana.

El pabellón de escritores en «Pacific» estaba montado de tal forma que la policía del estudio podía observarlo desde todos los ángulos. Lo único que faltaba eran torres de vigilancia. El coronel tenía una serie de obsesiones mezquinas. Una de ellas era tener enjaulados a los escritores. Unos pocos de ellos de la ciudad estaban empezando a trabajar en casa. Yo decidí plantearlo si hacía otro guión.

Mi secretaria, Belle Prentice, estaba sobre ascuas en espera de mi llegada después del encuentro con Gold. Una llamada del despacho de Gold era algo sobrecogedor. Me detuve ante su mesa del antedespacho.

—¿Alguna llamada?

Repasé las notas. Una de una joven que quería que cenara con ella. Sería la cena. Otra de mi pareja de tenis, Johnny Brookes. Otra de un pariente de paso que quería visitar el estudio.

—Llámeles a todos. Dígales que estoy fuera.

Belle me siguió hasta el despacho. Me dejé caer en el sofá.

—¿Querrá decirme qué ha ocurrido? —preguntó.

—El coronel quiere que me quede en el estudio. Un contrato de escritor-productor por tres años.

—¡Enhorabuena!

—Le dije que lo pensaría.

El rostro de Belle se entristeció.

—Ya se ha decidido, ¿verdad?

—Hace seis meses. Mañana me lo llevaré todo. ¿Quiere que la recomiende a alguien en particular?

—No. Volveré a la secretaría general a ver qué otra cosa sale.

—Lo siento Belle. Ha sido usted realmente sensacional.

Derramó unas lágrimas. Habíamos pasado un año muy duro juntos. Más de una docena de veces había dado la cara por mí y cubierto mis escapadas, incluso había

entrado en el despacho de Von Dortann y lo machacó por mí.

Cerró la puerta tras ella y volvió a su mesa. Dirigí una mirada sentimental a mi alrededor. El mismo despacho había sido ocupado por William Faulkner en alguno de los mil y un proyectos que nunca levantaron cabeza. Belle había sido su secretaria. Solía recogerle del arroyo, borracho perdido. Parecía ser que Faulkner necesitaba el dinero.

Para mí, esa no suponía una decisión terrible. Lo único que debía hacer era pasar una velada con Kurt von Dortann para ver en qué me transformaría al cabo de tres años. Lo único que no deseaba era enfrentarme esa noche en casa con explicaciones.

Val y yo teníamos grandes peleas. Media docena de veces cuando estaba en plena guerra de trincheras en el estudio. Val me había decepcionado. Se enfureció cuando me negué a firmar el juramento de fidelidad. No alcanzaba a comprender que era afrentoso para mí después de haber servido en el cuerpo de Marines. Más tarde, el juramento fue considerado anticonstitucional. Pero no importaba…; a sus ojos, yo lo había hecho mal.

Val se había vuelto contra mí cuando me fui del estudio después de que Von Dortann hubiera puesto a otro escritor a mis espaldas. Demonios, volví al trabajo dos días después. Pero yo era el malo por no querer cooperar con el estudio. Era culpa mía por enfrentarme con Gold.

Val no quería que peleara por nada que pusiera en peligro mi trabajo en el estudio. Me duele tener que decirlo, pero era una apaciguadora activa. Val era feliz allí, esterilizada por la buena vida. «No vuelques el bote» podía haber figurado bordado a punto de cruz sobre la chimenea.

No quería comprometerme a escribir guiones todo el día hasta haber completado mi segunda novela, así que acepté pequeños trabajos de corrección. Hay un momento en la vida de cada guión en que el escritor tiene que pararse o arrancarse un pedazo de alma. Cuando uno trata con los *egos* envalentonados de actores, actrices y directores, hay que esforzarse por recordar que ellos son los amos…, aunque ni siquiera sepan leer un guión; a pesar de que sus argumentos sean de retrasados mentales. Son el jefe. Cuando llegó el momento inevitable, Val me trató de todo por adoptar una postura de dureza.

En realidad se ponía lívida cada vez que rechazaba un proyecto, un guión para la «Columbia», por cincuenta mil dólares. El proyecto era pura basura. Ni una puñetera palabra de comprensión por su parte.

No comprendo lo que le ocurría a Val. Nunca la había visto así, antes. Puede que fuera porque se había educado en la Marina donde se obedecen las órdenes y no se crean problemas.

—¿Qué importancia tiene, Gideon? —decía—. Nadie recuerda el nombre del guionista. Recuerda lo que Sal te dijo el primer día. Lo que has escrito queda entre las tapas del libro y no puede cambiarse. Sé que hacer guiones te descompone, pero te pagan condenadamente bien la incomodidad.

Muchas noches, cuando había tenido una pelea en el estudio, conducía hasta «Holiday House», más allá de Malibú. O me iba andando hasta «Paradise Cove», alquilaba una caña y pescaba desde el muelle. Estaba demasiado apaleado para irme a casa y aguantar una rociada de ella. Bueno, ya saben lo que sigue. Empecé a llevarme mujeres a «Holiday House». Montones de mujeres.

Lo que me fastidiaba sobre las otras era que cada vez me sentía menos culpable después de una pelea con Val.

—Una vez Sal se marchó, volví a mi despacho. Llamé a casa media docena de veces. La línea estaba ocupada. Era obvio que Sal se había detenido en la primera cabina. Ese hijo de perra había hablado con Val el primero. La estaba envenenando.

Belle entró con el té. Me quedé en el sofá y ella se sentó en mi silla detrás de la mesa, para telefonear a casa.

—Sigue comunicando.

—Le gustaba mucho Faulkner, ¿verdad?

Belle sonrió.

—Creo que estaba enamorada de él en secreto. Era un gran hombre, delicado, bien hablado. «Sí señora, Miss Belle; no señora, Miss Belle». Siempre me llamaba Miss Belle.

—¿Cómo podía soportar a Stanley Gold?

—Entré para tomar notas en algunas reuniones sobre la historia. Desde el primer momento, fue aparente que el proyecto de Mr. Faulkner no llegaría a cuajar. Pero Gold lo conservó, como a un perro preferido. Creo que el coronel se hizo la ilusión de que controlaba la mente de un gran escritor como Mr. Faulkner. Le gustaba rebajarle, lo mismo que hace con Dortann. Lo mismo que hace con cualquiera que le tenga miedo. Y Mr. Faulkner se derrumbaba. Estaba siempre en uno o tres de los cuatro bares que hay a lo largo de Ventura Boulevard. George y yo lo encontrábamos, le llevábamos a su piso y, algunas veces, hasta tuvimos que acostarlo.

—La solución del miedo es una de las grandes razones de ser de un escritor —dije.

Belle volvió a sonreír.

—Esto es del discurso de aceptación de su premio Nobel.

Contestó al teléfono y cubrió la boquilla con la mano.

—Es Stanley Gold.

—Hola, coronel.

—Zadok. Estaba pensando que sería el momento de descorchar burbujas. Me gustaría dar una pequeña cena para usted en mi casa. ¿Qué le parece el viernes?

—Lo siento, me es imposible. Una de mis hijas está en una representación en la escuela. Ya sabe lo que ocurre con eso.

Siguió un largo silencio. Gold estaba guardando mi desaire en su memoria.

—Otra vez será. Ya nos veremos.

Volví a telefonear a casa. Seguían comunicando.

Pasé la verja del estudio y puse la radio, preparándome para el tráfico.

EXTERIOR VENTURA BOULEVARD - DIA

Después de ESTABLECER TOMA del tráfico, parachoques contra parachoques.

CÁMARA enfoca a:

PRIMER PLANO de ESCRITOR al volante de su «TR-3» descapotable con la capota baja. Su chaqueta está junto a él, sobre el asiento. Busca, encuentra y enciende cigarrillo y pone la radio al meterse en el tráfico.

PRIMERA VOZ DE LA RADIO (EN LA ESCENA)

Y ahora para Ernie, Maxine, Dave y toda la pandilla de «Mario's», el *rey…*, Elvis, canta *Love me tender*.

ESCRITOR cambia de emisora.

SEGUNDA VOZ DE LA RADIO (EN LA ESCENA)

La situación en la Escuela Superior de Little Rock ha empeorado. Según fuentes de la Casa Blanca, el presidente Eisenhower está considerando el envío de tropas…

ESCRITOR vuelve a cambiar, además, protesta, impaciente, por el tráfico.

TERCERA VOZ DE LA RADIO (E.E.)

¡Davy! Davy Crockett
King of the wild frontier…

AUMENTA ANGULO mientras se oye un coro de bocinas

ESCRITOR ADELANTA y

FUNDIDO CON:

EXTERIOR PRECIOSA CASA TIPO RANCHO - TARDE

Jardín indica bienestar. ESCRITOR entra en la avenida, aparca, sale del coche. Es asaltado por dos niñas con gorros tipo Davy Crockett y pistolas de juguete. El perro familiar también toma parte. ESCRITOR «cae muerto», sus dos hijas se echan encima de él. Se levanta, lanza la pelota para el perro. Los tres caminan hacia él

INTERIOR BONITA SALA DE ESTAR - NOCHE

ESPOSA ESTA MALHUMORADA. Se aproxima al ESCRITOR.

ESPOSA

«Ha llamado Sal. Me ha contado tu entrevista con el coronel».

(no hay respuesta)

Bien, ¿qué vas a hacer cuando telefonee?

ESCRITOR

Le he dicho que lo pensaría.

ESPOSA

Dos mil dólares por semana hasta llegar a cuatro mil. Ser productor a los treinta. ¿Qué hay que pensar?

ESCRITOR

(que teme el momento)

No puedo ser productor, Val. No estoy hecho para ese tipo de intrigas de estudio. Demasiada política. Demasiadas puñaladas traperas. Demasiada gente con quien tratar. Mira, cariño, una de las razones por las que me hice novelista fue para poder trabajar a solas. Para mí, escribir equivale a libertad. ¡Libertad!

ESPOSA

Eres un hombre muy egoísta, Gideon.

ESCRITOR

Ya lo sé.

La cena, con las niñas, fue animada. Para ellas, todo era felicidad. Las ayudé con los deberes y después que tomaran su baño tuvimos una pequeña pelea con puños y almohadas.

—Ahora media hora de televisión basta —les dije.

Aceptaron a regañadientes.

—Ojalá no tuviéramos una de esas cajas tontas en la casa.

—Han estado toda la semana suspirando por este programa. Así que, ¿por qué protestáis todas las semanas?

El volcán rugía por dentro. Me dirigí a la sala de estar y simulé leer una revista. Entró Val. Estaba enfurruñada. Dio unos pasos y me miró por el rabillo del ojo.

—Sal ha llamado —dijo—. Me ha contado tu entrevista con el coronel.

No le contesté.

—Bien, ¿qué vas a contestarle?

—Le dije que lo pensaría.

—Dos mil dólares por semana hasta llegar a cuatro mil. Ser productor a los treinta. ¿Qué hay que pensar?

Temía este momento:

—No puedo ser productor, Val. No estoy hecho para este tipo de intrigas de estudio. Demasiada política. Demasiadas puñaladas traperas. Demasiada gente con quien tratar. Mira, cariño, una de las razones por las que me hice novelista fue para

poder trabajar a solas. Para mí, escribir equivale a libertad. ¡Libertad!

—Eres un hombre muy egoísta, Gideon.

—Ya lo sé. Ser egoísta es una de las condiciones de mi trabajo. Pero no voy a ser productor para Stanley Gold y punto, párrafo y fin de la exposición. Hay algunas cosas más que deberíamos dejar bien claras ahora mismo.

—Mírate. Estás preparándote para pelear. Nadie puede hablar contigo cuando te encuentras en este estado de ánimo.

—Todas las veces que tenemos algo que discutir, empiezas diciendo que nadie puede hablar conmigo. De acuerdo, se han amontonado muchas cosas. Mejor será que las clarifiquemos.

Val se ponía más y más a la defensiva cuando había cosas que discutir. Retrasarlas, esconderlas, hacer cualquier cosa excepto enfrentarse y terminar con ellas. La mitad de nuestra vida estaba llena de palabras que no se habían pronunciado. Me enfadaba, desaparecía y cuando regresaba, Val hacía como si no hubiera ocurrido nada.

—Voy a mi despacho —dije—. Si quieres hablar, ven. Por cierto, me marcho a San Francisco unos días. Necesito andar por allá, ver a alguno de los muchachos.

—No puedo impedírtelo.

Se habían disparado las primeras salvas. Un período de silencio envolvía la escena. Empezaba la era del hielo. Mi despacho era un pabellón de invitados al otro lado de la piscina. Ensayé mis argumentos, tal como Val debía estar ensayando los suyos. El único problema era que ni uno ni otro seguíamos el guión. No me daba las respuestas que yo esperaba. Nuestras bocas funcionaban en automático. Por lo general, a los dos minutos ambos nos habíamos salido de lo trazado, y, a veces, incluso se nos olvidaba el motivo de la discusión.

Me entretuve por el despacho. No podía concentrarme en la lectura. Inútil telefonear. Tampoco quería contestar mi correo. Carta de mi viejo. Mejor no leerla ahora. Nada en la radio. Me eché en el sofá y seguí presentando mi caso, indiscutible, al «jurado».

Una de las reglas no escritas era que Val tenía que ceder la primera y venir a mí. Un par de veces claudiqué y fui primero junto a ella. Pero esta vez, no.

A eso de las dos de la madrugada me pareció oír sus pasos apagados. Me cubrí con la manta y simulé dormir. Una llamada, la puerta se abrió y encendió una luz.

—Mi amor —musitó en voz baja.

Gruñí como si despertara de un profundo sueño. Me incorporé, me desperecé, bostecé, miré a mi alrededor y «recordé» dónde estaba. Val se dejó caer en el sillón mientras yo me enjugaba el rostro.

—Será mejor empezar desde el principio —dije—. Cuando J. III y «Reaves» aceptaron mi *Hombres en la batalla*, lo único que planeamos para el futuro fueron

unas vagas alusiones a buscar una vivienda mejor en Sausalito. Tan pronto el guión estuviera terminado, regresaríamos allí y yo seguiría escribiendo libros.

—Pero las cosas han cambiado, Gideon. Has empezado una segunda carrera en los estudios. Ahora tenemos otras opciones en la vida.

—Val, tengo que decidir lo que quiero hacer cuando sea mayor. No puedo ser productor. Asesinaría a la mitad de los actores y directores, lo sé. Punto número dos. Esta ciudad está montada contra los escritores. Nos hemos metido en lo que es una guerra interminable en un esfuerzo por retener la normalidad en una ciudad anormal. Hace meses que no hemos mencionado mi próximo libro. San Francisco ya no figura siquiera en nuestro vocabulario. Centímetro a centímetro estoy siendo aspirado hacia abajo.

—En los primeros dieciocho años de mi vida, fui una criatura de la Marina. Vivimos en doce bases diferentes. Y durante los primeros ocho años de matrimonio hemos vivido una pesadilla. Aquí somos felices. Yo quiero un hogar.

—Yo también. Pero tiene que ser fuera de este campo magnético. No sé si puedo producir libros en esta atmósfera. Este mismo problema se presentará una y otra vez.

—Suponte que la próxima vez quieres escribir una novela sobre la India, o Alaska…

—¿Qué tratas de decirme, Val? ¿No más novelas? ¿Qué otra cosa ronda por tu cabeza?

Estaba asustada y no se decidía a decir lo que tenía en la punta de la lengua.

—¿Y qué más, Val? —insistí.

—Supón que tu próximo libro sea un fracaso. No me gusta volver a la pobreza. Debes quedarte cerca de los estudios.

Eso por lo menos estaba claro. Debía a mi familia casa y sustento y no tenía por qué arrastrarles por el mundo.

—Las vacaciones escolares empiezan el próximo mes. Tú y las niñas os venís tres meses conmigo a San Francisco. Termino mi investigación, regreso aquí y escribo el libro. Después decidiremos lo que vamos a hacer.

—No voy a ir contigo para actuar como enfermera y puta de escritor. Me he matriculado en la Escuela de Arte.

Descargó su artillería pesada sobre mí. Sutil, pero llena de intención. Lo que me estaba diciendo, en silencio, era que yo había arruinado su prometedora carrera de artista. Ella había hecho grandes sacrificios por mí y mi turno había llegado.

Val comprendía una cosa. Sabía que yo tenía un miedo espantoso a la soledad. Me derrumbaría si tenía que comer solo en un restaurante. Si estaba en un hotel, fuera de la ciudad, no levantaba el dedo del teléfono. No me sería posible vivir solo en San Francisco.

—¡Por el amor de Dios, hay escuela de arte en San Francisco!

Ni Penny, ni Roxy, ni yo queremos estar cerca de tus busconas y macarras.

—¡Pero se trata del libro que estoy escribiendo, Val! No acepto lo que me dices.

Durante diez años te has quejado de la magnífica carrera que perdiste por mi causa. Estás sirviéndote de esta carrera imaginaria para engañarte a ti misma. ¿Quieres que te lo diga? No tienes ni el talento ni las pelotas para terminarla. Si lo necesitaras tanto como yo necesito escribir, lo habrías hecho hace diez años. Maldita sea, todo esto no es más que una mentira para mantener la espada colgando sobre mi cabeza.

En fin, no fui a San Francisco para documentarme. Val sabía que no iría. Por supuesto, ella tampoco pisó la Escuela de Arte.

Así que escribí *Barrio de noche* en mi delicioso pequeño pabellón, en cuatro meses frenéticos. En realidad, necesitaba el doble de tiempo, pero Sal me presionaba y Val había establecido un opulento modo de vida.

Cuando el libro estuvo terminado, Val encontró una casa deliciosa sobre tres acres en Wooland Hills, que tenía cada una de las cosas que cualquier muchacha desearía para siempre jamás. Cuadra, piscina, campo de tenis, grandes robles, la intemerata. Necesitaba un guión de inmediato.

Unos meses después *Barrio de noche* fue publicada. ¿Prefieren la versión larga o corta? Fracasó. De todas las heridas que se me infligieron, ninguna fue tan dolorosa como lo que un crítico escribió: *Zadok debió escribir la novela en un huerto de naranjos. Lo que ciertamente no hizo fue acercarse al barrio en cuestión*.

Barrio nocturno, el *Tenderloin*, como se le llamaba, era una mala imitación, sin relieves, un ejercicio superficial para cruzar por él y volver a lo que era realmente importante en la vida, ganar dinero.

¡Si. Si… Si… Si…! Si me hubiese tomado los tres meses y me hubiera ido a San Francisco, habría captado el ritmo y la dureza únicos del lugar. Si el conejo no se hubiera detenido para echar un sueñecito, habría alcanzado a la tortuga. Val y yo hablamos muy poco del libro. No hacía falta.

Un hombre puede mentir a su jefe, a su mujer, a sus hijos, pero no puede mentir a la máquina de escribir. Tarde o temprano, las verdades aparecen. Y la verdad era que yo escribía sobre gente que sufría, pero nunca percibí su dolor, y los lectores lo intuyeron. Es duro soportar los retortijones de hambre con dos mil dólares por semana. ¿Quieren jugar a novelas? Tendrán que desprenderse de todo.

Yo iba a vivir en la ciudad de la mierda para siempre. Imaginaba el camino de ladrillo amarillo que se extendía ante mí. Producción, quizá con Stanley Gold. Seriales de Televisión, montones de dinero a la vista. Tomen una idea ridícula y adórnenla con risa enlatada. La basura se vende hoy en día como nunca.

Cuando lloré ante Dios y le rogué que conservara la vida de Penny, ¿acaso no le juré que iba a ser un escritor del que Él se sentiría orgulloso? Esposas doradas. Celdas forradas de visón. Dios Todopoderoso, Val me compraba camisas con mis iniciales en el bolsillo. Mi asma volvió. No había tenido un ataque en quince años. A lo mejor debería ir a que me viera un matasanos. Dispara en Bedford Drive y darás

contra cincuenta de ellos.

Estaba claro que, a pesar de toda mi jactancia, yo tampoco tenía lo que hacía falta. No podía aceptar el fracaso y cargaba la culpa sobre Val, o Sal, o Mal o Gold. Sobre todo el mundo menos sobre mí. ¡Está bien! ¡No tengo de eso! ¡Déjenme en paz! ¡NO LO TENGO!

—Diga, Zadok al habla.

—Gideon, vieja mula, ¿qué tal estás?

—*¿Junkyard?*

—Así es como me llaman.

—Oh, viejo amigo, eres la voz que levanta al caído. ¿Por dónde andas?

—Tengo una casita en Beverly Hills. Me encuentro de paso para Hong Kong, en viaje de negocios. Esperaba encontrarte en la ciudad.

Vi el cielo abierto. El sargento Kelly Murphy había sido un compañero en los Marines. Le llamaban *Junkyard* porque recogía cualquier porquería o trasto sin valor y lo vendía y ganaba dinero. Era realmente un vendedor de alfombras.

Además de su bazar oriental, Murphy tenía las dotes de un jugador temible, uno de los mejores jugadores de *crap* que haya visto jamás. Salió del Cuerpo con un buen fajo de billetes.

Junkyard ya había estado en el Cuerpo antes de la guerra, lo que incluyó el servicio en el Caribe. Juró regresar allá después de la guerra, y lo hizo, con suerte. Empezó con un barco pequeño y recorrió el Caribe en busca de excedentes de guerra y acabó por poseer una pequeña flota de vapores volanderos y un par de aviones. Siempre nos mantuvimos en contacto, incluso antes de que se publicara mi primer libro.

Penny y Roxy lo adoraban, en parte por sus extravagantes regalos. Valerie lo toleraba debido a que ella se había criado con tanta gente pintoresca en la Marina. Pero lo detestaba porque cuando llegaba a la ciudad me veía siempre metido en una bacanal durante unos días.

Empezábamos en «Tail O-The Cock» y terminábamos en su casa de Beverly Hills, después de numerosas paradas intermedias.

—No has respirado feliz desde que viniste aquí, pero nunca te había visto como ahora —comentó *Junkyard*.

—Vi seiscientos, es decir seis, cero, cero, guionistas inclinarse como corderos ante un juramento de lealtad. Cuando me negué a firmar, el coronel Gold me recitó, por primera vez, estas palabras inmortales: «Jamás volverá a trabajar en esta ciudad». Ese hijo de puta me contrató dos semanas más tarde para que le arreglase un guión chapucero.

Junkyard descorchó otra botella de vodka. Yo también bebía sin parpadear.

—Además —proseguí—, vi una llamada para actrices tontas, tetudas y pelirrojas

contestada por quinientas pelirrojas tetudas que se lanzaron sobre cuarenta y dos productores y una perdiz en un peral.

Me zampé unas tapas y una copa.

—Hablando de pelirrojas tetudas, las muchachas no deberán tardar en llegar.

—¿Por qué no las llamas y les dices que nos encontraremos mañana por la noche? Creo que te hace falta confesarte con tu amigo —dijo *Junkyard*.

—Te diría demasiadas cosas. Mejor que me calle.

—Está oculto ahí dentro. Debes encontrar el medio de soltarlo, Gideon.

Marqué el número.

—Hola, Brenda, aquí Gideon. Lamento partirte el corazón, amorcito, pero no vamos a poder estar juntos esta noche. Nos ocuparemos de la factura. No te comprometas para mañana por la noche. Adiós muñeca.

No pude mirar a los ojos de *Junkyard*.

—Actores —protesté—. ¿Has visto alguna vez a un pavo real desplegando su abanico y chillando? Es horrible. «Malditos escritores, no me embellecéis bastante». Y las putas vienen a por tus pelotas con navajas de muelle. Debe este Oscar a todos los enanos, los cámaras, los subalternos, la encargada de guardarropía pero sobre todo a MIS escritores.

—Siempre has sido un culo de mal asiento, Gideon. Nunca has dejado de enredar. De haber podido, hubieras transformado el regimiento entero en bailarines y montado la más jodida revista que el mundo entero haya visto jamás.

—Déjame decirte algo. No es normal, ni humano, ni decente pedir a un hombre que escriba una novela. ¡De tres a cinco años en esa condenada oscuridad!

—Mira, deja de llorar en tu cerveza y agradece lo que tienes.

—¡Mierda! ¡Vete a Hong Kong! ¡No tengo por qué escuchar tu sermón de mierda! ¡Siempre estuviste lleno de mierda!

—¿De qué tienes miedo, hijo?

Junkyard era un hombretón fuerte y cuando te agarraba, te dabas cuenta. Me cogió por los hombros y me sacudió.

—¿De qué tienes miedo? —repitió.

Me arranqué de sus brazos y sentí que el pecho se me tensaba. ¡Iba a sufrir un maldito ataque de asma! Se me acercó por detrás.

—¡Estamos llegando a la playa! ¡Los japoneses han abierto fuego! ¡La rampa está bajando! ¿De qué tienes miedo? ¿De ser judío? ¿Te atormenta soñar con Pedro? ¡Eres el hombre más grande que salió de nuestro regimiento! ¡Nos sentimos orgullosos con solo poder tocarte! Bien, ahora, dime qué te asusta.

—¡La soledad! —chillé.

Todo estaba tranquilo. Sus ojos aparecían llenos de aquella tristeza que sentía después de la batalla. Entonces comprendí que yo era algo especial para muchos marines.

—¡Dios! —murmuró.

—Es un miedo terrible, espantoso. No sé cómo alejarlo.

—Sé un marine —dijo.

—Coño, no puedo.

—Tienes que arrancar el trasero de este agujero y demostrar que puedes vencer la soledad. Mírate, hijo. Eres tan desgraciado que vas a pegarte un tiro.

—No creo que pueda, hombre.

—Tengo una agradable vivienda en San Barthélemy. Quiero que vayas allí y te recuperes.

—No sé, hombre, no sé.

Al revés de F. Todd Wallace, Sal Sensibar podía oler un buen trato a dos continentes de distancia. Revolvía cubos de basura, escuchaba desde los retretes, daba direcciones útiles a las muchachas del estudio. Sal sabía todo lo que ocurría y no se enteraba por leer *Variety*.

En la ciudad había un determinado productor al que yo admiraba de verdad, Judd Schlosberg. ¿Y quién no? Había sido un niño prodigio dirigiendo un estudio a los veintisiete años. Más tarde, fue uno de los primeros productores independientes de Hollywood.

Cuando se conoce a un productor que te dice: «Yo siento el mayor respeto por el escritor», sabes que el hijo de perra miente. Judd Schlosberg nunca pronunció, probablemente, estas palabras, pero había trabajado con éxito con Maxwell Anderson, Tennessee Williams y John Steinbeck. Eso fue lo que me atrajo en realidad.

Solía dejar en paz a sus escritores; varios de sus guiones eran magníficos y habían sido llevados a la pantalla con sumo cuidado y buen gusto. Schlosberg tenía cuatro Oscar en una repisa detrás de su mesa por «mejor película», más el trofeo Thalberg por una vida de éxitos y el galardón humanitario Hersholt.

Cuando Sal descubrió que Schlosberg había adquirido una oscura historia sobre el gran pistolero tejano, John Hardin, a *Atlantic*, le dije que quería que me consiguiera el trabajo.

Judd Schlosberg era bajito, apenas metro sesenta, con un rostro amable y angélico. Su despacho era un sutil escaparate de sus éxitos, un santuario rematado por una docena de pinturas de Remington y estatuas.

Judd Schlosberg había oído suficiente basura de boca de escritores charlatanes para crear el relleno de una ciudad mediana. Yo no estaba dispuesto a proporcionarle su primera ganga.

—No tiene usted la menor práctica como escritor de *westerns* —dijo.

—Esta historia podría situarse en un barco, entre un grupo de trabajadores en un túnel, con un equipo de fútbol. El mundo entero es una gran historia de *cowboys*. No hay misterio en un *western*. Pedí que me dejara probarlo porque sé lo que vio en la

historia y cómo quiere que se haga.

—¿Qué vio en ella?

—Tiene a todo Hollywood cabalgando esas dieciséis monturas. Tal vez a todo el mundo.

Supo que mi percepción y enfoque eran exactamente como los suyos, y me dio cuatro semanas para una prueba. No tomé ningún atajo. Escribí lo mejor que pude. Necesitaba esto tanto que llevé a mi máquina por caminos que jamás había hollado.

Sal lo entregó y empezó la angustiosa espera. Después de dos semanas llamó Sal:

—Han avisado del despacho de Schlosberg. Quiere vernos mañana a las diez.

Volvía a tener el corazón en un puño.

—¿Qué impresión tienes, Sal?

—Estoy seguro de que quiere tener el guión.

Desde el día en que *Junkyard* salió hacia Hong Kong, no mencioné a Val lo que pasó aquella noche. No obstante, sus palabras acudían constantemente a mi mente. Si hiciera la última intentona para ser novelista tenía que encontrar el valor de sobreponerme a mi miedo de la soledad. Sabía que había un montón de otras fobias que debía superar. Ser un novelista completo no cae del cielo como el maná.

Había tomado la decisión de que si Judd Schlosberg me daba el guión, lo haría completamente a solas en Saint Barthélemy. Uno de los productos más baratos del mundo es el genio sin efecto. Todos queremos que se nos tenga por individuos únicos, el que destaca del grupo. Así que uno se ofrece para el sacrificio y lo que se teme es perder y que te devuelvan a la manada. Una pregunta nos acosa. ¿Quieres tener o quieres ser?

Ahora me daba cuenta de que tendría que probar algo toda mi vida. Nunca correría cien metros sin que una valla me cerrara el camino.

Se me había acabado el tiempo al no contar mis planes a Val. Al día siguiente, Schlosberg quizá me diera el guión y tendría que decírselo.

Estábamos junto a la piscina. Val preparaba las bebidas. Llevaba bikini y tacón alto. Todavía era dinamita.

—Enhorabuena —dijo besándome—. Así que mañana es el gran día. ¿Por qué no nos vamos a Nueva York o a Las Vegas para un largo fin de semana y lo celebramos en grande?

Mi expresión debía ser sombría. Reaccionó con curiosidad aprensiva.

—Por supuesto que no pareces el hombre que acababa de llevarse el trofeo.

—Val, he decidido escribir el guión lejos de casa.

—Si quieres trabajar en el estudio, me parece bien. Añoraré tenerte cerca de mí.

—Quiero decir que pienso marcharme para escribirlo.

—Por Dios, hombre, me parece inesperado.

—Para ti sí, no para mí. Hace semanas que ando dándole vueltas.

—Cielos, Gideon, no puedes hacer nada solo. Eres completamente inútil.

—Ya lo sé. Pero se han acumulado muchas cosas. Hay que vaciar el armario.

Estaba empezando a barruntar que no iba a hacerme cambiar. Alzó los hombros y aflojó la cadena, pero sin soltarla.

—Bueno, escribe en Malibú. Puedo pasar muchas noches contigo y hacer que las niñas vengan los fines de semana. Oye, después de todo, sería divertido.

—Val, me marcho al Caribe. Solo.

Creo que nunca esperó oírme decirle semejante cosa. Val siempre guardaba un as en la manga: mi terror a la soledad. Cuando me veía acorralado, no vacilaba en mencionarlo. Siempre le había funcionado.

—Me doy cuenta de que todos necesitamos espacio, pero ser un escritor no te da licencia para abandonar familia y hogar. ¡Dios, me haces sentir como que yo te he echado! Es ese maldito libro, *Barrio nocturno*.

—Ni eres tú, ni las niñas, ni los estudios, ni Los Ángeles. Soy yo. Gideon Zadok está haciendo agua. Pensé que el haber sacrificado tanto para hacer el primer libro, el resto del camino estaría cubierto de pétalos de rosa.

—El canalla de Murphy es el que te ha embarcado.

—Nadie me ha embarcado en nada. Pedí auxilio. Estoy perdido, Val. Murphy lo comprendió. Para ser un auténtico novelista tengo que estar preparado a sacrificar mucho más de lo que he sacrificado hasta ahora. Tengo que hacer lo que sea necesario para volver a ser un escritor que pueda mirarse al espejo sin avergonzarse. En cuanto a ahora, Val, me voy adonde me lleve mi trabajo. Si tú y las niñas podéis venir, estupendo. Si tengo que hacerlo solo, eso será lo que haré.

Debió quedarse muda. Apenas podía creer que estas palabras hubieran salido de mi boca.

—Puede que me estrelle. Puede que no tenga lo que hace falta. Pero no voy a abandonar sin lucha. Voy a escribir otro libro, cariño, y voy a darle todo lo que tengo.

Nos consumíamos en un silencio negro, mortal.

—¡Eres cruel! ¡No vales nada! ¡Eres un egoísta hijo de perra!

No había oído ni una sola palabra. ¡No entendía nada de lo que yo necesitaba! Val tiró el vaso, que patinó sobre el suelo. Una suerte que fuera de plástico. Se quedó de pie ante mí, jadeante, con los dientes apretados.

—¿Por qué no te apuntas a la escuela de arte? —dije con toda la mezquindad de que fui capaz.

—¡Y qué será de mí! —exclamó.

—¿Y de mí? —pregunté.

Los suéteres de alpaca con mangas enormes eran la indumentaria del momento. Schlosberg lucía uno de color tostado. Sal, uno rojo rabioso y yo lo llevaba blanco para indicar castidad, modestia y virtud.

Schlosberg encendió un puro que era el doble de su tamaño y estuvo pendiente de cada una de mis palabras. Parecíamos estar de acuerdo respecto del lugar donde

situábamos la historia, pero algo le preocupaba. Olí que aún no estaba del todo decidido.

—¿Adelante? —me preguntó cuando hube terminado.

Oh, cielos, ahí viene el beso de despedida.

—Naturalmente —dije.

—Me gusta su trabajo, Zadok. Me gusta casi todo lo que ha dicho hoy aquí. Ahora bien, siempre he tratado a mis escritores como adultos, hasta que demuestran ser lo contrario. Fui el primer productor de Hollywood que permitió a sus escritores que escribieran en casa. Que la casa sea Santa Bárbara o Nueva York. Incluso he permitido a un par de los ingleses que trabajaran en Londres. Siempre y cuando podamos estar en contacto. Pero Sal me dice que quiere escribir esto en… Eh…

—San Barthélemy.

—¿Por qué?

—¿Arriba? Porque la casa de Zadok se tambalea. Pero, sobre todo, porque creo que hará el guión mejor.

—¿Se está burlando de mí, Zadok? ¿Por qué hará mejor el guión?

—Quiero crear una atmósfera donde pueda lograr una concentración total y absoluta. Este va a ser un gran guión.

—Nueve de cada diez se hunden. ¿Quién se ha creído que es?

Habíamos llegado a un acuerdo. Yo escribiría un guión por cincuenta mil dólares y se me pagarían…, ya fuese bueno, malo o mediocre. «Está bien, *bubele*, este es tu gran momento», me dije.

—Concédame un mes para ver si trato bien la historia o si me voy por los cerros de Úbeda. Si no recibe mis páginas a tiempo, o si no le gustan, no hay trato. No me deberá nada.

Creí que Sal iba a tragarse el puro.

—Habla en serio, ¿no es verdad, Zadok? ¿Por qué se arriesga de esta forma?

—Me es difícil encontrar las palabras para explicárselo.

—No me había fijado en su tremenda timidez —observó.

—Ha oído demasiada basura en este despacho de boca de demasiados tratantes de mierda.

—¿Por qué, Zadok?

—Cuando muera, solo quiero una palabra en la lápida junto a mi nombre: Autor. No valgo tanto como muchos de los novelistas. Pero tampoco busco comodidad. Estoy luchando para descubrir si tengo pelotas y disciplina.

—Bien, espero que gane porque si no es así, se morirá.

—Por lo menos moriré con una gran sonrisa burlona en el rostro.

—Buena suerte, Gideon, lo digo en serio.

Me detuve en el antedespacho para telefonear a Val.

—¿Diga?

—Hola, cariño, ya tenemos guión —dije.

Me colgó.

Anduve de un lado para otro de la ciudad gran parte del día, temiendo una escaramuza en casa. Ya era de noche cuando entré por la avenida. Tuve la impresión de que había algo muy feo en el aire. Mi perdiguero dorado solía esperar mi llegada junto a la entrada. ¡Ni rastro de *Grover Vandover*! Abrí la puerta principal y llamé. Ni Val, ni sirvienta, ni niñas. ¡Estaba sobresaltado! «¿Qué ocurre aquí?». Pensé en un robo o en que alguna de las niñas estuviera herida.

—¡Val! ¡Penny! ¡Roxy!

Oí lamentarse a *Grover* y me dirigí a la habitación de Roxanne. Los cajones de su cómoda estaban abiertos y medio vacíos, como si se hubiera ido corriendo. La alcoba de Penny, lo mismo. ¡Jesús! ¿Qué ha pasado? ¡Ninguna nota en el tablero de la cocina! ¡Disipa esta mierda, Val!

Vi el coche de Val bajo el cobertizo. ¿Acaso había acudido una ambulancia? ¡Qué demonio! Espera un poco. Puede que Val siga aún en casa. Abrí de golpe la puerta de nuestro dormitorio. ¡Allí estaba!

Había una rosa clavada en la almohada, cruzada sobre mi libretita de notas. Debía de haber entre cincuenta y cien direcciones de amigas, putas y acompañantes. Había incluso números de teléfono de alguna de las amigas de Val, de las divorciadas. Yo no me trataba con las esposas de otros hombres. Debía haberme descuidado mucho y dejado la libreta fuera.

Salí y miré a mi alrededor. En mi despacho, quizá. Abrí la puerta. El espectáculo era espantoso. Val lo había arrasado con una maza, tal vez, o con navajas. Todo estaba destrozado. Mis librerías volcadas y los libros rasgados…; mi máquina de escribir hecha cisco, el teléfono arrancado de la pared, mi colección de discos rayados e inservibles, todas las ventanas rotas. La tapicería de mi sofá y mi sillón cortada…; todas mis fotografías tiradas y pisoteadas; las cortinas cortadas a tiras.

¡Ah, ya! La caja fuerte estaba abierta. Val había encontrado la combinación y sacado la libreta de notas. Toda la habitación estaba regada de páginas manuscritas rasgadas. ¡La pistola había desaparecido! ¡Esperen, hay más! Mi sillón estaba cosido a balazos, la pistola, con el cargador vacío, en el suelo.

Valerie estaba en la puerta de comunicación con la cocinita. Lanzó un enorme cuchillo de cocina y un bate de béisbol al suelo y esperó espantosamente tranquila.

Mi primera reacción fue de alivio al comprobar que no estuviera herida.

—¿Dónde están las niñas?

No contestó.

—¿Están con tu madre?

—Sí —dijo en voz baja—. Lárgate. Puedes avisar a uno de tus compinches para que venga a recoger tus cosas.

—Está bien.

¡Oh, Dios! Qué lastimada estaba aquella mujer.

—Bien —repetí.

—Tuve largas conversaciones con algunas de tus amigas —dijo con una sonrisa torcida—. Dijeron que podían apuntarme como chica extra. Si hay alguna fiesta importante saldré con ellas y aprenderé algunos de sus trucos. Cincuenta dólares una escapada, trescientos para toda la fiesta. No tendrás nada que objetar, ¿verdad?

—He sido muy desgraciado, Val. Pero ocurriera lo que ocurriese, no merecías esto.

—¿Sabe Phil Delaney que te acuestas con Joany? ¿Jodisteis en mi cama? ¿Y la dulce Mary Allen? La más bonita profesora de matemáticas que jamás viera. ¡Una jodienda al por mayor!

—Val.

—¡Fuera de aquí!

—Muy bien, pero hay algo que quiero saber. Desde hacía mucho mucho tiempo sabías que esto iba a ocurrir, Val. ¿Por qué no me paraste?

Se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer.

—Putas —gimió—, putas, putas, putas.

SAINT BARTHS, 1956

Saint Barths, 1956

Está bien, sinvergüenza, luchaste por ello y lo ganaste. Ahora tienes todo el derecho de partirte el culo en otra novela. Así que, a por ella. ¿Saint Barthélemy? No sabía ni que el lugar existiera, ni dónde existía. El romance final del novelista, su exilio voluntario. Auténtico material a lo Somerset Maugham.

Había adquirido mi conocimiento del Caribe de niño, a través de los estudios de Hollywood. Gran parte de nuestras concepciones de la vida y lugares, nacían en buenos escenarios. Yo, jo, jo, y una botella de ron. Junglas agobiantes, pobres esclavos negros sudando en los campos de caña de azúcar, ritos vudú. La isla del Diablo de donde nadie escapa, excepto en una caja de madera. Maureen O'Hara tan magnífica, tan voluptuosa. Bruce Cabot…, he aquí un perfecto villano. Me abriría camino, a duelos, al estilo de Errol Flynn, a través de diez Basil Rathbones para librar a mi amada de aquellos desechos mancos y tuertos.

Una bendita modorra me envolvió después de subir al avión en Los Ángeles. Solía ponerme tierno después de unas copas a dieciocho mil pies de altura. ¡Val, cuánto te he lastimado! Ni siquiera puedo comprender las visiones que han cruzado por tu mente en las cien y una noches en que me hallaba fuera de casa.

Tal vez estaba predestinado a ir a Saint Barthélemy para salvar algo, para hacer penitencia. Cristo en la soledad. Val… Val… Me muerdo con fuerza los labios para contener mis lágrimas ante el deseo de volver a acariciar el cabello de Penny, y leerle; y el orgullo que sentía al ver a Roxanne saltando con su poney.

—Esto es para ti, papi. Lo he hecho en clase de arte.

El remordimiento estaba acentuado por el angustioso aspecto de un vuelo en el Caribe en 1955. El viaje no era para cobardes. Después de Miami cambié de un mal avión a otro, de Cuba a Jamaica, luego hasta Haití y de allí a Puerto Rico; mi primer destino, Saint Thomas.

Me esperaba Tex Richie, uno de los pilotos de *Junkyard* Murphy. En términos generales, los pilotos viejos y barrigudos me daban sensación de seguridad. Habían sobrevivido. Tex Richie era viejo, gordo y hablaba con un deje sureño cargado de olor a whisky. No me llenó precisamente de confianza. El avión, aún menos. Era una especie de extraño aparato hecho en Holanda con un motor atrás. Tex lo llamaba un DYAR, siglas que significaban Despegue y Aterrizaje Rápido.

Cuando se puso unas gafas de gruesos cristales para mirar el mapa casi me volví atrás de todo.

Entregándome una lupa anunció:

—Aquí está la madrecita.

—¿Dónde?

—Aquí.

¡MIERDA!

—¿Dónde está la pista?

—Oh, también allí. Los cuatrocientos cincuenta metros de pista.

—¿Cuántos?

—Bueno, no es mucho peor que aterrizar en la cubierta de un portaviones. Mantienen la hierba recortada utilizándola como lugar de pasto para los corderos de la isla. Cuando está a ras de tierra, retiran a los corderos y la utilizan como campo de fútbol. *Junkyard* me encargó que cuidara bien de usted. Están segando el campo para nuestra llegada.

Animado por esta última información, despegamos. El vuelo fue corto y movido. Llegamos sobre un grupo de islas. Tex señaló una mota.

—Saint Barths.

¡Dios Santo!, ¿se burlaba de mí? La sobrevolamos una vez por si acaso había paneles de emergencia y para mirar la manga de viento.

—¡Maldita sea! —masculló.

—¿Qué pasa?

—Tenemos un viento de cola de veinticinco nudos. Vamos a pasarlo de perlas.

Fue hacia el mar, giró, y bajó el aparato hasta que llegamos a pocos centímetros del agua, luego lo inclinó a casi noventa grados. En tan espantoso ángulo, nos iba pegando el viento de cola. Disminuyó la velocidad hasta el extremo de que llegué a creer que pararíamos y caeríamos al mar. Pero Tex mantuvo la altura y sonó la alarma de peligro.

—Mierda del demonio —dijo entre dientes.

La pista arrancaba del agua y subía colina arriba hasta terminar en unas rocas. Si caíamos hacia el centro de la pista había, al parecer, peligro de no poder remontarnos de nuevo lo bastante de prisa.

—Solíamos tener muchos tropiezos —dijo para animarme.

En el último minuto, con la alarma sin dejar de sonar, Tex lo bajó y dejó que se deslizara. Caímos en la pista a siete metros de la orilla del agua e iniciamos la cuesta arriba hasta parar a…, cielos, treinta o treinta y cinco metros del final. Una ganga.

Y, de pronto, me animé. A un lado de la pista, junto a una barraca, una pareja de aspecto agradable, de pie al lado de un jeep añejo agitó las manos, en señal de bienvenida. Denise y Pierre Dumont, los guardeses de *Junkyard*. Se preocuparon de mí como si se tratara de la realeza. ¿Quién sabe? Puede que fuera el primer judío que ponía el pie en la isla.

En realidad, no sé lo que yo esperaba… Una cabaña techada de paja, una cueva, un jefe nativo con lanza. *Junkyard* tenía viviendas en media docena de islas. Esta resultó un chalé pequeño pero bien construido. Era obvio que pertenecía a un comerciante hábil porque estaba aprovisionado hasta los topes con todo lo imaginable desde insecticidas a bourbon. Lo único que yo iba a necesitar era un par de zapatos, un par de pantalones cortos y mi máquina de escribir.

La ubicación era perfecta. «Villa Murphy» se alzaba en una pequeña colina, en su ladera, por encima de una magnífica playa llamada San Jean. Había tres minutos de distancia desde la puerta principal a la playa.

En los días siguientes me hice amigo de los Dumont y de sus cinco hijos, que vivían a muy poca distancia. Hablaban en francés con un salpicado de inglés y conseguimos una lengua soportable. Pierre era, por decirlo así, el hombre de *Junkyard* en Saint Barths.

También en los días siguientes recorrimos en jeep todas las carreteras de la isla. Era una cosita minúscula, una roca volcánica de unos veinte kilómetros cuadrados. Colinas, acantilados, riscos, estaban bordeados por unos pocos kilómetros de carretera, una mezcla de cemento, roca volcánica y tierra apisonada. En resumen, un destrozaneumáticos. Era una carretera de costa con algunos trechos planos y con muchos baches… Me cuesta llamarles baches porque eran tan grandes que en ellos podía desaparecer el jeep.

Una docena de minúsculas bahías brillaban serenas a sotavento e inclinadas a la violencia a barlovento. El agua tibia lamía o se estrellaba en las más maravillosas playas de arena color de harina. Saint Barths no era lo que podríamos llamar un jardín, pero los serbales eran abundantes y había muchas buganvillas enroscadas en troncos de árboles y arbustos y una alfombra de flores silvestres. Ningún recodo, en ninguna dirección, carecía de belleza.

Había poca tierra fértil y era fácil comprobar que los isleños tenían que luchar por mantener una existencia marginal.

Gustavia, una perla de puertecito, constaba de un pequeño muelle y media docena de calles sin pavimentar. La mayoría de los mil quinientos habitantes vivía allí. El «Select Bar» en el muelle era el abrevadero central.

Saint Barths resultaba un anacronismo en esta parte del mundo. Porque era tan minúscula, kilómetro y medio por diez, ninguna plantación de caña de azúcar arraigó allí y por ello la isla nunca tuvo esclavos. Los habitantes eran de ascendencia francesa en su mayoría, procedentes de Normandía y Bretaña. Más bien parecía un retal de Francia mal colocado. Algunas de las mujeres más ancianas todavía llevaban cofias tipo Amish y largas faldas negras, y los hombres vestían de azul marino.

Saint Barths tenía algo de ganado bovino, algunos huertos para verduras y fruta y, naturalmente, el generoso mar. En un radio de islas cercanas había un intenso comercio. Uno no tardaba en aceptar la idea de que el mercado negro, el mercado blanco y el mercado libre eran la clave de la existencia. *Junkyard* tenía un pequeño almacén en Gustavia. No faltaba gran cosa.

Algunos franceses ricos habían descubierto Saint Barths. Los que navegaban en yates habían aparecido. Unas docenas de pequeñas villas se alzaban en puntos impresionantes de los riscos, incluyendo una media docena pertenecientes a norteamericanos. Uno teme siempre ser el forastero y desbaratar su soledad. No debí haberme preocupado. *Junkyard* era una palabra mágica. Había traído en barco la

mayor parte de los materiales de construcción para las cosas edificadas desde la guerra. Como se trataba de un lugar donde cada forastero venía en busca de lo mismo, las amistades se hacían con facilidad y los isleños eran la gente más agradable que jamás hubiera conocido.

La vida transcurría libre de problemas, valores y complicaciones de la civilización moderna. Había algo de electricidad, siempre impredecible, de tipo generador casero. Una escuela, un médico. En cambio no había teléfonos, ni cloacas, ni sistema de conducción de agua.

Directamente debajo de «Villa Murphy», la playa de Saint Jean estaba partida en dos por un enorme saliente de lava que se adentraba en el mar. Sobre esta roca y construido a diferentes niveles, estaba el único hotel, el «Eden Rock», que consistía en cinco habitaciones. Me hice amigo del propietario, un aviador llamado Remy de Haenen que había sido el pionero de la pista de aterrizaje. Su mujer, como Denise Dumont y la mayoría de las mujeres, era una cocinera soberbia, transformando en pequeños milagros las comidas hechas con los escasos medios obtenidos de los campos.

Sin embargo, había mucha playa para meditar en ella, muchas puestas de sol que admirar, mucha conversación en el «Select Bar». No sé si alguien me llamó alguna vez por mi nombre. Yo era simplemente «el escritor».

Qué raro como habían venido rodadas las cosas. Llegué preparado para la batalla, para escalar y derribar las murallas de miedo que había levantado toda mi vida. Cuando abrí los ojos en Saint Barths, las murallas habían desaparecido. Saint Barths, en cambio, me abrió los brazos, me acarició y me dijo: «Descárgate y descansa, marine, y no vuelvas a tener miedo».

Aprendí a cerrar mi mente a cualquier cosa que me distrajera de mi trabajo. Podían transcurrir días sin que me acordara de Penny y Roxy. Este era mi miedo, recordar. Fue una revelación descubrirme esta capacidad para olvidar.

Eso era lo que había venido a buscar. La conquista de la soledad era el eslabón perdido que un día haría de mí un novelista decente. Si has venido aquí y no puedes dejar fuera los amores y los odios de todo lo que queda allí, en el mundo real, los recuerdos te alcanzarán, te ahogarán y marchitarán tu tenacidad. Tenacidad, resistencia, vitalidad…, ciérrate a todo y a todos excepto a escribir. Este es el maldito precio. No sé bien, pero creo que es algo parecido al egoísmo total. Tal vez es parte del instinto del matador. A menos que arrincones y entierres los recuerdos de tu gran amor, no puedes mantener el tipo de concentración que destroza a la mayoría de los hombres que trata de escribir un libro en un período de tres o cuatro años.

Aprendí todo esto descalzo en una terraza cerrada de «Villa Murphy». Nada existía en este planeta excepto las palabras que iba poniendo en el papel. Ni siquiera yo existía. No necesitaba más que comer y dormir. No tenía otra razón para vivir, que crear al escribir.

Corría por la playa al salir el sol. Pensaba y hablaba mientras corría.

—Eh, escritor, ¿qué tal vamos?

Agitaba la mano y seguía corriendo.

Comentaba conmigo mismo el trabajo del próximo día mientras contemplaba la puesta del sol. Y cuando el sol estaba puesto, bebía. De vez en cuando, las palabras no venían. Me tomaba el día libre y Pierre y yo nos íbamos a pescar y me enseñaba a navegar.

A veces la soledad atacaba con la brusquedad del rayo. No estaba dispuesto a permitir que el dolor me abrumara.

Ahora empezaban a suceder las cosas que de pequeño había deseado que ocurrieran. Cuando fallaba la electricidad, escribía a la luz de las velas. Cuando un huracán destrozaba parte de la villa, escribía desde una habitación en el «Eden Rock». Había alcanzado un nivel de obsesión, consumación… que no era de este mundo. Escribía cuando tenía fiebre. Escribía con resacas. Escribía cuando alguna estupenda mujer se acercaba por allí.

Había imaginado Saint Barths como una isla infernal donde iba a cumplir una sentencia. En lugar de encarcelarme, me liberaba de mil maneras. Había aprendido que cuando uno ha conseguido, sin temor, una habilidad de adentrarse en lo más hondo de sí mismo, en que uno revive la miseria emocional y la falta de amor paternal durante la infancia, se llega a conocer un cierto esplendor imponente. Sin él, es imposible alcanzar la eternidad como escritor. Pagar tus derechos para conseguirlo resulta tan espantoso, tan desgarrador, que te garantiza años de insomnio y pesadillas. Tenía que encontrarlo o perder toda esperanza.

Con frecuencia Tex se dejaba caer en su estúpido DYAR. Por espacio de unos días esperé la llegada de papeles de divorcio, pero no llegaron. Llené de felicidad las cartas a mis niñas. Un día entregué a Tex mi primer borrador del guión para enviar a Schlosberg y entonces empecé a pensar en una novela.

La Navidad se acercaba y con ella Penny y Roxy. Tex me llevó a Saint Thomas a buscarlas. Con mi guión sobre la mesa de Schlosberg, me permití reentrar excitado en el mundo. Saint Barths no era para siempre, pero quería que mis niñas conocieran el lugar.

Elegimos Saint Thomas como punto de reunión porque la familia de Val tenía allí gran número de amigos retirados que podían guardar a las niñas hasta mi llegada. Avisamos por radio para que pudieran recoger sus cosas y esperarme en el aeropuerto.

No estaba preparado para ver a Val cuando aterrizamos. Creí que volaría con ellas parte del trayecto pero suponía que pasaría sus vacaciones en Jamaica, que de joven le encantaba.

Después de un ruidoso saludo de las pequeñas, Tex les mostró el interior del avión y yo me aparté con Val. Nos dimos la mano y después le besé la mejilla. Ni se resistió ni mostró la menor hostilidad. Había pensado poco en ella. No me lo había permitido. Sabía que mi culpa estaba en lo más hondo y podía salir en cualquier

momento, pero no después de haber ganado mi batalla con el guión.

Quizás esperaba verme parecido a un barbudo vagabundo empapado en ron. En realidad, estaba bronceado y en forma.

—Te veo estupendo —dijo.

—Tengo que mantenerme en forma o derrumbarme. Yo… Oye, no esperaba verte, Val. Deja que recobre el sentido.

—Claro. ¿Cómo te va el trabajo?

—Hace unas semanas envié el primer borrador del guión. No tardaré en recibir noticias, creo. A veces resulta difícil ponerse en contacto. ¿Adónde vas a ir?

—Me quedo en Saint Thomas. Mamá se reunirá conmigo dentro de unos días.

—Roxy escribió que había tenido un ataque. ¿Qué tal se encuentra?

—Bien. Esta será su primera salida de viaje. Tiene alguna dificultad con…, déjalo.

—Salúdala de mi parte, ¿querrás?

—Claro.

—¿Alguna instrucción especial respecto de las niñas?

—No. Están locas por quedarse contigo. Han añorado mucho a su papi.

—Les he preparado una estancia divertida. Tengo un tocadiscos que funciona casi siempre. Quiero que escuchen una sinfonía y una ópera cada día y tengo media docena de libros que quiero leerles. En verdad, he tenido suerte. Como en este momento no estoy trabajando, pasaremos mucho tiempo en la playa y asaremos langostas. No te rías, pero incluso sé navegar un poco.

—¿Tú? ¿Navegar? A lo mejor lo haces bien.

—Soy tremendo. Hay muchos críos de su edad. Todo el mundo parece que supera el problema del idioma. Lo pasarán muy bien.

Sentí cierta inquietud y miré hacia Tex. Me hizo una señal afirmativa.

—Cuando esté dispuesto, jefe.

—Regresaremos el viernes, día dos. Trataré de llamarte por radio.

—Oh, se me olvidaba decírtelo. Nada de submarinismo para Penny. Puede nadar con un tubo pero el doctor dijo que no quería nada de presión en su cabeza.

—Sí… Bueno, ha sido una bonita sorpresa verte. Que tengas unas buenas vacaciones y… oye…, ¿te gustaría darte un salto por allá y ver cómo vive la otra mitad? Tex te devolverá cuando llegue tu madre.

—Me encantaría ir —musitó.

—Mejor que te pongas en contacto con la gente con quien vives…

—Ya los he advertido, y también a mamá, que había una posibilidad entre mil que terminara en Saint Barths. A ella le parece bien.

—Bien, pues vamos a hacer la maleta. No necesitas mucho.

—Ya está hecha. La tengo en la terminal. Gideon, vas a poder… La rodeé con mis brazos y la abracé.

Desde el primer momento en Saint Barths, mi enamoramiento de la isla empezó. Me había forzado, más allá de mí mismo, a estar en una supernova llamada aislamiento del escritor. Pero para mí, pequeño judío calloso, ningún lugar puede ser el paraíso sin una mujer. Ahora sí estaba en el paraíso. La isla conquistó a mis niñas como me había conquistado a mí.

—¿Dónde diablos encontraste este disco, Gideon?

—Olvidado en un armario, todo cubierto de polvo.

—Setenta y siete rpm…, ¡válgame Dios!

—Es lo último en Saint Barths.

Bailamos en la veranda, muy juntos.

Te vi anoche
y tuve la vieja sensación,
cuando apareciste
sentí lo mismo,
cuando pasaste junto a mí,
me estremecí,
y cuando nuestros ojos se encontraron,
mi corazón se detuvo,
de nuevo volví a sentir
el viejo anhelo,
y supe que nuestro amor
seguía vivo…

—Eh, marine, vas muy de prisa.

—Así soy yo, cariño. No me dejes. Te llevaré por encima de todos los tropiezos.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Zadok. Gideon Zadok, y algún día voy a ser un gran escritor.

Pese a estar rodeados de toda aquella belleza y magia, persistía aún el terrible dolor incurable entre Val y yo. No hablamos de ello, pero allí estaba. Cuando la gente se ha causado tanto daño, uno a otro, durante tanto tiempo, deben quedar cicatrices y malos sueños que nunca desaparecerán. ¿Éramos lo bastante fuertes, nuestra capacidad de amar era tan poderosa, que podíamos soportar los negros recuerdos del pasado, ocultarlos en algún rincón remoto y no dejar que volvieran a atormentarnos? ¿Podríamos Val y yo llegar hasta el final? Tan pronto la vi, supe que quería intentarlo.

Tex regresó una semana después con el aviso de que Judd Schlosberg había concertado tiempo en la radio para hablar conmigo en Guadalupe. La gran isla que administraba Saint Barths se encontraba a ciento sesenta kilómetros o así hacia el Sur y estaba más en contacto con el mundo exterior.

Fácilmente, podíamos hacer el viaje de ida y vuelta en un día, y sería divertido

para las niñas. Basse Terre tenía un bazar que las volvería locas. Fui al centro de radio de onda corta, en la oficina central de Correos.

¡Oh, cielos, cielos, cielos! Aquellas palabras exquisitas:

—Nos gusta el guión. Queremos hacer la película.

Schlosberg necesitaba unas semanas para hacer cambios, nada importante. ¿Podría regresar pasado Año Nuevo?

—Allí estaré.

Final de la transmisión.

¡Me hallaba a mitad de camino de casa! Ahora me atrevía a soñar abiertamente en la novela.

En la punta occidental de Saint Barths, el monte Vitet se alzaba a mil pies sobre el nivel del mar. A veces, el jeep ganaba la batalla cuesta arriba; a veces la carretera ganaba la batalla. Teníamos que subir andando la última media hora. Ambos estábamos agotados de la celebración, a dos, de la entrada del año.

La extensión de agua a nuestros pies abarcaba una dispersión de islitas, pequeñas maravillas volcánicas surgidas del mar millones de años atrás.

Val se encaramó a una roca y cruzó las piernas, luego echó la cabeza hacia atrás para captar la brisa. El sudor hacía brillar su rostro, cuello y pecho. Desabroché su blusa.

—¡Oh, qué bien saben sudados!

Apretó mi cabeza sobre su seno.

—Estás loco. ¡Soy tan feliz pensando que volvemos juntos! ¡Juntos!

—También yo —dije.

—Añorarás este lugar, Gideon.

—Tuve suerte encontrándolo. Quiera Dios que pueda volver algún día. Fui afortunado. Me gustaría congelar el tiempo aquí y ahora. Val, eres hermosa.

—Caramba, hombre, vas a hacerme llorar.

Puede hacerse el amor con cien mujeres, pero ninguna es lo mismo que la mujer que te dio a tus hijos.

Estuvimos un buen rato sentados, apegados a las últimas imágenes.

—Val, una vez llevé a una muchacha a una colina, hace mucho tiempo. Un lugar llamado Twin Peaks en San Francisco. Éramos niños. Le dije que iba a ser un gran escritor algún día y le leí el primer capítulo de un libro que iba a escribir, algún día.

—¿Qué pasó con ella?

—Nos casamos, pero no fuimos felices para siempre jamás. A lo largo del camino, yo me trastorné. Entonces, encontré una isla llamada Saint Barths y en ella aprendí a volver atrás y a hacer lo que se suponía que debía hacer en este mundo. Preferiría regresar aquí y vivir como un pescador y escribir lo que quiero escribir. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Empiezo a entender lo que te propones, Gideon. Me gustaría creer que puedo conservarte, pero no lo sé. He perdido casi toda la confianza. Eres un hueso duro de roer, amigo. Tienes un trillón de voltios en el cuerpo. Juro que no sé si hay una mujer en el mundo que pueda realmente proporcionarte la paz.

—Val, lamento de verdad lo que te hice.

—Ya lo sé, Gideon. No tienes que decírmelo.

—Sí tengo que decirlo. Tengo que oírme decírtelo.

—Yo te obligué a hacer muchas de las cosas que te alejaron. No estoy tan libre de culpa —dijo—. Nos hemos hecho numeritos uno a otro. ¿Lo conseguiremos? ¡Ojalá pudiera estar segura!

—Te he traído aquí arriba porque una vez empezamos en una colina. Yo sé a dónde voy. Una vez llegado, descubriré la razón. Pensé que este era el lugar adecuado para decírtelo.

—Bien, aquí estamos —murmuró temblorosa, temiendo qué plan loco y desatinado iba a proponerle.

—Nunca te hablé mucho de mi infancia —empecé a decir.

—Lo sé. A veces, me preguntaba si habías tenido infancia alguna vez. Ha sido como una muralla a tu alrededor.

—Ya sabes lo que ocurre. Pasas la segunda mitad de tu vida sobreponiéndote a la primera. Hay puertas que voy entreabriendo, una tras otra. Abrí una puerta marcada «Peligro, Tarawa y Guadalcanal; entra por tu cuenta y riesgo».

—Creo que lo entiendo.

—Hay, dentro de mí, una maldita puerta de tumba, grande y de hierro. Dice «Judío». Tengo que abrirla y entrar. No sé qué demonios voy a encontrar allá dentro. ¿Recuerdas que te hablé de mi tío Matti?

—Un poco. Es el que se fue a Palestina. Héroe. Muerto en la revuelta árabe de 1939. Es lo único que sé —dijo.

—Y es poco más o menos lo mismo que yo sé. Pero presiento que está ocurriendo algo dinámico. Lo siento en el momento en que entreabro la puerta subterránea. Yo… Yo quiero ir a Israel y averiguarlo. No tengo la absoluta seguridad del porqué, pero es magnético, tira de mí. Es algo así como *el Viejo* arriba —dije señalando al cielo—. Me dice que vaya. Es un instinto que debo seguir. He negado ser judío varias veces en mi vida. Tengo que liberarme y creer que puede haber allí un gran libro esperando al escritor.

Val movió la cabeza y rio un poco.

—Para ti el pastel, viejo amigo.

—Podemos hacerlo si alquilamos la casa y tú te vas a vivir con tu madre. Tal como lo imagino, la documentación me llevará seis meses. Si pienso que va a durar más, o si decido escribir el libro allí, querré que tú y las niñas vengáis a Israel. Va a ser difícil, pero, si vigilamos el dinero, podemos hacerlo.

Val se me quedó mirando largo rato. Estaba a punto de llorar. No se hacía

ilusiones, veía que nos íbamos a meter en una lucha larga y terrible.

—No te conformas con menos, ¿verdad? Tienes que ganar.

—Me temo que sí.

—Hijo de puta —murmuró.

—Val, si no quieres o no puedes aceptarlo, digámonos adiós ahora, como buenos amigos.

—¿Y después de Israel? ¿Timbuctú? ¿Tombuctú?

—Quizá.

—Gideon, estaré contigo todo el tiempo que pueda. Márchate con todo mi amor. Esperaré a que nos llames.

HERZLIA, ISRAEL

11 de octubre de 1956

Empezó como un tronar lejano. Los destellos en el horizonte parecían relámpagos de calor. Valerie abrió los ojos. Recordó que cuando era niña y la familia estaba estacionada en Guam, los temblores de tierra y las tormentas eran cosa corriente. Lo que oía ahora eran los mismos ruidos y los mismos destellos que entonces. Instintivamente se preparó para cuando la tierra empezara a moverse; pero no fue así. Solo continuaron el retumbar y los destellos. Después, pudo oír taponazos lejanos.

Val apartó la sábana y buscó la lámpara. Eran las nueve de la noche. Espera, deja que piense. Lo recordó todo. Gideon se había ido por la mañana temprano para participar en un raid con los israelíes. El día se había arrastrado, tortuoso. El doctor Hartmann había vuelto a verla y le puso una inyección para tranquilizarla. Le había producido un sueño profundo.

—Mami, sube a la azotea —gritó Roxanne, entrando a todo correr en la habitación.

Para cuando estuvieron arriba, *Grover* había pasado a formar parte de un coro de perros que aullaban de punta a punta de Sharon Plain. Desde su punto elevado, podían ver un horizonte iluminado por fuego de cañón, a unos diez o doce kilómetros de distancia. Desde donde estaban, los sonidos y la visión parecían un juego.

El bombardeo siguió, incesante. Transcurrió una hora antes de que alguna de ellas se moviera o hablara.

—¿Está papá allí? —preguntó Penny.

—Sí.

—¿Por qué?

—Está buscando algo —contestó.

Roxanne empezó a llorar. Su madre la mantuvo abrazada.

—Papá siempre vuelve a casa —dijo Val.

Lo que Gideon no había anticipado fue la rapidez con que el raid se llevó a cabo. Ni hubo ninguna revisión de viejos planes eventuales, ni tampoco había tropas de repuesto preparadas. Se había elegido un blanco peligroso, uno que daría a conocer todos los puntos de vista militares y políticos a los jordanos. El fuerte policial jordano estaba al otro lado de la frontera, a solo veinte kilómetros del centro de Tel Aviv, en las afueras de Kalkilia, una ciudad de veinticinco mil habitantes.

Durante el día, elementos de la brigada paracaidista israelí llegaron de todas partes del país. Algunos habían interrumpido un duro entrenamiento y llegaron agotados al área de encuentro. Sin embargo, eran las mejores tropas disponibles.

El raid fue bien durante los primeros momentos. No había barreras naturales para

cruzar la frontera y las unidades de vanguardia se movieron con facilidad.

El puesto militar de Kalkilia estaba iluminado por reflectores israelíes desde una distancia de tres kilómetros y la artillería de apoyo abrió fuego desde un destacamento de tanques.

En el curso normal de la batalla siempre había algo que fallaba. El plan tuvo varios inconvenientes, y el infierno se desató. El cielo estuvo iluminado por los cañonazos hasta las tres, pero el estallido de las armas de fuego pequeñas pudo oírse hasta el alba.

Val y las niñas durmieron intermitentemente. Eran las seis de la mañana cuando Val descubrió a Mr. Zimmermann, el gerente del hotel, montado en su bicicleta camino del chalé. Estaba demasiado aterrorizada para moverse. Mr. Zimmermann era un viejo simpático. Le encantaba traer mensajes a los Zadok a cambio de algún chisme. Val había visto un número de campo de concentración tatuado en su brazo…, una de las primeras veces que veía semejante cosa. Lloró dulcemente varias noches y por aquel solo incidente comprendió mucho acerca de Israel.

—He recibido una llamada telefónica de Mr. Zadok —explicó él—. Dijo que le comunique que está bien y que dentro de unas horas se encontraría en casa.

Val gritó y lo abrazó.

—¿Estaba Mr. Zadok en el raid de anoche?

—Sí.

—*Oy, mein Got*. Siéntese Mrs. Zadok, por favor, siéntese. Le preparo un vaso de té. Oh, ha sido muy malo. Tenemos casi cien bajas de chicos. *Nu*, ¿qué podemos hacer? Gracias *Got* que Mr. Zadok no ha sido herido.

Había terminado la terrible espera. Val recobró el control gracias a un sorbo de aquel espantoso brandy. Cuando el color volvió a sus mejillas, esbozó una sonrisa.

—Tengo malas noticias, me temo —dijo Zimmermann—. Cerramos el hotel. Si Mr. Zadok quiere pasar por casa esta noche, le daré una llave de la entrada lateral y le mostraré el contador de luz que corresponde a su habitación. Queremos que pueda conservar su despacho.

Cuando Mr. Zimmermann se marchó, Val corrió a la cocina en busca de algo que asar, que limpiar, que descongelar. Curiosamente, como si lo supieran, los vecinos empezaron a llegar.

Las niñas corrieron hacia el jeep y le echaron los brazos al cuello.

—Es mejor que no me toquéis —dijo Gideon—. Estoy apestoso.

En realidad, estaba putrefacto. Sus ojos parecían perdidos aún con el reflejo del horror reciente. Se dejó caer junto a la mesa de la cocina. Val le sirvió un poco de pastel y zumo de fruta y aprovechó para echar a los vecinos. Se hallaba demasiado exhausto para masticar. Gideon se levantó de la mesa y se dirigió, tambaleándose, hacia la alcoba, alcanzó el borde de la cama, se dobló y se cubrió el rostro con las

manos.

—Papá está bien. Necesita descansar —dijo Val, y cerró la puerta.

Quería ir a él, pero no lo conseguía, le resultaba, de algún modo, imposible. Era como un niño malo que había salido a la calle y que su madre tiraba de él hacia la acera, besándole primero y luego dándole un bofetón. No tenía que hacerlas pasar por todo eso.

Val se sentía incapaz de controlar su enfado.

—Bien, supongo que por fin lo has disfrutado. —En realidad, no había querido decirle eso. Se le había escapado—. Pues yo también lo he disfrutado —terminó con acritud.

—Está bien, me merezco una patada en el culo —murmuró él.

—Han cerrado el hotel —prosiguió, con el deseo de herirlo con malas noticias.

—¡No puedes esperar!

—Claro que puedo esperar.

—Será mejor que me duche y trate de dormir algo. —Buscó desabrocharse la guerrera, pero los dedos no querían funcionar.

Hubo un período de silencio, lo bastante para que el veneno la abandonara. Se le acercó, se sentó en el suelo, delante de él, y recostó la cabeza en sus rodillas.

—Han matado a Simon, y también a Ben Dror. Zev ha perdido ambas piernas.

—¡Oh, Dios! —sollozó Val.

—Una verdadera escabechina.

—Oh, cariño, cariño —exclamó—. Pobre Shalimit. Va a tener un niño… Oh, cariño. Será mejor que vaya a verla.

—La he visto esta mañana con el comandante del batallón.

—¡Maldita sea! —gritó Val—. ¡Oh, cariño…, oh, maldita sea! —Se levantó, se quedó junto a él y le revolvió el cabello. Estaba pegajoso—. Estás hecho una porquería, amigo. —Y se echó a llorar.

—Me limpiaré.

La compañía Alfa del «Batallón de Leones» fue enviada a rebasar el puesto. Prepararon una emboscada en una colina que dominaba el camino a Kalilia, por si acaso los jordanos trataban de enviar refuerzos al fuerte.

Les llevó más de lo que esperaban capturar y volar aquel lugar. Con el horario desbaratado, el plan de batalla se les escapó de las manos. Fue precisamente como en Tarawa cuando la primera oleada de marines no pudo alcanzar su objetivo. Oficiales y hombres en pequeños grupos tuvieron que improvisar.

Los jordanos mandaron una unidad de la Legión Árabe hacia Kalilia; pero no se despistaron ni cayeron en ninguna emboscada. Salieron del camino, rodearon a la compañía Alfa y los encerraron.

Solo después de que el «Batallón de Leones» se retirara de la frontera, cayeron

en la cuenta de que la compañía Alfa estaba rodeada por la legión y destrozada. El resto de la noche se dedicó a un esfuerzo desesperado para romper el cerco.

Fue una matanza. Infantería, artillería, tanques, y después aviones, tenían que intentar abrir una brecha. La Legión Árabe se mantuvo firme al comprender que tenían en su mano aniquilar a una compañía israelí entera. Si tenían éxito, podían cantar victoria. Traducido al árabe, eso haría de Jordania y del rey Hussein un enemigo más peligroso y audaz.

Cerca del amanecer, algunos tanques israelíes y carros blindados rompieron el cerco y llegaron a la compañía Alfa. Cargaron a los muertos y los heridos. Algunos de los muertos fueron amarrados a los tanques. La compañía Alfa pudo regresar; sin embargo, veintiocho muchachos habían muerto y treinta y cinco estaban heridos.

El raid israelí tuvo éxito; pero fue una pérdida terrible para un país pequeño donde todo el mundo conocía a todo el mundo.

Val empujó a Gideon con suavidad e hizo que se tendiera en la cama, después le aflojó los cordones de las botas, se las quitó, y le desabrochó el resto de la ropa.

Vaya, hacía años que no te desnudaba así. ¿Recuerdas cuando escribías tu primer libro? Las niñas no querían dormirse hasta que oían la máquina. Llegabas del trabajo, subías al ático y escribías hasta las dos a las tres de la mañana. Yo subía a buscarte, pero estabas tan cansado que no podías siquiera bajar la escalera solo, y además tenía que desnudarte.

Le sacó la ropa, a tirones.

—Acompáñame a la ducha, cariño.

—Échate —dijo Val—; échate ahora.

Valerie se quitó la blusa por la cabeza, despacio, y se soltó el sostén, se arrancó los tejanos y se quedó junto a él.

—No es el momento de contemplar tetas. Soy un maldito animal —dijo.

Valerie se tendió encima de él, cubriéndole.

—Es una locura. Están muertos. Pero te quiero.

Se enroscó a él como pudo, secándole el sudor con su cuerpo, besando y lamiendo el polvo y la suciedad de sus ojos y mejillas, frotando con su cabello las manchas de sudor que le manchaban el cuello, atenazándole con sus piernas.

—¡Suéltate, amigo! —dijo ella—. ¡Suéltate!

Había sido una hazaña difícil desde el principio. Cuando Gideon llegó a Israel, prometió a los israelíes que no buscaría información de parte de los norteamericanos, ni se la pasaría a ellos. A cambio, los israelíes accedieron prestarle toda la ayuda que necesitara para la documentación de su libro.

Rich Cromwell, el jefe americano de la CIA, molestaba de vez en cuando a

Gideon para que le pasara información, sin éxito. Gideon sabía que si no se ganaba la confianza de los israelíes, jamás conseguiría la información que necesitaba para escribir la novela que deseaba.

La llamada para invitarle a almorzar en la villa de Cromwell, en Ramat Aviv, tenía un inconfundible tono de urgencia. Gideon jamás dejaba de maravillarse ante la falta de incomodidades en la que «sobrevivía» el personal de la Embajada estadounidense. Vean si no el enorme bol de plata del vestíbulo de Cromwell. Rebosaba de pequeñas tarjetas de visita, en el idioma del visitante y en francés.

Israel era un país pequeño por lo que a número de Embajadas, Legaciones y Consulados se refería. Sin embargo, cuando uno pensaba que cada país tenía un embajador, primer secretario, segundo secretario, encargado de negocios, agregados militares, agregados culturales, agregados económicos, misiones especiales como el programa Punto Cuatro, misiones comerciales, misiones de compras, un chorro interminable de eruditos visitantes para interminables conferencias que producirían infinita sabiduría, y filántropos judíos, inversores, orquestas, grupos de baile y todo el mundo recibía un cóctel de bienvenida y de despedida, con mucho caviar y galletitas saladas. Luego venían el Cuatro de Julio, el día de la toma de la Bastilla, el cumpleaños de la Reina y cada país tenía una fiesta nacional, en especial las naciones recién liberadas de África (los africanos daban realmente fiestas apabullantes) y como cada Legación lo compraba todo libre de impuestos, los hígados se deshacían como castillos de arena en marea alta. Todo el mundo tenía un enorme bol de plata o de cristal tallado o una cesta trenzada de artesanía en su vestíbulo y todos los que acudían para una visita dejaban su pequeña tarjeta de visita, en dos idiomas. Uno podía razonablemente contar un mínimo de mil doscientos sesenta y un cócteles al año.

Rich Cromwell parecía un canoso y algo arrugado ex-estudiante de Yale, lo que era en efecto, y que tendría mucho mejor aspecto con un blazer azul en «Cape Cod». Un hombre con dos iniciales, eso era el viejo Rich, *hockey* y *lacrosse*. Un empleado mediano del servicio de Exteriores del Departamento de Estado, que podía recortar algún cupón por herencia, y que no ascendió más que al puesto de cónsul general del Perú. Pasó a la CIA porque era un modo de vida más interesante.

Cromwell conocía la afición de Gideon por el chuletón y le invitó a una buena comida. Una vez terminado el intercambio de naderías, Rich generalmente pasaba a su modalidad «sincera». Esa tarde se saltó la sinceridad y fue al grano directamente. Gideon sorbía despacio su whisky de sobremesa, para evitar una reacción violenta a su súbito reencuentro con él.

—¿Qué ocurrió en el ataque de Kalilia? —empezó Rich.

—Vaya, ¿y cómo demonios quieres que lo sepa?

—Venga, Gideon. De ser así, tú serías el único del país que no supiera dónde estabas la noche del día diez. Tu amigo Simon Galil fue alcanzado por una bala perdida. Estaba exactamente a tu lado.

—¿Por qué me pinchas tanto, Rich? Has estado enterado, reenterado y desenterado. Cristo, en todos los periódicos ha aparecido un reportaje minuto a minuto del raid. En realidad, fue una operación militar. Unas cosas salieron bien. Otras, mal.

—Todos conocemos tus arreglos con los israelíes y los hemos respetado.

—Sin embargo —empezó Gideon.

—Sin embargo, te estás pasando.

—¿Y?

—Eres un marine, Gideon.

«¡Oh, cuerno!, va a recordarme nuestros juramentos», pensó Gideon. El viejo Cromwell había sido comandante de Marines, una graduación ni demasiado alta ni demasiado baja. El punto perfecto para un mediocre alumno de «Yale».

—Rich —dijo Gideon—, sé que compartimos la gran guerra juntos, la guerra que iba a terminar con todas las guerras, tú, como comandante; yo, como soldado. Así que, de combatiente a combatiente, no sé nada de nada.

Gideon percibió que la situación se ponía tensa. Rich necesitaba información, desesperadamente.

—No seas tan modesto Gideon. Tienes mejores contactos con la oficina del Primer Ministro, que el propio Presidente Eisenhower. Tus compinches están todos en el *Quién es Quién*. Eres amigo de Teddy Kollek, Moshe Pearlman, Beham, Jackie Herzog…

—A lo mejor te resulta difícil de comprender, pero no se escapan de sus reuniones ministeriales para informarme.

Cromwell no lo creyó. Se tragó su frustración y decidió arriesgarse.

—Voy a ser sincero contigo. Este país está a punto de estallar. Puede que en tus manos esté ayudarnos a evitar una catástrofe.

—Te escucho.

—Voy a presentarte un cuadro, un cuadro secreto. Tal vez tú puedas llenar los huecos.

«Cuidado —dijo Gideon para sí—, cuidado».

—Dayan, Golda, Peres y Moshe Carmel volaron a París hace unas semanas.

—¿Y qué hay de tan sorprendente en eso? Francia es la máxima *suporter* y aprovisionadora de Israel… —contestó Gideon.

—Fueron en misión secreta —interrumpió Cromwell—. Volaron vía Bizerta en un remodelado bombardero francés para evitar todos los aeropuertos civiles. Ahora te estoy hablando del ministro de Exteriores de Israel, del ministro de Transportes, del jefe de Estado Mayor y de Peres, el arquitecto de la conexión francesa. Se encontraron en la casa, no en la oficina, de Louis Mangin, en Montparnasse —siguió diciendo Cromwell—. Por parte francesa estaban: el ministro de Exteriores, Pineau; el de Defensa, Bourges-Maunoury; el director general del Ministerio de Defensa, Abel Thomas; el jefe de Estado Mayor y cuatro de sus más íntimos ayudantes.

Gideon consiguió escucharle sin cambiar de expresión.

—Francia y Gran Bretaña quieren recuperar el Canal de Suez, ¿no es verdad? —preguntó Cromwell.

—Supongo que sí.

—El interés de Israel es echar a las tropas de Nasser fuera del Sinaí, y abrir el mar Rojo a sus barcos, para poder detener los ataques terroristas de la franja de Gaza. Ahora, hagamos una suposición inteligente de lo que toda esa gente discutía.

—No sabía siquiera que esa reunión hubiera tenido lugar, Rich. Sé que estás sugiriendo algún tipo de operación militar conjunta.

—Contra Egipto —afirmó Rich.

—Caramba, podría ser. Pero, por las apariencias, Jordania parece ser el blanco.

—Un señuelo. Creemos que Jordania es el señuelo, y nos molesta que dos aliados de Estados Unidos estén planeando una acción militar sin consultarnos.

—De todo esto no sé nada, Rich.

—Te lo voy a decir directo y sin adornos. Tú eres norteamericano. Puedes conseguirnos la respuesta a un par de preguntas desconcertantes. Creemos que los británicos y los franceses no nos consultan porque tienen miedo de que se lo impidamos.

Gideon saltó de su silla, inclinó la botella de whisky sobre su vaso y reflexionó sobre la teoría de Cromwell.

—¿Por qué va a interesarle a Estados Unidos impedir que dos de sus aliados recuperen una vía marítima vital para Occidente, y por qué es interés nuestro mantener el Canal de Suez y el mar Rojo cerrados a la navegación israelí? Te aseguro, Rich, que no te entiendo.

Cromwell había conseguido el primer paso de su propósito, hacer que Zadok se prestara a discutir el asunto.

—Tan pronto Francia y Gran Bretaña inicien un movimiento hostil hacia Egipto, la Unión Soviética se lanzará de cabeza al Oriente Medio para representar papel de héroe ante los árabes. No queremos a Rusia de por medio. El Canal es de Egipto. Es propiedad de Nasser. Nos importa tres pepinos que Francia e Inglaterra se queden sin él. ¿Empiezas a darte cuenta de por dónde van los intereses de Estados Unidos?

Gideon hizo un gesto vago.

—¿Qué ocurrirá cuando el Kremlin advierta a franceses y británicos que hay quinientos misiles apuntando a París y Londres y que se dispararán tan pronto pongan el pie en Egipto? ¿Quién va a barrer los platos rotos? Hablo de la probabilidad de un enfrentamiento soviético-estadounidense. Eisenhower no quiere meterse en una guerra por el Canal de Suez, ni tampoco deseamos que los rusos armen a cada dictadorcito árabe del Oriente Medio. Ahora bien, deja que te lo pregunte una vez más: ¿Están Francia, Inglaterra e Israel planeando atacar Egipto? ¿Sí o no?

—No lo sé —farfulló Gideon.

—Creo que eres un embustero.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo yo?

—No quiero ser ordinario, pero tienes una amiga en el despacho del Primer Ministro que traduce al hebreo todos los documentos «ultrasecretos». Todo el mundo en Israel sabe que Natasha Solomon es tu amante. Y la verdad es que lo disimulaste muy poco hasta la llegada de tu familia.

Gideon volvió a sentarse y se revolvió, incómodo.

—Si quisieras podrías averiguarlo —insistió Cromwell.

—Natasha no me lo diría. No me lo diría de ningún modo.

—Está bien, Gideon. Oye esto último. Israel va a movilizarse. Pasado mañana llamará a todos los reservistas.

El impacto del anuncio de Cromwell lo aplastó. El libro. Val. Las niñas. ¡Una ruina! ¡Todo una ruina!

—Personalmente me gustas —prosiguió Cromwell—. Yo te sería útil para sacar a tu familia de aquí. Las cosas podrían ponerse muy difíciles.

—¿Te importa que me sirva otra copa?

—Como quieras. —Cromwell escribió un número en un papel y se lo tendió a Gideon—. Línea privada. Está con dispositivo de forma que puedes hablar con toda libertad. Sin embargo, haz tus llamadas desde un teléfono público. Manténte en contacto conmigo todos los días y si tienes algo que decirme, llámame.

Gideon apenas lo oyó. Se guardó la nota en el bolsillo, la cabeza le daba vueltas, quería encontrar un medio, cualquier medio, para salvarse del desastre.

Evacuación
21 de octubre de 1956

Una mano invisible se abatió sobre la tierra de Israel recogiendo hombres en campos y tiendas, en oficinas y fábricas. Una palabra clave en hebreo dicha por radio a la hora de las noticias mandó a los hombres de cierta unidad de reserva a sus casas donde recogieron armas de un armario cerrado, hicieron acopio de provisiones, descolgaron sus abrigos de invierno y mantas, se despidieron con un beso de sus familias y se dirigieron rápidos y en silencio a la parada del autobús o hicieron autostop. Las unidades se reunieron en lugares secretos establecidos de antemano, un bosque, un *kibbutz o moshav o* en algún lugar, lejos de los curiosos ojos del otro lado de la frontera. Todo se hizo de forma silenciosa, etérea, sin histrionismo. La mayor parte de las unidades de reserva se trasladaron a posiciones defensivas a lo largo de la frontera, liberando así al Ejército para que pudiera pasar al ataque.

El transporte se recogió en las calles y las carreteras. Los vehículos eran detenidos en las barreras de las carreteras, comprobados en una lista, y el conductor recibía un recibo por su coche o camión confiscado. Tenía que continuar haciendo autostop. Buena parte de la red de autobuses abandonó las calles y carreteras para

reunirse en áreas de concentración establecidas.

Ese era un ejército de milicianos mal equipados que tenía que viajar sobre las ruedas temblorosas de autobuses viejos, furgones de lavandería, camiones abiertos, de plataforma, ancianos automóviles civiles antiguos, taxis…

Comités esenciales lo reunían todo en todo el país y repasaban los planes de emergencia para mantener los servicios vitales en marcha con mínimas tripulaciones voluntarias. Ese era el papel de los ciudadanos más viejos. Mientras los reservistas estuvieran fuera, el agua tenía que seguir manando, la electricidad alumbrando, las escuelas y hospitales funcionando, y las provisiones de boca yendo de las granjas a la ciudad.

El país entero se movió a este ritmo silencioso, ominoso, mortal.

Después de almorzar, Gideon se fue en el jeep hacia Tel Aviv donde Moshe Pearlman, un coronel retirado del despacho del Primer Ministro, había reclamado espacio a una agencia automovilística y estaba a la sazón transformándola en oficinas de Prensa militar, censura y portavoz. Hervía de actividad, tendiendo tantas nuevas líneas de télex como fuera posible.

El agente literario de Gideon en Nueva York no le había hecho nuevos encargos, así que envió una docena de télex, por su cuenta, a los sindicatos periodísticos pidiéndoles trabajo.

De allí, Gideon se dirigió al complejo de defensa y entregó el jeep, luego hizo autostop para regresar a Herzlia. Valerie y las niñas habían transformado en un juego la obligación de cubrir las ventanas con papel oscuro.

En el vecindario, consistente sobre todo en judíos sudafricanos, los hombres habían, simplemente, desaparecido.

—Tú y Mr. Zimmermann parece que sois los únicos que quedáis —comentó Val—. ¿Qué te parece, cariño? ¿Va a estallar?

Por lo visto la CIA no lo creía así. Gideon se encogió de hombros.

—No estoy preocupado —mintió.

Gideon tenía una máquina de escribir en casa y trato de pergeñar algo. Después de que una docena de páginas arrugadas cayeran en la papelera, desistió.

—La centralita del hotel está cerrada —dijo—. Voy a hacer una escapada hasta el pueblo y telefonearé a varios sitios.

Mientras iba a paso ligero hacia el centro del pueblo, la mente de Gideon pasó curiosamente a algo distinto de la movilización de las reservas y la situación crítica. Estaba recordando su reunión con Rich Cromwell y, en especial, las palabras hirientes sobre él y Natasha Solomon.

En casa, en Los Ángeles, Gideon había llevado siempre sus asuntos particulares con discreción, o, por lo menos, así lo creía. Los controlaba desde el principio al fin, jamás traspasando cierta línea de complicación, siempre abandonando antes de que la

cosa fuera demasiado seria.

—Eres un maldito canalla, Gideon —le había dicho una joven actriz—. Deliberadamente haces que una muchacha se enamore de ti y luego la dejas; eso sí, siempre como un caballero. Y corres hacia casa y alzas el puente levadizo.

Gideon había llegado a Israel decidido a mantenerse limpio. Israel, descubrió, era muy sofisticado en cuanto a los asuntos de cama, dado que el general Dayan era el más concupiscente del país. Incluso se rumoreaba que Ben-Gurion tenía una amante de vez en cuando.

El caso es que no había planeado enamorarse de Natasha, pero lo hizo. Por primera vez en su vida, se descontroló por una mujer. Hubo excitación, locura, un atrevimiento superior a cualquier cosa que hubiera soñado. Era una mujer que podía compararse a él, que le obligaba a hacer lo que él había obligado a hacer a otras mujeres. Aquellos eran brazos de los que no podía apartarse por propia voluntad. Conoció los celos airados y sufrió rabietas por primera vez. A veces, se comportaba de una forma que había despreciado en otros hombres.

Rich Cromwell dijo que todo el mundo lo sabía. ¿Lo sabía también Valerie? Nunca lo dio a entender. ¿Le habría hecho algún mal bicho una insinuación rastrera, en alguna de las recepciones? ¿Sería la propia Natasha la que se lo diera a entender, indirectamente, mostrándose demasiado protectora y cariñosa? Después de todo, no era un secreto de Estado, sino un chisme delicioso.

Val había acudido a Israel con él; hacía lo mejor que podía y lo amaba con todas sus fuerzas. No merecía otra humillación. Él quería dejar a Natasha. Lo intentó, lo intentó de verdad. Cada vez que se lo proponía, terminaban en una reunión más desatada. Ese era un bello momento de su vida que nunca más volvería a conocer. No tenía ni las fuerzas, ni el deseo real de separarse.

Gideon se detuvo, jadeando, en un pequeño café en la esquina donde Mrs. Mandel lo saludó. Abrió el frigorífico de los refrescos. No había hielo.

—El furgón del hielo fue movilizado —explicó—, y mi Harry también. Voy a cerrar hasta que todo esto haya terminado.

Gideon se relajó y bebió despacio un refresco. Convencido de que no había nadie más, fue al teléfono y marcó el número privado de Rich Cromwell.

—Diga.

—Hola. Soy tu viejo compañero de guerra.

—¿Algo que debiéramos comentar? —preguntó Rich.

—No, nada nuevo. Solo comprobaba.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Estamos avisando de la evacuación a todos los norteamericanos.

El sudor de la frente de Gideon cayó en sus ojos. Lo enjugó, pero le escocía por la sal. «No pierdas la cabeza», se dijo. Bebió un poco de su refresco para humedecer su boca seca y poder hablar.

—¿Cuándo va a ser? —preguntó, tembloroso.

—Empezamos esta noche. Traemos unos transportes desde la base alemana de Rin-Main. Ya están en camino. Embajada, Consulado, misiones y el personal de Punto Cuatro están siendo sacados del país. Además, un destructor viene camino de Haifa para llevarse a los civiles que trabajan aquí, y a los turistas. Esto puede llevarnos dos días.

—¡Mierda!

—Los aviones llegarán alrededor de las diez o las once de esta noche. Lleva a tu familia al aeropuerto. Haré que salgan esta noche. De lo contrario, podría haber un ejercicio de tiro chino.

—No sé… —murmuró Gideon.

—Esto no te lo digo como un consejo, Gideon. Es una orden. Eisenhower está jodido. J-O-D-I-D-O. Si te quedas, es por tu cuenta y riesgo y puedes verte envuelto en graves problemas.

—¿Y mi perro? —preguntó Gideon por decir algo.

—Creo que no. Ahora, lárgate. Debéis estar en Lydda a las nueve en punto, y búscame.

Le colgaron.

Gideon se quitó los calzoncillos y la camisa y se puso bajo la ducha fría del exterior por una breve eternidad en espera de que el agua le proporcionara extraños poderes. Se envolvió una toalla en la cintura y anduvo hacia la casa como si fuera su último camino.

—Hola, cariño, ¿y las niñas?

—Jugando con Ben Josephs.

Val se apartó de la fregadera y lo vio. Estaba pálido como un muerto.

—No deberías correr con este calor —dijo.

Gideon esquivó su mirada, fue a la nevera y se tragó otra botella de soda.

—Acabo de hablar con Cromwell —murmuró.

—Lo siento cariño, pero no te oigo. —Val se volvió, cerró los grifos y se secó las manos—. ¿Qué me has dicho?

—Te he dicho que he hablado con Cromwell. Val, se nos ordena evacuar.

Ella no lo registró.

—¿Evacuar? ¿Dónde, cómo, cuándo? ¿Forma eso parte de algunas maniobras?

—No son maniobras. Se nos ordena evacuar el país.

Val se quedó horrorizada. Exhaló un quejido y se agarró a la fregadera para sostenerse. Gideon se dejó caer en la mesa, con la cabeza gacha y los ojos fijos en el conglomerado del suelo mirando los dibujos sin verlos. Levantó la cabeza, despacio. Val estaba junto a él.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Esta noche. Probablemente, a algún lugar de Europa. Los aviones están en

camino desde Alemania.

«Por favor, dime que es una broma pesada», le suplicaba con la mirada, le costaba hablar. Él se encogió de hombros.

—No tenemos que irnos —dijo.

—¿Qué clase de locura es esta?

—Parece que hay mucho despecho involucrado. Eisenhower está furioso contra Israel. Sacar a la gente de la Embajada de este modo parece más un aviso que otra cosa.

—¿Y qué piensas tú?

—No creo que estemos en peligro, pero en esto no quiero equivocarme. Lo que me preocupa en realidad es cómo debe sonar todo esto en las noticias, en casa. Supongo que estoy pensando en tu madre y mi viejo. Si hay una oportunidad entre un millón de que las niñas puedan sufrir daños, no podemos arriesgarnos.

—Tienes razón, acabaría con mamá encima de su ataque —dijo Val lentamente, dejando que la realidad venciera su miedo.

—Entonces, arreglado. Mejor empezar el equipaje de las niñas y el tuyo.

—¿Y tú, qué?

Gideon sacudió la cabeza.

—No puedo irme de ningún modo.

—¿Por qué? —preguntó.

Era un ¿POR QUÉ? agobiante, que lo abarcaba todo.

—No puedo, ya lo sabes. No puedo. Soy…

—¿Qué eres?

—Soy judío… Me he presentado aquí como un luchador…, un marine… *Hombres en la batalla* es su segunda Biblia… No puedo meter el rabo entre piernas y saltar al barco con las mujeres y los niños. No parecería bien.

—¿A quién no le parecería bien?

—A mí, en primer lugar. ¿Quién demonios creería una palabra de lo que he escrito en mi libro?

—¡A la mierda tu libro! —chilló Val.

—Cualquier cosa que digas o cualquier cosa que pienses tienes toda la razón. Incluso si yo pudiera convencerme de que está moralmente bien marcharme, seguiríamos teniendo problemas. Debemos tratar de salvar algo de todo esto. Tú solo podrás llevarte un par de maletas.

—No me vengas con monsergas, Gideon. Tus amigotes pueden recoger y facturar lo que quede aquí.

—Cariño, no disponemos de un céntimo. Estamos realmente sin nada. Tengo que tratar de recuperar algo del dinero del alquiler. A lo mejor, si pudiera venderle el coche a un extranjero, un trato de pasaporte a pasaporte, podría conseguir unos miles de dólares. Tenemos tres mil en moneda israelí en el Banco… y va a costarnos muchas combinaciones cambiarlos.

—Maldita sea, vayámonos y basta —exclamó ella.

Él no la oía, ni Val a él.

—Tengo que mandar una docena de cables. Tengo que conseguir unos encargos que escribir —musitó.

—¡Vayámonos!

—El dinero que tenemos apenas basta para tu hotel en Europa.

De pronto, cesaron en sus soliloquios y se quedaron mirándose uno a otro.

—¿Y qué hay de todo lo demás, Gideon? ¿Vas a buscar la unidad de combate más expuesta de Israel y luchar con ellos?

No era necesario añadir más. La confrontación se hizo con los ojos. ¿Y qué hay de Natasha Solomon?

Val aceptaba la realidad como si la vida hubiera sido arrancada de su cuerpo. Casi sin hablar, musitó:

—¿Y *Grover*? Está enfermo.

—Me dijeron que no podía ir en el avión. Lo llevaré al doctor Klement y haré cuanto pueda para llevarlo conmigo cuando me marche, más tarde. Si no puedo, le buscaré una buena casa.

Val miró desesperadamente a su alrededor como si estuviera esperando a que el hipnotizador diera una palmada y la despertara de su pesadilla. Las niñas estaban en la puerta boquiabiertas, incrédulas.

—¿Cuánto habéis oído?

—Tenemos que marcharnos —dijo Penny.

—Vete a tu alcoba y pon encima de la cama lo más esencial —ordenó Val con firmeza—. Papá nos mandará el resto más adelante.

—¿Y *Grover*?

—Haré cuanto pueda para sacarlo tan pronto se ponga bien.

Roxy se echó a llorar.

—Roxanne —dijo Valerie con severidad—, tenemos que aguantarlo, así que, domínate, muchacha. Tenemos una larga noche por delante.

—Sí, mamá…

Cada pieza de ropa fue fuertemente enrollada y metida al fondo de una de las bolsas del Marine Corps de Gideon. Era sorprendente lo mucho que cabía en ellas.

Gideon les contó que durante la guerra, antes de entrar en combate, enroscaban un rollo de papel higiénico en un lápiz y lo apretaban tanto que cinco o seis rollos podían comprimirse en unos pocos centímetros de diámetro.

Llegaron las noticias de las seis, con el angustioso anuncio de que, en efecto, habría apagón. Fue *Grover Vandover* el que notó la tensión creciente a medida que los vecinos llegaban; pero el perro estaba demasiado entristecido para protestar con algo más que un gemido.

Algunos de los vecinos sacaron dólares de sus escondrijos y los cambiaron por moneda israelí para ayudar a los Zadok. Todo el mundo entregó una carta a Val para mandar al África del Sur o a otra parte, cuando estuviera fuera del país. Abrazos de despedida, mientras Gideon terminaba de pintar los faros del coche para cumplir con el apagón. Cargó las bolsas en el maletero cuando el sol empezaba a ponerse.

Los cuatro se encontraron de pronto junto al «Ford», mirando el chalé. Acababan apenas de instalarse y todo había terminado ya. Al cerrar las portezuelas, la situación los golpeó con dolorosa violencia. Gideon titubeó, como si un último minuto de gracia pudiera salvarles; después, puso el motor en marcha.

El coche se metió de lleno en una campiña súbitamente oscurecida, dejando de lado a un Tel Aviv que ya no parecía estar allí. Había recorrido aquel camino cientos de veces yendo a Jerusalén, pero nunca a oscuras.

Gideon agarró el volante con fuerza y se esforzó por descubrir marcas familiares. El coche topó de pronto con algo y acusó el golpe. Había tocado el bordillo de una acera. Unos minutos después se salieron de la carretera y se salvaron por milagro de caer en una zanja. Val se puso al volante mientras Gideon empujaba Bien. Una carretera recta durante un trecho. Val dejó en el suelo el «Uzi» que llevaba sobre las rodillas y escribió una lista de cosas que él tenía que hacer. Las niñas ayudaron el camino con unas canciones del *Little Brown Songbook.*

Una vez había un hombre
con sotabarba
que tocaba el violín
con mucho garbo,
y tocaba con ritmo
y sin desafinar
pero nunca tocó nada más
que el Viejo Zip Coon.

El Viejo Zip Coon
tocaba todo el día
hasta alejar a sus amigos;
tocó toda la noche
a la luz de la luna
y no quiso tocar otra cosa
que el Viejo Zip Coon.

Gideon frenó con brusquedad. ¡Jesús! Casi se había metido de lleno contra un burro y un carro. Se intercambiaron rabiosas palabras en hebreo y en inglés. Ni uno ni otro se entendieron.

—Vuelve al coche, cariño. No nos queda tiempo para meternos en una pelea —

advirtió Val.

—*Schmuck!*

Solo una canción al atardecer
cuando las luces bajan
y las sombras temblorosas
vienen y van.

Volvió a detenerse, aparentemente perdido. ¡Maldita sea! Delante parecía haber un cruce. Se acercó y encontró el letrero. Bendito alivio. Aeropuerto de Lydda - 4 km.

Les dejaron atravesar la barrera de seguridad y llegar al aparcamiento. Faltaba muy poco para las nueve, y se encontraron con una escena dantesca. El salón principal de la vieja terminal estaba abarrotado de diplomáticos que huían y sus familias. El lugar aparecía iluminado por velas y linternas que proyectaban una luz amarillenta sobre montones de maletas llenadas a la correprisa y una humanidad desorganizada y confusa. Hablaban en voz baja como si el enemigo les estuviera escuchando. Nadie parecía estar enterado de nada.

Gideon hizo sitio a empujones para Val y las niñas y fue en busca de Rich Cromwell. Lo localizó arriba, en la torre. Mostró una credencial falsa, una de la media docena que llevaba, y se abrió paso hasta la sala de control. La confusión allí parecía tan grande como en la terminal. Se habían conocido los planes de evacuación norteamericana y muchos *blips* no identificados invadían las pantallas de radar. La situación estaba empeorada por la frialdad de las relaciones entre israelíes y estadounidenses. Estos últimos no querían cooperación, ni siquiera datos de las patrullas aéreas de Israel.

—Eh, Rich, ¿cómo va todo?

—¿Qué crees tú?

—No es precisamente el mejor momento de América. Es difícil decir si las ratas abandonan el barco que se hunde o si el barco abandona a las ratas que se hunden —observó Gideon con acritud.

—¿Te apuntaste? —preguntó Cromwell, ignorando el comentario.

—No.

—Hay una mesa en la cafetería. Diles que tu nombre está en la lista de la CIA. Te buscaré dentro de un momento; quiero hablar contigo.

A Gideon no le había gustado el trato especial. Estaba seguro de que Cromwell volvería a insistir para que le pasara informes confidenciales. No le gustaba.

Val había tenido el buen sentido de coger una baraja, una pelota, un miniajedrez, y unos tableros de *cribbage*. También había preparado unos bocadillos y fruta. Esto último fue una inspiración porque la cafetería había terminado todo, hasta la última miga de pan.

El aire se hizo pesado debido a demasiada gente y demasiado humo de cigarrillos.

A medida que el tiempo pasaba, una atmósfera surrealista envolvía el lugar. Con cada nuevo rumor, súbitas elevaciones de voz sobresalían sobre los apagados murmullos.

Las once…, las once y media… Los lavabos ya no podían utilizarse.

El sueño pudo más. Se hizo un silencio irreal.

Gideon puso a Roxanne sobre sus rodillas, la abrazó y la meció.

—¿A dónde vamos, papá?

—No estoy seguro, mi amor. Probablemente al otro lado del mar, Italia, o Alemania quizás.

—Tengo miedo.

—Es natural. Pero tienes a mucha gente que vela por ti.

—¿Cómo?

Hay muchos aviones ahí arriba para asegurarse de que no hay peligro en el cielo. Tardaremos un poco antes de averiguar lo bueno y lo malo de todo esto. Pero debes sentirte orgullosa de ser norteamericana. Fíjate, tu país se preocupa tanto de una niña que llegan desde miles de kilómetros de distancia para llevarte a un lugar seguro.

—¿Por qué no puedes venir?

—Yo…, yo tengo trabajo que hacer, cariño. Mami y yo hemos decidido que debéis marcharos por abuelita Jane y por vuestro *zayde*.

Medianoche.

Valerie atiborró a las niñas de «Dramamine» y un somnífero ligero y no tardaron en quedarse profundamente dormidas, apoyadas en las bolsas marineras.

Val y Gideon no tenían palabras, y sus pensamientos estaban confusos y sin conexión. El cabello de Val aparecía despeinado y sus ojos miraban sin ver.

No se daba cuenta de que Gideon la acariciaba. Su mente estaba en la lista. ¿Le puse una nota para que cancelara mi hora en la peluquería? No importaba, el peluquero se hallaba en una unidad de reserva. ¿Recogí la medicina de Penelope? Claro que sí, tuve que hacerlo… Tan pronto aterrice, buscaré la oficina Naval U.S. y haré que manden un mensaje a mamá…

Estudió a Gideon a la escasa luz. Sus hombros parecían sostener todo el peso del mundo. Necesitaba una palabra. Necesitaba que lo consolara, que lo perdonara. Oh, Señor, ¿qué le esperaba a él? ¡Maldición! Gideon y su maldita ambición. Consolarle, al diablo… ¡Consolarme a mí! Debería hablarle. «Cariño, no hagas ninguna locura. Si te matan, no podrás escribir el libro. Vuelve a nosotras, cariño. Te quiero». ¿Por qué no podré decirte que te quiero?

Gideon, por su parte, trataba de prepararse para hablar. «Algún día —pensó—, estaré tan orgulloso de esto. Todo va a merecer la pena. Escribiré el más grande…, mierda, olvídalo, Zadok. Lo que necesita ahora, Zadok, no es un discurso mío. Val, te compensaré. Te lo juro…».

Pero estaba mudo; no tenía palabras.

La una.

Rich Cromwell golpeó a Gideon en el brazo y le indicó que lo siguiera. Fueron a

un despacho lateral. Gideon observó a los reunidos. Los tres agregados militares de la Embajada le dirigieron una mirada torva cuando Cromwell cerró la puerta tras ellos.

—¡Mierda —exclamó Gideon—, el equipo de interrogatorios de la KGB!

—Doscientos camiones, de seis por seis, franceses, han llegado al puerto de Haifa hace cuatro horas. Alguien se está preparando para trasladar a mucha tropa a alguna parte —anunció el agregado naval.

—No encargué el cargamento —saltó Gideon.

—Del otro lado de este campo —dijo Rich—, una docena de cazas «Ouragan», franceses, ha aterrizado y están pintando la estrella de David sobre las banderas tricolor.

—¿Van a atacar a Egipto o no? —preguntó el agregado militar.

—¿Por esto me has dicho que trajera a mi familia? ¿Vas a cogerles como rehenes?

—Tenemos un mensaje advirtiéndonos de que los cazas egipcios están cerca de la costa —dijo Rich.

—Si lo supiera, ¿crees que dejaría que mi mujer y mis hijas tropezaran con ellos? —gritó Gideon.

Los nervios de Cromwell cedieron.

—¡Ah, vosotros, malditos judíos, ya va siendo hora de que decidáis si sois norteamericanos o no! —Sus sonrosadas mejillas se volvieron rojas y sus venillas se hincharon. Sacudió los dedos, amenazador ante Gideon—. Ahora, escúchame bien, judío de mierda, ya es hora de que cantes de una vez.

—¡Que te jodan, cabeza de bestia! Nosotros, los judíos, hemos pagado para ser estadounidenses, para engrandecer al país. Somos la comunidad más leal que Estados Unidos tiene. Tú, hijo de perra de Nantucket-Pasadena, con tu pantalón blanco como los lirios y beato fanático. Cierra la trampa de una vez.

Y Gideon se volvió para marcharse.

—No te pongas furioso —le advirtió el agregado naval—. Queríamos estar seguros.

—Hay aviones egipcios ahí fuera, ¿sí o no? —preguntó Gideon.

—Tenemos unos *blips* no identificados. Los israelíes están arriba, patrullando. Pronto lo sabremos. Figura que no estamos cooperando, pero nos saltamos las reglas.

—Siento lo que he dicho —dijo Rich.

—Me gustaría más si supiera que no crees lo que me has dicho —observó Gideon, y salió.

La una de la mañana. Los israelíes informaron de que no había aparatos hostiles en el espacio aéreo, ni cerca de la costa.

Se oyó un zumbido lejano que causó una agitación momentánea ya que todo el mundo se puso en pie y aguzó el oído. ¡Ya vienen! ¡Ya están aterrizando!

Seis extraños C-119 «Flying Boxcars» venían seguidos por tres «Globemasters»

C-124, con las fauces abiertas para tragarse a los refugiados.

Gideon cargó con Penelope mientras Valerie acompañaba a una Roxanne que se tambaleaba, al exterior donde eran contados. Volvió a entrar y regresó con las bolsas. Un aviador les ayudaba a subir la rampa. Val, Penny y Roxanne fueron instaladas en sillas de lona plegables, veinte por banda. El aviador tocó el hombro de Gideon y le indicó que era hora de abandonar el aparato.

—Feliz aterrizaje, cariño —murmuró Gideon.

Val solo pudo inclinar la cabeza. Gideon empezó a bajar la rampa.

—¡Gideon! —le llamó. Gideon se volvió—. ¡Te quiero! —le gritó ella.

Por alguna razón, la gente se sentía incómoda con todo el dinero israelí en los bolsillos que no iban a poder gastar. Se pasó un cubo y al momento estuvo casi lleno. Un aviador se lo tendió a Gideon, de pie en la pista. Al instante, la rampa fue izada al interior y las fauces del aparato se cerraron.

Las luces de la pista se encendieron lo bastante para que los aviones se elevaran y desaparecieran.

Los «Boxcars» norteamericanos y los «Globemasters» se alejaron de la costa israelí y enfilaron el camino de Atenas, en medio de pequeñas ráfagas de lluvia que les sacudían violentamente. La gente empezó a vomitar. Completamente agotada, Val sostuvo a las niñas, demudadas, luchando contra su propia náusea. La lluvia entraba en la cabina sumándose a su malestar. El equipaje mal amarrado empezó a rebotar por allí.

—¡Mami!

—¡No pasa nada, cariño. Sujétate ahí!

Gideon cerró los postigos del cuarto de estar, reforzándolos con la cortina de lona; encendió una vela y recogió un paquete de cartas que había olvidado al hacer el equipaje.

Grover Vandover acudió desde la alcoba de las niñas, donde los libros de estudio habían quedado abiertos, las camas preparadas para la noche y el cuarto de baño desordenado como si alguien se hubiera dado una ducha. Todo estaba en su sitio, pero sin la gente. Como un pueblo minero abandonado después de un súbito desastre.

Gideon trató de que *Grover* comiera algo. Inútil. Le tomó la temperatura: muy alta. Lo más urgente era llevar el animal al veterinario en Tel Aviv.

—Vamos, amigo, vamos a dormir —dijo a *Grover*. Su alcoba estaba en desorden por las prisas con que habían hecho el equipaje. La cama estaba como Val la dejó después de la siesta. Se la quedó mirando. Había sido una buena cama.

—No puedo quedarme aquí —murmuró.

Metió a *Grover* en el coche y recorrió el corto trecho hasta el «Hotel Accadia».

Sobresalía de su ubicación en el risco como el elefante blanco en el que se había transformado. Ningún castillo escocés abandonado parecía más misterioso, y lo parecía mucho más por el apagado ruido del mar.

Gideon abrió la puerta lateral, apoyó el dedo en la linterna para oscurecer su luz y bajó al sótano en busca de los plomos. «Si me equivoco de clavija, podría iluminar todo el hotel», pensó. Decidió no hacer nada.

Gideon y su perro emprendieron la larga, oscura y espantosa subida a la cuarta planta, en medio de la más completa oscuridad, hacia su habitación-despacho. Cerró la puerta tras ellos y encendió unas velas.

Un ramalazo de la temible soledad lo embargó. Buscó el teléfono para llamar a Natasha pero se acordó de que la centralita estaba cerrada. Gideon se acurrucó junto a su perro en el diván; pero con los ojos abiertos. Se fijó en un grabado en la pared como si nunca lo hubiera visto hasta entonces; después, se puso en pie, fue bostezando hasta la mesa y revolvió el correo. Había una carta de su padre.

Gideon se quedó mirando el sobre. Luego, lo abrió.

Mi querido hijo:

Se me ha acabado la paciencia. Diez días sin ni siquiera unas líneas, ni una coma. Sin saber nada y torturándome así, te aseguro que no es bueno para mi salud. Si es necesario que te suplique, imagina que te he suplicado. Diez días. Es imposible que estés tan ocupado. No admito la idea.

He tenido noticias de mis coterráneos (gente procedente de mi pueblo natal) de Wolkowysk. Entre ellos están algunos de los pioneros de Israel, tal como tu difunto tío Matthias (Matti), mientras que otros han escapado de los brutales horrores nazis. Todos ellos son personas maravillosas. Los quiero. Desde la comunidad de Wolkowysk han venido muchos intelectuales, rabinos, poetas, escritores, etc., una comunidad pequeña pero muy vital. Han pedido repetidas veces honrarte con una velada pero se sienten como un montón de shmattes *(harapos) y* shnorrers *(mendigos) por tus evasivas de que estás muy ocupado. Sería bueno para Valerie y las niñas que aprendieran de sus muchos éxitos intelectuales y sobre todo para que no anduvieran creyendo que eres un esnob elitista…*

Gideon, furioso, hizo una bola de la carta y sintió que perdía el aliento y se le encogía el pecho. Tragó una píldora de «Tedral» para prevenir el ataque.

—Papá —gritó en medio de su nebuloso agotamiento—, por el amor de Dios, estoy en apuros. Dime que soy bueno. ¡Dime que estás orgulloso de mí! ¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde están mis hijas? Papá, de veras necesito a alguien que sostenga mi cabeza.

La carta arrugada tembló en su mano. Apuntó a la papelera, pero después la puso sobre su mesa, la estiró y la guardó en su archivador.

Amanecía.

Gideon subió las persianas y contempló el mar mientras se hacía de día. Se acercó a las velas y recogió suficiente aliento para soplarlas, después se arrastró hacia el diván. Sus pesados párpados ya no podían permanecer abiertos.

—Papá —dijo mientras le vencía el sueño—. Papá, tengo tanto frío. Tanto frío. Papá, caliéntame… Papá…


CAMPAÑA DEL SINAÍ
OCTUBRE DE 1956
Port Said
MAR MEDITERRÁNEO
Gaza
Rafah
VII ACORAZADO
FUERZAS DEL NORTE
Beersheba
El Arish
ISRAEL
Kantara
Abu Aguella
OCT. 30
Nitzana
JEBEL
LIVNI
FUERZAS
CENTRALES
Ismailia
OCT. 29
Quseima
OCT. 29
Bir
Gafgafa
CANAL
DE
SUEZ
BATALLÓN DE LEONES
DESFILADERO
DE HEITAN
LANZAMIENTO
OCT. 29
OCT. 29
Suez
PASO DE
MITLA
MONUMENTO
A PARKER
Nakhl
PARA. 202
DE ZECHARIAH
Kuntilla
Ras
Sudar
OCT. 31
Thamad
IX DE
INFANTERÍA
DE YOFFE
Eilat
E G I P T O
PENÍNSULA
DEL SINAÍ
GOLFO DE AQABA
GOLFO DE SUEZ
ARABIA SAUDÍ
Abu
Zeneima
Dahab
N
O
E
S
El-Tur
ESTRECHO DE TIRAN
TIRAN
0 Km. 40
Sharmel-Sheikh
MAR ROJO
palacios

GIDEON

29 de octubre de 1956
Día D, hora H menos 40 minutos

La formación de «Dakotas» se iba adentrando en el Sinaí, cruzando y volviendo a cruzar la ruta de Moisés. El sol hizo su gesto final, parpadeando tras las montañas.

La cabina de nuestro avión se quedó sumida en la oscuridad. El calor del día ascendía del suelo del desierto y chocaba con el aire de la noche que bajaba de las montañas. Cuando la formación alcanzó la peligrosa altura de 165 metros, las sacudidas de las turbulencias despertaron incluso al más profundo durmiente.

El mayor Ben Asher, comandante de los «Leones», agitó la mano para que Shlomo y yo pasáramos adelante, donde estaban apretados sobre el tablero del navegante.

Yo me sobresalté al ver al piloto. No me había fijado antes, pero el piloto era una mujer. Ben Asher leyó el último mensaje y sonrió.

—Hola, escritor, acérquese. Por ahora todo parece estar bien. Nuestra aviación informa de que no hay movimiento egipcio aéreo o de tropas a lo largo del canal. No tienen ni la menor sospecha.

Mientras Shlomo y yo volvíamos a nuestros asientos, los *paras*[10] fueron despertando, uno a uno. Bostezaron, eructaron, se humedecieron los labios resecos, enredaron en sus correajes, acariciaron sus armas como si fueran traseros femeninos, y comentaron las noticias prometedoras.

La cabina se hizo tan oscura que solo podía distinguir el vago perfil de sus rostros. Algunos de ellos eran barbudos, como leones. Muchos llevaban sus *kipis* en la cabeza, habían abierto sus libros de oraciones, y se inclinaban y balanceaban, aunque debido a la oscuridad no podían leer las palabras.

De pronto me sentí sacudido por un terror extremo y genuino. Sentí que todo mi cuerpo se contraía y temí haber perdido el movimiento normal. El salado sudor invadía mis ojos, y mis labios se volvieron objetos resecos. Tuve miedo a respirar demasiado profundamente porque sabía que al exhalar gemiría en voz alta.

Mi corazón latía descompasado a medida que el aparato subía del nivel bajo para evitar el radar egipcio, a la altura de salto. La mano de Shlomo me agarró el brazo.

—Todo irá bien —susurró.

—¿Cuál es la palabra hebrea para Jerónimo?

—¿Jerónimo?

—Es el grito de batalla de los *paras* norteamericanos. ¿No se espera que lancemos un grito aterrador al saltar?

—Créeme, ya encontrarás algo que gritar —observó Shlomo.

«La resolución del miedo es una de las mayores razones de existir del escritor». ¿Qué es lo que más teme el hombre? ¿La tortura? ¿Verse encerrado en una sala de locos o en una prisión con violadores y asesinos?

Añadan a estos temores el miedo al bisturí de un cirujano.

Unos años atrás, en un reconocimiento físico de rutina, mi doctor me encontró un tumor en el pecho de un tamaño parecido a una pelota de béisbol. Estaba situado entre el pulmón y la aorta. Unos días después me encontré en Denver, vaciando mi pequeña maleta en el Rose Hospital, con cirugía en perspectiva después de unos días de pruebas.

Val y yo estábamos separados entonces. Teníamos que separarnos con frecuencia; una o dos semanas. Siempre volvíamos a reunirnos. Yo estaba en Denver con Georgia, una alegre divorciada que había estado casada con un músico, entre otros más. Los músicos como ya se sabe, eran pioneros en el uso de sustancias incontroladas. Georgia era una señora con mucha clase, una de las primeras ejecutivas del petróleo, en aquella época. Le encantaban las locuras y tenía debilidad por los escritores. Estábamos muy cómodos juntos, pero nunca hablamos de matrimonio, de compromiso firme.

Cuando encontraron el tumor, convencí al doctor para que me dejara dormir fuera del hospital, para poder estar con Georgia. ¡Qué diablos!, debió pensar el médico, el pobre desgraciado está probablemente invadido de cáncer, así que, ¿por qué no?

La única droga de que se hablaba en aquellos días era la marihuana. Nueva ola. Georgia tenía multitud de amigotes músicos y una fuente de hierba. Al principio creí que te hacía crecer pelo en los dientes o tirarte de los rascacielos. Había una película sobre esto de tiempo atrás titulada *Reefer Madness* que, como entonces yo era un niño, me aterrorizó.

—¿Cáncer? Ah, ¿por qué no un poco de marihuana? Presumí lo que pude de macho, memez de marine. Si tenía que morir, iba a hacerlo gloriosamente.

Cada noche me escapaba del hospital y Georgia y yo nos emborrachábamos y alborotábamos en todos los locales dudosos de Denver. No se rían cuando digo Denver. Era todavía un pueblo medio cowboy y sabía cómo cuidar a un individuo que había sufrido una larga sequía en los polvorientos caminos.

El día antes de la operación salí del hospital con la promesa de que estaría de vuelta a última hora de la tarde. Pero ¿quién se acuerda del tiempo? Georgia y yo estábamos siempre en plena fantasía y nuestras mentes eran sumamente fértiles. Hicimos una lista de caprichos y maldito si no se fue pasillo arriba de «John Foxe’s» el *strip-tease* local, la noche de los *amateurs*. Y Georgia organizó el gran espectáculo. Yo me libré vigilando los tipos de la mesa delantera y ella se libró mirándome cómo yo me libraba y maldita sea si no nos llevamos a otro aficionado…; pero esta es otra historia.

¿Qué tiene que ver esta morbosa historia de sensualidad y vulgaridad con la resolución del miedo? Recuerdo la exacta fracción de segundo en que ocurrió. Los tres estábamos cruzando Colfax Avenue. Nos dirigíamos a un pequeño club pseudoprivado, un escondrijo de músicos negros en busca de más hierba.

Mientras esperábamos que los semáforos cambiaran de color, la idea de la cirugía del día siguiente cruzó mi mente. Me dije: «Si por arte de magia pudiera cambiar mi condición y ocupar el puesto de otra persona de este mundo en este momento, ¿quién me gustaría ser?».

¿Churchill? ¿Babe Ruth? ¿Clark Gable? ¿Quién sería? La respuesta fue Gideon Zadok. Enfrentado a una operación con el cincuenta por ciento de probabilidad de sobrevivir, solo quería ser yo… con una chica a cada lado emborrachándome camino de un burdel de carretera. Estaba satisfecho con lo que había hecho con mi vida…, ganado una gran batalla…, escrito un buen libro…, sin aceptar compromisos como escritor. Sentí remordimiento por mis pecados y traté hacérmelos perdonar siendo un buen chico. Me encaré con mi parte depravada. En resumen, estaba encantado de mí y supongo que dispuesto a morir.

En aquel momento extraño, maravilloso, esperando que cambiaran las luces de los semáforos en Colfax Avenue, mi miedo desapareció. No lamenté nada. ¡Qué estado tan maravilloso para entrar en un quirófano!

Poco después de medianoche, y antes de que amaneciera volví, a mi habitación de hospital. El anestesista estaba fuera de sí. Confesé todos los ingredientes que había ingerido.

—Vaya batido que lleva dentro, Zadok. Una noche más como esta y no le haría falta cirugía.

La operación se retrasó hasta que estuve desintoxicado… con un guardia, armado, delante de la puerta.

Pero lo importante era… ¡que no tenía miedo! Ni lo tuve cuando me llevaron a través de aquellas puertas relucientes de acero inoxidable. Ni tuve miedo cuando la anestesia me invadió…

—Adiós, mundo, lo he pasado en grande.

El viento en la puerta de saltos del «Dakota» me zarandeó. Estaba en el borde. ¡No tenía miedo! Salté al espacio, luego fue más lento. Me encontraba rodeado de paracaídas que se abrían por todas partes, como una flotilla de veleros izando los *spinnakers*.

Hubiera querido guardar aquel momento para siempre. Incluso quizás invertir el movimiento y salir flotando hacia desconocidas galaxias.

Cuando la formación de «Dakota» se inclinó y regresó rápidamente a Israel, sus motores apenas se oyeron y al fin se callaron del todo. Estábamos solos, muy adentro, detrás de las líneas enemigas. Me di cuenta del aleteo de los paracaídas y los sordos

choques con que terminaba abruptamente la corta pero magnífica odisea.

¡Abajo el mundo real! Respiraciones laboriosas, gruñidos, maldiciones y órdenes tajantes. Yo había mantenido las piernas en buen estado a lo largo de los años, ya que no mi hígado, pero mis rodillas no se habían fortalecido gracias a los años de moto y de ski. Muchos escritores tratan de imitar la imagen del tío fuerte. Al no tener el deseo, ni el estómago, de matar animales desarmados, me aparté de mi rutina de imitador de Hemingway y me dejé volver a ser Gideon Zadok, fuera lo que fuese. Pero todo había llegado demasiado tarde para salvar a mis rodillas.

Mis pies rozaron apenas el suelo cuando mi cuerpo osciló como un péndulo y caí con fuerza sobre mi cadera derecha siendo arrastrado un buen trecho. Había sido mucho más fácil de lo que imaginaba… o así lo creía hasta que traté de moverme.

Aunque mi cadera estaba dormida por el golpe, todavía pude luchar con mi paracaídas y Shlomo vino en seguida a desprenderme.

¡JESÚS! ¡DIOS! ¡LO HABÍA CONSEGUIDO! ¡ME SENTÍ IMPORTANTE! ¡GIDEON ZADOK ERES GRANDE! ¡GRANDE! ¡GRANDE!

Cuando Shlomo y yo nos abrazamos como hermanos refugiados reunidos al fin, me di cuenta de que mi celebración era prematura. Me desplomé en sus brazos, luego al suelo. Mientras Shlomo me sostenía para ayudarme a probar mi pierna, el batallón se ocupaba rápidamente en organizar el caos que sigue a un salto nocturno. Los oficiales y los NCO lanzaban órdenes en hebreo que eran cumplidas con sorprendente rapidez y eficiencia, teniendo en cuenta la oscuridad. Se reunieron por unidades, en un punto determinado, junto al mayor Ben Asher.

Shlomo me ayudó mientras iba cojeando a una tienda médica donde reunían a los heridos. Éramos una docena, más que nada esguinces, pero algunos heridos graves.

El doctor Schwartz y un ayudante pasaron una linterna por encima de mi cuerpo. Mi cadera se iba hinchando y poniendo negra, pero después de una serie de dolorosas pruebas, el doctor aseguró que no había fisura ni fractura.

—¿Qué es?

—Un precioso y rollizo hematoma. Se ha roto una arteria que dejará un cuartillo o así de sangre.

—¿Pronóstico?

—Le dolerá bastante la primera noche, pero dentro de unos tres días debería de poder moverse.

El doctor levantó la camisa en busca de otras heridas y sacudió la cabeza al ver el trabajo de Natasha en mi espalda.

—¿Dónde demonios se cayó? ¿Sobre un cactus?

—Herida de una batalla anterior.

—Quédese aquí con los heridos —ordenó y pasó al siguiente.

Los oficiales rodearon a Ben Asher dado que los «Leones» cuidaron del aterrizaje. Entre ellos había habido discusiones y confusión. Por lo visto nos habían lanzado a casi cinco kilómetros fuera del punto establecido.

Hasta el momento, buena suerte. Ninguna reacción por parte de los egipcios, que suponíamos escondidos dentro del paso de Mitla. Seguro que nos habían visto y oído bajar. Ben Asher ordenó a su mejor pelotón, el Recon, que se acercara al Paso y evitara que salieran los egipcios, luego pasó revista a los heridos. El recuento era muy bajo. Teníamos diversas luxaciones y golpes y solo dos «paras» con piernas rotas. No había modo de que los heridos pudieran seguir al resto del batallón que tenía que ir a marchas forzadas a colocarse detrás del pelotón Recon. Dejaron dos piquetes para que nos guardaran al marcharse el batallón.

Durante la noche debían sucederse los lanzamientos de provisiones, jeeps incluidos. Cuando los jeeps llegaran, si lo conseguían, podrían trasladar a los heridos hasta el batallón.

Una noche de febril actividad se extendía ante ellos: había que llegar al punto elegido y montar las defensas. El lugar preciso era el Parker Monument, una estela cerca del extremo oriental del Paso.

Y allí estaba yo, por fin, el escritor vagabundo de Apache County, con una cadera del tamaño de una pelota de baloncesto y la alegría del salto en paracaídas eliminada por el golpe. Ahí fuera, en la mayordomía de Moisés, con los «Leones». ¡Qué romántico! La insensibilidad iba desapareciendo y el dolor aumentaba.

¿Dónde estaban Valerie y mis hijas? ¿Y Natasha? Probablemente, en el despacho del Primer Ministro, cansada y tensa, en espera de noticias de que el lanzamiento había tenido éxito. Vaya triángulo que había creado. Oh, mierda, el dolor aumentaba de verdad. Ya había sido bastante heroico por un día.

—¿Shlomo?

—¿Sí?

—Está empezando a dolerme de una forma terrible. Tan pronto como el doctor Schwartz esté libre, ve si puede darme algo.

«Algo» resultó ser una inyección de morfina. Bendita droga. Me calmó en cosa de minutos. El tiempo empezó a pasar en ráfagas irregulares…, me dormía y despertaba asustado por el ruido de los aviones que volaban bajo. Nos lanzaban provisiones.

—¿Cómo estás? —preguntó alguien.

Me resultaba imposible fijar la vista.

—¿Eres tú, Shlomo?

—Sí.

—Me encuentro raro. La verdad es que estoy un poco loco. ¿Qué ocurre?

—El batallón ha llegado al Parker Monument. Los egipcios enviaron una patrulla de reconocimiento. Les hicimos retroceder otra vez al Paso. Ahora, en El Cairo ya saben que hemos llegado.

Me ayudó a incorporarme y disfruté con unos sorbos de agua.

—Mejor será que vuelvas a dormirte —dijo Shlomo—. No está previsto lanzar los jeeps hasta dentro de un par de horas por lo menos. —Su voz sonaba hueca y lejana…

Me recosté sobre un par de paracaídas doblados blandos, delicioso… Todas las cosas se habían vuelto borrosas…, irreales… Eh, Penny, ¿qué te parece si papá te lee *El pequeño tren que podía…*? Podía sentir su tierna y suave mejilla contra la mía.

Vaya, Roxanne…, te estás volviendo una mujer… Las *Girls Scouts* tenían una fiesta, riendo y gritando en el chalé de invitados… En la nevera había tres sostenes minúsculos, una broma ¿Que Roxanne quiere un traje de noche? Pero si apenas tiene doce años. Bien. Papá irá contigo a comprar el traje. No quiero nada atrevido…

… verás, nunca llegué a tener mi smoking, pero por Dios que mis niñas van a tener los trajes más preciosos que pueda comprar. ¡Las hijas de Gideon son sensacionales! Nunca conseguí llegar a la graduación… ¿Qué le ocurriría a la chica que me invitó? ¿Cómo se llamaba? Phoebe, sí, Phoebe. Me encantaba bailar con ella, excitaba a todos los chicos…, en dos minutos salían cojeando del salón de baile…

… lo siento Phoebe, no voy a poder llevarte a la graduación, pero gracias por invitarme…

… leí la carta tantas veces que la sabía de memoria. ¿Por qué la guardé en el cajón de arriba y la leí una y otra vez?

Filadelfia, 10 de marzo de 1940

Mi querido hijo Gideon:

Por fin he recibido tu carta después de una semana de buzón vacío. ¿Sabes acaso lo que esto puede hacer a un padre, en especial a un padre sensible y cariñoso como yo?

Me has pedido que te proporcione un S-M-O-K. Antes de saber lo que eso significa tuve que averiguarlo. Me costó mucho porque todos mis amigos son trabajadores que como yo no saben lo que es un S-M-O-K.

Cuando por fin me lo explicaron, me horroricé, estupefacto ante tus ideas de grandeza. Ignoro si te propones emplearte de portero de hotel o de sirviente de una familia millonaria, o hacerte actor de music hall *o de club nocturno. ¿Para qué te esfuerzas en obtener un S-M-O-K? ¿Para hacer de figurín de Charlie McCarthy?*

En cualquier caso, no es nada en lo que debas involucrarte y lamento tener que negártelo. Me da la impresión de que quieres ir de fiesta todas las noches.

Gideon, hijo mío querido. Podrás creer que soy anticuado, pero no es así. Soy un avanzado pensador moderno. Conozco los deseos y estados de ánimo de un joven, pero hay un límite a todo.

Nunca te negué un anillo de curso y hubiera debido hacerlo…, pero la razón por el retraso es que vuelvo a estar económicamente apretado y, segundo, pedí el precio del anillo y no *debería…, decididamente…, no debería costar nueve dólares. Es una estafa pagar nueve dólares.*

Si necesitas tan urgentemente un traje u otras cosas precisas *siempre me esfuerzo para procurar que lo tengas, aunque haya retrasos debido a las finanzas, pero no creas, no imagines, que lo único que debes tener es un S-M-O-K. No te olvides de que esto solo no es el final sino el principio. Con un smoking pedirás más dinero para salir con chicas a esos lugares donde se exige un smoking.*

¡Te lo ruego, hijo! No te dejes arrastrar. Piensa con sensatez y escucha mis consejos alguna vez. Eres joven y puedes sacar mejor partido, mejor base para tu futuro si me escuchas y no obras mal. Sigue mi consejo y algún día me lo agradecerás. Después de todo, no tengo más hijos a los que amar y aconsejar.

Tu trabajo ahora es la escuela para que no seas toda tu vida un trabajador manual como yo. Por cierto, ¿no me dijiste que limpiabas el cuarto de taquillas de tu colegio? ¿No te basta con eso para pagarte el S-M-O-K?

Sé que estaba previsto que te viera en Baltimore la semana próxima, pero no puedo ir. Tengo un catarro y no creo que mejore con el tiempo. Además, estoy económicamente apretado para un billete de tren y el médico ha dicho que no debería viajar. Sobre todo, pienso en ti, y no quisiera contagiarte mi catarro.

Bueno, di a tu amiga que no soy anticuado.

No te perdono por no escribirme, así que será mejor que lo hagas dos veces por semana.

Hasta pronto. Recuerda que te quiero.

Tu padre que te quiere,

NATHAN

P.D. Además de los tres dólares con cincuenta por semana, estoy pagando a tu madre un extra de mantenimiento, te incluyo cincuenta centavos. Siento que no nos veamos. ¡Escribe!

—¡Eh, Gideon, despierta!

—Qué…, qué…, qué…

—Cálmate Gideon. Estabas llorando en sueños como un niño. Me apoyé en Shlomo y lloré…

—Lo siento…

—Nada, olvídalo. Es la morfina.

—Estamos en mitad del Sinaí, ¿verdad?

—Sí.

—Perdón, estoy realmente idiotizado.

—¿Cómo va tu pierna?

—No siento ningún dolor.

Un frío cortante me atravesó, haciendo que me estremeciera súbita y violentamente. Hacía un frío terrible. Shlomo me envolvió en un par de mantas y me golpeó hasta que reaccioné.

—El desierto se pone muy frío en esta época del año —explicó Shlomo.

—Me estoy helando…, me estoy helando… —protesté, rezando para que el bendito frío se apoderara de mí. Pero la morfina circulaba dentro de mí y las sensaciones de que flotaba volvieron a empezar, lo único que no me dejaba era el frío. Maldición, tengo frío. Papá…, papá…, me estoy helando, papá.

Filadelfia, 1926

Los mitones del pequeño Gideon estaban empapados. Tenía los dedos yertos, lo mismo que su nariz y los dedos de los pies.

—Será mejor ir a casa y que te calientes —dijo Molly.

—No —contestó—, quiero terminar mi muñeco de nieve.

—Vamos —insistió cogiendo a su hermano en brazos. Su peso la obligó a inclinarse para conservar el equilibrio mientras andaba sobre la nieve, con dificultad, saliendo de Fairmount Park a la acera. Miró a derecha e izquierda para guardarse de autobuses y coches y, viendo una abertura, cruzó Parkside Avenue.

Puso a Gideon en el suelo, lo agarró de la mano y casi le arrastró escaleras arriba, al cuarto piso, su vivienda. El dolor se había adueñado de las extremidades del niño y para cuando llegaron a la puerta la criatura estaba llorando.

El olor a hígado frito con cebollas los alcanzó cuando Molly abrió la puerta. Esto significaba dos cosas. Se había hecho un pago a la compañía de gas y la cocina y el calentador funcionaban. También significaba que mamá había entregado bastante dinero a cuenta al carnicero para que pudiera comprar algo. Cuando la deuda era muy grande, mamá mandaba a Molly o Gideon al colmado o al carnicero para enternecerles. A veces el carnicero alimentaba a su familia con retales pero no podía resistir las miradas de los niños que, obviamente, tenían hambre.

—Este niño es un niño que no está bien —dijo mamá—. No has debido tenerle tanto tiempo en el parque. Debería zurrarte.

—Está bien, mamá, solo tiene un poco de frío —comentó Molly desabrochando la chorreante chaqueta de Gideon y poniéndola sobre el radiador.

Mamá fue al calentador y le acercó un fósforo. El fuego se encendió con un plomp *y un silbido. «Oh, qué suerte —pensó Molly—, baños calientes». Desnudó a su hermano y lo envolvió en su holgada bata de lana con dibujos de* teepee *indios, corrió la cortina de la alcoba y ella también se desnudó.*

Mientras esperaban a que el agua se calentara, mamá abrió la nevera y dio una rodaja de manzana a cada uno. Mamá compraba fruta pasada, que había que tirar,

al vendedor ambulante y a veces podía conseguir media docena de frutas por una moneda de cinco centavos o por la mitad.

Gideon comió temblando. Oyeron los pasos lentos y familiares de Nathan subiendo trabajosamente la escalera. Nathan era el padre de Gideon, pero no de Molly. Ella no podía recordar a su padre.

Nathan entró y, sin saludar, dejó su vieja cartera sobre la mesa. Era un hombre bajo, apenas metro sesenta. Su rostro alargado y flaco estaba permanentemente marcado por un rictus de desaliento.

Gideon bajó de la silla y se plantó frente a su padre, mirándole, hasta que Nathan no tuvo más remedio que darse cuenta de la presencia de su hijo.

—Papá, tengo frío —dijo el niño.

En aquel momento, Nathan olvidó su propia miseria, cogió a su hijo y se lo sentó en el regazo. Frotó los deditos del pequeño hasta que le entraron en calor, luego le rodeó con sus brazos y lo meció con ternura.

Nathan cantó las palabras de una canción de cuna en yiddish*. El niño era un pajarito y no debía tener miedo, porque su madre y su padre guardaban el nido.*

Gideon sonrió, apoyó la cabeza sobre el pecho de su padre y suspiró. Iba a ser el único recuerdo de contacto físico y de afecto por parte de su padre.

Segunda parte
EL MUCHACHO SHTETL

RUSIA BLANCA

Wolkowysk, 1906

Sofía Zadok dejó de amasar por un momento, se limpió las manos en el delantal, y meció la cuna para calmar a su llorona criatura.

—Eres muy bonito, pequeño Reuben —le dijo pellizcándole la mejilla. Con dulce voz le cantó una nana sobre unos padres pájaros que guardaban un nido. Un cambio de pañales y un poco de pecho y Reuben se quedó satisfecho.

Había sido una buena cuna, que acogió a sus siete hijos, cuatro chicos y tres chicas. Y, milagro de milagros, todos estaban vivos. Tenía siempre la cena colocada junto a la cocina durante todo el día por el calor y porque era donde Sofía pasaba la mayor parte de sus horas.

Nathan, el mayor, que acababa de cumplir los diez años, permaneció junto a la puerta por un momento, escuchando. Había oído cantar aquella nana a seis de sus hermanos y hermanas. No recordaba que jamás se la hubiera cantado a él. Quizás era demasiado joven para recordar. Lo más probable, pensó, es que nunca se la hubiera cantado.

Nathan era un niño menudo y frágil, casi siempre enfermo y dotado de un modo de ser perpetuamente hosco. Jamás parecía participar en las risas. Claro que tampoco los pobres judíos tenían mucho de que reír.

Sin embargo, había alivio de su miseria, estallidos estáticos de puro gozo. No pasaba una semana sin una boda o *bris o bar mitzvah*. Estaban las vacaciones y también el *Sabbath*, para ser feliz. Pero la felicidad rehuía a Nathan.

Aunque su padre, Yehuda, estaba considerado como parte del clero, la familia no era tan fanática en sus observancias como los ultraortodoxos y sectas de Hasidim. Sofía se había negado terminantemente a raparse la cabeza y llevar la tradicional peluca de casada cuando contrajo matrimonio con Yehuda. Su desafío fue considerado asunto serio durante un tiempo, uno que ponía en entredicho la sabiduría del rabino y los ancianos.

Wolkowysk era una ciudad pequeña, modernizada e industrializada en parte, y no tan aislada y, por consiguiente, un poco más avanzada en su modo de pensar. Otras jóvenes también se rebelaban contra el férreo dictado de la tiranía rabínica.

Nathan era feliz de que su madre hubiera ganado porque tenía un cabello precioso que sujetaba en un gran moño en la nuca. Cuando los tiempos se ponían desesperados, cortaba parte de su pelo, lo trenzaba y lo vendía a la tienda de pelucas. Siempre volvía a crecerle, pero cada vez le salía más gris.

En Wolkowysk, los muchachos y muchachas estaban ahora autorizados a bailar juntos en las celebraciones. Esa era una innovación muy moderna. Nathan lo había probado alguna vez, pero se sentía torpe y avergonzado porque las muchachas eran siempre más altas. Tenía miedo a tocarlas porque sabía que ello podría acarrearle

problemas y se preguntaba el por qué los chicos de su clase hablaban siempre tanto de chicas. ¿Acaso no se daban cuenta de que los casamenteros andaban rondando, vigilando a los niños desde pequeños para un posible *shiddach* dentro de unos años? Si se hacía uno de estos arreglos para Nathan, acabaría como su padre y su madre, condenado a una vida de pobreza y temor. Él lo haría mejor. Huiría un buen día del país y se haría rico. Luego toda la familia tendría que recurrir a él e inclinarse ante él. Sería bueno y generoso con ellos, pese a como lo habían maltratado. Esa sería su deliciosa venganza. Sería cariñoso con mamá, pero severo con papá. En cuanto a sus hermanos, les haría arrastrarse. Este era el gran sueño de Nathan. Sus hermanas se humillarían ante él y le suplicarían que les asignara una buena dote a fin de capturar a un marido importante. ¡Oh, cómo ejercería el poder!

Nathan se inclinó sobre la cuna y apoyó un dedo sobre el estómago del bebé, aparentemente para ganarse una sonrisa, pero era demasiado bruto y Reuben chilló su descontento. Sofía dio una palmada en la mano de Nathan y le mandó a hacer sus cosas. Se apartó de la cuna preguntándose cuántos más niños iban a tener.

Nathan llevó dos cubos de agua de la bomba, tambaleándose bajo el peso del yugo, luego recogió leña del cobertizo y la amontonó junto a la cocina, hogar y esclavizador de la casa al mismo tiempo.

Era el día de la limpieza de ventanas. ¿Dónde estaban sus hermanos Mordechai y Matthias? Probablemente jugando a la pelota o, peor aún, al juego *goyim* de fútbol. A Nathan no le gustaban los juegos. Tenía miedo de hacerse daño. El maldito Mordechai sabía cómo evitar sus obligaciones y cuando las cosas no estaban hechas, papá culpaba siempre a Nathan, y con frecuencia con un tirón de orejas.

Mordechai, un año más joven que él, era el alumno brillante, la niña de los ojos de Yehuda Zadok. Incluso ahora que Nathan ganaba un rublo a la semana haciendo recados, después de la escuela, para la oficina de préstamos, Mordechai no tenía que cumplir con los trabajos de casa. Nathan, soñaba a veces que dejaba a Mordechai medio muerto de una paliza, pero su hermano era más alto que él y muy retorcido.

Se hacían grandes celebraciones cuando nacía un hijo, pero Nathan prefería que naciera una nueva hermana. A las niñas no se les prestaba tanta atención y, por lo menos, crecían sabiendo trabajar.

Rifka, Sara e incluso la pequeña Ida estaban siempre ocupadas. Sofía las preparaba para ser buenas amas de casa casi tan pronto como podían andar. Antes de la llegada de las niñas, mamá lo hacía todo; amasar, cocinar, hacer velas; barrer y fregar; lavar y planchar; zurcir y coser trajes; traer niños al mundo, amamantarlos y criarlos; cuidar de la huerta y llevar bien un hogar *kosher*. Sofía era una espléndida *balabosta*. Como lograba atar cabos era gracias a una increíble manipulación. Además, enseñaba a las niñas, pronto y bien. Nathan, francamente, prefería a sus hermanas por otra razón. Por el hecho de ser varón, se le permitía mandar en ellas.

Yehuda Zadok era el *shohet* de Wolkowysk, el matarife ritual de pollos, una profesión antigua, dictada ya en el *Deuteronomio*. Cada pollo recibía una breve bendición, luego era despachado rápidamente y con el mínimo dolor de modo que estuviera seguro de que era *kosher*.

La herramienta de su oficio era un cuchillo de veinticinco centímetros, con el extremo despuntado. Poseía una media docena, hechos del más fino acero alemán y exquisitamente afilados. Yehuda los guardaba en fundas de piel, trabajadas a mano, que llevaba en un pequeño maletín negro junto con otras herramientas del oficio.

Cuando Nathan era más pequeño, disfrutaba yendo con su padre al matadero, detrás del mercado de aves, y viéndole trabajar. Las manos de su padre eran seguras y veloces como el rayo. Mataba al pollo de un tajo limpio en el cuello, lo metía en un recipiente de agua caliente, decía una oración, y le arrancaba las plumas en cuestión de segundos. Era un motivo de orgullo para Yehuda no dejar ni una sola pluma en sus pollos. Los rabinos examinaban periódicamente los pollos de Yehuda para asegurarse de su pericia y jamás encontraron un ave mal sacrificada.

La temprana fascinación de Nathan se agrió cuando se dio cuenta de que su padre le estaba preparando para seguir sus pasos. No quería pasar el resto de su vida degollando pollos, sobre todo cuando notaba que Mordechai terminaría como rabino.

Además, las manos y el delantal ensangrentados de su padre siempre olían a pollo. Incluso el baño ritual de todas las semanas en el *mikva* no lo desodorizaba por completo.

Yehuda cobraba unos pocos kopeks por cada ave. En un día bueno, podía cobrar unos pocos rublos, que apenas bastaban para alimentar a su familia. Encontraba una diversidad de trabajos sueltos en especial afilando cuchillos y tijeras, para aumentar el dinero familiar.

Había ventajas. Podía cobrarse parte de su trabajo en pollos. Así que siempre había bastante comida. Sofía sabía cómo utilizar cada parte del pollo, excepto las que no eran *kosher*. Los pollos sobrantes los cambiaba por carpas en el mercado de pescado o por verduras y leche con los granjeros gentiles. Incluso durante los años de sequía, cuando la mitad de los pollos moría de calor y sed, siempre había comida en la mesa.

La principal ventaja de ser el *shohet* era que se trataba de una profesión honorable, aunque indeseable. La vida en una ciudad *shtetl* se centraba alrededor de la sinagoga. Yehuda Zadok era un sabio del Talmud y su trabajo le proporcionaba cierto respeto comunal.

La sinagoga tenía una rígida estructura social. El edificio estaba siempre construido de modo que el punto más sagrado, el Arca, se hallaba en el Muro Oriental cara a Jerusalén. Sentados a lo largo del Muro Oriental, según su rango, prominencia, y respeto, se encontraban el rabino, el chantre y otros dignatarios de la ciudad. Los

últimos asientos estaban reservados para el *shohet*, y el *shammes* o sacristán.

Los ciudadanos se sentaban en el cuerpo central del edificio, cara al Muro Oriental. Cuanto más importante era su rango comunal, más cerca del Arca se sentaban. El dinero, por supuesto, permitía adquirir tal asiento. Detrás de las primeras filas estaba la gente corriente, y los pobres. Lejos y a lo largo del Muro Occidental, se encontraban los pordioseros, los tullidos y los forasteros visitantes. Un pequeño balcón, resguardado por celosías, estaba reservado para las mujeres.

Yehuda Zadok era más tierno que la mayoría de los cabezas de familia. Generalmente, el desahogo del padre contra la eterna frustración era imponer un régimen autoritario. El castigo corporal a los niños era habitual y las palizas a la esposa, corrientes. Yehuda casi nunca golpeaba a sus niños excepto cuando la futilidad de la existencia diaria lo aplastaba periódicamente. Pero sus manos eran siempre rápidas al asestar el único coscorrón en la cabeza o el tirón de orejas, generalmente a Nathan.

Una crisis se estaba cociendo en el hogar Zadok, al llegar Mordechai y Nathan al momento en que se hacían planes relativos a su educación futura. Hasta ahora, sus hijos habían asistido al *cheder*, una escuela pequeña, de una sola habitación, dependiente de la sinagoga. Las materias eran *Yiddish* y Hebreo, y, más adelante, el Talmud.

El *cheder* era poco menos que una celda magnificada; el maestro solía ser un ignorante cruel y autoritario. Su recompensa era ejercer autoridad sobre chiquillos pobres y medio hambrientos. Las horas resultaban agotadoras y el rabino o el maestro dirigían con una tira de cuero. Los libros de texto eran unos volúmenes medio rotos y los métodos y temas modernos, desconocidos. Nathan había sido un estudiante adecuado, un superviviente. Mordechai estaba marcado como excepcional y recibía un trato más tierno. A los nueve años era ya una verdadera fuente de conocimientos talmúdicos y religiosos.

La *yeshiva* planteaba un grave problema a Yehuda Zadok: había unas clases por un rublo y cincuenta kopeks a la semana así como otros gastos por libros y material. Cosa de ricos. Todo se reducía a elegir entre Nathan y Mordechai. Como hijo mayor, Nathan tenía derecho a ser el primero en asistir a la *yeshiva*, pero dos hijos en una escuela superior era un lujo que un *shohet* podía apenas permitirse. Yehuda había estado pensando todo el tiempo en ingresar a Nathan en una escuela de formación profesional para que pudiera ayudar a la economía de la familia hasta que se hiciera *shohet*.

Nathan poseía un poste de escucha secreto en las discusiones de sus padres. Su jergón estaba adosado a la pared de la alcoba de sus padres. Si se mantenía despierto hasta que ellos empezaran a hablar, podía apoyar un vaso contra la pared y enterarse de sus conversaciones.

—Sería injusto privar a Nathan de la *yeshiva* —objetaba su madre.

—Y sería criminal privar a Mordechai —replicaba el padre.

—Aunque Nathan no sea un genio, sigue siendo nuestro hijo mayor.

—¿Y qué soy yo? ¿El barón de Rothschild? Sofía, no solo no podemos mandar la cabeza equivocada a aprender, sino que perderíamos el rublo a la semana que Nathan gana. Somos elásticos, pero el elástico también se rompe. Puesto que el Señor me eligió como sufridor, la realidad dice que no podemos mandar a dos hijos a la vez, a la *yeshiva*. No es preciso un tribunal rabínico para elegir a cuál de ellos.

—¿Y Matthias y Reuben algún día?

—Bueno, para cuando estén listos para la *yeshiva*, Nathan ya será un *shohet* con sueldo.

Sofía se precipitó a discutir la injusticia, pero su caso estaba perdido de antemano.

—Además —prosiguió Yehuda como pensándolo bien—, a veces es difícil ser bueno con este niño. Nathan es un amargado. ¡Si al menos no tuviera esa cara de ruibarbo!

Nathan lo oyó todo. Apretó la sábana con toda la fuerza de sus pequeños puños y lloró contra la almohada. ¡Ya lo verán! ¡Me escaparé de casa! Puedo ganar dos rublos al mes sirviendo en el campamento militar.

Yehuda se interesó más por su mujer. Sus escenas de amor habían fascinado a Nathan al principio, como le fascinaba ver a su padre matando pollos. Pasado cierto tiempo, sus palabras y sus gemidos se habían ido volviendo grotescos. Había oído a mamá comentar entre mujeres que no le gustaba hacerlo. Su interior estaba estropeado después de tantos niños y le producía gran dolor. No obstante, no podía negarse a su marido. Nathan se cubrió los oídos. Su padre aparecía como un animal.

Como la mayoría de los niños, creía que su padre y madre eran o ignorantes o ingenuos respecto de lo que ocurría a su alrededor. Yehuda Zadok había, desde tiempo, dominado el arte de la contemplación mientras preparaba los pollos para *kosher*. Se daba cuenta de que ciertas realidades pasadas y presentes dictaban las realidades futuras.

Yehuda contaba seis años cuando los pogromos de principios de 1880 estallaron en el seno de todas las colonias judías. Su ciudad natal, Kiev, tenía una historia de persecución particularmente odiosa. Siempre presente en su joven mente estaba una noche horrenda en que los cosacos penetraron violentamente en los barrios judíos y aplastaron cráneos, quemaron sinagogas y robaron y violaron en un imparable frenesí de odio a los judíos…, comportamiento fomentado y apoyado por la Iglesia y el gobierno zarista.

Yehuda trató de llegar a la sinagoga para salvar a su padre que había penetrado en el edificio en llamas para salvar los rollos sagrados de la Torá. El niño fue prendido por un par de cosacos borrachos, apaleado y dejado por muerto.

Su cuerpo sanó eventualmente, pero su cerebro se había cerrado y se vio condenado a la perpetua repetición de la vista del cadáver humeante de su padre.

Cuando el Islam subió al poder en las tierras arábigas, en el siglo séptimo, la principal población judía de Europa se concentraba junto al Rin, donde vivían una existencia precaria y estaban continuamente sacrificados por azotes de inspiración papal.

Durante las cruzadas de los siglos IX, X y XI, se reclutaron legiones de indeseables para reanudar la lucha en Tierra Santa. Monjes maníacos, apoyados por una Iglesia perversa, azuzaron a ignorantes campesinos a sangrientas orgías contra los judíos, marchando a continuación bajo los estandartes desplegados de Cristo a la sagrada misión de salvar Jerusalén de aquellos otros paganos, los musulmanes.

En su desesperación por huir, cientos de millares de judíos se dirigieron al Este, a las tierras feudales de Polonia y Rusia. Muchos llegaron invitados por la nobleza, que necesitaba la habilidad judía para establecer una clase media de mercaderes, artesanos, banqueros, médicos y comerciantes, áreas todas donde los judíos sobresalían.

La historia judía en la Europa oriental, iba a verse envuelta en una eterna nube gris. Cuando los rusos del Norte detuvieron el avance de los ejércitos musulmanes procedentes del Sur, el reinado sobre Rusia entera recayó en los Zares de Moscú, aliados de la Iglesia ortodoxa griega. A los judíos se les ofreció la dudosa oportunidad de convertirse al cristianismo. Durante la Edad Media, miles de judíos murieron en la hoguera por rechazar dicho honor. Los intentos de conversión tuvieron tan poco éxito, que Catalina I desató una serie de pogromos a principios de 1700 que terminaron con la expulsión de un millón de judíos de Rusia a Polonia.

Catalina *la Grande*, su sucesora, inició una era de guerras y de conquistas, con el resultado de que Polonia fue repartida varias veces y Rusia reheredó a los judíos que antes habían echado.

Así comenzó una serie interminable de leyes deportando a los judíos de sus negocios y de sus propiedades, y excluyéndolos de Moscú y San Petersburgo donde se consideraba que competían con los profesionales cristianos.

Todo acabó con el establecimiento de una inmensa reserva donde los judíos tenían que vivir y de la que no podían salir. El Seno de la Colonización consistía en un millón de kilómetros cuadrados, del Báltico al mar Negro, un *ghetto* monstruoso donde estaban cogidos, separados de la corriente principal de la vida rusa y reducidos a una supervivencia básica.

Ese fue el nacimiento de los *shtetl* una cadena de pueblos y pequeñas ciudades abiertos a los judíos. Aunque la ley del zar era todopoderosa, las ciudades *shtetl* ganaron cierta autonomía. Los judíos dirigían sus propios programas sociales y sanitarios, y los tribunales religiosos, solo hablaban *yiddish*, llevaban sus propias escuelas e imprentas, y, sobre todo, se mantenían vivos a través de un magnífico sistema de caridad.

Con los judíos restringidos a unos negocios y artesanías básicos, boicoteados sus

estudios superiores, enfrentados a una barrera constante de leyes supresivas, y sometidos a los ultrajes de los pogromos, la vida *shtetl* era una privación desde el nacimiento hasta la muerte.

Algunos pocos judíos pudieron escapar de la red y ser autorizados a vivir en las grandes ciudades, pero eran casos rarísimos. Tales autorizaciones se concedían a un puñado de ricos, sabios o astutos, cuyo valor para el zar les hacía ser excepciones.

Pese a la pobreza del traje y la humildad del hogar, la vida en el *shtetl* tenía un ritmo vital y magnífico. Muchos de los *shtetl* estaban en manos de rabinos y cultos tiránicos, pero abrigaban, no obstante, un genio latente de inconmensurable magnitud. Hacia el final del siglo XIX, un nuevo ritmo alcanzó a los *shtetl* y fue incesantemente tanteando para liberarse.

Los pogromos de 1880 fueron la chispa. No sintiendo el menor amor por la «madre» Rusia, ni lealtad a los zares, los judíos escaparon del país en oleadas enormes después de la última serie de baños de sangre aprobados por el Estado.

Cuando recibió su terrible paliza durante el pogromo de Kiev, Yehuda Zadok pensó seriamente en emigrar. Su hermano mayor, Samuel, había huido de Rusia por la cuestionable alternativa de ser vendedor ambulante en Chicago.

Samuel Zadok empujaba bien su carrito… saliendo del perol hirviente de Chicago para iniciar un negocio móvil que perseguía las vetas de plata en Colorado. Eso terminó en una pequeña tienda general en la ciudad fronteriza de Denver. Su hijo mayor había sido aceptado en una Universidad para estudiar Medicina y los otros dos hijos también irían a la Facultad. ¡América! ¡América! Qué lugar maravilloso. Incluso la hija de Samuel estaba destinada a una educación superior. ¿Se lo imaginan?

Durante un tiempo, Samuel insistió con Yehuda y sus otros parientes cercanos, pero Yehuda era un niño atascado en el *shtetl* sin la necesaria ambición o valor para desprenderse de las garras de su vida estrecha y torturada. Después de todo, ¿qué podía un *shohet* con una familia creciente, hacer en América? El *shtetl* era una forma dolorosa y marginada de pasar por la vida, pero por lo menos era familiar. América era un lugar salvaje y terrorífico. Aquí, en Wolkowysk, Yehuda sabía que siempre podría salir adelante, y además tenía ese asiento en el Muro Oriental.

Su hermano Samuel, dejó abundancia de parientes necesitados en Rusia y se mostraba tan generoso con ellos como le era posible. Con frecuencia el giro postal internacional había evitado que Yehuda se hundiera. Yehuda aceptaba, pero nunca pedía. Había hecho su propia cama.

Una nueva idea se abría camino entre los judíos y era la colonización y redención de Palestina. Muchos de los jóvenes elegían Tierra Santa y se iban con espíritu pionero. El movimiento hacia Sión era pequeño si se le comparaba con la corriente que iba a América, pero estaba hecho de celo.

El regreso a Sión estaba codificado por un judío vienés, Theodor Herzl, en una convención en Basilea (Suiza), y pronto tuvo organizaciones en todos los *shtetls*.

En 1905, el año en que Reuben nació, estallaron otros pogromos El descontento general se extendía por toda Rusia pero, en cierto modo, el veneno recayó en los judíos, como había ocurrido siempre. En la vecina ciudad de Bialystok el sufrimiento fue particularmente horrible para los judíos en manos del Ejército.

Los aires de cambio se transformaron en vientos de cambio. Yehuda Zadok era lo bastante listo para saber que sus hijos querrían, probablemente, emigrar. Se había preparado silenciosamente para dejar que se fueran. Todos ellos, excepto Mordechai.

Cuando a Nathan le llegó el turno de rebelarse, Yehuda estaba preparado. Fuerzas irreversibles de la historia habían entrado en juego y Yehuda había tomado una decisión pragmática sobre lo que debía guardar y lo que debía dejar que se fuera.

Era un agradable día de primavera. Yehuda se sentía animado. Max Pinsker, dueño de la fábrica textil, había tenido su primer hijo. Max era uno de la media docena de miembros acaudalados de la comunidad y un gran bienhechor de sus correligionarios judíos. Entre otras caridades, mantenía la *yeshiva* y casi nadie le reprochaba su asiento en el Muro Oriental.

Hubo cierta amargura cuando el sindicato trató de organizar su fábrica. Paró brutalmente el intento. Todo el mundo sabía que los obreros eran salvajes radicales y agitadores llenos de filosofías anarquistas procedentes de Rusia. ¡No valían nada! Además, Max era humanitario con sus empleados, más o menos.

Otra de las obligaciones de Yehuda era la de *mohel,* el que circuncidaba. Era un trabajo honorario, pero nadie dejaba de dar al *mohel* un par de rublos por sus servicios. Siempre había unas rebanadas del pastel de la celebración para llevar a casa, a su familia.

De un hombre tan estimado como era Max Pinsker, la gratificación fue de diez rublos. Equivalía a las ganancias de una semana. Yehuda se sentía un poco bebido y expansivo por haber bebido demasiado vino en la fiesta. Y lo que era más, se acercaba el *sabbath* y ya la gente al pasar lo saludaba.

—Buen *shabbas*, «Rev» Zadok.

—Buen *shabbas,* buen *shabbas*.

Mordechai estaba al lado de su padre, con las manos cruzadas a la espalda, imitando piadosamente sus gestos. Desde luego, el título de «Rev» era también honorario, para indicar que Yehuda se trataba de un hombre culto. Mordechai sí sería un verdadero rabino, un verdadero «Rev».

Sofía agarró a su marido cuando este entró en la casa con una urgencia especial que le estropeó aquel día primaveral.

—Mordechai, cuida de tus hermanos y hermanas y prepáralos para *shul*. Yehuda, ven conmigo —ordenó.

Le llevó a través del patio hacia la leñera. Nathan estaba sentado, hecho un guiñapo, en un rincón, con la nariz manchada de sangre seca, la camisa desgarrada y las mejillas con cardenales.

—¿Tendrá alguien la bondad de informarme de lo que pasa?

—Intentó huir. Cogió tres rublos de mi caja de coser. La Policía lo ha traído a casa, con este aspecto.

—¡Levántate, Nathan! —ordenó severamente su padre.

El muchacho se esforzó por ponerse en pie, lloriqueando.

—Los *goyim* lo prendieron en la carretera y le cogieron el dinero —explicó su madre.

—¡Pequeño *goniff*! —gritó Yehuda levantando la mano para pegarle. Pero, pensándolo mejor, decidió que su hijo no necesitaba otro *klop*—. ¿Adónde creías que te ibas a ir con tres rublos?, ¿a la China? ¡Habla!

—A Bialystok —contestó, tembloroso—. Iba a examinarme para ingresar en el gimnasio.

—¡Gimnasio! ¡Ni siquiera a la *yeshiva*, sino al gimnasio! Qué fantasía. La sangre corre aún por las calles de Bialystok y tú tienes la cabeza llena de grandezas. Irás al gimnasio cuando las cebollas crezcan en la palma de mi mano. Entra en la casa y vete a tu habitación. No irás a *shul* esta noche.

Nathan se alejó cojeando. Su padre ni siquiera le había preguntado por sus heridas. Entrada la noche, cuando el dolor por los golpes se hubo afianzado, Nathan gimió junto a la pared, apoyó el vaso en ella, y escuchó a sus padres.

—Este niño es como una plancha con un agujero —dijo su madre—. Hemos tenido suerte de no tener un funeral.

—No se puede escupir sobre la verdad —observó Yehuda.

—¿Y qué es la verdad?

—Mordechai es el que tiene que ir a la *yeshiva*. Sería malgastar el dinero mandar a Nathan. No sé de dónde ha sacado esta idea loca del gimnasio. Hablaré con los de los préstamos y quizá puedan darle un trabajo para todo el día.

—¿Quién dice locuras ahora? Volverá a escaparse.

—¿A lo mejor tú podrás decirme cómo vamos a mantener sus elegantes ideas?

Sofía, como siempre, veía más allá que su marido.

—Si Nathan se va a Bialystok, su cama estará disponible y podemos acoger a un estudiante *yeshiva* de fuera de la ciudad y cobrarle dos rublos a la familia. Estos, a su vez, servirán para pagar la habitación y comida de Nathan en Bialystok. ¿Ves alguna pérdida?

—¿Qué me dices del rublo semanal que Nathan gana en la oficina de préstamos? Y Mordechai, además de todo, tendrá gastos en la *yeshiva*.

—Bien, pues tendrás que pedirle a tu hermano Sam.

—No puedo *shnorr* a Sam. No es un hombre rico y este año no ha tenido mucha suerte en los negocios. Además, mantiene a nuestra madre y Dios sabe a cuántos más

parientes.

—Pero no te diría que no, Yehuda, tratándose de educación.

—Tener que suplicarle me pone un nudo en la garganta.

—Sé lo que Mordechai significa para ti —dijo Sofía al fin—; pero Nathan tendrá que independizarse tarde o temprano. Incluso emigrar. Tenemos la obligación de proporcionarle la mejor educación que podamos. Nos arreglaremos, nos arreglaremos.

Bialystok, 1906

Kalonimus Wissotzky, el «rey del té en Rusia» formaba parte de aquel grupo de élite que estaba autorizado a vivir en Moscú. La fortuna que amontonaba como comerciante internacional se entregaba para beneficencia tan de prisa como la ganaba.

Después de los pogromos de 1880 era obvio que debía haber una alternativa a la miseria que los judíos soportaban en Rusia. Junto con el barón de Rothschild y otros judíos filántropos, Wissotzky ayudó a mantener los nuevos movimientos de Palestina.

Wissotzky supo más o menos en el momento de los renovados pogromos de 1903, pero con el conocimiento de que el sionismo había echado raíces; que, ahora, se abría una nueva puerta de escape fuera de Rusia.

Toda su fortuna fue legada a una fundación que dispensaba fondos a innumerables obras benéficas para los judíos. Una de estas obras era el gimnasio de Bialystok que llevaba su nombre, y al que Nathan Zadok llegó en 1906.

Nathan encontró vivienda en casa de Esther Ginzburg, la viuda de un trabajador del cuero, en el empobrecido distrito de Channakes. A lo largo de los años había alojado cierto número de estudiantes de Wolkowysk. Su tarifa de dos rublos y cincuenta kopeks era la más barata que podía encontrarse. Por ese dinero proporcionaba una cama y cuatro comidas a la semana, y lavaba y remendaba la ropa de los chicos.

Nathan se encaró con otro problema, el hambre. Por mal que las cosas estuvieran en casa, siempre había habido parte de un pollo para comer. Aquí era un lujo.

Afortunadamente, había días de «comida» establecidos para los estudiantes más pobres, una dudosa distinción que Nathan solicitó. Los lunes, miércoles y sábados, diferentes familias se alternaban para dar a los estudiantes la comida de la noche. Por lo general eran lentejas, platos de col, patatas y una mezcla a base de carpa llamada pescado *gefilte*. Pocos y muy lejanos eran los aromas de carne, por dura que esta fuera.

En el *sabbath,* los estudiantes comían mejor porque ese día provocaba los instintos piadosos de algunas de las familias más adineradas. Pero el tormento del hambre jamás abandonaba el vientre de Nathan.

Durante su primer año, en el que Nathan no tenía aún antigüedad en casa de Mrs. Ginzburg, su cama era un diván lleno de bultos, en el salón, donde su única manta había que completarse para que diera más calor con periódicos que se amontonaba encima.

Por lo demás, Bialystok fue una revelación para Nathan, una ciudad rebosante de cultura y llena de corrientes y contracorrientes de ideologías.

Las ciudades más pequeñas pertenecientes al *shtetl* tenían un aspecto uniforme de pobreza. Lo que las distinguía unas de otras era el grado de ortodoxia y el dominio por una u otra de las sectas religiosas.

Bialystok era dramáticamente diferente. Situada en un cruce de caminos entre Rusia, Polonia y Prusia, los judíos se instalaron a requerimiento de la nobleza polaca, donde actuaron de proveedores de los ejércitos de ocupación que avanzaban y se retiraban. Bialystok se transformó en un importante centro textil. A la vuelta del siglo XX, funcionaban más de trescientas fábricas y casi todas ellas propiedad de judíos.

Esto trajo consigo un fuerte movimiento sindical de acusada tendencia socialista. También, debido al interés personal de Wissotzky por Bialystok, no tardaron en arraigar fuertes organizaciones sionistas. Cuando estos grupos diversos se sumaron a las tradicionales sectas religiosas *shtetl*, una imprenta *yiddish* y un teatro, capitalistas, zaristas y un surtido de intelectuales, librepensadores y místicos, Bialystok fue una mezcla llena de vida.

Todas estas filosofías encontraron el camino del «Gimnasio Wissotzky», que resultó ser liberal y moderno, con clases en ruso, polaco y alemán, junto con ciencias y matemáticas. También había cursos preparatorios comerciales y oficios especializados. Por primera vez, Nathan encontraba la historia de las naciones más allá del seno judío y una primera mirada al mundo exterior.

Nathan emergió de la cueva del Talmud en la que había estado encerrado y se inclinó naturalmente por las lenguas. En poco más de seis meses, dominaba el ruso lo suficiente para sumirse en el nuevo mundo, abierto para él, de la literatura rusa.

Nathan, el solitario, había encontrado el paraíso de los solitarios gracias a los libros. Estos no solo llenaron su mundo de fantasía sino que resultaron una herramienta útil para integrarlo en la vida de grupo.

No demasiados estudiantes estaban cautivados por la literatura. Esto proporcionaba cierto *status* a Nathan, una sutil forma de esnobismo y un foro desde el que llamar la atención hacia él. Así que leyó, leyó y leyó. Los informes de Nathan sobre los libros fueron artículos vendibles, en especial para los estudiantes cuyos padres podían permitirse fruta fresca.

Nathan no era muy buscado. Su popularidad personal resultaba casi inexistente. No le interesaban los deportes, no andaba tras las chicas, ni se permitía las bromas habituales en los estudiantes del gimnasio. Seguía siendo tímido y, con frecuencia, desagradable en su respuesta a averiguaciones educadas.

Pero ahora Nathan tenía algo. La lectura le dio su primera abertura social, un medio para entrar y dominar la conversación que él podía adaptar a su esfera de conocimientos. El ser capaz de hablar a la gente, le hizo sentirse importante a sus propios ojos, y le sacó el máximo partido posible.

Nathan descubrió que su soledad podía aliviarse dando conferencias, o discutiendo en un club de debates, sobre los libros que estaba leyendo. Pocos estudiantes habían leído esos libros y no sabían nada de sus autores, Nathan tenía una plataforma indiscutible.

—¿Sabéis? —preguntaba varias veces durante una de sus charlas.

Naturalmente, el público no lo sabía y esto hacía a Nathan más listo que sus oyentes. Ese truco inicial de ponerlos en su sitio funcionaba de maravilla. Y dio lugar a una invitación para que se uniera a los laboristas sionistas que cortejaban los intelectuales. Este grupo tenía su propio comité defensivo con un depósito oculto de armas letales, picos, porras, y botellas de petróleo. En oscuras salidas, Nathan solía ser llamado a conferenciar. Cuanto más hablaba, más fiero se volvía como orador. Sentía impaciencia por regresar a Wolkowysk y meter todos sus conocimientos en la cabeza de Mordechai.

El primer viaje de Nathan a casa fue por su *bar mitzvah*. Yehuda se quedó confundido por su revoltijo de filosofías. Nathan ahora se rebelaba. Para su padre, el muchacho representaba las maldiciones, confusión y herejía, seculares de la gran ciudad. Sus ideas, cuando uno podía definirlas claramente, eran casi impías. Además, el muchacho ni siquiera llevaba ya el chal de plegaria sobre los hombros.

Nathan sentía que había dejado Wolkowysk atrás, una perenne ciudad *shtetl* que se había empeñado en vivir en el pasado. Además, había otra boca que alimentar, una nueva hermanita, Bessie.

Nathan regresó a Bialystok y se quedó allí otros dos años. Su situación en casa de Mrs. Ginzburg mejoró cuando Nathan pudo encontrar trabajo de administrativo en un almacén de alimentación que abastecía el cercano campamento militar. Nathan soportaba un acoso despiadado y malos tratos por parte de los soldados, pero la comida y el dinero que podía ganar allí eran un incentivo demasiado poderoso para abandonar.

Ascendió del diván del cuarto de estar a una habitación con otros tres estudiantes, y sus días de «comida» ofrecían menús más sustanciales.

Un inesperado desastre en Wolkowysk sumió a la familia en la miseria. Yehuda sufrió un ataque y no podría trabajar por un tiempo indefinido.

Para empeorar aún más las cosas, el tío Sam de América, estaba en crisis. América abandonó el patrón plata y eso fue un duro golpe para la industria minera de Colorado, que estaba al borde de la ruina. Sam concedía cantidades a crédito, en sus libros, sobre todo a mineros, y estas deudas eran ahora incobrables.

Yehuda y Sofía llegaron a la desgarradora decisión de mandar a tantos hijos como fuera posible a vivir con parientes. Mordechai, por supuesto, recibiría la mejor tajada del pollo. Yehuda le mandó a Vilna el primero, donde estaba instalado a salvo en la *yeshiva*, y además mantenido.

El día de su decimoquinto aniversario, Nathan recibió una carta urgente para que volviera a casa.

NATHAN

Wolkowysk y Kiev, 1911

Yo, el primogénito, llegué a la cabecera de mi padre. La barba le colgaba fuera de la sábana hasta el estómago y sus ojos se le cerraban por el peso de esta vida. Se encogió de hombros al contarme la gravedad del problema familiar. Gimiendo de desesperación, mi padre me dijo que tendría que abandonar el gimnasio.

Se habían encontrado hogares para dos de mis hermanos y dos de mis hermanas. En cuanto a mí, tenía que ayudar a mantener la familia. ¿Acaso mis padres me habían encontrado un trabajo? La hermana de mi madre, *tante* Sonia, estaba casada con un rico comerciante de carbones en Mariupol y habían ofrecido acogerme y darme un trabajo. ¿Mariupol? ¿Mariupol? ¡Vaya!, ¿y por qué no me mandaban a Mongolia?

Me escondí en la leñera y lloré toda la noche. Pensé en huir, pero, en realidad, no había otra alternativa que obedecer.

Mi padre por lo menos mostró cierto sentimiento de culpa. Mientras me preparaba para este viaje al fin del mundo, me demostró más afecto que hasta entonces. Podéis estar seguros de que el nombre mágico de Mordechai no estaba. Me despedí de Reuben, Matthias, Rifka y Sara que fueron en todas direcciones para vivir con *mishpocha*.

No tardó en llegar mi billete. Si los refranes pudieran venderse abiertamente en el mercado, los judíos serían los más ricos de Rusia. Mi padre me despidió con gran sabiduría:

—Si la fortuna llama a tu puerta, ofrécele un asiento.

A lo que añadió mi madre:

Si los ricos pudieran pagar a los pobres para que murieran por ellos, los pobres se ganarían muy bien la vida.

Mariupol, una ciudad portuaria en el mar de Azov, estaba a cuatro mil ochocientos kilómetros de distancia. Por ferrocarril significaba cinco días y cinco noches y durante el trayecto había que cambiar siete veces de tren. Mis pertenencias cabían fácilmente en una maleta de mimbre, que se facturó por adelantado. Yo llevaba un paquete de comida seca, porque no siempre había cosas que comer en las estaciones. En muchas ciudades a lo largo del camino no se permitía que los judíos bajaran del tren, dejaran la estación o entraran en la ciudad. Yo llevaba cinco rublos por si me hacían falta y fue la primera vez que vi a mamá llorar por mí.

Siempre, en los trenes, los gamberros y los soldados buscaban a los judíos para maltratarles. Mi gabán raído me delataría. Me encaramé a un amplio saliente, como un estante, en tercera clase, me acurruqué en un rincón y mantuve el periódico delante de mi rostro.

Las cosas no me fueron muy mal hasta que llegué a Kiev. Allí habría una espera de ocho horas hasta el próximo tren, que me llevaría hasta Poltava. ¿Y qué podía

hacer durante ocho horas? Kiev estaba prohibida para los judíos en sus calles sagradas. Incluso los turistas judíos en tránsito quedaban confinados en la estación donde eran presa fácil de los gamberros.

Yo sentía mucha curiosidad porque Kiev era donde mi padre había nacido. Había un barrio llamado Podol donde los judíos podían ir. Los gamberros alrededor de la estación me ponían nervioso, así que decidí arriesgarme. Si llegaba al distrito de Podol, podía meterme en una sinagoga hasta la hora del tren. ¡El autobús era una maravilla! Una máquina sorprendente, que podía moverse sin que los caballos tiraran de ella.

Por quince kopeks, comí en un restaurante *Kosher*. Todas las conversaciones a mi alrededor se referían al juicio de Mendel Beiliss, que estaba celebrándose en Kiev. ¿Me preguntáis quién es Mendel Beiliss? Voy a decíroslo. Era la víctima judía de la conspiración, acusado de asesinar a un muchacho gentil por motivos rituales. Para los judíos, Kiev ha sido siempre el cagadero de Rusia. Por mal que nos fueran las cosas, estaban peor en Kiev. Mendel Beiliss fue la víctima de una organización *goyim*, unos cerdos que se llamaban los *Cien Negros*.

No pude resistir aprovechar la oportunidad de pasar por el juzgado donde se celebraba el juicio. Pregunté por el centro de la ciudad, pero se me advirtió que no fuera. No podía evitarlo. Me sentí atraído de inmediato hacia una gran multitud que esperaba afuera. Yo quería ver a Beiliss para poder contarlo algún día. De pronto, todo el mundo señaló más allá de los cordones de policía a un *droshky* que se había parado.

Salió un sacerdote que se dirigió al juzgado.

—¡Pranaites! —gritaron todos.

El nombre de ese animal era bien conocido entre nosotros. Pranaites, el sacerdote, aseguraba ser un experto en el Talmud y era un testigo estrella para la acusación. Su testimonio «científico» era que el crimen tenía todas las características de un asesinato ritual supuestamente practicado en secreto por los judíos. Se sabía que Pranaites tenía un largo historial criminal; no obstante, la buena gente de Kiev lo aclamaba al entrar en el edificio.

Me volví indignado… y topé de lleno con el hombre más grande que jamás había visto, un gendarme de enrojecido rostro y ojos de borracho. Dejó caer su enorme mano en mi hombro.

Acuciado por el miedo, me solté y eché a correr calle abajo perseguido por el policía borracho y otra media docena de personas. Me metí en un callejón sin salida, salté y traté de escalar el muro. Primero me lanzaron piedras, luego unas manos agarraron mis piernas y tiraron de mí, estrellándome contra el suelo.

Me agazapé como una tortuga y me patearon las costillas y la cabeza. Por fin, el policía se hizo cargo.

—¡*Yid*![11]. Déjame ver tu pasaporte.

—Por favor, señor. Solo estoy de paso en Kiev. Fui al barrio judío a comer porque

no tenía nada…, ¡por favor, señor, déjeme ir!

La gente chilló y me escupió, insistiendo para que el policía me llevara a la cárcel. Me esposó y me arrastró hasta un furgón policial en la calle principal. Al alejarnos, la chusma aplaudió.

Estaba tan aterrorizado que temblaba y apenas podía hablar. Todos fueron bruscos conmigo en la Comisaría, como si hubieran capturado el mayor criminal de Ucrania. Después de ser fotografiado y de tomarme las huellas, me echaron a una celda de espera que no tenía ni banco ni asiento, solo podía estar de pie. Al cabo de unas horas, resultaba muy doloroso.

Al entrar en Kiev había hecho algo burro, estúpido, idiota. El castigo para los judíos encontrados fuera de su demarcación era mandarles a su lugar de nacimiento y dejarles allí hasta su muerte. Yo había nacido en una aldea llamada Novogrudock y mandarme allí para siempre era peor que una sentencia de muerte.

Aquel edificio, el miedo a los policías y el miedo al terrible castigo, pesaron sobre mí. Debí haber perdido el conocimiento porque al revivir estaba en un lugar diferente.

—El chico judío ha despertado.

—El jefe quiere verle.

Se me arrastró a un despacho perteneciente, de seguro, a un personaje importante y me sentaron ante él con un guardia a cada lado.

El jefe no parecía haber conseguido su alta posición por su amabilidad. Su rostro reflejaba exceso de vodka y sus gruesas manos parecían hechas para recoger sobornos.

—Señor —supliqué y traté de repetir mi historia, pero un puñetazo en la mesa me silenció. Me contempló para determinar lo que podría sacarme. No le gustó lo que vio.

—¿Han mirado en el forro de su abrigo? —preguntó el jefe.

—No hay nada escondido.

—Mierda. Pequeño bastardo. Está bien, judío, ¿conoces a alguien en Kiev que pueda pagar tu fianza?

—No, señor.

—Pues estás en un buen apuro. Llévenselo.

Aquella noche fue la más terrible de mi vida. Me empujaron a una jaula inmensa en la que dormitaba una docena de borrachos. No había otra cosa que el suelo de cemento, húmedo, para echarse y ningún retrete. Los borrachos orinaban y vomitaban por toda la celda, que ya estaba llena de cucarachas.

Tan pronto como oscureció, sentí las manos de un hombretón encima de mí. Pasó la mano entre mis piernas y trató de menearme mis partes íntimas. Su olor es algo que no olvidaré en la vida. Conseguí correr hasta el otro extremo de la celda gritando:

—¡Asesino! ¡Violador! ¡Socorro!

Un guardia se llevó al pervertido a otra celda. Yo estaba medio muerto de miedo. Tampoco pude tragar la bazofia que pasaron por debajo de la puerta con un pedazo de

pan.

Uno de los prisioneros decidió ser mi protector aquella noche y, de momento, me tranquilicé, pero no pude pegar el ojo. Cada pequeño movimiento me sobresaltaba.

Cuando las tinieblas nos envolvieron, estuve temblando toda la noche en un rincón. Eché la culpa a mi padre de todo. ¿Por qué tenía que mandarme a tantos kilómetros de distancia, mientras que Mordechai estaba tranquilo y a salvo en una de las mejores *yeshivas* de Rusia? No era justo. Nunca había sido justo. Que Dios me perdone; pero durante la noche deseé, personalmente, que mi padre muriera del ataque. Le estaría bien empleado. Pero no debía morir hasta que mi cadáver fuera enviado a casa, para que lo viera.

Por fin, la mañana llegó.

—¡Judío! —me llamó un guardia.

Me volvieron a llevar al despacho del jefe.

Había un caballero judío, muy bien vestido, con una barba a lo Van Dyke. Me devolvieron el pasaporte. Me entregaron a la custodia del caballero, Mr. Lapidis, que comprendí que había pagado mi multa. Descubrí, por el coche y el cochero, que Mr. Lapidis era un rico comerciante autorizado a vivir en Kiev. El jefe tenía montado un próspero negocio cazando judíos extraviados por los que Lapidis pagaba siempre. Ese amable caballero me salvó de un terrible destino. Me condujo a la estación y me aconsejó que no me moviera. Pueden apostar lo que quieran a que no iba a buscar más aventuras en Kiev.

Mariupol, 1911

Jamás había estado en una casa como la que pertenecía a los Borokov, en Mariupol. Había siete habitaciones, si son capaces de imaginar semejante cosa. El salón y una habitación distinta para comer estaban llenas de plata, de cristal tallado y figuritas. Los muebles, tapizados de terciopelo, como el que vestiría una novia rica; y las cortinas, de encaje. El suelo aparecía cubierto de alfombras por todas partes.

Tante Sonia era una mujer alta que vestía a diario como si fuera *sabbath*. Sus dedos estaban cargados de anillos y no se le veía ni un solo cabello fuera de lugar. Era una mujer estirada, tensa, que cuando intentaba sonreír se le torcía la boca y cuando extendía la mano para darte una palmada lo único que se veía eran sus dedos largos, huesudos, y todas las sortijas. Llevaba la casa como si fuera un museo. Les aseguro que uno se movía de puntillas.

El tío Boris tampoco tenía un hilo gastado en sus chaquetas y abrigos, que eran numerosos. Pasaba tanto tiempo como podía lejos de *tante* Sonia, retirándose a su biblioteca particular para leer y repasar las cuentas. Las comidas eran silenciosas.

Pero debo decirles que, pese a toda aquella riqueza, la comida resultaba deliciosa.

—Lo primero que debes aprender, Nathan, es a comer con corrección —se me

informó.

Pero para aquella comida estaba dispuesto a sufrir la tortura de cortar bien la carne y mantener las manos y la servilleta sobre las rodillas y a comer la sopa sin hacer ruido. También vi naranjas por primera vez en mi vida.

¿Así que Mariupol era el cielo? No exactamente.

Los Borokov tenían dos hijos, ambos mayores que yo y ambos en Palestina, estudiando en el famoso «Gymnasium» de Herzlia. Por lo tanto, no solo tenía una alcoba para mí solo, sino que tenía un armario lleno de ropa que se les había quedado pequeña. *Tante* Sonia había quemado la ropa que yo llevaba puesta al llegar, en especial el abrigo.

Por el hecho de tener hijos en Eretz Israel, el tío Boris se autoproclamaba sionista. Presumía incesantemente del gran sacrificio que había hecho para la redención de Palestina.

Su tercer hijo era una chica, Tilly, un año más joven que yo. Para ser realmente franco debo decir que Tilly era una auténtica *mishkeit*, una fea. Para empezar, tenía dos veces mi estatura y, a partir de ahí, todo estaba mal.

Cuando me enteré de que cobraría doce rublos por semana, hubiera debido sospechar algo. Nadie paga a nadie tanto dinero por nada. *Tante* Sonia anunció que enviaría ocho rublos semanales a mi familia. Los cuatro restantes servirían para mi manutención. En cierto modo, no me parecía muy bien, pero aquí estaba y así estaba.

Para ese enorme salario, del que yo no recibía nada, trabajaba sesenta y dos horas por semana. Si hay algo más sucio que matar un pollo, es el negocio del carbón. Pese a mi desilusión creciente, había el saber que mantenía a mi familia con vida, aunque después de un día de trabajo acarreando carbón, mi satisfacción era escasa.

El tío Boris tenía un despacho en los muelles. Cada día me prometía que llegaría a tener una bonita mesa en el despacho, pero hasta entonces debía aprender el negocio del carbón desde abajo.

Mi primer trabajo requería poco genio. Trabajaba en el patio de embalaje del carbón. Así que lo sacaba a palas de los depósitos y llenaba sacos de arpillera, cosía los sacos y los amontonábamos en carros. Luego, pasé al reparto de carbón, otro trabajo que tampoco requería una educación universitaria.

Más tarde, ascendí a revisor. Cuando llegaba un cargamento al muelle, tenía que asegurarme de que se entregaba el tonelaje correcto y vigilar la carga a los trenes carboneros. Después de diez o doce horas de trabajo y de otras dos horas para limpiarme, solía estar demasiado cansado para comer, pese a las fantásticas comidas. El único día libre era el *sabbath*, y a duras penas conseguía salir de la cama para ir a la sinagoga.

Mariupol tenía otros problemas para mí, además de los Borokov. Éramos un pequeño grupo de judíos entre gran número de ucranianos, la perfecta fórmula para una

catástrofe. No existía verdadera vida comunal judía…, solo lo parecía. Ni había mercado ni escuela judíos. Las reuniones culturales, tales como reuniones sionistas, no estaban bien vistas por los rabinos y había que hacerlo en secreto. Los Borokov me advirtieron que no me sirviera del *yiddish*. Hablaban siempre en ruso, incluso en la sinagoga.

Los judíos de Mariupol habían aprendido la lección, callarse. Con Rusia hirviendo de punta a punta por el inmenso descontento, los Borokov pretendían que no ocurría nada. No obstante, por más invisibles que se hicieran los judíos, los ucranianos no dejaban de recordarnos a diario que éramos unos cochinos judíos. Para mí era una existencia miserable, sin amigos, por no hablar (que Dios lo confunda) del negocio del carbón.

Había otro asunto que no era el menor de mis problemas…, es decir, Tilly. Me daba a entender, sin la menor sutileza, que no le importaba que un primo viviera bajo su mismo techo.

Cada noche tenía que lavarme en el patio durante más de una hora y tan pronto me quitaba la camisa y los pantalones, aparecía Tilly como por arte de magia. Alguna vez llegué a escaldarme por saltar dentro del agua caliente para evitar que me viera desnudo.

Tilly elegía las horas más raras, de día y de noche, para entrar en mi habitación sin motivo aparente. ¿Necesitaba algo? ¿Me habían entregado ya la ropa limpia? ¿Me gustaría oler el nuevo perfume traído de París? Había hecho una ciencia del arte de molestarme.

Yo, por mi parte, traté de ser amable y de enriquecerla con los grandes conocimientos adquiridos leyendo literatura y haciéndome conferenciante de cierta nota, en Bialystok. Pero lo único que ella sabía hacer era reír a lo tonto. Pocas veces decía seis palabras de un tirón sin terminar con una risita estridente. Pese a la sofisticación adquirida en el «Gimnasio», yo seguía siendo inocente respecto de las chicas. Aunque Tilly era genuinamente fea, ciertas partes de su persona podían resultar interesantes si me decidía a averiguarlo.

Durante todo el tiempo pensaba en huir. Pero no resultaba nada fácil. Yo era un prisionero, aunque con esposas de oro. A pesar del bello hogar y las comidas de *tante* Sonia, ni tenía billete de tren, ni dinero en el bolsillo, y el tío Boris guardaba mi pasaporte en la caja fuerte de la oficina.

Pero el sino hizo su aparición.

Después de dos años y de la celebración de mi diecisiete cumpleaños, empecé a toser. Probablemente había respirado todo el polvo del carbón de Rusia. Al cabo de la semana, la tos era tan terrible que no pude ir a trabajar. Después de otra semana, *tante* Sonia me llevó al médico, pero no me confió el resultado.

Para los Borokov, dejar de mandar los ocho rublos a mis padres porque el hijo camina hacia la tumba a causa del trabajo era un problema grave. Todo se arregló en una cena del *sabbath*.

—Ha llegado el momento —declamó el tío Boris con aplomo—. Nathan, pasarás al despacho y aprenderás a llevar los libros.

Tilly soltó su risita.

—Para ser sincero —repuse—, no encuentro que el negocio del carbón sea tan enriquecedor como yo había esperado.

—Pasando de fuera a dentro, encontrarás las cosas muy distintas —me aseguró.

—No quisiera parecer desagradecido por vuestra generosidad, pero hay otros problemas —dije.

—¿Qué problemas puedes tener? —intervino indignada *tante* Sonia—. ¿Te damos acaso de comer como a un perro? ¿No está tu habitación inmaculada? ¿Tienes la ropa hecha jirones?

—Es solo que…

—¿Qué? —preguntaron a coro.

—No tengo nada de tiempo libre, ni puedo leer, ni nada. Ni siquiera he estado en la biblioteca.

—Pero esto es una promoción, Nathan. Trabajar en el despacho significa, automáticamente, menos horas.

Tilly rio.

—Me preocupa ser un judío, aquí —confesé al fin.

—¿Y quién lo sabe mejor que yo? —exclamó el tío Boris, sumiéndose en una profunda melancolía—. No puedes decir que tu tío Boris no es judío. He entregado, alegremente, mis hijos a Palestina. No obstante, Nathan, aprenderás que vivir sin llamar la atención, lejos de todos los problemas del *shtetl*, no es tan difícil. Para aquellos de nosotros lo bastante listos para defendernos, hemos logrado una vida muy cómoda.

No le discutí, pero ni en un millón de años me encontraría tranquilo en una jungla de ucranianos.

—Tampoco tengo un kopek en el bolsillo para poder gastar —gemí.

—Tío Boris y yo hemos hablado y decidido aumentarte el sueldo en dos rublos más por semana —explicó *tante* Sonia—. Un rublo, insisto en ello, debe ir para ahorros. El otro rublo, dinero para gastar. Guárdatelo en el bolsillo, vete al cine, haz con él lo que quieras. ¡Diviértete!

Bueno, ¿y por qué se portan así conmigo ahora? ¿Acaso bajó un ángel en mitad de la noche y les ordenó ser buenos con Nathan, o de lo contrario…? Lo único que se me ocurría de momento es que no era Borokov típico.

Unas noches después se me ocurrió exactamente lo que estaba ocurriendo. Me encontraba orinando en el orinal que se guardaba debajo de la cama, cuando de repente oí la risita. Apagada, pero inconfundible. En mi inocencia no me había fijado demasiado, pero la habitación de Tilly se comunicaba con la mía y solo había un montante cubierto de papel especial entre las dos; pero al fijarme descubrí que en ciertas partes estaba arañado así que, si se subía a una silla, podía ver directamente lo

que ocurría en mi habitación. Solo Dios sabe cuánto tiempo me ha contemplado sentado en el orinal, semanas o incluso meses.

¡Qué estúpido había sido!

Mi querida madre Sofía y *tante* Sonia habían arreglado un *shiddach* para mí con (¡DIOS ME VALGA!) Tilly Borokov. Un complot tramado a cinco mil kilómetros de distancia. Necesitaba confirmación.

Había un viejo obrero, llamado Gregor, con el que había trabado amistad. Dado que era ucraniano, no era mala persona. Gregor sufría de la enfermedad habitual en los ucranianos, alcoholismo. Cuando hube ahorrado tres rublos, me lo llevé una noche a la taberna. La información empezó a fluir desde la primera copa.

—De modo que Boris te cuenta esa trola de lo buen sionista que es. Sus hijos huyeron a Palestina porque odiaban tanto la casa como el negocio del carbón. No tiene otros herederos excepto Tilly, y Mariupol no es lo bastante grande para encontrarle un marido. Eres un hombre marcado, Nathan.

¿Qué podía hacer?

Volví a la cama y tosí y tosí. Les tosí en la cara. Les tosí en la mesa del comedor, manchando la comida de todos. Escupí y lo hice fuera de la escupidera, y mi escupitajo cayó sobre la mejor alfombra turca de *tante* Sonia. Arrastré carbón por todo el salón y dejé marcas oscuras en todos los pañitos. Perdí los documentos de un embarque de carbón, lo que costó doble impuesto a tío Boris.

Dios debió de haberme oído toser, porque estalló la guerra entre Rusia y Alemania. En los meses siguientes, el carbón fue mal. A lo largo de todo el invierno no serví de nada a tío Boris porque mi tos duró hasta la primavera. Para entonces, todos nosotros solo teníamos deseo de perdernos de vista.

Con eso de la guerra, el correo era lento; pero en marzo recibí una carta anunciándome que un trabajo me esperaba en la ciudad de Minsk en la joyería de otro tío, Bernie Zadok.

Minsk, 1915

El viaje en tren desde Mariupol a Minsk, de casi cinco mil kilómetros igualmente, fue una auténtica pesadilla. Los rusos, del zar para abajo, culpaban a los judíos de haberlos metido en la guerra. Su lógica me resultaba incomprensible, pero cada pared desnuda, especialmente en las estaciones, estaba cubierta de eslóganes antisemitas: MATA A UN JUDÍO Y SALVA A RUSIA.

Antes de la guerra era muy difícil para un judío hacer un largo viaje en tren sin sufrir alguna mala experiencia. Ahora era completamente imposible. Los soldados que se iban al frente cazaban judíos como si fuera un deporte.

Desde el momento en que abandoné Mariupol, no pude huir del acoso antijudío, tanto de los eslóganes de las paredes, los periódicos o los comentarios en boca de

todos.

En cada vagón al que subía, me buscaban. Era fácil de reconocer y más fácil de molestar. Primero, los comentarios desagradables y los empellones. Luego, la humillación de que me bajaran los pantalones para ver si estaba circuncidado, terminando con unas bofetadas o una paliza. Una vez establecido que era judío, por capricho de los rusos, no se nos permitía sentarnos, ni siquiera en el suelo. Los soldados nos obligaban a todos, hombres, mujeres y niños, a permanecer de pie, de estación en estación. Pasadas unas horas, la gente empezaba a desplomarse. A veces estaba tantas horas de pie que salía del tren completamente exhausto. La comida había que ingerirla con mucho cuidado. Por ejemplo, el pan no debía comerse de prisa así que uno se escondía en el retrete y lo masticaba despacio. Si uno llevaba patatas y pepinos, había que tragarlos rápidamente.

Lo peor fue el último tramo, cuando una compañía de cosacos subió al tren de regreso del frente, donde había sufrido una imponente derrota por parte de los alemanes. Mi abrigo fue rasgado de arriba a abajo para ver si ocultaba dinero y al no encontrarlo me dieron una paliza que me dejó inconsciente. En esta condición me encontró mi tío Barnie en la estación de Minsk. Estuve una semana en el hospital, con la nariz y varias costillas rotas. Otro viaje en tren y la historia de Nathan Zadok habría terminado.

Minsk, me encanta decirlo, fue un cambio para mejor. El tío Bernie se había hecho rico. Era dueño de un pequeño negocio de manufactura de joyas, con una tienda al por menor en la elegante calle Gubnartorsky. Llega la guerra y su negocio empieza a florecer. Minsk era un punto importante de estacionamiento del Ejército y sus calles estaban llenas de soldados y muchos oficiales con sus mujeres. Nadie parecía querer ir a la guerra sin comprar una o dos chucherías. La tienda de tío Barnie estaba llena desde que abría hasta que cerraba.

Pese a su nueva riqueza, Bernie Zadok era un verdadero *mensch*. Él y tía Sara eran gente normal sin ideas extravagantes y *schmancy*, como los Borokov. Decente y generoso, en especial con los huérfanos, tenía su asiento en el Muro Oriental. Debido a la guerra había escasez de operarios, así que entré con buen pie y al poco tiempo hacía de todo.

En casa, en Wolkowysk, la situación familiar mejoró cuando mi padre pudo volver a reanudar su profesión de *shohet*. Con la guerra, sus proveedores tenían contratos con el Ejército y no dejaba de matar pollos. Mi padre era un buen *shohet*, pero nadie sabría apreciarlo excepto, curiosamente, los pollos. Las aves que sacrificaba no eran *kosher* por supuesto, pero lo bastante buenas para los rusos.

ESTA NOCHE PRIMERA REUNIÓN DE LA ORGANIZACIÓN SIONISTA

«POALE» DE LA CONFERENCIA REGIONAL RUSA. PRINCIPAL ORADOR, NATHAN ZADOK, QUE NOS CONTARÁ CÓMO CUBRIÓ SECRETAMENTE EL JUICIO DE MENDEL BEILISS EN KIEV. Una atrevida relación de un joven sionista «Poale», y cómo entrevistó secretamente al diabólico Pranaites.

Quizás exageré un poco en lo de mi participación en el juicio de Beiliss, pero la gente venía de la otra punta de la ciudad para oírme y había delegados de toda la parte oriental del país. ¿Qué mal había? ¿Cuál era mi crimen si les hacía sentirse orgullosos?

Me cuesta describir la sensación de acercarme a la plataforma después de aplausos atronadores. Millares de personas y yo, el pequeño Nathan Zadok de Wolkowysk, el delegado más joven de toda la convención.

—¡Camaradas! ¡Compañeros de trabajo! ¡Compañeros sionistas! Antes de que os hable del juicio de Mendel Beiliss, me gustaría tocar un punto en que todos los sionistas deberían estar interesados. Hoy en día, en toda Rusia, vemos extenderse un siniestro complot por parte de los agentes de Lenin que se van infiltrando uno tras otro en «Sion Poale», tratando de hacerse con la dirección o destruir la estructura de la única organización que significa libertad para los judíos. Cuando hablo de laborismo, socialismo y sionismo, es que una sola organización mantiene en alto nuestro estandarte: ¡«Sion Poale»! Lenin querría haceros creer que, de repente, mil años de terror contra el pueblo judío se han terminado. Lenin es un embustero. Lenin nos habla de una tierra donde los rusos blancos y los ucranianos y los lituanos van a cambiar el curso de su historia y acogernos con los brazos abiertos, después de habernos machacado durante siglos. Lenin es un embustero.

(Ahora la masa iba cantando «Lenin es un embustero»).

—Lenin dice que habrá libertad e igualdad para el pueblo judío. Y yo os digo que esto ocurrirá ¡cuando crezcan cebollas en la palma de mi mano! El único camino para el pueblo judío es el camino de salida de Rusia para reunirnos con nuestro pueblo en la redención de nuestra tierra. ¡Eretz Israel! ¡Sion! ¡Palestina!

(Al mencionar estos tres nombres la gente se vuelve loca, por ello me aseguré de que estas tres palabras figuraran al principio de mi charla).

—Nuestros pies deben seguir los dictados de nuestras almas y debemos abrir un camino de fuego hasta nuestra tierra prometida, ahora, y debemos organizar colonias a fin de que cuando esta guerra haya terminado, cientos de millares de judíos seguirán nuestro ejemplo, el vuestro y el mío.

Decir que mi charla fue recibida con entusiasmo, es excesiva modestia.

Confieso que seguía siendo sumamente vergonzoso e inexperto cuando se trataba del sexo contrario. Cada vez que me sentaba, como un tullido, en un salón, solo deseaba poseer la misma dinámica que en la plataforma. Recibí muchas invitaciones a cenar y, debo confesarlo, muchas miradas coquetas dirigidas a mí, aunque la mayoría de las

muchachas eran más altas que yo.

En lo tocante a las chicas, tuve una oportunidad. Mi tío Bernie era también propietario del cine en Minsk, y tenía siempre entrada gratuita.

Si a mí las cosas se me estaban dando bien en Minsk, no ocurría así con el Ejército ruso. A finales de 1915 iniciaban la retirada, con muchas pérdidas. Gran parte de Polonia y de los Estados bálticos estaban ya en manos del Ejército alemán.

Podíamos decir que las bajas eran muchas por la cantidad de uniformes ensangrentados enviados a las diferentes sastrerías para limpiar, remendar y volver a repartir.

La enormidad de las pérdidas rusas cayó sobre mi vida como un trueno, un sábado por la mañana a últimos de verano. En la primera página del *Minski Golos*, el periódico diario, había una orden especial para que todos los hombres nacidos en 1896 se presentaran para el servicio militar. Ese era mi año. Yo pensaba que estaba a salvo porque la edad del servicio militar había sido a los veintiún años. Tío Bernie y yo acordamos que era mejor que regresara a Wolkowysk y tomara una decisión con mi padre.

RUSIA BLANCA

Wolkowysk-Bialystok, 1916-1919

Jamás había habido lo que puede calificarse de estampida de judíos para defender la bandera de la Madre Rusia. Obligados a entrar en filas muy jóvenes, muchos chicos judíos eran enviados a servir en Siberia y no volvía a saberse de ellos. Una vez los judíos estaban en el Ejército, las autoridades usaban todos los medios buenos y malos para convertirlos al cristianismo.

Evitar el servicio militar ruso era considerado una hazaña honorable para los judíos del país. Los documentos falsos eran artículos estándar y nadie, en las comunidades judías, consideraba ético beneficiarse de su negocio.

Tan pronto como el nuevo edicto del zar llamando a filas a los muchachos de dieciocho años se hizo público, Yehuda Zadok viajó inmediatamente a la vecina ciudad de Lida donde un buen amigo rabino tenía excelentes relaciones para obtener documentación falsa.

Uno de los métodos más corrientes era no informar de la muerte de los jóvenes, a las autoridades, y guardar su documentación para pasarla a alguien necesitado de ella.

Yehuda pudo adquirir los papeles de un joven de diecisiete años que había muerto de neumonía. Cuando Nathan llegó a su casa desde Minsk, su padre le entregó su nueva identidad, la de un tal Pinchas Hirsch.

La reunión de Nathan con su familia fue bastante agradable. Se le recibió con un afecto que jamás había conocido por parte de su padre. Bien estaba lo que bien se hacía. El muchacho había trabajado muy duro para mantener alimentada a la familia y estaba siempre dispuesto a mandar dinero a casa. Merecía cierto respeto. No exactamente el respeto que uno sentiría por un erudito como Mordechai, pero respeto al fin y al cabo.

Después de que se recuperó del ataque, Yehuda Zadok había modificado también muchas de sus actitudes. Principalmente, fue un puntal del movimiento sionista. Los sentimientos de Yehuda preferían los elementos religiosos, pero ya no despreciaba el movimiento sociolaborista de «Sion Poale», que había captado la imaginación de la gente joven.

Su reunión familiar se limitó a una sola comida, apenas tiempo de verse, pero a Nathan no le importó. Casi ignoró por completo el hecho de que sus hermanas mayores estaban lozanas…, no unas bellezas arrebatadoras, pero sí sólidas y de buen ver, de un modo liso y sano. Mostró igual desinterés por el desarrollo de sus hermanos menores. Se interesó por obligación por la salud de su padre y, naturalmente, no mencionó a Mordechai.

Lo que más le importaba a Nathan era saber que se había ganado el derecho de conversar en la mesa, ahora que era respetado. Aprovechando la oportunidad, habló sin cesar de sus méritos como líder del gremio judío de Minsk, su dominio de los

idiomas y algunas de las más importantes experiencias de sus viajes. Con solo un comentario superficial sobre la comida que Sofía había podido reunir para la ocasión, terminó la visita.

Nathan tenía que inscribirse en el Ejército a los pocos días, así que se celebró una reunión urgente en la casa del rabino. Aram Hornstein era el jefe local del capítulo de «Sion Poale» y el principal promotor de jóvenes que trataban de eludir el reclutamiento forzoso. El plan general era llevar a los escapados en tren, tan lejos hacia el Oeste como se pudiera. Una vez en territorio polaco estarían fuera del alcance de las autoridades rusas. Era un asunto peligroso. Para llegar a Polonia, tenían que cruzar las líneas enemigas. Había una serie de casas seguras en las aldeas *shtetl*, formando una ruta clandestina. El principal objetivo era alcanzar Varsovia donde el «Poale» estaba fuertemente organizado.

Hornstein opinaba que lo mejor sería sacar a Nathan de Wolkowysk aquella misma noche. Iba a coger un tren cuando llegara a Bialystok, que todavía tenía comunicación con el Oeste.

Por miedo a ser descubierto por la Policía local, Nathan salió de Wolkowysk sin despedirse siquiera de su madre. A la mañana siguiente llegó a Bialystok donde encontró un tren que se dirigía a Siedlce, a mitad de camino de Varsovia, pero también muy cerca del frente. En Siedlce, Nathan se reuniría con un guía «Sion Poale» llamado Perchik que lo pasaría al lado alemán.

La escena en la estación de Bialystok era un caos más allá del caos. No solo la estación estaba abarrotada de millares de jóvenes en edad militar, sino también de decenas de millares de judíos de todas las clases sociales que huían de los pogromos que habían rasgado la trama de todo el país.

Junto con estos había chicos gentiles que huían del reclutamiento, así como gran cantidad de desertores rusos. Todo el mundo sospechaba de todo el mundo. Por fortuna, el Ejército ruso estaba de retirada y el tren civil no llevaba su complemento de inspectores militares, así que los documentos apenas si eran comprobados.

Hacia el final de un día de parar-y-arrancar, el tren se detuvo en una desviación. Era demasiado peligroso continuar hacia el Oeste y no tardaron en anunciar que habíamos llegado al final de la carrera.

Como todo el mundo se movía preguntándose qué hacer, parte de la suspicacia cedió al empezar la gente a identificarse unos con otros para encontrar personas de sus propias organizaciones.

—Oye —alguien dijo a Nathan—, ¿no eres Nathan Zadok?

Nathan se angustió:

—Te equivocas de persona. Mi nombre es Pinchas Hirsch.

El joven insistió; se llevó a Nathan a un lado y le murmuró al oído:

—Te oí dar aquella charla en la Conferencia Regional «Poale». Soy Yossi Dubnow. Era delegado de Kaunas…, Lituania.

Nathan contempló aquel joven alto y atractivo. No parecía mala persona para

tener al lado en semejante situación. Nathan estrechó la mano de Yossi. Ambos se fueron en busca de más gente «Poale» y se encontraron a Daniel y Avni Finkel, de Slomim. Los cuatro decidieron que eran suficientes para formar un grupo que pudiera desplazarse rápidamente y así lo hicieron.

Aunque el tren les había dejado a cierta distancia, Siedlce seguía siendo su primer objetivo. Era allí donde debían encontrar a Perchik, el guía que les llevaría a Polonia.

Reunieron sus recursos y pagaron el trayecto en un carro, cruzaron el bosque de noche, moviéndose evasivamente durante el día, se mantenían a cubierto en las áreas pobladas y algunos días consiguieron solamente avanzar unos metros.

Era un modo de circular tortuoso, hambriento y peligroso, pero lo importante era la supervivencia. Varsovia aparecía en sus imaginaciones como una especie de nirvana…, la ciudad dorada.

Yossi Dubnow resultó ser inteligente, fuerte y lleno de recursos. En cinco días de cauteloso avance habían llegado a los campos de los alrededores de Siedlce. Para entonces, Yossi era el jefe indiscutible, aunque Nathan por su discurso en la Conferencia «Poale», en Minsk, se había ganado su respeto.

Al acercarse a Siedlce oyeron ruido de cañonazos. Recorrieron su área para buscar el mejor refugio y encontraron una fábrica de ladrillos abandonada que tenía a su alrededor varios pozos de arcilla. Yossi creía que podrían esconderse allí tan bien como en cualquier otra parte.

—¿Qué os parece? —preguntó Avni—. ¿No sería mejor irnos a Siedlce y buscar a Perchik?

—No me gusta —contestó Yossi—. No podemos llegar allí por las buenas. Primero, verían que somos forasteros y, segundo, puede que estén luchando por apoderarse de Siedlce.

—Sí, mejor que no nos pillen en la batalla —comentó Daniel.

—Yo diría que nos quedemos aquí, y quietos, hasta que el tiroteo termine, por lo menos —observó Nathan.

—Uno de nosotros tiene más probabilidades que los cuatro juntos —dijo Yossi—. Yo tuve cierta preparación militar en la escuela. Iré y vosotros no os mováis.

Los otros asintieron y encontraron un túnel largo, lo bastante ancho para trasladar vagonetas de arcilla a los hornos. El túnel era profundo, recio y proporcionaría un buen refugio.

Yossi emprendió el camino hacia la cercana aldea de Chodow en busca de información. Eso debía hacerse con suma prudencia porque todos ellos, alemanes, polacos y rusos, podían entregarle. El primer objetivo de Yossi era averiguar si la aldea tenía una sinagoga y, si era así, buscar al rabino o a una familia judía. Al acercarse a Chodow, desde una colina pudo ver gran número de tropas rusas desplegadas a lo largo del río Liwiee. Cavaban trincheras y se disponían a impedir que los alemanes cruzaran el río.

Yossi volvió a la fábrica de ladrillos cuando la tarde caía. Dibujó un mapa en el

suelo.

—Los alemanes están desplegados sobre el río, al norte y al sur de la ciudad. Pueden intentar cruzar por cualquier sitio a lo largo de cuatro kilómetros y medio de extensión. La verdad es que incluso pueden pasarnos por encima.

—Entonces, mejor dirigirnos hacia el Norte —sugirió Nathan.

—No —contestó Yossi—. Aquí estamos a cubierto. Mi opinión es que nos adentremos todo lo que se pueda en el túnel, y esperar.

—Supón que los alemanes envían una patrulla. Si nos ven, o nos fusilan o nos hacen prisioneros —protestó Nathan.

—He dicho que esperaremos —repitió Yossi.

Avni y Daniel apoyaron a Yossi. Al pronunciar las últimas palabras, oyeron el silbido de una bala de artillería. Unos segundos después, estalló más allá de donde estaban.

—¡Entremos! —ordenó Yossi.

No necesitaron más palabras porque el aire se llenó de un fuego cruzado. Los muchachos se acurrucaron muy juntos, impresionados, cuando los estallidos arriba se hicieron peligrosos.

Nathan, enmudecido de miedo, lloraba dulcemente, y se hizo una bola con el rostro cubierto con sus manos. A través de la oscuridad notaba la presión tranquilizadora de Yossi Dubnow.

Pasadas tres horas, el bombardeo pareció adelantarles. Yossi se arrastró fuera del túnel, por un lado del pozo, e intentó averiguar lo que había sucedido. Chorros de balas trazadoras subían en arco en dirección a la pequeña aldea. Yossi aguzó el oído. Quizás oyó realmente voces de hombres que gritaban como si estuvieran cargando. Puede que fuera una ilusión. El bombardeo había maltratado sus oídos. Durante las horas siguientes, el ruido disminuyó y pareció que se alejaba de ellos.

Yossi volvió tambaleándose hacia el túnel y se arriesgó a encender una vela. Nathan y los hermanos Finkel tenían los ojos vidriosos y pasaron el resto de la noche sentados contra la fría y mojada pared. Estaban demasiado desorientados por el bombardeo para hablar o tomar algo más que un sorbo de agua.

Cuando el primer rayo de luz iluminó una colina detrás de la fábrica. Yossi volvió a salir y los llamó para que lo siguieran. Una nube gruesa, baja, quieta cubría altos y bajos sobre un campo en que nada se movía, y que estaba horadado por miles de cráteres creados por el violento fuego de artillería; el olor era como el de los fuegos artificiales el día del cumpleaños del zar.

Estaban echados boca abajo en un agujero, y permanecieron quietos hasta que estuvieron seguros de que no había nadie a su alrededor.

—Hemos tenido una suerte del diablo —dijo Yossi, señalando hacia el río—. Los alemanes han debido de cruzar por el Norte. Nos pasaron por encima.

—Mira, el cerro está ardiendo —observó Avni.

—Debieron concentrar su ataque allí —asintió Yossi—. Ayer había rusos

atrincherándose. Es posible que la batalla nos haya dejado atrás.

—Por otra parte —dijo Daniel Finkel—, las unidades de vanguardia alemanas puede que sigan adelante, pero la mayoría de sus tropas probablemente aún está al otro lado del río.

—La cuestión es, ¿de quién es Siedlce ahora? —preguntó Yossi.

Se miraron unos a otros, desconcertados.

—Pero no podemos entrar todos en Siedlce —murmuró Avni.

—Vosotros quedaros aquí. Yo iré e intentaré encontrar a Perchik. Si no estoy de vuelta mañana por la mañana, tendréis que ir a Varsovia por vuestra cuenta.

Una vez dicho eso, Yossi eligió un camino por entre los cráteres del campo y echó a correr mientras sus asustados compañeros lo contemplaban.

Siedlce se encontraba en estado de ansiedad. Sus habitantes no sabían si habían sido bondadosamente liberados o brutalmente conquistados. Los polacos odiaban por un igual a alemanes y rusos y eran igualmente despreciados por ambos bandos.

Aunque Yossi no parecía judío, era un forastero en la ciudad, hablaba casi todo en ruso y, por tanto, se alejaban de él. Lo confundía con uno de los rusos rezagados que habían tirado sus uniformes, vendido sus armas y retrocedido.

Escuchando con atención, Yossi pudo averiguar que la principal fuerza rusa había caído y estaba en plena retirada. Siedlce se había rendido oficialmente y sería ocupada por los alemanes antes de que el día terminara.

A última hora de la mañana, algunas personas se atrevieron a salir a las calles y, viéndolo todo tranquilo, empezaron sus ocupaciones diarias. Otros no tardaron en seguirlos. La primera de sus obligaciones era rellenar las despensas. Casi no quedaban provisiones porque la lucha se había prolongado y tenían miedo de que volviera a empezar. Yossi anduvo, cauteloso, por el mercado judío y, finalmente, eligió a un hombre, un vendedor con una carretilla, para hablarle.

—Así que, ¿de dónde vienes? —preguntó el vendedor.

—De Kaunas.

—¿De tan lejos?

—He huido para escapar del reclutamiento militar. El tren nos dejó tirados sin habernos advertido, en mitad de la campiña.

—Oye, esto pasa todos los días con los trenes ahora. Es como si no tuviéramos bastantes bocas que alimentar. Así que estás buscando la *shul*. Hay una sopa gratuita. El nombre del rabino es Bitterman.

—No busco al rabino —respondió Yossi comedido, esto permitió que se estudiaran rápidamente uno a otro.

—Lo siento —dijo el vendedor.

—Me gustaría ver a alguien de «Sion Poale».

—No conozco a ningún sionista —se apresuró a declarar el vendedor e hizo un

gesto para indicar que sus manos estaban limpias.

—Gracias de todos modos. —Yossi dio la vuelta para alejarse.

—Eh, muchacho, vuelve.

El vendedor estudió a Yossi de arriba abajo, luego le formuló una serie de preguntas en *yiddish* que solo un judío podía contestar. Satisfecho, cerró su puesto y ordenó a Yossi que lo siguiera a distancia.

Bien entrada la tarde, Yossi regresó a la fábrica de ladrillos con el hombre llamado Perchik. De unos cincuenta años, rechoncho, tenía todo el aspecto de haber sido un trabajador toda su vida. Era un sionista de ideas fijas, con sus obligaciones bien centradas.

—Muchachos, no podéis quedaros aquí mucho tiempo —les dijo—. Mañana, los alemanes ya se habrán instalado en todo el distrito. Bloquearán las carreteras y recorrerán los bosques en busca de rezagados y desertores.

—En realidad —dijo Nathan—, no violamos técnicamente nada relacionado con los alemanes.

—¿Cuatro chicos judíos, con documentación falsa? —saltó Perchik—. No seas ridículo. No necesitan dar la menor explicación para hacer lo que quieran con vosotros.

—¿Qué pueden hacer?

—Meteros en un batallón de trabajo. Algunos sobreviven, la mayoría no.

—Vaya… Por lo menos está bien claro —comentó Yossi Dubnow.

—Solo tenéis una alternativa. Atravesar las líneas alemanas tan de prisa como podáis, ahora mismo.

—*Gevalt* —masculló Nathan.

Los hermanos Finkel, seguidores por naturaleza, aceptaron de mala gana.

Yossi indicó que estaba de acuerdo mientras Perchik extendía un mapa de burdo trazado y señalaba su posición en la fábrica de ladrillos.

—Hay una brecha en las líneas alemanas al sur de la ciudad. Os puedo hacer pasar si cruzamos el río ahora mismo. El resto del camino a Varsovia es pura rutina.

—¿Y cuándo llegaremos a Varsovia?

—Cambiar a los rusos por los alemanes y polacos en Varsovia no es ninguna ganga, pero por lo menos en Varsovia tenemos millares de nuestra gente y muchas opciones.

Yossi miró a los Finkel y asintió.

—¿Nathan?

—No me contéis —respondió Nathan.

Les miraron, desconcertados.

—Perchik —dijo Nathan—, a lo mejor puedes encontrar un lugar para ocultarme unos días. Un lugar donde puedan darme un pedazo de pan.

—¿Quieres decir que no nos acompañas? —preguntó Yossi.

Mira, todos nosotros solo tratamos de sobrevivir lo mejor que podamos. Tan pronto como los alemanes capturen mi pueblo, Wolkowysk, regresaré. Creedme, me libraré de servir en un batallón de trabajo alemán.

—¿Y qué hay de Palestina? —preguntó Avni.

—Sí, ¿qué hay de Palestina? —respondió Nathan—. Tal vez creáis que Dios os montará sobre alas de águilas, en plena guerra, y volaréis a Palestina.

—¡No lo puedo creer! —gritó Yossi.

—¿Qué es lo que no puedes creer? —replicó Nathan—. Lo único que tratábamos de hacer era escapar del servicio en el Ejército ruso. Ahora no es el momento de Palestina. Creedme, seguirá allí todavía cuando estemos dispuestos.

—¡Espera! —exclamó Yossi—. Tú, Nathan Zadok, eres mi inspiración. ¿Recuerdas la conferencia Poale en Minsk? Yo, Yossi Dubnow, estaba sentado en la última fila del auditórium, escuchándote. «Lenin es un embustero», dijiste. Y el público empezó a cantar «Lenin es un embustero». «El único camino para los judíos es el camino fuera de Rusia para encontrar a nuestro pueblo en la redención de nuestra tierra. Debemos abrir un camino de fuego hacia la tierra prometida, ahora, y debemos organizar colonias para que cuando la guerra termine, centenares de miles de judíos sigan nuestro ejemplo, el vuestro y el mío». Como ves, recuerdo cada una de tus malditas palabras…

—Óyeme, Minsk era Minsk. En este momento, mi familia me necesita más que Eretz Israel.

—Eres un cobarde y un embustero —dijo Yossi, abofeteándole.

Perchik se interpuso y apartó a Yossi.

—Ah, no podéis imaginar lo valiente que era arengándonos desde la plataforma en Minsk.

—¡Basta, Yossi! —ordenó Perchik—, o haré papilla de todos vosotros.

—¿Estás enfadado conmigo, Perchik? —barbotó Nathan.

—¿Por qué crees que arriesgo mi vida cruzando a los muchachos a través de los campos de batalla? Nunca serás nada más que un *shtetlyid*. Vivirás pobremente recitando falsa filosofía callejera, y no merecerás nada más.

Nathan se hallaba dispuesto a explicar, a discutir, que su decisión estaba motivada por su tremendo amor a la familia. Pero no tenía a nadie con quien discutir. Lo dejaron allí, de pie en el pozo de arcilla, con los pies metidos en el agua, su viejo y escaso abrigo y se perdieron rápidamente entre el humo que flotaba y la niebla que había subido del río.

Habiéndose ido Yossi, el camino se hizo difícil para Nathan. Estaba asustado todo el tiempo, indeciso casi siempre y perdido la mayor parte del tiempo. Sin saber bien cómo llegó a los arrabales de Bialystok antes de caerse de hambre y fatiga en el

granero de un campesino. Nathan no había sido muy cauto en sus movimientos. Un granjero y su hijo le habían visto cruzar sus campos y arrastrarse al pajar. Apenas se había quedado dormido, un puntapié en la suela de su zapato le despertó y le ordenaron, en polaco, que se pusiera en pie.

Nathan se alzó, tambaleándose, y su rostro cambió cuando un par de horquillas le mantuvieron pegado a la pared.

—Desertor ruso —apuntó el granjero a su hijo.

—No. Soy Nathan Zadok. Soy ruso, pero no estoy en el Ejército. Viajaba en dirección oeste cuando el tren paró en mitad de ninguna parte. Solo intento volver a casa, a Wolkowysk.

El granjero y su hijo se miraron, suspicaces.

—Bien, ¿puedo irme ya? —preguntó Nathan.

Los ojos del granjero se desorbitaron al ocurrírsele algo.

—*¿Yid?*

—Bájate los pantalones —ordenó el hijo.

—Soy judío —murmuró Nathan, desolado.

Oliendo la recompensa que los alemanes habían establecido para los judíos errantes, los granjeros ataron a Nathan, lo echaron en un carro y lo condujeron al cuartel que los alemanes ocupaban en el depósito de carga de la estación. El campesino cobró su precio, lo bastante para una botella de vodka, y Nathan fue arrastrado por un par de guardias al despacho del comandante.

—Ruso errante, judío —anunció uno de los guardias—. Dijo a un par de polacos que se llamaba Nathan no sé qué, pero sus documentos dicen Pinchas Hirsch.

—Bueno, ¿quién eres? —preguntó el oficial.

—Soy realmente Nathan Zadok, de Wolkowysk, y solo trataba de volver a casa —contestó en alemán.

El oficial se fijó en la escasa estatura de Nathan y calculó su inutilidad. No duraría más de dos semanas en un batallón de trabajo. ¿Qué importaba? Todos los días, cien judíos más, mil más, huían por todo el país, obstruyendo las carreteras, abarrotando los trenes, el alemán sacudió la cabeza y rio… Y todo el mundo intentaba cortarles la cola con un cuchillo de trinchar…

Nathan temblaba, pero permaneció mudo. Al alemán le sentó mal el silencio de Nathan. ¿Por qué este muchacho judío no suplicaba por su vida? ¿Por qué no discutía? ¿Tan fácil era para él aceptar una muerte inevitable? Al coger la pluma para firmar la orden, el guardia se inclinó sobre la mesa.

—Perdone, señor, pero el mayor Mühldorf tiene problemas para organizar el trabajo en la estación. Necesita desesperadamente alguien que pueda traducir del alemán y del polaco al ruso.

—¿Qué tal es su alemán? No quiero decir *yiddish*. Me refiero al alemán.

—He leído a Schiller y Heine —consiguió decir Nathan con los labios resecos.

—¿Y polaco?

—He vivido en la frontera la mayor parte de mi vida. Mi polaco es fluido.

El alemán tamborileó por un instante sobre la mesa.

—Lleve al *yid* al mayor Mühldorf. Si le sirve, muy bien. Si no, tráigamelo para transferirle.

El mayor Rudi Mühldorf, el jefe de estación, había llegado al lugar solo unos días antes. Era un viejo ferroviario civil destinado al servicio militar.

Su problema inmediato era poner en orden el depósito y la casa de máquinas para que funcionaran, la dificultad de la tarea estribaba en que necesitaba utilizar tres lenguas. Nathan le aseguró que le serviría. A Mühldorf ni le agradaban ni le disgustaban los judíos. Le gustaban los trenes y nada más que los trenes.

Bialystok era ahora un empalme clave en el avance alemán a la Rusia blanca, el Báltico y Ucrania. Las provisiones para las tropas y la artillería llegarían para todos los frentes, pero Mühldorf se enfrentaba con el caos de la guerra así como con un sistema ferroviario anticuado. Estaba determinado a hacer de Bialystok una operación sin tropiezos, aunque no consiguiera el estándar de perfección alemán.

De ese modo, Nathan se ganó una cama en el edificio del jefe de estación, raciones de soldado alemán, y un gorro y brazal especiales que denotaban que era un obrero protegido.

Nathan daba gracias a Dios por no ser uno de aquellos centenares que pasaban por la estación encerrados en vagones de ganado para formar parte de las brigadas de trabajo, para la reparación de vías y puentes. El número de muertes entre ellos era impresionante.

Nathan pasaba la mayor parte del tiempo en una mesa traduciendo manifiestos, órdenes de reparación, requisa de piezas, reglamentos y planes. Se le llamaba varias veces al día para enderezar entuertos debidos al lenguaje. El mayor beneficio de su situación era que podía ayudar a su familia.

La ocupación alemana se llevaba a cabo con un implacable desprecio por los civiles. Con todos los mercados de carne y de pollos fuera de servicio, Yehuda volvía a estar otra vez sin medios de trabajo. Todo lo útil de aquella tierra era utilizado por los alemanes, dejando que el pueblo se las arreglara como pudiera.

La desesperada situación alimentaria se hizo más difícil aún por una enorme epidemia de tifus.

Todos los productos entraban en el depósito de Bialystok para su reenvío al frente, y un inevitable mercado negro nació y floreció. La mayor parte del sistema ferroviario estaba operado por alemanes civiles, cuyo patriotismo podía comprometerse con facilidad.

El mayor Mühldorf conocía bien el sistema. Un poco de robo acompañaba siempre el romanticismo de los andenes de carga. De vez en cuando, un grupo dedicado al mercado negro se volvía demasiado ambicioso; entonces los detenía o los fusilaba para refrescar el fervor.

Nathan se hizo el discreto «intermediario honrado» entre comprador y vendedor

por un precio módico y razonable sobre la transacción. Para él era sumamente fácil conseguir un transporte a Wolkowysk, a pocas horas de distancia, una vez a la semana por lo menos, con un paquete de comida para la familia.

Wolkowysk, 1920

Yehuda Zadok estaba de vuelta a su viejo trabajo, cortar la cabeza de los pollos.

Durante años había habido una mezcla de ejércitos: rojos, blancos, ucranianos, lituanos y polacos, atacándose unos a otros por quedarse con los despojos del caído imperio zarista. Mientras se mataban entre ellos, compartían un enemigo común: los judíos. Pero los pogromos de la posguerra y la posrevolución hicieron que palidecieran incluso los peores de medio siglo atrás.

—Si eres judío —explicó Yehuda a Sofía—, parece como si tuvieras que volver a enfrentarte con la historia del mundo, todos los días…

Las escapadas al éxtasis religioso de Yehuda y la tabla de matar pollos adormecían su pena, pero sus pensamientos estaban dominados por el futuro de su familia.

El día más triste de todos era el *sabbath* y las visitas al cementerio. Los dos hijos más jóvenes de los Zadok, Reuben y Bessie, habían muerto en una de las epidemias de tifus, antes del final de la guerra.

El cementerio estaba en un bosquecillo de abedules plateados, sin hojas, con sus secas ramas superiores señalando hacia arriba como dedos torcidos en angustiosa plegaria. Las lápidas habían sido derribadas y las tumbas saqueadas durante los pogromos. La profanación era perpetua.

Yehuda solía esperar a la puerta del cementerio para que Sofía pudiera quedarse a solas con sus dos hijos muertos. Hacía tiempo que había aprendido a dominar el dolor, pero la pérdida de Bessie y de Reuben le había causado una pena permanente.

La mente de Yehuda estaba siempre puesta en la familia. Todos, excepto Bessie y Reuben, habían sobrevivido a la guerra, pero ahora debía encararse con la disolución de la familia, y en dispersarla para siempre.

Para él y Sofía no habría cambio. ¿Palestina? Ni pensarlo. Palestina era para los jóvenes. Los casamenteros gorjeaban cerca tratando de encontrar maridos apropiados para las tres chicas, Rifka, Sara e Ida. No eran unas bellezas precisamente, y las hijas de un *shohet* no era fácil que encontraran un príncipe. Además, a Rifka se le había pasado el tiempo para un matrimonio conveniente, por causa de la guerra.

Yehuda tenía la esperanza de que se casaran quizá con un carpintero, o un curtidor, y si Dios le sonreía, un carnicero o un comerciante. No se preocupaba demasiado por sus hijas y no porque no fuera un padre amante y afectuoso. En sus oraciones diarias rogaba que una de ellas, por lo menos, se quedara en Wolkowysk y tuviera hijos y tal vez el dolor desaparecería de los ojos de Sofía, con el tiempo.

La suerte de los chicos era la que más le preocupaba. Los tres mayores se habían apartado de lo que había soñado para ellos. Yehuda no se atrevía a decirlo en voz alta, pero Mordechai era una amarga decepción. Cuando llegó el momento de graduarse en la *yeshiva*, en Vilna, Mordechai se había apartado de la vida religiosa a la que su padre le había encaminado tan cuidadosamente. No fue exactamente una rebelión, ni un rechazo; pero sí una definida decisión de no ir al rabinato. Mordechai, por el contrario, había elegido hacerse maestro y, en cierto modo, escritor.

Vilna era una de las ciudades del corazón del *shtetl*, una pequeña Varsovia rebosante de herencia y cultura judías. Mordechai fue nombrado instructor en un gimnasio seglar; escribía una columna diaria en uno de los periódicos locales y además vivía inmerso en las actividades eruditas de la comunidad judía de Vilna.

Vilna era especialmente mala para los judíos en aquellos días. La ciudad había sido cedida a los polacos por un tratado y esto provocó una lucha rabiosa entre Polonia y Lituania, con ambos ejércitos ejerciendo su ritual matanza de judíos, a los que ambos bandos achacaban sus problemas.

La realización final de la independencia de Mordechai llegó con unas cartas en las que decía estar interesado por una muchacha de una familia rica y no practicante. ¿A qué punto habían llegado cuando un padre ya no podía arreglar el matrimonio de su hijo?

Yehuda llegó a la conclusión de que los tiempos habían cambiado. Quizá sus esfuerzos para que Mordechai siguiera siendo un muchacho del *shtetl* no habían dado ningún resultado. Entonces, ¿qué más daba mientras su hijo fuera feliz? Si se buscaba una novia sin la aprobación personal de su padre, no por ello el sol iba a caer del cielo.

Hubo otra sorpresa en la familia Zadok. Matthias, que acababa de cumplir diecisiete años, siempre fue un enigma para la familia… Tranquilo, intenso, soñador. Físicamente, también era un Zadok distinto…, más alto, más fuerte, seguro y merecedor de confianza. Al terminar la guerra, cuando Nathan no fue capaz de levantar la bandera de «Sion Poale», que volvía a crear sus capítulos por toda la esfera judía, Matthias, con gran sorpresa de todos, se volvió el sionista de la familia. Organizó treinta jóvenes en Wolkowysk y emprendió la ardua tarea de recaudar fondos, conseguir visados y saltarse todos los tropiezos burocráticos esenciales para el viaje a Palestina. Era a Matthias a quien se pedía que hablara en las conferencias regionales, y también fue el representante en el principal congreso de Varsovia.

Un día, cuando Yehuda y Sofía volvían del cementerio, Matthias les estaba esperando. El muchacho temía las horas después de sus visitas a las tumbas, pero lo que estaba ocurriendo requería una decisión inmediata.

—Buen, *shabbas*, papá, mamá.

—Buen *shabbas*, Matti. Creí que esta noche ibas a estar en una reunión en

Slonim. ¿No habrás viajado en tren en *sabbath*?

—Claro que no. Llegué anoche antes de la puesta del sol. Siento no haber asistido a la *shul*, pero había una reunión urgente en la casa de Lufka.

—Bueno, dime de una vez de qué se trata antes de que se te hiele la lengua.

—Primero prepararé un vaso de té —dijo Sofía. El fuego estaba casi muerto. Ella lo atizó y buscó un leño pequeño en la cesta de la leña.

—¡Mujer! Estamos aún en *sabbath*. ¿Desde cuándo cocinas en *sabbath*?

—Necesito un vaso de té. Reza tú por mí toda la semana; yo me preparo el té.

—Pues yo también tomaré —aceptó Yehuda—. *Nu*, Matti, ¿qué decisiones insoslayables requerían anoche una reunión en casa de Lufka?

—El distrito recibió una donación especial del barón Von Epstein, en Ginebra, para mandar a otro de nuestros miembros a Palestina. Me votaron a mí para que fuera.

—¿Estaba Nathan en la reunión?

—Sí. No suele asistir, pero ayer sí estaba.

—¿También te votó él a ti?

—No, papá. Nos gritó que la decisión era injusta. Se fue, rabioso. Cuando lo alcancé me llamó diez mil cosas feas. Te juro, papá, que yo no tenía idea de que Nathan aún quisiera ir a Palestina.

Yehuda Zadok emitió un gemido que los judíos del país habían tardado mil años en perfeccionar. Matthias se apoyó en el marco de la ventana y acarició las cortinas, frágiles por la edad y por las muchas veces que habían sido lavadas.

—Está bien —decidió Matti—. Nathan merece ir primero. ¿Qué importa que yo tarde un poco más? Llegaré a Eretz Israel.

—¿Estás seguro de que quieres ceder tu plaza a Nathan?

—Sí, seguro.

Yehuda dio unas palmadas afectuosas a la espalda de su hijo.

—Dije a los camaradas que volveríamos a reunirnos esta noche. Estoy seguro de que aceptarán mis deseos y enviarán a Nathan.

Sofía miró en el dormitorio de los chicos. La cama de Nathan permanecía intacta.

—¿Dónde estará? —preguntó Sofía.

—En la leñera —contestó Matthias.

—En la leñera —repitió su padre con una sonrisa irónica—. Nathan está en la leñera.

—Intentaré volver a hablarle —ofreció Matthias.

—No, no, Matti, vete a dar una vuelta con tu amiguita. Yo hablaré con él.

Cuando Matthias salió, Sofía y Yehuda contemplaron sus vasos de té sin tocar.

—¿Ves lo que ocurre cuando se cocina en *sabbath*? —observó Yehuda.

—Personalmente —dijo Sofía—, me alegraré de que se vaya, aunque solo sea para que deje de escuchar todo ese *dreck* bolchevique. Cada vez escucha más.

—Lenin ha decretado que ya no existe una reserva para judíos. Podemos viajar

por toda Rusia, incluso a Moscú. Quién sabe, tal vez sí cambian los tiempos.

—Yehuda, eres un loco de primera calidad. ¿Crees que un simple garabato de pluma cambiará mil años de historia rusa? Rusia será un buen sitio para que vivan los judíos cuando deje de nevar en Siberia. Quizá Lenin llegue a convencer a los ucranianos de que son rusos, pero nunca convencerá a los judíos.

—Pues, ¿qué es lo que quieres, mujer?

—Quiero que animes a Nathan para que se marche a Palestina antes de que se mezcle demasiado en este asunto bolchevique. ¿Qué piensa? ¿Que si va a Moscú echarán flores a su paso? Los rusos son los mayores embusteros del mundo.

—¿Qué es lo que bulle en tu cabeza, Sofía?

—¿Qué? ¿Qué? Mira a tu alrededor, Yehuda. Todo el mundo aspira al honor de destruirnos. Este país terminará siendo un enorme cementerio. Cuanto antes se marchen los chicos, mejor.

—Sofía, no entiendes nada de nada.

—Comprendo lo que comprendo y lo comprendo a la perfección.

—Tú hablas de vacas, y yo hablo de caballos. Sofía, nuestro hijo Nathan no sabe lo que quiere. Nunca lo ha sabido. Ni nunca, probablemente, lo sabrá. Si se va a Palestina, fracasará, te lo digo yo. Si se va a Estados Unidos, fracasará.

Sofía parpadeó, no comprendía.

—Te diré algo, con una piedra en el corazón —continuó Yehuda—: Nathan es un judío *shtetl*. Sabe cómo sobrevivir en esta atmósfera, pero ponlo en otro lugar y será un desgraciado. Hay gente que está hecha para nacer, vivir y morir en el *shtetl*, como tú y como yo.

Los ojos de Sofía Zadok se llenaron de lágrimas.

—Déjale que vaya a Palestina. No podré seguir viviendo si otro de mis hijos está en el cementerio de Wolkowysk.

A PALESTINA

Varsovia, 1920

El recién recreado Estado de Polonia era activa y abiertamente antisemita por política nacional; una política endorsada por la inmensa mayoría de sus ciudadanos y su Iglesia Católica Apostólica y Romana. Pero en Varsovia había cuatrocientos mil judíos y esa cantidad proporcionaba ilusión de seguridad.

En Varsovia, el judaísmo era vibrantemente vivo en gran variedad de aspectos. Había dinastías de hasidim de largos abrigos y barbas negros… Había filósofos callejeros de cada tendencia y vendedores ambulantes de cada producto. Toda rama filosófica del sionismo tenía sus publicaciones, oradores y centros culturales. Había socialistas, asociados ahora con los comunistas. Disponían de publicaciones en *yiddish* y en hebreo, y de un teatro vibrante. Había un movimiento obrero agresivo, que hacía la corte a decenas de miles de obreros no sindicados. Había unos cuantos judíos ricos, pero la mayoría estaban al borde de la pobreza. Había unos cuantos gángsters judíos y prostitutas judías.

El aumento de la población judía en Varsovia había sucedido por la constante arribada de refugiados procedentes de las antiguas comunidades de los países conquistados. Después de cada nuevo pogrom, llegaban a miles.

A Nathan Zadok le gustó Varsovia. Allí podía sumergirse en un mar de su propia gente, hablando todos en *yiddish*. Más de trescientas sinagogas, yendo de las de una sola estancia al gran Templo Tlomotskie, recibían un chorro constante de devotos; los escenarios de cuarenta teatros resonaban de inquieta prosa; una docena de periódicos clamaban sus protestas y un centenar de escuelas rebosaban de estudiantes de cada tema.

El centro de actividades de «Sion Poale» era un viejo edificio, una antigua fábrica de curtidos en la calle Mila, en la sección más pobre de la ciudad. «Sion Poale» llevaba su miserable operación en un zaguán cavernoso, una cocina comunal y unas pequeñas oficinas. El alud de jóvenes que emprendían el *aliyah* a Palestina había agotado sus provisiones.

Los que tenían amigos o parientes en Varsovia, o bastante dinero para una habitación de hotel, eran afortunados. La mayoría dormía en mesas, bancos y en el suelo y comía la peor comida de toda su vida.

Cuando un grupo de trescientos se había reunido y comprobado sus datos, se organizaba un tren que les llevara a Bratislava, en la frontera checa. Cantaban todo el tiempo. Incluso Nathan lo hacía. Era su primer viaje en tren sin miedo.

Nathan, también por primera vez, descubrió a Rosie Gittleman. Solo había cuarenta muchachas entre los trescientos pioneros. Con todos los muchachos más altos y más guapos que él, Nathan estaba seguro de que le sería imposible trabar amistad con alguna de ellas.

Rosie Gittleman no haría volver la cabeza a nadie. No era precisamente fea, pero le faltaba poco. Su aspecto era flaco y descolorido. ¿Cómo podía semejante muchacha ser pionera? A Nathan lo desconcertó.

Al principio, Rosie y Nathan solo intercambiaron alguna mirada. Nathan no podía creer que fuera el elegido. Con algunas maniobras de aproximación, se las arregló para sentarse a su lado.

Nathan tenía la habilidad de deslumbrar a cualquiera durante las primeras horas de conocerse. Rosie no sabía gran cosa de literatura, ahí estaba su entrada. Se quedó realmente impresionada.

Le sorprendió enterarse de que un año y medio antes, había sido enviada a la residencia para antituberculosos de Zakopane, en los Cárpatos. Siendo judía, le era imposible tener habitación en sanatorio normal y tuvo que vivir seis meses en una pensión.

Su familia, estrictamente ortodoxa, estaba segura de que tenían a una solterona en las manos para el resto de su vida. Primero, les sorprendió al sobrevivir a la enfermedad y ser declarada sana. Habiendo ganado esa batalla, encontró el valor de enfrentarse a un padre tiránico y declarar su intención de hacer *aliyah* a Palestina.

Para cuando el tren hubo salido de Krakow y serpenteado por todas las gargantas de los Pequeños Cárpatos, Nathan y Rosie se habían acostumbrado a rozarse uno contra el otro y así tocarse sin dar la impresión de hacerlo.

Bratislava

Casi todo el mundo se había adormecido cuando una súbita corriente de excitación se propagó a todos los vagones. ¡Ya estaban fuera de Polonia! Los vivas se mezclaban a las maldiciones de despedida. Sin embargo, persistía la imagen de madre o hermanos, que les producía tristeza. Nathan sintió un inesperado ramalazo de pena.

Solo el Señor sabía lo que le esperaba. Quizá debió haberse quedado en Varsovia. Por mal que se pusieran las cosas, Varsovia ofrecía siempre una medida de seguridad. Quizá si hubiera conocido a Rosie antes, podían haber hablado, y quedarse juntos. Quizás… Quizás…

El tren cruzó rápidamente Checoslovaquia, otro de esos Estados organizados después de la guerra, este procedente del difunto Imperio austro-húngaro.

Hacia la mañana, el tren se detuvo en Bratislava, junto al Danubio, una ciudad de paso entre tres ciudades y ahora la capital de Eslovaquia. Los pioneros desembarcaron para desentumecerse y se desparramaron hasta la llegada de un nuevo tren que les haría cruzar el río.

Los trabajadores del ferrocarril, se encontraban en un estado de somnolencia y de enfado mientras se tomaban su café aguado, cargados de resentimiento por este otro «tren judío».

«Cochino *yid*» era el comentario que aumentaba de volumen y se hacía más ofensivo. Los pioneros, advertidos de que no debían provocar incidentes, se mantenían juntos en apretado círculo. Eso animó a los ferroviarios y empezaron los golpes y los empujones.

Entre los pioneros había algunos jóvenes fuertes que no estaban dispuestos a contenerse. Misha Polokov, que se había ido haciendo el líder desde la salida de Varsovia, arrancó la pala de las manos del cabecilla de los eslavos y casi le arrancó la cabeza.

En la escaramuza que siguió, los eslavos aguantaron una paliza inesperada. Nathan se alejó con la excusa de montar un piquete de defensa de las muchachas. Jamás había visto a un judío golpeando a un *goy* y mucho menos derribarle y patearle una vez en el suelo. Era estupendo presenciarlo, pero espantoso. ¿Qué ocurriría si en la ciudad se enteraban y la muchedumbre se desplazaba para acabar con ellos? Cuando los soldados llegaron, estaba muerto de miedo.

Los pioneros fueron rápidamente metidos en unos vagones y los soldados se desplegaron para protegerlos a medida que los vagones se fueron metiendo en un transbordador para trenes y dirigidos a través del Danubio.

Nathan se quedó mohíno. Debió haberse portado mejor durante la refriega. Ahora deseaba ardientemente ganarse el respeto de Rosie Gittleman.

VIENA

Viena, antaño la meca para lo mejor de la Humanidad, estaba ahora jadeante por el paso de la guerra. La ciudad de los sueños estaba apuntalada y el hambre roía a su gente.

Trasladaron a los pioneros a una casa de baños, y despiojados como precaución contra la epidemia de tifus. Sus ropas fueron hervidas en un caldero de ácido carbólico y salieron arrugadas, descoloridas y malolientes.

Las raciones consistían en una sola rebanada de pan y un bol de un líquido oscuro y sospechoso, con unas hojas flotando en la superficie, tres veces al día. Al final del tercer día, todo el mundo estaba debilitado por el hambre. Nathan hizo el gesto de dar a Rosie gran parte de su ración.

Misha Polokov, cuyo acordeón no había dejado de sonar desde que abandonaron Varsovia, se había erigido en su indiscutible líder cuando se cubrió de gloria en la batalla de Bratislava. Misha reunió a un grupo, incluyendo a su hermana Berta y a Nathan, y recorrió la ciudad en busca de algo que comer. Descubrió un floreciente mercado negro en una esquina de Prater Park, donde los campesinos despojaban a los desgraciados habitantes de la ciudad de todo: desde joyas a antigüedades. El dinero, en forma de dinero, no valía nada.

Después de discutir la situación con su gente, Misha comprendió que sería

imposible atacar y salir corriendo por el Prater. Se volvió para estudiar las diferentes carreteras que entraban y salían de la ciudad. El asalto era la respuesta.

El expedienteo burocrático y la falta de eficiencia de los ferrocarriles obligaron a los pioneros a quedarse cinco días. La situación en la casa de baños había alcanzado el punto más bajo cuando Misha y media docena de sus alegres compañeros entraron con una carreta que contenía una cerda capaz de alimentar a un pequeño ejército. En la carreta también había un barril de cerveza casera.

Presionado por sus otros compañeros, Misha confesó que había preparado una cuidadosa emboscada. El desgraciado granjero fue interceptado en una sección de carretera solitaria, atado, amordazado y llevado a una iglesia de una aldea cercana, subido a lo más alto del campanario, y abandonado colgando, sin pantalones, a unos quince metros del suelo.

Ahora se les planteaba una cuestión de ética, de enorme gravedad. A saber, ¿podía un cerdo volverse *kosher*? Una especie de consejo rabínico *ad hoc* se formó para debatir la cuestión.

Nathan Zadok, enturbiado por el hambre, y casi ido por un vaso de bebida, hizo brillantemente de abogado del diablo para convencer a los camaradas de que aquel no era el momento de andarse con ceremonias antiguas.

—Dios a veces disfraza sus misterios y obra de forma enigmática. Cuando capturamos este cerdo, era una vaca. Cambió ante nuestros ojos. ¿Por qué nos pone Dios a prueba? Para ver si tenemos el valor de ir a Palestina, que puede que no ocurra si no nos comemos esta vaca. ¡No podemos fallarle a Dios después de haber llegado tan lejos!

A medida que los camaradas vaciaban el barril de cerveza, lo que Nathan les decía empezó a tener sentido para ellos. Lo cierto era que el animal se iba pareciendo, por minutos, cada vez más, a una vaca.

Se procedió a votar y, en verdad, se acordó por unanimidad que el animal era realmente una vaca disfrazada. Todos los pioneros suplicaron el silencioso perdón de sus padres y de sus rabinos. El animal fue respetuosamente llamado *Nicolás*, en memoria del difunto zar, y en un ritual único en los anales de Viena, este fue el único animal sacrificado y asado en una casa de baños municipal.

El acordeón de Misha entró en acción y los que aún podían, bailaron. Muchos de los pioneros, que no estaban acostumbrados al sabor o a la noción de comida prohibida, pasaron discretamente a los retretes y vomitaron.

Cuando la fiesta alcanzó su punto máximo, llegaron funcionarios de «Sion Poale» para anunciarles que se había encontrado un tren para Trieste y que los esperaba en la estación.

—Nathan, has estado estupendo esta noche —dijo, atrevida, Rosie Gittleman, y apoyó su cabeza en el hombro de él. Este hizo acopio de valor y la rodeó con su brazo. Pasado cierto tiempo, ella fue resbalando de modo que le quedó la cabeza en el regazo de Nathan; al quedarse dormida, él la acarició la cabeza hasta bien entrada la

noche.

Trieste

Los pioneros se pusieron a cantar en el momento en que el tren abandonaba Viena. Tenían la tripa llena y el panorama era magnífico. El tren se arrastró en medio de altos prados perfumados y de la sorprendente opulencia visual de los Alpes, abriéndose camino hasta Trieste, el puerto donde embarcarían.

Durante las veinte horas de aquel viaje, Nathan se fue preocupando cada vez más por Rosie. Para empezar, era frágil y ahora no se encontraba bien. Se sentía febril y estaba extraordinariamente pálida.

—No debes preocuparte, Nathan. Probablemente es por causa de este subir y bajar montañas. Me recuerda la primera vez que fui a Zakopane con mi problema pulmonar. Las montañas me marean. Ya pasará.

Cuando cruzaron a través de Lubliana, Nathan estaba asustadísimo.

—Creo que deberías ver a un médico al llegar a Trieste —dijo.

Rosie se mostró inflexible.

—No, y no vayas comentándolo con los demás. He llegado hasta aquí. Nada me impedirá subir a bordo de nuestro barco.

—Pero, Rosie, estás blanca como la cera.

—Si dices siquiera media palabra de esto a los demás, no volveré a hablarte.

Nathan trató de enterrar su preocupación. ¡Qué muchacha tan valiente!, pensó. Por primera vez en su vida, permitía que su mente se perdiera en cierta dirección prohibida. Con una mujer como ella a su lado, Palestina le resultaría menos formidable. Quizás, oh milagro de milagros, podría quererle y necesitarle a la vez. Juntos sortearían los tiempos duros que les aguardaban. Se censuró. Era del todo insensato abrigar semejantes ideas.

Trieste era un trozo de terreno volátil, una presa antigua, cuyo gobierno era transferido periódicamente de un imperio ganador al otro. Desde la guerra, Trieste había sido cedido con una franja de tierra a los italianos victoriosos. Pero, como consecuencia, el puerto había perdido su natural *hinterland* de Eslovenia. Trieste era la sangre vital de la provincia, pero ahora operaba lentamente.

El pánico económico arrastraba siempre estallidos políticos. El tren de los pioneros entró en una ciudad que volvía a estar de nuevo sometida a una agitación familiar. El largo brazo de la revolución bolchevique había llegado a los Balcanes. Todas las paredes estaban cubiertas por eslóganes comunistas y las hojas de propaganda cubrían las calles como nieve recién caída a continuación de las perpetuas manifestaciones. Las tripulaciones de los barcos, generalmente favorables a los comunistas, organizaban huelgas de desgaste. Todo ese caos se llevaba a cabo de forma ostentosa.

No obstante, los sionistas estaban bien organizados y sus condiciones generales eran mejores. La ciudad se había transformado en el mayor puerto de partida para unos cuarenta mil judíos rusos y polacos de la tercera «oleada» a Palestina.

Misha y Berta Polokov, así como algún otro camarada, se dieron cuenta también del estado de Rosie. Se los sacó de encima y, después de unos días en Trieste y de comida decente, pareció mejorar.

Al final de la semana, un carguero italiano, el *Padua*, entró en el puerto para llevarse a los pioneros a Palestina. Los instalaron en cubierta. Sus raciones fueron comida seca, sin provisiones para comida caliente. Los retretes eran cobertizos temporales que daban directamente al mar. Sus camas, delgados jergones con el cielo azul por techo.

El capitán Gionelli y su tripulación se mostraron amables con ellos. A través de Misha Polokov, el capitán les prestó lonas extra a fin de que pudieran montar unas tiendas para protegerse de los elementos.

Era lo menos parecido a un transatlántico de lujo, pero nada podía entibiar el entusiasmo de los pioneros cuando el *Padua* salió de su atraque y enfiló el Adriático. Aunque siempre tuvieron tierra a la vista, no podían evitar sentir que el lazo que les unía al *shtetl* y a todo el odio a los judíos, estaba cortado para siempre.

Los pioneros se reunieron en pequeños grupos que estudiaban, discutían, cantaban y bailaban. Nathan se sentía en la gloria, yendo de grupo en grupo, dando conferencias o charlas sobre cualquier cosa que cualquiera quisiera escuchar.

En el tercer día de navegación, los vientos estacionales, los meltemi procedentes del Norte, sacudieron al *Padua* y, al cruzar el estrecho de Otranto, soplaron con la máxima fuerza. Las actividades cesaron mientras los pioneros se acurrucaban, juntos y mareados. Por fin, llegó una bendita calma y los cielos mostraron su festival de estrellas fugaces al pasar suaves ante la costa griega.

El gran debate entre tripulación y pasajeros eran los méritos del comunismo sobre el sionismo. El precio por pertenecer a la Internacional comunista de Lenin era renunciar a todos los grupos étnicos.

—No es posible —discutía Nathan—. Un judío es un judío, y un italiano es un italiano. No se puede eliminar toda una etnia sin destruir la cultura en sí. Lenin está loco.

Y así iban arguyendo, ya que ahora la batalla para las mentes europeas se libraba entre el socialismo y el nuevo comunismo fuera de Rusia. Estas discusiones tenían poco interés para los enamorados que se aislaban en parejas. El gregario capitán Gionelli les concedió el uso de los botes de salvamento para dormir juntos.

—He llegado a una decisión importante —anunció Rosie una noche a Nathan—. Creo que se puede ser igualmente buen sionista si decides no ir a redimir la tierra. Debemos tener ciudades, así como fábricas y hospitales, además de granjas.

—Sí, pero todo lo que se nos ha enseñado se centra en la tierra —objetó Nathan.

—Tengo que admitir que, para mí, podría ser muy difícil vivir en un *kibbutz*.

Solicitaré que se me dé trabajo en Jerusalén.

—Estoy de acuerdo con tu decisión en un cien por cien. En cuanto a mí, supongo que debería ser granjero.

—¿Y qué hay de malo en Jerusalén?

Por lo que he oído decir, está lleno de *hasidim*. Sería como meterme en otro *shtetl*.

—¿Y qué me dices de Tel Aviv? Millares de judíos ya están viviendo allí.

De pronto, Nathan comprendió que lo que Rosie podría estar sugiriendo se hallaba de acuerdo con sus más secretos pensamientos.

—Tel Aviv es una idea meritoria. Deberíamos dedicarle algo de reflexión —asintió.

—Perdona mi atrevimiento, Nathan, pero dos personas juntas en un lugar extraño, estarían mejor que una persona sola.

Nathan se ruborizó y la miró inquisitivo. Ella bajó la vista con expresión modesta.

—Nadie dice que no se pueda ser un buen sionista en una ciudad —declaró finalmente.

—Así, ¿no te parece que deberíamos comentarlo un poco más?

Rosie movió la cabeza afirmativamente y a Nathan el corazón le dio un vuelco. Ella se le acercó y lo besó en la mejilla; él retrocedió despacio.

—Está bien, Nathan. Todos los camaradas saben que te tengo en gran estima. Perdona mi desvergüenza, pero el capitán Gionelli dijo que podíamos ocupar el bote salvavidas.

Aquella noche fue la más maravillosa de la vida de Nathan. Se tendieron muy juntos, pero con gran respeto, y se mantuvieron enlazados hasta el amanecer.

Cuando el *Padua* pasó por el mar de Creta, el soplo de los meltemi cesó del todo y el mar les sirvió otro susto de su infinito saco de sorpresas. Los céfiros de los desiertos interiores de Arabia, llamados *khamsin*, salieron al mar y lo dejaron liso como un espejo. El aire se volvió de fuego. Las lonas no les proporcionaban ningún alivio a medida que las temperaturas subieron al máximo. La tripulación mojaba regularmente a los pasajeros con una manguera de agua salada, pero pasados los primeros minutos era poco mejor que nada.

Sus canciones se transformaron en gemidos de agonía. La cubierta de acero estaba tan ardiente que no se podía caminar por ella. Tardaron dos días de agotamiento en llegar a Chipre. Los más débiles entre los pioneros se estaban viniendo abajo rápidamente. Un médico subió a bordo para examinarles y sugirió que dos de las muchachas y un chico fueran ingresados en un hospital por insolación. Durante la visita médica, Rosie se había ocultado.

En Famagusta, mientras el *Padua* aceptaba un cargamento de patatas de invierno, los pioneros pudieron rehacerse en tierra con agua fresca, una ducha, un día a la sombra y una comida decente. Regresaron al *Padua* llenos de animación, sabiendo que Jaffa estaba a menos de dos días de navegación.

Una vez en camino, el feroz calor del *khamsin* volvió. Al caer la tarde, Rosie se había desmayado de agotamiento por el calor y Nathan ya no podía callarse. Fue llorando junto a Misha. El capitán Gionelli le preparó un camarote junto al suyo propio y como media docena más enfermaron, llamó por radio a Jaffa para que un equipo médico de emergencia los esperara.

Nathan le bañaba continuamente el rostro y cuerpo empapados de sudor para refrescarla, pero fue presa de una fuerte fiebre seguida de escalofríos y pasó el resto del día delirando.

Los maltrechos miembros del tercer Aliyah se alineaban a lo largo de la borda del *Padua*, llorando abiertamente la mayoría mientras en el horizonte unas manchas se transformaron en una costa sin relieves. Una serie de edificios blancos podían distinguirse a lo largo de una loma, entre los que sobresalía un minarete. Al llegar a Jaffa, la alegría de ver Sión quedó disminuida por la preocupación por los siete camaradas enfermos. Rosie, en particular, estaba en la mente de todos.

Se percibía también la inconfundible sensación de hostilidad en la inmovilidad del aire que podía notarse desde el mar. El calor, la lobreguez, la llanura y el letargo nada tenían que ver con sus visiones de Palestina. Cuando estuvieron delante, lo que vieron fue una tierra vieja y agotada asándose y pudriéndose bajo un sol cruel.

El estupefacto silencio fue roto por el ruido de la cadena del ancla que bajaba y caía en el agua. El puerto, por lo que vieron, era poco más que un muelle rompeolas y unos cuantos almacenes.

Lo primero en darles la bienvenida fue la lancha del capitán del puerto, con el equipo médico y la autoridad competente del Gobierno británico. Después de un rápido examen de las víctimas de insolación, se dejaron de lado las formalidades de desembarco para llevarles rápidamente a tierra.

El capitán Gionelli y Misha se llevaron aparte al mayor británico para suplicarle que permitiera a Nathan ir a tierra con Rosie. El inglés resopló un momento y acabó por acceder.

Fueron trasladados a Neve Shalom, un sector de Jaffa que había sido adquirido por el Departamento de Colonización Sionista a los árabes. En realidad, el hospital era una enorme y vieja casona árabe recientemente comprada por una organización de mujeres judías norteamericanas llamada «Hadassah», que se había comprometido a proporcionar cuidados médicos para los judíos de Palestina. El hospital contaba con diez camas y su personal eran dos médicos estadounidenses y cinco enfermeras.

Uno a uno, los otros pioneros se recuperaron, pero Rosie Gitterman siguió en estado crítico. Se rehízo algo la noche siguiente, lo bastante para reconocer a Nathan.

—Lo hemos conseguido, Rosie —dijo Nathan—. Ya estamos aquí, en Eretz Israel.

Rosie esbozó una leve sonrisa y murió.

PALESTINA, 1920-1921

No era una tierra de leche y miel. En realidad, Palestina era un lugar cansado y abandonado, erosionado por el sol y podrido por los pantanos. Los grandes señores feudales árabes se opusieron a cualquier progreso que los recién llegados judíos pudieran aportar, y prefirieron seguir chupando a su propio letárgico y vencido pueblo.

Los británicos, gobernando ahora por mandato internacional, simpatizaban abiertamente con los árabes y permitían que sus cuadrillas saquearan a la comunidad judía con toda impunidad. El muftí de Jerusalén, un fanático sacerdote musulmán, fomentaba el odio y las revueltas surgían continuamente por todo el país.

Los anteriores colonos judíos habían trasplantado mucho de la vieja mentalidad *shtetl* a Palestina. Poseían enormes granjas particulares, viñedos y fábricas, y estaban encantados de seguir empleando mano de obra árabe, barata.

Una agencia inmobiliaria judía compraba terrenos con tanta rapidez como podían ser adquiridos de propietarios árabes ausentes, pero había ya una larga lista de espera de inmigrantes para empezar nuevas colonias.

A Nathan le parecía revivir los horrores del *shtetl*, de nuevo. Había llegado a una empobrecida comunidad judía incapaz de absorber el empuje de los jóvenes y nuevos idealistas.

Lo que Nathan Zadok vio era a judíos parapetados para defenderse, carreteras intransitables de noche y un calor de insoportable intensidad durante el día. Tel Aviv era una pobre ciudad sin la menor vida cultural y sin distracciones. El odio demostrado a los judíos por polacos, cosacos, rusos y ucranianos estaba ampliamente reemplazado por el de los árabes. No había ni tierra a donde ir, ni vida que ganarse.

—Tengo un empleo de guarda —dijo Misha a Nathan un mes después de su llegada—. Berta vendrá conmigo como cocinera. Hay una posibilidad para ti, también.

—¿Qué es lo que guardas?

—Un naranjal propiedad de un judío, durante la estación de recogida y embalaje. Nos protegemos contra los robos de los árabes y merodeadores de fuera.

—¿Y qué sé yo de armas? Iré contigo si me dejan recoger naranjas.

—Los que las cogen son todos árabes.

—¿No las cogen los judíos en una granja judía?

—Los había el año pasado, pero la Federación del Trabajo intentó organizarlos.

Nathan sacudió la cabeza:

—Para eso hemos venido a Palestina, ¿para ser explotados por los propios judíos?

—Solo llevamos un mes aquí, Nathan. Las condiciones van a cambiar. Sabíamos que iba a ser difícil al principio.

—No necesito que me des lecciones sionistas —replicó Nathan—. Palestina está

llena de explotadores judíos, explotadores árabes, y reaccionarios británicos. A ninguno de ellos les importamos un bledo. Chupan nuestra sangre para forrarse los bolsillos.

—Y tú no me vengas con lecciones bolcheviques —le espetó Misha.

—Incluso si viene una unión, ¿querrá esto decir que, automáticamente, empezaremos una relación amorosa con los árabes?

—No podemos volver, Nathan. Polonia, Ucrania y la Rusia Blanca están cubiertas de sangre judía. Los pogromos son peores que en 1880, y mucho peores que en 1905.

—No, no podemos volver. Acepta el puesto de guarda, Misha.

—¿Y tú?

—Yo tengo parientes por alguna parte. Los buscaré para ver qué pasa con ellos.

Nathan tenía las direcciones de sus primos hermanos, los hermanos Borokov de Mariupol, que habían hecho la segunda *aliyah* a Palestina antes de la guerra. El primo Sidney era un maestro en el muy considerado «Gimnasium Herzlia», de Jaffa, donde algunos de los más ricos judíos mandaban a sus hijos. Como todo en Palestina el gimnasio andaba escaso de fondos.

Sidney Borokov era un hombre decente, con una casa llena de niños, un sueldo bajo y ninguna autoridad. Nathan no tenía títulos para trabajar en semejante institución, que ya estaba repleta a rebosar de eruditos mal pagados e intelectuales. Después de una semana de oír a Nathan contar su trágica relación con Rosie Gitterman, Sidney le llevó a visitar a su hermano Morris.

Morris Borokov era uno de los pocos comerciantes judíos que había tenido éxito. Era propietario de una villa en el barrio de la alta clase media alemana, en las afueras de Tel Aviv. La frialdad entre Boris y Morris y entre Morris y Nathan era mutua. El negocio más importante de Morris era la importación de carbón. «*Gevalt!*», pensó Nathan. Volvía a repetirse Mariupol, solo que peor.

Ser primos hermanos imponía ciertas obligaciones, así que Morris alojó a Nathan en las habitaciones de servicio con los árabes y se quejaba constantemente de lo mal que iban los negocios. Poseía todas las características desagradables de su padre, Boris, y era un notorio explotador de sus obreros. Después de unos días de incomodidad, Nathan tomó una decisión. El primo Morris estuvo más que satisfecho de pagarle un billete de tren para ir a Jerusalén y añadir unas cuantas libras para vivir.

Mientras el tren serpenteaba por los grandes precipicios y valles de las montañas de Judea, Nathan sintió que se le levantaba el espíritu ante lo que Jerusalén significaba y sus fuerzas místicas empezaron a invadirle.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén la adorada! «¿Por qué había tardado tanto en ir a ella?», se preguntó. En la ciudad se hablaba mucho *yiddish* y seguro que allí encontraría trabajo.

Pero la euforia de Nathan duró poco. Jerusalén era una fila de colinas áridas

barridas por vientos ominosos, una ciudad de piedras deslumbrante y polvo. No se había recobrado de la pérdida de una tercera parte de su población por hambre y enfermedades durante la guerra. Era la ciudad más pobre, solitaria y remota, un lugar reservado solamente para aquellos de gran fe.

Jerusalén la dorada, estaba deslucida por tantos saqueos a lo largo de los siglos y su resurrección quedaba muy alejada, si llegaba. Nathan encontró un jergón en una posada del barrio judío de la Ciudad Vieja. Esos kilómetros cuadrados entre murallas otomanas contenían la más desenfrenada mezcla de fermentos religiosos sobre la tierra. El camino al Muro de las Lamentaciones era corto, y seguro porque por él circulaba mucha gente.

Dentro de la ciudad amurallada moraban los más pobres entre los pobres, viviendo al día. Torrentes de hasidim y de ultraortodoxos pisaban fuerte sobre las piedras del pavimento en su ir y venir del Muro, con sus largos y severos abrigos negros, inclinándose en sus movimientos de oración mientras andaban, con sus patillas flotantes bajo los anchos sombreros de fieltro negro. Mantenidos por las limosnas judías del mundo entero, pasaban sus vidas entre rezos y estudios.

Era un lugar extraño, lleno de suspicacias, donde uno pisaba con cautela las sucias calles, siempre consciente de ojos oscuros y hostiles clavados en la propia nuca.

Más allá de la muralla estaban las camarillas: docenas de judíos de diferentes tierras, bukarianos, yemeníes, marroquíes, sirios, polacos, cada uno en su propio barrio fortificado.

Nathan no encontró consuelo en su paseo. Era un lugar donde uno podía existir si uno quería ahogarse en falsas promesas religiosas, pensó Nathan. Como mucho, era un lugar para ir a morir.

Obviamente, no habría trabajo para él. Los grupos religiosos eran impenetrables, sus escuelas servidas por ellos mismos, sus condiciones de vida lamentables.

Emprendió la retirada de Jerusalén después de quince días de desencanto.

En los meses que siguieron trabajó como obrero en grupos ferroviarios y de carreteras; llevó arena para el mortero usado en levantar edificios públicos; encaló casas, tendió cañerías para el agua y partió piedras con un martillo pilón. Los obreros estaban mal alimentados y mal pagados y hacían que los problemas laborales siempre bulleran.

Siete meses después de su *aliyah* a Eretz Israel, Misha encontró a Nathan cavando cunetas cerca de Hadera.

Misha le contó que su hermana Berta se había enamorado de un *kibbutznik* y pasado a su colonia. Milagro de milagros, en el *kibbutz* se encontraron dos puestos para Misha y Nathan.

—Has llegado justo a tiempo con la noticia. ¿A dónde vamos?

—Al norte de Galilea. A un *kibbutz* llamado Hermón.

—*Hermón!* —exclamó Nathan—. Dios mío, Misha, está solo a pocos kilómetros de la matanza de Tel Hai… —prosiguió refiriéndose a una reciente batalla entre judíos y árabes—. Creo que será mejor esperar a que se abran nuevas tierras. Hermón está en la boca del tigre.

—Quizá será mejor que esperemos la llegada del Mesías —replicó Misha—. Estoy cansado de toda esta mierda de aquí. Por lo menos en Hermón podemos empezar a ser sionistas y comenzar con lo que vinimos a hacer.

Fuera de la tienda de Nathan había una interminable trinchera que cavar.

—Cuenta conmigo —dijo al fin—. Te acompañaré a Hermón.

El Departamento de Colonización Sionista proporcionó a Misha y a Nathan un saco de dormir, una mochila, raciones de comida y lo más esencial. El camino hacia el Norte se hizo de *kibbutz* a *kibbutz*. Lo que Misha y Nathan vieron, en general, fue un grupo de nuevas instalaciones arriba en el valle de Jezrael. Los pioneros luchaban contra siglos de marjales resultantes del abandono árabe. Los colonos vivían con dietas de hambre, en condiciones primitivas. Unos pocos de los antiguos *kibbutzim* habían logrado grandes progresos y allí había verde contrastando con el pardo árido del paisaje.

En el extremo norte del mar de Galilea llegaron a un *kibbutz* llamado Degania, que estaba esplendoroso y lleno de datileras y de plataneras. Degania estaba por debajo del nivel del mar, en un invernadero natural. Este era «la madre» de los *kibbutzim* palestinos, ahora en su floreciente duodécimo año. Aquel era el Jardín del Edén, el tipo de colonia que los pioneros habían soñado en su lejano *shtetl*, uno de los pocos frutos tangibles, hasta ahora, del sionismo.

Al norte de Degania el país era salvaje, peligroso. Se formó un convoy para llevar a Misha y Nathan y provisiones a la última colonia, conocida como el *kibbutz* Hermón. Más allá del lago Huleh y un feo pantano, el *kibbutz* Hermón estaba al final de la línea.

El monte Hermón era una pequeña pero formidable montaña de 2814 metros, y su falda estaba en la convergencia de tres distritos separados: Palestina, Líbano y Siria. En las colinas al pie del monte Hermón se acogían un surtido de aldeas chiítas y drusas empobrecidas, construidas en terreno escarpado para protegerse. A la vuelta del siglo, los judíos habían establecido una guardia montada, de elite, llamados los Shomer, o Vigilantes que protegían las colonias distantes. Viajaban a caballo, hablaban el árabe y vestían como los beduinos. Su habilidad en el trato con los ladrones y merodeadores era ahora legendaria. Un grupo de Vigilantes estableció colonias sionistas en Tel Hai y Kfar Giladi. Estos puestos avanzados sufrieron fuertes ataques árabes y después de haber tenido infinidad de bajas, los Vigilantes se vieron obligados a abandonarles.

El *kibbutz* Hermón estaba a pocos kilómetros más allá de Tel Hai y Kfar Giladi, y había resistido victoriosamente los ataques siendo la más lejana colonia judía de Palestina. Más allá de su perímetro, estaba Baniyas, una magnífica gruta y oasis a donde bajaban los arroyos de la montaña para formar una de las fuentes del río Jordán. Antaño tierra de la bíblica tribu de Dan, ahora era tierra de nadie. Las ruinas de Dan y Baniyas y una antigua fortaleza en la ladera de la montaña que había resistido a los ataques romanos, estaban a poca distancia, a pie, del *kibbutz*.

Aunque solo diecisiete kilómetros separaban las estribaciones del monte Hermón del mar de Galilea, el clima acusaba un cambio drástico, desde el semitropical del nivel por debajo del mar al clima moderado de las montañas, con noches frías y nieves en el invierno.

Nathan había oído hablar del líder del *kibbutz* Hermón, un héroe llamado Ami Dan que había llegado durante la guerra mundial, había sido Vigilante feroz durante cierto tiempo, estableciendo después el *kibbutz*, en 1917, con diez hombres y dos mujeres. El *kibbutz* Hermón podía sobrevivir gracias a la dirección personal de Ami Dan, después de que Tel Hai y Kfar Giladi habían sido abandonados.

Ami Dan, en apariencia, había ganado su reputación cuando reunió a un grupo de Vigilantes, cruzó el Líbano antes de la recolección y prendió fuego a todo el valle árabe de Marjiun, después volvió y negoció la paz con los *mukhtars* y jefes locales. Su mensaje les había llegado con toda claridad y contundencia. El *kibbutz* Hermón no volvió a ser atacado con fuerzas, pero estaba constantemente tiroteado y asaltado por pequeñas bandas de beduinos merodeadores. Aunque era relativamente seguro, siempre se tomaban precauciones.

El *kibbutz* Hermón tenía ahora sesenta miembros, un tercio de ellos mujeres entre las que estaba incluida ahora Berta Polokov. Su máximo orgullo era la casa de los niños donde habían nacido media docena de criaturas.

Pese a la abundancia de agua, la variedad de cultivos estaba limitada porque la tierra era caliza porosa. Debido a la altura y el fresco, los manzanos y perales florecían y producían una cosecha estándar, junto con olivares centenarios.

El convoy se detuvo ante una primera empalizada bien protegida por torres de guardia. Entraron a una aldea compacta cuyo centro estaba construido con roca basáltica negra, local, donde se alzaban los acuartelamientos de hombres y mujeres, un edificio de habitaciones independientes para casados, la casa de los niños, granjas, oficinas y un gran salón para toda clase de actos y también comedor, biblioteca y clínica.

—¡Misha, Nathan! —exclamó Berta Polokov corriendo hacia ellos.

Los miembros del *kibbutz* rodearon el convoy para saludar a los recién llegados y bombardearles a preguntas.

La gente se separó de pronto y dejaron paso como si presintieran una presencia. El responsable del *kibbutz*, Ami Dan, iba hacia ellos. No era un hombre de gran estatura, pero su barba hirsuta le prestaba una apariencia de fuerza y tenía el porte

inconfundible de un jefe.

Ami Dan abrazó a Misha.

—Bien venido a Hermón, camarada.

Se volvió a Nathan que se le quedó mirando fijamente unos instantes, de pronto recordó:

—¿Yossi Dubnow? —preguntó Nathan.

—En efecto. Yo fui Yossi Dubnow. La última vez que te vi fue en Polonia, en una fábrica de ladrillos abandonada, en las afueras de Siedlce. Hablaremos más tarde.

Ami Dan se volvió a los otros.

—Está bien, camaradas. Vuestras preguntas habrán de aguardar. Tendremos una reunión después de la cena y nos pondremos al día con las noticias del exterior.

Cuando les enseñaron el interior de aquella burda fortaleza, Nathan descubrió de pronto que no había electricidad, ni teléfono, ni hilos telegráficos instalados en el *kibbutz*, y no pudo compartir el entusiasmo de Misha.

La oficina del *kibbutz* era una estancia espartana adosada al acuartelamiento de hombres. Al entrar Nathan, Ami Dan estaba sentado ante un aparato de radio, de cristal, escribiendo puntos y rayas de un mensaje que le estaba llegando. Cuando terminó la transmisión, dejó los auriculares e indicó a Nathan que se sentara.

—Cuando Berta Polokov sometió tu nombre, me quedé sorprendido —dijo Ami Dan—. Hubiera jurado que jamás te vería en Palestina.

Nathan Zadok había desarrollado con los años una casi total capacidad de olvidar cualquier incidente del pasado en el que no hubiera estado a la altura, o a relegar en lo más profundo de su mente cualquier cosa desagradable. La primera observación de Ami Dan pasó por él sin despertar ningún recuerdo.

—Berta me asegura que has cambiado y que vas a ser positivo para el *kibbutz*. Tengo entendido que has pagado por tus fallos en Palestina. Así que estoy dispuesto a olvidar lo que pasó entre nosotros.

Nathan no se inmutó.

—¿Tendrías la amabilidad de explicar lo que significa Ami Dan?

—Es mi nombre hebreo. Yossi Dubnow se quedó en el *shtetl*. La mayoría de nosotros hemos decidido adoptar nuevos nombres.

—Estaba enterado de este asunto del cambio de nombres.

—A lo mejor, también quieres adoptar un nombre hebreo.

—Jamás. Mi padre no lo comprendería nunca. ¿Ocurre algo con Zadok? Zadok es el nombre de una de las más respetables dinastías judías.

—No hay nada malo con Nathan Zadok —le aseguró Ami Dan.

—Es un nombre judío, un verdadero nombre judío.

Ami Dan sonrió y cambió de tema.

—Misha y Berta me han contado que lo pasasteis muy mal.

—Eso es decir poco.

—Te aseguro que aquí tampoco va a ser fácil, pero utilizar una palabra en nuestra propia tierra es diferente de partir piedras en una carretera británica. Hemos iniciado un tremendo principio para el futuro. Dentro de cinco años este lugar será como Degenia.

Ami Dan pintaba un cuadro optimista. Los sirios de las aldeas de las estribaciones no habían podido desalojarles. El merodear, una forma de vida entre los beduinos, había sido casi eliminado. Los colonos judíos no tardarían en regresar a Tel Hai y Kfar Giladi, así que volverían a tener vecinos.

¿La vida en el *kibbutz*? Era simple y dura, pero nadie se levantaba hambriento de la mesa. Las horas resultaban largas, pero nunca terminaba la noche sin canciones, bailes o debates y relato de historias. Sobre todo, sus esfuerzos habían sido premiados con seis bebés en la guardería y otros tres en camino.

La mente de Nathan retrocedió al cine de su tío Bernie, en Minsk. Recordó lo mucho que le habían gustado las películas norteamericanas de vaqueros. Los carros cubiertos, los ataques indios, las privaciones. En aquella época no hubiera podido comparar la travesía de las praderas americanas con el sionismo, pero ahora parecía que había asombrosas similitudes entre Kansas y la Galilea del Norte, excepto que la tierra de Kansas parecía más prometedora. Todo lo demás (el peligro constante, el aislamiento, y los enemigos) era igual. Solo que aquí no vendría el 7.º de Caballería a salvarles.

—Me gustaría una ocupación —dijo Nathan—, un trabajo de oficina en el que tengo mucha experiencia.

—No es así como operamos —explicó Ami Dan—. A menos que vengas con una habilidad especial como carpintero o herrero, todos hacemos trabajo rotatorio. De ese modo, aprendemos todo lo que se hace en el *kibbutz*. Dentro de un año, cuando hayas sido votado miembro de pleno derecho, puedes solicitar una ocupación semipermanente.

Todo lo demás era la imagen de una vida espartana y una existencia casi comunal. La ropa, el tiempo libre, unas pocas libras al año para gastos, asistencia médica…, todas las necesidades salían de un fondo común. Todas las decisiones eran colectivas.

El primer destino de Nathan fue de ayudante guardián del granero que alojaba un pequeño rebaño de vacas y los caballos y mulos de trabajo. Era la ocupación más sencilla, aunque fuera desagradable. Nathan la comparaba al almacén de carbón en Mariupol, con estiércol en lugar de carbón como objeto de su odio. El estiércol, se enteró, era un artículo necesario para alimentar las huertas.

El resto del trabajo resultaba sencillo. Remendar los arreos y otros artículos de cuero lo había aprendido de su padre, guardar heno en los depósitos, manejar el fuelle para el herrero, y encalar no requerían educación superior. Ni tampoco la guardia en la torre de vigilancia, una obligación de todas las noches. El futuro no parecía mostrarse muy prometedor.

Nathan no podía comprender la mentalidad del camarada Amos que era el encargado del granero y del rebaño y pasaba sus días cantando y alabando las glorias del sionismo. Parecía como si el camarada Amos levantara su espíritu mediante el maloliente estiércol.

Una vez dominado el arte de ordeñar las vacas, Nathan creyó poder solicitar su traslado a un trabajo más prometedor. Las vacas resultaron ser poco cooperadoras. «Volcar el cubo» adquirió un nuevo sentido. Nathan no prestó demasiada atención a las instrucciones del camarada Amos y le llevó una semana darse cuenta de que las vacas esperaban ser ordeñadas por el lado derecho en lugar de por el izquierdo. Nathan fue pateado repetidas veces, derribado, se le puso codo de ordeñador, y se le desollaron las manos.

El camarada Amos, por el contrario, amaba a sus vacas. Y ellas a él. En aquellas mañanas glaciales, cuando el camarada Amos apoyaba la cabeza en el flanco de una vaca en busca de calor, el animal le respondía. Nathan descubrió que se hablaban. El camarada Amos y las vacas realmente discutían juntos.

Nathan se debatía entre manos hinchadas, cubos volcados, espinillas pateadas, mientras aprendía hábiles maniobras para apartarse de ellas. Lo más desagradable era cuando la vaca soltaba una gran boñiga húmeda, que se deslizaba por su rabo, y, de pronto, sacudía este contra el rostro de Nathan. La producción de leche bajó tanto que los niños se quedaban sin ella. El camarada Amos solicitó que se asignara a Nathan a otra parte.

Cada mañana, a las cinco, cuando el *kibbutz* empezaba a vivir de verdad, Nathan se preguntaba si era realmente allí donde quería pasar el resto de su vida.

Muchas cosas habían llamado la atención de Nathan, cosas que le parecían casi escandalosas. Desde su llegada a Palestina, se había convencido del hecho de que las mujeres no practicaban la tradicional modestia. Uno podía pasar por alto las mangas cortas y la falta de pañuelo en la cabeza dado el tipo de trabajo que hacían, aunque su madre siempre llevó mangas largas incluso durante las olas de calor. Había visto muchas mujeres con las piernas al aire, luciendo pantalones cortos que estaban enrollados hasta *allá*, y esto desde su llegada a Palestina. Jamás hasta entonces había visto a ninguna hembra descubierta, en público, hasta *allá*. En el *kibbutz* Hermón, todas ellas, casadas o solteras, vestían sin modestia.

Esta falta de comedimiento, una afrenta a la vida judía, pesaba sobre las otras cosas en la vida diaria del *kibbutz*. Nathan tenía un problema con las duchas. Una tina en el patio, con el agua agradablemente caliente lo esperaba al término de todos los días. Las duchas eran glaciales allí, en especial a las cinco de la mañana.

Las duchas de hombres y mujeres estaban separadas por una tenue mampara que no cerraba del todo. Si uno quería echar un vistazo, no había problema.

Pero lo peor era aquella perpetua condición de desnudez que no parecía molestar

a nadie más que a él. Después de todo, era gente nacida en el *shtetl*, o sea, judíos tradicionalmente practicantes que estaban advertidos sobre esas indecencias. Empezó a considerar seriamente hasta qué extremo podía el sionismo ser la influencia corruptora.

«Además —se dijo Nathan—, ¿qué clase de granja judía podía ser sin una sinagoga?». También, el *kibbutz* criaba cerdos en secreto. Y era bien sabido que cuando las muchachas iban al mercado árabe, cambiaban productos del *kibbutz* por carne de camello, otra comida prohibida.

Había un edificio en el *kibbutz* del que nadie hablaba. Misha, que había tenido un año de entrenamiento militar, entró de inmediato. Cuando Misha le contó de pasada que fabricaban armas y bombas, Nathan casi se ahogó. Había constantes idas y venidas de grupos de jóvenes de colonias alejadas, del Sur. Se enteró de que eran miembros de la recién creada Fuerza de Defensa Judía, la Haganah; el *kibbutz* Hermón era su base de entrenamiento.

Estas y otras desilusiones fueron amontonándose.

Nathan se ruborizó cuando le asignaron a Malka, una gordita con los pantaloncitos subidos hasta *allí*, para aprender a manejar el rifle. Jamás había sostenido un arma, y dicho concepto desconcertaba su imaginación. Las armas eran para los *goyim*. Cada vez que tocaba una, le sudaban las manos. Por espacio de tres días, Malka le enseñó a sostener el rifle, desmontarlo, limpiarlo, montarlo de nuevo y apretar el gatillo sin munición.

Para terminar su instrucción, tenía que disparar diez ráfagas de munición viva de la que se fabricaba en el *kibbutz*. Al apuntar al blanco, Malka estaba por encima de él, con sus largas piernas desnudas, y lo excitó tanto que olvidó las instrucciones. Sacudió el gatillo en lugar de apretarlo limpiamente y también olvidó apartar el pulgar. La culata del rifle chocó con su hombro, lo que le hizo ver las estrellas, y, en el mismo momento, se metió el pulgar en el ojo; total, que no dio en el blanco.

La reunión semanal del *kibbutz* tuvo lugar el miércoles después de la cena.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Ami Dan.

Nathan se levantó.

—Tengo un asunto que me gustaría presentar para ser considerado seriamente.

—No es habitual que un camarada participe sin ser miembro de pleno derecho del *kibbutz*, pero haremos una excepción. ¿Qué te atormenta, Nathan?

Este se movió, adoptó la expresión de un rabino para situar el estado de ánimo, y sacudió el índice ante ellos.

—Pienso, camaradas, ¿qué es la gran *megillah* acerca del nombre Hermón? ¿Por qué semejante montaña, que pertenece casi por entero a los árabes, tiene el honor de

que un *kibbutz* adopte su nombre?

Casi todos los miembros se asombraron, incrédulos.

—La montaña tiene gran significado bíblico —contestó Ami Dan—. Y también resulta que estamos donde está.

—Pero ¿cuántas Hermón bastarán? —prosiguió Nathan sin escuchar a Ami Dan —. ¿Qué cosa es? ¿Una montaña sagrada? ¿Acaso Dios manda bendiciones especiales desde Hermón?

—Habla en hebreo —ordenó Ami Dan, molesto—. Es la norma del *kibbutz*.

Nathan continuó su arenga contra la montaña en *yiddish*.

—¿Quieres, por favor, puntualizar, camarada Zadok?

—Estoy pensando, y con un sentimiento profundo, con el que creo que estarán de acuerdo mis camaradas, que un *kibbutz*, para ser realmente conmemorativo, debería recibir el nombre de alguien real. Estoy pensando en una mártir del sionismo. Propongo que se cambie el nombre del *kibbutz* por el de Kfar Gittleman, en memoria de alguien que sacrificó su vida por llegar a Eretz Israel…

—Basta ya, camarada Zadok.

—¿Qué podía ser más magnífico que este nombre, y en un gesto tan simple? Kfar Gittleman… —continuó Nathan.

—Ya basta.

Después de rotar en más de una docena de trabajos diferentes, ninguno de los cuales llevó a cabo con éxito, Ami Dan se dio cuenta de que era cuestión de tiempo hasta que Nathan se marchara voluntariamente o no. Los miembros cada vez se impacientaban más con él, incluso Berta y Misha. Nathan no era un ser comunal. Sencillamente, había gente que no estaba hecha para la vida del *kibbutz*, pero nadie jamás mostró menos capacidad de aceptar instrucciones o reconocer las críticas.

Ami Dan decidió forzar la cosa asignando a Nathan el trabajo más peligroso del *kibbutz*, y le mandó un mes de servicio como guardián-vigilante del perímetro. Salían en grupos de dos hombres, dejando la empalizada después de la puesta del sol, y dormían en el campo, y recorrían los límites exteriores, de vigilancia contra los beduinos merodeadores.

Ami Dan había cometido un grave error. En la cuarta noche hubo cierto movimiento cerca de la posición de Nathan. Su compañero, un muchacho llamado Levi, salió a investigar. Solo y aterrorizado, Nathan olvidó la contraseña y casi todo lo demás y disparó contra Levi cuando este regresaba. Por fortuna, la puntería de Nathan no era buena y Levi escapó sin daños.

—¿Qué, hay alguna cosa más? —preguntó Ami Dan.

Nathan se puso en pie.

—Tengo algo que querría someter a vuestra seria consideración.

—Tú ya no —le espetó Ami Dan, y el sentimiento fue unánime entre la concurrencia.

—Tengo la seguridad, cuando los camaradas oigan lo que deseo proponer, que me encontrarán justificado.

—Muy bien, camarada Zadok, pero que sea breve.

—Hoy he vuelto a visitar la biblioteca, como suelo hacer, porque leo en varios idiomas y tengo preparación literaria. Encuentro, con gran pesar, que hay libros en inglés, en hebreo, en alemán y francés, pero ni uno en *yiddish*. Yo solo no puedo cambiar la mentalidad de Palestina según la cual la lengua de Eretz Israel debe ser el hebreo…, una lengua, como todos sabéis, reservada exclusivamente para la oración. Así que acepto lo que no puedo evitar. Sin embargo, es un asunto vergonzoso y criminal que el *yiddish* haya sido abandonado. Y os digo que, al final, la comunidad judía de Palestina volverá al *yiddish*, porque el hebreo no es útil como idioma moderno.

Ami Dan se apresuró a tranquilizar a los miembros:

—¡Estás desbarrando, Zadok! —protestó airado—. No hemos venido a Palestina para trasladar el *shtetl*, sino para construir un nuevo país. Los judíos españoles, no hablan *yiddish*. Los judíos norteamericanos no hablan *yiddish*. Los africanos no hablan *yiddish*, ni se habla en ninguno de los países musulmanes donde vive la mitad de la población judía del mundo. El *yiddish* no es el idioma universal de los judíos. ¡Es la lengua de los *shtetl* y los *ghettos*!

Nathan ignoró los aplausos a las palabras de Ami Dan.

—Propongo lo siguiente —prosiguió impertérrito—: Cada uno de nosotros debería escribir a casa y hacer que nos manden libros en *yiddish* para nuestra biblioteca. Yo personalmente cargaré con la responsabilidad de enseñar *yiddish* a los niños del *kibbutz*, quienes no deberían olvidar que son judíos.

—¿Qué vamos a hacer con Nathan? —preguntó un frustrado Ami Dan a Berta y Misha.

—Sé que he cometido un terrible error recomendándole —comentó Berta—; pero, así y todo, no me gustaría verle sufrir la humillación de que le voten fuera del *kibbutz*.

Misha acarició su acordeón.

—Por la noche se sienta solo y lee. Nunca se molesta en venir a reunirse con nosotros. Nunca le he visto cantar o bailar.

—No te he contado la historia de nuestro encuentro en Polonia —dijo Ami Dan —. Debí haberlo hecho. Esto no es para él. Vuelve loco a todo el mundo.

—Yo le hablaría —ofreció Misha—, pero no quiere escuchar.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Berta, repitiendo la pregunta del frustrado

Ami Dan.

—Tengo una idea —dijo Ami Dan de repente—. Es un poco una jugada sucia, pero podría resultar. El fondo para tierras nos ha asignado dos mil *dunams* de tierra nueva en el lago Huleh.

—Pero todo son pantanos —observó Misha.

—Exactamente —respondió Ami Dan.

El plan para el desarrollo del lago Huleh era un proyecto conjunto con Tel Hai y Kfar Giladi. Un experto del Extremo Oriente había sido enviado a Palestina para que estudiara la posibilidad de hacer estanques para sembrar, cultivar y recoger pescado de agua dulce. Era el aventurado negocio de reequilibrar la Naturaleza.

Primero había que secar una parte del pantano. Ningún trabajo humano podía comparársele en suciedad, sudor y peligro. Seis voluntarios y Nathan fueron enviados como parte del equipo del *kibbutz* Hermón.

En conjunto, veinte hombres y cuatro muchachas de las tres colonias fueron al pantano. Les faltaba maquinaria, pero les sobraba espíritu. Cortaron con machetes las cañas de papiro, que se alzaban por encima de sus cabezas; trabajaban metidos en el barro hasta la cintura y cavaron a mano un laberinto de canales para el drenaje de las aguas. Cada repugnante criatura y cada insecto agresivo tenía parientes en el pantano de Huleh.

Al cabo de un período de años, la mayoría de los pioneros había desarrollado una especie de inmunidad a la malaria. Los nuevos miembros atacados por primera vez solían enfermar seriamente. Nathan duró tres semanas en el pantano y estaba al borde de desertar y huir cuando un mosquito hostil le facilitó la decisión.

Su temperatura subió tanto que empezó a delirar. Al ver que la fiebre no cedía, decidieron trasladarlo al pequeño hospital «Hadasah», en Tiberíades.

Los escalofríos y la fiebre le duraron varios días. El tratamiento de quinina aumentó sus alucinaciones y dejó su cabeza con ruido continuo.

Cuando la malaria cedió, Nathan estaba tan débil que apenas podía andar. Abrió los ojos a la sexta mañana para ver a Berta y Misha sentados junto a su cama. Misha le entregó una carta de su padre, Nathan la apartó para leerla después.

—He tomado una decisión —dijo Nathan con voz débil—. Voy a dejar el *kibbutz* Hermón. No, no, no intentéis hacerme cambiar de opinión.

Berta y Misha consiguieron expresar decepción.

Cuando se hubieron ido, Nathan se incorporó y abrió la carta de su padre.

Hijo mío, Nathan:

Nos alegró recibir tu última carta, y enterarnos de primera mano del gran éxito que estás teniendo en Palestina, especialmente después de tu terrible tragedia con Rosie Gittleman.

Te doy noticias estupendas; es decir, que tu hermano Matthias hará aliyah *dentro de unos meses. ¡Qué alegría para un padre! ¡Dos hijos en Eretz Israel!*

Más allá de lo que esperábamos, se han hecho los shiddachs *para Ida y Sara, que sirve para demostrar que el encanto, a veces, es mejor que la belleza. Ida se casará pronto con Modele el panadero, que me figuro recordarás. Es un poco mayor, no tiene nada de dios griego, pero se trata de un buen proveedor, de extraños matrimonios pueden salir hijos preciosos. Y Sara, poco después irá a la* chuppa *con Manny Dinkle, un conductor que trabaja con regularidad.*

Pero la mayor sorpresa es Rifka, que siempre creímos que era demasiado mayor para casarse. Bien, pues se casa nada menos que con el viudo rabino Silverstone.

Tu hermano Mordechai, se ha vuelto uno de los más importantes intelectuales de Vilna y su mujer espera el segundo hijo. Rezamos, esperanzados, para que esta vez sea un chico.

En cuanto a nosotros, ¿qué puedo decirte? Un árbol joven se doblega, un árbol viejo se rompe. Nos estamos rompiendo, pero mientras los niños nos proporcionen tanto placer, lo soportamos.

Hijo mío, hijo mío, odio tener que terminar esta carta con malas noticias, pero los pogromos polacos son peores que nada de lo que el zar pudo haber soñado, peores que los de 1880. Se dice que, hasta ahora, han sido asesinados más de cien mil judíos. Aquí, en Wolkowysk, estamos relativamente a salvo, pero quién sabe.

En Ucrania, dicen que es peor que en Polonia. Hemos sufrido más de cien pogromos por separados. No es como los cosacos atravesando un pueblo a caballo y desapareciendo después. Esto está bien organizado. Se prende fuego a aldeas enteras. Incluso matan a mano para ahorrarse las balas y ninguna tortura conocida ha dejado de aplicarse…

Nathan entró en el despacho de Mrs. Cohen del Departamento Sionista de Colonización, se descubrió, dejó su mochila y se sentó frente a ella.

—¿Estás absolutamente seguro? —le preguntó.

—Sí —contestó Nathan.

Mrs. Cohen, una señora majestuosa, maternal, movió tristemente la cabeza.

—Mi marido y yo llegamos a Palestina en el segundo *aliyah*. Sé que es difícil creerlo, pero las cosas eran mucho más duras entonces.

—Yo no deseo que me haga entrar en razón —objetó Nathan.

—Tengo derecho a hacerlo. Durante la guerra enterré un niño aquí. Murió por mala nutrición. Mi marido fue torturado por los turcos por espiar a los británicos. Quedó imposibilitado y murió a consecuencia de sus heridas.

—Y con tan terribles recuerdos, ¿cómo puede seguir viviendo en Palestina? —le

preguntó Nathan.

—¿Y cómo puedo no seguir viviendo aquí? ¿Puedo decirles a mi marido y a mi hija que todo fue en vano? De ayer a hoy y de hoy a mañana, veo cómo cambian las cosas. Danos un año o dos más, Nathan. La federación de laboristas está empezando a cambiar las condiciones. La Haganah ha parado los pies a los árabes. Y la mejor noticia de todas es que hemos adquirido entero el valle de Jezrael. Vamos a levantar doce nuevas colonias por lo menos, de inmediato. Puedo hacer que te asignen a una de ellas.

Nathan sacudió la cabeza.

—No.

—¿A dónde quieres ir? Los pogromos de Rusia y Polonia son peores que nada que haya visto Europa desde la Edad Media.

—América —contestó.

—Muy bien. ¿Tienes parientes en América que te paguen el viaje y respondan por ti?

—Sí.

Sacó unos impresos y se los entregó. Nathan empezó a llorar mansamente.

—Tranquilízate. No eres el único que abandona Palestina.

—El sionismo me ha fallado —sollozó él.

Tercera parte
¡AMÉRICA! ¡AMÉRICA!

GIDEON

El paso de Mitla
30 de octubre de 1956
El día D más uno

Es difícil saber cuándo mi vuelo de éxtasis cayó en una consciencia terrorífica. Iba zumbando alegremente en mi paraíso de morfina cuando el zzzzzis cambió de agradable a hostil y se fue haciendo más y más fuerte, hasta pasar a un estridente alarido ensordecedor.

Me esforcé por abrir los ojos en el momento en que puñados de tierra saltaban violentos a mi alrededor como pequeños suéteres y fragmentos de piedra, cortantes, me atacaban como avispas. ¡Balas de ametralladora!

Vi a Shlomo de refilón cuando se echó sobre mí y me cubrió con su cuerpo.

—¡No te muevas! —gritó.

Tan pronto Shlomo me derribó el tiroteo cesó y los alaridos también. Estábamos siendo atacados por reactores que volaban bajo. Shlomo se apartó de mí.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Dónde diablos nos encontramos?

Y de pronto empecé a recordar: Aeropuerto de Lydda… Val y mis hijas despegando en malos cacharros…, la playa…, Natasha…, *Grover Vandover*…, el vuelo angustioso y lento de los «Dakota» al Sinaí…, el salto en paracaídas. El salto en paracaídas. ¡Jesús! ¿No me habría lastimado al caer?

¡Los alaridos volvieron… más fuertes…, más fuertes…, más fuertes! Esta vez la tierra saltó por el impacto de las balas cuando los «Mig» egipcios, con los motores chillando, pasaron por encima de nosotros casi rasantes, con un ruido que casi me hizo estallar la cabeza.

—¡Repugnantes canallas! Shlomo volvió a aplastarme.

—Quítate de encima, maldito mono —le grité y levanté la cabeza para ver de soslayo las estelas de un par de *jets* que se alejaban. Me incorporé sobre los codos y contemplé a nuestros guardianes disparándoles inútilmente.

—¡Médico! ¡Médico!

Un «para» recibió una ráfaga a pocos metros de distancia. Estaba destrozado, toda la parte superior de su cuerpo chorreaba sangre.

—¡Estate quieto! —ordenó Shlomo—. Vuelven otra vez.

Vi aparecer los «Mig» en el horizonte, un par de manchas, inclinándose, creciendo por momentos al prepararse para otra pasada.

Inesperadamente, los egipcios frenaron el descenso y saltaron hacia arriba. Shlomo tenía los prismáticos enfocados a ellos.

—¡Yuuhu! —gritó—. ¡Yuuhu! ¡Yuuhu! ¡Gideon! Nuestros muchachos van tras ellos.

Otro par de manchas zumbó tras los «Mig», que enfilaron el canal para ponerse a salvo. Se alzó un griterío del suelo y después un inmenso suspiro de alivio. Dedicaron su atención al soldado herido.

Durante la noche, mientras estuve inconsciente, los heridos habían sido trasladados del lugar abierto a un pequeño wadi que nos proporcionaría cierta protección. Había poco donde resguardarse por ninguna parte, pero es asombroso cómo puede uno meterse en la más pequeña grieta.

El resto del «Batallón de los Leones» que se había ido a marchas forzadas a la entrada del paso de Mitla, había encontrado un buen terreno elevado y estaban cavando para detener cualquier intento, por parte de los egipcios, de salir para ir a reforzar sus tropas en el Sinaí.

Durante la noche, provisiones, artillería y jeeps habían sido lanzados en paracaídas. De los doce jeeps casi todos estaban averiados. Muchos neumáticos estallaron al aterrizar por el impacto y otros vehículos porque cayeron de morro. El trabajo en la casi oscuridad para no atraer el fuego al interior del Paso, para desmontar seis de los jeeps a fin de encontrar piezas de recambio y así reparar los otros seis.

El doctor Schwartz calmó al muchacho malherido y evitó que se desangrara. Por entonces yo recordaba mi propio dolor, que era considerable ahora que el efecto de la morfina desaparecía.

—Déjame que pruebe cómo estoy —dije.

Shlomo me puso en pie, despacio, y me agarró la mano para que no perdiera el equilibrio. Vi la cadera a través de mis pantalones rasgados. Parecía una banana podrida y estaba aún hinchada de un tamaño parecido a una pelota de baloncesto. Apoyé el peso sobre la pierna, di un paso y caí sobre Shlomo, después me aparté cuidadosamente de él. Podía sostener mi peso, pero el equilibrio ya era otra cosa. Di unos pocos pasos torcidos, probablemente con el aspecto del jorobado de Nuestra Señora de París. Bien, pero por lo menos podía moverme algo, solo.

—¿Qué tal? —preguntó Shlomo.

—Una mierda.

Unos pasos más, cada vez mejor, pero dolía. Me dejé caer al suelo.

—Tendrás que borrarme de la carrera de cien millas —dije.

—No vas mal —aseguró Shlomo—. Dice el doctor Schwartz que dentro de tres o cuatro días deberías recobrar el movimiento lo bastante, así que tómalo con calma.

—¿Tenemos algo que comer?

Mientras Shlomo abría una lata de raciones, me permití unos enjuagues para quitarme el sabor desagradable.

—Bebe un buen trago —aconsejó Shlomo—, los egipcios nos han dejado un camión cisterna lleno de agua cerca del monumento.

Bebí. ¡Agua en el desierto! Señor, era una de las mejores sensaciones. Sin embargo, las raciones no me sentaron bien.

—¿Cómo demonios pueden esos hijos de puta de vuestras cocinas dedicarse a preparar algo que sabe tan mal? Jesús, esto es peor que las raciones C del cuerpo de Marines, y no hay nada peor que las raciones C del cuerpo de Marines.

—*Kosher* —respondió Shlomo—, tenemos que mantener el *kosher*.

—Esto es lo que hace tan malo al Ejército israelí, estas malditas raciones.

Shlomo me pacificó con una naranja que sacó de su mochila. Si uno viaja con Shlomo nunca pasa hambre. Una nube de polvo se alzó a distancia del suelo del desierto anunciando la llegada de un convoy consistente en seis jeeps. El «para» herido fue cargado el primero y llevado a toda velocidad. El resto de los heridos «circulantes» subimos a otros jeeps para un trayecto de veinte minutos hasta el cuartel general del batallón, situado en una loma a mitad de camino entre el Parker Monument y el paso de Mitla.

La actividad tenía ahora un aire de urgencia mientras los «paras» golpeaban la dura tierra y la piedra para cavar trincheras antes de que se hiciera demasiado oscuro. Durante la noche fueron lanzados cuatro rifles sin retroceso y un par de pesados morteros que estaban siendo ahora colocados y enfocados hacia el Paso.

Se tendió una línea telefónica entre el mayor Ben Asher en el puesto de mando y la avanzadilla de información. Unos paneles de lona se tendieron para indicar un punto de aterrizaje en una extensión de terreno llano.

Solo unos minutos después de que fueran tendidos los paneles, un pequeño «Piper Cub» se deslizó como un juguete y se detuvo chisporroteando… Mientras el soldado herido y un médico eran instalados a bordo, el piloto entregó un paquete de comunicaciones al mayor. Shlomo y yo, que participábamos en las discusiones con los oficiales, nos acercamos a su círculo y escuchamos.

El resto de la brigada de paracaidistas que tenía que cruzar unos doscientos kilómetros, más o menos, de desierto por el centro del Sinaí a fin de reunirse con nosotros, se había encontrado con una feroz resistencia desde las posiciones fortificadas egipcias. El propio desierto les destrozaba sus vehículos y blindajes.

El comandante de la Brigada 202 de Paracaidistas era una figura semilegendaria, el coronel Zechariah. Nos consolaba el convencimiento de que si alguien podía llegar hasta nosotros, era Zechariah. Pero, empezaba el día, las horas serían interminables y llenas de tensión y quizá de lucha.

Unos cuarenta minutos después de que el «Piper Cub» despegara, llegó otro en el que cargaron a otros dos «paras» con las piernas rotas. El piloto trajo más noticias desconcertantes sobre que se había descubierto a una columna egipcia procedente del canal y moviéndose en dirección de la entrada opuesta del paso de Mitla, a unas dieciséis millas de distancia.

Ben Asher ordenó al resto de los heridos que podían andar que se reunieran y fue a consultar con el doctor Schwartz. Al término de la charla, el mayor vino directamente hacia mí.

—Va usted a regresar en el próximo avión, Zadok —me dijo, tajante, con los

brazos en jarras. ¿Por qué será que todos los oficiales para mostrarse autoritarios se ponen las manos en las caderas?

—Vengo de muy lejos para que me hagan esto —supliqué.

—O se va usted por las buenas o le mandaré amarrar.

—Oiga, mayor; oiga, amigo, he venido de la otra parte del mundo para estar aquí. Tengo que quedarme.

Me miró la pierna, sacudió la cabeza, e inició la retirada.

Yo le agarré, instintivamente, y esto atrajo a unos cuantos. Todos miraron con la boca abierta mientras Ben Asher se quitaba mis manos de encima. Parecía estar a punto de mandar que me encerraran.

—Los heridos serán evacuados —ordenó. No apartó la vista de mí y su mirada daba miedo. El mayor era como un bloque de cemento, que parecía poder deshacerse de mí de un simple manotazo. Yo me estaba secando y sabía que se me vería palidecer y desmayarme. Se agachó, recogió una piedra y la lanzó. Cayó a unos treinta metros de distancia.

—Si no está herido, no debería tener problemas en recoger la piedra y traerla aquí en un minuto.

Sacó el reloj y empezó a contar el tiempo.

—Hay una diferencia entre una herida y un golpe —alegué—. Todo el mundo lo sabe.

—Ha perdido diez segundos —anunció.

—Pero…, ¡maldita sea…, tengo que quedarme!

No sé lo que se apoderó de mí, excepto que sabía que tenía que hacer algo sonado y hacerlo pronto. Por alguna extraña razón, siempre he sabido hacer el pino, incluso de pequeño. Me encantaba ganar en competiciones de este tipo estando en los Marines, especialmente cuando llevábamos dentro media caja de cerveza. También podía retarle a un pulso, pero el tamaño de su brazo me desanimó.

Así que me puse con la cabeza hacia abajo. Dios, dejad que os lo confiese, creí que mi maldita pierna iba a desprenderse. Pero estaba decidido a mantener el equilibrio como fuera.

Mi movimiento cogió a Ben Asher por sorpresa. Pude verlo desde abajo. Sus brazos peludos cayeron a lo largo del cuerpo y abrió la boca. De pronto los «paras» empezaron a vitorearme. El mayor miró amenazadoramente a su alrededor.

Permanecí en aquella ridícula posición aunque cada pulgada de mi cuerpo empezó a dolerme. Ben Asher iba a ver cuánto tiempo resistiría.

Aquello había dejado de ser un juego. Sentía que se me hinchaban las venas del cuello y todo mi cuerpo se cubrió de sudor. Sentía que se me oscurecía todo, que estaba al borde del desmayo.

—Eres como un grano en el culo, Zadok —bramó—. Está bien. Maldito hijo de perra, ponte de pie. Puedes quedarte.

Shlomo me agarró mientras entre los hombres se alzaba un griterío. Ben Asher

dio media vuelta, enseñó los dientes a todos y se hizo un silencio instantáneo, luego empezaron las sonrisas.

La guerra nos interrumpió en forma de media docena de balas de mortero cayendo en el perímetro. Dios, si hay algo que aborrezco son los morteros. Los tienes encima antes de que hayas podido reaccionar y su estallido puede dejarte tambaleándote, golpeado y medio muerto.

Ben Asher corrió al teléfono de campaña en contacto con el puesto avanzado de observación, y al minuto nuestros morteros y nuestros rifles respondieron. El bombardeo egipcio cesó. Ben Asher ordenó a la patrulla Recon que se adelantara y ocupara la posición de los egipcios.

Afortunadamente había sido un típico ataque árabe de disparar y huir. Luchadores de café. Abandonaron la posición y se adentraron en el Paso sin más. Pero esto no quería decir que no volvieran a intentarlo a cubierto de la oscuridad y darnos la noche.

Después de que la patrulla Recon aseguró la posición, Ben Asher decidió trasladarse a ella con más hombres y utilizarla como nuestro propio puesto de vanguardia. Un pelotón de ametralladoras y rifles se desplegó, atacando. Y nos encontramos acercándonos al Paso en contra de lo ordenado.

A la caída de la tarde el mayor parecía preocupado. El Paso tenía una longitud de unos veinte kilómetros. A la otra punta de Mitla, más allá de nuestro alcance, los egipcios podían cruzar el canal en botes neumáticos y meter sabe Dios cuántos hombres en el Paso.

Contemplé con los prismáticos mientras se tendía la línea telefónica al nuevo puesto de observación. El paso de Mitla empezaba a adquirir una misteriosa fascinación. La sangre del guerrero decía: «Entra y apodérate del hijo de perra». Pero esto quedaba mitigado por el sentido común. Allá dentro debía de ser una trampa.

—Que Dios nos ampare si en algún momento tenemos que entrar y tratar de tomarlo —dijo Shlomo.

Estaba de acuerdo con él.

Eran solo las nueve de la mañana. A distancia podíamos oír actividad. ¿De quién serían los aparatos? ¿Eran los israelíes contra el convoy egipcio del otro lado del Paso? ¿O eran los egipcios llenando masivamente el aire, retándonos desde el otro lado del canal? Quizá, solo quizás, eran los ingleses y franceses viniendo a neutralizar las bases aéreas de los egipcios.

Shlomo y yo encontramos nuestra grieta.

—Vaya espectáculo que has dado —comentó.

—Ben Asher me tiene manía.

—No, te quiere. Siempre ha tenido problemas con su sonrisa.

Un pinchazo de dolor me provocó pequeños espasmos. Me quité la bota. Toda la pierna se me estaba poniendo morada…, y azul…, y amarillenta…, hasta la planta del pie. Después de haberle ganado la batalla al mayor, no podía marcharme ahora, pero

me estaba preguntando si podría aguantar el dolor.

—¿Crees que podrías convencer al doctor Schwartz que me viera? A lo mejor necesito otra inyección. Una pequeña.

Vino el médico y me miró.

—Hummmmmm, nos estamos poniendo blandos, ¿eh? —observó—. Vaya exhibición que ha ofrecido al mayor Ben Asher. Vuelva a intentarlo y tendrá la excelente oportunidad de sufrir un *shock*.

Su exploración fue dolorosa. El doctor me ordenó:

—No se sirva de la pierna para nada.

—¿Qué le parece si me diera otra de esas deliciosas inyecciones de morfina?

—No empiece a disfrutar demasiado con ellas —advirtió.

Por primera vez en mi vida era realmente feliz cuando alguien me pinchó en la nalga.

—Gracias, doctor —le dije.

¡Y ahí vamos! Me eché, me cubrí los ojos y contemplé el maldito sol del desierto crecer y hacerse más ardiente. Nuestra sombra era mínima…, nuestra situación en cuanto a agua, buena. Me serví de unos trapos mojados para ponerlos en la nuca.

… Venga, cariño, quítame el dolor, gocemos de este resplandor del Sinaí…, todos los horizontes distantes están llenos de ruidos de aviones…, ¿suyos…?, ¿nuestros…?, quién sabe… Así que, en todo caso, después de un permiso me despedí con un beso de mi mamá y me fui hacia la costa… Mamá, estaré bien…, ¿no estás orgullosa de tu soldadito…? Oh, mamá…, quisiera decirte…, no te preocupes por aquel telegrama de los Marines… La verdad es que mi herida no era tan grave, solo algo de metralla en el hombro… Estaré bien… Ojalá pudiera decirte que ya estamos a salvo, en Nueva Zelanda… Ves, mamá, todavía me duele al recordar que abrí la puerta y tú estabas en la cama con aquel tío… Cómo, ¿quién demonios era?

… mamá, viste mi reflejo en el espejo del tocador y chillaste y te envolviste en una toalla y me pegaste y me cerraste la puerta en las narices… Más tarde, me dijo que lo sentía…, pero…, yo me había dado cuenta…, sabes…, cómo duele cuando eres un niño de nueve años…

Algo me lleva siempre a querer rebajar a las mujeres… como si fueran algo malo. Pero voy tras ellas, las conquisto, luego las dejo…, pero siempre lo hago amablemente…, con clase…

¡Eh, hombre…! Las cosas no van tan mal ahora con la dichosa cadera…, uf…, floto, floto…, ah…

Justo antes de la batalla, madre…
Pienso sobre todo en ti…
Mientras sobre el campo vigilamos…
Al enemigo que a la vista está…
Camaradas valientes yacen junto a mí…

Pensando en Dios y recordando su hogar…
Porque saben bien que mañana…
Algunos dormirán bajo la tierra…
¡Alto! Oigo los clarines…
Que anuncian la batalla…
Ahora, que Dios nos proteja, madre…
Como así lo hace siempre…
Oíd el «Grito de Guerra de la Libertad…»
Cómo se extiende por el aire…
Oh, sí, protegeremos la bandera…
O moriremos noblemente allí…

Adiós, madre, puede que jamás…
Vuelvas a estrecharme sobre tu pecho…
Pero no me olvides, madre…
Si me cuentan entre los muertos…

DE IRLANDA A AMÉRICA

Queenstown, el puerto de Cork, Irlanda, 1887

El cónsul general americano estaba esperando en el muelle con unos sobres lacrados, mientras el *USS Quinnebaug* atracaba. Oyó el silbido al subir a bordo y ser recibido por el capitán de la nave, capitán Percy Holifield. Después de un intercambio de saludos y de citarse para cenar en tierra, el capitán Holifield fue a su camarote para abrir los sobres, uno a uno.

El contenido del primero hizo que su rostro se iluminara por una inmensa sonrisa de satisfacción. En él venía el tan retrasado ascenso a la categoría de comodoro y el nombre del nuevo puesto, uno por el que llevaba años suspirando.

Se permitió una copa de oporto, se plantó ante el espejo y la alzó en un brindis, después de un buen rato de complaciente auto-admiración: «Al comodoro Percy Pointdexter Holifield, futuro superintendente de la Academia Naval de los Estados Unidos».

De vuelta a su mesa de trabajo, revisó el resto de las comunicaciones. Después de una semana de parada en Cork, para reparaciones necesarias, el *Quinnebaug* debía seguir deliberadamente a toda marcha a Portsmouth, Inglaterra. Allí se reuniría con una flotilla internacional de barcos de guerra, como representante de América al Jubileo de la reina Victoria.

A partir de aquel momento, le relevarían del mando para que regresara directamente a los Estados Unidos, a la Academia.

El *Quinnebaug* una corbeta de vela y hélice, de mil novecientas toneladas, con una tripulación de doscientos hombres, entre oficiales y tripulación, formaba parte del escuadrón de dos naves que constituía la fuerza naval en Europa. Por espacio de tres años, Percy Holifield había navegado a lo largo de infinitos puertos para «mostrar la enseña». Su ruta le había llevado a lugares imprevisibles como Samos, Zante, Villefranche y Latakia y por la calurosa ruta de la costa oeste de África a Monrovia, Juke River y Libreville. Acababa de ser redimido de una carrera mortal.

Garabateó su firma en una orden para permisos de tierra. Los miembros irlandeses de su tripulación, que constituían casi la mitad de sus hombres, recibirían cinco días de libertad, mientras que los demás se conformarían con tres días de permiso en tierra.

Holifield redactó una lista de lo que necesitaría para remozar su barco, para asegurarse de que representaría orgullosamente a América, y escribió órdenes detalladas de reparaciones y mantenimiento.

Fue a su cofre y revolvió hasta el fondo donde había guardado cuidadosamente una pieza de paño azul marino, unos rollos de galón de oro y un paquete de botones. De todo ello sacaría un nuevo uniforme de comodoro.

Había interminables intercambios sociales con los capitanes de las varias Marinas

europeas. Pese al gran paso que dio América en la guerra naval, durante la Guerra Civil, los europeos seguían mirando con desprecio a los yanquis, especialmente a sus espartanos uniformes. Bien, pues, haría que se comieran sus charreteras, ¡por Júpiter!

Habiéndose ocupado de su barco y de sus hombres, encargó un carruaje y se dirigió a Cork con su paño, sus botones y galones y cierto número de fotografías de uniformes de comodoro. El carruaje se detuvo ante «Callaghan y O'Brien», la mejor tienda para caballeros en Grand Parade, la principal calle comercial de Cork.

El propio Mr. Callaghan le dio la terrible noticia:

—Estoy disgustadísimo, excelencia, pero no hay modo de que un trabajo tan delicado como este pueda hacerse en menos de un mes, y estamos con mucho trabajo atrasado.

—Comprenderá, naturalmente, que es para la flotilla de la reina.

Callaghan inclinó la cabeza, se mordió el labio y suspiró con simpatía:

—Si fuera usted inglés, señor, le mentiría, pero no voy a hacer semejante cosa con el capitán de una nave norteamericana, como usted. Tengo muchos parientes en Norteamérica, señor, y no le trataría tan mal.

—Pero, en nombre de Dios, fíjese en los harapos que llevo. Están medio podridos por el tiempo de la costa oeste de África.

—¡Qué lástima, señor, qué lástima! Oh, espere un momento —dijo Callaghan y fue a consultar con su socio, luego volvió junto al desconsolado comodoro.

—Hay una posibilidad, pero solo una posibilidad, le advierto, hay un sastre judío en Queenstown, donde tiene el barco atracado. Está especializado en uniformes navales, reclutas sobre todo, pero ¿por qué no va a verle? —Y acto seguido escribió el nombre y la dirección de un tal Moises Balaban.

El comodoro regresó a Queenstown y paró en el muelle, a unas manzanas de donde estaba atracado el *Quinnebaug*. Holifield bajó del coche ante un pequeño escaparate en el que unas letras discretas decían: M. BALABAN, SASTRE. Se le cayó el alma a los pies al ver la tienda cerrada. Sacudió vigorosamente la puerta y después golpeó la ventana.

—¡Oiga! ¿Hay alguien aquí?

—¿Puedo ayudarle, almirante? —dijo una voz a su espalda.

Se volvió y descubrió a un individuo poco recomendable, cuyo aliento era puro ron, un hombre del tipo más bajo de los que merodean por todos los muelles del mundo.

—¿Sabe dónde vive el propietario?

—Pruebe la puerta trasera, señoría.

Al oírle, Percy volvió a gritar y golpear.

—Ah, esto no le servirá de nada. Hoy es *sabbath* para el viejo Moises y no volverá hasta la puesta de sol. Es un tío raro, un hebreo, ya sabe.

El comodoro estaba furioso, luego dio unas monedas al informante, que se lo agradeció ruidosamente. Miró su reloj de bolsillo. Faltaban dos horas para que se

pusiera el sol. Después de otro inútil intento, respiró profundamente, cruzó las manos a la espalda y se paseó delante de la tienda con un ojo puesto en el sol.

Cuando la tarde cayó por fin sobre el muelle, volvió a llamar, pero esta vez respetuosamente. La puerta se entreabrió y vio a Moises Balaban, un judío delgado, que no llegaba a los treinta años, con una curiosa perilla y luciendo un solideo negro y un mantón sobre los hombros. Podía haber sido un perfecto Shylock, del *Mercader de Venecia*.

—¿Por qué hace tanto ruido? —le preguntó. Con gran sorpresa por parte de Holifield, el hombre hablaba con un marcado acento irlandés—. Ha profanado mi *sabbath*.

El comodoro, que no estaba acostumbrado a ser reprendido, apretó los dientes, murmuró algo en voz baja, pero se tragó su orgullo porque necesitaba a este hombre desesperadamente.

—Le ruego acepte mis disculpas. Estoy desesperado por encontrar un sastre. ¿Es usted el señor Balaban?

El judío le miró de arriba abajo y abrió la puerta:

—Pase.

La tienda estaba vergonzosamente descuidada, algo que obviamente debía repeler a un oficial naval que mandaba un barco ordenado. Había piezas de paño tiradas por todas partes, sin sentido. Maniquíes de sastrería iban vestidos con uniformes a medio coser, preparados para hombres que estaban navegando y que los recogerían a su regreso. La tienda olía a rancio, a viejo y del interior salían voces de dos niños que discutían.

—¡A callar, vosotros —gritó Moises—, o recibiréis! —Y volviéndose a Holifield preguntó—: ¿Qué es lo que necesita que sea tan importante como para interrumpir mis oraciones?

—Señor, he recibido orden de que mi barco vaya a Inglaterra a unirse a una celebración en honor de Su Majestad la reina Victoria. Mis uniformes están destrozados por meses de servicio en el mar. Tengo en mi coche, ahí fuera, paño y todo lo que se necesita, así como fotografías, para un uniforme nuevo. Estoy dispuesto a pagarle bien por el trabajo. Me doy cuenta de que este va a ser más complicado que el que llevo…

Moises alzó una mano:

—Soy rumano. ¿Ha visto toda la chatarra que hay en un uniforme de almirante rumano? ¿Es usted americano?

—Lo soy, en efecto.

El sastre miró pensativo por la puerta, al muelle.

—He contemplado miles de barcos zarpando desde aquí hacia América, llenos de hombres y mujeres irlandeses, muertos de hambre. Este es un puerto de lágrimas, de miseria —murmuró como hablando consigo mismo—. ¿Su nombre?

—Perdóneme. Soy Percy Holifield, recientemente ascendido a comodoro. Mi

barco está atracado por reparaciones.

—¿Cuándo zarpa para Inglaterra?

Holifield cerró los ojos y rezó por lo bajo.

—El próximo viernes.

Moises Balaban estudió la hechura del comodoro, girando despacio a su alrededor. Era un cuerpo difícil de embellecer. Era chato, barrigudo y de espalda huidiza, una combinación difícil de superar en tan poco tiempo. Los ojos de Percy Holifield estaban humedecidos por sus plegarias silenciosas.

—No se ha mantenido usted en muy buena forma —comentó el judío.

Al comodoro le dolió, pero mantuvo la boca cerrada.

Moises Balaban volvió a girar a su alrededor y al fin levantó las manos:

—Está bien, puede hacerse.

—Oh, gracias, señor, muchas gracias —exclamó Holifield estrechando la mano del sastrecito—. Déjeme que le repita, que será usted bien recompensado.

Ignorando las efusiones del comodoro, Moises sacó la cinta métrica:

Debemos empezar sin pérdida de tiempo.

Durante la siguiente semana el sastre rumano-judío-irlandés y el comodoro estuvieron juntos horas y horas e iniciaron una especie de amistad. Los dos niños de Balaban eran adorables, aproximadamente de la misma edad que los de Holifield. Pero Moises Balaban era un hombre difícil de tratar. Se comía las palabras y sus modales eran siempre bruscos.

Holifield entraba en la tienda y veía, invariablemente, al flaco Moises sentado, con las piernas cruzadas, sobre un almohadón encima de su mesa de cortar, cosiendo meticulosamente a mano. Balaban se limitaba a mover la cabeza para saludarle.

Se enteró de que Moises había nacido en Constanza en la parte rumana del mar Negro, donde su padre y su abuelo habían establecido un triste medio de ganarse la vida con un negocio de sastrería especializada en uniformes navales. Parte de su trabajo consistía en reparar la ropa de los marineros, con algunos encargos de uniformes para oficiales de baja graduación. Los capitanes y almirantes encargaban los suyos a París o Bucarest.

Los Balaban eran una familia típicamente numerosa, con una docena de hijos, ocho chicos y cuatro chicas. Solamente uno de los hijos, el mayor, podía hacerse cargo del negocio familiar. Los demás tenían que tratar de emigrar. Tres de los varones Balaban fueron a Inglaterra y Escocia, donde hay demanda de sastres.

Uno de ellos, Herman Balaban, un solterón empedernido, se enroló como sastre de a bordo en un transatlántico inglés. Después de un par de malos viajes, decidió que la vida marítima no era de su agrado y saltó del barco en Queenstown donde eventualmente abrió una sastrería en el muelle.

—¿Y sus otros tres hermanos, Moises?

—En Savannah, Georgia. No son del todo sastres, y es mejor para ellos.

Lo que no contó al comodoro, claro, era su eterna reputación de persona desagradable, antipática. Sus hermanos de Constanza no le querían, ni los de Escocia o de Savannah.

Todo acabó con el hermano Herman, trabajando en la lejana colonia de Irlanda, adonde finalmente mandó llamar a Moises para que le ayudara. Moises tenía quince años cuando llegó, en 1875, y en cuestión de cinco años se hizo cargo de la tienda cuando Herman murió en una epidemia de cólera.

La comunidad judía de Irlanda consistía en unas cien familias principalmente en Dublin y Belfast, y unos pocos en Cork. La vida era generalmente tranquila para los judíos, aunque notaban una terrible sensación de soledad. Cork tenía una sinagoga y un carnicero *kosher*, pero en cuanto a la vida comunal, era escasa: no había escuela hebrea, ni periódico *yiddish*, ni sociedades de debate, ni clubes dramáticos, ni baños rituales.

Esto no parecía molestar a Moises, que vivía como un solitario. A lo mejor iba a la sinagoga de Cork en las vacaciones o en ocasiones especiales, pero su pequeña tienda de Queenstown era el baluarte personal de su ortodoxia. Moises no tenía amigos, era agrio, tacaño y parecía como si lo único que le importara fuera coser, rezar y jugar al ajedrez con un viejo pensionista.

Pocos años después de hacerse con el negocio, arregló un contrato matrimonial con la hija de un pobre ebanista de Belfast, que le dio dos hijos, Saul y Lazar. La madre murió de parto con el último niño.

Una vez viudo, Moises siguió adelante, criando a sus dos hijos en la pequeña trastienda con la ayuda de una vieja *nanny* irlandesa.

Moises había tanteado la posibilidad de un nuevo arreglo matrimonial, pero encontró que las puertas de la comunidad judía se le cerraban por haberse ganado una justa fama de tacañería. También se sabía que Moises solía estallar en violentos ataques de ira en los que no faltaban las palizas a niños y esposa.

Al no haber judía disponible para él en Irlanda, su alternativa era entrar en tratos, siempre costosos, con un casamentero que le hiciera enviar a una muchacha de su tierra para casarse. Pero ¿quién querría venir a Irlanda, a Cork? Alguna fea, de tercera categoría, que no pudiera encontrarse un marido en Rumania.

De vez en cuando, Moises echaba el ojo a América, pero vacilaba. Sus hermanos en Savannah, conociendo el mal genio de Moises desde la infancia, no estaban demasiado ansiosos de tenerlo cerca.

Además, Moises vivía en el puerto. Sabía de muchos viajes a América donde los agentes poco escrupulosos habían amontonado emigrantes en barcos de muerte. Corrían historias espantosas de epidemias y muertes en el mar, algo casi tan terrible como en la época de la trata de esclavos, y en tiempos de hambre. Además, en la tierra prometida, sufriría privaciones también. Sabía que muchos judíos llegaban a Nueva York, a un enorme agujero infernal, el *ghetto*, que existía en Lower East Side,

que además rebosaba de sastres.

Así que continuó cosiendo y rezando y ahorrando peniques y vociferando a sus hijos, mientras mantenía una alta opinión de sí mismo por su inquebrantable piedad.

A la caída de la tarde del viernes, el comodoro Percy Poindexter Holifield se abrochó un recargado cinturón del que pendía el sable resplandeciente, mientras Moises colocaba el bicornio en la cabeza del comodoro.

Y de pie ante el espejo de tres cuerpos le aturdió su aspecto deslumbrante y se irguió con autoadmiración. ¡Moises Balaban había creado un milagro! Y lo mejor, la obra maestra se había terminado con tres horas de anticipación sobre el comienzo del *sabbath* judío. Se volvió y estrechó entusiasmado la mano del sastrecito.

—Moises, ¡cómo podré jamás agradecérselo!

Moises le ofreció su pequeña versión de una sonrisa. Los niños gritaron en la trastienda.

—Ahora, deje que salde nuestra cuenta —dijo Holifield alargándole una bolsa de monedas de oro—. Creo que lo encontrará generoso.

Con enorme sorpresa por su parte, vio que Moises levantaba la mano diciendo:

—Está saldada.

—Pero oiga, amigo, no hablará en serio.

—El Talmud dice que uno debe hacer un gran gesto de este tipo en la vida. Ocurrió que usted entró en mi tienda en el momento preciso. —Al haber hecho pocos actos de contrición sinceros en su vida, Moises se curaba en salud.

—Pero…, pero… —balbució el comodoro.

—Así que vaya y resplandezca para la reina y deslúmbrela.

El *USS Quinnebaug*, se desprendió de su atraque un poco antes de ponerse el sol. Moises Balaban y sus dos hijos agitaron las manos en despedida al capitán que, emocionado, les devolvió el saludo.

En los siguientes quince días de celebraciones en Inglaterra, el comodoro Percy Poindexter Holifield cumplió más que adecuadamente con la representación de su país, contándose entre los almirantes más elegantes de Europa.

De vuelta a América para ocupar su puesto en la Academia Naval de Annápolis, jamás olvido al sastrecito ni su deuda para con él.

Su nuevo destino llevaba consigo una enorme vida social, fiestas, cenas, viajes a Washington y demás. Esto exigía ir mejor vestido que un oficial en la mar. Como superintendente, tenía derecho a ciertos privilegios, entre ellos el derecho de nombrar a un civil como sastre en jefe. Pero, desgraciadamente, sus nuevos uniformes no tenían la calidad y la gracia del trabajo de Moises Balaban. Unos meses más tarde, Moises recibió una carta del comodoro.

Mi querido amigo Moises:

No he podido olvidar su gran bondad hacia mí cuando le necesité. Y lo que es más, mi actual jefe de sastrería, el que hace los uniformes de los oficiales, sencillamente no es de su clase.

Si tuviera la intención de emigrar a América, considere esta carta como un ofrecimiento para que ocupe el cargo de jefe de sastrería de la Academia Naval. Le proporcionará unos ingresos modestos pero fijos, buena vivienda y otros beneficios. Tengo entendido que hay una grande y floreciente comunidad judía en Baltimore, a poca distancia de aquí, en tren.

Si estuviera dispuesto a emprender este viaje, lleve sencillamente esta carta al cónsul americano de Cork, que tiene instrucciones de arreglarle un pasaje decente para usted y sus hijos, en el primer barco que zarpe directamente hacia Baltimore.

Confío en que considerará este ofrecimiento como ventajoso y me permitirá pagarle la deuda de gratitud que he sentido durante estos meses.

Aguardo, esperanzado, un cable transatlántico anunciándome que está en camino.

Con mi mayor afecto,

P. P. HOLIFIELD, *Comodoro, USN*
Superintendente
Academia Naval U.S.
Annápolis, Maryland.

Annápolis, 1888

Como se les había prometido, Moises Balaban y sus hijos, Lazar y Saul, tuvieron una travesía decente. El cambio del mal tiempo perpetuo, la miseria y la eterna tristeza de Cork, a la pequeña joya de Annápolis, fue como un rayo de luz en la vida de Moises Balaban.

La Marina y sus instituciones estaban mejorando después del largo decaimiento que siguió a la Guerra Civil. La propia Academia era como un huérfano suspirando por créditos y dirección. Con la transición de velas a vapor, el cambio se notaba en el aire, de los primitivos maderos forrados de hierro, a los barcos de combate, de acero, de los viejos marineros salados a maquinistas y artilleros sofisticados. Bajo la dirección del anterior superintendente, un almirante legendario, la Academia encontró su fortuna al hacer un cambio dramático y transformándose en una Universidad de primera clase.

La ciudad de Annápolis descansaba dulcemente en las playas del río Severn, cerca de donde desembocaba en la imponente bahía Chesapeake. Era un lugar lleno de edificios prerrevolucionarios, curiosos y deliciosos, y con un paisaje bucólico

atractivo para vivir en él.

Moises Balaban encontró una casita a pocos minutos del *campus* y contrató a una *mamy* negra para que se ocupara de sus hijos y de la casa. En verdad su vida había dado un giro beneficioso y esto se reflejaba en el carácter del hombre. Era el judío de la casa, una rareza, pero que estaba bajo la protección del comodoro. A Moises se le trataba, no como una misteriosa amenaza, sino como a un hombre emparentado con la biblia y por tanto respetado. Disfrutaba de su *status* y ahora se vestía elegantemente, alternando sus tres trajes, con el bastón en la mano y su fieltro en la cabeza, al ir de paseo y charlando con cadetes, oficiales o civiles por igual.

Había unas docenas de familias judías en Annápolis, en general familias de comerciantes, pero eran Reformados en sus prácticas religiosas, más americanizadas que judías. No quería tratos con ellos. En Irlanda había sentido poca inclinación a asociarse con sus vecinos. En Annápolis era lo mismo, solo que mejor. El único lugar de oración era una pequeña capilla en el *campus* para los cadetes judíos, que raramente sumaban más de dos o tres en cada clase. Tampoco esto molestaba a Moises. Estaba acostumbrado a rezar solo en una habitación.

Quince meses después de su nombramiento y seis meses después de la llegada de Moises, el comodoro Percy Poindexter Holdfield murió plácidamente mientras dormía de un ataque al corazón, después de una airada sesión con la burocracia.

Moises rezó como jamás había rezado antes, al llegar a escena el nuevo superintendente. Sus oraciones no fueron escuchadas. Al contraalmirante Adam Harper no le gustaban especialmente los judíos. No obstante, era un tipo razonable y ofreció a Balaban lo que en un principio parecía una degradación aceptable.

Entre la cantidad de cambios establecidos estaba la forma de hacer los uniformes, especialmente los de los guardiamarinas. Antes tenían que hacerse a mano. Harper se trajo a un sastre de la nueva era, que hacía la ropa en serie, sirviéndose de métodos de producción en masa. Esto irritaba a Moises Balaban. En adelante, Moises tenía que proporcionar solamente una variedad de tamaños de pantalones y chaquetas y pasar a ser, también, empleado del Estado, con un salario fijo y escaso. Después de unos meses de esto, decidió dejarlo.

Pero no tontamente.

Moises había sido el epítome de la frugalidad por más de diez años en Irlanda, reuniendo un pequeño capital. Viajó una hora y doce minutos en tren a Baltimore, cuya población judía se contaba por decenas de millares y empezó a preguntar en las diferentes agencias.

A las pocas semanas se enteró de un negocio de sastrería en venta en Havre de Grace, una ciudad al noreste de Baltimore. Fue a verlo.

Havre de Grace, 1889-1901

Havre de Grace, lo mismo que Annápolis, estaba situada sobre un río que también desembocaba en la bahía de Chesapeake. Pero como contraste, el río Susquehanna era un gran brazo de agua que corría profundamente en Pensilvania y que era en parte navegable para el comercio. La ciudad se comunicaba con el exterior por transbordador y por tren. Tenía una floreciente industria conservera, para productos de granja procedentes de la ribera oriental, una pista de carreras, un canal cuyas barcazas transportaban carbón y madera y grandes flotas pesqueras y ostreras.

El negocio en venta era una tienda amplia, casi como tres veces su tienda en Queenstown. Estaba perfectamente situada en St. John's Street, junto al río, con vivienda encima de la tienda. Cerró el trato con la ayuda de un abogado judío de Baltimore. Mil doscientos dólares al contado, le hicieron el dueño del edificio, el inventario y la buena voluntad del antiguo dueño.

BALABAN COMERCIANTE SASTRE, decían unas letras en la ventana en la fachada. De este modo Moises volvió a adoptar su curiosa vida semimonástica, un judío errante entre los gentiles. No le preocupó lo más mínimo que en Havre de Grace no hubiera vida judía. Después de todo, Baltimore estaba a poca distancia en tren y era más importante en las vacaciones que Constanza y Cork combinados.

Desde hacía mucho tiempo Moises Balaban se había condicionado para no oír lo que no deseaba oír o ver lo que no quería ver. Personalmente atiborraba a sus hijos con muchas horas de instrucción nocturna de hebreo y de Talmud para asegurarse de que crecerían siendo buenos judíos, pero no miró nunca al mundo en donde vivían.

Saul, de siete años, y Lazar de ocho, se hallaban entre los cinco niños judíos en edad escolar en Havre de Grace. Por primera vez en sus vidas oyeron las palabras y aprendieron el significado de *kike* y *sheeny*. En aquel aislamiento, tenían que luchar o sucumbir.

Sin dar la menor importancia a sus narices sanguinolentas, ojos amoratados, cortes y cardenales, Moises solo se preocupaba por sus ropas destrozadas, por las que les azotaba maquinalmente, sin escuchar sus explicaciones. Los niños se hicieron duros y acabaron siendo aceptados hasta cierto punto por los niños gentiles, pero eran casi siempre señalados por los enseñantes para ser castigados. Recibieron tantos golpes de regla en los nudillos, que sus manos estaban constantemente hinchadas. Viviendo en este estado de equilibrio precario, Saul y Lazar fueron dolorosamente conscientes de que eran diferentes y crecieron retorcidos y salvajes.

Moises cosía y rezaba y atiborraba de Talmud a sus hijos. Cuando la ocasión lo requería, en general semanalmente, se iba como había hecho en Irlanda, con una prostituta. Aquí era con una negra que vivía con sus seis hijos en una barraca de una granja, en las afueras de la ciudad.

Con los chicos creciendo rápidamente y volviéndose cada vez más indómitos, Moises comprendió que debía cambiar drásticamente. Necesitaba permanentemente a una mujer, una esposa que le organizara un hogar, cocinara sus comidas, cuidara de sus hijos y le consolara por la noche.

Todos los viernes por la mañana, cerraba su tienda, subía al tren de Baltimore antes de que comenzara el *sabbath* y se presentaba a los círculos sociales de casamenteros especializados.

Un viernes por la noche después de los servicios religiosos, sus ojos se posaron en Hannah Diamond, cuando esta salía de la tribuna de mujeres de la sinagoga. Por primera vez en su vida, una chispa de amor brilló en su oscura alma.

Hannah Diamond estaba sentada ante el espejo del tocador, en el probador, al fondo de su tienda. Su expresión era pensativa, casi triste. Se pellizcó las mejillas para darles color.

Hannah no tardaría en cumplir diecinueve años y estaba soltera porque así lo había decidido. Esto era América, ¡maldita sea! Pese a que no tenía dote que aportar al matrimonio, nunca le habían faltado proposiciones aceptables. Además, sus padres habían muerto y era dueña de sí.

América le había proporcionado esta elección, su libertad. Sí, era difícil conservar su independencia. Se concertaban matrimonios a su alrededor. La gente empezaba a señalar con sus dedos.

Siempre que se encontraba al borde de aceptar, hacía marcha atrás, invocando el recuerdo de su madre y el ejemplo viviente de su hermana mayor, Sonia. Hannah razonaba así o asá. La auténtica verdad era que se encontraba incómoda cerca de los hombres.

Decidió evitar la vida de lucha a que habían sido condenadas su madre y su hermana. Allá, en la vieja patria, mamá le había incrustado la idea de que todos los hombres, y particularmente su padre, habían venido a este mundo con el único propósito de hacer sufrir a las mujeres.

Hizo que mamá sufriera, ya lo creo; todos los días de su vida matrimonial, en especial durante sus estallidos de violencia que incluían palizas. Hannah achacaba, con toda la razón, a su padre la prematura muerte de su madre, así como su propia desconfianza de todos los hombres.

Su hermano Noah, trató de amputarse el pulgar para evitar servir en el Ejército ruso, pero no le salió bien. Noah fue detenido y transferido más tarde a Siberia, castigado con veinticinco años de servicio militar obligatorio. Era bien sabido que de los judíos destinados al Extremo Oriente, no se volvía a saber de ellos. Noah eligió el camino más fácil y se convirtió al cristianismo, después se casó con una mujer de origen asiático.

Cuando estallaron los pogromos de 1881, papá y mamá ya habían muerto. Las hermanas Diamond huyeron, junto con centenares de millares de judíos. En su mayoría fueron todos a parar a Lower East Side de Manhattan, tres kilómetros cuadrados de *ghetto* sin murallas. El más populoso del mundo, un lugar de pobreza y miseria, de viviendas infestadas de ratones y cucarachas, un lugar de cultivo de

tuberculosis, un cazadero para explotadores en busca de mano de obra barata, un lugar de calor insoportable en verano y de frío glacial en invierno.

Después de dos años de esfuerzo, un grupo de primos, tías y tíos, reunieron suficiente dinero para traer a las muchachas a Baltimore. Por lo menos ahí uno podía respirar aire limpio y encontrar cierto alivio de la podredumbre de Nueva York.

Con trescientos dólares prestados por la «Hebrew Free Loan Society», abrieron «Trajes de Novia Hermanas Diamond» (también hacían pelucas) en medio del sector judío pobre de Baltimore, en Lombard Street.

Las hermanas eran excelentes en lo que hacían, así que había suficiente trabajo y pocas ganancias. Cada traje estaba hecho de raso, terciopelo o seda y generosamente bordado con pequeñas cuentas de cristal, lentejuelas y piedras falsas. El tocado estaba cubierto de pequeñas perlas y el velo generalmente hecho de encaje antiguo. Para la novia se trataba del traje que se lleva una vez en la vida, en el que la familia se gastaba hasta el último céntimo. Pero para semejante prenda se necesitaban horas y más horas de trabajo manual agotador.

Pero era su medio de vida y las hermanas Diamond eran muy trabajadoras y les bastaba, hasta que apareció en escena Jacob Rubenstein. Jake era vendedor, guapo, todo apariencia. Embarazó a Sonia y hubo que casarse rápidamente; luego vinieron tres niños más y un cuarto estaba en camino.

Jake resultó ser un inútil, tanto como marido que como proveedor. Jugueteaba con otras mujeres, incluso prostitutas, un hecho que Sonia conocía pero sobre el que guardaba silencio.

¿Jake? Jake era un soñador, un vendedor de puerta a puerta. Vendiera el tipo de mercancía que vendiera, no se ganaba la vida y se consideraba demasiado bueno para limitarse a vender dentro de una tienda. Cada semana, o así parecía, Jake emprendía otro plan para enriquecerse rápidamente. Y cada semana fracasaba también.

Los artículos que vendía en su ruta eran pagados por sus clientes a diez centavos o un dólar semanales. Sus clientes eran hábiles en no encontrarse en casa los domingos, que era el día tradicional de cobro. El domingo por la noche, cuando Jake repasaba sus libros y ponía sus cuentas al día, solo había lo bastante para pagar sus últimas mercancías. En ocasiones en que le quedaban unos pocos dólares de ganancia, solía perderlos en una partida de pinacle.

Siempre tenía la mano metida en la caja de la tienda de trajes de Sonia, y mantenía a las hermanas sumidas en un agujero del que no lograban salir. Los parientes estaban continuamente metiéndose con Sonia. ¿Por qué se empeñaba en tolerar a aquel inútil?

Pero Sonia erre que erre. Pese a todas las malas costumbres de Jake, la hacía reír. Siempre estaba con los chistes propios del vendedor y siempre con los besos. Se esforzaba, a su modo, en ser un buen padre. Era muy afectuoso y los niños eran aún demasiado pequeños para saber la terrible verdad.

Jake, por lo menos, jamás puso la mano encima de Sonia o de los niños y de vez

en cuando tenía suerte con las cartas. Cuando ocurría *oy, oy, oy*, Jake no ahorraba nada. Se lo gastaba en joyas para Sonia, o una piel, o un sombrero generosamente cubierto de pájaros. Sonia disponía siempre de una reserva de regalos para llevar al prestamista cuando había que pagar las facturas de la tienda o poner comida en la mesa.

¿Y para qué había venido Hannah a América?, se preguntaba a veces. ¿En busca de un hombre como su padre? ¿Su hermano? ¿Cómo Jake Rubenstein? Había muchos judíos en Baltimore con ojos brillantes acerca de América. Algunos, como sus primos, se estaban ganando muy bien la vida. Pero ¿qué oportunidad había para una soltera de dieciocho años? Menos que nada.

Hannah se estaba acercando al límite en que sería demasiado vieja para hacer una buena boda. ¿Cuál era su alternativa? La vida de una solterona, que socialmente no era ninguna vida.

Por el contrario, deseaba tener hijos propios y ser la *balabosta* de un hogar judío. Si solamente no fuera necesario tener marido para conseguirlo. ¿Tal vez sí? ¿Tal vez no? Ningún príncipe encantador la había encontrado aún y cada vez que asistía a un *bris*, imaginaba que el chiquillo era su propio hijo.

Sonia pasó a la trasera de la tienda donde su hermana divagaba, cogió un cepillo y cepilló el cabello negro azabache de Hannah que le llegaba hasta la cintura. Hannah se recostó, apoyando la cabeza en el vientre de Sonia, que estaba ya de seis meses.

—¿Qué debería decir a Moises Balaban? —preguntó Sonia.

Hannah se encogió de hombros.

—Ata cabos —siguió diciendo su hermana—, y esto no es para despreciar.

—¿En Havre de Grace? Ese lugar es como cuando nuestro hermano Noah fue enviado a Siberia.

—Tonterías. Está solo a una hora de distancia de Baltimore.

—Como si estuviera a cien kilómetros. Seríamos la única familia ortodoxa de allí. Es un exilio.

—¿Sí? Esto es América. No tienes que estar rodeada por un millón de judíos. No tendrás cosacos que te rompan las ventanas. Ni te violarán.

Hannah se apartó de Sonia, se puso en pie y su voz sonaba alarmada.

—Tengo miedo —dijo al fin.

—¿De Havre de Grace?

—Sí, de Havre de Grace y… de…

—¿Moises Balaban?

—Tengo miedo de cualquier hombre. Ya lo sabes. Además, casi me dobla la edad.

—Esto podría ser una bendición. Con un chico de tu edad te encontrarías con verdadero *tsuris*, con verdadera dificultad. También, lo que los jóvenes no saben de las mujeres es mucho. A la larga, un hombre más maduro, con experiencia, podría

tener más sentimientos, más comprensión.

—Moises puede ser encantador, pero creo que es una comedia que hace el *sabbath*, para sentirse santificado. Es inteligente, pero también veo cosas en él que me preocupan… —De pronto se estremeció—. Y qué me dices de esos dos hijos suyos, que parecen animales salvajes.

—Hannahile, me has dicho lo mismo docenas de veces.

Siguió un largo y difícil silencio hasta que la campanilla de la puerta anunció la llegada de una clienta para una prueba.

—¡Voy! —gritó Sonia—. *Nu*, Moises no tardará en llegar. Me pidió que le diera una respuesta de tu parte. ¿Qué voy a decirle?

Un traje igual al de Hannah no se había visto en Baltimore desde principio de siglo. El día de la boda, a finales de 1894, dejó de lado sus aprensiones y participó de la alegría de todos. Los hermanos de Moises vinieron de Savannah con un batallón de sobrinas y sobrinos, mientras que los *mishpocha* de Hannah vinieron de tan lejos como Cleveland. El banquete fue proporcionado por su tío Hyman que estaba al borde de conseguir una pequeña fortuna como propietario de drugstores.

La antigua ceremonia se celebró en la sinagoga de Lloyd Street, una de las más antiguas de América. La recepción con música y baile tuvo lugar en «China Hall», personalmente servida por su dueño el señor Sheinbloom. Este era un salón para banquetes de categoría, y la fiesta duró hasta entrada la noche, al diablo con el gasto.

Como no era el momento apropiado del mes, Hannah y Moises pasaron la noche nupcial bajo distinto techo en casas diferentes, quizá la única ventaja que consiguió la novia. Lo consideró como un indulto, una escapatoria del terrible momento de la verdad.

Hannah no había estado en Havre de Grace, solo había visto fotografías del edificio de St. John’s Street. Había conocido a los hijos en Baltimore. El tamaño del edificio y la elegancia con que Moises vestía, parecían asegurarle que iba a iniciar una vida cómoda.

Sus esperanzas no tardaron en hacerse añicos. Tan pronto él abrió la puerta, Hannah vio los efectos de ser un viudo tacaño. Todo estaba mal, feo, desordenado, sucio. La cocina al fondo de la tienda era una ruina, con las sillas rotas y desparejadas y una mesa cubierta por un hule grasiento y desconchado. Las ollas y sartenes estaban mugrientas y los pocos platos de diferente clase estaban gastados y agrietados.

Arriba, donde se vivía, las colchas, almohadas y toallas eran gastadas y mugrientas y los colchones manchados y llenos de bultos. Las ventanas estaban cubiertas por persianas rotas y sin cortinas. La pintura apenas se veía bajo las capas de polvo y suciedad. Un olor rancio y húmedo lo empapaba todo.

Era preciso una gran limpieza a fondo. Ropa de casa, edredones, platos y demás, eran cosas que la mujer solía traer al matrimonio como parte de su dote. Pero Hannah

no tenía dote.

Haría una lista completa, decidió, y dejaría el lugar reluciente y en orden. Montó una cocina *kosher* con leche y carne, cubiertos y platos. Este era su primer hogar y por trabajo que tuviera no le pesaría.

A pesar de su decepción inicial, Hannah no se desesperó. El trabajo no era desconocido para ella. Debía mirar el lado bueno. Esto ofrecía más promesa que una mala vivienda en Lower East Side.

Había tenido la inteligencia de hacerse amiga de los chicos, Saul y Lazar. Siempre que venían a Baltimore, había una cocina llena de pastelitos. Los dejó que participaran en poner la casa en orden. Les haría sentirse importantes. Prepararía un pastel para ellos y les permitiría chupar las cucharas y rebañar el cazo como premio, y dejaría sus ropas limpias e impecables.

Lo de la casa podía esperar unos días. De momento estaba la realidad de la noche de bodas. Durante su noviazgo no se mencionó el sexo para nada. De antemano se sabía cuál era el papel y las obligaciones de la mujer, esto formaba parte de su educación. Hannah tenía la terrible herencia de la tragedia de su madre y los temores relacionados con el sexo. Era una locura, pero la boda de Sonia ofrecía cierta esperanza. Aunque Jake era un mal asunto como marido, por lo menos disfrutaban con su sexo. Sonia se lo había dicho mil veces.

Dado que Moises tenía la experiencia de una anterior esposa, no tenían por qué parecer un par de cachorros asustados, manoseándose torpemente. Creía que Moises manejaría bien los momentos delicados de la situación. Si eso era verdad, podían establecer una forma de ternura, incluso quizá felicidad. Ya no podía retrasarse más. Había llegado el momento y el misterio no tardaría en ser desvelado.

Mientras Hannah le esperaba, la fealdad de aquella habitación mal iluminada la embargó. Se metió bajo las ropas de cama y no tardó en estremecerse de terror. Las paredes se le vinieron encima, y cuando oyó los crujidos de la madera anunciando su llegada, quiso desesperadamente huir y esconderse.

—Por Dios, Hannah —gimió—, no te portes como una imbécil —y dominó el impulso de acurrucarse en el armario.

La puerta se abrió.

Moises venía del retrete exterior con un camisón que le llegaba a los tobillos. No dijo una sola palabra, se quitó el *yarmulke*, apagó el fanal amparándose en la oscuridad, cruzó la estancia, gimió al dejarse caer sobre el mal colchón y tanteó en su busca.

Fue doloroso, desconsiderado, sangriento y, afortunadamente, rápido. No tardó en dormirse de espaldas a ella, roncando, así que no oyó sus contenidos sollozos. El miedo de Hannah se había consumado, como una maligna profecía.

Hannah anduvo como atontada durante unos días, desesperada por los ataques nocturnos. No había lugar donde ella pudiera buscar consuelo o paz. Nadie en quien confiar. Sacó fuerzas de su valentía para alejar su depresión y se dijo que en la vida

había otras cosas. Tendría un hogar decente. Llegaría a querer a Saul y a Lazar. Quizá tendría hijos propios. Pero, contemplando fríamente el porvenir, habría que soportar muchos años su sórdido comportamiento, quizás el resto de su vida.

—He hecho una lista de lo que necesitamos —le dijo Hannah al final de los primeros y amargos quince días—. Si hago el viaje a Baltimore para las compras podemos ahorrar mucho dinero.

Moises miró la lista, palideció y se enfureció. Necesitaba utensilios de cocina, ropa de cama, toallas, cubiertos, tejido para cortinas, ropa para los niños, colchones.

—¿Estás amueblando el castillo de Dublin?

—Este lugar es una ruina. Solamente trato de hacer un hogar para ti y para tus hijos.

—*Gevalt!* ¿Y esto qué es? —barbotó con el papel temblando en su mano—. Trajes para Saul y Lazar.

—Van harapientos, como huérfanos. Si no quieres gastar para ellos, por lo menos cóseles un par de pantalones. Cómprame lana y les haré blusones de punto.

—¿Y esto qué es? ¿Y esto? ¿Y esto? Batidores para huevos, tapicería, un afilador para los cuchillos, fundas de colchón, cortinas. ¡Esto es una locura!

—No pienso vivir en medio de esta porquería y con tus hijos vestidos de harapos. Y de paso empieza a pensar en contratar un *shvartzer* para que dé una mano de pintura y empapele.

—¡Quizá si hubieras traído una dote como debe hacerlo una esposa! —gritó.

—Mi dote no tiene nada que ver con la suciedad. Lo que es más, me mantengo *khoser* y voy a dormir en una cama que no tenga piedras en el colchón.

Volvió a mirar su lista barbotando incongruencias. Hannah había tenido la desfachatez de pedirle un desembolso de más de cien dólares. ¡Y esto sería solamente el principio con una mujer como aquella!

—No tengo dinero —mintió—. Y no sé de dónde sacas estas principescas ideas. Mejor será que vayas a pedirle el dinero a tu tío Hyman. Se gastó una fortuna en la recepción en «China Hall» y ¿de qué nos ha servido?

Y así sucesivamente. La avaricia de Moises entró en guerra contra la determinación de Hannah. A los pocos meses, se habían trazado las líneas de batalla, permanentes, con toda claridad. Él gimió, sangró y soltó algunos dólares.

Hannah se decidió a dedicarse a coser y anunció que se hacían trajes de novia, pero Havre de Grace no era Baltimore y las monedas llegaban de mala gana. Gracias a su hábil gestión y a su economía, el lugar tuvo otro aspecto al terminar el año, y Saul y Lazar habían perdido parte de su rusticidad.

Lo que ocurría en el dormitorio no cambió. Después de acometidas animales, brutales y rápidas, se volvía de espaldas a ella y al momento empezaba a roncar. Por lo menos, razonaba, la agonía no se prolongaba.

Saul y Lazar querían a su madrastra como jamás habían querido a nadie. Aunque Hannah tenía solamente diez años más que Lazar, era la luz de su existencia, su

redención de la soledad y de su miedo a ser ignorado y abofeteado, de una vida de dolor constante. Hannah era un amparo y abrazos y besos y pellizcos en las mejillas… y risas. Hannah era galletas y grandes platos de sopa con albóndigas y camisas limpias y cabello bien cortado y estudiar poemas y batir helados y mantequilla y el olor a pan recién horneado y un *ángel*, cuando encendía las velas del *sabbath*. Se colocaba entre los niños y Moises para protegerles, siempre que sus arrebatos de ira le consumían.

—Mamá, ¿puedo llamarte mamá? —preguntó Lazar. Ella se deshizo. Lazar estaba cambiando, aceptando su cariño, haciendo cosas para que estuviera contenta y orgullosa. Casi como la primera amiga que el niño había tenido, y desde luego el primer amor de su vida.

Saul siguió indómito y turbado, pero algo de luz había entrado en su vida gracias a ella. Poco a poco, penosamente, le iba respondiendo, pero se abría solo un poco cada vez.

Estaba en el tercer mes de su embarazo cuando Moises entró en uno de sus más negros accesos de ira. Hannah había gastado algo de dinero para empezar el ajuar de su esperado hijo. En un estallido de rabia, le preguntó por qué no hacía ella las prendas.

—No te preocupes, Moises —le respondió—. Cuenta con gastar más dinero. Necesitamos una cuna, un coche, pañales, biberones.

—Pídeselos a Sonia. Ella tiene de todo. Yo no estoy hecho de dinero.

—No, estás hecho de *dreck* —le espetó en claro *yiddish*. La hizo callar de un puñetazo en la boca. A la mañana siguiente se había ido.

Buen viaje, pensó Moises cuando leyó su nota. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que empezara a echarla en falta. Habían cambiado tantas cosas desde que estaba en casa. Tantas cosas buenas. Quizá…, solo quizás…, había estado un poco mal, se dijo. Quizá…, solo quizá…, tendría que ceder en algunas de sus fantasías. Claro que jamás le diría dónde tenía escondido el dinero, debajo de las maderas del suelo de la tienda.

La casa pronto pasó de resplandeciente a abandonada. Y lo que era mucho peor, la mujer *shvartze* era malísima cocinera y los chicos reclamaban día y noche a Hannah.

Pasado un mes, durante el que ella no volvió, arrastrándose, Moises claudicó. Se tragó el orgullo, puso freno a su genio, y fue a Baltimore a reclamarla, con el sombrero en la mano.

Hannah estableció una serie de reglas que lo cubrían todo, desde el dinero para la casa a un día por semana, el *sabbath*, para el acto carnal. Finalmente le arrancó la promesa de que jamás volvería a pegarla a ella o a los chicos.

Moises aceptó de mala gana sus condiciones y ella entonces accedió a volver a Havre de Grace para un período de prueba.

Cinco meses después, volvió de nuevo a Baltimore para dar a luz. Tuvo una niña,

Leah, llamada así en recuerdo de su madre, y lloró amargamente mientras Sonia trataba de consolarla.

—Moises te espera fuera —dijo Sonia.

—Le odio —sollozó Hannah—. ¡Le odio!

Moises y Hannah Balaban tenían tres hijas: Leah, Fanny y la pequeña, Pearl, que había nacido pocos días después de entrar en el nuevo siglo.

Hannah había sufrido varios abortos, así como tres embarazos completos y difíciles y el nacimiento. Le advirtieron que no tuviera más hijos. Teniendo a Saul y Lazar como a hijos propios, estaba satisfecha. La casa estaba llena y alegre, y ella era la madre, la artífice del hogar y la protectora.

Moises estaba reducido al papel de residente estrella en su propia casa, un forastero medio recluido. Pasado cierto tiempo, Moises dejó de enseñar hebreo y el Talmud a sus hijos, perdiendo incluso este contacto con la familia. Los niños ingresaron como aprendices de sastre y ayudaban en la tienda, barriendo, ayudando a la *shvartze* con el lavado en seco, planchando algo y haciendo recados. Mientras Hannah estaba allí, todos cumplían con su trabajo sin demasiada rebeldía.

Moises no dejaba de hacer sentir su presencia en la comida, quejándose invariablemente, riñendo y talmudizando. Pero, no se confundan, Hannah era la *balabosta*, la que controlaba la familia.

Al pasar los años y crecer los chicos, se vio claramente que deseaban irse. Incluso trazaron un plan secreto para escapar. Fue Hannah la que lo descubrió, ganó su confianza y les mantuvo unidos. Por amor a ella, la familia siguió intacta.

Moises Balaban se conformaba con su vida aburrida, sentado con las piernas cruzadas en un almohadón sobre la mesa de cortar y cosiendo y rezando. Él mismo se abrumaba con su sentido de la piedad, siempre el buen judío, especialmente el *sabbath*.

Visto desde fuera, Havre de Grace parecía una pequeña ciudad sureña, bonita y tranquila. Había lugares para nadar y grandes prados y barcazas en el canal para transporte, y enormes y retorcidos robles para poder encaramarse, y perros que acariciar y carreras de saltos de ranas, y sandías para disfrutar, y aquella maravillosa y perezosa brisa sureña.

Pero los niños Balaban, no disfrutaron de una infancia idílica. La vida era continuamente fea para la única familia de judíos ortodoxos de Havre de Grace. Las otras tres familias judías estaban totalmente asimiladas, sin admitir abiertamente si eran o no practicantes.

Dentro de la casa los Balaban hablaban *yiddish* y por lo que a los vecinos se refería, eran forasteros, extraños, y les daban miedo. Les trataban con suspicacia. El chismorreo por ridículo que fuera, sobre curiosos rituales era realmente creído en la ciudad. Fuera de clase, los otros niños practicaban la típica crueldad infantil.

Donde no llevan calzas,
en la parte sur de Francia.
Pero por lo que hacen
basta para que los maten.

Saul se volvió el defensor de la familia. Era un luchador duro y ruin. La vida habría sido intolerable de no haber podido pelear en favor de su hermano y hermanas. Después de que Saul, derribó al matón de la ciudad, se extendió la advertencia de no meterse con los chicos judíos o sus hermanas.

Pero Saul no podía barrer a toda la ciudad, especialmente cuando los adultos levantaron la bandera antijudía con bromas crueles sobre los *hymie*. Moises había prohibido a sus hijos que jugaran con los *goyim* y *shiksas*. No obstante, todos tenían sus amigos secretos gentiles, aunque no podían traerlos a casa.

Aunque Moises se opusiera, los chicos jugaban a los juegos ateos de fútbol, baloncesto y béisbol y lo hacían muy bien. Esto les abrió un pequeño paso al «otro» mundo. En general, los niños Balaban se sentían aislados y estaban muy unidos.

La casa de los Balaban se impregnó inevitablemente de la falta de amor entre Moises y Hannah y entre Moises y sus hijos. Resultaba especialmente duro para las niñas que crecían con un marcado odio hacia su padre. El *sabbath* era un mal día que irritaba y entristecía a las niñas, porque sabían que era el día que Hannah tenía la obligación de «hacer» sexo con su padre.

Desde sus más lejanos recuerdos, veían a su madre presa de dolores después, sujetándose la espalda y sufriendo. Aunque Hannah raras veces lo comentaba abiertamente, lo sabían y sentían odio.

—Tened cuidado con los chicos —les advertía Hannah—, solo os traerán sufrimiento.

El legado había pasado a una nueva generación.

Cada año los dolores de Hannah se hicieron más penosos y aumentó la animosidad de las hijas hacia el padre. La perspectiva de hacerse mayores estaba marcada por el miedo.

La casa dividida empezó a tambalearse. Y Baltimore con su gran comunidad judía y los muchos parientes afectuosos, creció en sus mentes como un lugar de fantasía, un nirvana, un final al perpetuo sufrimiento.

La proposición de un traslado estaba siempre presente en la mesa y rara vez pasaba un mes sin que Hannah lo planteara.

—Según tú, ¿cuál es el gran honor de vivir en Havre de Grace, Maryland? —preguntó Hannah.

—¿Cabe en tu cabezota la idea de lo que costaría vivir en Baltimore?

—Eres un *meshugga*, Moises Balaban. Aquí no puedes ni siquiera ganarte la vida. Sin que yo vaya *shnorring* a tío Hyman un par de veces al año, hubiéramos tenido que cerrar este miserable negocio hace años.

—¿Cómo se le pueden explicar las finanzas a una mujer? Mira la cocina. Haces pan para tres ejércitos. ¿Crees que no sé que los niños regalan bastante pasteles para proporcionar una tahona a los amigos *goyim*, que ven a mis espaldas?

—¿Y qué tiene que ver esto con trasladarnos a Baltimore? Por lo menos en Baltimore podré volver a empezar a coser trajes preciosos. Créeme, nos irá mucho mejor. Y en Baltimore…

—¡Mujer, has confundido Baltimore con Jerusalén!

—Tengo a Baltimore confundido con Baltimore. Tus hijos no tienen ni un solo amigo judío aquí. Ni uno. No tienen *shul* para ir a rezar. No viven ni un día sin oír las cosas feas que les llaman.

—Un judío puede vivir en cualquier parte, mientras se atenga a las reglas. Así lo dice el Talmud.

—¿Y dónde dice el Talmud que las niñas encontrarán maridos en Havre de Grace? Dentro de pocos años empezarán a estar dispuestas para el matrimonio. ¿Esperas que los maridos aparezcan de pronto del fondo del río Susquehanna?

—Ya encontraremos. Ya encontraremos. No te preocupes, cuando llegue el momento les prepararemos buenos *shiddachs*.

—¿Cómo? Esto es América. No puedes hacer arreglos como los que se hacían en nuestra patria. Deben vivir en un lugar donde puedan encontrarse con muchachos judíos.

La discusión terminaba siempre con un portazo de Moises que se encerraba en la tienda. Era su santuario y *davened* en la oración, pidiendo clemencia por la estupidez de su mujer.

Después de una década de esto, Hannah complotó en secreto marcharse con las niñas. Ahorrando y recortando, en lo que era un genio, y aceptando arreglos que la tenían cosiendo hasta entrada la noche, pudo ahorrar algún dinero. A medida que las niñas crecían, aumentaba la urgencia. Hannah sabía lo que más temía Moises. El canalla mezquino temblaba de miedo al pensar que tenía que dotar a cada una de sus hijas.

Tenía su escondrijo en un baúl donde guardaba los trajes que había cosido para el ajuar de sus hijas. Moises, que nunca revelaba sus ganancias, tenía su dinero escondido bajo el piso de madera de la tienda, donde el mostrador.

El *sabbath* se hacía especialmente opresivo en aquellos malos tiempos. En un *sabbath* de agosto, un calor húmedo subía del río y los árboles parecían desmayados y la hierba tostada y podían oírse gemir a los campos de maíz. Mover la mecedora, abanicarse y poner la cabeza bajo el chorro de la bomba de agua y nada. La casa de Moises Balaban estaba cerrada a cal y canto y el aire no podía respirar. Las persianas bajadas…, la luz triste y grisácea… Moises rezaba.

Movimiento en la casa. Cada paso terminaba con un crujido de suelo y peldaños. Hannah gemía después de su noche de tortura.

Los niños estaban encerrados. No podían ni coser, ni guisar, ni leer por placer, ni

jugar haciendo ruido. Una partida de ajedrez a media voz. Somnolencia y sudor. ¡Oh, Dios! ¿Dónde está tu bendita puesta de sol?

Dolorido por estar sentado en la misma postura, Moises salió de la tienda y cruzó la casa, insoportable con su libro de oración en una mano, y la otra detrás de la espalda. Atravesó la cocina, subió por la escalera de atrás, recorrió todas y cada una de las alcobas mirando por el rabillo del ojo si todo el mundo estaba donde debía. Volvió a la cocina donde Hannah se abanicaba agotada.

—¿Dónde está Saul? —preguntó.

—Quizás ha roto las cadenas y ha huido. ¿Cómo voy a saberlo?

—No está aquí.

Su voz atrajo a los demás a la cocina, asustados al entrar.

—¿Dónde está? Lazar, tú le encubres.

Lazar sacudió negativamente la cabeza.

—No toleraré que se profane el *sabbath* bajo mi techo.

Cogió su bastón del paragüero y lo alzó amenazador:

—¡Saul recibirá la lección de su vida!

Hannah se levantó de la silla, secándose el sudor del rostro:

—Tú, Moises Balaban, profanas el *sabbath* todos los días de tu vida con tu vileza y malos modos. No pondrás ni un dedo sobre el muchacho.

—Mamá, por favor —murmuró Lazar.

—¡Ni un dedo! —repitió Hannah.

Los ojos de Moises se desorbitaron ante el impacto de esta inesperada rebeldía. Esbozó un gesto airado hacia ella, que atrajo a las muchachas que formaron un cordón protector. Luego Lazar se interpuso entre su padre y ella. Moises les amenazó con el bastón. Lazar se lo arrancó de la mano y lo tiró a un rincón.

—Vuelve a tus oraciones —dijo Hannah—. Pareces un perro furioso. Y te diré otra cosa, este es el último *sabbath* en que nos encierras como animales enjaulados. No hay nada que diga que no podemos salir a la calle y que los niños no puedan bañarse en el río.

Moises se agarró el pecho y se acercó tambaleándose a la silla dejándose caer en ella, mirando sin ver, enloquecido. El sudor le caía por la barba y su ropa negra de *sabbath* se iba mojando.

Unos golpes en la puerta de la tienda aliviaron la escena.

—Decid que se marche —barbotó Moises—. Es *sabbath*.

Las llamadas persistieron hasta que Leah salió corriendo de la cocina. Volvió al momento, gritando, incoherente. Hannah lo imaginó en seguida al verles. El alcalde, el jefe de Policía y otros más estaban allí ante ellos y se quitaron el sombrero.

—¡Saul! —exclamó.

—Ha sido un accidente, señora Balaban.

Nunca se supo toda la verdad, solo se sospechó. Un grupo de muchachos organizaron un equipo de béisbol y subieron a un tren de carga para pasar a Eastern Shore donde iban a jugar un partido. Saul, siempre atrevido, se encaramó al techo del vagón. Dijeron que había caído. La familia creyó siempre que fue empujado. Su cuerpo quedó entre dos vagones y fue arrastrado sobre la vía por más de un kilómetro, hasta que se desprendió.

El pelo de Hannah Balaban encaneció en una noche. Pocos días después abandonó Havre de Grace con sus hijas. Sabía desde hacía años el escondrijo de Moises y se fue con su dinero.

Moises se volvió loco al descubrir que le faltaba y se volvió contra Lazar. Pero Lazar era grande y fuerte. Lazar también se fue a Baltimore, donde se reunió con sus hermanas y madrastra.

Moises se quedó. Esta vez tenía una nueva compañía: una pesadilla horrenda de muerte y desfiguración que le persiguió el resto de su vida.

BALTIMORE, 1902-1913

—Así que dad las gracias a vuestra buena estrella, es mejor morirse de hambre aquí, que comer en la mesa de la reina en Havre de Grace —solía decir Hannah—. Y también deberíamos dar gracias por no vivir en Lower East Side de Nueva York. La de historias que se oyen. *Kinder, kinder*, tenemos suerte de estar vivos.

Baltimore era indefinible. Hambre indefinible, suelas de zapatos indefinibles. Fuera lo que fuera, era indefinible. La hermana de Hannah, Sonia, y su maligno marido, Jake Rubenstein, estaban en estado de lucha perpetua. La tienda de novias de Sonia se había ido al diablo, empujada por las deudas de juego de Jake.

El tío Hyman, el único que había tenido éxito en la familia, era propietario de una gran farmacia en Fayette Street, cerca de la Central de Correos, en el centro de Baltimore. Hyman daba a los parientes de Baltimore, manteniéndoles a flote, daba a los parientes de la vieja patria, daba a los parientes de Palestina, daba a la sinagoga. Nunca dejaba de dar. Bendito hombre.

El tío Hyman metió a Lazar de aprendiz de farmacéutico y pagaba sus estudios en la escuela nocturna de la Facultad de Farmacia de Maryland. El gesto de Hyman les mantenía la cabeza fuera del agua.

Pasaban meses sin que Moises Balaban enviara ni un céntimo para ayudarles. Moises aparecía por Baltimore en vacaciones, emperifollado como el Príncipe de Gales y honraba a su familia con una visita. Una o dos veces al año regalaba un dólar de plata nuevo a cada una de las niñas. En cambio, no habiendo esposa, no había ayuda.

Hannah tenía que ser algo más que simplemente trabajadora. De día vendía ropa interior de señora, a domicilio: corsés y sostenes. De vez en cuando aceptaba un encargo para un traje de novia, siempre aparentemente, justo a tiempo de salvarse del desastre o para ahorrarle la humillación de tener que pedir dinero al tío Hyman.

Las niñas llevaban la casa. Por las tardes ayudaban a mamá, facilitándole así que pudiera tomar más trabajo de arreglos. El pie de Hannah estaba siempre en el pedal de la máquina hasta bien entrada la noche.

Y así salían adelante…, a duras penas.

Después de cinco años en Baltimore, Hannah pudo abrir una minúscula tienda en Gay Street, entre un colmado y una casa de la que nadie hablaba excepto en voz baja. Era un secreto a voces lo que ocurría en «aquella» casa, con su constante entrar y salir de hombres, especialmente los días de pago. Sus hijas, a los ocho, diez y doce años, eran hábiles cortando patrones e incluso cosiendo cuentecitas.

Después de un año de aprendizaje, de estudiar y de empollar, Lazar se hizo farmacéutico y las cosas se aclararon un poco. Pudieron mudarse a un apartamento relativamente decente, un segundo piso, sobre una panadería, donde por lo menos tenían siempre un aroma delicioso. El panadero, uno de los muchos conquistados por Hannah, le daba siempre preferencia para el pan del día anterior y en el mostrador de

los pasteles.

Lazar era un tipo simpático, de buen ver, y generoso con su sonrisa y algún chiste. Algún día, le decía Hyman, tendría su propia farmacia. Lazar había pasado de la niñez a ser hombre, sin egoísmos. A cambio del cariño y protección de Hannah, se volcó enteramente a sus necesidades y a las de sus hermanas.

Uno contaba con que Hannah y las niñas tendrían por Lazar un cariño especial por sus sacrificios. Después de todo, cuando recibió su título, ganaba lo suficiente para irse a vivir solo y disfrutar de las ventajas de la soltería. Pero Lazar se quedó en aquel caldero de mujeres airadas. Se daba por sentada su presencia, una media-persona dentro de sus paredes. Lazar era Lazar…, un buen chico…, un judío practicante…, en conjunto un proveedor decente.

Y con el paso del tiempo, el recuerdo del fallecido Saul se salió de la realidad. Olvidaron lo turbulento que Saul había sido, lo irresponsable, lo difícil que resultaba manejarlo. Cómo probablemente había provocado su propia muerte. Saul fue recordado como el defensor de la familia, un santo. A Saul se le atribuían, como a cualquier patriota irlandés, hazañas que jamás realizó, canciones que jamás cantó. El *yahrzeit* de su muerte se celebraba con no menos solemnidad que el Yom Kippur. Lazar vivía aplastado por la sombra de su respetado hermano muerto.

Pero en todo caso, Lazar estaba bien servido. Se sentaba a la cabecera de la mesa y su ropa estaba siempre inmaculada y cosida. Tenía su propia alcoba, prioridad para el cuarto de baño, primero en la lectura del periódico. Sin embargo, cuando Leah, o Fanny o Pearl almidonaban su bata blanca, o lavaban su ropa interior, o cuando su jarrita para afeitarse buscaba sitio entre sus cosméticos, o cuando olía a ron, un pizco de resentimiento no faltaba nunca. Después de todo era un hombre. Un hombre *vivo…*

Esto tenía un extraño contrapunto. Cuando Lazar traía a una amiga a casa o parecía estar más que interesado, su madre y sus hermanas lo colocaban de pronto en un pedestal. Ninguna chica era lo bastante buena para «su» Lazar. A las amigas se las hacía sentirse claramente incómodas. Siempre había la inferencia de que debían ser mujerzuelas. En una ocasión en que el compromiso con Zelda Mayers, la hija del carnicero, iba a ser oficialmente anunciado, Hannah fue víctima de una misteriosa enfermedad. Desmayos, dolores agudos, insomnio iban a la cabeza de unos síntomas que desaparecieron milagrosamente cuando Lazar y Zelda rompieron. Pasado un tiempo, Lazar dejó de traer amigas a casa. Pasados los veintitantos Lazar parecía destinado a una vida de soltería.

—No te preocupes, Lazar —le decía Hannah—, si la muchacha te gusta, adelante, cuenta con mi bendición… Y no sufras por nosotras, sobreviviremos. De todas formas deberías comprobar algo sobre su salud. Se dice, probablemente son chismes, que cuando era jovencita…, en realidad quién sabe la edad que tiene…, tuvo cierta enfermedad…, no quiero ni mencionarla. Pero ten cuidado. Ya sabes a lo que me refiero. Eres farmacéutico. Ya sabes lo que contiene el pequeño cajón junto a la

registradora. Ten cuidado.

Así que Lazar salía con los otros solteros, jugaba a las cartas, iba al cine, hablaba de todo y nada, bueno lo que suelen hacer los hombres. La única pasión de Lazar seguía siendo el baloncesto por lo que estaba loco desde niño. Era un puntal estrella del equipo del Consejo de Jóvenes Hebreos y Asociaciones Similares, la muy respetada CJHYAS, a la que dedicaba su exceso de energía.

Con las tres hermanas Balaban, la situación era asombrosamente similar, pero algo distinta. Hannah y sus hijas retenían para sí una pequeña isla en los ruidosos confines del pobre Baltimore judío, un *ghetto* centrado en un par de antiguas sinagogas en Lloyd Street.

Leah era no solo la mayor, sino la más inteligente y más guapa. En su adolescencia había crecido hasta ser más alta que su madre, era seductoramente lozana y estaba rematada por una cabellera rizada que le llegaba a media espalda. Fue la primera en salir y lidiar en el mundo de los muchachos. Sus enormes ojos castaños sabían cómo despedir la señal que producía palpitaciones instantáneas al receptor.

Leah era a la vez vanidosa y apasionada. Disfrutaba flirteando y no tardó en ser maestra en el arte de atraer, encantar y manipular. Pero su base para la madurez como mujer era inestable. La voz de su madre parecía estar siempre murmurando en su oído. Su condición de mujer era un lugar lleno de trampas y cepos. Cuidado.

Los pretendientes de Leah, como después los de Fanny y Pearl, eran todos ellos pobres muchachos con inciertos futuros. Después de los primeros besos y abrazos solían notar algo ominoso en las hermanas Balaban.

El pequeño apartamento encima de la panadería era un lugar divertido. La cocina servía también de cuarto de estar, y Fanny tocaba bastante bien el piano, un vertical de segunda mano, para dar a conocer los sentimientos del momento, pese a estar algo desafinado. Las canciones hablaban de atardeceres y media luz y rubias, y hombres en trapecios voladores y pájaros en jaulas de oro. La mesa de la cocina estaba cubierta de cosas buenas y abundaban las discusiones acerca de la organización de los obreros de la confección, o del socialismo o noticias de la vieja patria.

Por debajo de aquella alegría un hombre sensible habría adivinado muy pronto que Hannah y sus hijas arrastraban un odio oculto y profundo contra el padre, que jamás se mencionaba, cuya fotografía no figuraba en la chimenea. No se hablaba nunca de desprecio por los hombres, ni siquiera se admitía, pero muchos jóvenes lo notaban y jamás volvieron.

1914

Hannah se levantó del rincón donde cosía cuando Leah llegó a casa del trabajo y,

como hacía cada día, sirvió dos vasos de té de la siempre humeante tetera. Era el año 1914 y Europa volvía a estar en guerra, esta vez total, desde Rusia al océano Atlántico, des de África al Báltico.

Leah había cumplido los diecinueve años y trabajaba en un pequeño salón de belleza del vecindario. Era una quejica crónica, que parecía estar continuamente atormentada por una inexplicable y exótica angustia. Trabajar de pie a lo largo del día era una perpetua maldición.

Murmuraba para sí que debería ir a la escuela de secretarias mientras su madre le desabrochaba las botas y le hacía masaje en los pies.

—¿Dónde están Fanny y Pearl?

—Con los chicos, bajo los arcos, ¿dónde si no?

Lazar entró unos momentos después, abrazó debidamente a su madre y hermana, entregó a Hannah el sobre de la paga, y se retiró al baño con un periódico.

Las mujeres sorbieron su té. Leah adivinó inmediatamente que su madre llevaba la expresión *shiddach* pintada en el rostro. Era un tema que Leah odiaba. Suspiró y esperó las malas noticias.

—Me han hablado —empezó Hannah— de un partido.

—Nada de partidos, mamá —se apresuró a cortar Leah—. Tú misma has dicho mil veces que esto es América y que nosotras nos decidiremos.

—Lo sé, cariño, pero es que este es distinto.

—¿Se trata del hijo del alcalde o de algún millonario alemán del centro de la ciudad? —se burló Leah.

—Escucha a mamá por un minuto. Estoy tratando de todo corazón de encontrarte una situación cómoda. Primero, no quiero que te mueras de hambre y tengas que rascar para cada céntimo. Quiero para ti un hombre con dinero, que pueda proporcionarte un buen hogar. Y un hombre que, Dios no lo permita, no sea un perro mezquino como tu padre. —Al mencionar a Moises, Hannah simuló escupir en el suelo—. Las dotes ya van siendo cosas del pasado Aquí, en América, no solo hay libertad de elección, sino también más hombres elegibles que mujeres para casarse con ellos. Aquí un hombre incluso pagaría una buena suma por encontrar una esposa adecuada.

—Eso fue lo que pensaste cuando te casaste con papá.

—Créeme, Leah, ni por un segundo consideraría a un hombre que no fuera amable y educado… ¿Crees que hablaría de *shiddach* con alguien tan repugnante como Moises Balaban? —Y de nuevo simuló que escupía—. No solo bueno y educado —prosiguió Hannah—, sino alguien que pretenda conquistar el mundo. Esos socialistas, esos comunistas, esos agitadores callejeros, te lo digo yo, se van a casa y hacen desgraciados a sus hijos y esposas. Considerándolo todo, lo que una mujer necesita es un hombre tranquilo, simpático, débil, que pueda ser controlado por su mujer.

—Pero supón que a mí me guste alguien con más carácter —replicó Leah.

—Cuanto más carácter, más problemas, créeme.

—Así que a ti te gustaría que me casara con un *nebish*.

—Con un hombre dulce y amable que se gane la vida. ¿Acaso es criminal?

La olla puesta en el fuego empezó a hervir. Hannah la llevó junto a la bomba y echó agua fría para templarla. Dejó el cacharro en el suelo y añadió sales de Epsom. Leah metió los pies dentro y suspiró de placer.

—¿Qué pasa con los hombres judíos, mamá? ¿Qué es lo que hace que nuestra raza produzca tantos avaros y abusones de la familia?

—¿Qué es lo que lo hace? *Nu*, te lo diré. Por espacio de dos mil años, los judíos no han hecho sino soportar derrotas y humillaciones. Deben sobrevivir a los pogromos y a las masacres y contemplar desvalidos y ni siquiera poder defender a sus familias. Y cuando no hay un pogrom, los *goyim* jamás dejan de escupirles, ni por un minuto. En la vieja patria era imposible para un judío ganarse la vida normalmente. Lo único que conseguían era el *drek* que los *goyim* no querían. ¿Qué hace esto a un hombre, a su sentido de hombría? Lo aplasta. Así que el hombre judío se oculta en su religión. No tiene posibilidad de devolver los golpes, así que reza y justifica su cobardía con citas del Talmud. Y cuando el mundo se le cae encima, ¿a quién puede golpear? ¿Dónde puede deshacerse de sus frustraciones? Solo en su familia. Si no tienes patria por la que luchar, no tienes héroes a los que imitar. Lo único que hay son azotadores de esposas.

Hannah suspiró y aguardó un momento para ordenar su sabiduría.

—En todo pueblo conquistado, azotado, subyugado, los hombres se comportan igual con sus mujeres y sus hijos. Fíjate en los *schvartzers*, son como animales con sus mujeres. Y los irlandeses te hacen diez niños y huyen del país.

—Pero esto es América, mamá.

—Llevará tiempo, una generación, otra generación, para sacudirse los grilletes, la mentalidad de los *ghettos* y los pogromos Pasará mucho tiempo antes de que los judíos, incluso en América, se consideren como hombres completos, verdaderos. Entretanto, Leah, hija mía, debes mostrarte extraordinariamente inteligente en la selección de un marido. Esto es por lo que la proposición que se me ha hecho tiene mérito.

—¿De quién se trata ya, mamá?

—Espera, deja que te seque los pies —temporizó Hannah, obviamente dubitativa.

—*Nu?* —preguntó Leah pasado un instante.

—Un pariente lejano. Lo has visto en varias ocasiones, generalmente en vacaciones cuando vienen a Baltimore para asistir al *shul*. En realidad estaba en tu propia silla el último Rosh Hashonah. ¿No te acuerdas?

—No, y no puedo pensar mientras andas jugueteando. ¿Por eso te marchaste de la ciudad la semana pasada, como una espía en misión secreta? ¿Para echarle un vistazo?

—Así es —admitió Hannah.

—Pues dímelo ya.

—Pues es el hijo único de mi primo segundo… que, incidentalmente es propietario de un enorme almacén general en Salisbury…

—¡Quieres decir Richard Schneider!

—Atiende un minuto, Leah, escúchame.

—¡Richard Schneider, oh Dios mío!

—Morris Schneider solo tiene un hijo, Richard, su único hijo. Richard cumplirá veinticinco años y Morris no está bien. Anhela que su único hijo tenga una esposa e hijos para hacerse cargo del negocio. Pero hacerse cargo del todo, al cien por cien. Richard será un hombre rico.

Leah se puso en pie, resbaló en la jofaina, se agarró a la mesa para no caerse y el agua se derramó por el suelo.

—*Oy vay iss mir*. ¡Richard con sus granos! Una nulidad. Es tan atractivo como una ampolla a punto de ser reventada.

—Esto fue hace un año. Ahora, créeme, le he visto, es más alto, más sociable. Su cara está completamente limpia. Y siempre ha tenido debilidad por ti. Leah, es muy cariñoso. Puedes domesticarlo como a un animal. Y deja que te diga que su casa es como una mansión…

—Pero Salisbury está en la Costa Este, mamá, y es peor que Havre de Grace.

—No querrás creer lo grande que es su almacén. Tan grande como el centro de Baltimore. Y la plata y las alfombras. Y lo creas o no, un automóvil, un «Ford» tipo T. ¿Quién ha oído hablar de semejantes cosas?

Leah se echó las manos a los oídos.

—¡Pero qué es lo que quieres! —exclamó Hannah—. Los dedos se nos quedan en los huesos de tanto trabajar, del nacimiento a la muerte, ¿y para qué? ¿Quieres un sastre? ¿O prefieres a un rabioso agitador callejero? Tu primo Morris es un hombre generoso.

Leah se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar, apartándose cuidadosamente del cacharro, mientras Hannah le secaba los pies. Leah siguió llorando en la mesa y Hannah recogió las migas caídas junto al plato de los pastelillos y recogió después las tazas del té.

—Lamento haberlo mencionado —le dijo—. Esto es América y nadie va a obligarte.

La cara de piedra de mamá hizo ver a Leah que había algo más. La lidia prosiguió en silencio.

El reloj de la chimenea dio las seis. Hannah se movió por la habitación hablando entre dientes, limpiando el polvo inexistente.

—¿Qué es lo que no me has dicho, mamá?

—¿Qué es lo que no iba a decirte?

—¿Puede que algo sobre la generosidad de Morris Schneider? —sugirió Leah.

Hannah dejó el paño del polvo y suspiró, no una vez, sino cuatro:

—Morris me ofreció una asignación. Mil dólares.

Leah se deslizó a través de la estancia y agarró las cortinas de encaje, luego se quedó mirando las carretillas y el movimiento del cruce. Las mujeres hacían cola para entrar en la panadería y llegar al mostrador del pan del día anterior. ¡Mil dólares! Era más que una fortuna, tanto dinero le hacía girar la cabeza. Mamá podría alquilar la más bonita tienda de trajes de novia de todo Baltimore. Con semejante tienda tendría clientes del sector de los judíos alemanes. Su pobreza habría terminado. Leah levantó la mirada y vio a Lazar ante la puerta del baño mirándolas con expresión curiosa.

Era cuestión de hacerlo y con un superesfuerzo, Richard Schneider consiguió llevar a Leah en brazos para cruzar el umbral de la *suite* nupcial. Morris y su esposa, Erma, aplaudieron la hazaña de su hijo mientras un par de botones atacaban la montaña de equipaje que había en el corredor.

—Estas cinco maletas van a nuestra *suite*, al final del corredor —indicó Erma.

El gerente, un obsequioso austríaco, descorrió las pesadas cortinas de terciopelo, despejando la vista del océano y esperó los *oh* y los *ah* que pronunciaron debidamente Richard y sus padres. Después, el austríaco recorrió la *suite* señalando la abundancia de adornos.

Los botones fueron premiados con veinticinco centavos cada uno y el austríaco con un dólar de plata, retirándose a continuación andando hacia atrás y con varias reverencias hasta cerrar la puerta.

—Bien, *kinder* —dijo Erma—, no nos vais a necesitar hasta la hora de la cena. ¿Nos encontraremos a las ocho en punto en el comedor?

Richard miró nerviosamente a Leah mientras su madre esperaba la respuesta.

—A las ocho estará bien —terminó diciendo.

Silencio. Un terrible silencio pétreo.

—Creo que empieza una de mis jaquecas —murmuró Leah.

Erma se envaró.

—No queremos molestaros. Elberon es como una segunda casa para nosotros, ¿verdad Morris? Yo he venido aquí desde que era niña.

—Quizá los chicos querrían estar solos —sugirió Morris humildemente.

—¿Solos? Sí, por supuesto.

—Así que les veremos mañana —declaró Leah— después del desayuno… —insistió en lo último y abrió la puerta para que se marcharan—. Nos encontraremos en el muelle o quizás en la playa.

Después de que se fueron, Richard estuvo al borde de decir: «No debiste» a Leah, pero no lo hizo. Ya se había ido al vestidor junto a la alcoba y estaba abriendo el equipaje de cocodrilo que guardaba su nuevo y elegante vestuario, que formaba parte del contrato matrimonial.

Leah corrió las cortinas que la separaban de su marido y por espacio de una hora

se probó un traje tras otro delante del espejo de tres cuerpos.

Leah se sentó al tocador y se inclinó sobre el espejo y tocó sus tersas mejillas con la punta de los dedos. Miró profundamente a lo más hondo de sus grandes y penetrantes ojos castaños, luego se acarició el cabello y recorrió con las uñas el contorno de sus orejas. Con el pulverizador se echó perfume en las muñecas, lo olió y aplicó un poco más en la hendidura entre sus pechos.

Leah estaba arrobada ante su propia belleza. Etérea. ¡Más allá de la belleza! Leah se lanzó un beso, cruzó los brazos sobre el pecho y acarició sus hombros desnudos, exaltada por el contacto de su carne.

—Cielos, eres arrebatadora —dijo en voz baja a su imagen.

Una luz desde fuera interrumpió el monólogo narcisista de Leah al entrar Richard y quedarse detrás de ella. Se levantó y se enfrentó con él. Richard intentó hablar, pero se había quedado mudo. En un arrebato, la rodeó con sus brazos y se inclinó torpemente para besarla, pero se encontró con que ella había vuelto la mejilla.

—Leah… —gimió.

—Por favor, me estás ahogando. Todo a su debido tiempo.

Pasado el mismo arrebato torpe que había experimentado toda su vida, Richard retrocedió, murmuró que necesitaba aire fresco y dejó el hotel. Cruzó el muelle y bajó los escalones hasta la playa, se quitó los zapatos, subió las perneras de los pantalones y se sentó en la arena a la orilla del agua, contemplando cómo los bañistas chillaban al romper las olas, y mirando de cuando en cuando hacia su *suite* en el hotel. Las persianas seguían bajadas.

A la hora del té, Richard encontró una mesa sola en el patio exterior. La orquesta del hotel tocaba un popurrí de Victor Herbert, el rey de Broadway. Al ver que entraban su padre y su madre, se deslizó rápidamente fuera y anduvo paseando sin rumbo por el muelle hasta que oscureció.

Volvió al salón vacío, entró de puntillas en la alcoba donde Leah dormía tumbada en la otomana, a media luz. Richard se inclinó sobre ella, adorando su belleza. Su corazón latía y sangraba a la vez.

Pronto desaparecería el desasosiego. Aprendería a querer a madre. Madre le enseñaría el buen gusto y la etiqueta. Madre había viajado mucho por Europa. Procedía de una antigua y buena familia alemana. El hogar familiar estaba en Nueva York, cerca de Central Park. Una mansión. Espera a que la vea Leah. Cuando madre huyó para casarse con padre, siguieron unos años de tirantez. Era el maldito orgullo de los judíos alemanes que miraban por encima del hombro a los judíos rusos. No obstante, cuando madre quedó embarazada, la familia cedió y colocó a Morris en el negocio mercantil de Salisbury. Primero lo consideraron un destierro, pero cuando empezó a tener éxito, la familia lo admitió, pulgada a pulgada. Elberon rebosaba de ricos judíos alemanes, el equivalente a Newport. ¡Oh, Leah, qué suerte tengo! Les demostraremos que nuestro matrimonio será tan bueno como el de madre y padre.

Leah se agitó en la otomana.

—Leah —dijo Richard, dulcemente.

Abrió los ojos y parpadeó.

—Voy a encargar la cena —le dijo—. Los primeros platos no tardarán más de media hora.

Salió tímidamente al salón, llamó al camarero y encargó un magnífico banquete. Su madre le había enseñado a hacerlo: disfrutaba cultivándolo. Le encantaba elegir para su madre.

Cuando volvió al dormitorio, Leah llevaba puesto un camisón revelador y pronto levantó la colcha delante de ella con una modestia digna de una bella antebellum.

—Estamos casados, ¿sabes? —murmuró Richard.

—Claro, Richard; solo que tengo que acostumbrarme a… —calló—. ¿Por qué no me tomo un baño antes de que llegue la comida?

—Muy bien.

La mesa estaba puesta en una rotonda suavemente iluminada por las velas, con vistas al patio. El camarero levantó uno tras otro los cubreplatos de plata, y complacido describió los manjares en francés, una letanía de cosas apetitosas para un gourmet.

—Si este es un lugar judío, debería aprender a hablar *yiddish* —observó Leah—. ¿Quién se entera de lo que dice?

—Toma —ofreció Richard, untando una galleta con una sustancia desconocida.

—¿Qué es? —preguntó Leah.

—Caviar. Deberíamos tomarlo con un sorbo de jerez seco. Pero en realidad yo lo prefiero con vodka —dijo al camarero.

—Caviar. Lo he oído nombrar —dio un mordisco. Hizo una mueca—. ¡Dios mío, qué salado! ¿De qué está hecho?

—Huevas de pescado. Esturión. Importado de Irán.

—Esturión. El esturión lo conozco. Mamá lo utilizaba a veces para hacer pescado *gefilte*, cuando no se encuentran carpas. ¿Huevas de esturión? Bueno, hay que ver qué gustos tiene la gente.

Richard sonrió, desmayado:

—A nuestra salud —propuso, alargándole un pequeño vaso de jerez. Leah sorbió y lo dejó en seguida.

—Soy bastante delicada. Demasiado alcohol me marea. Oh, mira, hígado y *lox*.

—El hígado es, en realidad… bueno, paté. Una pasta especial llamada paté de hígado trufado… Hígado de oca con unas setas muy raras, y… bueno, *lox* es salmón… Salmón de Escocia…

—Oh, vaya, vaya, vaya, cuánta fantasía.

A medida que Richard iba hablándole de su madre, Leah iba apretando los dientes, más y más. Afortunados sí eran, pero no lo bastante para encontrarle a su hijo una judía alemana con clase, pensó. Quién iba a querer ir a Salisbury, en la Costa Este, sino una pobre muchacha *yiddish* barriobajera. Por eso me eligieron a mí.

¡Miradle!

Poco después, el camarero presentó un par de langostas rellenas y descorchó el champaña.

—*Nu*, ¿qué es esto ahora?

—Pues…, pues es langosta…

—¡Marisco!

—Sí…, pero…

—¿Qué clase de judío eres, Richard Schneider? Esto es *traif*, alimento prohibido. Mamá tendría una apoplejía si viera esto.

—Lo siento, Leah, pero en casa no vivimos *kosher*. En Salisbury es imposible.

—Y esto no es ni la mitad. Vais a sinagogas que tienen órganos y coros mixtos de hombres y mujeres, y los hombres se sientan con las mujeres y ni siquiera se cubren la cabeza. Y os llamáis judíos. También era imposible para mamá mantener el *kosher* en Havre de Grave, pero jamás comimos porquería de la bahía. ¿Tienes idea de lo que comen estos bichos? Comen ya sabes qué humana y aguas de alcantarilla. Es una comida muy, muy peligrosa. Oy, no puedo mirarlas siquiera. Tendré que hablar con Erma sobre cómo vamos a compartir la cocina.

Richard estaba de pie y tirando de la campanilla para llamar al camarero como si se tratara de una alarma.

Después de aquella comida desastrosa, empeorada cuando Leah pidió hígado encebollado y no lo había, se instaló cómodamente en un sofá y se puso a hojear una novela de Jack London, *John Barleycorn*, con irritante lentitud. Richard frunció el ceño cuando ella encendió un cigarrillo, pero no dijo nada. Decidió que Leah se entendiera directamente con su madre.

Miró por encima del libro a su desorientado marido y observó:

—Jack London defiende el socialismo y la clase trabajadora. ¿Cuánta gente tiene empleada tu padre?

—Incluyendo los grandes almacenes, y vendemos equipos de granja, y repuestos, y también hay unas huertas, que se cultivan en común, y los vendedores ambulantes y los viajantes… yo diría que deben ser unos cincuenta.

—¿Supongo que la palabra sindicato es como una palabra fea para vosotros?

—No la tenemos demasiado en cuenta en la Costa Este.

—Como mínimo. En la Costa Este ni siquiera saben que ha terminado la Guerra Civil a juzgar por cómo tratan a los *schvartzers*.

—¿No crees que deberíamos acostarnos, Leah? Ya sabes… acostarnos…

—Echa un sueñecito tú, Richard. A mí este libro me tiene fascinada.

Pasada la medianoche, Richard Schneider seguía todavía despierto. Cuando Leah se hartó de Jack London, la oyó moverse y esto le hizo respirar audiblemente. Esperó y esperó, pero ella no fue a la cama. Richard dio la luz de la mesita de noche y vio a Leah durmiendo en la otomana. Hizo acopio de valor, apartó la ropa, y cayó de rodillas junto a ella.

—¡Leah! —exclamó—. ¡Leah!

Ella se movió imperceptiblemente.

—Richard. Me has despertado. Dormía profundamente. No se despierta a nadie que duerma profundamente, gritándole.

—Te quiero —gimió, acariciándole torpemente el cabello.

—Oh, querido Richard. Cuánto lo siento. Estoy con la menstruación. Siento unos dolores terribles y además mi espalda tampoco está muy bien. Pero Richard…, tienes la cara mojada de sudor. No deberías mirarme así. Pareces un loco.

A la quinta noche, Richard estaba agotado por falta de sueño. Erma comentó en varias ocasiones el mal aspecto de su hijo, pero Morris sabía de qué se trataba.

—Están en luna de miel —observó Morris—. Un hartón de follar.

—¡Morris! ¡No emplees esa repugnante palabra!

—De hacer el amor… —corrigió.

Richard cenó silenciosamente con sus padres. Leah volvía a encontrarse mal. Cuando terminó la cena, Richard subió corriendo a su *suite*, entró furioso, y cerró tras él de un portazo.

—Ya no aguanto más —gritó.

—Qué impetuoso eres…

—Exijo mis derechos maritales.

—Richard, todavía no estoy bien.

—Sí lo estás. Lo he comprobado.

—¿Has hecho qué?

—He comprobado el bote de desperdicios del cuarto de baño.

—¡Dios mío, qué repugnante!

—¡Dime cuál de los dos es el más repugnante!

Leah se echó a llorar dulcemente.

—Debes comprenderlo, Richard. Soy muy delicada.

—Ya me doy cuenta. Pero, después de todo, estamos casados… Por favor, no llores, Leah; por favor, no lo hagas.

Cuando la habitación estuvo a oscuras, Leah se deslizó en la cama decidida a terminar con la experiencia, no solo sin sufrir el menor daño, sino dominando la situación. Leah se quitó el camisón y esperó.

Richard la buscó a tientas y al tocar su carne perdió literalmente el control.

—¡Oh, Dios! —iba repitiendo, mientras encontraba pechos y nalgas—. ¡Oh, Dios mío!

Leah aguantó. Esperó… esperó…, le animó un poco…, después le contuvo. Había enloquecido del todo. Tal como había empezado, paró, y a continuación se echó a llorar.

—Oh, Richard —le dijo—, mira cómo has manchado las sábanas. Oh, es

terrible… terrible… Qué vergüenza, vergüenza, vergüenza. —Saltó de la cama, corrió al cuarto de baño y se encerró.

Richard se revolvió angustiado, agarrado a las sábanas y estremecido de rabia y mortificado.

Cada noche, durante el resto de la luna de miel, ocurría una variación sobre el mismo tema: un intento sin éxito. Leah organizaba cada ocasión para obligarle a una eyaculación exterior seguida de capitulación sin consumación verdadera.

Después de cada fracaso aplastante para Richard, Leah se sentía victoriosa. Para él fue un alivio saber que la luna de miel terminaría pronto y que podría volver al entorno familiar de la tienda de Salisbury.

Al final dejó de intentar hacer el amor, sino que se quedaba inmediatamente dormido por la acumulación de cansancio y medicación. Mientras dormía, Leah disfrutaba viéndole debatirse, otra vez incapaz de actuar. Leah conoció una sensación de realización como nunca había experimentado.

La anulación llegó seis meses después. La mayor parte del tiempo lo pasó Leah con su madre en Baltimore. Hannah sabía, Hannah consolaba. Hannah había tenido siempre razón con respecto a los hombres. A fin de evitar un escándalo público, o de airear la acusación de Leah de que Richard era impotente, los Schneider no reclamaron la devolución del dinero del contrato como compensación al «daño» infligido a la frágil psique de Leah.

Después de firmados los papeles de la anulación, Erma se apoderó del vestuario de Leah y de las cuatro maletas de cocodrilo. Leah regresó al piso de su madre tan pobre como cuando se había ido.

1917 − 1918. ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

Leah miró al buzón del vestíbulo cuando oyó el grito arriba, en la voz inconfundible de su madre.

—*Gevalt! Vay iss mir! Got in himmel!* —gritaba Hannah, sin disimular su angustia—. ¡Dios del cielo! ¡Ten piedad de nosotros!

Leah subió corriendo y al abrir la puerta vio a su madre en el sofá, atendida por Fanny y Pearl que le ponían compresas frías en la frente.

—¡Mamá! —gritó Leah—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Mi corazón! ¡Mi corazón! —sollozaba Hannah, mitad en *yiddish* y mitad en inglés.

—¿Querrá alguien decirme qué está pasando?

—¡Este mal *shmuck* de tu hermano! —contestó Fanny, señalando a Lazar, que, con tío Hyman, se refugiaba junto al piano vertical.

—¡Se ha alistado en la Marina! —exclamó Pearl.

—Un hombre de treinta años con mala vista y la espalda débil. ¿Para qué van a necesitarle, para una brigada de lisiados? —clamó Hannah, incorporándose—. ¿Te vas para poder reunirte con tu hermano, Saul, bajo tierra?

Y al mencionar al difunto, Hannah inició otro ciclo de lamentaciones.

—¡Vergüenza! —Leah se unió al coro de plañideras—. ¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!

—Mamá —empezó Lazar, tratando de poder decir algo—. Tengo una profesión especial y que es desesperadamente necesaria. No es como si fuera de soldado raso.

—¡Necesaria! —gritó Leah—. ¿De modo que la gran Marina de Norteamérica te necesita más que tu madre y tus hermanas? *Nu*, vas a ser el gran Don Héroe y nos dejarás aquí para que nos muramos de hambre.

—*Gevalt!* —gimió Hannah.

—Nadie va a morir de hambre bajo este techo —interrumpió tío Hyman, apoyando orgullosamente la mano sobre el hombro de Lazar.

—¡Está medio ciego! —dijo Hannah.

—Como contribución personal al esfuerzo de guerra, continuaré pagando el sueldo de Lazar a ti, Hannahile. Si tan siquiera me olvidara de un cheque, mi nombre no sería Hyman Diamond.

Cuando el coro de refutaciones se hubo calmado, el tío Hyman continuó diciendo:

—Y lo que es más, os doy mi sincera palabra de honor de que cuando el muchacho vuelva de la guerra, le estableceré en su propia farmacia.

—¿Y si no vuelve? ¿O si vuelve en una cesta, sin brazos ni piernas?

—¿O sin ojos?

—¿O perdida la razón?

—¡Basta, maldita sea! —saltó Lazar, con una autoridad a la que no estaban acostumbradas. Se acercó a Hannah y le oprimió el hombro con firmeza—. Voy a ir, mamá —murmuró, dulcemente—, y no hay más que hablar.

Por primera vez en su experiencia americana, la población judía era lo bastante importante para responder a una llamada a las armas, y por primera vez desde los días bíblicos, los judíos tenían una patria a la que amaban intensamente. La fiebre de la guerra les arrastró.

La histeria inicial de las mujeres Balaban pronto se transformó, como por un milagro, en un sentimiento de patriotismo atronador. Un pequeño banderín con una estrella azul se colgó del escaparate para demostrar que la casa tenía un hijo en las Fuerzas Armadas.

La fotografía de Lazar subió a la repisa de la chimenea, en el sitio de honor, junto a la de su hermano Saul. Lazar había ganado, por fin, su liberación y su importancia y era ahora objeto de un interminable alardear, la nueva gloria de sus hermanas y madre

adoptiva.

Dado que Lazar tenía una profesión muy necesaria, se le concedió instantáneamente el rango de oficial segundo del Farmacéutico Jefe. Se le asignó al momento a un destacamento médico rápidamente formado por unos centenares de médicos navales, cirujanos, ayudantes de farmacia alistados, y auxiliares de hospital, que debían establecer un servicio médico para el cuerpo de Marines, una pequeña fuerza de elite de preguerra formada por no menos de diez mil hombres.

Una brigada consistente en el 5.º y 6.º regimientos de Marines fue enviada a Francia en vanguardia de las Fuerzas Expedicionarias Americanas. Los Marines eran los soldados del destino, preordenados para compensar en valor lo que les faltaba en número en algunas de las batallas más vitales y sangrientas de la guerra.

Tan pronto subió a bordo del abarrotado transporte de tropas, el *Henderson*, Lazar Balaban experimentó, por primera vez en su vida, una sensación de libertad. Estaba libre de su odiado padre, libre de la intolerancia fanática que había matado a su hermano y libre de las mujeres Balaban.

Para la mayoría de sus compañeros, la guerra era la respuesta a los sueños juveniles de grandes aventuras y a los romances fascinantes. Jóvenes fuertes, de mejillas sonrosadas, no tocados por las décadas de guerra que habían soportado los europeos, llegaban directamente de las granjas y ciudades de un país rural y poco sofisticado.

¡Francia! ¡Dios mío! Francia significaba mujeres… Oh…, ¡haciéndolo al estilo francés y a saber lo que esto quería decir! Escuchaban las excitantes sesiones nocturnas de historias mágicas relatadas por marines veteranos que habían sido destinados a Shanghai o que patrullaban el Yangtsé.

Para una Norteamérica joven e ingenua, que nunca se había visto metida en un conflicto internacional, aquello era el fin de la inocencia.

A mediados de 1917, el 6.º Regimiento había desembarcado en Saint Nazaire. Los muchachos estaban tan exaltados que les era imposible ver la terrible realidad que les esperaba más allá.

Cuando Leah se embarcó en su malhadado matrimonio con Richard Schneider, Hannah empleó el dinero del contrato para alquilar, a largo plazo, un edificio con tienda en Fayette Street. No solo el lugar era más adecuado para el negocio, sino que les proporcionaba una vivienda como jamás habían tenido. Hannah y Leah tenían dormitorios independientes por primera vez en sus vidas, y fíjense, era cierto que tal cosa existía… ¡Un cuarto de estar separado, con un genuino sofá de crin!

Las mujeres Balaban encajaron también en el esfuerzo de guerra. Los empleos en la industria de la confección, antes despreciados por su descarnada explotación y condiciones de trabajo, ahora resultaban atractivos y bien pagados. Una conocida firma de explotadores, «Hermanos Ginzburg», ganó un contrato lucrativo para la

confección de uniformes del Ejército. La fábrica, cerca de la estación Camden del ferrocarril B & O, estaba solo a un paso de distancia de su casa. Leah y Fanny fueron a trabajar de costureras a doble sueldo que en tiempo de paz.

Pearl, la más joven, encontró un trabajo fabuloso como soldadora en los astilleros de Sparrows Point, así que se pudieron permitir una *schvartze* para cuidar de la casa. Y las arcas Balaban tintinearon otra vez.

En Baltimore había numerosas instalaciones militares, incluyendo un importante centro de paso para ultramar, en Camp Meade. Los soldados y marineros judíos en libertad encontraron pronto el camino a las dos sinagogas de Lloyd Street y a una cantina cercana para la tropa, y pronto fueron admitidos y adoptados por la comunidad. Las hermanas Balaban también participaron. Con la guerra y la gran cantidad de muchachos judíos de uniforme como justificación, el odio Balaban contra la especie masculina se suspendió mientras duró la guerra. Había baile en la cantina todas las noches y en la Asociación de Jóvenes Hebreos, donde las hermanas podían elegir lo mejor.

La casa Balaban en Fayette Street estaba abierta para los muchachos y la mesa llena de manjares judíos para que no se olvidaran de sus hogares. Aunque ciertos artículos eran difíciles de encontrar, Hannah era una *balabosta* de la vieja escuela y siempre podía encontrar y reunir algo del gran mercado de Lexington Street, y sus guisos exhalaban un aroma de bienvenida.

Cada martes cerraba la tienda temprano y cocinaba hasta pasada la medianoche. El miércoles por la mañana estaba en la Oficina Central de Correos para enviar más de una docena de paquetes a ultramar. Unos cincuenta de entre sus «chicos» recibían por lo menos un paquete al mes. Sus cartas se leían en voz alta una y más veces y sus fotografías cubrían una pared entera.

Fanny nunca mejoró mucho en su piano, pero algo bueno tenía que resultar de sus conciertos nocturnos. Fue un tiempo dulce y amargo a la vez. Así que iban llegando, muchachos judíos de la lejana Texas y Alabama, y se iban a la guerra con un precioso recuerdo de Baltimore.

Desde sus prácticas con Richard Schneider, Leah se había hecho más atrevida al preparar su cebo inicial para los hombres. Pero, a medida que cada relación se desenvolvía, empezó a parecerle repetitiva. Cebo deliberado, romance delicioso, que Leah consideraba como un halago a su belleza, un momento de seriedad y de pronto el desastre: discusiones, confusión, un baluarte contra toda tentativa. Al final, mamá siempre resultaba tener razón respecto de los hombres.

Durante la guerra, la casa Balaban era propiedad de los soldados. Los oficiales judíos pertenecían al sector de los judíos alemanes. El rango llamaba al rango. Esta fue la razón por la que el teniente Joseph Kramer de Joplin, Missouri, fue un hombre marcado tan pronto cruzó el umbral de la sinagoga B’nai Israel.

Qué importaba que Fanny le viera primero. Leah, con sus artes afiladas robó Joe a su hermana con descaro de vampiresa. Fanny jamás perdonó a su hermana en muchos

años, pero su dolor inicial quedó mitigado cuando se interesó seriamente por un muchacho.

Leah decidió que Alan Singer era en todo caso más apropiado para su hermana Fanny. Al era un muchacho de Cleveland. Antes de ser llamado a filas trabajaba para su padre, un pequeño empresario pintor. Esto era adecuado para Fanny, que no era precisamente hermosa, sino más bien sosa, básica y dada a la risa tonta. Al era casi feo, a nivel de Fanny. Por lo menos se reían mucho juntos. La conciencia de Leah se tranquilizó.

Ahora bien, Joe Kramer era otra cosa. Joe con sus galones dorados, no era solamente un oficial y un caballero, sino un miembro de la Caballería, un deslumbrante conjunto de credenciales como Leah jamás había encontrado. Su padre y su tío eran socios del bufete de abogados «Kramer y Kramer». Joe estaba en el último curso de la facultad de Derecho de la Universidad de Missouri. Estaba autorizado por el Ejército para pasar el examen final con anticipación para que cuando regresara pudiera poner su placa.

Joe era un ave de presa y no un hombre al que pudiera alejarse fácilmente. Dada la atractiva perspectiva, Leah se dio cuenta de que para ganárselo, tendría que hacer ciertas concesiones.

It's a long way to Tipperary, it's a long way to go;
It's a long way to Tipperary, to the sweetest girl I know!
Goodbye Picadilly, farewell Leicester Square.
It's a long, long way to Tipperary, but my heart's right there.

El transbordador *Emma Giles* se apartó de su muelle en Tolchester Beach, en la Costa Este y regresó a través de la bahía con su carga de pasajeros cansados y felices. Había sido una excursión deliciosa, un día precioso, saliendo del espigón 15 de Light Street, y el estado de ánimo estaba maduro para el viaje de regreso.

Un trío de mujeres entradas en años, de semiuniforme, que se hacían llamar las Doughgirls, terminaron su repertorio de canciones patrióticas, marcando el paso y saludando marcialmente.

Las luces bajaron, la orquesta tocó piezas más sentimentales y soldados y marineros y sus muchachas se deslizaron frente contra frente, mejilla contra mejilla. A medida que el espacio entre sus caderas disminuía, las parejas se separaban y cogidos de la mano saltan a cubierta, a la luz de las estrellas para acariciarse.

Al Singer y Fanny Balaban bailaron con los ojos fijos uno en otro, mascando su chicle suavemente al ritmo de la música.

—Al —dijo Fanny—, ha sido un día maravilloso, el más maravilloso que he pasado en toda mi vida.

—Lo mismo que yo. Oye, salgamos fuera. Quiero hablarte de algo muy importante.

En la cubierta superior, encima de ellos, el teniente Joe Kramer se balanceaba sobre la barandilla, siguiendo una estrella fugaz. Joe estaba a veces de mal humor, había descubierto a Leah.

—No has dicho ni dos palabras, Joe —protestó.

—¿Eh…, qué?

—¿Te ocurre algo?

—No, nada.

—Venga, dilo de una vez.

—Parece que nos iremos pronto.

—Oh —las temidas palabras—. ¿Pronto?

—Dentro de un par de semanas, quizás.

Leah se acercó a él, se apoyó contra él, y frotó su mejilla contra la suya. Terminó en un beso largo y profundo.

—No puedo soportar que te marches. Todo ha sido diferente desde que te conocí.

—Yo quiero irme. La mayoría de nosotros piensa lo mismo. Tengo que tomar parte en esta guerra. Es algo que para una mujer debe ser difícil de comprender.

—No quiero que lo nuestro termine.

—Ni yo tampoco.

—Me alegro.

—Leah, llevamos bastante tiempo viéndonos. Hay algo que… —calló de pronto.

—Venga, dímelo.

—Está bien. Te lo diré con toda claridad. He tomado una habitación para esta noche en el «Hotel Belvedere». No voy a torcerte el brazo para que vengas conmigo. Sencillamente, ¿sí o no?

La mano de Leah apretó maquinalmente su corazón. Su instinto le decía que simulara modestia y luego se negara apasionadamente. Joe Kramer no era ningún Richard Schneider, ni ninguno de sus recientes admiradores.

—Te quiero, Leah.

Ya no podía emplear ninguna de sus tácticas de evasión, y lo sabía. Tenía la probabilidad de cazar a Joe consumando su relación, o la seguridad de perderlo si lo rechazaba. No había alternativas. Ni juegos. Sus ojos autoritarios y tristes jamás se apartaron de ella.

Leah se dejó estrechar en sus brazos.

—Iré contigo —prometió.

Mientras se besaban, Leah oyó el inconfundible ruido de Fanny subiendo la escalera desde la otra cubierta.

—¡Leah! —gritó Fanny, agarrándole la mano y apartándola mientras Al se acercaba tímidamente a Joe.

—¡Mira, Leah! —exclamó Fanny, mostrándole su anular. La piedra era tan diminuta que apenas se distinguía.

—Al acaba de preguntármelo y le he dicho que sí. Estamos comprometidos

oficialmente. Quiere que nos casemos en seguida, antes de embarcar.

Leah abrazó a su hermana, pero su mente daba vueltas a algo más.

—Entonces puedes acostarte con él sin sentir vergüenza —murmuró Leah, con voz rara.

—Ya lo hemos estado haciendo, Leah.

Leah se quedó paralizada por la incredulidad.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? ¿No te dio vergüenza? ¿Desde cuándo lo estáis haciendo? ¿Dónde?

Fanny se encogió de hombros.

—¿Lo sabe mamá?

—Qué importa; va a ser mi marido.

Leah miró hacia la barandilla, donde Joe estaba estrechando la mano de Al. Leah comprendió que sería mejor que no intentara ninguno de sus trucos si abrigaba la esperanza de que Joe Kramer volviera a ella. Tenía que llegar hasta el fin. Además, tenía que hacer el amor tan fantásticamente que ella y solamente ella llenara sus pensamientos en los meses a venir.

Se celebró una boda doble en la sinagoga B'nai Israel con el querido tío Hyman de testigo, el orgulloso patriota, especialmente desde que su propio hijo Gilbert había sido rechazado para el servicio.

En menos de un mes, el soldado Al Singer y el teniente Joe Kramer zarparon del puerto de Baltimore a bordo del transporte de tropas en dirección a Francia. Dejaron tras ellos un par de novias en sus primeras semanas de embarazo.

Molly Kramer y Edith Singer nacieron con pocos días de diferencia en el Hospital Sinaí, en Monument Street.

Hannah Balaban tenía premoniciones místicas. Las vacas gordas no podían durar siempre. ¿Cómo podría mantener tal felicidad?

Hannah estaba razonablemente satisfecha por el convencimiento de que Al Singer y Joe Kramer no darían a sus hijas una vida miserable como aquel *putz* de Moises Balaban le había dado a ella, y esto ya era una buena noticia.

Hannah tenía dos *eynikles*, una pareja de nietas hermosas y sanas, dos niñas y eso era lo mejor. Las finanzas jamás habían estado mejores y la guerra se veía ahora definitivamente ganada por los aliados.

Pero nadie podía seguir viviendo en semejante nube. Las vacas flacas iban a volver. Cuando ocurriera estaría preparada para ello.

Fiel a sus premoniciones, las malas noticias llegaron por arrobas.

La inicial fiebre guerrera de Norteamérica había disminuido ante las listas de bajas. Un público estupefacto acabó dándose cuenta de que la guerra no era una gran

y feliz aventura. Cuando murió el primero de los soldados adoptados por Hannah, cayó en una depresión que duró hasta el fin de la guerra porque hubo otros muertos y muchos heridos. Esta guerra no era ninguna broma.

La segunda tragedia ocurrió cuando el adorado tío Hyman, su eterno bienhechor, falleció. Estaba en la plenitud de la vida, un joven de sesenta años, un hombre bueno que daba a todo el mundo dinero…, crédito…, cariño…

El hijo único de Hyman, Gilbert, heredó el negocio. ¿Sería Gilbert tan cariñoso y generoso como su padre? Quizá sí, probablemente no.

Afortunadamente, Hyman les recordó en su testamento y última voluntad, a todos, especialmente su promesa a Lazar a montarle una farmacia propia cuando volviera de Francia. Si solamente algún abogado tramposo no se lo llevaba todo. El dolor por la muerte de Hyman fue cien por cien genuino. Su fotografía apareció en la repisa junto con la de Saul y Lazar.

Las noticias que llegaron de Havre de Grace fueron menos dolorosas. Moises, así lo aseguraba, lo había perdido todo por culpa de un par de tramposos en un plan fraudulento de rápido enriquecimiento con bonos de guerra falsos. Cuando Moises se enteró de lo que había ocurrido con su dinero, sufrió un ataque inmediato. Se vio forzado a liquidarlo todo para cubrir sus deudas. Paralizado en parte e incapacitado para el trabajo, imploraba a Hannah que le acogiera después de que sus hermanos de Savannah se habían negado.

Incapaz de abandonar un gato perdido, Hannah se apiadó de él. Las reglas que estableció fueron duras. Moises podía instalarse en su misma habitación, pero en una cama separada. No tendría voz en los asuntos de la familia y *nada de sexo, positiva y tajantemente*. Si recuperaba la suficiente salud para reanudar su trabajo, se volvería a renegociar el arreglo.

El ataque de Moises y el paso del tiempo le habían envejecido considerablemente. Además, su autoimpuesta soledad como miserable ermitaño le habían marcado. Moises se comportaba impecablemente todos los días, lo que le hacía casi tolerable.

Quizá, se decía Hannah, el haberse encontrado tan cerca de la muerte había dado a Moises una revelación de lo despreciable que había sido. Fueran cuales fueran sus razones, ya no contaba en sus vidas. Podría leer el Talmud hasta quedarse ciego, siempre y cuando no las molestara.

Luego, se cumplieron los peores temores de Hannah. Poco después de que Moises estuvo instalado en su alcoba, llegó el temido telegrama del Ministerio de la Guerra. Lazar había sido herido. Por lo visto fue alcanzado por metralla, en la batalla del bosque de Belleau. Por espacio de dos semanas, Hannah apenas pudo respirar hasta que le llegó una carta de un hospital de Francia. Lazar no escribía personalmente porque la metralla le había herido los brazos y el pecho. Les aseguraba que se repondría del todo, y como sus cartas llegaban con regularidad y escritas por él mismo, parte del horror y dolor de Hannah cedieron.

Después de varios meses, durante los cuales Lazar parecía ir mejorando, llegó la

bomba. ¡Lazar se había casado con una francesa! ¡Vaya, una *shiksa*! Y lo peor es que era viuda, con un niño. El trauma de esta noticia fue en parte mitigado cuando Lazar aseguró a Hannah que su nueva esposa, Simone, no era una firme protestante y que sería feliz de aceptar instrucciones de cómo vivir *kosher* y dirigir un hogar judío.

—Bueno, no es el fin del mundo. Lazar no se deja embaucar. Llegaré a querer a Simone y a su hijo, Pierre. Dios me dará la prudencia necesaria.

Fanny y Leah dejaban a sus niñas en casa cuando se iban a trabajar a la fábrica de los «Hermanos Ginzburg». Era el máximo placer para Hannah. Las pequeñas Edith y Molly eran solamente un par de muñecas gemelas y nada más. Tales *naches* por parte de las pequeñas. Solo una abuela puede saberlo.

No obstante, otra premonición más turbaba enormemente a Hannah. Leah salía con frecuencia y a veces la noche entera. Su «con una amiga» era una excusa que no cuadraba demasiado. Hannah trataba de alejar la idea, pero no podía evitar creer que su hija era infiel a Joe Kramer. Hannah no preguntaba. Leah no daba explicaciones. Pero Leah cantaba mucho estos días y se miraba al espejo más que de costumbre y pasaba demasiado tiempo en el baño acicalándose, solo para salir con una amiga. Joe Kramer por lo visto la había satisfecho en la cama, quizá demasiado en bien del diluido sentido de la fidelidad de Leah.

¿Y qué más podía ocurrir? Ocurrió.

Pearl era ya una joven, pero todavía una niña para su madre. Era una *shaynele*, realmente bonita. Pearl brusca y sorprendentemente se desinteresó de las reuniones nocturnas de soldados en la casa. Los rumores y chismes no tardaron, en llegar a mamá. Su pequeña había sido vista, no una, sino varias veces, en compañía de un joven marinero. Los dos se encontraban, por lo visto, en uno de los puestos del mercado de Lexington Street, precisamente. Hannah incluso se enteró del nombre de la familia que tenía el puesto: los hermanos Abruzzi.

Hannah decidió llevar a cabo una pequeña investigación por su cuenta. No es que espiara a Pearl, pero una madre tiene cierto derecho a saber. Pearl era solo una niña y extremadamente delicada, como lo eran todas sus hijas. Así que, ¿por qué no investigar? De todos modos iba a la compra, allí, dos veces por semana.

El mercado de Lexington Street era una institución centenaria donde podía verse un despliegue fantástico de todo lo que Norteamérica producía. Cientos de puestos en filas ordenadas rebosaban de comida de todo tipo. El producto de la rica tierra de las granjas de Maryland…, la cosecha de Chesapeake Bay…, un conglomerado de gustos y aromas étnicos que hacían temblar los sentidos. Los vendedores ambulantes empujaban a los mirones y las amas de casa de ojo de águila, elegían y regateaban. Puesto tras puesto exhibían tipos de pan de doce naciones diferentes. Pescados, verduras, frutas, nueces, cafés, quesos, carnes, dulces…, una sección con jarretes curados, barbos y brotes para la gente de color. Pesar, mezclar, limpiar, rebanar y envolverlo en el periódico de ayer; pruébelo, señora, ¿le gusta?

Alrededor del mercado había una hilera de carretillas de buhonero llenas de

peines, espejos, botones, lazos y ropa y vendedores de periódicos chillando los titulares sobre la guerra, y oradores callejeros defendiendo causas perdidas.

Hannah se detuvo ante el puesto de los hermanos Abruzzi y abarcó de una sola mirada estremecida el aroma insultante de cangrejos, almejas, ostras, gambas, mejillones y demás comida prohibida, junto con las cajas heladas de sesenta variedades de pescado fresco y ahumado.

Observó a los italianos con sus delantales de hule manchado de pescado y sus botas altas, mientras escamaban, cortaban las cabezas, sacaban las tripas y tiraban los despojos a unas carretillas de enormes ruedas y cantaban mientras trabajaban, como si estuvieran personalmente bendecidos por Enrico Caruso.

El vecindario judío estaba decididamente en contra de los italianos cuyo punto de reunión era la iglesia católica de San Leo en la esquina de las calles Exeter y Stiles a una manzana de distancia.

¿Italianos? No estaba mal, si una se fijaba bien en todo. Una mujer no tenía por qué sentir miedo o fuera de lugar al cruzar su vecindario. Desde luego no se parecían en nada a los irlandeses y gamberros que siempre molestaban a los judíos.

—Eh, señora, ¿le gustaría probar estas gambas tan frescas? —dijo Angelo Abruzzi, un viejo pescador.

Hannah hizo una mueca y se alejó, murmurando para sus adentros: «Sobre mi cadáver vas a pescarme comiendo *traif*».

—¿Es usted judía? Olvídese del marisco. Tengo pescado azul, pez espada, tiburón. También tengo pescado de agua dulce, buenas percas… —Y chupándose los dedos para demostrar ambrosía—: Tengo róbalo blanco, pescado del golfo de México, carpa. También tengo arenque ahumado, arenque salado, arenque curado…

Cuando el viejo no voceaba su mercancía o no cantaba, miraba a las mujeres. *Nu*, pensaba Hannah, un poco de coqueteo con un italiano era mejor que nada de coqueteo. Dos veces a la semana se detenía en el puesto de Abruzzi y al poco tiempo ya se habían hecho amigos.

El viejo Angelo y su hermano Tony tenían siete hijos entre los dos. Seis de ellos trabajaban en los barcos de la familia, en la bahía, mientras él y su hermano se ocupaban del puesto. Angelo estaba retirado cuando empezó la guerra, pero cuando sus hijos empezaron a alistarse, volvió al mercado.

Hannah abrió el medallón que llevaba al cuello. Angelo se secó las manos y se puso las gafas, para ver bien el medallón.

—Mi hijo, Lazar.

—Oh, déjeme ver. ¡Un marine! ¡Eso son palabras mayores!

—Fue herido en el bosque de Belleau.

—Rezaré por él.

—Se recuperó bien y pronto. Casó con su enfermera. Una chica francesa.

—Muy bien. Ah, francesa… —se besó la punta de los dedos—, como el hermoso vino.

Angelo le devolvió el cumplido mostrando a Hannah una fotografía de un marinero.

—Es mi *bambino*, Dominick. —Y en un murmullo confidencial, como si los agentes del Kaiser escucharan debajo de las cajas de pescado, explicó—: Está en un submarino. Su barco está en dique seco. A veces, incluso, viene y ayuda a su papá en el puesto.

¡Vaya! ¡Este era el culpable postkying *por ahí con Pearl*!

—Este muchacho, ha dado mucho trabajo a su anciano padre. Barca de pescar es bastante buena para mis otros hijos, para los hijos de Tony, pero no para Dominick. Cuando empezó la guerra era ya policía.

Abruzzi alardeaba de su conocimiento de los submarinos, por lo que siguió explicando que los Estados Unidos tenían cuatro submarinos en servicio de patrulla por la costa de Europa, a saber, el *L-1, L-2, L-3, L-4.* A principios de aquel año el *L-5* había sido botado y armado en el astillero naval de Nepwort News. Dominick Abruzzi era un miembro de su tripulación.

El *L-5* zarpó en dirección a Europa, pero a los dos días de navegación algo falló y volvió a casa. Los diques secos de Newport News, en la otra punta de la bahía, estaban llenos de barcos. El L-5 fue remolcado al astillero de Sparrows Point para ser reparado y modificado, y la tripulación asignada al servicio temporal en Baltimore.

Ahí fue donde Dominick conoció a Pearl, que era una soldadora asignada al trabajo del submarino. Cada noche, Dominick iba a la cantina de los judíos para estar con ella bajo el nombre de Charlie Goldberg. La naturaleza empezó entonces su trabajo.

Pearl se quitó los zapatos para no hacer ruido, giró la llave en la cerradura de la puerta de entrada y cerró cuidadosamente. Subió la escalera con los pies apretados en los extremos de los peldaños para evitar los crujidos.

Hannah estaba sentada en la mecedora en el cuarto de Pearl, haciendo punto.

—¡Mamá! Me has asustado. ¿Cómo levantada tan tarde?

—Quizá podría hacerte la misma observación.

—Oh…

—¿Por qué llevas los zapatos en la mano, Pearl? ¿Te pesan demasiado?

—No quería despertar a las niñas.

—Muy considerada.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—Espero que me lo cuentes.

—No sé qué quieres decir.

—No has estado una noche en casa en toda la semana.

—He estado… en la cantina. Es fácil olvidar la hora que es. Es tan divertido.

—Soy tu madre, Pearl. No deberías mentirle a tu madre.

—Mamá, ¿de qué me estás hablando?

—De un tal Dominick Abruzzi.

—¡Oh!

—Mamá lo sabe ya todo, *shaynele*. No es una situación buena en la que te estás metiendo. Sería mejor que no volvieras a ver a este muchacho. Quiero que me lo prometas.

—¡No, mamá, no quiero…, no puedo!

Cuando Hannah vio la expresión de su hija, comprendió.

—Has estado…, has hecho, Dios no lo quiera…, ¿lo has hecho?

—¡Estamos casados! —Pearl se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos.

—¿Casados? ¿Casados? ¿Lo sabe su padre?

—No, no lo sabe nadie.

—Pero eres una niña.

—Mentí sobre mi edad.

—¿Y quién os casó? Quiero saberlo.

—Un sacerdote. Lo hizo secretamente.

—¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote católico! *Vay iss mir. Oy*, déjame pensar. Tu primo Gilbert conoce a un abogado. Puede anularse.

—No, mamá. Voy a tener un hijo.

—*Gevalt!*

Semejante transgresión no podía perdonarse fácilmente. Hubo una salida llorosa cuando Pearl se trasladó, dos manzanas más allá, a la gran casa de tres pisos perteneciente a la familia Abruzzi, en la calle Albemarle. La casa estaba llena, de arriba abajo, de familia. Como si no hubieran ya suficientes niños, mimaron a Pearl como si fuera la Virgen María llevando al niño Jesús.

Pearl comía bien y engordó como su suegra y cuñadas. Los italianos, se enteró, podían ser extremadamente afectuosos cuando no se peleaban entre sí. Incluso las peleas eran como representaciones. Pearl no entendió nunca cómo la gente puede devorar tanto vino y comida y música. Los discos de Caruso, y óperas, sonaban día y noche en el gramófono de cuerda.

Moises recuperado de su ataque, se enteró de lo ocurrido y rompió su silencio, para condenar:

—¡Esta muchacha no morirá de muerte natural!

Bien, pensó Hannah, para que Moises aprenda. ¡Fíjense, el *momser* es feliz! Ahora tiene algo terrible que echarnos en cara. Este hijo de perra tomó esta tragedia como si fuera una alegría.

Hannah esperaba que Pearl volviera arrastrándose de rodillas, pero no ocurrió así. Pasados unos meses, Hannah estableció un enlace oblicuo. Hacía que amigas vecinas pasaran casualmente por el puesto de los Abruzzi e indirectamente hicieran preguntas

inocentes. El viejo Angelo intuyó lo que pasaba y sabía, en lo más hondo de su corazón, que Hannah era buena, buena mujer y que sería solo cuestión de tiempo el que hiciera las paces con la situación.

Hannah cedió cuando recibió noticias de que Pearl había roto aguas con tres semanas de anticipación. Entró de cabeza en el extraño mundo del Mercy Hospital, con todas sus cruces y monjas sombrías y velas y capillas y gente de rodillas y sabe Dios qué más, para poder estar al lado de su hija.

Conoció a Dominick su yerno italiano, por vez primera, paseando por el corredor con Angelo y media docena de mujeres Abruzzi.

Para una criatura como Anna Maria Abruzzi, solo un animal no hubiera sabido perdonar. ¡Qué niña! Desde el mismo minuto de su nacimiento fue una belleza, la pequeña Anna Maria con sus ojazos oscuros y su cabecita ya cubierta de rizos negros. ¿Qué abuela normal podría rechazarla?

Pensándolo bien, una debería admitir que Dominick no era el desastre que creyó en un principio. Un conquistador lo mismo que su padre. Pero Dominick parecía locamente enamorado de Pearl. Además, un policía en tiempos de paz, no era para despreciar.

Después de una enconada discusión de Dominick con su padre se decidió que, por respeto a Hannah, no era preciso bautizar a la niña en St. Leo. Esto hizo que Hannah se enterneciera con Dom. Qué demonios, razonaba Dominick, el viejo lo perdonaría dentro de unos años. Después de todo no eran como los sicilianos que guardan una eterna enemistad.

1919

¡Todo había terminado ya allá abajo! Los muchachos volvieron a casa. Después del júbilo inicial y de los desfiles de victoria, se hizo un sombrío recuento sobre el precio de la gloria y la victoria. Una Norteamérica más prudente se encerró en una concha de aislamiento y juró que nunca más volvería a meterse en un asunto europeo. Que en adelante libraran solos sus propias guerras.

Así que Al Singer reclamó a su esposa y a su hija y se marchó a Cleveland.

Joe Kramer había sido gaseado y jamás volvería a respirar sin dolor en su vida. También él se fue al Oeste, a Joplin, Missouri, con Leah y su Molly.

Hannah Balaban se quedó con una nuera francesa, Simone, y su hijito, Pierre, y Dom y Anna Maria Abruzzi. Hannah suspiraba, se encogía de hombros y decía: «Bueno, *kinder*, esto es Norteamérica».

¡Cuánto alborotaba la familia por los soldados que volvían a casa! Gilbert Diamond abrigaba un profundo resentimiento hacia los veteranos. Como si fuera culpa suya el

ser físicamente inútil para el servicio. Tal vez la familia se habría sentido feliz de que estuviera muerto y enterrado en el suelo bajo la estrella de David, en algún cementerio francés.

Gilbert se sentía frustrado y con quién mejor hacérselo sentir que con un auténtico héroe de guerra que había estado con los Marines de los Estados Unidos. A Gilbert no le gustaba Lazar, incluso cuando antes de la guerra trabajaban ambos en la droguería de su padre. Lazar era el supervendedor siempre dispuesto con palabras y sonrisas hacia las ancianas. Siempre en su puesto, listo para ayudar, solo por impresionar al padre de Gilbert.

Ahora Lazar vuelve a casa con un galón nuevo en su hombro izquierdo, una condecoración concedida a la Brigada de Marines por el Gobierno francés al valor, y todos le trataban como si fuera el mesías.

La esposa de Lazar, Simone, resultaba igual de fascinadora que su marido. Llegó en un barco especial lleno de esposas de guerra. Su fotografía y su historial estaban en la primera página de la sección de rotograbado del *Sun* dominical de Baltimore. La mujer de Gilbert, Minnie, por contraste, era una *shmatte*, un trapo humano.

Lazar había sido todo lo que Gilbert deseaba y no conseguía ser. De acuerdo con un abogado sin escrúpulos, Gilbert hizo pasar a su primo por un infierno para poder cobrar los cuatro mil dólares del testamento de Hyman. Confiado e inocente, Lazar firmó media docena de documentos que garantizaban que estaría en deuda con Gilbert durante años.

—Si tu padre Hyman, que Dios tenga en la gloria, hubiera vivido para ver esto, se revolvería en su tumba —declaró Hannah.

—El negocio es el negocio —replicó Gilbert.

—¿No te lo dije? —se quejó Hannah a Lazar, más tarde, retorciéndose las manos —. Gilbert Diamond es una cucaracha con pies planos y lentes bifocales, y con el apretón de manos blando. Ni siquiera el ejército del zar lo hubiera querido.

Lazar encontró un *drugstore* bien situado, en venta, frente a la cochera de los tranvías, en el cruce de North Avenue y Pennsilvania. Era una esquina de mucho tráfico por el cambio de los tranvías 8 a 31, y a las cinco de la tarde se vendían muchos cigarrillos y revistas. Además del tráfico de peatones, tenía un mostrador de seis taburetes, con dos depósitos de soda y helado y un par de *schvartzers* en bicicleta para repartir a domicilio. Pudo haber sido un negocio de primera clase, excepto que Gilbert se nombró socio con el 51 %, antes de querer soltar dinero. Lazar se vio metido en un apuro.

La herencia de Gilbert, de su padre, fue una amarga decepción. Hyman había dado demasiado. Siempre a los parientes. Fuera lo que fuera que los *mishpocha* se llevaran de la tienda de su padre, jamás nadie pagó una factura. Gilbert se convenció de que Lazar tuvo suerte con lo que le tocó. En cuanto a él, solo ayudaría a la familia en caso extremo.

Nadie tomó a Moises en cuenta, así que Lazar pasó a ser el cabeza de familia

titular. Pero aunque hubiera regresado de Francia con Juana de Arco como esposa, Hannah no la hubiera aprobado. ¡Bah! Lo que habían oído decir acerca de esas francesas. Lo bastante como para que un gato se mantuviera erguido sobre el rabo. Las mujeres francesas eran todas lo-que-ustedes-saben. Hannah rezó para que sus hijos no padecieran deficiencias congénitas.

Era tradicional que toda la familia, más de veinticinco entre primos, tíos, tías, hermanos y hermanas, hicieran una visita de cumplido a casa de Hannah todos los domingos.

Incluso la hermana mayor de Hannah, Sonia, y su inútil marido Jake y sus hijos asistían. Gilbert y Minnie y sus descoloridos niños solían llegar tarde, para así poder marcharse pronto y evitar escaramuzas. Faltar una semana al homenaje a la matriarca era algo impensable. Cuando Lazar y Simone y su hijo dejaron de aparecer dos semanas seguidas, Hannah entendió el mensaje. Era lo bastante inteligente para no organizar ningún *tsimmes*, por temor a que Lazar dejara realmente de ocuparse del redil.

El embarazo de Simone, esa agonía compartida por todas las mujeres, fue una razón más que suficiente para que Hannah se congraciara con su nuera. Pasado cierto tiempo, un afecto genuino unió a las dos mujeres y un también genuino respeto entre las dos.

Como veterano de guerra, a Dominick se le dio a elegir entre varios destinos «cómodos». Eligió el primer destino como policía motorizado de vigilancia en Druid Hill Park, y el tranquilo vecindario circundante. Marcharse de casa de Angelo fue una hazaña que provocó gran revuelo en la familia. Dominick compró una casita propia, cerca de la comisaria de Policía. Como premio, Pearl volvió a quedarse embarazada.

Los dos nuevos *eynikles* de Hannah nacieron a unas semanas de distancia, uno en el Mercy Hospital y la otra en Sinaí. Hannah ocultó su consternación de que Pearl tuviera un niño. Después de todo, los niños no deberían ser condenados por los pecados de sus padres.

En Cleveland, los Singer no lo pasaban tan bien. Al carecía de empuje. Se instalaba en el Club de Veteranos judíos, jugando a las cartas de día y de noche, entre trabajos. Para Fanny, un invierno en la Siberia de Cleveland fue suficiente. Fanny protestaba, el bebé chillaba, el hogar era una pesadilla.

Al no era una torre de fortaleza. Enfrentado con la pérdida de la única mujer que jamás amó, claudicó vergonzosamente. Abandonó el vecindario donde había vivido desde que nació, su vieja pandilla, sus amados indios de Cleveland, y se trasladó con Fanny y la niña a Baltimore, a la casa de Hannah en Fayette Street.

—Todo saldrá bien —aseguró Hannah a su hija—. ¿Qué pasa, Al, es que en Baltimore no hay casas que pintar?

La familia estaba ahora casi reunida, donde debía estar, pensó Hannah. Si

solamente Joe Kramer viera la luz. ¡Qué gran honor era vivir en Joplin, Missouri!

Un atardecer, a últimos de 1920, llovía a cántaros y parecía que terminaría en cellisca y piedra. A Hannah no le gustaba el cariz del tiempo. Solía ser mensajero de malas noticias.

Moises, arriba, se había vuelto casi completamente inútil. Su gran placer en la vida era ayudar a hacer un *minyan*, un quorum, si era necesario, sentarse *shiva* y rezar por las almas de los muertos. Cuando necesitaba algo golpeaba el suelo con su bastón. Esta noche golpeaba de acuerdo con la piedra que caía.

Hannah que cerraba la tienda, para la noche estaba enervada. «¡Basta ya, *nudnik*!». Alzó las manos tontamente y empezaba a subir cuando la distrajo una llamada a la puerta de entrada.

Ante ella vio a Leah empapada por la lluvia, con la pequeña Molly agarrada a la mano de mamá y temblando. En el suelo había una media docena de maletas.

—¡Dios mío! ¡Leah! ¡Molly!

—¡Oh, mamá, mamá!

Leah fue arrastrada al vestíbulo donde quedó llorando mientras su madre entraba las maletas.

Molly fue llevada arriba, bañada en agua caliente, alimentada y acostada antes de que las dos mujeres se instalaran en la cocina. Un vaso de té y una palangana de agua caliente para los pies de Leah.

—*Nu*, cariño, ¿qué pasó?

—Mamá, ha sido horrible. ¡Espantoso!

Solo entonces se fijó Hannah en los golpes y moraduras junto al ojo izquierdo de su hija.

—¿Joe Kramer te pegó?

—Oh, mamá —gimió.

—Nunca me fie del muchacho. Ni por un minuto. No pegaría a Molly, ¿verdad?

—Lo intentó, pero me interpuse para protegerla, aunque a él no le importa no volver a verla más, su única hija. Dijo un centenar de veces que se sentía como un animal enjaulado. Vaya hermosa familia que le di. Mamá, lo intenté. Dios sabe cuánto lo intenté. Es terrible tener que decirlo pero debió haber muerto gloriosamente en Francia. Por lo menos el recuerdo no habría sido tan amargo. No me mires el ojo. ¿Tienes idea de la historia de horror que es Joplin, Missouri? Gracias a Dios que no se enteró de lo de Richard Schneider. Me hubiera matado.

—Leah, Leah, pobrecita mía. Ya estás en casa.

—Joe bebía todas las noches como un cosaco.

—*Hub him in dreard*.

—Lo hice todo. Hasta me arrodillé. Fregué, amasé, cedí en caprichos horrendos. —Murmuró algo al oído de su madre.

—¿Te obligó a hacer eso? ¡Pervertido!

—Y eso no es ni la mitad. Los juegos que le encantaban, como hacer que me vistiera como una prostituta. Era repugnante. Trabajé hasta gastarme los dedos. No me mires las manos, están desolladas. Pasaban días sin que cogiera a la pequeña. Ni siquiera una caricia en la cabeza. Para aquel hombre yo era una diosa sobre la Tierra.

Los golpes del bastón de Moises en el suelo las interrumpió. Las piedras azotaban la ventana.

—¡Quiero que alguien me lleve al *shul*! —gritó Moises.

Hannah encontró a Al sentado en la cama de su habitación, haciendo solitarios, vestido como un jornalero en ropa interior. Jugaba a las cartas solo, mientras su mujer trabajaba como una esclava en la fábrica de los «Hermanos Ginzburg».

—Al, lleva al *alter kocker* a la sinagoga.

Al tiró las cartas.

—Mierda, aquí no hay forma de estar tranquilo.

—Llevas tres meses sentado. Ve en busca de una casa que pintar.

—Mierda.

—Y el techo de B’nai Israel no se caerá si participas en las oraciones.

—Mierda.

Los gritos despertaron a Molly que encontrándose en un lugar desconocido empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones reclamando a su madre, que seguía llorando.

Pom, pom, pom.

—¿Querrá alguien llevarme al *shul*?

Leah evitó contar a su madre una parte significativa de la historia. Joe Kramer volvió de la guerra malherido por el gas mostaza. Tosía y tosía de día y de noche. Su único alivio era la bebida y la medicación, que le hacía sentirse raro, por lo que se volvió amargo y gruñón.

Joe deseaba ternura. Por un momento fugaz de la posguerra, Leah se sintió consumida por el deseo noble y angelical de cuidar a un veterano herido. El impulso no tardó en perderse en el quehacer diario. Vio que ante ella se extendía toda una vida de cuidados a un semiinválido.

Joe tenía infinidad de amigos atractivos y Leah, enamorada del concepto de su propia inocencia, se las arreglaba para rozar y tropezar. Esto enfurecía a Joe.

La vida pasó a ser un ciclo de peleas, borracheras, rudezas y droga. Un día Joe encontró un paquete de cartas perfumadas sujetas con una cinta de raso, escondidas en un estante de su armario. Contenía cartas de amor de más de una docena de soldados que le escribían desde Francia, después de haberse casado. Leah juró que conocía a esos muchachos antes de conocerle a él. No tuvo el valor de decirles, dado que estaban en las trincheras y eso, que ahora ya estaba casada.

Con honda sinceridad, Leah pidió a Joe:

—¿Cómo podía escribirles que estaba casada cuando se enfrentaban con la muerte?

—¿Y qué demonios pensabas hacer, casarte con todos?

—Oh, Joe, veo que no lo entiendes.

—¿Con cuántos hiciste el amor?

—¡Joseph Kramer! ¡Cómo te atreves! ¡No se te ocurra volver a decirme semejante cosa!

Entonces fue cuando la golpeó, la echó de casa, y se fue sabe Dios dónde. Para Leah otra vez la fábrica de los «Hermanos Ginzburg», con su máquina de coser junto a la de su hermana Fanny.

Después del *boom* inicial de la posguerra, Norteamérica puso el freno a su recalentada máquina de guerra. Billones de contratos de guerra fueron bruscamente cancelados, y el resultado fue despidos masivos y una profunda depresión económica nacional.

Todo el mundo luchaba. Lazar en su nueva tienda. Mamá con sus trajes de novia, Al pintando casas. Incluso ese *paskudnyak* de Gilbert Diamond notaron la estrechez. Solamente Dominick con su trabajo en las fuerzas policiales de la ciudad, estaba tranquilo.

Hannah se rompía la cabeza tratando de mantener la casa de Fayette Street, pero era una causa perdida. No tuvo más remedio que liquidar y vender el negocio con gran pérdida. Empezó a buscar una vivienda más pequeña, más barata.

Las quiebras eran cosa corriente y muchas de las casitas de dos pisos de Baltimore, con sus blancos peldaños de mármol uniformes, se vendían a precios de saldo. Desgraciadamente, no había ningún tío Hyman que fuera en su ayuda.

Hannah encontró una casa para alquilar, muy barata, en Monroe Street, alejada del centro. El vecindario era solamente judío en parte, el resto era un poco de todo lo demás. Era una pena tener que dejar la vista, ruidos y olores de la judía Fayette Street, pero no podían elegir.

La casa de Monroe Street constaba de dos pisos. Abajo, el cuarto de estar se convirtió en una tienda de modista y el comedor en un dormitorio que Hannah compartiría con Leah. Arriba los tres niños, la de Molly y los de Fanny tendrían la habitación delantera y Fanny y Al la alcoba de detrás.

Esto quiere decir que no quedaba nada de espacio para Moises. Cuando se enteró de que Hannah había hecho una solicitud para que le admitieran en el Hogar Hebreo para Ancianos, ocurrió el milagro.

Bajó la escalera sin que le ayudaran y se plantó humildemente frente a Hannah, y confesó:

—No me lo quitaron todo. Compraré la casa de Monroe Street si me dejas quedar.

—¡Perro! *¡Goniff!*

—Te imploro humildemente que no me mandes al asilo de ancianos.

—Vete a cagar al océano.

—Toma, toma el dinero.

—¿Y qué importa? No hay espacio para ti.

—Lo único que pido es un camastro en la tienda. Juro por el Señor de Abraham y de Isaac, que no os molestaré. Y lo que es más —prosiguió Moises—, siento que mis manos parecen revivir. Puede que incluso pueda hacer algo de trabajo de sastrería.

Al principio Hannah no podía creer lo que estaba oyendo. Pero Dios se mueve por extraños caminos. ¿Qué podía hacer? Su situación no le permitía elegir. Se trasladaron pues a Monroe Street, ocupando cada pulgada cuadrada de espacio vital. Pero había un lado bueno. Hannah tenía a toda su gente en Baltimore y a muy poca distancia a pie.

Cuarta parte
ALZAROS, VOSOTROS LOS PRISIONEROS DEL HAMBRE

TEL AVIV

Cuartel general de IDF
30 de octubre de 1956
Mediodía, día D más uno

El despacho de David Ben-Gurion en Tel Aviv había sido convertido en habitación de hospital provisional.

Agotamiento y tensión, los caballeros negros de la batalla se habían cobrado su rescate. Ben-Gurion estaba asolado por sus fuegos internos. Parecía estar desvalido, más como un querubín necesitado que como un líder nacional.

El doctor sacó el termómetro de la boca de *el Viejo* y lo leyó preocupado.

—Su fiebre es aún muy alta —le dijo—. No queremos que esto pase a los pulmones.

Ben-Gurion prefirió no escuchar al médico. Gruñó:

—¿Dónde está Dayan?

—Está en camino —respondió Natasha Solomon.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó B.-G.

—Otra vez el embajador norteamericano —contestó Natasha—. Exige una reunión inmediata y se está poniendo muy desagradable.

—Tienes que entretenerle hasta que yo hable con Dayan.

El doctor acercó un soporte a la cama.

—¿Qué está haciendo? —reclamó B.-G.

—Se está deshidratando de nuevo. Voy a ponerle otra intravenosa.

La mujer del Primer Ministro, Paula, entró con una tetera y con su habitual expresión combativa.

—No quiero la inyección —protestó débilmente B.-G.—. Llévesela.

—Haz lo que te dicen —ordenó Paula.

—¿Quién la ha dejado entrar aquí?

—Toma, bebe —ordenó de nuevo, dándole el té a cucharadas.

—¿Qué está buscando? —preguntó el médico.

—Tengo problemas para encontrar una buena vena jugosa… Ah, ya la tengo. Qué, ¿estamos más cómodos?

—No, no estoy nada cómodo. ¿Por qué no se vuelve a Sudáfrica?

—A lo mejor lo haré si salimos con vida de este embrollo. Estaré al lado tratando de dormir. —Se llevó a Paula, fuera del alcance del oído de B.-G.—. Paula, está muy enfermo. Debería estar en el hospital.

—¿Cómo puede irse? —preguntó Paula—. Está dirigiendo una guerra.

—Pero muerto no nos va a servir de nada.

—No se preocupe, es demasiado testarudo para morirse.

El doctor alzó la vista al cielo en un gesto de futilidad y salió de la habitación

hacia un catre montado en el despacho del secretario; se quedó dormido tan pronto apoyó la cabeza en la almohada.

Jackie Herzog, el confidente de *el Viejo*, entró diciendo:

—Natasha, ha llegado un mensaje en clave, de París. Mejor que pases por Comunicaciones y lo traduzcas. Podría ser extremadamente urgente.

Natasha asintió, tiró del brazo de Jackie y le indicó que la siguiera al corredor.

—¿Se sabe algo del paso de Mitla? —preguntó indecisa.

Sus ojos enrojecidos se clavaron en los de él. Jackie se entretuvo con su *kipi* que llevaba casi en el cogote.

—Por lo visto, algunos egipcios cruzaron durante la noche en balsas de goma y están dentro del Paso. No sabemos cuántos. El «Batallón de los Leones» está siendo atacado por aire y con fuego de mortero.

Cerró los ojos un segundo. Estaba tan cansada que le escocían.

—¿Y qué más, Jackie?

—Gideon Zadok se hirió en el salto. No sabemos si es grave. Se ha negado a ser evacuado. Mira, Natasha, ese hombre es un antiguo marine. Sabe lo que hace.

—No, no lo sabe —murmuró con voz temblorosa—. Gideon es un niño empujado por una especie de demonio.

—Volverá. Tiene que escribir un libro, ¿recuerdas?

—Oh, Jesús, ¿por qué le dejaríamos que se fuera allí?

—Será mejor que te vayas a Comunicaciones y traduzcas este mensaje.

El general Dayan, el resplandeciente jefe de Estado Mayor tuerto, dio la vuelta a la esquina y anduvo rápidamente por el corredor hacia ellos en el preciso momento en que *el Viejo* gritaba:

—¿Dónde está Dayan?

Dayan se detuvo un momento y él y Natasha intercambiaron las marchitas miradas de antiguos amantes. Dayan no abrió la boca pero su expresión ciclópea le contó la historia. La situación en el paso de Mitla, ahora, era dudosa. Se volvió y salió apresuradamente en dirección a Comunicaciones.

Paula Ben-Gurion ayudó a su marido a incorporarse, rodeándole de almohadones, mientras su jefe de Estado Mayor arreglaba unos alfileres en el gran mapa de la pared, marcando los progresos de los cuatro sectores de batalla. El Sinaí era una inmensa extensión de desierto rabiosamente ardiente, surcado por desfiladeros traidores y poca tierra habitable a lo largo de la costa de Gaza.

Hasta el último momento, Israel jugó la carta que daba a entender que atacarían Jordania, luego giró en redondo y atacó a los egipcios en el Sinaí, logrando una brillante sorpresa táctica. El FDI atacaba ahora a los egipcios en cierto número de sus primitivos puntos fuertes, defensivos.

La campaña había llegado rápidamente a su primera fase crítica. No se había establecido el control del aire. La fuerza aérea de Israel era un popurrí de viejos aviones de pistón procedentes de la Segunda Guerra Mundial, junto con algunos

escuadrones de modernos *jets* franceses. Sus pilotos no tenían más que unos meses de entrenamiento en aparatos de reacción y se enfrentaban a una imponente fuerza aérea egipcia, consistente en «Mig» rusos y bombarderos. Había que conseguir el dominio de los cielos o las fuerzas de tierra de Israel serían aniquiladas, sin protección, en el desierto abierto.

Los británicos y los franceses, que estaban programados para neutralizar la fuerza aérea de Egipto, no habían despegado y tanto Rusia como Estados Unidos ejercían enorme presión sobre Israel para que cesara el fuego.

—¿Hasta dónde han penetrado los «Paras 202»? —preguntó Ben-Gurion.

—Hicieron un magnífico simulacro en Jordania, luego cruzaron en Kuntilla hacia el Sinaí. En este momento, se están acercando a las defensas egipcias de Thamad.

—¿Thamad? Les quedan aún más de doscientos kilómetros para enlazar con los «Leones» en el paso de Mitla.

—Me temo que tiene razón —asintió Dayan.

—Moshe, no me gusta —declaró Ben-Gurion—. Jackie me ha entregado un mensaje, hace cosa de media hora, sobre que la mayoría de los tanques de Zechariah y los transportes han sido tragados por el desierto. ¿Qué les queda? Dime la verdad, Moshe.

—Les queda la mitad de los transportes y unos tres tanques funcionando.

—¿Unos tres tanques? ¿Qué quiere decir «unos tres tanques»?

Dayan, mudo, sabiendo lo que se acercaba, hizo un gesto defensivo. Se acercaba el desastre. No había dicho a *el Viejo* que los egipcios habían cruzado el Canal y reforzado el Paso.

Ben-Gurion sintió náuseas. Vomitó y tuvo palpitaciones. Se avecinaba una catástrofe nacional, poniendo en peligro al propio Estado.

—B.-G. —suplicó Paula—, por favor, cariño, cálmate.

—Dayan —dijo con voz enronquecida—, saca a los «Leones» del paso de Mitla, ya.

El aire pareció impregnarse de un terror invisible.

—No es el momento de sentir pánico —aseguró Dayan—. Zechariah sigue el plan. Si no ha tomado Thamad esta noche, entonces hablaremos de la evacuación de los «Leones».

—No, sácalos ahora mismo.

—De día es imposible. Serían blancos perfectos para la aviación egipcia.

—¡Ahora!

Los ojos de *el Viejo* se cerraron y su respiración se hizo laboriosa.

—Llama al doctor, Jackie —pidió Paula.

El doctor llegó al instante y tomó la presión a B.-G. Estaba altísima. Preparó rápidamente una jeringa, la aplicó, y al poco rato el paciente se había estabilizado.

—Sacad a los «Leones» del paso de Mitla —insistió B.-G.

—Me niego. Si los sacamos, los egipcios saldrán del Paso con la fuerza de una

brigada, o más. Destruirán toda nuestra campaña.

—Ahora… Ahora…

—Tendré que presentarle mi dimisión —declaró Dayan inflexible.

Los dos ojos de B.-G. miraron fijamente al único ojo de Dayan por una breve eternidad:

—Está bien…, no hablemos de dimisión…, pero repasaremos esto tan pronto oscurezca.

Dayan asintió.

Natasha entró en la habitación, demudada. Dayan le arrancó el mensaje de la mano. *El Viejo* observó cómo su jefe de Estado Mayor se venía abajo.

—Es De Gaulle —anunció Dayan con dureza—. Ha cedido ante la insostenible presión de la Unión Soviética. Los rusos amenazan con un ataque con misiles contra París si los franceses entran en la zona del Canal. El mensaje continúa diciendo que él y los británicos han decidido aplazar su ataque aéreo hasta mañana por la mañana.

GIDEON

El Paso de Mitla
30 de octubre de 1956
Noche, día D más uno

—Muerta —anunció el operador de radio.

El mayor Ben Asher refunfuñó. Se servía del mismo ruido tanto si expresaba placer como disgusto. Nuestro principal aparato de radio es DMATS durante el lanzamiento —se Deshizo Más Allá de Toda Salvación—. Al caer topó con una pieza de metralla de mortero. El «Batallón de los Leones» estaba completamente aislado. La gravedad de nuestra situación fue asumida dolorosamente. Si no sufríamos un ataque intenso por parte de los egipcios, podríamos aguantar toda la noche. De seguro que nuestro mando del Sur nos lanzaría provisiones tan pronto oscureciera.

Esta no era la soledad de un despacho de escritor, pequeño y confinado. Era la inmensa soledad. El desierto tenía cien variaciones de silencio, mil temas fantasmales, sabe Dios cuántos secretos. El sol se desgastó quemando todo el día las sendas rocosas que yacían moribundas en los lechos de los wadis.

La luz del atardecer trajo los tonos pastel. Los rojos estridentes del día se transformaban en púrpuras mansos. Un lagarto inesperado cruzaba temiendo ser descubierto y desaparecía en una diminuta grieta. En el horizonte, una gacela saltaba de ninguna parte a ninguna parte. El aire, pesado y agobiante del día empezaba a circular, movido por lenguas de frescor.

El silencio se había hecho contagioso. Nuestros cerebros estaban atontados por el calor. La conversación no era bienvenida y los movimientos flotantes. Esta iba a ser una interminable y condenada noche.

Junto a los cañones se colocaron botes de bengalas para mantener iluminada la entrada del Paso durante la noche contra un ataque egipcio por sorpresa.

Fíjense en los malditos *paras*. Verdaderas ratas del desierto, la mayoría de ellos. Les encanta. Algunos probablemente prefieren este abandono a tener una mujer. Qué locura sucumbir a una amante como el Sinaí.

¡Qué es esto!

Vaya, estás hecho un manojo de nervios, Gideon. Domínate. Era solamente alguna piedra desprendida rebotando de su madre roca, quizá desde hace siglos. Vi cómo se deslizaba por una pendiente.

El mayor Ben Asher estaba con sus oficiales. No parecía mostrar la menor ansiedad. Los oficiales sincronizaron sus relojes. Me gustó ver cómo los sincronizaban. Me recordaba un guión de película que escribí. Siempre hay una escena emocionante cuando el comandante les dice: «Ha llegado el momento, soldados. Preparados. Sincronicen los relojes».

Al caer la noche, un par de destacamentos con ametralladoras se acercaron a la

entrada del Paso para cubrir su boca con fuego cruzado, si fuera necesario. Sabíamos que los egipcios habían reforzado el Paso, pero lo que no sabíamos era cuántos había dentro.

Tal vez los egipcios se habían recuperado de la impresión inicial de la invasión y se habían reagrupado para contraatacar. Cielos, si irrumpían entre nosotros aquí, podían partir por la mitad las fuerzas de Israel. Es por lo que estamos aquí, muchachos, para impedir una salida.

Shlomo volvió de la reunión de oficiales.

—Faltan veintiocho minutos para la puesta del sol —anunció. Shlomo llevaba el reloj sincronizado—. Voy a buscar provisiones.

Me puse en pie y sacudí la pierna. Estaba bastante firme. Por lo menos no había empeorado. Revisé nuestro alojamiento para la noche. Estábamos perfectamente parapetados detrás de una roca. Observé a Shlomo colgándose bandoleras de munición sobre los hombros. Este hijo de perra estaba impaciente por ver salir a los egipcios.

El mayor Ben Asher estaba solo, ahora, contemplando su reino. Su aspecto era tranquilizador, como mi coronel del cuerpo de Marines. Fue a ver a los heridos. El doctor Schwartz les había estabilizado y drogado. Si superaban la noche, serían evacuados por la mañana.

Yo fui honrado, el mayor cenó conmigo. Compartimos las horrendas raciones. El mayor señaló mi pierna y gruñó.

—Estará perfectamente si no tengo que volver a hacer el pino.

Esto le dio pie para una pobre sonrisa.

—Bien, ¿qué es lo que piensa, escritor? —me preguntó.

—Me sentiría mucho más feliz si viera a Zechariah y al «Para 202» viniendo hacia nosotros. En todo caso ha interrogado al hombre equivocado. Entré en el cuerpo como soldado, idiota, raso, y tres años después fui licenciado como soldado de primera.

—Debo haber leído su maldito capítulo de la invasión de Tarawa lo menos veinte veces —refunfuñó y se lanzó a las raciones como si fuera el maná del desierto—. Estamos en mejor posición de lo que estuvieron aquella primera noche en Tarawa, ¿o no?

—Cuando uno está torrente arriba sin ni un remo, uno está torrente de mierda arriba sin remo —contesté.

—En mi opinión serían precisas tres brigadas egipcias para traspasar nuestras defensas.

—Si no se le terminan las municiones y si el lanzamiento de esta noche no cae a cincuenta kilómetros de distancia.

—Bien, pero tenemos la ventaja de no poder elegir. Ni podemos permitirnos el lujo de una derrota. Una cosa tenemos segura sobre los Marines. Nuestras raciones.

—A usted le gusta la mierda.

Ben Asher se volvió rememorativo.

—Nunca se lo he dicho, escritor, pero conocía a su tío, Matti Zadok, íntimamente.

—No, jamás le mencionó.

—Solo tenía dieciséis años cuando ingresé en su unidad Recon, en el Palmach. Todavía tengo la huella de su pie en el trasero. Ojalá estuviera aquí ahora. Si tuviéramos que evacuar, él sería el único hombre capaz de encontrar el modo de salir de aquí.

—Mi padre casi nunca hablaba de su hermano —comenté.

—Matti Zadok estaba siempre envuelto en misterio. Puedo decirle que era un gran soldado. Su gran amor fue el desierto. Era de una raza de judío que era medio coyote. Podía contemplar esta misma escena y ver cosas que habrían escapado a nuestros ojos. Leía el paisaje como si fuera el cuerpo de su mujer, percibiendo cuando había agua debajo del suelo, asegurándose de si la huella del camello era reciente o vieja de dos semanas. Ningún beduino podía rastrearle. Matti descubrió docenas de sitios antiguos, del tipo que escapa a la detección normal.

El mayor era un bloque que respetar, como el tío Matti. Repasaba todo lo que sus ojos alcanzaban ver, al caer la noche. Quizás esperaba contra toda esperanza que la columna de Zechariah aparecería de pronto en el horizonte.

—¿Ha encontrado lo que vino a buscar aquí? —me preguntó, extrañamente.

—No estoy seguro de saber lo que estoy buscando.

El mayor se marchó y vino Shlomo, doblegado bajo las municiones que arrastraba.

—Mira —me dijo entregándome un arma con mira infrarroja para la noche—. La he conseguido de uno de los muchachos que van a ser evacuados.

—Preciosa.

—La contraseña para esta noche es Yad Shimshon.

La repetí tres veces mientras Shlomo practicaba con su nuevo juguete.

El sol cayó de pronto. Un silencio de muerte y el frío nos envolvieron al instante. Tragué una pastilla contra el dolor. Iba a echar en falta la morfina, pero se estaba acabando. En mi familia había dos hombres valientes, tío Matti y tío Lazar. Mi padre no era de su talla. Por eso nunca mencionó a Matti, porque Matti había tenido éxito, donde él había fracasado en Palestina.

¿Por qué iba a guardar silencio mi padre sobre su hermano, y en cambio pasaba tanto tiempo presumiendo de hijo? Nunca fui para él otra cosa que un *alter ego*. Cuando fui un autor publicado, hablaba presumiendo de hijo en todo momento, en todo lugar. Se quedaba plantado junto a la caja registradora de la tienda de ultramarinos y soltaba una conferencia *impromptu* sobre mí a los clientes. Merodeaba por Rittenhouse Square con el bolsillo lleno de recortes y críticas y se sentaba junto a perfectos desconocidos en un banco del parque y les contaba la historia de mi vida. Incluso se llegaba al seminario y daba una conferencia sobre mí a las hermanitas de los pobres.

Entonces, ¿por qué puñeta no me quería? ¿Por qué ni una sola vez me dijo que yo era algo especial como escritor? ¿Por qué siempre me largaba una crítica literaria? Oh, padre, eres raro, verdaderamente raro.

Me envolví en una manta y utilicé el casco como almohada, como en los viejos tiempos. Shlomo se sentó por encima de mí, contemplando el cielo que empezaba a brillar. Qué afortunado fui cuando me lo asignaron. La mayor suerte que he tenido como escritor.

—Buenas noches, compañero —le dije.

—Buenas noches, Gideon —me contestó.

SHLOMO

Contemplé a Gideon que dormía inquieto mientras la noche envolvía el desierto. Era mi momento favorito en mi lugar favorito porque los cielos estaban siempre claros y el universo entero se me ofrecía, solo a mí.

Tengo la teoría de que Moises y las tribus llegaron a través del paso de Mitla durante el éxodo de Egipto. Escribí mi tesis para el master, sobre las realidades que hay tras las fantasías bíblicas. Déjenme que les diga que no fue un *bestseller* pero, por el contrario, más de un erudito bíblico se rompió la cabeza tratando de repudiar mi trabajo.

Gideon gimió. La cadera le molestaba. Pobre hombre. Casi se libró en su salto en paracaídas. Lo que me gustaba de él era que tenía un miedo del demonio, pero a pesar de todo saltó. ¿Han transcurrido solo nueve meses desde que este pequeño *paskudnyak* de Zadok llegó? Me parece como si hiciera tres eternidades. Empezaba a resultar difícil recordar lo que había sido la vida sin él.

Yo trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El país en sí, solo tenía siete años y las cosas estaban revueltas y patas arriba. Teníamos hombres brillantes, embajadores, oficiales de alta graduación, pero montar un Ministerio de Asuntos Exteriores según lo establecido por el protocolo internacional fue algo imposible en aquellos tiempos. Israel tenía demasiadas prioridades…, traer al resto de la judería europea, crear una fuerza defensiva y una línea aérea, encontrar dinero para trabajar, traer a los judíos de los países árabes, lidiar con enemigos en cada frontera. Había mucho probar y fallar, mucho intento y error en el Ministerio.

Miren el espectáculo ahí fuera. Primero, las estrellas salieron una a una, ahora centenares por segundo… y aquí estoy yo. Shlomo. ¡Mírenme cómo brillo! Se oyen voces apagadas del puesto de mando. Se da una orden por el teléfono de campaña, y una bengala estalla junto a la abertura del Paso…

En todo caso, nunca supe mi título o graduación en el Ministerio si, en verdad, tuve alguno. Era «Shlomo haz esto», «Shlomo haz aquello». Shlomo Bar Adon pasó a ser, como se dice, un chico para todo.

El lunes por la mañana acompañaba a una delegación de senadores americanos a dar una vuelta. Era importantísimo para nosotros poder ganar credibilidad y simpatía por parte del Congreso americano.

El martes por la mañana se marchaban con una buena impresión y el martes por la noche era llamado al despacho de Nimrod Newman, el jefe de la sección

norteamericana.

—Shlomo ha hecho un trabajo fantástico con los norteamericanos.

Inmediatamente pensé en una promoción, un aumento de sueldo, un destino permanente, abrazos. Mis visiones de gloria fueron breves.

—Ha llegado algo interesante —prosiguió Nimrod—. Una petición de los Estados Unidos, hace unos meses. Ha estado dando vueltas por ahí. Resumiendo, tuve ayer una entrevista con el Primer Ministro. Jackie Herzog estaba allí con Teddy Kollek, Moshe Pearlman y Beham. Dayan también se hallaba presente.

Aquí llega mi ascenso. Nada menos inferior a la Embajada de Francia me convendría.

—¿Y qué han decidido? —preguntó—. ¿Lanzarme en paracaídas sobre Damasco?

Nimrod sonrió. Cuando era feliz sonreía y sonreía cuando estaba triste, disgustado, inseguro, enamorado, rechazado. Sonrió. ¿Qué significaría la sonrisa de Nimrod?

—Hay un escritor americano. Probablemente ha oído hablar de él… Gideon Zadok.

—¿Zadok? Sí he oído hablar de él. Fantástica primera novela, luego algo así como el olvido en películas.

—Zadok quiere venir a Israel a documentarse para una novela. Solicita cooperación completa, excepto material de máximo secreto. Hemos acordado entre nosotros que un libro así podría hacer mucho bien al país en este momento de nuestra historia, si tiene éxito. Queremos que usted se ocupe de que tenga éxito, arregle su viaje, le busque citas, arregle sus entrevistas y le abriremos los archivos, hasta cierto punto.

—¿Que sea la niñera de un escritor?

—Esta sería la primera novela de un norteamericano acerca de Israel. Podría resultar muy valiosa para ganar la opinión favorable del mundo.

—¿Puedo elegir?

—No… —respondió Nimrod con una sonrisa. Esta determinada sonrisa la comprendí.

—¿Cuánto tiempo?

Nimrod se encogió de hombros:

—Probablemente varios meses.

—¿Cuál es su situación respecto de Seguridad?

—Parece un riesgo excelente. Le vigilaremos de cerca. Usted no se verá involucrado a menos que insista demasiado en áreas sensibles.

—Bien, ¿y cuándo llega?

—La semana próxima. Y otra cosa más. Su tío era Mattias Zadok. Eso solo ya exige cierto respeto.

Una bengala egipcia iluminó nuestras líneas. Así, ya sabemos que estáis ahí y vosotros sabéis que estamos aquí. Adoro contemplar el desierto. Estos canallas van a arruinarme la noche. Tanteé mi arma por centésima vez. Era un consuelo, especialmente la mira nocturna.

¿Zadok? Fue, ¿cómo dirían ustedes?, una relación amor-odio desde el principio. ¿Amor? Amaba la mente del pequeño *shmendrick*. No había venido a Israel para holgazanear. Quería saberlo todo. Se comía el país a grandes bocados. Su mente podía retener una batalla bíblica, lanza por lanza, o las batallas más recientes, mortero a mortero. Los días de Gideon iban del alba a medianoche. Casi me mató su programa. En algunas entrevistas traduje catorce horas de tirón. Quería ver a todo el mundo, ir a todas partes, aunque los límites eran extremadamente peligrosos. Casi nos matan por dos veces cerca de la Franja de Gaza.

¿Qué otra cosa amaba? Era una buena persona. No podía resistirse a una fiesta y era un borracho feliz. Quiero decir, el pequeño *putz* podía beber más que cualquier judío ruso en Israel.

Chutzpah era su nombre. Cuando emborrachaba a alguien, se lo contaban todo. Incluso sobrios, la gente parecía querer contarle su historia. Llegaba rápidamente al alma. Unas semanas solamente y empecé a sentir amor a la vida y su tremenda energía. Quizá, solo quizá, Nimrod y los otros habían hecho una buena jugada. Empecé a creer en él.

¿La parte del odio? ¡Era terriblemente arrogante! No importaba a quién quisiera ver o lo que quisiera saber, lo conseguía, a veces contra mi voluntad. Me sacaba de quicio. Venga, venga, venga, doscientos kilómetros, trescientos kilómetros en plena noche para una reunión a las seis. Preguntas, preguntas, preguntas. Historia, antropología, geología, agricultura, geografía, los militares, arqueología. Shlomo, ¿qué ocurrió tras aquella roca? ¿Cómo demonios podía saber yo lo que ocurrió detrás de cada roca?

Vean, éramos solo un pequeño país tratando de establecer reglas. Se las saltaba todas y dejaba que yo lo explicara. Odiaba su tenacidad y yo procedo de un país de hombres tenaces.

Con frecuencia se enfadaba, era un loco con mal carácter. Y cuando más le odiaba, se volvía y se echaba a llorar durante una hora después de una entrevista con una víctima de un campo de concentración.

Amor-Odio. Cuando le fallaba en algo, me maldecía como si fuera un campesino. Cuando salía airoso de algo difícil, me abrazaba y me golpeaba la espalda como si hubiera ganado una medalla olímpica.

Poco a poco, empecé a creer en este pequeño *shlemiel*. No se olvidó ni de una

puñetera cosa que le enseñé. Así que, a lo mejor estaba sirviendo a una especie de mesías literario. Además, Nimrod se negó a aceptar las tres dimisiones que le presenté en aquellas primeras semanas.

¡Mierda! Fuego de artillería desde el puesto de observación de vanguardia. Me envolví en mi manta y continué mi observación del espectáculo estrellar. Rebusqué en mi mochila y encontré una botella de buen brandy israelí. El resto del mundo puede burlarse de nosotros, pero no de nuestro brandy. El mejor coñac del mundo.

Ah, bueno…, los disparos cesaron. Recé una pequeña plegaria cuando el sol salió, iba a ver los «Paras 202» de Zechariah cruzando el desierto en dirección a nosotros. Si no, ¡oh cielos!

Podía ver a Ben Asher arriba y abajo. Incluso en la semioscuridad su figura era inconfundible. ¡Esperen! Sí, aeroplanos. Pude oír cómo se movían todas nuestras líneas. A los pocos segundos podíamos distinguir sus motores. ¡«Dakotas»! ¡Un lanzamiento! Dios, ojalá nos mandaran una radio. No me gustaba este aislamiento.

Disparamos varias bengalas para dar una situación a los aviones y silenciosamente varios grupos se desplazaron para recuperar los paracaídas.

Ahora dormía como un bebé, el pequeño *momser*. ¡Jerusalén! Ahí fue donde empezó con ella. Gideon y Natasha Solomon, un par de guerreros de alcoba tan locos como jamás he conocido otros, y yo mismo he participado en buenas escaramuzas.

Jerusalén era una ciudad dividida, con una fea barrera de alambre de espino separando la tierra de nadie que cruzaba el valle de Cedrón. Había poca frivolidad en la ciudad. En realidad, la vida nocturna era decididamente siniestra. Claro que, una fiesta en la casa de alguien, solía resultar una buena fiesta.

Una fiesta de disfraces en el piso de Joshua Hillel ofrecía buena perspectiva. Era un periodista famoso, un colaborador en una docena de periódicos y revistas de América y de Europa. Su panda consistía en actores, músicos y periodistas. Muchos de ellos tenían acceso a las cooperativas extranjeras, así que podía contarse con comida tipo embajada y auténtico whisky y vodka. Todo el mundo iría disfrazado y algunos eran muy atrevidos para Jerusalén.

Gideon y yo llegamos algo tarde y la noche estaba en pleno jaleo. Shoshanna Damari nos azotaba con canciones israelíes y el desenfreno más íntimo había encontrado el camino de los dormitorios, balcones, armarios y WC.

Gideon se había agenciado un traje de *cowboy*, lo que era apropiado y yo era un guapo (o por lo menos así se me dijo) beduino. Gideon fue inmediatamente el centro de atención, ya que todo el mundo en el país conocía su presencia y por aquellos días pocos escritores de verdad se nos acercaban.

Lo que sucedió luego, ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Natasha Solomon

vestida de danzarina del vientre, estaba al otro lado de la estancia, y parecía como si estuviera dispuesta a que se la comieran por capas.

Yo estaba junto a Gideon que fue inmediatamente atrapado por dos mujeres y en aquel mismo instante los ojos de Natasha y Gideon entraron en contacto a través de la habitación. Casi hubiera podido jurar que todo el lugar se había quedado en silencio y que ellos eran los dos únicos que quedaban allí. Si alguien hubiera cruzado el rayo que unía sus ojos, se habría quedado frito.

—Se llama Natasha Solomon —le dije—. Trabaja en la oficina del PM. ¿Quiere que se la presente?

—Me presentaré yo mismo —respondió Gideon y salió en su dirección. Yo fui tras él con morbosa curiosidad. Gideon empujó el círculo que rodeaba a Natasha, la cogió del brazo y se la llevó a un rincón tranquilo.

—Tú eres Natasha Solomon. Yo soy Gideon Zadok.

—Ya lo sé. ¿Puedes devolverme el brazo?

Al soltarle el brazo se dio cuenta del número tatuado que denotaba un preso de campo de concentración. Se lo quedó mirando tanto rato…, al fin levantó la vista hasta sus ojos y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Perdóname —le rogó—. No puedo acostumbrarme.

—No importa, yo estoy en Israel ahora —contestó Natasha—. Tranquilo, no debes llorar —y le echó los brazos al cuello con tanta naturalidad, y lo acercó a ella, y lo sostuvo y dejó que terminaran sus lágrimas.

Yo, Shlomo Bar Adon, que no suelo mentir, juraría que sentí cómo temblaban los muros de la Ciudad Vieja en aquel momento.

—¿Almuerzo, en «Hesse», mañana a la una? —preguntó Gideon.

—Estaré —dijo Natasha.

Y así fue. No sé lo que puse en marcha llevándole a aquella fiesta. Como mínimo parecía que había despertado dos volcanes dormidos.

Había gran actividad en el puesto de mando, así que me acerqué. ¡Tenían una radio nueva y funcionaba! Nuestro operador estaba recibiendo el final de un largo mensaje procedente del Mando Sur. Lo entregó al mayor.

«“Paras 202” encontrado fuerte resistencia en Thamad. Ayuda aérea exterior sin aparecer. Significa británicos y franceses. Si la situación no mejora mañana por la mañana, intentaremos evacuar».

—Dios del cielo, ¿cómo vamos a salir de aquí? —preguntó un joven oficial.

—No se preocupe, no se preocupe —le tranquilizó el mayor—. Zechariah romperá el cerco… y vendrá… No se preocupe.

JERUSALÉN

Febrero de 1956

La enorme galería de piedra en la parte trasera del hotel «King David», ofrecía una provocativa visión por encima del valle de Kidron a la muralla otomana de la Ciudad Vieja. Una valla de alambre de espino cruzaba el valle, dividiendo la ciudad y el país por la mitad. Uno podía casi alargar la mano y tocar la Puerta de Jaffa, de cerca que estaba. Aquello se había vuelto una obsesión para los judíos, porque dentro de la Ciudad Vieja estaba el punto más sagrado de toda la judería, el muro oeste del Templo de Salomón.

Gideon no era una excepción. La visión de la Ciudad Vieja disparaba su imaginación hasta el borde del dolor. Pensó que era más que una crueldad por parte de los jordanos, negarles el acceso.

—Hola, *cowboy* —saludó Natasha, tras él.

—Hola —dijo Gideon poniéndose en pie—. Estás estupenda.

—¿Incluso sin disfraz?

—No me des una entrada así.

—Ah, soy yo, Natasha.

—¿Qué?

—Parecías estar en trance.

—Perdóname. Es la Ciudad Vieja, ahí. Me parece que cada noche estoy en Jerusalén. Sueño que paso al otro lado y voy al muro occidental. Es para volverse loco, creo, si uno vive aquí.

—Así es. Pero viviremos para verlo.

Cuatro días habían pasado desde la fiesta. Cuatro preciosas noches juntos. «Fink’s », un pequeño bistró de cinco mesas era el único lugar donde podía conseguirse un bisté decente, o vodka polaca, y murmurarse naderías románticas. Había pasado a ser «su» tasca.

Gideon y Natasha, no habían hecho gran cosa para conocer sus respectivas historias, o confiado detalles de su pasado. Hablaban en abstracto, se miraban uno a otro en abstracto y alguna vez se tocaban también en abstracto.

Ambos tenían sus propias redes de investigación. La historia de Natasha parecía superficialmente vulgar: familia rica, profesional, húngara, viviendo escondida, con documentación falsa y una peluca rubia en Budapest gran parte de la guerra, superviviente de Auschwitz. Su padre, madre y dos hermanos murieron en la cámara de gas, sorteó el bloqueo británico de Palestina en un barco de refugiados, después de la guerra.

Podía deducirse que Natasha había vivido bien y viajado mucho por Europa antes de la guerra. Había estado casada pero no hablaba de cómo terminó. Desde que estaba en Israel, se le asignaron varios hombres, románticamente, pero al parecer no

habían sido importantes.

Pero Gideon sabía que ninguno de los supervivientes había sido sencillo o vulgar. Sus cabezas eran laberintos cargados de secretos, culpabilidad torturadora, recuerdos retorcidos y violentos. Cada víctima de campo de concentración que había entrevistado, tenía nervios desnudos ocultos bajo la superficie, esperando ser irritados. Natasha debía tenerlos también, pero los llevaba bien cubiertos.

Gideon apenas hablaba de sí mismo. Su mente, su alma, y su cuerpo estaban consumidos por el libro que iba a escribir. Israel le había captado más profundamente de lo que imaginaba. Ardía en deseos de terminar su recogida de datos y atacar ya el libro, pero esto fue hace meses.

—El Knesset ha suspendido la sesión hoy. Volveré a Tel Aviv mañana —anunció Natasha.

—Justo a tiempo. Shlomo y yo nos vamos de patrulla con los paras al Negev. Iremos desde Nitzana a lo largo de la frontera del Negev-Sinaí hasta Eliat. Estoy realmente excitado.

Natasha le sonrió con el tipo de sonrisa que todos los hombres desean ver en la mujer que tiene delante, sensual, juguetona, comprensiva.

—¿De qué estás riéndote, señora? —le preguntó.

—Porque fui yo la que firmó la autorización desde el despacho del P.M. Vas a ir con el «Batallón de los Leones».

—¡Qué país tan pequeño! —comentó Gideon—. Bien. Hemos terminado con « Fink’s». ¿Algún otro lugar divertido para comer? ¿Qué te parece aquí?

—Una de mis amistades tiene un piso a pocas manzanas de distancia y no está en la ciudad. Me gustaría darte de cenar. He encontrado unas chuletas de corderito maravillosas en el sector árabe.

—¿Cómo las conseguiste? Venga, siento curiosidad.

—Tengo un amigo en las fuerzas de orden de las Naciones Unidas. Por la puerta de Mandelbaum pasa de todo excepto gente. ¿Nos vamos?

—¿Qué te parece una copa primero? —sugirió Gideon.

Natasha asintió comprensiva:

—¿En qué estás pensando, *cowboy*?

—En la historia de mi vida en cinco minutos o menos.

La voz del almuédano llamando a los musulmanes a la oración se oía desde un minarete y repercutía sobre el valle tranquilo. Un momento escalofriante en la vida de la ciudad dividida.

—Natasha, he sido un chico malo durante mucho tiempo. En este preciso momento mi matrimonio está tambaleándose. Ambos hemos cometido errores. Los de Val no fueron nada comparados con mis pecados y trampas. Los míos eran montañas.

—¿Montañas? ¿Qué quieres decir?

—Muy grandes. Racionalicé mis infidelidades porque la hacía responsable a ella

por sujetarme a Hollywood. Pero, sabes, al final tenemos que reconocer nuestras propias acciones. Así que el matrimonio está en el aire, más o menos a prueba.

—¿La quieres aún?

Gideon vaciló lo suficiente para que sirviera de respuesta a Natasha.

—Ya sabes lo que pasa —dijo al fin—. Hemos compartido la cama por más de doce años, buenos amantes…, incluso excelentes, a veces. Estamos cómodos juntos, cuando no peleamos. Tenemos dos hijas preciosas y, supongo que pensarás, que son toda mi vida. ¿Quién sabe algo del amor? Estamos pendientes uno de otro. A lo mejor con esto basta.

—Es triste —observó Natasha.

—Cuando anoche me invitaste a tu habitación, hice algo que nunca creí posible, especialmente con una mujer como tú. Dije que no. Dije que no porque estaba decidido a mantenerme limpio, aquí, en Israel. Val y yo nos separamos afectuosamente y yo deseaba, mucho, que volviera a confiar en mí como marido. Pero las malditas mentiras se amontonan. Dices una mentira y necesitas veinte más para reforzarla. Es una mierda vivir así.

Los ojos de Natasha se entristecieron y se llenaron de lágrimas.

—Esto es digno de encomio —murmuró.

—No lo sé Natasha. Si esto fuera una escapada o algo de una semana de duración, quizá cedería, pero tengo la sensación en mis entrañas de que una vez nos agarremos de la mano, no querremos volver a soltarnos. Tengo razón.

—Quizá —respondió.

Gideon suspiró pesadamente y después bebió todo el vaso de un tirón.

—Cabe incluso la posibilidad de que pida a la familia que venga a Israel si esta investigación dura demasiado. Si mi mujer llega a venir quiero poder mirarla a los ojos.

Natasha rio con cierta amargura.

—Bueno, lo que es cierto es que no eres un húngaro. —Le tomó las manos y le miró a los ojos—. Eres un imbécil si no tomas lo que te ofrece compasión y lo que pueda estar por hacer.

—Natasha, no te apoyes en mí. No soy el hombre más fuerte del mundo.

—Lo que hemos estado incubando es bello, salvaje, una locura. Nos hemos estado buscando durante mucho tiempo, *cowboy*.

—Lo sé y me produces un miedo mortal.

—Tú solo quieres una mujer de la que puedas deshacerte. Lo sé porque estoy cortada por el mismo horrendo patrón.

—Lo siento, Natasha.

—Curioso, nunca hasta ahora había sido rechazada. No sé cómo comportarme. —Tomó un bloc y una pluma de su bolso y escribió el nombre de una calle y un número de teléfono—. Aquí estaré esta noche por si cambias de idea.

«Oh, Señor —pensó Gideon—, no me dejes caer en la tentación». Rompió el

papel a pedacitos y los dejó en un cenicero.

Natasha masculló algo en húngaro.

—No conozco el idioma, pero entiendo la intención.

—¡Tu madre!

—Ves, la cosa ya va mal —observó Gideon—. La gente enamorada debería ser feliz. Ni siquiera hemos llegado a la cama y ya estamos a matar. —Natasha se levantó de pronto y Gideon la agarró del brazo—. Tú no quieres amor, Natasha, quieres guerra.

NATASHA

¡Guerra! ¿Cómo se atreve? Gideon el *cowboy* escritor, importante. Nos entrevista como si fuéramos ganado… ¿Qué campo de concentración? ¿Cuáles eran tus relaciones con tus padres? ¿Qué sueños tienes?

¡Sueños! Solo tengo un sueño…, solamente uno. ¿Dónde está? ¿Venecia? ¿Auschwitz? ¿La costa de Cornualles? Todo es lo mismo, siempre bajo la niebla. Le veo saliendo de la blanca bruma. «¡Papá!», le llamo. Sus ojos son crueles y llenos de lujuria y de ira. Sonríe, con los labios tirantes. Su barba a lo Van Dyke es como un punzón.

Me estremezco. ¡Hace tanto frío!

—Así que has vuelto a ganar —dice papá.

—No fue culpa mía que encontraran la nota. Yo no quise enviaros a los hornos. ¡Papá! ¡No te marches esta vez! ¡Papá!

En el momento en que voy a tocarle la niebla le envuelve y desaparece. Corro tras él… No está en ninguna parte…, en ninguna… «¡Papá!».

En tiempos fuimos los Solomon de Budapest, una familia de gran fortuna. Treinta, cuarenta, cincuenta en una reunión. Doctores, profesores, comerciantes. Tenidos en gran estima. Monarcas de la sociedad judía.

Le odiaba…, el profesor doctor Hubert Solomon. Era tan frío, tan cruel. Cuánto dolor causó a mis hermanos al no dejarles levantar cabeza, no dejándoles nunca que llegaran a su nivel, y el dolor que causaba a mi madre cuando iba a la cama con ella.

Era a mí, Natasha, a la que deseabas, ¿verdad padre? Me toca, acaricia mi cabeza…, yo me encojo. Sus ojos me siguen todo el tiempo. Sí, quisiera quererte, padre, para así poder clavarte un cuchillo en la espalda.

Llegaron los nazis y se nos llevaron a todos…, tíos, tías, primos, hermanos. Papá y yo escapamos. Viví más de media guerra bajo una peluca rubia y con falsos documentos «arios» con otras tres muchachas judías.

Pero nos encontraron y nos llevaron a Auschwitz. La suerte tenía que terminarse. ¿O fuimos traicionadas? ¿Quién lo sabrá jamás? Cuando llegamos a Auschwitz, descubrimos quién llevaba mensajes y supimos que toda la familia había sido asesinada…, todos…, todo el mundo…

Solo quedamos papá y yo. Encontramos un modo secreto para enviarnos mensajes desde la fábrica de ropas donde trabajaba yo a la escuela donde él enseñaba a los niños de los oficiales de la SS. *Fue uno de mis mensajes lo que le mató. Los guardias lo interceptaron y creyeron que era un mensaje cifrado para la resistencia. Era solamente una felicitación de cumpleaños. Nunca supieron que yo era el remitente, pero a él lo enviaron a la cámara de gas y al crematorio*.

Papá habría sobrevivido si no le hubiera enviado el mensaje. Pero ¿no se había dicho siempre que solo un Solomon sobreviviría?

Oh, papá, de verdad que te quería.

Te odiaba.

Te quería.

Y tú… y tú… y tú. Ah, tú te pareces a papá… Adelante, entra.

Te quiero hasta cuando la fuerza ha huido de tu estúpido cuerpo. Hasta que ya no puedes moverte, funcionar. Oh, Natasha te ha agotado de tal modo que apenas puedes sostenerte en pie. Bueno, ¡lárgate ya de una vez! ¡Estás muerto! Oh, cuánto lo siento. Odio verte cómo gimes y suplicas. ¡Arrodíllate como un perro!

Natasha, mala persona, debes dejar de hacer esto.

… Dejaría de hacerlo, pero el sueño vuelve siempre. Está en la niebla atrayéndome. Así que iré a otra fiesta, y otra, y otra, hasta que vuelva a verle…, la niebla…, el humo…, ¡el humo de los hornos de Auschwitz!

¿La fiesta de disfraces en Jerusalén? ¡Maravillosa!

¡Ahí está! El norteamericano. Viene contorneándose hacia mí. ¡Le deseo!

Hola, *cowboy*.

Ese hijo de perra es muy listo. Con él lo intentaré más despacio. Canalla. ¿No se cansa nunca? Dice cosas que hacen llorar a Natasha. Sus dedos juegan siempre sobre mi número tatuado. Le produce dolor, pero se niega a ser débil como los demás. ¡Canalla!

Le odio.

Le quiero.

Le odio.

Le quiero.

¿Qué sabes tú de campos de refugiados y de saltarse el bloqueo y del alambre de espino y de los perros guardianes y del crematorio? ¡Mandé a mi propio padre allí! ¡Comprendes lo que esto significa! ¡La niebla! ¡La niebla…! Otra vez la maldita niebla…, incluso en Jerusalén…, qué sabes tú, *cowboy*…, todo es una trampa en Norteamérica… Oh, la mujer y las niñas van a venir a Israel, qué bien…, pero tú no dejarás a Natasha. Nadie deja a Natasha hasta que ella está dispuesta…

Una semana más tarde, Gideon regresó de una patrulla de rutina en el Negev con una compañía del «Batallón de los Leones», a su base en el «Hotel Accadia». Venía tan cochambroso que se le olía a través del vestíbulo.

Miró el correo, luego fijamente al teléfono. Miró y miró y miró… lo levantó, volvió a dejarlo. Pasó una hora y seguía mirándolo. De pronto sonó, sobresaltándole.

—Diga.

—Está bien, hijo de perra, he llamado primero. ¿Estás satisfecho? —gritó Natasha y colgó de golpe.

—Oh, Jesús —gimió Gideon.

El teléfono volvió a sonar. Gideon levantó el auricular, temeroso.

—Soy yo, Natasha —dijo dulcemente—. Lo siento. Sabía que volverías hoy y tenía la esperanza de que querrías verme.

Gideon cerró los ojos y apretó los dientes… Luego cedió:

—Sí, quiero verte, maldita seas. Toda la semana has estado en mi mente. ¿Dónde estás?

—En el vestíbulo. Subo ahora mismo.

EL PASO DE MITLA

31 de octubre de 1956
04.00 horas, Día D más dos

Gideon se volvió en sueños y quedó sobre su cadera magullada lo bastante para que le doliera y le despertara. Abrió los ojos, parpadeó y vio a Shlomo sentado con la espalda apoyada en la roca, un ojo abierto, el otro cerrado, como un coyote.

—¿Qué hora es Shlomo?

—Cuatro de la mañana. Ha habido un buen lanzamiento, directamente en el blanco. Tenemos una radio que funciona. Hay un mensaje para ti del despacho del P.M. Los evacuados norteamericanos fueron llevados a Atenas y serán trasladados a Roma mañana. Estoy seguro de que Val te esperará en Roma.

Gideon se incorporó, respiró profundamente aliviado y se masajeó la pierna:

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Los «Paras 202» han superado Thamad. Se acercaban a las fortificaciones egipcias de Nakhl. No está claro si han atacado de noche o si lo intentarán por la mañana. Si Zechariah despeja Nakhl, probablemente le veremos a última hora de mañana. Si le detienen, el Mando del Sur tratará de evacuarnos.

—¡Jesús! ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—No sufras. Tomarán Nakhl. No conoces a Zechariah. Es como una apisonadora.

—Eh —dijo Gideon—, fíjate en estas estrellas. ¿Cuántas crees que hay?

—¿Un billón de billones? ¿Un trillón de trillones? Nunca volverás a verlas como aquí en el desierto.

—Eres una rata del desierto. Una vez, hace mucho tiempo, cuando era un chiquillo en Norfolk, lo vi así. Alguien me llevó a volar sobre el océano. Qué frío hace, hombre.

Shlomo buscó en su mochila y sacó media botella de brandy. Gideon bebió un sorbo, tosió y torció el gesto.

—Esto es mata hierbas, es un vomitivo para animales.

—Tienes que comprender la sutileza del brandy israelí.

—Val lo utilizaba para quitarse el barniz de las uñas.

—Hablando de Val, ¿te reunirás con ella en Roma?

—Te juro por Dios que no lo sé, Shlomo. Lo estudiaré si salimos de este cacao. A lo mejor, me esfumo y aparezco un buen día en un monasterio tibetano.

—Dime la verdad. ¿Quieres a Natasha?

—He tratado de alejarme de ella media docena de veces. No puedo.

—Pero ¿la quieres?

—Cada vez que hacemos el amor, nos encontramos en otra parte del mundo. Ocurre todas las veces. Tiene que ser una especie de amor, o de locura, supongo. Pero sé que hay cosas de Val que quiero.

—Tu problema es que eres codicioso —sentenció Shlomo bebiéndose un buen trago y hundiendo el corcho en la botella.

—Deja que te pregunte algo, Shlomo. ¿Tu mujer te ha engañado alguna vez?

—¿Naomi? Buena pregunta. Ni conozco la respuesta ni me propongo buscarla. Empezamos de niños, juntos en el Palmach. Cuando nos entrenábamos o íbamos de marchas forzadas, dormíamos juntos en los campos. Los norteamericanos tienen la loca idea de que todas las mujeres deben ser puras. La vida no funciona así. He estado en misiones diplomáticas en Burma, en Uganda, en América. Dos, tres meses sin ella. Se quedaba en el *kibbutz* con dos niños. Somos personas, solo personas. No somos santos. Si Naomi ha necesitado a un hombre, ha sido extremadamente cuidadosa. Llego a casa, no pregunto nada, ni ella me pregunta a mí. No puedo recibir más amor de nadie del que recibo de ella. Los norteamericanos están siempre preocupados por lo mismo. ¿Por qué darle vueltas en medio del Sinaí?

—Estoy lleno de culpa hasta más arriba de los ojos.

—¿Natasha?

—Natasha y otras antes que ella.

—Debes sentirte culpable con razón. Has sido un animal.

—No sabes ni la mitad. Supónte que, por casualidad, te enteraras de que Naomi ha estado jodiendo por ahí. ¿Qué harías?

—Ya sabes lo que pasa. Cuando eres joven y sentado junto al fuego del campamento y la vida empieza para ti, y surge la cuestión, todos dicen que matarían, que romperían huesos, que se marcharían. ¿Hoy? Si siguiera queriéndome, probablemente la perdonaría. Si no la perdonara, la mataría por dentro. No se mata a la mujer amada porque comete una falta normal, humana. Demonio, a todos puede calentárseles. El problema con vosotros los norteamericanos es que estáis siempre jugando a Jesús, José y María.

—Yo no perdoné a Val —confesó Gideon como si hablara consigo mismo—, y esto me roe el corazón. Me gustaría poder gritarle y que me oyera desde Roma… Val, te perdono.

—¿Y de Val qué? Te adora. No ama a nadie más. No lo creo.

—Ocurrió hace mucho mucho tiempo.

—Entonces olvídalo. Te estará esperando en el aeropuerto «Leonardo da Vinci» y te besará los pies con amor.

—No puedo olvidarlo. Puede que nunca lo olvide.

—Entonces arrincónalo en el fondo de un armario, en tu cabeza, y cierra la puerta con llave, y tira la llave. Todos los días hay gente que debe tomar la decisión de vivir con la infidelidad.

—Puede que estuviera muerto y enterrado de no haber encontrado a Natasha. —La voz de Gideon tembló—. Lo necesito como excusa para lo que he estado haciendo. Empecé con las mujeres tan pronto como fui un escritor publicado. Hasta ahora he criticado a Val por hacer que siguiera siendo un escritor… La vieja no me

comprende, cariño, así que vayámonos un fin de semana. Era mi justificación por todo lo que hacía. Todo era por culpa de Val. Entonces no me di cuenta, pero estaba arrancándome trozos de alma.

—Eh, no hables de ello. Saltar de los aviones, morfina, desierto. Todo aquí te hace enloquecer.

—Nunca hablé de esto con nadie porque yo era Don Macho Hombre. No podía concebir que mi mujer pudiera hacer o hiciera esto al gran Gideon Zadok.

—Mira, quizá mañana a esta hora estaremos muertos. ¿Para qué castigarte de este modo?

—Tienes razón. Puede que estemos en las estrellas mirando hacia abajo. Pero tengo que ordenarlo antes de que empiece el viaje.

Shlomo movió la cabeza indicando que comprendía.

—Ocurrió hace unos años —continuó Gideon.

—Pero sigues casado, ¿verdad?

—Sí, pero lo he llevado muy mal. Cuando me enteré de lo que Val había hecho me volví bestia de mierda.

Sherman Oaks, 1954

Gideon había llegado pronto a casa del estudio, doliéndole todo, con temperatura, y la cosa iba en aumento. Se arrastró gimiendo a la cama. Después de instalarle, Valerie se marchó para recoger a Roxy y Penny y dejarlas en las «Girls Scouts» y en la clase de piano, respectivamente.

Al cabo de una hora hubo una llamada insistente por parte de la secretaria de Gideon, Belle Prentice.

—Aquí están en plena hemorragia, Gideon —anunció Belle—. Han ensayado la escena del jardín, y no ha salido bien. Volverán a repetirla mañana y no tenemos guión alternativo. El coronel quiere volver a su idea original.

—Belle, ¿está bromeando? Estoy enfermo como un perro. Voy a empezar a morirme de un momento a otro.

—Quieren enviarme con el médico del estudio.

—¿Es que no hay ninguna ley laboral contra este abuso?

—Cariño, sea un buen marine. Se trata solamente de dos o tres páginas.

—Está bien. Le pasaré el argumento ahora por teléfono, para que puedan montar los focos y el sonido. Tendré el diálogo listo esta noche, en un momento u otro. ¿Va a irse a casa?

—Esperaré aquí, en el estudio.

—Hasta luego. —Gideon gimió y se arrastró fuera de la cama y encontró el guión en el fondo de su portafolios. Las piernas no le aguantaban. ¡Maldita sea, le faltaba el bloc! Su despacho estaba en un pabellón, en el jardín, así que empezó a buscar por el

escritorio de Val, que ocupaba un nicho en la habitación.

—¡Sapos y culebras! —masculló revolviendo las montañas de papeles y Dios sabe qué en los cajones del escritorio. «Venga, Val —pensó—, ayúdame. ¿Dónde tendrás un bloc de papel?».

¿Y eso qué es? Gideon sacó una llave con una gran chapa negra en la que se leía «“Motel King’s Court”. Santa Mónica. Blvd. & La Ciénaga St. Habitación 357».

Parpadeó incrédulo. Había utilizado ese motel en diversas ocasiones. Oh, Cielos, pensó con el corazón desbocado, ¡Val ha encontrado la llave! No, espera un poco. Gideon pedía siempre una habitación de esquina en el segundo piso. Jamás había estado en el tercero. ¿Qué diablos era todo esto?

Johnny Brookes le había hablado del motel cuando necesitó un lugar seguro para una *matinée*. En realidad, Johnny le había inscrito en una ocasión y le había traído la llave.

¡Johnny Brookes! ¡Para el carro!

Johnny y Cindy Brookes formaban parte de «su» grupo, íntimos amigos. John era un ex marine y ahora un director principiante pero prometedor. Él y Val y los Brookes habían salido juntos docenas de veces. Infinidad de barbacoas limpias y simpáticas, a última hora, y flacos chapuzones en la piscina de los Zadok y un número igual de escapadas a la casa de la playa de John y Cindy.

Los Brookes no tenían hijos. Cindy prefería a los caniches. John era un buen chico, pero se sentía muy desgraciado y el matrimonio hacía aguas. Él y Gideon jugaban a los bolos en el mismo equipo, al tenis en pareja de dobles durante el día y ocasionalmente se iban de picos pardos por la noche, especialmente después de un día cargado de trabajo. John no hacía demasiadas trampas, pero necesitaba un desahogo con cierta frecuencia al irse a pique el matrimonio y tenía una lista, de a metro, de señoras disponibles.

Gideon empezó a reflexionar. Seis meses atrás, Johnny estaba haciendo una película en Goldwyn y Gideon fue a almorzar con él, desde los «Pacific Studios». Ahí es donde oyó hablar por primera vez del «Motel King’s Court».

¡VAL Y JOHNNY EN AQUEL MALDITO HOTEL! ¡Val desnuda frente a él! Johnny saltándole encima. ¡Haciéndolo delante de aquellos asquerosos espejos de la cabecera! ¡Debió haberle dado hierba o cualquiera de sus otras cosas! ¿Llevaría el liguero de encaje negro? ¡Y qué me dicen de la repugnante música, y los aceites del baño y las camas de agua!

Gideon se arrastró hasta el baño y devolvió. Volvió a la alcoba y sacó la pistola del estante y se tambaleó como un búfalo de aguas que ha recibido una flecha en el pecho.

¡Maldita sea! Hasta entre los ladrones hay honor. ¡Un hombre no va follando por ahí con la mujer de su amigo! Pensar en ellos manoseándose en aquella covacha… y después, se viene a casa y hace el amor conmigo. Al día siguiente, unos dobles en el club con el viejo John. ¡Santo Dios!

Dos horas y media transcurrieron tortuosamente hasta que Gideon oyó abrirse la puerta principal y las chicas entraron parloteando.

—Cariño, estamos en casa —gritó Val.

Al momento entró en la alcoba y se encontró con Gideon sentado en la otomana junto al fuego, con una manta sobre las rodillas y la cabeza estallándole de rabia, cansancio y fiebre.

—No deberías estar fuera de la cama —le dijo Val.

—Cierra la puerta con llave —ordenó con voz ronca.

Val sonrió. A veces, cuanto más enfermo se sentía Gideon, más apasionado se mostraba. Su aspecto era terrible. Trataría de disuadirle. Se le acercó y tendió la mano para tocarle la frente. Él sacó la llave del motel del bolsillo de su bata y se la echó a los pies.

Val se la quedó mirando, luego se dejó caer en un sillón frente a él.

—Gracias a Dios que ha terminado —gimió—. Ha sido una verdadera pesadilla.

—Tú y tu viejo camarada Johnny habéis estado haciendo bang-bang. ¡Curioso! Johnny vino ayer a almorzar al estudio, conmigo. No me dijo ni media palabra de esto. Nos reímos de un par de furcias que había estado viendo. Ahora coge el teléfono y llámale. Invítale aquí esta noche, sin Cindy. Dile que no estoy en la ciudad y que le necesitas. No aceptes que te diga que no.

—¿No sería mejor que habláramos primero?

—No, señora —contestó Gideon mientras sacaba la mano de debajo de la manta y le apuntaba con la pistola—. Haz lo que te digo. A lo mejor estáis dispuestos a una pequeña representación en mi honor… si antes no le vuelo la cabeza.

Val intentó marcar, pero no pudo. El receptor cayó de su temblorosa mano.

—Déjalo de momento —ordenó Gideon— y empieza cuanto antes a hablar.

—¿Puedo beber un vaso de agua?

Val fue al cuarto de baño, con dificultad, y trató de recobrarse. La mitad del agua se le cayó encima y se atragantó al beber. Volvió y se sentó, con las manos plegadas, balanceándose en su angustia, con los ojos bajos.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. ¡Todo hasta la más condenada mínima cosa!

Trató de mirarle pero le resultó imposible.

—Quizá quieres saber dónde tenía la cabeza entonces, quizá no.

—Solo empieza a hablar.

—Estabas escribiendo *Barrio nocturno* y eras muy desgraciado. Seguías yendo solo a San Francisco, siempre que podías. No me querías contigo para que no estorbara tus andanzas.

—¡Nuestras hijas estaban en la escuela! —saltó Gideon.

—Mamá venía siempre a ocuparse de ellas, antes de eso. No me querías contigo.

—Era un trabajo demasiado sucio para ti, Blanca Nieves. No querías venir, así que no me vengas con cuentos.

—Está bien, pero me diste a entender que ibas a irte por ahí sin nosotras, tan pronto como pudieras… Israel… China… Siempre tratando de huir. Me sentía tan… indeseada. Y de pronto la visita al doctor Murray. No más niños, me dijo. Quería decir que no podíamos siquiera intentar un chico. Estaba muy deprimida y tú no estabas. De pronto me di cuenta de que lo de ir a la escuela de arte era solo una ilusión. Debía enfrentarme con el hecho de que no tenía talento. Así que me sentía sola, en baja forma y temerosa de perderte. Oh, cariño, deja que te tome la temperatura. Tienes un aspecto terrible.

—Sigue hablando.

—Te fuiste a San Francisco para el cuatro de julio y estábamos disgustadas. Te saltaste el cumpleaños de Penny.

—Así que la culpa es mía y de Penny.

—La culpa fue mía. ¡Mía! Tuve que mentirme a fin de poder hacerlo. ¡Tenía que justificarlo! Incluso imaginé que si te enterabas de lo de Johnny, te haría volver.

—¡Oh, Dios!

—Tú y yo…, nosotros…, habíamos estado hablando de intercambios. No, no es ninguna excusa. Si algo he aprendido de todo esto es que todos debemos aceptar la responsabilidad de nuestros actos. Pero yo necesitaba excusas porque había una especie de bilis que salía de mí y no podía detenerla. Así que me volví contra el único hombre ante el que quería justificarme por fallarle.

—¿Qué pasó?

—Johnny llegó una tarde en tu busca. Iba a empezar el rodaje de aquella película del Oeste para la «Fox» y quería que le ayudaras a solucionar una escena. Acababas de marcharte al aeropuerto y yo estaba realmente por los suelos. Me contó que todo estaba muy mal entre él y Cindy. Él… me dijo que no habían hecho el amor en casi tres meses… y esto lo empezó todo… yo estuve… más agresiva que él… ¡y lo hicimos!

—¿Dónde?

Val movió la cabeza.

—¿Dónde?

Señaló la cama.

—¿En nuestra cama?

—Sí…, dormimos juntos en nuestra cama.

—Quieres decir jodimos, ¿verdad?

—¡Sí! —gritó Val—. ¡Sí, jodimos!

—¡Le gustó frotarse la cara donde terminan las medias negras y empiezan tus blancos muslos! ¡Hundió la cara en tu gato!

—Basta, Gideon, deja de torturarte.

—Hemos visto a ese hijo de puta con el culo descubierto. Tiene un *shvantz* como un caballo. ¿Te gustó darle con la boca en su gran salami? ¿Le enjabonaste después en la ducha y le hiciste un trabajo de superlujo?

—Lo hice. Lo hicimos como lo hace la gente. Pero te juro por Dios que no recuerdo ni la mitad.

—Monsergas. Te tomó con prisas.

—Sí…

—¿Y seguisteis jodiendo en nuestra cama?

—No, solo esta vez.

—¿Cuántas veces, dónde?

—En su casa de la playa alguna vez. Y… tres…, cuatro veces, en el motel.

—Y te corriste, ¿verdad? Gritos, te debatiste, y sudaste y gemiste. ¡Tuviste un orgasmo tras otro! Disfrutaste cada minuto de ello, ¿no? Especialmente cuando le hiciste la escena. ¡La escena de meterte los dedos en tu gato y él se corrió encima de ti!

—No…, no me acuerdo. Te lo juro. Ninguno de nosotros sabíamos por qué volvíamos. Él…, es un buen amante. Pero, Gideon, él no era como tú. Nadie es como tú.

—Claro, tienes toda la razón, cariño. Pongamos que era un pésimo amante. Esto me hace sentirme mejor. Oh, fue horrible, un verdadero inútil.

—No lo hice para herirte. Estaba confusa, cariño, realmente confusa. A los pocos meses todo terminó. Ambos nos sentíamos… asqueados de nosotros mismos.

—Pero volvió a cenar en nuestra mesa. Todos fuimos a bañarnos juntos, ¿no es verdad? Maldita sea, cómo debisteis reíros a mis espaldas.

—Creíamos que era mejor que siguiéramos como si nada hubiera ocurrido. Y nada más ocurrió después de que lo dejamos. Solo la condenada mentira. Ha sido como un cáncer en mi alma, un cáncer que no dejaba de crecer.

—¡Mírate al espejo!

—No puedo.

—Verás a una zorra, a una puta, a una disoluta, un cerdo, la hez. La hija del Almirante y todo su cuento de protestante. La única cosa que lamentas es haber sido descubierta.

—A veces, juro que tú deseabas que fuera una prostituta. Cien veces jugamos a serlo. No es una excusa. Me confundí entre fantasía y realidad. Mira cariño, no es ninguna excusa. Puedo haber dicho mil veces no a los juegos que tú y yo jugábamos…, pero disfrutaba jugando contigo. Mi amor, mi amor, solo deseo vivir lo bastante para que vuelvas a confiar en mí. Yo te quiero…

—¿Qué me dices de Penny y Roxy? ¿También las quieres?

—Por favor, no. Te lo suplico. Por favor, basta.

—¿Qué vas a decirles cuando llegue el momento de explicarles que tienen que aprender a mantener las piernas cruzadas? ¿Vas a contarles lo amorosa que fuiste con su papá? Maldita puta, en busca de un goce rápido, lo mismo que los cerdos de las galerías de tiro. Déjame esnifar y te echaré un polvo.

—¡Mátame!

—¿Por qué no te calmas? Nuestras hijas te oirán.

Val se puso histérica, y pasado un tiempo apartó las manos de su cara. Estaba mojada por las lágrimas y sus ojos gritaban silenciosamente su dolor. Temblorosa, apretó los puños y volvió a sobreponerse.

—Les contaré que su madre es un ser humano y que los seres humanos cometen errores. Les diré que traten de no cometer errores como mujeres, porque en este juego no se da nada gratis. Les diré que si se equivocan, no podrán escaparse de pagar el precio. Les diré que su propia conciencia les volverá locas. Me odio, Gideon, me odio tanto como te quiero.

El rostro de Gideon se cubrió de sudor, parpadeó y dobló la cabeza:

—Lárgate. Recoge tus cosas y vete a casa de tu madre. Yo me ocuparé de las niñas.

—No pienso dejarlas. Si quieres que me vaya, buscaremos un sitio cercano, para que puedan terminar el curso.

Gideon recogió la pistola que seguía sobre sus rodillas y la echó encima de la mesa. Marcó el número del estudio.

—Buenas tardes. «Studios Pacific».

—Despacho de Gideon Zadok. Hola, Belle, Gideon al habla. ¿Cuál es el maldito nombre del hospital que hay cerca del estudio?

—¿Quiere decir «San José»? Oiga, suena terrible.

—Consígame una habitación particular y que el médico del estudio venga a verme más tarde. Traiga una máquina y todo lo que necesito para escribir allá. Después, venga a recogerme.

—¿Qué diablos está ocurriendo?

—¿Va a hacer de una vez lo que le mando?

—Déjeme hablar con Val.

—Limítese a hacer lo que le digo —y colgó.

—Oh, Dios, mi amor —exclamó Val—. Perdóname, Gideon, tienes que perdonarme.

—¡Una mierda te voy a perdonar!

PASO DE MITLA

31 de octubre de 1956
08.00 horas, día D más dos

El primer beso de luz del día empezó a disipar la oscuridad y las estrellas fueron apagándose. Empezaba la mañana con la rabia del soldado, se desperezaban, gemían, se agitaban por toda la cueva del León. Los paras hicieron su pis mañanero, se cepillaron los dientes, y echaron mano de sus raciones. La noche había sido bastante buena. Una patrulla egipcia había salido del Paso después de medianoche, en misión de tanteo, pero fue fácilmente rechazada. Noticias de los «Para 202» decían que el ataque a Nakhl ya había tenido lugar, o iba a empezar. No estaba claro. Las horas siguientes darían razón.

Se oía un bombardeo distante procedente del otro lado del Paso y del Canal. Alguien podía estar bombardeando los aeródromos egipcios.

—¿Así que nunca la perdonaste? —preguntó Shlomo a Gideon.

—No, ¿cómo iba a hacerlo? Yo había estado haciendo el burro por todas partes y ahora tenía una excusa. Si la hubiera perdonado, ella habría tenido que perdonarme a mí. Quería seguir haciendo lo que estaba haciendo: tirándome estarlets…, yéndome de parranda a casa de mi agente, en Malibú…, pandillas…, diversión y juegos. Nunca la perdoné, pero por lo mucho que sufrí, comprendí lo que la hice sufrir a ella. Daría cualquier cosa…, cualquier cosa, por decírselo ahora.

—¿Y Natasha?

—Creo que somos tal para cual. Estaba pagado de mí mismo. No había en el mundo una mujer de la que no pudiera apartarme. Tenía mi fortaleza en casa. Tenía una esposa culpable, bien clavada en el foso, y las murallas del castillo. Estaba a salvo… hasta que me enredé con Natasha… —Gideon miró al infinito mar de arena y rocas—. Venid, «Paras 202», ¿dónde estáis, bastardos? Venga, Zechariah, deja de entretenerte.

—Esto es lo peor que dos personas pueden hacerse —dijo Shlomo—. Si vivís juntos, tenéis hijos, compartís la misma cama, si queda un poquito de amor, no tienes derecho a negarle el perdón. No tienes derecho a hacérselo esperar.

—Cuéntamelo tú —rezongó Gideon sarcástico.

—Hay un algo diabólico en cada uno de nosotros —explicó Shlomo—, algo que debemos controlar. Cuando nos domina, nos volvemos abogados del diablo sobre la tierra.

—Sí…, lo sé y Val lo sabe.

—¿Confías en Val?

—Sí, aunque no del todo. No como antes.

—¿Confías en alguna mujer?

Una sonrisa súbita iluminó los ojos de Gideon. Había desaparecido la tristeza.

—Hay dos mujeres en mi vida…, sí…, confiaba absolutamente en ambas.

—Tu madre y…

—No, mi madre no. Una, Miss Abigail Winters, una maestra. Creía que algún día iba a ser un escritor. ¿La otra mujer? Molly, mi hermana. No hubiera sido nadie sin ella. Quiero a Molly. Cuando termine este libro, voy a traérmela a Israel y pasearla…

De repente fueron interrumpidos por media docena de reactores sobre el Paso. Shlomo descubrió la inconfundible cola doble de los «Vampiros».

—¡Egipcios! ¡A tierra!

MOLLY

1922

Mi madre, Leah, trabajaba en la fábrica de confección de los hermanos Ginzburg, lo mismo que tía Fanny. Todos nosotros vivíamos en la casa de Bubba Hannah, en Monroe Street. Zayde Moises también vivía allí, pero nadie le hacía caso.

Yo tenía cuatro años en la primavera de 1922 cuando mamá y tía Fanny hicieron huelga, y no lo recuerdo bien, pero en nuestra familia la huelga se discutió años y más años, así que puedo contar todos los detalles.

Las condiciones en la fábrica eran muy malas y la huelga fue larga y amarga. Justo cuando parecía que la huelga iba a ceder, dos organizadores del sindicato vinieron de Nueva York, procedentes de la Federación de Trabajadores Judíos. Uno de ellos Nathan Zadok iba a ser mi padrastro.

He oído cien veces la historia de cómo los organizadores del sindicato engañaron a la Policía de Baltimore haciendo que una carga montada atacara los piquetes de mujeres en la puerta de «Hermanos Ginzburg». Fueron golpeadas y doce de ellas, incluyendo mi madre, Leah, llevadas a la cárcel y condenadas a seis meses de reclusión por un juez falto de honradez.

Esto creó un buen incidente que explotar, porque esas mujeres fueron conocidas como las Doce de «Hermanos Ginzburg» y, eventualmente el sindicato ganó la huelga. Aunque mi madre pasó solamente diez días en la cárcel, pareció que le gustaba ser una mártir.

¡BIEN VENIDA al HOGAR, LEAH!, decía una pancarta sobre la entrada. Unas cien personas parecían llenar la casa. Toda la familia estaba allí, tío Jake y tío Lazar y todos mis primos, y tía Pearl, aunque su marido fuera miembro de la Policía.

Aquella noche, más tarde, cuando todo el mundo se había ido, Bubba calentó una jofaina de agua, añadió sales Epson, y la dejó en el suelo para que mamá pudiera meter los pies dentro.

Mamá me había besado mil veces aquel día, así que nunca se me olvidará. Me estaba trenzando el cabello cuando Bubba dijo que hablaran *yiddish* a fin de que la niña no entendiera. Pero, incluso a los cuatro años entendía muy bien el *yiddish* aunque simulaba no comprender. De este modo, podía conocer más secretos de la familia como por ejemplo lo mucho que Bubba odiaba a Zayde Moises.

—… estaba esa enorme carcelera, que te lleva a un cuartito y te manda quitarte toda la ropa delante de ella, hasta la última pieza. Te juro que no se había dado un baño en tres semanas —contaba mi madre—. En el pelo se le veían los huevitos de piojo.

Más tarde descubrí que cualquier mujer que no gustara a mi madre, tenía huevos de piojo en el pelo.

—No te preocupes, cariño —la consoló Bubba—. Cada cuesta arriba tiene su

cuesta abajo.

—Oh, pero disfrutaba con su trabajo, no sé si me entiendes. Me dio a entender que si le hacía algún favor, mi trato por su parte sería mejor. No podía apartar los ojos de mí. Me produjo carne de gallina.

—Siempre he dicho que el camino al infierno es tan malo como llegar allí.

—Nos enteramos de que el cuarto donde nos desnudábamos tenía un espejo doble, para que los policías pudieran observar. Así que me estuvieron mirando cuando no llevaba nada encima. No podrás creer lo humillada que me sentí. Una de las chicas, la italiana Teresa, tenía el período. Pero no les importó lo más mínimo.

—Bueno, cariño, come, hay que poner algo de carne en estos huesos.

—Comíamos un poco aquí, un poco allí, hasta que decidimos hacer la huelga de hambre. Había cagadas de rata encima de todo y las cucarachas eran del tamaño de perros. Fue casi un alivio hacer la huelga de hambre.

—Traté de llevarte comida —explicó Bubba—. Supliqué de rodillas. El sargento de Policía era un auténtico mal bicho. A lo mejor creyeron que había metido un arma dentro del pastel.

—Como ser humano —prosiguió mi madre— no reprocho a Dominick Abruzzi que trabaje con animales, pero Pearl, que Dios la ampare, debería deshacerse de él.

—Déjame decirte, cariño, que durante cinco días después de tu detención los periodistas de sucesos casi no dijeron nada. Se portaron tan mal como ese juez que os sentenció. Solo cuando resulta ser un escándalo nacional, lo ponen en primera plana. Para matar a cualquier madre.

—Gracias a Dios que estaba en la cárcel con las demás. Las otras no eran tan fuertes como yo. Francamente, yo fui su inspiración. Solo cuando me acordaba de Molly, cuando pensaba que jamás vería a mi preciosa niña, flaqueé.

Fui besada, abrazada y acariciada. Me gustaba.

—La tercera noche de la huelga de hambre empecé a tener visiones. Te juro, por Molly, tal como estoy aquí sentada, que oí, agárrate, las voces de Saul y de tío Hyman. Me sentía cada vez más débil.

Mamá comió y miró los periódicos. Protestó de que su foto en el pingajo de los Hearst no le hacía justicia.

—Descubrí algo en el negro horror de mi celda, una causa, una causa por la que supe que moriría si fuera necesario.

—Mira, no te metas en causas tan pronto —comentó Bubba—. Estás en plena juventud de la vida, Leah. Olvida todo esto. La vida es la vida. Recuérdalo siempre.

—Mamá, he conocido a Nathan Zadok. Fue él quien trajo al abogado que nos hizo liberar.

La reacción de Bubba no manifestó alegría:

—Leah, has pasado por una experiencia muy, muy dura. Mañana, la vida empieza de nuevo.

—Sí, cuánta razón tienes. Un comienzo nuevo y quizá, solo quizá, Nathan…

—Nathan Zadok es solo un charlatán. Toda mi vida he conocido a estos radicales. No es que vaya a decirte cásate con un Rothschild, pero una rata de sacristía es rica comparada con Nathan Zadok.

—¿Riqueza? ¿Qué es la riqueza? Este hombrecito, no lo creerás, habla quince lenguas distintas. Conoce a Tolstoi, Shakespeare, y lee a Jack London en ruso. Los comunistas van a hacer algo respecto de la lucha de clases, la pobreza, los linchamientos del Sur. Quieren hacer un mundo mejor para los niños como Molly.

Y otra vez me besaron y abrazaron.

—No te me vayas a tragar el anzuelo, cuerda y caña por ese charlatán —repitió Bubba.

—Te oigo, mamá, pero mi corazón no te oye. ¿Sabes?, Nathan me descubrió en el piquete y se enamoró de mi cogote.

—Ya, y esto demuestra que para mí es un estúpido. Leah, confío en que tu próximo matrimonio, sea el último, Dios lo quiera. Esos chicos que llegan de la vieja patria, son material de desecho. De sus bocas escapan, como espuma, las ideas radicales. No comprenden ni la mitad de lo que van diciendo. Nunca, nunca he visto a uno de esos *shmucks* riendo.

—Tengo tanto que aprender de Nathan…

—Lo que aprenderás es el interior de una covacha, con goteras en el techo y sin calor. Deja que aprendan a salvarse antes de que salven el mundo.

—Shakespeare…, Tolstoi…, Jack London…, y me enseñará lo que Marx y Lenin harán para el proletariado.

—Leah, siempre has sido una frágil florecita. Acabas de pasar por una terrible experiencia. Concédete tiempo para respirar.

—La Federación de Obreros Judíos está haciendo grandes planes para mí y para las otras de las Doce de «Hermanos Ginzburg».

—No son más que un puñado de corderos comunistas vestidos de lobos sirviéndose de la miseria de una obrera esclavizada para explotarlos. Solo una vez, por favor, ten sensatez. Nathan Zadok es un pobre bocazas *pisher* que jamás tendrá dos monedas de cinco centavos a la vez. ¿Y por dónde andaba hoy tu Don Héroe?

—En cosas importantes del Partido.

¿Adivinan quién llamó a la puerta? Nathan Zadok entró con algunos ejemplares del *Freiheit,* el periódico comunista en *yiddish*, con una primera plana llena de fotografías de la liberación de las Doce de «Hermanos Ginzburg».

Bubba recogió la palangana de agua caliente, la vació y empezó a pasar la bayeta en la cocina, que no necesitaba ser secada, mientras mamá daba de comer a Nathan. Comió como si acabara de salir de una huelga de hambre.

Al instante, Bubba y Nathan Zadok se enzarzaron en una discusión sobre Norteamérica.

—Déjeme que le hable de Norteamérica —dijo amargado—. Llego sin un céntimo. Mi tío Samuel que es propietario de cuatro grandes almacenes en Nueva

Inglaterra, no tuvo tiempo para mí. Dijo: «Te entrego América, Nathan, ahora tú ve y consíguela».

—Así es como empezamos todos aquí, sin nada —replicó Bubba—. ¿Querías ser millonario a la llegada?

Nathan contó cómo su familia le había soltado en Nueva York con unos pocos dólares en el bolsillo.

—Me odiaban porque, por mí mismo, estaba enterado del fracaso del sionismo en Palestina.

—No me hables en contra del sionismo bajo mi techo —amenazó Bubba.

Siguió hablando de una habitación que había tenido en Harlem con un casero mezquino.

—Todas las mañanas me levantaba a las cuatro y media. A esa hora el *Forward*, un periódico reaccionario, no mejor que Hearst, salía a la calle. Leía los anuncios de empleos y con la ayuda de gente que hablaba judío encontré los metros apropiados para llegar al distrito de las confecciones. Estábamos verdes, ¿qué podíamos hacer? La mitad de los anuncios eran para ir a desbaratar piquetes. La otra mitad, para un día de trabajo, en composturas, había que darle dos dólares de propina al capataz, así que terminamos haciendo trampa al «Automático H & H» para conseguir una taza de té y una rebanada de pan.

»¿En cuanto al resto del día? No había calefacción en el apartamento, así que nos reunimos en la Biblioteca de la Quinta Avenida para leer periódicos en *yiddish* y estar calientes. Al final de cada día terminaba poniendo páginas del *Forward* en la suela de mis zapatos, para cubrir los agujeros.

Durante el primer invierno de Nathan Zadok, siguió contándonos, consiguió trabajos de barrendero, en una cuadrilla que limpiaba la ciudad de nieve, como vigilante de una cuadra de la Policía montada, y también recogiendo estiércol de caballo con una pala.

—En primavera encontré un empleo permanente con Barney Bloom, el *goniff*, que confeccionaba abrigos. La mayoría de las prendas estaban subcontratadas a talleres familiares en el Bronx. Yo entregaba piezas cortadas y las recogía ya cosidas. Tenía que abrirme paso en el Metro, con dos cajas que pesaban unos veinte kilos cada una y andar después seis manzanas y subir cinco pisos con mis *shmattes*. Por once horas diarias, seis días a la semana, recibía la gloriosa suma de diez dólares. ¿Es esta su Norteamérica, señora Balaban? Yo le hablaré de Norteamérica… con sus linchamientos y Jim Crown y el KKK. Con bandas organizadas, estafadores, brutalidad policial, sindicatos atacados, con talleres de explotación, Prensa amarilla, barrios bajos, bribones y prisioneros políticos.

—Oh, Nathan —exclamó mamá—, es terrible.

—¿Qué esperabas, oro en las calles? —le interpeló Bubba—. Somos todos como los salmones que nadan contracorriente. Algunos llegan, otros no.

El resto de la historia de Nathan ya la sabíamos. Nathan se hizo comunista para

luchar contra los males de Norteamérica. La rama judía del Partido publicaba un pequeño periódico escrito en *yiddish*, llamado *Freiheit*, y le enviaron a Baltimore para formar una célula secreta y conseguir suscripciones para el *Freiheit*. También para que se infiltrara y se hiciera con el control del Sindicato de Trabajadores de la Confección.

Mi madre, Nathan Zadok y cuatro mujeres de las Doce de «Hermanos Ginzburg» fueron de gira de la victoria. Al principio querían dejarme en casa, pero alguien de Nueva York decidió que yo podía resultar útil.

Cada día íbamos a una ciudad diferente, por tren o autobús. Nos alojaban en las casas de los camaradas. Por las noches había reuniones en el Círculo de Trabajadores local, y yo era entonces una parte muy importante de la velada.

—¡Compañeros trabajadores! ¡Camaradas! —solía gritar Nathan Zadok—. Os anunciamos que no volveremos a aceptar la explotación por parte de la burguesía, como reses al matadero. ¡El movimiento sindicalista judío de Norteamérica se ha puesto en marcha!

Y entonces todo el mundo golpeaba el suelo con los pies y chillaba y se hacían colectas y la gente firmaba suscripciones a *Freiheit*. A veces, se pasaba miedo porque la Policía de paisano y los soplones trataban de conseguir nombres y direcciones y fotografías de los asistentes.

La Sociedad Coral Freiheit se desplegaba en el escenario y los amplios pechos de las mujeres se agitaban y las calvas de los hombres brillaban.

¡Schwab! ¡Schwab! ¡Charlie Schwab!
La vida es penosa si no robas,
desde los panaderos de tus molinos
a los mineros de las minas
en tus colinas.

Nunca supe en realidad quién era Charlie Schwab, excepto que explotaba a los obreros.

Presentaban a mamá y a las otras cuatro señoras de las Doce de «Hermanos Ginzburg» y el edificio se estremecía porque el ruido era atronador. Mamá subía a la plataforma de oradores y las luces disminuían su intensidad. Mamá recitaba entonces un poema que había compuesto en la cárcel:

No me encadenéis a una máquina,
soy de carne, soy real,
quiero ver a mi hijo jugando a la

luz del sol.

Por eso trabajo, sufro, sudo,
y saldremos y ascenderemos,
de esta cloaca de humillación
a un trono dorado,
donde solo las masas tienen derecho
¡a la inmortalidad!

Yo, la verdad, no lo entendía entonces, ni lo entiendo demasiado ahora, pero la gente lloraba y aplaudía y silbaba y mamá cruzaba los brazos sobre el pecho y se inclinaba.

Luego venían las donaciones.

—¡Tengo una donación de quince dólares del Sindicato de Peleteros, local 24!

Aplausos.

La noche más apoteósica fue en Detroit. Recogimos más de trescientos dólares.

Ahora llegaba mi turno. Aunque solo tenía cuatro años y no era lo bastante mayor para ser Joven Pionera, me vistieron con un uniforme de falda azul, blusa blanca y un pañuelo colorado, para desfilar con quince o veinte pioneros detrás de mí, cantando:

Volad alto,
más alto,
mucho más alto,
nuestro emblema es
la estrella soviética
con cada una de sus puntas
roja, rugiente,
¡defendiendo la URSS!

Cuando cesaban los aplausos, terminábamos nuestra canción:

Uno, dos, tres,
Pioneros somos,
Luchando por
La lucha obrera
Contra la burguesía,
¡HEY!

Y entonces levantábamos el puño según el saludo comunista. Mamá y las señoras de «Hermanos Ginzburg» pasaban al escenario y me levantaban en brazos ante el

público. La Sociedad Coral Freiheit se quedaba en el escenario y todo el público se ponía en pie.

LA INTERNACIONAL

Arriba pobres de la tierra
en pie los esclavos sin pan,
alcémonos todos al grito
Viva la Internacional.
Removamos todas las trabas
que oprimen al proletario,
cambiemos el mundo de base
hundiendo el imperio burgués.

Agrupémonos todos en la lucha final,
que se alcen los pueblos
por la Internacional.
Agrupémonos todos en la lucha final,
que se alcen los pueblos, con valor
por la Internacional.

El día que el triunfo alcancemos
ni esclavos ni dueños habrá,
los odios que al mundo envenenan
al punto se extinguirán.
El hombre del hombre es hermano
derechos iguales tendrán,
la tierra será el paraíso
la patria de la Humanidad.

Agrupémonos todos…

A veces la cantábamos en *yiddish*. Una vez en Boston la cantamos en italiano. Después pasamos a Cincinnati, o Chicago o Pittsburgo. Fue maravilloso.

La última parada de la gira fue en Hartford. Mamá y Nathan Zadok se casaron en casa de un rabino porque era domingo y no encontraron ni magistrado ni juez de paz que los casara. El director de la gira, el camarada Dworkin, estuvo presente en la ceremonia. Lo recuerdo muy bien porque tenía una cara redonda y fea y dos de sus dedos estaban siempre teñidos de nicotina, y siempre me pellizcaba la mejilla con aquella mano y olía mal. El camarada Dworkin no gustaba a nadie, pero no podían decirlo.

Más adelante descubrí que el camarada Dworkin era un espía del Comité Central

y Nathan se había metido en un buen lío. Nathan fue llamado a Nueva York acusado por el camarada Dworkin de diversos crímenes contra el Partido. El peor fue haberse casado sin permiso, y que le casara un rabino en una ceremonia religiosa.

Normalmente, debía haber sido echado del Partido, pero le concedieron un año de prueba, porque mamá todavía tenía cierto valor como miembro de las Doce de «Hermanos Ginzburg».

Se me dijo que llamara «papá» a Nathan Zadok aunque no fuera mi verdadero padre. Mi verdadero padre se llamaba Joseph Kramer y mamá me contó que había muerto en la guerra.

1924

Me habían prometido un hermanito o hermanita para mi sexto cumpleaños. Yo deseaba que fuera un hermano. El día de mi cumpleaños busqué por todas partes, incluso en la oscura bodega, que estaba llena de ratones y donde Zayde fabricaba vino de uvas «Concord». No pude encontrar a mi hermanito por ninguna parte. Cuando mamá y Bubba me encontraron estaba arrugada en un rincón, llorando.

—Bueno, ¿y qué le pasa a mi pequeña Molly? —preguntó Bubba.

—Me prometisteis un hermanito —sollocé.

—No llores, Molly —me tranquilizó mamá—. La cigüeña ha estado muy ocupada y se ha retrasado. Créeme, recibirás tu regalo —y la creí porque, en aquellos días, los niños de mi edad no sabían cómo nacen los niños. Pensé que tenía algo que ver con la palabra «embarazada» y la barriga de mamá, porque unas semanas más tarde nació mi hermano y la barriga de mamá había desaparecido.

Se me permitió sostenerlo y desde el momento en que le vi, le adoré porque era lo único del mundo que realmente me pertenecía.

Bubba me lo quitó de los brazos, lo alzó y declaró:

—Este niño es un genio.

Durante los primeros siete años en que mamá estuvo casada con Nathan, vivimos en siete ciudades diferentes. Las primeras cuatro fueron por orden del Partido, las otras cuando mamá se ponía inquieta, más o menos cada diez meses.

Siempre vivíamos en un tercero o cuarto piso y teníamos que subir a pie porque en los pocos lugares que tenían ascensor, estaba siempre estropeado. También recuerdo hacer maletas y coger trenes. Tan pronto como Gideon veía la maleta fuera del armario, empezaba a chillar. Años después, me contó que durante toda su vida soñaba que corría a coger un tren.

Los barrios de todas las ciudades eran prácticamente lo mismo, miseria de la Costa Este, con hileras de casas que estaban en ruina desde el día en que se

construyeron. La peor de ellas era la que inevitablemente alquilaba Nathan para la Federación de Obreros Judíos. Tenía unas oficinas, y un par de las habitaciones se utilizaban para dar clases de *yiddish*. La gran sala de reuniones se convertiría en un teatro *yiddish*. Ahí era donde la Sociedad Coral Freiheit ensayaba y representaba. Todo su énfasis ahora estaba dedicado a canciones sureñas, generalmente sobre linchamientos.

Nathan llegaba a la ciudad con una carta de la federación explicando que era el editor local del *Freiheit* y que su sueldo era de cuarenta dólares semanales. En realidad solo le pagaban veinte dólares, pero podía comprar muebles de recuperación, a plazos. Después los recuperarían de nosotros.

Gideon y yo siempre dormíamos juntos en una cama plegable en el salón, excepto en las noches en que la célula se reunía en sesión secreta, generalmente para discutir un plan de infiltración y hacerse con la dirección de un sindicato, o para desbaratar una reunión de socialistas rivales.

Íbamos vestidos de herencias. Los parientes eran generosos, pero las ropas eran o demasiado grandes o demasiado pequeñas. En algunas ciudades el carnicero, abacero o panadero eran miembros del Partido. Como contribución al movimiento, Nathan jamás recibía una factura.

En otras ciudades nuestro crédito en las tiendas de comestibles o la carnicería se cancelaba pronto. Mamá nos escribía una nota para el dueño y nos quedábamos mirándole como si estuviéramos realmente hambrientos.

Cuando las cosas se ponían desesperadas iba al barrio italiano, alemán o chino y tiraba una piel de plátano en el umbral de una tienda y representaba una caída monumental, chillando mientras caía:

«¡Dios mío, ojalá no pierda al niño!».

En aquel preciso momento, pasaba un abogado por casualidad y el tendero tenía que pagar diez dólares para evitar una denuncia. Mamá y el abogado se repartían el botín, cinco dólares cada uno.

Una vez Gideon tuvo un terrible dolor de muelas. Mamá no tenía dinero y en Akron no había ningún dentista comunista. Me dijo que fuera con Gideon y nos quedáramos en la sala de espera hasta que viniera a recogernos. Pasaron seis horas y mamá no aparecía. Por fin el dentista nos descubrió y nos mandó a casa con una nota sujeta por un alfiler en la ropa de Gideon amenazando con entregarnos a las autoridades de menores.

Nathan llegaba a una ciudad que tenía, digamos, seiscientos miembros en la Federación de Obreros Judíos y la mitad de ellos comunistas secretos. Reclutaba y vendía nuevas suscripciones al *Freiheit*. Pero tan pronto como iba reclutando, viejos miembros eran denunciados y expulsados. Cuando nos íbamos, un año después, seguía habiendo seiscientos miembros.

Una pequeña ventaja de ser el director de *Freiheit* era que Nathan tenía pases gratuitos para conciertos, ópera, sinfonía y acontecimientos deportivos. Regalaba

siempre los pases deportivos a compañeros italianos por su convencimiento de que eran juegos de gamberros. No iba nunca a los conciertos excepto si el artista era ruso. Temía que los artistas judíos no fueran aprobados por el Partido. Mamá nos llevaba a Gideon y a mí a todo, incluso cuando iba en pañales. Recuerdo haber subido tantas escaleras, como las había para ir a nuestra casa, para llegar al segundo piso de butacas y mirar desde allí al vacío en el fondo del cual estaba el escenario, pero la música y los actores eran magníficos y mi hermano y yo estábamos ensimismados. Mamá era siempre la primera cantante de la Sociedad Coral Freiheit y estaba segura de haber podido entrar en el coro de la «Metropolitan Opera» de no haber entregado su vida al movimiento.

Cuando Gideon estaba en segundo grado, podía cantar todas las melodías de todas las arias de diez óperas y también había memorizado todas las sinfonías de Beethoven y se pasaba horas delante del gramófono de cuerda de tío Lazar o de tío Dominick, imitando a los directores de orquesta.

Mamá creía también que Gideon era un genio de la música y lo mandó a Bert Weinstein a clase de piano. Bert era ciego pero un gran músico. Las lecciones no salían gratis. Costaban veinticinco centavos y Gideon tenía que andar treinta manzanas hasta el apartamento de Bert y treinta manzanas de vuelta. Bert necesitaba el dinero, pero al fin tuvo que decir a mamá que el genio de su hijo iba enfocado a otro campo.

—Bien, ¿pero toca muy mal? —preguntó mi madre furiosa.

—Cuando el chico se sienta a tocar *Para Elisa* querría que fueran mis oídos y no mis ojos, lo que he perdido.

Pero esto no impidió que Gideon siguiera amando la música toda su vida y estaba estupendo cantando a dúo con tío Dom.

El viejo Abruzzi les oyó cantar una vez y comentó:

—La voz de este muchacho puede matar a alguien…, mejor será que le encaminemos hacia la pesca.

Yo leía muy bien en voz alta, porque aspiraba ser una gran artista y todas las noches leía para Gideon. Libros como *Judíos sin dinero*, por Michael Gold, o representábamos todos los papeles de *¡Despierta y canta!*, de Clifford Odets y *Esperando a Lefty*. Cuando Gideon aprendió a leer, nunca tenía bastante y es cuando empezamos a pensar que quizá sería escritor.

Como ya he dicho, yo iba a ser actriz, y la Federación Obrera Judía solía tener un grupo *yiddish* de teatro en cada ciudad. Yo llegué a ser tan buena que Maurice Schwartz, el gran actor shakespeariano *yiddish*, vino a verme actuar para, posiblemente, recomendarme para una beca de estudios en Brooklyn.

Resultó ser un desastre. La obra era una versión comunista, infantil, en *yiddish*, de la revolución de Estados Unidos. En el último acto, George Washington hace un discurso de despedida a sus tropas y les pone en guardia contra el colonialismo, imperialismo, desviacionismo y cosmopolitismo. Entonces, George Washington dice

a todo el mundo que liberen a sus esclavos. Era un momento de gran emoción.

Lo único que ocurría con mis actuaciones es que, a veces, me entraba pánico. Después del discurso de despedida había una apoteosis final en el que yo montaba en un caballo de madera, arreglado para que galopara mediante una especie de máquina. Yo era Paul Revere, y mientras el caballo «galopaba» yo gritaba en *yiddish*: «¡Los casacas rojas, fascistas, se acercan!». Gideon era un tambor, encima también de la máquina, que corría con todas sus fuerzas para mantenerse a mi altura.

Bien, el director de escena jamás logró que la máquina funcionara. La noche en que Maurice Schwartz estaba sentado en primera fila, el circuito eléctrico se sobrecargó y fundió todos los plomos. La máquina paró de sopetón, pero Gideon y yo seguimos en movimiento y fuimos catapultados fuera del escenario como balas de cañón. Caímos encima de Mr. Schwartz y paramos todos en el suelo.

Mi carrera terminó mucho antes de empezar.

Pero todos los días de todas las semanas, Gideon fue abriendo puertas secretas mediante la lectura, y yo supe que algún día sería un verdadero escritor, porque estaba siempre pensando en historias.

Entre las primeras palabras que Gideon recordaba debían estar las que mamá decía: «Este no es un niño sano». Mamá guardaba seis libros de recortes llenos de artículos sobre síntomas, diagnósticos y tratamientos para todo, desde un simple resfriado a la más rara enfermedad tropical de la piel.

Como mamá estaba fuera de casa con frecuencia para asuntos del Partido, yo era la encargada de llevar a Gideon a las clínicas. Pasábamos horas interminables en las habitaciones cavernosas y desconchadas del hospital universitario y en clínicas benéficas. Gideon quedaba aprisionado entre un viejo en una silla de ruedas y un niño con hierros en las piernas, mientras yo llenaba los formularios necesarios para demostrar nuestra incapacidad de pagar. Pero a él no le importaba porque aquellas horas le permitían leer más y más novelas.

A veces íbamos con mamá, como en verano. Recuerdo sus letanías a los descarados internos que apenas se afeitaban:

—He estado con este niño en brazos toda la noche, suplicándole que respirara. Le basta con mirar a un chopo de Virginia, y empieza a jadear. Fue al campo contra mi deseo y volvió con un sarpullido, de la cabeza a los pies, del color de un bol de fresas. Su tío Hyman había tenido el peor ataque de urticaria que jamás hubieran visto en Johns Hopkins.

Mamá descubrió una clínica de especialistas en asma, fiebre del heno y problemas de sinusitis en Richmond, Virginia, y se convenció de que Gideon tenía que ser examinado allí. Le sacó al tío Lazar suficiente dinero para tener a Gideon dos semanas en Richmond para hacerle pruebas. Su espalda se cubrió de pequeños arañazos, a una pulgada de distancia, en los que frotaban polvo de hierba cana, o de grama o de una variedad de polvo. Si el arañazo se inflamaba, se había descubierto otra alergia.

Se hicieron más pruebas en sus brazos y piernas mediante inyecciones debajo de la piel, de otras materias alérgicas. Si una inyección reventaba o cambiaba de color, se había encontrado otro culpable. Toda su pobre espalda estaba cubierta de arañazos; solo verlo me hacía llorar.

Mi hermano resultó ser alérgico a la leche, al trigo, a la carne roja, al pescado, a los mariscos, huevos, mantequilla, la mayoría de los cereales, la mayoría de las frutas, helados, chocolate y gran parte del polvo que se encuentra en el aire, flores, todas las hierbas, casi todos los árboles, gatos, perros, periódicos, todo tipo de aceites y cacahuetes.

Podía comer tranquilamente nabos, ruibarbo estofado, y ciertas variedades de cebollas. Cada semana se le ponían inyecciones contra la alergia y gotas de proteína «Argirol» en la nariz, para limpieza de los sinus. Pasaba muchos días escolares en cama.

Uno pensaría que dada su habilidad con la lectura y demás era un buen estudiante, pero no lo era. La principal razón era que ni Gideon ni yo jamás terminamos un curso entero en una escuela sin mudarnos de barrio o de ciudad, hasta que nos trasladamos a Norfolk, Virginia.

Casi todos los domingos íbamos a la sala de conferencias de la Federación de Obreros Judíos local, o a una sala donde los comunistas estaban autorizados a hablar. Escuchábamos a una serie de conferenciantes forasteros y a veces gente importante del Partido como William Z. Foster y Earl Browder y la bienamada Ella Reeve, «Madre» Bloom, que siempre acababa de regresar de la Unión Soviética con otra resplandeciente comunicación.

Para nosotros, los domingos eran una tortura, siempre sentados en sillas plegables incómodas y duras, y tratando de entender los manifiestos de Marx y Lenin.

Podíamos buscar solaz a las horas mirando las grietas del techo o la repetición de un dibujo en el papel de la pared. Gideon aprendió a dormir con los ojos abiertos, una hazaña que jamás llegué a dominar. Esto por no decir que ser un Joven Pionero resultaba penoso. A veces toda la familia viajaba a Nueva York para una concentración gigante en el Madison Square Garden. Cuando veinte mil voces cantaban *La Internacional,* era un momento de gran emoción. Los camaradas lo hacían todo conjuntamente: conferencias, picnics, fiestas y servicio de piquetes. Lo mejor era el Primero de Mayo cuando todos los trabajadores del mundo desfilaban al unísono.

Perteneciendo al movimiento, debíamos tener cuidado con los camaradas que eran nuestros íntimos amigos, porque después de haberles conocido bien durante uno o dos años, de pronto se les acusaba de algo y los expulsaban. No podíamos seguir viéndonos con miembros que habían sido expulsados, ni siquiera reconocerles si nos cruzábamos en la calle. Así que ambos teníamos miedo a tener amigos.

El propio camarada Dworkin que había dirigido la gira de las Doce de «Hermanos Ginzburg» había pasado a ser un miembro muy temido del Comité Central. Pero

Dworkin despertó sospechas cuando estallaron los disturbios árabes en 1929 y, como editor del *Freiheit*, apoyó a los colonizadores judíos. Pero desde Moscú llegaron órdenes de cambiar de actitud y apoyar a los árabes. Por ello muchos judíos abandonaron el Partido.

Dworkin fue eventualmente expulsado cuando algo cedió en su interior a la muerte de su padre y cometió el pecado capital de ir a la sinagoga a sentarse a *shiva*. Ninguno de nosotros sintió realmente que se marchara, pero Nathan fue amonestado por ser «Dwolkinita» y recibió la degradación humillante de ser enviado a Norfolk, un puesto considerado poco mejor que una planta de reconversión de aguas inmundas.

El Partido le asignó doce tristes dólares a la semana, lo que significaba que tenía que buscar otro empleo. Uno de los camaradas, Harold Sugerman, trabajaba de empapelador y, por orden del Partido, tomó a Nathan de aprendiz.

—Os lo aseguro —gimoteaba Nathan— el trabajo de empapelador es peor que matar pollos, trabajar con carbón o partir piedras en Palestina.

Norfolk tenía casas nuevas que requerían trabajo de calidad. Sugerman subcontrataba para el peor tipo de dueños de chamizos, a los que se les daba una capa de pintura y papel nuevo para ocultar la podredumbre. A veces, después de cuarenta o cincuenta años y de una docena de capas de papel, la pared no podía aguantarlo más y había que rascar todo, a mano. Este trabajo le tocaba siempre a Nathan.

Si una vivienda estaba amueblada, había que moverlo todo y cubrirlo. Entonces venía el *shlep*, que era el trabajo de estibador. Arrastraba escaleras, caballetes, planchas, mesas de encolar, todo a un segundo o tercer piso. Al principio era incapaz de hacer que los dibujos del papel encajaran en las paredes y estropeó media docena de trabajos. A veces las paredes estaban demasiado torcidas. Otras veces la cola no aguantaba y todo el rollo le caía en la cabeza.

—Es siempre arriba, abajo, trescientas veces al día, luego llevarlo todo otra vez abajo y colocar los muebles donde estaban. Me están saliendo varices.

En invierno había poco trabajo, así que Nathan enseñaba *yiddish* a cincuenta centavos por cabeza, a la semana, y Leah cobraba unos pocos dólares como directora de la Sociedad Coral Freiheit.

En primavera Nathan marchó a una de las ciudades de «la quimera del oro», tales como Pittsburg, donde los empapeladores forasteros trabajaban siete días a la semana durante dos o tres meses para poder llenar la despensa para el invierno.

En nuestro segundo año en Norfolk, cuando Nathan se marchó a las ciudades del oro, mamá perdió de pronto interés en arrastrar a Gideon de clínica en clínica. Además de la escuela, yo mantenía la casa limpia, hacía el trabajo de cocina y me ocupaba de Gideon.

Ambos empezamos a notar las miradas de los camaradas a nuestras espaldas cuando entrábamos en una casa o en una sala de reunión. Parece ser que mamá se mostraba excesivamente amable con muchos de los camaradas. Recuerdo que, de

pronto, la Sociedad Coral Freiheit se llenó a rebosar de cantantes masculinos por primera vez.

Cuando Nathan se dejaba caer en casa algún fin de semana, él y mamá no dejaban de discutir.

—Te lo juro, un año más de este trabajo de empapelador y me volveré loco.

Mamá sufría siempre de alguna nueva y misteriosa enfermedad.

—Mi vejiga está hecha migas de tantas horas y tantos días de trabajo agotador en «Hermanos Ginzburg».

Entonces Nathan se volvía a Gideon.

—Mi hijo me avergüenza. Mira sus notas. ¡Qué es esto de participar en actividades de placer, reaccionarias! Béisbol, fútbol. ¡Es una vergüenza en un hijo del proletariado! ¿Y quién le dejó traer a casa un libro de Mark Twain?

A veces el único medio que teníamos de conseguir una tregua era que yo tuviera dolor de cabeza y Gideon un ataque de asma.

Pero mamá sabía reír y burlarse de sí misma. Mantenía nuestras ropas limpias y remendadas y compraba la mejor comida del día anterior que pudiera encontrarse y nunca nos perdimos un concierto, ópera, u obra teatral que viniera de Norfolk.

Aprendió a leer maravillosamente y nos introdujo al mundo de Ernest Hemingway y de Eugene O’Neil. Si otra cosa no, Gideon le debe su amor por la literatura y yo le debo mi amor por el teatro y la música.

NORFOLK-BALTIMORE

1935

Miss Abigail Winters no era una vulgar maestra de sexto grado. Los niños de la escuela preparatoria J. E. B. Stuart contenían el aliento y rezaban para que fuesen asignados a su clase. Miss Abigail no valía gran cosa físicamente. Era desgarbada, casi torpe, en sus movimientos y no se preocupaba gran cosa de su apariencia. Muchos hombres se sentían intimidados por ella, porque era alguien único, era una mujer que volaba, una aviadora, y esto provocaba siempre temor y respeto.

Su padre, Clarence, había sido un as de la guerra y su hermano Jeremy y ella, habían sido criados en una carlinga abierta por decirlo así. Miss Abigail hacía muchas otras cosas extraespeciales como tocar la guitarra y componer canciones. Sabía docenas de canciones en muchos idiomas. También era la que se encargaba del teatro en la escuela.

Se llevaba a sus alumnos al campo, o a las dunas de Spencer's Point, a las exhibiciones aéreas, o pasear por los marjales, cerca de los ríos, en los propios ríos, a fin de que pudieran explorar la vida de la flora y la fauna que escaparía a un ojo no entrenado.

No era ningún secreto que en el consejo escolar tenían los ojos puestos en ella para nombrarla ayudante de dirección tan pronto hubiera una vacante.

Había algo más, único, en Miss Abigail. Uno o dos de sus alumnos se llevaban todos los honores, cada año. Durante los primeros días del curso, se fijaba disimuladamente en sus alumnos hasta encontrar los que buscaba, y trabajaba duro con ellos en busca de honores, pero solo si ellos lo deseaban.

Gideon había sufrido un grave ataque de asma cuando empezó la escuela. Llegó a clase con muchos días de retraso y se deslizó a un asiento de la última fila… una dudosa distinción, ya que su nombre empezaba por Z.

—Creo ver a un chico nuevo —comentó la maestra—. ¿Te importa ponerte en pie y decirnos tu nombre?

Gideon se levantó:

—Gideon Zadok.

—Así que tú eres el que nos faltaba. En mi clase cambiamos el orden alfabético, así que las Z están delante. No tenemos muchas Z, así que te he guardado tu asiento, aquí, en la primera fila, por favor.

—¡Uff!

Se estableció un inmediato contacto ocular entre Gideon y su maestra, que sirvió para que ambos se dieran cuenta de que esta no iba a ser una relación ordinaria. Se expresó en palabras dos semanas después de entrar a formar parte de su clase. Miss Abigail terminó una deliciosa fiesta musical con un popurrí de melodías de Stephen Foster solicitadas por cierto número de alumnos.

Oigo las dulces voces llamando, «Old Black Joe».

Al quitarse la tira de seda que rodeaba su cuello y posar la guitarra sobre su pupitre, ella y Gideon intercambiaron una de sus rápidas miradas. Detectó una rabia inesperada en los ojos del chico. Duró una fracción de segundo y desapareció. Miss Abigail se contuvo y en el curso del día, pidió a Gideon que se quedara después de la clase para ayudarla a limpiar las pizarras y sacudir los borradores. Gideon sospechó que no iba a ser un encuentro casual y calló.

Una vez borradas las pizarras fue en busca de un cacharro de agua para dejarlas limpias, mientras ella corregía ejercicios.

—Siento curiosidad por una cosa, Gideon —le dijo. Vio envararse el cuerpo del muchacho y que apretaba los dientes—. No voy a morderte, relájate. —Le sonrió de una forma que le hizo también sonreír a él—. ¿Qué tienes en contra de Stephen Foster? —le preguntó.

—Yo…, yo…, nada.

—Son canciones deliciosas, ¿no te parece? Nunca he estado en un campamento, junto a la hoguera, en que no las cantaran.

—Supongo que serán bonitas, si usted lo dice.

—Entonces, ¿por qué no cantabas?

Gideon empezó a estornudar.

—Perdóneme. Es el polvo de la tiza.

—¡Oh, cuánto lo siento! No debí haberte pedido que limpiaras las pizarras.

—Se me pasará en seguida… Atchís.

—¿Es Stephen Foster el que te hace estornudar?

—No, señora.

—¿Por qué no te gusta, pues?

—Tampoco canto villancicos, Miss Abigail. Soy judío y no creo en Jesús. Hago como si modulara las palabras, pero en realidad no canto. Yo…, bueno, es que no me gusta lo que dice Stephen Foster.

—¿Cómo es eso?

—Pues porque da a entender como si a los negros les gustara ser esclavos y los trata como si fueran niños ignorantes, o perros lamiendo los pies de sus amos blancos. Ya sabe: «Amito en tierra, tierra fría y todos los negritos lloramos». Ya sabe.

—¿Qué?

—Que no querían ser esclavos. Nadie quiere ser esclavo.

—¿Conoces a gente de color?

Les conocía. Su papá se reunía a veces con ellos, y muchas veces había ido a escuchar a un orador comunista en las iglesias de los negros.

—No, señora —mintió Gideon—. No conozco a ningún negro.

Miss Abigail lo digirió, por un momento. Por fin le dijo:

—Estoy de acuerdo contigo, Gideon, pero me encuentro en una posición difícil. Cada escuela de Estados Unidos, o por supuesto cada escuela del Sur, canta a Stephen Foster. Aquí hay que hacerlo. La escuela lleva el nombre de un general Confederado. Debes comprender que estoy de acuerdo contigo, que quiero seguir siendo tu maestra de sexto grado y que tengo que hacer cosas que no siempre me gustan.

Gideon parpadeó y frunció el ceño. Ningún adulto le había dicho jamás nada tan serio y sincero. Molly era siempre sincera con él, pero aún no era del todo mayor, del todo adulta.

—¿Lo comprendes, Gideon?

—Creo que sí, Miss Abigail.

—Es un secreto que debemos compartir, porque podría acarrearme muchos problemas.

—Puede confiar en mí.

—Sé que puedo, por eso te he dicho la verdad.

Gideon no podía adivinar lo profundo de su secreto hasta que un extraño incidente se lo reveló todo.

Un camarada le recogió a él y a su padre, una noche, y les llevó en dirección sur para una reunión en la iglesia Bautista Afro-Sión, por encima de la línea fronteriza con Carolina del Norte. James Ford, el jefe comunista negro de la región, iba a hablarles. Era un acontecimiento especial y debía celebrarse en una iglesia de negros porque era el único lugar en donde el público no estaba segregado. James Ford se presentaba siempre por el partido comunista para vicepresidente. No conseguía muchos votos, porque en el Sur los negros no podían votar, pero de todos modos se presentaba.

Llegaron a la iglesia, que estaba abarrotada de granjeros negros y blancos procedentes de tan lejos como Raleigh y Newport News. Era una noche calurosa y sofocante cuando Gideon y su padre se acomodaron al fondo de la iglesia. Había corrido la voz de que James Ford llegaría con algo de retraso y el pastor hizo que toda la congregación cantara himnos. A Gideon le entró una racha de estornudos y salió fuera para respirar aire fresco y tomarse una píldora.

La iglesia se alzaba en medio de un robledal cerca de un cruce de las carreteras estatal y comarcal, y rodeado todo ello de granjas de aparceros. Al salir Gideon fuera, le siguieron los cánticos. La cosa se complicó porque muchos de ellos empezaron a ver a Jesús, y chillaban y se desmayaban.

Vio luz en la vivienda del pastor, detrás de la iglesia, y se dirigió allí en busca de agua para poder tragarse la píldora.

Se paró de repente al ver que un coche que venía por la carretera se desviaba y se encaminaba hacia un cobertizo junto a la casa pastoral. Gideon vio salir del coche a un soldado y a un hombretón. Le pareció que algo no estaba claro y se ocultó tras de

un árbol para observar. El conductor, aquel hombre enorme, era un camarada al que había visto en varias reuniones y que había estado en su propia casa en una ocasión. Se trataba de otro de aquellos misteriosos funcionarios del Partido del que nadie hablaba.

El soldado se quitó la ropa conservando solamente la ropa interior, y el camarada le alargó un bulto, que abrió; contenía ropa de paisano. Mientras el soldado se vestía, Gideon vio parpadear unos faros en el interior del cobertizo, y apareció un segundo coche.

El soldado, ahora con otra ropa, subió al coche, detrás, se echó en el suelo, y le cubrieron con una manta o una lona.

Hubo una breve conversación entre el camarada y el conductor del segundo vehículo. Fue entonces cuando Gideon pudo descubrir a Miss Abigail al volante. No podía dar crédito a sus ojos y se acercó un poco más. Era en efecto Abigail Winters, y se alejó carretera abajo con el soldado.

Gideon se calló durante varias semanas. Ni una palabra a nadie, ni siquiera a Molly, pero sintió que reventaría. ¿Cómo podía decir a Miss Abigail que la había visto? ¿O no debía?

A veces, los chicos se dejan los pupitres en desorden o cambian cosas de sitio y entonces ella les hacía quedarse después de la clase.

Gideon decidió dejar una historia que había escrito, en el suelo, junto a su pupitre. Y como era de esperar, la señora de la limpieza lo dejó sobre la mesa de la maestra y Miss Abigail pidió a Gideon que se quedara después de la clase.

—Creo que este es tu cuaderno de composición —le dijo una vez se vació la clase.

—Sí, señora, gracias. Creí que lo había perdido —ella le dirigió una curiosa mirada y él sonrió—. Creo que lo dejé para que lo encontrara —confesó—. Lo siento de verdad.

—Bueno, querías que lo leyera, ¿no es verdad?

—Me parece que sí. Bueno, sí, eso quería.

—Bien, la próxima vez, acércate y entrégame la historia y dime que me gustaría que lo leyera.

—¿Puedo hacerlo así?

—Claro que puedes. Tus historias son muy populares con la clase. Creo que los chicos desean que llueva. Tus cuentos han remplazado mis sesiones de canto.

Gideon se irguió y echó los hombros hacia atrás. Le hacía sentirse orgulloso.

—Cuando cuento una historia para la clase —explicó— procuro que sea infantil, príncipes y princesas para las niñas, e historias de béisbol para los chicos.

—Son muy divertidas.

—No están mal, Miss Abigail. Pero no son mis buenas historias. Esta es la razón

por la que he dejado la historia para que la leyera y no creyera que soy un escritor trivial.

—Santo Dios, criatura, pero si aún no tienes doce años.

—Claro, pero voy retrasado. Ahora he empezado a escribir en serio.

—¿Por qué deseas tanto ser escritor?

—Es un secreto.

—Pero ya tenemos un secreto.

—Pero esto no lo comparto ni siquiera con mi hermana.

—Está bien, como quieras.

Gideon miró al suelo y se metió las manos en los bolsillos; no obstante, recordó de pronto que a Miss Abigail no le gustaba que los chicos se metieran las manos en los bolsillos, así que las retiró al momento.

—Miss Abigail, quiero ser escritor porque los escritores saben cuándo una persona se siente sola. Quiero decir, cuando Molly me leía unos libros, esos escritores salían y me decían: Mira, Gideon, sabemos que te sientes solo y sabemos que te sientes pisoteado. Y me decían… yo te defenderé. Ya no estás solo.

—¿Lo sabes?

—Sí, señora.

—¿No crees que un escritor debería desarrollar una visión equilibrada de la vida? Los escritores deben saber cómo reír, cómo beber, cómo ser ridículos y un poco locos. Esto lleva tiempo.

—Sé que los escritores deben estar locos. Pero más que esto, deben mantenerse locos. Si las cosas no hacen que un escritor se vuelva loco, terminará escribiendo *Micifuf, Chapirón y Rabo de Algodón*.

—¿Por qué te enfadas, Gideon?

—Ya lo sabe.

—¿Te refieres a la situación de los negros?

—Lloro por ellos algunas noches. Les tratan mucho peor que a los judíos, y a veces se nos trata muy mal. No puedo entender por qué no se rebelan.

—Cuando las personas han sido reducidas a la esclavitud, tardan mucho tiempo en reunir la rabia que hace falta para rebelarse. Aceptan pasivamente su desgracia. Es mucho más fácil que prepararse un nudo corredizo. Quizá sus hijos se rebelarán.

—Pues esto es algo que voy a hacer como escritor, hacer que la gente se enfurezca. Voy a sacudirles.

La maestra se quedó mirando al chico un buen rato. Era tan pequeño, tan poca cosa en el gran esquema. Un billón o más de jovenzuelos habían hervido de rabia antes que él y jamás se volvió a oír hablar de ellos. Sin embargo, había algo en este niño. Ya estaba aceptando como suyo el dolor de los demás. Naturalmente, el artículo más barato del mundo era el genio truncado. Clamaba ser reconocido como a un ser humano único. ¿Qué clase de maldición sangrienta cargaba sobre sí? ¿Podía acaso el pobrecillo ayudarse a sí mismo? En sus diez años de maestra, había buscado, había

deseado encontrar esta chispa salvaje en alguno de sus alumnos. Dios Santo, lo había encontrado. Lo sabía. Había algo en la forma directa de mirarla a los ojos…, no, en aquel chiquillo había algo extraño, latente.

—Dime, Gideon, ¿quieres tener o quieres ser?

—Voy a ser —respondió sin vacilar.

Sopesó el cuaderno y le dijo:

—Es una historia muy buena. No creo que Hemingway la escribiera mejor.

Gideon apartó los ojos avergonzado.

—¿Usted, pues, ha leído *Adiós a las armas*?

—Sí, amigo, lo leí.

—Debí imaginarlo. Bueno, puede que utilizara algunas de sus ideas.

—No es malo hacerlo. Todos empezamos imitando a nuestro héroe y después, con el tiempo, empezamos a poner nuestro propio sello y estilo a las cosas. Hubo muchísimo Mozart en Beethoven hasta que Beethoven encontró su propia forma de expresarse.

—Me alegro que me lo dijera. Siempre tenía la impresión de que hacía trampa.

—Cuando cuentas tus historias en clase, he detectado mucho de Jack London así como de Eugene O’Neil.

—Para serle completamente sincero, Miss Abigail, he engañado a otros muchos maestros.

—Lo creo. ¿Por qué situaste esta historia en México?

—Mi hermana Molly y yo acabábamos de leer *Tortilla Flat*. John Steinbeck va a ser mi escritor favorito.

—No creo conocerlo.

—Es nuevo. Será el más grande de todos. *Tortilla Flat* trata de los mexicanos…, los chicanos de Monterrey. Caramba, hay que ver cómo los defiende.

—Mencionamos a Eugene O’Neil. ¿De verdad lo has leído?

—Sí, señora. Todo lo que ha escrito hasta ahora.

«¡Dios del Cielo —pensó—, Dios del Cielo!». Le devolvió el cuaderno, y preguntó:

—¿Tienes alguna más?

—Sí, señora, setenta y dos, exactamente. Hubiera debido adivinar que usted se daría cuenta de dónde sacaba los argumentos y los personajes.

—¡Eres terrible! —Y se echó a reír—. Está bien, ¿qué te parece si me escribes una obrita? Nada demasiado serio. Es para los niños. Una obra divertida. Y yo robaré alguna melodía de mis compositores favoritos, nada de Stephen Foster, y tú escribirás la letra y pienso que nuestro grupo de teatro querrá representarla.

Gideon se quedó con la boca abierta.

—¡Ohhh! —gritó y corrió hacia ella, le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla. Entonces, dándose cuenta de su atrevimiento, casi se desmayó del susto —. ¡Oh, perdóneme!

—Olvídalo, amigo.

Dio media vuelta para marcharse, pero regresó valientemente:

—Miss Abigail, fui a la reunión a oír a James Ford en la iglesia Afro-Sión de Carolina del Norte. Yo…, yo… la vi allí. Vi todo lo que pasó.

A su vez ella se asustó.

—El secreto está a salvo conmigo. Mi padre es un organizador del Partido.

—El joven que viste era un soldado que trabajaba en el Ejército reclutando a otros soldados para el Partido. Era tan bueno que se le organizó que pudiera irse a Moscú a estudiar. Esperamos hasta que un barco ruso llegara al puerto para que desertara.

—Le juro, Miss Abigail, que nunca se lo diré a nadie. Ni siquiera a Molly.

—Lo sé, Gideon.

El resultado del año escolar fue el más feliz que Gideon jamás conociera. No faltó por enfermedad ni un solo día. Quería tiempo para seguir porque, una vez terminara el semestre, dejaría la escuela «J. E. B. Stuart» para pasar a Enseñanza Media.

Con gran horror de Leah y enfado de Nathan, Gideon organizó un pequeño equipo de béisbol, él, el pequeño jugador que compensaba con su valor lo que le faltaba de tamaño y talento. A su lista de héroes escritores se añadieron dos héroes de béisbol, Jimmie Foxx y Lefty Grove.

Cuando Gideon volvía a casa hecho unos zorros, se sucedían las prohibiciones y reprimendas, pero él y Molly descubrieron que si plantaban cara conjuntamente a sus padres, tanto Leah como Nathan cedían sin chistar.

Molly había alcanzado la edad en que empezaba a interesarse por los chicos y ellos por ella, y planteó su derecho a salir con ellos.

Leah pasaba cada vez menos tiempo con Gideon. Lo único era algún que otro concierto o alguna visita al médico. Estaba inmersa en las actividades del Partido y en lo que hacía por la noche, después de los ensayos de la Sociedad Coral, cuando Nathan no estaba en la ciudad.

Nathan se ocupaba cada vez menos de la familia. Excepto cuando les llevaba a actividades del Partido, Nathan Zadok no tenía nada que ver ni con su hijo ni con su hijastra. Nunca pisaba un campo de deportes, ni un restaurante, cine, teatro, la playa, unos grandes almacenes o la escuela. Ni escuchaba ningún programa de radio, o daba una vuelta por la manzana, o iba a un parque de atracciones, o a un museo, o a pescar, o capturar cangrejos con una red o a ver un desfile, excepto el primero de mayo.

—Bien, ¿cuál es la gran sorpresa? —preguntó Nathan.

—Tu hijo…, tararí…, Gideon Zadok, de doce años…, ha ganado el premio Alice B. Merriweather para el mejor cuento escrito por un alumno de sexto grado, de todo Norfolk, distrito de Virginia. ¡Tarará…! Esta historia pasará a las finales del Estado.

Aquí tengo un cheque de diez dólares, como premio. —Y Molly acabó levantando al aire el cheque y el cuento.

—Yo lo guardaré —dijo Leah apoderándose del dinero.

—Oh, no es nada, amigos, no es nada —dijo Gideon—, solo un día más en la vida cotidiana de Gideon Zadok, muchacho norteamericano y futuro escritor famoso.

—Me parece maravilloso —comentó Leah—. Acércate, deja que mamá te dé un beso.

—Bien, familia, si os calláis —continuó Molly—, os leeré la historia ganadora, escrita por vuestro hijo y hermano respectivamente.

—Tengo una reunión importante con el comité proliberación de Tom Mooney —cortó Nathan, refiriéndose al mártir encarcelado—. Pero adelante de todos modos, llegaré un poco más tarde.

—Tom Mooney seguirá en la cárcel, mañana —observó Molly, indignada.

—¿Es muy larga la historia? —preguntó Leah—. Ya sabes, la Sociedad Coral…

—Se reúne los jueves —interrumpió Nathan— y hoy es miércoles.

—Algunos de los socios necesitan ensayos especiales —objetó Leah.

Nathan carraspeó.

Leah quería que su marido se diera cuenta de que no era feliz en su matrimonio y que habría que hacer algo al respecto. Había ido dejando notas comprometedoras por la casa, como excrementos de rata, para que fueran descubiertas. Nathan no picó el anzuelo. Se había acostumbrado a las comidas calientes y a las camisas planchadas y no quería arriesgarse a perderlas enfrentándose a los romances pequeñoburgueses de Leah. Además, un divorcio provocaría las iras del Comité Central. Y, Señor, sin su apoyo se quedaría sin recursos y tendría que irse a vivir con los camaradas.

Gideon parecía abrumado.

—Bueno…, ¿es muy larga? —insistió Leah.

—Solo son cinco páginas —le espetó Molly— y tardaremos menos de quince minutos.

Leah se inclinó y pellizcó la mejilla de Gideon.

—¡Para el niño de mamá!

—*Nu*, empieza ya —ordenó Nathan, impaciente.

Molly estaba molesta y leyó la historia demasiado de prisa. No obstante, era una sencilla y deliciosa fantasía de un niño que sueña con ser un gran atleta. El protagonista juega un complicado partido de fútbol mentalmente, dando a los jugadores los nombres de sus amigos y compañeros de clase. El protagonista se reserva para él, el papel de estrella que siempre marca tres o cuatro veces en el último momento para salvar el partido. Solo en el último párrafo se da cuenta el lector de que el juego es una fantasía y de que el niño es un inválido.

Molly terminó la lectura, como terminaba todas las historias de Gideon, llorando a lágrima viva. Lo mismo daba que fuera un cuento de humor, un asesinato misterioso, una tragedia o una historia del Oeste, Molly terminaba siempre llorando.

—¡Es tan bonita!

—Bueno, me voy a la Sociedad Coral —anunció Leah dando unas palmaditas en la cabeza de Gideon—. Pero no me sorprende nada. Desde el minuto en que naciste, tu *bubba* dijo que eras un genio.

—¡Espera! —exclamó Nathan saltando en pie de una forma que había visto hacerlo en cientos de reuniones—. Creo que esto merece una crítica literaria por parte del Comité de Arte soviético. En primer lugar… —Se encogió de hombros e hizo un gesto fútil—. Esta historia no puede pasar por el comité porque carece de significación social.

—El Consejo Escolar de Norfolk no exigió significación social para un concurso literario de sexto grado —protestó Molly furiosa.

—En este caso, ¿cómo puede esta historia servir de alivio a las masas? —Y a continuación Nathan informó a los pobres analfabetos que le rodeaban sobre sus credenciales literarias, en un número infinito de idiomas.

—Si yo estuviera hoy en la Unión Soviética, sería el editor de *Pravda*. ¿Cómo puedes sacar de tal juego una historia de valor imperecedero?

—No se trata de béisbol, papá, sino de fútbol —corrigió Gideon.

—¿Béisbol? ¿Fútbol? ¿Qué diferencia hay? Se juega en Norteamérica, no por idealismo, como en la Unión Soviética, sino por dinero. Ahora bien, si el niño hubiera sido un minero, inválido por culpa de las traicioneras condiciones del trabajo en la mina, esta hubiera sido una gran historia.

—Pero, papá, esta es la que tú habrías escrito. La que yo he escrito es la que he querido escribir.

—Exactamente. Será mejor que empieces a pensar en términos de proletariado, de lucha de clases. —Nathan cogió un ejemplar del *Freiheit* del día y siguió—: Deberías empezar a pensar en estos términos y así algún día escribirás para el *Freiheit*. Ellos y solamente ellos te dirán lo que puedes escribir y lo que no puedes escribir. Estas decisiones pueden venir solamente de tus líderes y créeme, saben cómo promocionar la carrera de un joven. No obstante, ¡será mejor que empieces a tomarte en serio el *yiddish*! Si no aprendes *yiddish*, el *Frehieit* no te publicará ni una sola palabra.

—¿Y por qué iba yo a escribir en *yiddish*? Soy norteamericano. El inglés es mi idioma.

El dedo de Nathan se disparó al cielo y lo agitó furiosamente. Ahora era presa de la ira, la buena ira:

—Que nunca jamás vuelva a oírte semejante barbaridad. ¿Qué es lo que quieres escribir? ¿Para Hearst? ¿Para la Prensa amarilla?

—Bueno, yo tengo que irme, cariñito —dijo Leah guardando el cheque en su bolso—. Es una historia muy bonita, diga lo que diga ese pájaro de mal agüero. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la ópera, señor Sabelotodo? Estos niños estarían culturalmente hambrientos sin su madre. Buenas noches. Oh, Molly, prepara a Gideon algo de la nevera. Hay queso americano y embutido, pero nada de manteca

de cacahuete, es alérgico.

Nathan no se apeó del burro una vez se fue su mujer:

—Algún día te darás cuenta de que con el *yiddish*, que es un idioma internacional, puedes expresar verdaderas emociones, no como en ese tosco inglés. El *yiddish*, fíjate bien, está siendo el idioma internacional más importante del mundo.

—Para inmigrantes —murmuró Gideon entre dientes.

—Es una vergüenza que un chico de doce años no pueda leer el *Freiheit*. Fíjate en J. J. Frumer, el poeta laureado en *yiddish*, ¡ahora es un escritor importante!

Cuando papá y mamá se hubieron marchado a sus respectivas reuniones, Molly consoló a su hermano.

—No comprendo por qué papá no puede comprender —dijo Gideon—. Creo que la mayoría de los chicos de mi edad juegan al béisbol y al fútbol de mentirijillas. Es divertido porque se puede hacer cualquier cosa con la imaginación. Creo sinceramente que muchos hombres mayores juegan partidos mentalmente, en los que siempre hay un superhéroe. Es el único modo de conseguir lo que no pueden hacer en la vida real. La fantasía es muy importante para un escritor.

—Entiendo perfectamente la historia, cariño —asintió Molly—. Tú sigue pensando en lo que piensan los demás. Eso te ayudará a ser un escritor.

—Ya soy un escritor —contestó, recogiendo su historia—. Solo que aún no soy famoso.

Danny Shapiro, que iba siendo el adorador fijo de Molly, llamó y entró con la sonrisa que llevaba siempre puesta cuando la miraba. Danny se fijó en su amargura. Molly le hizo un guiño, diciendo:

—Danny me prometió que te compraría un banana-split de chocolate si ganabas un premio en el concurso. ¿No es verdad, Danny?

Danny, que no era excesivamente generoso con el dinero, tragó. Luego movió la cabeza afirmativamente.

—Sí y soy un hombre que paga sus deudas. ¡Qué diablos! —se dijo. Veinte centavos le acercarían un paso más al corazón de Molly. Disimulando su dolor, entregó dos monedas a Gideon.

—Gracias de todos modos —murmuró este—. Soy alérgico al chocolate, bananas, avellanas, cerezas y crema batida.

El temido día había llegado. Se había acabado el curso. Gideon ayudó a Miss Abigail a recoger sus libros personales y vaciar su mesa. Esta se dirigió a la estantería que había detrás de su mesa y cogió media docena de libros.

—Estos deberían cubrir tus lecturas de verano —le dijo. Gideon sonrió—. ¿Qué más te propones hacer?

—Hay una pandilla de chicos con los que he empezado a moverme. Vamos a hacer muchas cosas. También me propongo escribir una comedia musical en tres

actos sobre la invasión de Etiopía por los fascistas.

—Me interesará verla. Antes de despedirnos tengo una pequeña sorpresa para ti. Me gustaría llevarte a volar conmigo.

—¡Qué bueno!

—Tráeme una nota de tus padres dándote permiso.

Se le cayó el alma a los pies. Su padre jamás le daría permiso. En cuanto a mamá, no le gustaba Miss Winters. Se habían conocido durante el curso. Leah se daba cuenta de lo mucho que la maestra había influido en su hijo.

—Huele muy mal —observó Leah después de su primer encuentro—. Sé que tiene piojos.

Leah incluso había discutido con un médico la posibilidad de que Gideon fuera alérgico a Miss Abigail y que tuviera que cambiar de clase.

Lo mismo ocurría con los amigos de Molly. La sugerencia de que una peligrosa y altamente contagiosa enfermedad social (aquella cuyo nombre no se menciona) seguiría inevitablemente a la segunda salida de Molly con el mismo muchacho.

—Es estupendo que me ofrezca un vuelo con usted, pero nunca me darán permiso.

Miss Abigail se mostró entristecida.

—¿Tienes idea de lo mucho que voy a echarte en falta, Gideon?

—También yo —murmuró con voz temblorosa.

—Entonces, al diablo con todo, volaremos. Hay algo que debo compartir contigo antes de separarnos.

—De acuerdo, señora.

Empezaba a caer la tarde cuando el tranvía de Granby Street se paró en el cementerio, cerca de Dead Man’s Corner, y Gideon se apeó. Respiró profundamente para reforzar su valor y caminó hacia la pista. Había un pequeño hangar y una pista de tierra apisonada, generalmente utilizada para demostraciones aéreas y competiciones. Al otro lado del campo Marina tenía una instalación.

Miss Abigail le recibió con un casco de cuero y gafas, una chaqueta forrada de piel y botas hasta las rodillas…

—Ven a conocer a mi padre y mi hermano.

El más viejo, Clarence, era su padre, el famoso as de la guerra. Vestía un mono de mecánico. Jeremy, el también famoso piloto de acrobacias del circuito sureño. Gideon, al ser presentado tenía una expresión de adoración.

Clarence alborotó el cabello de Gideon, exclamando:

—¿Conque eres tú el que me ha robado a mi hija?

—De verdad que no, señor Winters.

Clarence se volvió a su hijo:

—Jeremy, ¿funciona ya el maldito calentador de la carlinga?

—Lo he probado, y sí, papá.

—¿Y qué demonio era?

—Una mala conexión del cable.

—Maldita cosa. Niño, hay ropa de tu tamaño en la taquilla número veinte. La ropa que hay allí te sentará bien.

Mientras Gideon se vestía, Abigail, su padre y su hermano prepararon los planes de vuelo.

—Luna nueva. Arriba debería estar suave como la seda —dijo Clarence.

Los dos hombres apoyaron sus espaldas a las puertas del hangar y fueron recibidos por los brazos abiertos de la más maravillosa máquina voladora que pudiera soñarse. Quitaron las cuñas de las ruedas y cada uno detrás de un ala la empujaron a la pista. El aparato era un «Consolidat P-30», un caza de dos plazas.

El Ejército había probado cierto número de prototipos y hecho una serie de modificaciones, hasta que abandonó el aparato. Los aviones de prueba se vendían a anteriores pilotos como Clarence Winters. Nuevo, el aparato había costado a los contribuyentes la impresionante suma de cincuenta mil dólares.

Clarence, Jeremy y Abigail lo consiguieron por una miseria y trabajaban en él interminablemente. Lo bautizaron *Jenny* como la madre de Miss Abigail. *Jenny* era uno de los mejores «actores» del circuito sureño. Tenía de todo, un turbo-cargador que lo proyectaba a la tremenda velocidad de más de cuatrocientos kilómetros por hora, a más de seis mil metros.

Movieron el asiento del artillero de cola y lo situaron debajo de una ligera capota deslizante y añadieron una hélice de tres palas.

—Bien, ¿qué te parece, chico? —preguntó Clarence.

—Precioso —contestó con una voz que de pronto subió a falsete.

—Entonces, a volar, amigo.

Clarence se colocó en el ala y se inclinó hacia la carlinga posterior, que se había casi tragado a Gideon y le explicó los aparatos, la utilización de la máscara de oxígeno y a hablar por radio.

Gideon se agarró con fuerza cuando el aparato se deslizó por la pista. Vio de refilón a Clarence y Jeremy que les despedían. ¡Y se alzaron al aire! Después de una vuelta maravillosa por encima de Norfolk y de la gran flotilla de barcos de guerra fondeados, pudo ver el parque de atracciones de Ocean View y contar los coches que iban disparados por la montaña rusa y pudo incluso ver al que estaba sentado al pie del mástil. Volaron paralelamente a la playa por un momento, luego giraron en dirección al océano, se estabilizaron y ascendieron. Más arriba…, más arriba…, hasta el infinito y una capa de oscuridad envolvente.

—Gideon, ¿puedes oírme?

—Sí, señora.

—¿Todo bien por ahí?

—¡Maravilloso, Miss Abigail, maravilloso!

—¿Tienes miedo?

—No, señora.

—Está bien. Ponte la máscara de oxígeno. Vamos a subir. ¿Entendido?

—Sí.

Tiró de la palanca.

—Agárrate, amigo, vamos a la luna. —Más arriba y más de prisa, Miss Abigail llevó el aparato hasta que la costa y Norfolk no fueron sino juguetes diminutos. Dos grandes brazos de oscuridad les abrazaron. Gideon podía ver la parte posterior de la cabeza de Miss Abigail y su cabello agitándose fuera del casco de cuero. Cómo la adoraba al pensar que hacía todo aquello por él.

—¿Gideon?

—Sí, señora.

—Voy a cambiar el tono para que el motor haga menos ruido. Al hacerlo te parecerá que el motor chisporrotea, pero es normal. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Ya casi hemos llegado.

—¿Dónde?

—Al cielo.

Miss Abigail buscó la parte más oscura del cielo y situó a *Jenny* en una ruta circular y disminuyó la velocidad de modo que parecía deslizarse.

—Ahora. ¡Abre tu capota!

Con manos temblorosas, Gideon soltó los cierres y empujó la cubierta de vidrio hacia delante.

—¡Mira, hijo! ¡Mira!

Gideon, Miss Abigail y *Jenny* parecían ser un todo, jugueteando como un delfín entre trillones de luces que parpadeaban, resplandecían, atraían, y después un trillón más. Aquí y allí cuerpos y estrellas fugaces y cometas saltaban a su lado en lo que parecía escasa distancia, lanzaban un destello momentáneo, algunos tan blancos que le deslumbraban.

Y *Jenny* gira que te gira como un pequeño elfo saltando en una esplendorosa infinitud. Pero lo único que podían conseguir era una mirada, un atisbo. «¡Lléveme más arriba! ¿No podríamos quedarnos para siempre?», pensaba Gideon. Le parecía que podía salir del avión y saltar hacia delante y agarrar una cola llameante y no soltarse.

Pero nada dura siempre, especialmente un depósito de gasolina. Bueno, quizá podía grabar este momento en su memoria y revivirlo una y otra vez, aunque nada dura para siempre.

Cerró la capota y permaneció atontado mientras Miss Abigail ponía otra vez en marcha al pajarito y volvían a la tierra…, y a las concentraciones comunistas…, y a los fanáticos torturadores de judíos…, y a tratar de respirar cuando mamá lo apretaba entre sus brazos…, y papá haciendo trizas el periódico dominical que Molly había

traído a casa.

Cuando aterrizaron el campo estaba oscuro. Clarence y Jeremy se habían ido y Miss Abigail empujó el avión dentro del hangar. Gideon fue a las taquillas y se cambió de ropa y se reunió con ella en la pequeña oficina, donde había preparado chocolate caliente que le produjo oleadas de calor, pese a que era alérgico.

—¿Sabes por qué te llevé arriba? —le preguntó.

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza.

—Venga, dímelo.

—Me llevó arriba porque cree que soy uno de esos cometas. Porque…, porque…

—¿Por qué, Gideon?

—Porque quiere que sepa lo que es vivir allá arriba.

—Eres muy listo para escritor. Tendrás que ser muy duro para llegar. Y vas a tener que aguantar muchas penalidades.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo.

Volvió a llenarle la taza del cazo que tenía sobre la plancha caliente:

—Me voy a España con mi hermano para luchar con los republicanos.

Estuvieron un rato sin hablar.

—No voy a España como comunista. He dejado el Partido. Voy como americana. Verás, los españoles habían votado una democracia y los fascistas tratan de destruirla. Hay un fuerte partido comunista en España, en el Gobierno, pero esto no quiere decir que España se vuelva comunista. Quiere decir que tienen la oportunidad de conseguir una democracia, con los comunistas como uno de los partidos. Los franceses y los ingleses tienen miedo de que los comunistas se hagan con el poder si gana la democracia. Así que actúan de neutrales, y esto significa que han dejado las puertas abiertas para que Hitler y Mussolini ayuden a los fascistas.

—Lo comprendo —dijo Gideon.

—Si Franco y los fascistas ganan en España, puede que esto conduzca a otra guerra mundial. Una guerra en la que tú probablemente tendrás que luchar. Tenemos que impedirlo ahora. Esto debe ser otro de nuestros secretos, Gideon, pero tengo que ir. Te escribiré tan pronto pueda.

El chico sacudió la cabeza.

—Voy a llevarte a casa —le dijo.

—No, señora. Me gustaría caminar un rato. Miss Abigail, me acordaré siempre del sexto grado, y cuando escriba algo que valga la pena publicar se lo dedicaré a usted.

—Gideon… Gideon…

—La quiero, Miss Abigail —gritó el niño y se apartó corriendo del cobertizo.

Molly se encontraba, sobre todo, con un amigo, Danny Shapiro. Danny trabajaba con su padre en una tienda de comestibles. Era una pequeña tienda de barrio con viejo pavimento de madera, y depósitos de alubias y de café, y un molinillo para el café que te extasiaba con su aroma y sacos de arpillera llenos de harina y azúcar y un palo muy largo con una pinza en el extremo para coger las latas de los últimos estantes y una gran jarra de cristal llena de caramelos de a centavo.

Irv Shapiro, el padre de Danny, no sabía decir no a un vecino sin trabajo, o en apuros. Se ganaba la vida, pero difícilmente. Siempre decía que si cobrara todos sus préstamos podría comprarse la cadena entera de alimentación «A & P».

Aunque Molly era el refugio de Gideon, especialmente después de la marcha de Miss Abigail, el niño sabía que su hermana tenía derecho a su propia vida. No solo Danny no era ninguna amenaza sino que Gideon lo miraba como a un hermano mayor. Siempre podía hacer que Danny le sacudiera unas monedas y mandarle a la heladería para que Danny pudiera cortejar a su hermana en el balancín del porche.

Danny, además, podía utilizar el coche familiar, un «Essex» y dejar que Gideon les acompañara a un picnic, a la playa o al cine. A veces Gideon y Danny se iban juntos a un partido de pelota lo que molestaba a Molly, pero no le interesaba demasiado el deporte y además le gustaba la amistad entre su hermano y su novio.

Molly encontró un empleo de verano como vendedora en «Kress», la tienda de cinco-y-medio, y con lo que ganaba se compró una radio. Les alegró enormemente la vida. Los domingos por la noche había «El programa de Jack Benny» y era como si media Norteamérica estuviera escuchando. Había otros grandes programas como «El show de Fred Allen» y «El mayor Bowes», la original «Hora del amateur» y «La sombra», «El teatro estrella de Texaco».

Gideon seleccionaba y estudiaba la buena literatura, especialmente los dramas radiofónicos de Arch Oboler, Norman Corwin y Orson Welles, y las adaptaciones de las grandes obras. Había transmisiones del «Metropolitan Opera» y de Toscanini dirigiendo la sinfónica de «NBC».

Nathan se había negado a comprar una radio porque los programas o eran burgueses-triviales o propaganda reaccionaria.

—Ese Gabriel Heatter es un fascista con sus cochinas noticias.

Cuando Molly trajo a casa la «Atwater-Kent», de sobremesa, Nathan comprendió que no podría deshacerse de ella. Estaba colocada en la cocina que era a la vez cuarto de estar. Si cazaban a Nathan escuchando, se encogía asqueado y salía de la habitación, o se colocaba entre la radio y la familia, abría su *Freiheit* y leía para sí en voz alta haciendo tanto ruido con las páginas que nadie podía oír nada. Nada parecía interesarle excepto el Partido. Las reglas de vida, duras y precisas, establecidas por el Comité Central era lo que contaba, y no había nada más para él.

Incluso Leah, con todas sus idas y venidas, se deshacía en lágrimas con los

seriales, Bess Johnson en «La casa de la colina» y «Huérfanos del divorcio», que reflejaban las penas diarias de gente corriente con la que se identificaba.

La vida entre Leah y Nathan era una pesadilla. Sus discusiones terminaban rápidamente en desafíos verbales llenos de alaridos y violencia. A Nathan se le hinchaban las venas de la frente a punto de reventar y Leah, últimamente, se golpeaba la cara con los puños. En otras ocasiones, abría la ventana delantera y gritaba sus penas a todo el vecindario, amenazando constantemente con su suicidio. La Policía conocía bien el lugar.

—¡Voy a tirarme por la ventana! —gritaba. Nathan abría entonces la ventana y se hacía a un lado. Leah, invariablemente, se «desmayaba» y permanecía «inconsciente» hasta que era la hora de resucitar y de arrastrarse, valientemente, a una reunión.

Gideon era ya un miembro aceptado de la pandilla del barrio, aunque su padre y su madre fueran tenidos por chalados. Él no solo les contaba historias divertidas sino que se había vuelto muy hábil con el guante como base primero. Era uno de los buenos aunque fuera judío.

Había un garaje en la trasera del piso pero lo único que contenía era un montón de muebles viejos y de trastos inútiles. Había un pequeño altillo y él se escondía allí para leer y escribir historias. Solamente Molly y algunos íntimos conocían su estudio secreto. Su mayor alegría era corresponder con Miss Abigail.

Base Aérea de Getafe Madrid
3 de agosto de 1936

Mi querido amigo Gideon:

Por fin Jeremy y yo llegamos a España. Para venir hemos tenido que soportar una ruta muy difícil desde Francia y a través de los Pirineos. Te lo contaré más adelante. Se necesitan, desesperadamente, aviadores y se nos asignó inmediatamente al Escuadrón Internacional Malraux. Mi avión es un «Boeing P-12», un pájaro viejo, pero que hace lo que le pido. Luchamos contra los italianos y los alemanes de la Legión Cóndor nazi, que vuelan en los últimos «Fiat» y «Messerschmitt». Los Cóndor no estaban mal mientras no tuvieron verdadera oposición, pero en nuestras tres salidas les dimos lecciones de vuelo. Jeremy ha derribado a su primer enemigo…

Norfolk
11 de octubre de 1936

Querida Miss Abigail:

… En casa se está mascando una crisis. Voy a cumplir trece años, que es cuando los chicos judíos reciben la confirmación en una ceremonia llamada bar mitzvah*. Mi abuela y mi abuelo me atosigan para que me confirmen y*

quieren que vaya a Baltimore el próximo verano y que me instruyan. Pero mi padre dice que nunca me perdonará y que además se pondría a mal con el Partido…

Base Aérea de Getafe Madrid
5 de noviembre de 1936

Queridísimo amigo Gideon:

… Debes saber que aunque ya no sea miembro del Partido Comunista, creo, firmemente, en lo que estamos haciendo aquí, en España. Cuando me hice comunista creí sinceramente que podía cambiar alguna de las injusticias de Norteamérica. Pero más tarde observé a los comunistas devorándose mutuamente y con brutalidad. Y mientras predicaban que habían creado la auténtica democracia en Rusia se mostraban como la organización menos democrática del planeta. Ciertamente no eran la respuesta para Norteamérica.

Me he acostumbrado a querer a Roosevelt y comprendo ahora que una verdadera democracia no tiene una respuesta patentada para cada cosa mala de la sociedad. Ni podemos ni debemos temer a nuestros vecinos, a nuestra patria, ni a nosotros mismos como hacen los comunistas, a fin de existir.

Estoy en España para luchar contra Hitler y el fascismo italiano. Quiera Dios que los americanos lo entiendan mejor.

Si realmente quieres ser escritor, debes tener libertad. Los escritores comunistas que he seguido o han abandonado el Partido, en protesta, o se han transformado en máquinas copiadoras y en agrios embusteros automáticos. Los escritores no pueden florecer en una atmósfera de tiranía. ¡Libérate, Gideon… Libérate!

Norfolk
25 de enero de 1937

Querida Miss Abigail:

Mi familia está realmente sacudida por las purgas de la Unión Soviética. Millares de intelectuales judíos, doctores, artistas y políticos han sido juzgados y exiliados o muertos. Muchos miembros judíos del Partido lo han dejado. Mi padre no permite que se hable del tema en casa, pero mi madre y Molly lo están pensando.

Después de cuatro años de oír decirme que odiara a Roosevelt, el Partido dice ahora que le apoyemos. Lo hacen así en muchas cosas, dicen una cosa un día, y lo contrario al siguiente…

Base Aérea de Getafe
15 de marzo de 1937

Mi querido amigo Gideon:

Recientemente, hemos librado dos grandes batallas en el Jarama y en Guadalajara y es difícil decir quién ha ganado. Como sabes, Madrid está sitiado casi desde el primer día de la guerra y sigue aún sitiado, solo que ahora la artillería fascista alcanza la ciudad y es una pena ver magníficos edificios, centenarios, cómo se vienen abajo. Todavía es peor ver la falta de comida por culpa del bloqueo. Ojalá las democracias terminaran con su terrible boicot. Están ayudando a estrangular a muerte a otra democracia.

Nuestras cinco brigadas internacionales cuentan ahora con más de treinta y cinco mil voluntarios, de todas partes del mundo, y mantienen unida la república mientras crean un ejército español.

Puedes sentirte orgulloso de nuestro «Batallón Abraham Lincoln». Han luchado bien en todos los frentes aunque han sufrido terribles pérdidas…

Norfolk
12 de junio de 1937

Querida Miss Abigail:

Acabo de leer un libro nuevo de John Steinbeck. Se llama Dudosa batalla *y me hace pensar en su lucha en España. Va a ser realmente el mayor escritor de nuestros tiempos…*

Debe recordar a los muchachos del Orfanato Local. ¿Recuerda lo mucho que peleaban en la escuela J. E. B. Stuart? Pues mi equipo jugó al béisbol con ellos y les ganamos. Yo acerté un single y un doble y robé dos bases. Después fuimos a visitarles. Me enteré de que pelean tanto porque tienen miedo. Tienen tanto miedo como yo de las cosas. Escribí una obra de teatro para ellos y salió muy bien. Ahora soy como uno de ellos…

Base Aérea de Getafe
Madrid

Mi querido amigo Gideon:

Debo decirte con la mayor tristeza que mi adorado hermano Jeremy fue derribado…

Todas las noches, desde su muerte, sueño no solo en él sino en los muchachos que he derribado yo, que he perseguido y bombardeado. Comprendo que son nazis y fascistas pero no puedo arrancarme de la mente el dolor de sus familias, porque veo el dolor de la mía. ¿Qué podían haber

llegado a ser estos jóvenes? He matado a un escritor, a un artista. ¿Cuántos magníficos muchachos yacen ahora bajo tierra española…?

Oh, Gideon, mi querido Gideon, quiero volver a casa, pero sigo enfurecida con lo que han hecho a este hermoso país… Si solamente supiera que tú no tendrás que luchar en una guerra, merecería la pena todo lo pasado.

Norfolk
10 de agosto de 1937

Querida Miss Abigail:

Veo a sus padres siempre que puedo. Aguantan muy bien, pero desean que vuelva a casa. Yo también. Ya ha hecho bastante, más que bastante…

Base Aérea de Getafe Madrid
20 de octubre de 1937

Gideon, ¡HE CONOCIDO A ERNEST HEMINGWAY! Ya sabes, soy una curiosidad, por el hecho de ser aviadora y fui a Madrid para que él escribiera sobre mí y nos estamos haciendo compañeros de copas.

Tiene una habitación en el «Hotel Florida», como la mayoría de los periodistas. Todo el territorio republicano está medio muerto de hambre. Hace meses que nadie ha visto carne fresca. Bueno, Hemingway estaba en el quinto piso del hotel (los dos últimos pisos se los llevó la artillería). Me hizo pasar y allí, colgado junto a la ventana había un trozo de ternera.

Hace los reportajes de guerra con mapas, gemelos, pistolas, brújulas, botas claveteadas y cantimploras llenas de whisky escocés. La primera línea está solamente a unos veinte minutos en taxi desde Madrid, así que quiso que viera lo que parecía la guerra desde el suelo… «Papá» empezó como neutral, pero se ha pasado a los leales. Para tan gran escritor, es raro el pánico que tiene a verse involucrado políticamente…

¿Recuerdas cómo discutimos su personalidad? Tiene un terrible problema de virilidad. Tiene una amiga siempre dispuesta y sus escapadas son notorias. Intentó ligar conmigo pero le dije que estaba desesperadamente enamorada de un joven de trece años y que tenía la intención de serle fiel.

El problema con «Papá» es, a mi entender, que tan pronto hay otra persona ante él se ve obligado a fanfarronear. Ha creado una imagen que le hace, a veces, como persona, parecer más importante que sus escritos. Todos a su alrededor le sirven, incluso acaban hablando hemingwayés. Creo que en lo más profundo de sí, es un hombre muy inseguro que tenía que crear una versión pública de sí mismo para cubrir deliberadamente todos sus temores.

Algún día «Papá» tendrá que contemplarse en el espejo y se dará cuenta de que no es tan grande como se ha imaginado. Cuando vea que no puede estar a la altura de esa imagen que ha creado, va a pasarlo muy mal.

Pero verle trabajar es pura belleza. No deja que nadie ni nada se cruce en su camino cuando anda tras su historia. Salta por encima de burócratas y burocracias y es arrogante y siempre *tiene razón (en su opinión). Te cuento todo esto porque a lo mejor tendrás que hacer lo mismo para llegar a ser un gran novelista.*

Cuando le conté acerca del cuento que habías escrito sirviéndote del argumento de Adiós a las armas *y situándolo en México, se retorció de risa y escribió esta nota que te incluyo…*

Querido Gideon Zadok:

Abigail Winters me dice que vas a ser un gran escritor. Has empezado bien, robándome el argumento. Algún día te contaré la cantidad de argumentos que he «pedido prestados». Recuerda, muchacho, roba solamente al mejor.

Una novela requiere el valor de un corredor de maratón, y mientras tengas que correr, procura ser ganador del maratón. Decisión y una fe ciega en ti mismo, no te vendrán mal. Todos los canallas del mundo se burlarán y criticarán porque son incapaces de abrocharse, solos, la bragueta. Al infierno con ellos, especialmente los críticos. Manténte firme, hijo, por mucho que te sacudan y te maltraten. Confío en enterarme algún día de tu éxito.

Tu amigo,

«PAPÁ» HEMINGWAY

Gideon entró en la cocina, tiró sus libros sobre el hule que cubría la mesa y buscó en la nevera. Estaba casi vacía, como solía estar. Algunos paquetes de carne para sandwich parecían poco apetitosos. Había la habitual nota de Leah pinchada en el tablero de avisos. Decía que mamá había tenido que salir a sus cosas y que por la noche no volvería. Molly le prepararía un bocadillo de huevo revuelto picante. También había una manzana. Mamá le quería mucho.

Leah se volvía cada vez más atrevida en sus escarceos. Gideon se encogió de hombros y se disponía a atacar sus deberes cuando, al levantar la mirada, vio a Molly en la puerta. Tenía un aspecto realmente terrible.

—Hola —dijo Gideon—. ¿Qué tienes? ¿Estás enferma?

—¿Has visto algún periódico o has escuchado la radio hoy?

—No.

—Pues, prepárate Gideon.

—Pero ¿qué pasa?

Molly dejó el *Ledger Dispatch* de la tarde sobre la mesa, se cubrió la cara con las

manos y rompió a llorar. Gideon miró los titulares.

AVIADORA DE NORFOLK MUERTA EN ESPAÑA

Abigail Winters, hija del as de la aviación de la Primera Guerra Mundial, derribada en combate.

La muerte de Abigail Winters fue la más trágica y dura experiencia en la vida del joven Gideon. Durante unos días se quedó presa de estupor, sin casi comer, sin casi dormir. Pasó horas interminables en el altillo del garaje que hacía las veces de «estudio». Luego vino la traca final cuando se enteró de que su madre iba a llevárselo de Norfolk. Se negó a abandonar el altillo, pasando los días y la mitad de las noches enroscado en un rincón, mirando sin ver.

Molly le visitaba con frecuencia, virtualmente forzándole a comer, exigiéndole que le dijera una o dos palabras.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntaba.

—No.

—Mamá tomó probablemente la decisión de irse a Baltimore hace mucho tiempo. Estaba simplemente esperando la oportunidad de que papá estuviera fuera de la ciudad. He hecho cuanto he podido, pero no puedo hacer que cambie de idea.

Y Gideon estalló de pronto:

—¡No quiero irme de Norfolk! Todos mis amigos están aquí. Acaban de nombrarme capitán del equipo de béisbol. He sumado más de trescientos. Un tío quiso empezar una pelea conmigo y cuatro de los chicos del «Hogar Turney» se le echaron encima. Estoy escribiendo otra obra para ellos. El papá de Abigail me ha llevado a volar con él y va a enseñarme. Me trata como si fuera su propio hijo, y me necesita de verdad.

—Gideon, cariño, no va a ser tan malo como crees. Tienes una docena de primos estupendos más o menos de tu edad y sabes cómo te quieren el tío Lazar y el tío Dominick.

—No quiero ir a vivir a esa casa de Monroe Street. Tiene ratones por todas partes, y los patios de todas las escuelas son de cemento.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Molly.

—No llores, Molly.

—No sabes cuánto siento no ir contigo para ocuparme de ti —sollozó Molly—, pero Bubba te quiere mucho…

—Claro…, claro…

—Cariño, tengo diecinueve años. Hace año y medio que debía haberme graduado. Cada vez que nos mudábamos, perdía un curso. He recuperado algunos, pero si voy a Baltimore volveré a retrasarme. Me quedaré aquí en Norfolk para poder graduarme con mi clase. Tan pronto como termine la escuela podré encontrar un trabajo decente y mandar a buscarte o ir contigo.

Gideon hundió las manos en los bolsillos y apretó los dientes.

—¿Te parece bien? Dime que está bien.

—Te comprendo, claro. De verdad. Lo contrario sería ser muy egoísta.

Molly apoyó las manos en los hombros de Gideon y le miró con una media sonrisa.

—¡Eh, ojitos azules!

Gideon se irguió y sacó fuerzas de flaqueza:

—Dios hace sufrir siempre a los escritores. Dios siempre te pone a prueba para ver si lo encajamos. *Quiere* escritores duros.

—Gideon, tengo algo más que decirte. Mírame. Danny y yo llevamos tres meses casados en secreto. Ni siquiera mamá lo sabe. Los dos te queremos mucho, mucho. Danny te quiere con nosotros tanto como yo.

—Yo también quiero a Danny. Me alegro que estéis juntos.

—¡Oh, Gideon! Abrázame tan fuerte como puedas.

El encargado negro llamó a la puerta del camarote. Leah se puso la bata y abrió.

—Su té y tostadas, señora, llegaremos a Baltimore dentro de una hora.

Gideon bajó de la litera superior, se mojó la cara en el pequeño lavabo y se cepilló los dientes. Mamá se acercó y le hizo a un lado. Se aplicó el maquillaje, unos polvos claros para hacer que pareciera pálida y sombra de ojos oscura para parecer tuberculosa. Gideon la había visto prepararse aquella cara especial cuando iba a pelear con papá, o cuando reclamaba subsidios, o una clínica gratis para él, o para indicar que estaba sufriendo.

—Voy a desayunar —anunció Gideon.

—Cuidado con lo que pides, recuerda, ni huevos ni bacon y no dejes de beber suero de leche.

Gideon salió a cubierta para aspirar el aire limpio de la mañana, mientras el barco que hacía el servicio de noche entre Norfolk y Baltimore entraba en la bahía. El niño sufría todavía por la muerte de Miss Abigail. Se apoyó en la borda y pensó en la novela que iba a intentar, y que haría que el mundo se enterara de la gran mujer que había sido Abigail Winters.

Leah llevaba preparando cuidadosamente su marcha durante varios meses. Se había convencido de que el agua de Norfolk estaba contaminada, poco menos que envenenada, y el clima no apto para los humanos, y el aire totalmente polucionado. Todo esto era demasiado peligroso para la salud de Gideon.

Molly y Gideon habían adivinado las verdaderas razones para la escapada de mamá. Estaba harta de su matrimonio con papá. Una serie de llamadas secretas de un dentista de Nueva York indicaban que el que llamaba estaba interesado en algo más que en la dentadura de Leah.

Leah había sido muy hábil encontrando trabajo, no para ella sino para Nathan. Le

había conseguido infinidad de empleos que le ocupaban muchos fines de semana. Los hijos se dieron cuenta de que no era solamente para llenar armarios perpetuamente vacíos, sino para tenerle fuera de casa a fin de que ella pudiera atender sus numerosas citas amorosas.

Justo antes de las vacaciones, Leah informó a su marido de que le había encontrado un trabajo, a través de unos parientes, en Pittsburg para la entera estación de la búsqueda del oro. Tan pronto como emprendió viaje hacia el Norte, Leah empezó a preparar el equipaje y dio como excusa el clima insano, el agua y las condiciones generales de Norfolk.

Al principio se negó a dejar que Molly se quedara, pero cuando Molly la amenazó con chivarse a Nathan, consintió.

Gideon había viajado muchas veces en la línea «Old Bayd» a Baltimore. Era casi divertido. Él y tío Dominick habían ido a muchos partidos de pelota en Oriole Park. Era importante, un equipo triple-A, a un paso de los grandes equipos de liga. Había conciertos y ópera en el «Lyric Hall» y a veces alguna buena compañía itinerante en el «Ford Theater». Sus primas eran aseadas y muy parecidas a tío Lazar, que había sido marine, y a tía Simone, la esposa francesa de tío Lazar.

Al entrar en la dársena de Baltimore, la mano de Leah se crispó nerviosa en el hombro de Gideon. El *President Warfield* se acercó a su atraque y fue hábilmente maniobrado y amarrado, y la pasarela en posición.

—Allí está —exclamó Leah—. Mamá. Mamá. ¡Estamos aquí!

Bubba Hannah les vio y agitó vigorosamente la mano mientras desembarcaban.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Abrazos y lágrimas.

—¡Gideon! ¡Fíjate cómo ha crecido el muchacho!

—Está enfermo. Norfolk le estaba matando. Gracias a Dios que estamos aquí.

—Ven, ven, Leah. Lazar ha traído su coche. Está aparcado al otro lado del muelle.

La pequeña casa de ladrillo rojo con los escalones de mármol blanco en Monroe Street, parecía más pequeña de lo que Gideon recordaba y más repleta también. ¿Qué sitio habría para él? ¿Cómo podría escribir con otra gente durmiendo en la habitación?

Zayde Mioses apenas levantó la cabeza de su costura en la tienda cuando entraron hablando todos a la vez. «Ah, bah —pensó Moises—, Leah ha vuelto a casa».

Bubba era más vieja y más lenta, pero no se olvidó del baño de pies rutinario de Leah. Gideon se acurrucó en un sofá reventado, sin patas, con los muelles visibles, dejado al azar en una esquina de la cocina. Moises escapó de la tienda para escuchar desde el porche trasero mientras colocaba sus ratoneras, docenas de ellas, algunas tan grandes que bien podían atrapar a una vaca.

Mientras Leah tenía los pies en remojo, Hannah siguió amasando, rodillando y

torciendo la masa hábilmente entre los dedos, formando grupos para cocerlos para el *sabbath*. Dio un bol a Gideon para que rebañara la masa de galletas que quedaba en él.

—Mamá, me sacrifiqué, ahorré y ese pequeño monstruo de Nathan se llevaba hasta el último céntimo. De no haber sido por mí que iba de puerta en puerta pidiendo trabajo para él, habríamos muerto de hambre.

—Te dije desde un principio que no valía nada. A ver si ahora le haces caso a tu mamá.

—Tuve que robar la leche de la puerta de los vecinos para este niño.

—Un vago y un inútil. Estos comunistas no hacen sino crear problemas. Al diablo con él. —Y al decirlo Bubba escupió en el suelo—. ¿Y dónde está Molly?

—A una madre se le parte el corazón —protestó Leah—. Insistió en quedarse en Norfolk con la excusa, fíjate bien, de que así podría graduarse con su clase. Como si la Escuela Superior de Baltimore fuera un vertedero de basura. Lo cierto es que Molly puede estar tramando algo con ese Danny Shapiro. Lo que busca no es ningún secreto.

—*Kenst shtarben aveck*.

—Procede de una familia de mongoles o algo así. Son poco más que *shvartzers*. Yo le supliqué: «Molly no eches a perder tu vida con este muchacho. ¿Qué clase de futuro puede darte?». Fue como si estuviera hablando con una pared. Los chicos de hoy no escuchan ni una palabra de las que les dices. Recemos solamente para que no nos llegue a Baltimore con un regalito en el vientre.

—Ese cabeza de *shmuck* no tiene conciencia —asintió Hannah.

—¿Así que dónde vamos a meter a Gideon?

—Arriba, en la habitación de delante con los hijos de Al y Fanny.

«JESÚS», pensó Gideon.

Una ratonera se disparó y Moises lanzó una maldición. Fuera, sonó el timbre de la puerta principal.

—¡Moises! —gritó Hannah—. Hay un cliente. Probablemente el señor Sachs para la prueba.

Moises cruzó la cocina arrastrando los pies, con el fleco de su chal de oración asomando por debajo de su mugrienta chaqueta. Señaló a Gideon con un dedo huesudo:

—No celebraste tu *bar mitzvah*. Ve a la *shul* y aprende para poder entrar en la Torá.

—No pienso ir a una escuela hebrea —se revolvió Gideon retador.

—¡Eres un *goy*!

—Cállate ya y ve a ver quién está en la puerta —ordenó Hannah.

—Este muchacho no morirá de muerte natural —sentenció a gritos el abuelo saliendo de la habitación.

—*Hub em in dread* —comentó Hannah al salir su marido—. No gana lo bastante

ni para dar de comer a un canario. Tres dólares de ganancia semanal es un montón para él. Y el marido de Fanny, Al Singer, no es ningún regalo. Hemos estado viviendo gracias a los cinco dólares que nos da Lazar y algunos más que nos entrega ese Abruzzi.

—¿Y Gilbert Diamond con sus millones? —preguntó Leah.

—De él solo recibimos *bupkes*.

—¿Y Jake Rubenstein tampoco contribuye?

—¿Cuándo ha tenido Jake Rubenstein monedas que compartir? *Nu,* deja que pase a la vecina y pida a Pearl que su poli nos traiga una cama plegable. Leah, tú vas a dormir conmigo.

Leah señaló la puerta de entrada indicando a Moises.

—¿El *alter kocker*? Tiene un catre en la tienda. Y demasiado bueno para él. No pone siquiera cincuenta centavos sobre la mesa para la cocina.

—Bueno, no te importe. No me quedaré mucho tiempo. Siéntate, mamá. Tengo algo que decirte. Siéntate, siéntate y habla en *yiddish*.

Gideon lo entendía perfectamente, como Molly antes que él.

—Mamá, solo me quedaré hasta después del *sabbath*. Me han invitado a Nueva York, ¿puedes imaginártelo?

Hannah contempló a su hija, comprensiva, se secó las manos, suspiró y se sentó.

—Conocí… Creo que este es el Hombre de mis Sueños. Un dentista.

—¿Tan pronto, ya?

—En realidad, le conocí el pasado verano, casualmente. Yo estaba en Virginia Beach y él había venido de vacaciones con su familia, de Nueva York.

—¿Con su padre y su madre?

—No exactamente. Con su familia, su mujer y sus hijos.

—Pero, Leah. Tú eres una mujer casada y él está casado.

—Es un hombre muy, muy desgraciado. Él y su mujer no han dormido juntos desde hace más de un año.

—¿Y te lo crees? Debes tener mucho cuidado, especialmente cuando te anestesian. Tu tía abuela, Silvia, que Dios tenga en la gloria, despertó y se encontró con lo-que-tú-sabes metido donde tú-sabes.

—Mamá, conozco la diferencia entre el amor y el capricho. Este es un dentista caballero. En Brooklyn. Con una casa de piedra de tres pisos en el barrio de Besonhurst. Tiene un coche, un «Terraplane» de 1937, y lo cambia todos los años. Pero cuando me vio salir del vestidor con mi traje de baño puesto, se quedó prendado. Ni siquiera había tenido tiempo de saludarle.

—Claro que no. ¿Y qué más?

—Nada más, mamá, pero el hombre estaba hechizado sin poder evitarlo. No hice nada para provocarle. Y empiezan las cartas de amor y las flores. Ya sabes… Fui a Nueva York un fin de semana. Una visita estrictamente social. Dios mío, la de historias que tuve que inventar para Nathan, ¡especie de comadreja!

—Leah, todo esto no me gusta. Vas a destrozar un hogar con hijos.

—¡Mamá, cómo puedes decir tal cosa! Este pobre hombre lleva años sufriendo. Un poco de simpatía, un poco de comprensión, es lo menos que puedo ofrecerle. Suspira por un poco de cultura. ¿Qué ves de malo en un poco de cultura?

—Yo… yo… no puedo… no puedo —gritó de repente Gideon.

—¿Qué le ocurre al muchacho? —preguntó Hannah alarmada al ver que Gideon se agarraba el cuello y se ahogaba.

—¡No puedo respirar!

—¡Dios mío! —gritó Hannah.

—Tranquila, mamá —terció Leah. Resbaló al salir de la palangana y fue en busca de su bolso—. Tengo un spray de adrenalina en el bolso.

Nathan necesitaba desesperadamente un fin de semana en su casa. Sus ojos se desorbitaron al entrar en el piso. Sin muebles, que habían sido recuperados, el apartamento parecía una vieja prostituta a la que le han quitado el maquillaje.

Estaba extremadamente cansado. El trabajo en Pittsburg había sido un reventadero, lo habitual con un patrono embustero y tramposo. Cuando intentó cobrar, ¡*gevalt*! ¡No se lo habría deseado al otro empapelador, Hitler! Las ganancias de un mes se habían esfumado.

Le invadió la ira. Las venas de su frente se amorataron. Abrió la ventana y gritó:

—¡Voy a armar un escándalo!

Los vecinos, acostumbrados a las amenazas de suicidio de Leah, lo tomaron con calma.

Una nota pinchada en el tablero de avisos indicaba que Molly seguía en Norfolk, en la casa de un camarada y encontró una carta.

Querido Nathan:

Cómo he podido llegar hasta este momento, más allá de lo que un ser humano puede soportar, es la prueba de mi lealtad y fidelidad de persona. Pero hasta el ser humano más fuerte, se derrumba más tarde o más temprano…

Norfolk iba chupando poco a poco la vida de nuestro hijo Gideon. Para él… Es con un dolor terrible que he llegado a la conclusión final de que no eres un padre adecuado para él, que no eres un buen proveedor y que eres probablemente la causa de muchas de las enfermedades del niño. He solicitado el divorcio… Si me amenazas con organizar un escándalo tendré que tomar medidas severas para impedirlo…

Ciertas autoridades del Gobierno pueden estar interesadas en tus actividades, no sé si me entiendes. No se andan con chiquitas con los forasteros indeseables y estoy segura de que no quieres volver a Polonia… Lo he intentado, bien sabe Dios que lo he intentado, pero has pisoteado el amor de una delicada flor, yo.

Sinceramente,

LEAH

Leah había jugado bien su carta. El Partido era la razón de vivir de Nathan, pero los miembros judíos lo estaban abandonando a montones. Algunos, como Nathan, temían la vida lejos de sus camaradas, y resistían y mantenían la boca cerrada. A través de todas las purgas de Stalin de viejos y venerados bolcheviques, de intelectuales, profesionales y artistas, él se calló. Habían sido liquidados después de «confesiones», forzadas.

En Norteamérica, el propio Partido se había vuelto una célula. Ya no podía permitirse despedir a los leales soldados de a pie, como Nathan Zadok. Se le destinó a un puesto superior, en Filadelfia, para reunir los restos desperdigados de la Sección Judía. Su trabajo inmediato fue ganar el control del sindicato local de empapeladores. El Partido también le ordenó que siguiera con los trámites de su divorcio sin alborotar y pagar tres dólares y cincuenta centavos para el mantenimiento de su hijo Gideon.

Mi querido hijo:

Lo primero, pongamos en orden ciertas cosas. No he venido a Baltimore el pasado mes, porque he estado enfermo. Empapelo de noche, a veces hasta la mañana, para poder cumplir con mis obligaciones. ¿He dejado alguna vez de mandar el giro de 3,50 dólares semanales, incluso si no tengo qué comer? Di, ¿he dejado de hacerlo? ¿Y qué me dices del dólar extra que incluyo, cuando incluso a veces tengo que pedirlo prestado? Así que si no vengo a Baltimore es porque estoy malo. El médico dice que mi condición no mejorará aún, y que no debería viajar. Esto lo explica todo. Estaría ahí en un santiamén si fuera capaz de viajar, física y económicamente.

Bajo ninguna circunstancia puede un chico procedente de un hogar progresivo, soportar la humillación de una ceremonia como la del bar mitzvah. *Si lo aceptas no te lo perdonaré.*

Ahora, hablemos de cosas más serias. No sé qué hacer contigo. Piensa, eres poco más que un niño y aquí me tienes preocupado porque no me escribes. Todos los días espero una carta. ¿No querrás darme satisfacción incluso con unas pocas palabras para decirme cómo estás? ¡Te lo pido, hijito! ¿Te parece bonito?

Si no quieres escribirme, ¿por qué no me lo dices?

Bueno, sé un buen chico, siéntate y escríbeme una carta bonita. Ya sabes que te quiero. Ah, malas noticias. Ni tengo trabajo futuro, ni dinero. Cuando vuelva a empezar a trabajar y tenga algún dinero, volverás a acordarte de mí. ¿De modo que estás contra los pobres y en favor de los ricos? Oh, no puedo creerlo. A menos que me escribas con regularidad, pensaré que estás en

contra de los pobres. Bien, veámoslo. Sé bueno, escribe y cuídate.

Tu padre que te quiere,

NATHAN.

LAZAR

1939-1941

Soy el tío de Gideon, Lazar Balaban, el farmacéutico. Pasé a ser parte importante de su vida a partir de 1939 y hasta 1941, un período muy difícil.

Cuando Gideon vino de Norfolk a Baltimore, mi situación había mejorado considerablemente. Después de la gran depresión y de unos años de esclavitud virtual, pude comprar por fin la parte de Gilbert Diamond. Una vez solo, me fue muy bien.

Mi querida esposa, Simone, resultó ser un regalo del cielo. Era ahorradora. Tenía ideas. Hacía que las cosas se realizaran.

En aquellos días un hombre podía comprar una farmacia por casi nada. Vendimos nuestra antigua tienda y nos trasladamos al «centro», por decirlo así, a un local de primera en un barrio residencial con árboles y césped, con médicos y profesores como clientes. Era un vecindario mezclado, muchas familias judías, italianas, irlandesas. La mayoría de la gente ganaba dinero. Había tranquilidad. Mi local estaba en el cruce de Garrison Boulevard y Liberty Hights Avenue, una perfecta ubicación de cruce.

Después de haber sido criado por mi madrastra Hannah a la que consideraba como mi verdadera madre, y después de convivir con mis tres hermanastras, ¿a dónde fuimos y qué hicimos? Simone y yo teníamos tres hijas, Priscilla, Tracey y Laurie. Mi preciosa esposa hizo de mis hijas una rosa, un diamante y una perla. Teníamos una vivienda preciosa y divertida en Belle Avenue, a pocas manzanas de mi tienda.

Cuando me casé con Simone, en Francia, durante la guerra, era viuda con un niño, Pierre. Adopté al niño y se hizo un joven de provecho. Estaba estudiando en la Facultad, «MIT» nada menos, para ingeniero.

Siempre me agradaba ver a Gideon. Venía con frecuencia a trabajar en la tienda y conseguía que Simone le invitara a comer, Simone que era un don de Dios en arte culinario. Gideon era un muchacho inteligente. Todos en casa le querían y ofrecí quedármelo a vivir con nosotros. Leah se negó, diciendo que estaría mejor en Monroe Street con ella y Bubba Hannah. La verdad es que a Leah no le gustaba Simone, y en su retorcido modo de pensar, Simone representaba una amenaza para su hijo. ¿Qué podía hacer yo?

Teníamos mucha juventud inteligente entre mis sobrinos y sobrinas y mis propios hijos. Algunos de ellos darían que hablar. Íbamos a ser una familia americana de la que el país se sentiría orgulloso. Pero era Gideon el que siempre había llevado una carga, como una maldición. Se esperaba de él que fuera el chico del milagro.

Cuando llegó a Baltimore era un joven angustiado. No tardó mucho en ser un jefe. No en la escuela, donde se esforzaba por aprobar cursos, sino en la calle. Cuando los chiquititos salen duros, cuidado. Gideon empezó a fumar, salía con la

pandilla y cortejaba los problemas.

Había una calle, llamada Herbert Street, que salía de Monroe. Era poco más que un callejón bordeado de casitas habitadas en su mayoría por pescadores irlandeses pobres y portugueses aún más pobres. Era una calle miserable con niños miserables y todas las noches había broncas entre vecinos, y dentro de las viviendas.

Gideon Zadok era capaz de controlar a su pandilla y dirigirla con su mente vivaz. Robaban cosas de las tiendas cercanas, merodeaban en busca de pelea con otras bandas, robaban bicicletas y las vendían desmontadas como recambios, y en general se metían en problemas.

El chico estaba solo. Su padre, Nathan, estaba en Filadelfia. Molly seguía en Norfolk y Leah estaba fuera de la casa la mayor parte del tiempo. Bubba Hannah es la que más se ocupaba de él. Amaba muchísimo a Gideon, pero se había hecho vieja. Cuando se tiene una matriarca tan fuerte como Hannah, se piensa en que nunca envejecerá, pero ahora, cada domingo, veíamos cómo iba perdiendo.

Bubba le zurcía los calcetines, mantenía su ropa limpia, y le daba de comer, pero nada más. No podía dominar a un adolescente salvaje que se había transformado en un luchador callejero.

Dominick Abruzzi había llegado a sargento-detective y con los años nos habíamos hecho íntimos amigos.

—Me preocupa Gideon —me dijo.

—También a mí, Dom.

—Hasta ahora he podido convencer a los oficiales que se ocupan de los jóvenes para que mantuvieran el nombre del niño fuera de las listas. No tiene antecedentes, pero el tío Dom no puede hacer más.

—Creo que tendríamos que advertir a su padre. A lo mejor podría llevarse al chico a Filadelfia, ocuparle, darle algo en que interesarse.

Dom y yo acordamos intentarlo aunque no nos gustaba Nathan Zadok ni su basura comunista. Le telefoneamos.

—Estoy en el piso de un vecino, no puedo hablar y él necesita el teléfono —dijo Nathan.

—El chico se está metiendo en líos —le expliqué.

—No podría traerle ahora a Filadelfia. Apenas tenemos sitio para respirar. Mira, os escribiré.

Dom tenía el oído puesto en el teléfono, así que podía oírlo todo. Me arrancó el aparato de las manos:

—Óyeme, Zadok, tu hijo está al borde de ir a un hogar de detención. ¿Cómo van a tomárselo los camaradas del Comité Central?

—Está bien, está bien, cálmate Abruzzi. Fascista de Mussolini —masculló entre dientes, en voz baja.

—Mira, llévatelo a Filadelfia tantas veces como puedas y pasa algún rato con él.

—Veré de arreglarlo, cueste lo que me cueste, el billete de tren extra, la comida

extra y la lavandería y la ropa. Ya sabéis que le envío dinero para su mantenimiento, sin fallar —gimió Nathan.

Cuando colgamos, tanto yo como Dom meneamos la cabeza:

—No va a ayudarnos. Jesús… Jesús…

Tomamos la responsabilidad de apartarlo de su pandilla con tanto cuidado como pudimos. Como sargento-detective, Dom tenía entrada libre a todos los acontecimientos deportivos y culturales. Si era algo relacionado con béisbol o la música, Dom se lo llevaba.

Por mi parte animé a Gideon para que viniera a vernos siempre que quisiera. Con Pierre en la Facultad y tres hijas no atletas era divertido tener a alguien con quien encestar. A ambos nos gustaba correr y pasábamos más de un atardecer corriendo por el barrio. Pasábamos por delante de «Garrison Junior High School» y «Forest Park High», ambas escuelas modernas que se alzaban en jardines, césped, árboles y serenidad. No fue difícil observar cuánto le gustaría a Gideon asistir a esas escuelas.

Así que me metí en una pequeña conspiración con él. Utilizaría mi dirección en Belle Avenue como si fuera la suya y conseguiría un traslado desde su escuela. Salió bien, y el muchacho se encariñó con «Garrison». Las actividades posescolares, especialmente el drama-club, hizo mucho por mantenerle fuera de las calles.

Por la noche nos sentábamos en el balancín del porche, y a medida que fuimos haciéndonos amigos, me habló de lo que era ir a Filadelfia.

Yo estaba dormido cuando el revisor gritó: «Chester, Chester, próxima parada Chester». El tren paró en una estación de una plataforma elevada. Alrededor se veían fábricas de ladrillo rojo de finales de siglo y, en una esquina, al final de la manzana, las luces brillantes de neón del «Café Colorado». Curioso nombre para un sitio de comidas. Por fuera de la ventana vi un gran letrero pintado en un edificio, que decía: LO QUE CHESTER HACE, HACE A CHESTER. Filadelfia era la parada siguiente. ¡Cristo! Cristo, cómo deseaba no volver más a ver aquel letrero. A veces mi padre venía a esperarme, la mayoría tomaba el tranvía.

Papá se mudaba con frecuencia, pero todos los pisos parecían iguales. Todos parecían ser apartamentos de segundo o tercer piso y todos ellos sombríos porque estaban generalmente en la parte de atrás y las escaleras y corredores jamás estaban iluminados. Había mucho panel de caoba y una vejez y lobreguez uniforme. Cuando entraba, lo primero que me echaba hacia atrás era el olor a bolas de naftalina del armario de la entrada donde papá colgaba su único traje decente.

Papá había vuelto a casarse con un miembro del Partido con dos hijos mayores que yo. No eran malas personas. Nos escapábamos juntos para ver algún partido, y cuando podía ver grandes jugadores de liga como Dizzy Dean y otros como él, casi merecía la pena el viaje. Papá estaba siempre encima de sus hijastros con su mal genio y yo me ponía de su parte contra él. Todo placer estaba prohibido, incluso los

cómics.

La mujer de papá, Lena, era una kvetch, *una quejica y muy pesada. Todo lo que decía empezaba negativamente, para ponerte a la defensiva. «¿Qué pasa, no te gusta Filadelfia?». La mayor alegría de su vida era atiborrar de comida a todo el mundo. «Come, come, come, come…», como si obtuviera una satisfacción sexual por el hecho de llenarte la tripa; o, si no comías hasta reventar, lo tomaba como un insulto: «¿Qué, la comida judía no es bastante buena para ti?».*

Poco había cambiado entre papá y yo. Casi todas las conversaciones resultaban ser un sermón: «Trabaja más en la escuela». «No andes con gamberros». «Lee trabajos importantes escritos por miembros del Partido». «Honra a la Unión Soviética».

La Segunda Guerra Mundial había empezado, Francia había caído e Inglaterra se encontraba sola. Al principio los comunistas habían recibido la orden de desprestigiar y denunciar la guerra como guerra capitalista. Entonces Stalin pactó con Hitler. Oí que muchos miembros del Partido se habían ido por esta causa, pero papá justificaba el pacto. Más tarde, Rusia fue atacada y de la mañana a la noche, la mala guerra fue una buena guerra, según los comunistas.

Yo había alcanzado la pubertad y el enorme y nuevo mundo de la masturbación era maravilloso, realmente fantástico. Leí muchos libros y podía incluso hablar con tía Simone, que era muy diferente de Bubba y de mamá. Me enseñó a no sentirme culpable y avergonzado y demás. También, que no buscara en sus hijas respuestas a mi curiosidad. Nunca habría tocado a mis primas. Las quería.

Una noche en Filadelfia estaba en la bañera y empecé a masturbarme. Papá llegó a casa enfurecido después de una reunión del Partido. Lo comprendí por la forma de cerrar la puerta. Guardaba siempre la llave del cuarto de baño para que ni yo ni mis hermanastros pudiéramos encerrarnos. Abrió de sopetón, me descubrió y empezó a pegarme como un loco. Yo me caía y resbalaba por la bañera, incapaz de aguantarme de pie, y él seguía pegándome con ambos puños. Me podía haber revuelto contra él, pero uno no pega a su padre, por más que le hagan.

—¡Cochino, podrido, maldito cochino cerdo! —chillaba.

Juré que me las pagaría, y lo hice. Cuando terminó el verano, el genio de mi padre fue de mal en peor. Una noche, llegué a casa, y me encontré la cocina llena de camaradas. Uno de ellos pertenecía al Comité Central.

—Jovencito, tengo una gran sorpresa para ti —me dijo mi padre—. El Comité Central ha decidido, debido a mis años de fidelidad como miembro del Partido pasar por alto el límite de edad y hacerte prestar el juramento para ingresar en la Liga de Jóvenes Comunistas, ahora…, antes de que regreses a Baltimore.

Así que ya me tienen con el puño en alto según el saludo comunista y repitiendo las palabras del juramento que iba pronunciando el camarada del Comité Central… No sé bien lo que pasó, exactamente, quizá la voz de Miss Abigail me llegó del más allá pero…, no pude evitarlo…, empecé a recitar las palabras del juramento de

lealtad: «YO JURO SER LEAL A LA BANDERA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y A LA REPÚBLICA POR LO QUE REPRESENTA, UNA NACIÓN, INDIVISIBLE, CON LIBERTAD Y JUSTICIA PARA TODOS».

Los camaradas se cagaron en sus pantalones.

Mi padre gritó y me abofeteó delante de todo el mundo. Yo me dirigí a la puerta. Les grité:

—¡Soy norteamericano! ¡Soy norteamericano!

—Vuelve aquí —exigió mi padre.

—Que te zurzan —y salí corriendo. Corrí sin parar hasta la estación y salté a un mercancías donde hice parte del camino de vuelta a Baltimore, el resto lo hice en autostop.

Bien, a la semana siguiente, papá fue expulsado del Partido y me escribió que nunca me perdonaría. A las dos semanas, ya volvía a tenerle encima insistiendo para que volviera a escribirle. Nunca quiso reconocerlo, pero yo le había hecho el mayor favor de su vida.

Mi cuñado, Al Singer, siempre tuvo dificultades. Al había pintado muchas casas tan bien que finalmente se le presentó la oportunidad de comprar el negocio a un contratista que se retiraba.

—Lazar, necesito que me ayudes —me pidió.

Al no tenía empuje, pero era honrado. Le presté el dinero que necesitaba para comprar el negocio. Tuve que esperar bastante, nos peleamos, pero me pagó hasta el último céntimo. Al y Fanny y sus hijos abandonaron por fin la casa de Monroe Street y se instalaron por su cuenta.

Con espacio disponible ahora en casa de Bubba, Molly y su marido, Danny, vinieron de Norfolk, sobre todo para que ella pudiera ocuparse de Gideon. Lo que el chico necesitaba más que nada era algo que fuera suyo. Le regalé un perrito. Gideon adoraba al animal. Le llamó *Dinky*. Era un perro callejero, indefinido, pero también Gideon era un luchador callejero. Iba en el cesto de la bicicleta de Gideon y dormía sobre su pecho. Es impensable todo lo que aquel perro podía hacer por el muchacho.

Por breve tiempo, con Molly en Baltimore, la vida parecía mejor para Gideon. De pronto se abatió el desastre, bang, bang, bang.

Leah volvió de una de sus aventuras y precisamente se instaló en la alcoba del muchacho, así que él tenía que dormir en un sofá en la cocina. Gideon se fue un fin de semana con sus compañeros de clase y mientras estaba fuera, Leah avisó a los de la Protección para que recogieran al animal y le inyectaran.

Leah no se lo dijo a Gideon y este pensó que se lo habían robado, porque *Dinky* solo no se hubiera jamás alejado de él. Por espacio de un mes el chico lo buscó por todas partes, recorriendo los barrios vecinos, llamando a su cachorro. Era patético.

Una noche oyó a su madre hablando *yiddish* con Bubba y confesándole que había

enviado el perro a la perrera.

—Estaba lleno de pulgas. Gideon es muy alérgico. Hice lo que creí mejor. No pensaba que se lo tomara así.

Ignoro si alguna vez perdonó del todo a su madre, pero fue como si una parte de él hubiera muerto, y lo que quedó fue ira.

Unas semanas después de que Gideon se enterara de que le habían matado a *Dinky*, Danny Shapiro fue arrollado por un camión y hospitalizado por tiempo indefinido, con fractura de cráneo y varios huesos rotos. Molly cobraba muy poco como secretaria y su sueldo no podía cubrir las facturas médicas y menos mantenerse ella, su marido, su madre y su hermano. Dom y yo volvimos a aflojar la bolsa.

Pero gracias a Dios por los pequeños favores, hubo una boca menos que alimentar, porque Leah no tardó en volver a marcharse. Esta vez fue a Washington, donde se casó con un pequeño empleado de zapatería que trabajaba en «Sears Roebuck» y que hacía monadas con los pies de las mujeres a la vez que les miraba fugazmente las piernas, cuando podía. Aparentemente, daba la impresión de que se quedaría de momento con este.

Entonces vino el tercer golpe, un golpe terrible, la muerte de Bubba Hannah, Dios la tenga en su gloria. Murió mientras dormía, gracias a Dios, de un ataque cardíaco. El impacto en la familia fue terrible, lo más terrible de nuestras vidas. Gideon, ya debilitado por todos sus golpes, fue el que más sufrió.

Bubba sintió siempre por él un amor extraordinario. Durante años había recortado centavos del dinero de la comida, y guardado, para que cuando muriera cada uno de sus nietos recibiera dieciocho dólares. A Gideon le dejó cincuenta.

—Este muchacho es un genio —había dicho siempre—. Algún día nos hará sentirnos orgullosos.

Dom y yo nos encargamos de poner sus cosas en orden y no tuvimos más remedio que vender la casa de Monroe Street para pagar una enorme acumulación de deudas. Quién iba a quedarse con Zayde Moises sino Al y Fanny.

Gideon cumplió dieciséis años pero su corazón no estaba en los estudios. Siempre consiguió ser encantador como miembro de la familia e incluso a veces montaba un pasatiempo divertido con una de mis hijas. Pero en general el muchacho estaba muy triste y deprimido. Leer sus historias había sido siempre maravilloso, pero ahora sus páginas estaban cargadas con una enorme sensación de desesperanza. A veces tuve la terrible sensación de que buscaba la muerte. Simone y Molly también se dieron cuenta.

Gideon estaba en «Forest Park High School», un centro coeducativo. Había montones de chicas guapas… Era el momento de la vida en que los capullos se transforman en flor. Había un agradable centro judío para los chicos en el vecindario y bailaban todos los fines de semana después del *sabbath*. Parecía como si cada muchacha que Gideon conocía, y que lo encontraba agradable, se transformara en objeto de una fantasía.

Buscaba desesperadamente a alguien que fuera suyo. Alguien que le amara más que un tío o una hermana. Y se imaginaba que cada nuevo pequeño amor era una cuestión de vida o muerte. Era encantador y tenía a todas las chicas que quisiera, pero muchas tenían miedo de él. Era demasiado serio, demasiado pronto.

Danny Shapiro salió por fin del hospital, pero tenía que encontrar un trabajo donde pudiera estar sentado en un banco. El accidente le había dejado con una pierna muy débil y le habían quedado unos terribles dolores de cabeza como consecuencia de su fractura de cráneo. Me lo llevé de aprendiz de farmacia y dejé que él y Molly se arreglaran una pequeña habitación, en la trasera de la tienda, para vivir.

No era exactamente el paraíso, pero yo tenía tres hijos en la Facultad y daba dinero para mantener a Zayde Moises, además de ocuparme de Gideon, Molly y Danny. No podía hacer más y para que Danny consiguiera el certificado había que esperar uno o dos años de trabajo intenso. Pero nos arreglábamos. Nadie pasó hambre.

Y así durante un año. Danny mejoró y trabajaba como un caballo. Gideon… rabiaba por dentro y suspendía en la escuela y tuvo que aguantar la pesadez de la escuela en verano. ¿Puedes imaginar al chico suspendiendo en inglés? Por ningún motivo, simplemente porque le tenía sin cuidado.

Y llegó una carta de Leah desde Washington. Siempre temíamos su carta. Escribía que iba a venir a llevarse a Gideon para que viviera con ella y con su vendedor de zapatos de «Sears».

—¡LAZAR! ¡LAZAR! —gritó Simone.

Bajé corriendo al sótano donde Gideon tenía su «estudio». Estaba en el suelo boca abajo, inconsciente, con un frasco de píldoras vacío en la mano. Le abrí la mano y leí la etiqueta. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Fenobarbitol…! Tabletas de 0,06 g. Parecía un frasco nuevo que debió coger de la tienda… ¡Oh, Dios…! Llevaba cien píldoras en el cuerpo. Apoyé la cabeza en su pecho. Respiraba, pero su respiración empezaba a ser fatigosa.

—¡Quiero urgentemente una ambulancia de la Policía! —grité—. Decidles que traigan un médico y un tubo. Tendrán que vaciarle camino del hospital.

Simone reaccionó al instante, sin pánico. Mi hija Priscilla entró y le grité:

—¡Saca la ipecacuana de mi botiquín y prepara café! ¡Corre!

Volvió con la ipecac y le agarré por el cabello mientras Priscilla le mantenía la boca abierta y le vacié la medicina dentro, poniéndole de pie.

—¡Dame un cubo! —le sostuvimos la cabeza mientras vomitaba.

—Dejadme morir… —murmuró con la boca y la cara llena de vómito.

—Vamos, compañero, sigue andando. ¡Bien! Toma más medicina. Venga amigo, sigue andando. ¡Trae el café!

Oímos la sirena de una ambulancia.

—Dejadme… ¡Dejadme morir!

El Señor nos sonrió aquel día. Si no le hubiéramos encontrado en aquel momento, lo habría conseguido. Todos nos derrumbamos y lloramos cuando el médico nos dijo, más tarde, que saldría adelante y sin problemas permanentes.

—Siento todas las molestias que os he causado. Perdonadme —dijo Gideon.

Estábamos profundamente turbados y sabíamos que el muchacho tenía que quedarse con nosotros. Ni Molly ni Danny podían solicitar su custodia legal debido a su situación económica.

Con un poco de ayuda de Dominick, el caso de Gideon fue puesto en manos de un juez simpático, Paul Sklar. Dom y yo tuvimos que explicar a Paul que el padre del chico había intentado forzarle a ingresar en la Liga de Jóvenes Comunistas y Leah le había abandonado legalmente. Gideon fue llamado al despacho del juez para que lo confirmara.

El caso contra Leah fue abierto y cerrado. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Gideon al confirmar sus innumerables ausencias.

—¿Y tu padre trató de obligarte a hacerte comunista? —preguntó el juez—. ¿Es esto cierto?

Gideon cerró la boca.

—Está bien, hijo. Nada de esto saldrá de este despacho.

Siguió negándose a hablar.

—Quieres quedarte con tu tío Lazar, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Bien?

—Nadie me hará que hable mal de mi padre —insistió Gideon.

—Espera fuera —ordenó el juez.

Se volvió a Dom y a mí y asentimos. El juez movió la cabeza y firmó el decreto para que yo pasara a ser su tutor, pero solo Dios sabe el daño que se le había hecho a Gideon en aquellos dos minutos.

7 de diciembre de 1941

> *¡GUERRA! ¡GUERRA! ¡GUERRA! ¡GUERRA! ¡GUERRA!*
>
> *¡ATAQUE JAPONÉS SOBRE PEARL HARBOR! FDR PIDE AL CONGRESO EL ESTADO DE GUERRA. EL ATAQUE SOLAPADO CAUSA INMENSOS DAÑOS. GRAN NÚMERO DE VÍCTIMAS. EL ACORAZADO* ARIZONA *HUNDIDO.*

Apagué la radio, pero no pude evitar leer el periódico. ¡Horrible! ¡Horrible! Los ojos de Simone estaban ribeteados de rojo mientras me acariciaba el cabello. La pobre mujer había sido tan maltratada por la guerra y, ahora otra vez, tan pronto. Le acaricié la mano.

—Pierre ha llamado desde Boston —dijo—. Hablaba de alistarse.

—Le llamaré al momento —la tranquilicé—. Pierre me ha escuchado siempre. No quieren estudiantes. No es el momento de ir. Te lo prometo, cariño, terminará sus estudios de posgraduado.

—Cielos qué locura. Cortaría el dedo de Pierre antes de dejarle que se vaya.

Cuando se ponía así era inútil hablarle. Busqué por la nevera. Al diablo, necesitaba una copa.

—Espera, te la prepararé —me dijo.

Molly entró en la cocina con Danny cojeando tras ella. Estaba pálida como la muerte.

—Gideon se ha alistado en los Marines —logró decir.

Di un puñetazo en la mesa:

—¡Está loco! ¡Pero si acaba de cumplir diecisiete años!

—Está arriba, en su habitación haciendo la maleta —murmuró Molly con voz temblorosa—. Dice que si no le firmas los papeles, huirá y se alistará donde pueda hacerse pasar por veintiuno.

—Tiene que demostrar la edad y solo empezó a afeitarse el año pasado.

—Tiene un certificado de nacimiento modificado y no se fijan demasiado en la edad.

Oh, cielos, cielos. Gideon iba a ser un hueso duro de pelar.

—¿Me necesitáis? —preguntaron Molly y Danny al unísono.

—Dejad que vea lo que puedo hacer —respondí.

Subí a la habitación que ocupaba cuando Pierre no estaba, llamé con los nudillos y entré. Estaba llenando la maleta que tenía encima de la cama.

—¿Vas a alguna parte?

—¿Te lo ha dicho Molly?

—Mencionó alguna *chozzerai* sobre que intentabas alistarte en los Marines.

—Ya me he alistado. Hay una hoja de consentimiento sobre la mesa. Si la firmas puedo irme de Baltimore mañana. Si no, iré de ciudad en ciudad hasta que algún centro de reclutamiento me acepte.

—¿Es un ultimátum? Estás hablando con tu tío Lazar, joven. Y no eres quién para plantearme ultimátums.

Gideon suspiró y se relajó algo, pero aquellos ojos azules tan suyos, taladraban. Decían: «No me lo impidas».

—Tío Lazar, sabes cuánto te quiero. No quiero que te mezcles en todo esto. Es mejor que me vaya.

—¿Pero qué pasa? ¿Es que no sigo siendo tu tutor? ¿Soy acaso un holgazán

callejero?

—Bobadas. Mira, tú y tía Simone habéis sido maravillosos conmigo, mejores que nadie en mi vida, excepto Molly. Sé que si me firmas el consentimiento, papá y mamá van a organizar un cacao. ¿Por qué no me dejas que te lo ponga fácil escabulléndome?

—Ni Nathan ni Leah me preocupan lo más mínimo. ¿Podemos hablar, hijo?

Sus ojos se desviaron tratando de evitar los míos. Estaba muy inquieto, a punto de saltar. Quería irse, emprender el camino. Tenía la mente cerrada. Insistí:

—¡Me debes veinte minutos de conversación, por el amor de Dios!

Gideon saltó sobre su cama, apoyó los hombros contra la cabecera, inclinó la cabeza y me desafió a que me atreviera a querer convencerle.

—¿Por qué los Marines? —pregunté.

—Curiosa pregunta viniendo de ti.

—Me alisté en la Marina, ellos me enviaron a los Marines. Yo era ya un hombre hecho y derecho. Tenía mis razones. Pero no las mismas que las tuyas.

—Desde siempre he querido ir con los Marines, cuando pudiera deshacerme de aquel entorno comunista. Les he visto en el partido «Fireman-Quantico» de los Marines, saliendo del estadio con su traje azul y una chica en cada brazo. Contemplo tu fotografía con la *fourragère* en tu hombro izquierdo. La verdad es que no lo sé, tío Lazar.

—Piensa entonces en razones.

—Aquí no soy feliz. No es ni por ti, ni por Molly. Vuelvo a suspender en el colegio. No hago lo que es debido con mi vida. Tengo que salir de aquí y averiguarlo. Quizá la guerra me resulta una buena excusa, no lo sé.

—Vamos, puedes hacerlo mejor —insistí.

—Mi tío Matti fue un héroe durante los alzamientos árabes en Palestina. Tú fuiste un héroe en el Bosque de Belleau. Miss Abigail fue una heroína.

—Y tú necesitas tu guerra personal, ¿no es eso?

—Quiero ser deseado —exclamó el muchacho—. Sé lo mucho que tú y Molly me queréis, pero tenéis a vuestra propia gente a la que querer. Yo quiero pertenecer. Quiero que se me necesite. Tengo que ser un escritor y no tengo nada que escribir excepto tristeza y desesperación.

—Así que pásate al espectáculo cómico y copia sus chistes.

—Muy bien —gritó—. ¡Tengo que irme! Tengo que llenar mis arcas de prostitutas y amigotes y comprobar lo buena que es la vida. Quiero estar guapo vestido de uniforme. Quiero ser duro y beber como Hemingway y tener compañeros como los mexicanos de *Tortilla Flat*. Con mis padres, todo es odio. Odio. Todos tenemos nuestro momento, tío Lazar. Y mi momento es este. Tengo que responder.

—Vaya parrafada, hijo. —Acerqué mi silla a la cama, así que casi nos tocábamos.

—Quiero luchar mi propia batalla de Belleau —murmuró—. Quiero ser un hombre, un escritor. Cada día en el cuerpo de Marines, será un nuevo capítulo.

—¿Sabes cuántos aspirantes a escritores están bajo tierra en Francia?

—¿Sabes cuántos escritores nacieron en la guerra? —me contestó.

Suspiré porque me dolía. Todo cuanto intenté fue en vano. Solo había que mirar a su cara anhelante. No podía esperar lanzarse al mundo. Ahora, no había quien le detuviera. Qué era el maldito tatuaje que algunos tipos llevaban en el brazo… «victoria o muerte», o alguna memez parecida.

—Nunca he hablado mucho del Bosque de Belleau —dije—. Nunca hablé de ello a tía Simone. Los escritores embellecen esa mierda, gran aventura, romance fascinante. Así que, hablemos de Belleau. Sí, hijo, es verdad que me alisté en la Marina para librarme de Moises Balaban, un padre que odiaba. Quería liberarme del criminal fanatismo que se llevó a mi hermano Saul, que en paz descanse. Quería librarme de las mujeres Balaban… Sí, te hablaré del Bosque de Belleau.

Cuando en 1917, Norteamérica entró en la guerra, el Quinto y Sexto de Marines formaron una brigada y corrieron a Francia para enarbolar la bandera en la vanguardia de las Fuerzas Expedicionarias Norteamericanas. A mí se me nombró segundo jefe de farmacia porque se necesitaba desesperadamente mi especialidad. Mi unidad, una unidad naval, fue asignada al cuerpo de Marines como grupo de apoyo médico. Así fue cómo llevé el uniforme de Marine y gané mis condecoraciones.

A mediados de 1917 cruzamos en el transporte Henderson *y desembarcamos en St.-Nazaire llenos de odio a los alemanes, en busca de juerga francesa y para salvar la democracia…, este era el eslogan. Siempre hay que contar alguna barbaridad, así que se nos convenció de que los alemanes comían niños para desayunar. Desembarcamos y los franceses nos lanzaban flores al atravesar las aldeas.*

Teníamos los ojos tan llenos de estrellas que no veíamos que Europa estaba empapada de la sangre de millones de víctimas, de paisajes destruidos, de hambre, enfermedad, barro…, siempre barro…, el barro forma parte del uniforme.

En el frente occidental, británicos y franceses se enfrentaban a los alemanes en una línea estática. Durante tres años brutales, ninguno había podido desalojar al otro. Era una línea de trincheras estancada, sucia, una línea de horror, envuelta en eternas oleadas de humo, de gas venenoso, y alambre de espino, y los bosques y los campos destrozados por cráteres profundos. Los hombres vivían bajo chapa ondulada y ciudades subterráneas hechas de sacos de arena compartidas con millones de ratas y billones de piojos.

Las batallas eran feroces. Pongamos un día en el Somme. Los británicos tuvieron sesenta mil bajas. Veinte mil de estos hombres perdieron la vida… en un solo día. Para cuando llegaron los yanquis, las pérdidas superaban los diez millones de muertos por ambas partes y dos veces el mismo número de heridos.

Bien, el mando alemán y su comandante Ludendorff, no valoraron demasiado a los yanquis. Cuando pudieron transferir divisiones del frente oriental después de que

Rusia pidió una paz separada, concentraron una cuña decisiva de tropas y cañones. Su principal objetivo fue echar primero a los británicos de la guerra, y a continuación entrar en París.

Para abrir una brecha en las líneas francesas, organizaron cuarenta y dos divisiones de Infantería y diez mil piezas de artillería. Nadie que haya sufrido un bombardeo jamás lo olvida. Bien… Ludendorff abrió su brecha en el Sexto Ejército francés en un lugar llamado Château-Thierry, una pequeña ciudad a orillas del Marne.

El Sexto francés fue hecho trizas y estaba en plena retirada. Esto abría las puertas de París. Las patrullas alemanas podían ver la torre Eiffel con sus prismáticos.

Para evitarse cruzar el Marne, los alemanes decidieron dar un rodeo y saltárselo al oeste de Château-Thierry, donde había un gran codo.

Después de tres días de confusión y órdenes conflictivas, la brigada de Marines llegamos transportados parte del camino y en una marcha la otra parte, llegando a nuestro destino sin haber podido dormir en casi tres días. Parecía como si toda Francia huyera en todas direcciones, mujeres subidas en carros, viejos y ganado, llenaban la carretera. Y el maldito barro.

Llegamos a las líneas el 30 de mayo de 1918 y dejamos que el Sexto francés pasara por entre nosotros y continuara su retirada. Era un precioso día de primavera. El valle del Marne era magnífico. Los campos de trigo ondulaban como mujeres sensuales, bailando al ritmo de los besos de los vientos. El trigo era joven y todavía verde y los campos estaban salpicados de millares de rojas amapolas.

La campiña estaba entrelazada por cierto número de pequeños bosques de abedules de tronco plateado, matorrales y setos. Uno de estos grupos de árboles era el bosque de Belleau. Estaba en una colina al oeste de Château-Thierry. El bosque tendría casi dos kilómetros de longitud y varios centenares de metros de profundidad, flanqueado por cinco preciosas aldeas de granjeros. Antes de la guerra, el Bosque de Belleau, había sido el coto de caza de un rico francés.

La ofensiva alemana había adelantado tan rápidamente que se les había quedado atrás la artillería y provisiones y tuvo que detenerse para consolidarse en el bosque.

Para flanquear el Marne, los alemanes tenían que cruzar por en medio de una línea defendida por el Quinto y Sexto de Marines. Éramos tropas verdes, que no habían sido puestas a prueba, pero habíamos sido bien adiestrados y no estábamos tan cansados de la guerra como los franceses.

Mi unidad montó un hospital de campaña en los sótanos de la iglesia de uno de los pueblos, Lucy de Bocage, a pocos centenares de metros de las trincheras.

Cuando la artillería abrió fuego, jamás habíamos experimentado nada parecido y el resto de la batalla parecía una obra surrealista, vista a través de una gasa…, una bruma…, un escape…, humo… y escuchábamos las voces y los cañonazos, como ecos lejanos. Estábamos allí, actuando, pero no estábamos allí, no sé si me

comprendes.

En el curso de la guerra los francotiradores de todos los ejércitos morían o eran heridos eventualmente. Pero ahora el énfasis estaba puesto en fuego intenso sobre todo de ametralladora. Los alemanes no sabían que los marines eran los mejores tiradores de rifle del mundo. Cuando salieron del Bosque de Belleau, nuestros hombres empezaron a dispararles a una distancia de seiscientas yardas. Los íbamos derribando, sin fallar, tan de prisa como podíamos cargar y disparar. Cielos, los alemanes nunca supieron quién les daba, pero seguían saliendo del bosque a los campos de trigo. Salieron durante todo el día, y continuaron saliendo por la noche. Nosotros los íbamos abatiendo, con los rifles tan recalentados que casi no podíamos disparar. Al terminar el segundo día, no habían podido aún llegar a nuestras líneas. Al tercer día, lanzaron todo lo que tenían contra nosotros…, tal vez quinientas o seiscientas piezas de artillería. Formaron una sólida cortina de fuego de ametralladora y volvieron a salir en manadas, hordas… Por la noche tuvieron que abandonar los trigales y retirarse al bosque, dejando a cientos, puede que millares, de muertos en el campo.

Tan pronto como paraban para reagruparse, el Quinto y Sexto de Marines continuaban su ofensiva. Les contemplaba correr hacia arriba línea tras línea y desaparecer por encima de la loma.

Dentro del Bosque de Belleau… aquel pequeño espacio estaba abarrotado con cientos de nidos de ametralladoras alemanas, ocultos detrás de rocas, entre matorrales apretados como en la jungla. Nuestro trabajo consistía en desalojarlos, nido a nido, con granadas y bayonetas.

Estuve en un ciclo de cuatro días.

Día uno, conduje heridos al hospital de base a unos quince kilómetros de distancia y regresé con suministros.

Día dos, trabajé en el hospital de campaña curando a los heridos y ayudando en cirugía.

Día tres, hice trabajo de campaña, buscando heridos, curándoles y devolviéndolos en camilla.

Día cuatro, mi día de «descanso». Me dieron cuatro horas para dormir de tirón, comprobé el inventario, y me puse al día con los informes. Uno, dos, tres, cuatro, completos sin descansar.

Lo peor era el hospital de campaña. Los heridos llegaban del campo de batalla tan de prisa que no podíamos atender ni a la mitad de ellos a tiempo. La gangrena empezaba pronto y algunos de los brazos y piernas se volvían pegajosos y verdes y morados y muchos huesos descarnados sobresalían. Nuestra medicación era primitiva. Fiebre, dábamos aceite de ricino. Yodo en las heridas abiertas o agua oxigenada. El olor de la gangrena…, uf…, todavía me parece olerlo. Infección, aspirinas. Heridas de gas mostaza, nos limitábamos a lavarlas con agua. Muchos gritos, gemidos, muertes. Gracias a Dios que teníamos morfina y codeína.

En los quirófanos los suelos tenían siempre media pulgada de sangre y los cirujanos y ayudantes, como yo, resbalábamos y caíamos y nos manchábamos de sangre media docena de veces al día.

En aquellos tiempos no sabíamos cómo tipificar la sangre de un hombre. Si necesitaba sangre, uno de nosotros se ofrecía y con frecuencia el marine moría al instante porque nuestro tipo de sangre era diferente. Durante la batalla yo di sangre dos veces.

Nuestra ofensiva siguió día tras día. Lo que ganábamos en el Bosque de Belleau podía contarse por metros. La mayoría de los ejércitos europeos rotaban sus tropas, fuera del frente, cada cinco o seis días, pero nosotros ni teníamos la experiencia ni gente para reemplazar. Los marines continuaron de día y de noche durante quince largos días hasta que una unidad del Ejército norteamericano vino a relevarnos.

Generalmente, enviaban las tropas nueve o diez kilómetros hacia detrás de las líneas, fuera del alcance de la artillería alemana. Lo primero era despiojarles. Hervían sus ropas con lejía, les afeitaban la cabeza y les daban un baño. Después de todo esto solían dormir veinte o treinta horas de tirón. Luego les servían una comida caliente, les devolvían al frente y empezaba de nuevo la rotación.

Como te he dicho, no nos relevaron hasta dos semanas después de entrar en batalla. Estuvimos en retaguardia solo cinco horas. Cinco cochinas horas después de catorce días de batalla constante. La unidad que nos reemplazó también estaba verde y empezaron a perder todo lo que nosotros habíamos ganado, así que… después de cinco horas tuvimos que volver al Bosque de Belleau y continuar la lucha.

Baltimore

Cuando hube terminado, no sabría decir si Gideon estaba horrorizado o exaltado. Entonces hice algo que jamás había hecho hasta entonces. Siempre llevaba una camiseta de cuello alto para ocultar mi cicatriz, incluso cuando iba a nadar. Nadie la había visto nunca excepto Simone y el médico. Me quité la camisa y levanté la camiseta y se la mostré. Era una cicatriz horrenda llena de manchitas negras.

—Las manchitas negras son parte de la cara de un oficial alemán. Estalló delante de mí. Nunca han podido quitármelas.

Nos quedamos mirándonos uno a otro por tiempo interminable, cogidos de la mano, como hacemos Simone y yo.

Transcurrieron veinte minutos antes de que habláramos. Me pareció una eternidad. ¿Le habría convencido?

—Comprenderás por qué tengo que ir —dijo Gideon—, ¿no es verdad, tío Lazar?

—Sí, comprendo. Todos debemos llevar el peso de nuestro tiempo, librar nuestras batallas, tanto las de nuestro interior como las del campo de batalla. Así es como los hombres han hecho siempre las cosas. No intentes ser un héroe. Cumple con tu

obligación y parte de tu obligación es volver vivo.

Garabateé mi firma al pie del documento, autorizándole a unirse a los del Cuerpo. Me quité el anillo de marine y lo dejé en la palma de su mano y se la cerré.

—Tómalo. Esta cosita me sacó adelante. Necesitarás toda la suerte que pueda darte.

Quinta parte
JUSTO ANTES DE LA BATALLA MADRE

PASO DE MITLA

31 de octubre de 1956
11.00 horas, día D más dos

Mando Sur a «Leones» STOP Convoy enemigo descubierto desde el aire hacia oeste de Mitla dirigiéndose al Paso STOP Hemos desviado nuestra cobertura aérea «Para 202» para atacar convoy STOP Incomunicados con «Para 202» STOP ¿Conocen su situación? FIRMADO, Ram.

«Leones» a Mando Sur - 11.30 horas STOP Negativo STOP No estamos en contacto con «Para 202». FIRMADO, Ben Asher.

Mando Sur a «Leones» STOP Nuestras dos columnas norte retardadas en Gaza y Jebel Livni STOP No hemos penetrado suficiente para que intenten evacuar por tierra STOP Traten limpiar pista hasta dos mil quinientos pies por cuarenta para acomodar «Dakotas» posible evacuación por aire. FIRMADO, Ram.

«Leones» a Mando Sur STOP Imposible despejar campo a mano STOP Rocas y piedra inamovibles STOP Aconseje. FIRMADO, Ben Asher.

Mando Sur a «Leones» STOP Intentaremos lanzar dos «bulldozers» STOP FIRMADO, Ram.

Media tarde.

«Leones» a Mando Sur, tarde STOP Recibido un «bulldozer» en buenas condiciones STOP Calculamos limpiar pista a 16.00 horas. FIRMADO, Ben Asher.

Mando Sur a «Leones» STOP Ataque aéreo contra convoy enemigo Oeste Mitla logrado STOP Nueva información directa Cairo indica que solo dos compañías egipcias están interior Paso STOP Incluidos en fuerza enemiga dos morteros y dos secciones ametralladoras STOP Recon Aire informa no actividad ahora oeste Mitla. FIRMADO, Ram.

Este día el sol fue un brutal secahuesos. El letargo se había casi apoderado de los «Leones». Se movían perezosamente para conservar hasta la última molécula de energía. Se oían voces apagadas procedentes del puesto de mando y de la tienda hospital. El «bulldozer» adelantaba, retrocedía, adelantaba, retrocedía, apartando rocas y pedruscos enormes a un lado y rellenando los huecos que dejaban. De tanto

en tanto, un mortero egipcio intentaba desde arriba del Paso alcanzar la pista, sin éxito.

Esto indicaba al mayor Ben Asher que los egipcios no tenían artillería de mayor calibre, o la hubieran utilizado. Le animaba la última información recibida. El informe procedía del Cairo. Un espía israelí estaba aparentemente infiltrado en el alto mando egipcio y en situación de conocer el número y situación de los despliegues enemigos.

¿Dos compañías en el interior? No estaba mal. Unos pocos centenares de hombres más o menos. También parecía como si la Fuerza Aérea Israelí fuera dueña del cielo y tuviera el lado oeste del Paso bajo vigilancia constante.

Las piernas de Gideon parecían milagrosamente mejoradas. La sangre se había retirado de la enorme bolsa de su cadera, reduciéndola casi a tamaño normal. La tenía aún tierna y dolorida, pero casi había recuperado el uso, completo, de la pierna.

—¡Vamos, Zechariah, dónde puñeta te has metido! —gritaba alguien cada cinco o diez minutos.

Todos tenían los ojos enrojecidos de mirar constantemente hacia el sol en busca de los «Para 202». Poco antes creyeron descubrir una polvareda y mandaron un jeep de patrulla para que guiara a los hombres de Zechariah. Resultó ser una falsa alarma. El polvo se había originado por un brusco cambio de viento colándose a través de una estrecha abertura entre unas paredes rocosas.

Hora de ración. Al infierno con ella, se dijo Gideon.

—Come o te debilitarás —advirtió Shlomo—. Come, este sol te chupa hasta la última gota.

—Te pareces a mi madrastra Lena. ¿Sabías de alguien que se excitara sexualmente atiborrando a la gente de comida?

—Sí —contestó Shlomo—, la mitad de las mujeres de Israel.

Gideon se pasó la mano por la cara. Le había crecido el pelo y empezaba a picarle. Odiaba llevar barba. También le picaba. Penelope y Roxy le habían hecho dejársela una vez, una barba larga, porque los padres de sus amigas también se las dejaban.

—Imagínate que te encuentras en la tienda enorme y cómoda de un jeque —sugirió Shlomo entre bocados— y pudieras elegir entre Val y Natasha…

—¿Quién te crees que soy? ¿El rey Salomón? Proceden de dos planetas diferentes. Una es paz, comodidad, firmeza, dulzura, fidelidad, confianza. La otra es loca fantasía, sensualidad, la acerada línea que separa el amor y la rabia.

—Ambas me parecen estupendas —comentó Shlomo.

—A veces necesitas una, a veces la otra. Es mala suerte que no vengan en el mismo paquete.

—¿Qué mecanismo pone en marcha a una mujer como Natasha?

—Todas las mujeres tienen un laberinto dentro de sus cabezas. La emoción es la máxima prioridad de la mujer. Cuando una mujer se vuelve tortuosa, me ha jodido.

He pasado por todas las vueltas y revueltas, de niño, en Hollywood, en mi matrimonio. Pero no sabría ser tan retorcido como la mujer más sencilla. En todo caso, ahora estoy bastante curtido. Después de que Val se me revolviera y dejara mi estudio hecho añicos, decidí no aguantar más mentiras. Incluso las más sinceras de las mujeres tienen mentes tortuosas y Natasha por ser una superviviente de campo de concentración es aún más complicada.

—¿A cuántos supervivientes de campos de concentración supones que hemos entrevistado? —preguntó Shlomo buscando en su mochila. La fruta se había reblandecido y medio reventado. La sacó de mala gana y de no se sabe dónde aparecieron pequeñas hormigas tragonas.

—Podría contar entre cincuenta y sesenta. Además he leído más de trescientos historiales. Ya había leído más de cien en St. Barths, antes de llegar a Israel.

—¿Todos diferentes?

—Cada uno de ellos diferente, pero con cierta similaridad en todos ellos. Cada persona que pasó por los campos dejó tras de sí veinte o treinta miembros de su familia, muertos. Descubrí que todo el que había sobrevivido se había servido de su ingenio. Pero cada persona que salió viva de un campo de concentración había tenido un momento de suerte dorada en el preciso instante en que la necesitaba. A veces cuatro o cinco momentos de suerte. Y este tipo de suerte produce culpabilidad.

—Mi padre murió, mis hermanos murieron y yo me salvé porque tuve suerte en el momento oportuno y ellos no. ¿Quieres decir esto? —preguntó Shlomo.

—Precisamente. Nunca me he encontrado con un superviviente que no llevara a cuestas la cruz de la culpabilidad porque el hecho de estar vivo representaba que veinte habían sido enviados a la cámara de gas. ¿Por qué me salvé yo que no era más digno que el otro? ¿Por qué estoy vivo? Me siento culpable por estar vivo.

—¿Cuántos murieron en la familia de Natasha? —preguntó Shlomo.

—Todos ellos. Una familia numerosa…, todos ellos…, no solo la madre, padre, hermanos, sino tíos, primos, todos. La culpabilidad de Natasha es más compleja porque antes de la guerra odiaba a su padre. Era un profesional, un miembro importante y respetado de la comunidad. Aparentemente era frío como un témpano y muy severo. No abusó de ella físicamente, pero le tenía miedo y provocó gran dolor, sexualmente, a su mujer. Ella quería muchísimo a su madre. Y… se siente más que culpable, con una frívola variedad de culpa por la muerte de su padre. Se siente responsable de su muerte porque le odiaba.

—¿Así que busca a su padre a través de sus amantes?

—Así lo parece —afirmó Gideon—. Encuentra a un hombre atractivo y hace que se enamore de ella. Ningún truco, rezuma sexo por cada poro. Le ama con un frenesí que él ignora que existiese. Y lo chupa y lo deja seco. Cuando lo tiene completamente agotado, ya tiene el símbolo que ha estado buscando. Ha vuelto a matar a su padre. Y entonces le aparta como un trapo viejo, pero queda siempre un tierno sentimiento hacia él. Pobre perro, no pudo digerirla. Pero su afán por encontrar otro hombre, y

otro y otro, es insaciable. No puede evitar repetir el juego una y otra vez.

—¿Y tú, mi querido amigo?

—Yo la tengo desconcertada, Shlomo. Europeos, checos, húngaros, rumanos, la gente que vive por su ingenio y malicia son lo suyo. No soy la presa de nadie y mi mente solo puede torcerse hasta un punto. No estoy para juegos. Lo que ves es lo que consigues. He hecho toda clase de trastadas antes, y es agua pasada. A Natasha le cuesta enfrentarse con esto. Sabe que he descubierto su juego, sus razones y que puedo manejarla sexualmente. Después, ha cometido el error de enamorarse de su deseada víctima. Me ama. Yo también en cierto modo. Un verdadero desastre. La vuelvo loca, pero es incapaz de cortar por lo sano.

—Joder hasta morir. Parece un deporte estupendo.

Los oficiales salieron de su reunión con el mayor y ordenaron a las tropas recogieran todo y se prepararan para ir a la pista a fin de llevar a cabo la evacuación.

—¿No se adelanta? —preguntó Gideon.

—No, ya es casi la hora. El primer «Dakota» debería llegar dentro de veinticinco minutos.

El «bulldozer» había terminado su cometido y las brigadas de mano iban llenando los agujeros.

—Maldita mierda, pis y corrupción —soltó Gideon enfurecido—. Jesús, esto ha sido como bañarse los pies con los calcetines puestos.

—Unos ganan, otros pierden —observó Shlomo—. Esperemos que los «Dakotas» del infierno puedan aterrizar.

En el mismo instante, un jeep saliendo del perímetro corrió hacia el puesto de mando. El oficial gritó a pleno pulmón:

—¡Veo «Para 202»! ¡Ha llegado Zechariah!

31 de octubre de 1956
17.00 horas, día D más dos

«Leones» a Mando Sur, 17.00 horas STOP «Para 202» ha establecido contacto con nosotros STOP Cancele evacuación por «Dakotas» STOP Radiaremos lista de suministros y equipo más urgentemente necesarios dentro de una hora. FIRMADO, Ben Asher.

Mando Central de Tel Aviv a todos los mandos del Sur y unidades aéreas, 17.20 horas STOP Escuadrones anglo-franceses han empezado a bombardear aeropuertos egipcios STOP Despejen lado este del canal y golfo de Suez. FIRMADO, Hod, Jefatura del Aire, sigue más, sigue más, sigue más, sigue más. Mando Central a todas las unidades de Tierra STOP Fuerza Expedicionaria franco-británica ha lanzado un ataque sobre área de Port Said, objetivo apoderarse del Canal STOP

Israel ha aceptado ultimátum detener nuestras fuerzas a ocho millas del Canal STOP Confirmen y obedezcan. FIRMADO, Dayan, Jefe de Estado Mayor.

Poco antes de caer la noche un lanzamiento reforzó el disminuido inventario de «Para 202» y se llevó a cabo un completo recuento del estado de la brigada para entrar en batalla. Doscientos cuarenta kilómetros de feroz desierto habían destrozado a hombres, vehículos y armas.

Los «paras» de Zechariah mugrientos y agotados necesitaban dormir lo mismo que los soldados de la antigüedad. Muchos de ellos vivían de cabezadas desde la movilización, hacía más de una semana. Estaban como borrachos, con la lengua espesa y las bocas demasiado secas para poder comer.

En el puesto de mando el coronel Zechariah estudiaba el mapa con el mayor Ben Asher. El famoso coronel Z era grande y musculoso, con una brillante barba negra que le daba aspecto de loco, como un antiguo profeta enfurecido. Parecía como si la mitad del desierto se hubiera secado sobre su cara, párpados, barba y sus labios secos y agrietados. Su ropa aparecía desgarrada en muchos sitios, pegajosa y empapada de sudor. No perdió tiempo en lujos de limpieza hasta que no tuvo trazados los planes para mañana. Fuera de la tienda los hombres estaban en el suelo profundamente dormidos.

Su ayudante, el capitán Kofsky entró con el doctor Schwartz.

—¿Qué me dice? —preguntó Zechariah.

—Imposible utilizar esta unidad mañana —contestó Schwartz—. Están más allá del agotamiento e incapaces de actuar. Si intenta salir mañana, perderá a la mitad de sus hombres. Se le doblarán, caerán.

El doctor insistió en su primera frase porque sabía que Zechariah les pondría en marcha antes de que estuvieran preparados para ello, a menos que cediera.

—Descansarán al final —dictaminó Zechariah—. Les daré una semana entera para dormir después de que tomemos Sharm al-Sheikh.

—Hay doscientos setenta kilómetros hasta el golfo de Suez —insistió el doctor—. Necesitan dos días de descanso y recuperación antes de que puedan ponerse en marcha.

—¡No antes del tres de noviembre! La brigada de Yoffe está avanzando por el otro lado. ¡Llegará antes que yo a Sharm al-Sheikh! La mitad de sus hombres son reservistas. No permitiré que Yoffe se adelante a mis «paras». Debo llegar primero. ¡Quiero tener preparado un comité de recepción para la llegada de Yoffe!

El capitán Kofsky, el médico y el mayor Ben Asher guardaron silencio mientras el coronel Zechariah se subía por las paredes. Miró al exterior de la tienda. Parecía un campo de batalla cubierto de muertos.

—Por qué no esperamos hasta mañana, ver en qué estado está el equipo, dejar que los hombres duerman una noche, y también nosotros estaremos en mejor forma para

tomar una decisión —observó el mayor Ben Asher.

¡Esperar! ¡A Zechariah no le gustaba esperar! ¡No le gustaba hacer recuentos! ¡No le gustaba retrasar decisiones! ¡De cabeza y cuanto antes, así se hacía! ¡Maldición! ¡Maldición! ¿Y si Yoffe llegaba allí primero?

Despidió a Kofsky y al doctor con un gesto y se volvió a Ben Asher:

—No podemos desperdiciar un día durmiendo aquí mientras todo el Sinaí está en llamas. Ben Asher, tus «Leones» llevan dos días con el culo en tierra. Deberían estar listos para trabajar un poco mañana.

—¿Cómo qué? —preguntó el mayor.

—Antes de seguir hacia el Sur, quiero asegurar definitivamente el paso de Mitla. Mañana al amanecer entramos con tu batallón y lo tomamos.

—Lo siento, Zech, tengo órdenes precisas de Dayan de que en ninguna circunstancia debemos penetrar en Mitla.

—¿Desde cuándo un comandante en campaña no puede cambiar las órdenes?

—Eso es cosa suya, pero tendrá que relevarme del mando, primero. No quiero meterles en el Paso hasta que Central cambie mis órdenes.

—Venga, Ben Asher. Por el amor de Dios. ¿Quieres que me lleve la brigada hacia el Sur y deje el paso de Mitla al descubierto exponiendo nuestra retaguardia?

—Durante dos días he tenido la oportunidad de examinar cada informe. Cierto, los egipcios no tienen fuerzas importantes en el Paso. Están ahí para impedir que nosotros lleguemos al Canal. ¿De acuerdo? Puramente defensiva. Pero, maldita sea, Zech, incluso cuatrocientos egipcios escondidos en estos acantilados y desfiladeros podrían aniquilarnos. Además, estamos cumpliendo con el ultimátum de pararnos a doce kilómetros antes del Canal. Si entramos y nos apoderamos del paso, lo habremos violado.

—No me vengas con políticas de mierda. No voy a dejar que los egipcios me salten encima por la espalda.

—Zech, es imposible que Egipto monte una ofensiva. Estamos ganando en los cuatro frentes. Los franceses y los ingleses han saltado sobre Egipto. El paso de Mitla no vale ni un puñado de boñigas de camello. Y pueden machacarnos si entramos.

—Te he dado una orden, Ben Asher. ¿Sí o no?

—No. No quiero cederte mis tropas sin órdenes directas del Mando Central.

—¡Tus tropas! ¿Desde cuándo los «Leones» son tus tropas? He creado a los «paras». Te he colocado en este mando. Ahora, métete esto en la cabeza. A las cero cinco tres cero de mañana o llevas tú a los «Leones» al Paso o lo hará el nuevo comandante.

—No a menos que reciba una orden del Central —repitió Ben Asher sin alzar la voz.

Era cemento contra granito. Zechariah se lanzó sobre el mapa, sacó un bloc de mensajes de su bolsa y garabateó un comunicado.

—¡Correo! —rugió Zechariah y un «para» saltó a la tienda.

«Para 202» a mando Central STOP 18.00 horas STOP Urgente STOP Máximo secreto STOP Es mi opinión como comandante del campo y sobre la escena que el paso de Mitla es una amenaza para nuestra retaguardia STOP Pido permiso relevar Ben Asher de su mando y utilizar «Leones» para tomar paso. FIRMADO Coronel Z.

Zechariah se instaló en una butaca de campaña, de lona, apoyó las botas sobre la mesa de los mapas, se balanceó de atrás a delante y esperó la respuesta al mensaje.

Mando Central a «Para 202» STOP 18.20 horas STOP Permiso relevar Ben Asher denegado STOP REPITO denegado STOP últimos informes vía Cairo indican batallón completo Infantería interior Paso con una docena ametralladoras medium STOP Una docena 57mm cañones antitanques y cuarenta rifles checos sin retroceso STOP Enemigo agazapado en desfiladero de Heitan STOP Postura egipcia enteramente defensiva para bloquear cualquier movimiento hacia el Canal STOP No plantean amenaza ofensiva contra nuestras fuerzas en Sinaí STOP Consideramos extremadamente peligroso tratar de desalojarlos CONFIRME. FIRMADO, Dayan, Jefe de Estado Mayor.

Zechariah era un hombre conocido por su capacidad de abrirse camino como un «bulldozer» a través de cualquier cosa, desobedecer órdenes que no se preocupaba de leer, y dirigir su propia campaña. Casi siempre ganaba sus batallas, así que la oposición solía ceder ante su furor. No así esta vez. Todo el mundo en Central estaba enterado. El comandante de los «Leones» estaba enterado. No se entraba en el paso de Mitla. Escribió otro comunicado y lo entregó al mayor.

—Confío en que veas mi punto de vista, Ben Asher.

—Está bien, acepto este —contestó el mayor.

—Démonos la mano y olvidemos amenazas y palabras duras.

—Naturalmente, es el calor de la batalla.

Ambos se estrecharon la mano como dos piezas de acero chocando y se abrazaron con muchas palmadas de afecto capaces de romperles las costillas.

«Para 202» a Mando Central STOP 18.30 horas STOP Confirmo órdenes no apoderarse paso Mitla STOP No obstante, nuestra posición alrededor pista y Parker Monument es extremadamente expuesta ataques aire y artillería STOP Ben Asher de acuerdo conmigo en que deberíamos probar el Paso con una patrulla para ver si podemos encontrar mejor posición defensiva STOP Nos detendremos antes de llegar

a la posición defensiva egipcia en el desfiladero de Heitan STOP Retiraremos patrulla tan pronto encuentre resistencia enemiga STOP Con nuestra posición defensiva interior Paso me sentiré seguro para marchar Sur STOP Trataremos encontrar posición interior Paso que pueda mantenerse con solo dos compañías de Infantería STOP Brigada cuenta iniciar marcha al Sur a lo largo del golfo de Suez a las 6.00 noviembre 3 STOP Confirmen. FIRMADO, Coronel Z.

Mando Central a «Para 202» STOP 19.00 horas STOP Permiso concedido utilizar «Leones» para patrulla limitada dentro del Paso parando antes del desfiladero de Heitan STOP Retirada inmediata si encuentran oposición. FIRMADO, Dayan, Jefe de Estado Mayor.

—Alerta a los «Leones» que entraremos a cero cinco tres cero.

—¿Para qué necesitamos a todo el batallón? Esto no será más que una patrulla limitada —observó el mayor, suspicaz.

—Cálmate, Ben Asher. No voy a utilizar el batallón completo. Estoy demasiado cansado ahora para hacer planes. Les tendremos preparados; solo emplearé parte de ellos. En este momento no puedo pensar con precisión.

—Bien —aceptó de mala gana Ben Asher.

Shlomo y Gideon se tropezaron con el coronel Z junto al depósito del agua, completamente desnudo y quitándose la mugre.

—Ah, aquí está mi escritor —dijo Zechariah—. He oído decir que se golpeó un poco al lanzarse.

—Estoy bien.

—Bueno; somos tan buenos como los marines, ¿o no?

—Yo diría que muy parecidos.

El coronel se secó y se vistió el mismo uniforme que llevaba desde hacía más de una semana.

—La aviación dio en el camión que llevaba mi ropa de recambio. Todo terminó en humo… *pssst*. Los egipcios probablemente echarán a correr cuando nos huelan.

—¿Está de buen humor? —preguntó Gideon.

—¿Por qué no? Todavía podré adelantarme a la brigada de Yoffe hacia Sharm.

—Solicito permiso para entrar en el Paso con la patrulla.

Zechariah se metió los dedos en la barba y reflexionó mientras se rascaba.

—Claro —dijo por fin—; irá en el coche de mando con Ben Asher.

—Esto me incluye a mí —añadió Shlomo.

—Perfecto. Ambos pueden ocuparse de la ametralladora del coche del comandante. ¿Quiere jugar una partida de ajedrez más tarde, escritor?

—Creo que es mejor que me vaya a dormir.

Gideon tarareó una melodía mientras repasaba su equipo para la patrulla de la mañana.

Shlomo estaba pensativo. No le gustaba la idea de que el «Batallón de los Leones» estuviera a la espera. El coronel Z también había ordenado vehículos blindados y los tres tanques que quedaban que estuvieran dispuestos. No retrocedería en plena pelea fueran cuales fueran las órdenes recibidas. Zechariah había abierto una brecha en la posición egipcia de Thamad, como un ariete. Este era el añejo coronel Z.

La melodía de Gideon se hizo más y más fuerte…

—¿Cómo diablos se llama esta canción? La cantas todo el tiempo.

—Es una vieja melodía de la Guerra Civil americana. «Justo antes de la batalla madre». Solíamos cantarla en la escuela cuando éramos niños.

—Parece como si desearas luchar —comentó Shlomo.

Gideon se puso serio.

—Tal vez sea esta la razón por la que estoy aquí. Para ver cuántos judíos luchan entre las rocas. Shlomo, pensaba decírtelo, esta patrulla no corresponde al Ministerio de Asuntos Exteriores. Creo realmente que no deberías venir. No es de tu incumbencia, pero sí de la mía.

—No tengo nada más que hacer mañana —le respondió Shlomo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Gideon se enroscó en su manta y se acercó a su compañero:

—Creo que estoy demasiado excitado para poder dormir —dijo.

—¿Quién es Pedro? —preguntó Shlomo inesperadamente.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Desde que estamos aquí has estado llamando a Pedro media docena de veces.

—Un desliz freudiano, supongo.

—Pero ¿quién es?

—Solo un compañero en los marines.

—¿Y qué le ocurrió?

—Vamos a dormir —contestó Gideon.

—Creí que me dijiste que no podías dormir. ¿Qué le ocurrió a Pedro?

—No llegué junto a él lo bastante de prisa.

—¿Qué quieres decir?

—Que vacilé. Lo mataron.

Shlomo oyó la respiración angustiada, nerviosa, de Gideon. «Justo antes de la batalla, madre», pensó. Oh, Dios, Gideon había vuelto a lo suyo.

—No cometas ninguna locura mañana —murmuró.

1 de noviembre de 1956

5.15 horas, día D más tres

ORDEN DEL DIA 11/1/56. Las unidades siguientes se presentarán a las 5.30, equipados para combate.

Compañía A «Batallón de los Leones».

Compañía B «Batallón de los Leones».

Compañía C «Batallón de los Leones».

Unidad Recon —«Para 202»— equipados para escalar.

Escuadrón de Tanques B… los tres tanques restantes.

Secciones Morteros Pesados… «Para 202».

Compañías A y B entrarán en el paso de Mitla en vehículos blindados.

Compañía C estará dispuesta, de reserva, al oeste del Parker Monument.

Los puestos de Mando y Sanidad seguirán al interior del Paso y establecerán comunicaciones con el centro en área segura cerca de las coordenadas, del mapa A-16.

La unidad Recon entrará en vehículos pesados por coordenadas C-17 y a continuación procederá a pie a escalar a lo último de los acantilados para atacar al enemigo desde arriba.

Todos los mensajes orales en hebreo.

Objetivo: Asegurar y mantener posiciones defensivas en el interior del paso de Mitla para evitar salida egipcia al propio Sinaí.

Mayor Ben Asher al mando.

Firmado: Coronel Amos Zechariah, comandante «Para 202».

Ben Asher avanzó vivamente, a paso ligero, en la tienda de mando, ordenando a sus oficiales que le esperaran fuera.

—Buenos días, Ben Asher —le dijo el coronel Zechariah—. Estaba esperándote. ¿Las unidades están formadas?

—Se están formando ahora, coronel, pero creo que deberíamos hablar de la seudopatrulla.

—Como he dicho, te estaba esperando.

—Anoche, usted y yo y el Mando Central nos pusimos de acuerdo para mandar una patrulla en busca de mejores posiciones defensivas. Lo que ha ordenado no es una patrulla. Es un completo equipo de combate. Creo que nos ha engañado y creo también que se propone capturar el Paso.

Zechariah mantuvo la calma en contra de su reputación.

—Lea esto —le dijo—. Estaba preparando una orden durante la noche, cuando llegó este mensaje.

Y tendió el mensaje a Ben Asher.

Mando Central a todas las unidades de tierra mar y aire STOP 3.30 horas URGENTE URGENTE URGENTE Fuerza expedicionaria anglo-francesa obligada a cesar todas operaciones por presiones Washington y Moscú STOP Continuaremos operaciones en todos los frentes hasta alcanzar objetivo FIRMADO D. Ben-Gurion, Primer Ministro. FIRMADO, Dayan, Jefe de Estado Mayor.

—¡Jesucristo! —masculló Ben Asher. Volvió a leer el comunicado, lo dejó caer sobre la mesa de los mapas, y se lo quedó mirando.

—Ahora estamos completamente solos —dijo Zechariah—. Jordania puede tener veleidades de entrar en la guerra, lo mismo que Siria.

—¿Podrán nuestras unidades alcanzar sus objetivos antes de que América y Rusia nos obliguen a un alto el fuego?

Zechariah se encogió de hombros.

—Tenemos que movernos muy de prisa. Por el Eje Norte, la Séptima Acorazada ha llegado probablemente a El Arish. Allí lucharán. Tendrán que correr como demonios para llegar al Canal. El Eje Central… Hemos abierto una brecha por Jebel Livini y se encuentran probablemente frente a la oposición de Kfar Gafafa. Nosotros estamos aquí, en Mitla. La Novena Brigada de Yoffe se está poniendo en marcha ahora. Llegarán a Taba por la noche y entonces empezará el jaleo. Tienen que recorrer cerca de doscientos cincuenta kilómetros de desierto montañoso, sin trazado conocido, antes de que lleguen a Sharm al-Sheikh. Como dirías tú… son buenas noticias y malas noticias. Cada columna debe actuar perfectamente de aquí en adelante para evitar un desastre.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Tal como lo veo, si nuestras dos columnas del Norte no han llegado al Canal mañana por la noche y si no hemos capturado Sham al-Sheikh para el día 4, estamos jodidos.

—¿Por qué no me llevo a nuestra fuerza de combate, ahora, hacia el Sur? —preguntó Ben Asher—. Tú puedes salir con el resto de la brigada mañana por la mañana y podemos saltar derecho a Sharm.

—Con Francia e Inglaterra fuera de juego, los egipcios pueden sentirse atrevidos y echarnos sus reservas. No quiero verme cogido aquí, en el Paso.

Ben Asher asintió; lo comprendía. Ambos, por primera vez, estaban de acuerdo.

—¿Qué quieres que haga, Zech?

—Captura el Paso.

—Nos van a freír.

—Sí, nos freirán. Dayan hizo lo mismo en la Guerra de la Independencia. Desobedeció órdenes para poder capturar Lydda. Seguimos poseyendo la regla básica

de la guerra: el comandante en campaña puede tomar la decisión definitiva. Lo único que necesito es que estemos de acuerdo.

—Hablemos de este plan —dijo el mayor—; no me gusta meter a nuestra artillería, hombres y vehículos por en medio del lecho del wadi. Los egipcios estarán atrincherados por encima de nosotros, disparándonos.

—No hay un medio más fácil. Ni tenemos espacio para finura táctica. Tan pronto encontremos fuego nos dispersaremos en busca del mejor puesto e inmovilizaremos a los egipcios. Esto proporcionará a la unidad Recon la oportunidad de escalar los riscos cerca de las posiciones egipcias y nos situaremos encima de ellos en el desfiladero de Heitan. Va a ser un día cochino, mayor, un día muy cochino.

Entró el capitán Kofsky, diciendo:

—Las tropas están formadas, Zech.

—Voy a echarles un discursito —dijo el coronel Z.

El obsesionante misterio del paso de Mitla iba a recibir respuesta. El silencioso conglomerado de masas de roca rojiza parecía inmenso al entrar los «Leones» en sus ominosas aunque tentadoras fauces.

Al entrar por el cauce del wadi y meterse en el propio Paso, Gideon y Shlomo levantaron una ametralladora de calibre cincuenta, refrigerada, sobre un punto fijo en el coche de mando. La encajaron en su pie giratorio, y Gideon silbó entre dientes al hacerla girar en amplio arco, a fin de situar su campo de fuego. Al instante estuvieron dentro del Paso, a la sombra de cientos de pies de riscos perpendiculares llenos de fisuras y cuevas. ¿Dónde estaba el enemigo? Podían estar aquí, allí, allí, más allá. En cualquier parte. ¡Santo cielo! Una sección de Marines podía retener este paso eternamente.

Impresionado, Gideon silbó: «Justo antes de la batalla, madre», a media voz. Era como desembarcar en Tarawa…, saltar con el agua hasta el pecho, con los japoneses acribillándoles.

Gideon señaló a Shlomo que le pasara una cinta de municiones. Hizo saltar el muelle por dos veces mientras Shlomo arreglaba la cinta para que no se encasquillara. Estaban dispuestos.

—Vanguardia a Ben Asher, ¿me oye bien?

—Ben Asher a Vanguardia; fuerte y claro.

—Vanguardia a Ben Asher, ni rastro del enemigo.

—Ben Asher a Vanguardia, ¿hasta dónde han llegado?

—Vanguardia a Ben Asher, kilómetro y medio.

—Ben Asher a Vanguardia, vayan más despacio. Busquen para cubrirse si son atacados. Ben Asher a todas las unidades, busquen para ponerse a cubierto.

Los tanques trituraban las piedras y los pesados camiones iban soltando su carga humana a medida que la masa rocosa del lecho del wadi aumentaba por causa de los

desprendimientos. Arriba y abajo de las paredes del cañón se oía la discordante cantata de los motores y escapes de los vehículos blindados.

—Vanguardia a Ben Asher, el desfiladero de Heitan frente a nosotros.

—Ben Asher a Recon, oculten los vehículos y empiecen a escalar a escondidas del enemigo. Ábranse paso hasta arriba del desfiladero.

—Recon a Ben Asher, orden recibida.

—Ben Asher a Recon, ¿pueden estimar tiempo necesario para escalar desfiladero?

—Recon a Ben Asher, tiempo aproximado, tres o cuatro horas.

—¡Mierda! —masculló Ben Asher—. Está bien, nos prepararemos para un día desastroso. Ben Asher a todas las unidades. Empiecen a buscar cobertura, inmediatamente, fuera del wadi. Desaparezcan; cubran la unidad Recon. Disparen contra todo lo que se mueva. Mantengan inmovilizado al enemigo.

Tan pronto la unidad Recon empezó a escalar, una bomba de humo lanzada desde una de las cuevas del desfiladero trazó un arco y cayó en pleno cauce del wadi, y fue la señal para que los egipcios abrieran fuego. En lo que parecía un solo estallido, el paso de Mitla escupió fuego de cañón, mortero, ametralladora y todo tipo de armas.

—¡Dispersen!

Los «paras» saltaron de sus vehículos, se arrimaron a las paredes del cañón en busca de grietas y peñas para ocultarse.

¡Buuuum! El camión cisterna recibió de lleno y envió una columna de fuego a centenares de pies de altura.

El fuego no les venía solamente del desfiladero, sino de un amplio círculo de posiciones, delante, al lado y detrás de la columna «para».

—¡Maldición! —rugió Ben Asher—. ¡Se cambiaron de posición durante la noche! ¡Conductor! Métase en aquel hueco —apenas bastaba para cubrir el coche de mando y la ambulancia. Montaron un puesto de primeros auxilios y de comunicaciones. Ben Asher no alcanzaba a ver suficiente dentro del Paso. Miró a su alrededor. Un saliente por encima de él le parecía más prometedor. Lo escaló junto con el radio, el conductor y media docena de personal del puesto de mando. Sí, estaba mucho mejor… Una buena visión del wadi hasta el desfiladero. Gideon y Shlomo ocultaron el coche y subieron la ametralladora hasta el saliente que era ahora puesto de mando y la montaron.

El fuego cruzado se intensificó cuando los paras estuvieron situados, contestaron el fuego y enviaron destacamentos en busca de los nidos egipcios, uno a uno, con bayonetas y granadas.

Un blindado estalló en el wadi y a continuación cien mil rocas se desprendieron cuando el camión de municiones se fue al cielo… Luego le llegó la vez a la ambulancia… Otro blindado…, y otro…

—Ben Asher a coronel Z, ¿puede oírme?

—Z a Asher, me llega muy mal y muy bajo. Apenas le entiendo. Corto.

—Ben Asher a Z, hemos perdido la ambulancia y el camión de las municiones. Estamos completamente rodeados. Las tropas bien desplegadas, pero tendremos que tomar las posiciones una a una.

—Z a Asher, ambulancia y municiones en camino.

—Asher a Z, tendrán que acompañarles la compañía de reserva. Estamos bloqueados. La compañía C tiene que abrir una brecha y trazar camino a fin de que podamos entrar y salir de las coordenadas del mapa A-12.

—¡«Mig»! ¡Al suelo!

Volando en línea, seis «Mig» vinieron de mediodía muy altos, disparando contra el lecho de wadi. Más vehículos ardieron.

—¡Médico! ¡Médico!

Una docena de heridos fueron arrastrados, sacados y llevados al punto de primeras curas cerca del saliente de Ben Asher. Los tanques israelíes y los morteros estaban a cubierto y disparaban a las posiciones egipcias, pero el fuego parecía ineficaz. Correos y radios estaban cargados de mensajes… ¡Aleluya! ¡Dos ametralladoras egipcias habían sido alcanzadas y tomadas!

Ben Asher recuperó el control de la batalla, dirigiendo los movimientos de las unidades hasta que los egipcios descubrieron el puesto de mando y lo barrieron con fuego de mortero.

—¡Tenemos que desalojarlos! —gritó el mayor—. Maldita sea, tenemos que dirigir mejor el fuego.

Gideon descubrió una fisura a unos siete metros por encima de ellos. Parecía que iba a proporcionarles mejor vista sobre el wadi. Tocó el hombro del comandante y señaló hacia arriba.

—Bien —aceptó Ben Asher y buscó con la vista gente para tenderle un cable telefónico—. Mierda, ¿dónde está todo el mundo?

—El coche de mando, tocado. Faltan hombres para radio y teléfono… Yo lo tenderé —se ofreció Shlomo voluntario. Gideon agarró la segunda asa del carrete del cable—. Nunca podrás subir con tu pierna —advirtió Shlomo.

—¿Quieres apostar?

Ben Asher entregó sus prismáticos a Gideon, y Gideon y Shlomo se llevaron el cable ascendiendo, mano sobre mano, por la escarpada pared hasta la fisura. Shlomo tiró de Gideon. Gideon observó con los prismáticos.

—¡Es magnífico! ¡Podemos verlo todo! ¡Eh! Allí está Recon. ¡Suben por la escarpadura de los riscos como cabras monteses!

—¡Ben Asher! —gritó Shlomo desde arriba—. Desde aquí podemos dirigir los tanques y el fuego de mortero. ¡Manden un mapa!

Shlomo miró el punto a donde pretendía arrastrarse Gideon, montaba un teléfono de campaña.

—Quédate con el teléfono —dijo Gideon—. Yo voy a subir algo más. Te iré gritando los números.

Shlomo miró el punto a donde pretendía arrastrarse Gideon. Era terriblemente expuesto.

—No, mejor que vaya yo. Tú quédate con el teléfono.

—No sé hablar hebreo. Tendrás que ocuparte tú del teléfono. No te asustes. Yo vigilaba para la artillería en Tarawa. —Y desapareció. A diez metros de distancia, tendido sobre un saliente, boca abajo, y con los prismáticos enfocó la batalla: tres tanques escondidos tras unas rocas; la infantería avanzando hacia los nidos de ametralladoras, y la unidad Recon escalando la cara perpendicular del desfiladero.

Shlomo le gritó los números de los tres tanques.

—Shlomo, que el tanque J adelante veinte metros.

—Lo tengo.

—Tanque H, suba elevación dos pies.

—Ya está.

Un destacamento egipcio, del otro lado del wadi, descubrió a Gideon y disparó. A Shlomo no le gustó, pero las instrucciones llegaban con tanta rapidez, que no protestó.

—¡Bravo! El tanque H está dando en el blanco. Están disparando contra la línea de cuevas del desfiladero. Sigan disparando y muévanse quince metros después de cada disparo.

—¡Entendido!

El ruido era ahora ensordecedor. Cada disparo de rifle, pistola, fusil, granada, mortero, artillería en general, aumentaba doce veces de volumen por la estrechez del Paso. El estruendo era gigantesco. El algodón y los tapones ayudaban algo, pero era imposible oír y los gritos de Gideon tenían que repetirse media docena de veces para cada orden.

—¿Dónde puñeta está nuestro apoyo aéreo? —gritó Ben Asher—. Shlomo, ¿dónde puñeta está nuestro apoyo aéreo?

—¡Gideon! ¿Puedes ver nuestra cobertura aérea? ¡Necesitamos su apoyo! Las paredes del cañón entorpecen nuestras transmisiones.

—¡Es demasiado estrecho para mandarles aquí! —gritó Gideon—. Sugiero avisar por radio al coronel Z y que él les hable. Mejor que les haga volar en círculos sobre el desfiladero y no dejar que los egipcios se acerquen. Es lo mejor que pueden hacer.

Después de tres repeticiones, el mensaje llegó a Shlomo, que lo telefoneó a Ben Asher.

—Shlomo, di a tanque K que sus disparos son demasiado altos. Que baje la elevación lo menos diez grados.

—¡Entendido!

Poco después, la aparición de los «Ouragans» israelíes volando sobre la escena provocó gritos de júbilo, pero no podían oírse en medio del estruendo.

Por espacio de dos horas criminales, el fuego, por ambos bandos, no cesó. El cañón se estremecía y vomitaba piedras, al entrar la Compañía C, abriéndose paso,

con más municiones y suministros médicos.

El pelotón Reco seguía escalando la cara del desfiladero como si fueran un grupo de escaladores alpinos. Era un ascenso lento y tortuoso. Gideon pudo dirigirles desde su punto de ventaja para evitarles el fuego egipcio.

—Ben Asher a Z. ¡Muchas bajas! ¡Necesito camiones para sacarlos!

—¡Médico! ¡Médico! ¡Médico!

—Mando a Z. Ben Asher tocado. Capitán Masada toma el mando.

—Z. a Masada. ¿Está Ben Asher malherido?

—Masada a Z. Está muerto.

Pasó una hora, y otra. Los egipcios, al darse cuenta de que el vigilante de fuego causaba más estragos que otra cosa, abrieron una barrera de fuego de mortero contra el saliente. Gideon se encogió cuando el impacto de sus balas le aplastó contra la roca, hizo añicos los prismáticos y lo volteó como una tortilla.

Por toda la pared del cañón, pequeñas unidades de «paras» fueron limpiando, una tras otra, las posiciones enemigas. Por fin destruyeron el nido de morteros egipcio que había tratado de barrer al vigilante.

Puntos de apoyo «paras», en lo alto, desbarataron la sólida línea de la infraestructura egipcia. Los «paras» habían conseguido espacio para maniobrar y respirar y continuaron barriendo metódicamente los nidos.

—¡Recon a Masada! ¡Hemos llegado a la cima del desfiladero de Heitan! ¡Muchas bajas! Dentro de una hora deberíamos estar encima de las principales defensas egipcias…

Gideon había perdido los prismáticos, el cable de Shlomo estaba cortado y los destacamentos de tanques y morteros acabaron las municiones en el mismo momento.

—¡Baja ya, Gideon! ¡Salgamos de aquí de una vez! —gritó Shlomo.

—Bien. Ya no puedo dirigir más el fuego. ¡Mira!

Shlomo vio cómo se retiraban los tanques y se quedó fascinado contemplando a los Recon bajándose uno a otro por una pared vertical ayudándose con cuerdas y lanzando granadas a las cuevas egipcias.

—¡Masada! —volvió a gritar Shlomo—. ¡Aseguramos nuestras posiciones! Los tanques se retiran y ninguno de los morteros está operando.

—¡Les quiero abajo ahora mismo! —les gritó Masada.

Todo el día balas perdidas habían rebotado de las rocas. Al levantarse Shlomo para ayudar a Gideon a bajar, una bala le dio en pleno estómago, y resbaló y cayó por el borde del saliente al puesto de mando. Gideon, con su pierna mala totalmente inútil, llegó cojeando; después saltó al suelo y se arrastró hacia Shlomo.

—¡Eh, pequeño! ¡Eh, pequeño! ¡Háblame, Pedro! ¡Pedro! ¡Háblame, hombre! ¡Maldita sea, háblame, Shlomo! ¡Pedro! ¡Shlomo! ¡Pedro!

Central a «Para 202» STOP Nuestras fuerzas han atravesado los ejes norte y central

STOP Llegarán al Canal esta noche STOP Brigada de Yoffe se ha adelantado STOP Mañana al amanecer transporten «Para 202» al golfo de Suez para ayudar en la captura de Sharm al-Sheikh. FIRMADO, Dayan, Jefe de Estado Mayor.

«Para 202» a Central STOP 14.30 horas STOP Pregunta STOP Debo dejar fuerza defensiva dentro paso de Mitla STOP. FIRMADO, Coronel Z.

Central a «Para 202» STOP 14.35 horas STOP Negativo a su pregunta STOP Abandone paso de Mitla STOP Carece de valor militar. FIRMADO, Dayan, Jefe de Estado Mayor.

Gideon estaba sentado en un mojón al borde de la pista y contemplaba la hilera de cadáveres, metidos ahora en sacos de plástico esperando ser trasladados a Israel. Los heridos ya habían sido evacuados. Este sería su último vuelo.

Gideon sintió una presencia y levantó la vista. Zechariah estaba de pie junto a él, luego se sentó y también contempló a los muertos.

—Hola, escritor. He oído decir que tuvo un gran día dirigiendo el fuego de tanques y morteros.

—Yo no hablo hebreo —murmuró airado Gideon—. Shlomo hizo todo el trabajo.

—Es demasiado modesto. Fueron ambos muy valientes. Se quedaron allí en una posición excesivamente expuesta durante horas.

—Era el único lugar que encontramos con una vista amplia y clara.

Siguió un largo silencio; entre ambos pasaron naderías amargas que no se dijeron.

—¿Tiene la vista clara, ahora? —preguntó Zechariah—. ¿Le proporcionamos la batalla que deseaba? ¿Puede encaminarse ya hacia la inmortalidad?

Gideon cerró los ojos y se le escapó una lágrima.

—Cállese, coronel.

—Oh, comprendo. El escritor piensa que la cosa se desmadró. El escritor está juzgando. El paso de Mitla no debía tomarse. Zechariah es un carnicero.

—Lee exactamente mis pensamientos —dijo Gideon.

—¿Y qué demonios creía que iba a encontrar allí? ¿Superhombres? ¿Antiguos hebreos escalando los riscos rodeados por los ángeles de Dios que transformarían las balas enemigas en pétalos de rosa?

Gideon inició una retirada, pero Zechariah le agarró del brazo.

—¿Cree que yo no tengo lágrimas, escritor?

—¿Usted? No sea ridículo.

—Mi hermano menor ha muerto hoy en El Arish. Era… era mi hermano pequeño…

—Lo siento.

—Cincuenta de mis muchachos están ahí, muertos. Tuve que aprender muy

pronto a llorar por dentro y solo cuando estoy solo.

—¡Pero lo de hoy ha sido un acto tan fútil! —murmuró Gideon apretando los puños.

—Todas las guerras son fútiles, escritor. Qué, que Zechariah se equivocara en la batalla. Tal vez no. Solo Dios y la Historia podrán juzgarlo. Queríamos un Estado. Desde que cumplí doce años no he hecho sino servir a ese Estado. Zechariah, los beduinos atacan una aldea; Zechariah, prepáranos una brigada paracaidista; Zechariah, cruza la frontera y da una lección a los sirios. Endurece a estos muchachos, Zechariah, hazlos invencibles, hazles escalar riscos bajo el fuego enemigo. Oh, sí, pero los judíos se supone que no mueren en la batalla. Los generales judíos figura que reciben su sabiduría directamente del Altísimo. Bien, escritor, hemos estado bajo las armas desde que nacimos, todos nosotros, y por dos veces en menos de una década hemos sido llamados a la guerra. ¡Gánala pronto, Zechariah! ¡No tenemos ni tiempo ni recursos para una guerra larga! ¡Hazlo del modo que puedas! ¿Cree acaso que esta es la última vez que Israel tendrá que atravesar el paso de Mitla?

Gideon contempló el rostro torturado del coronel.

—Pero somos una democracia. Hablaremos y hablaremos y hablaremos. Los judíos son liberales, pacíficos. Los guerreros son fascistas. Así que habrá una comisión investigadora repleta de intelectuales y nuestra Prensa libre, me quemará vivo. Y después, todos aquellos grandes pensadores y grandes estadistas irán y lo enredarán todo y nos llevarán al borde de otra guerra. Y vendrán y me dirán: «Allá hay un conflicto, Zechariah. Vete a arreglárnoslo». Ellos hablan, Zechariah hace el trabajo sucio. Y tal vez, se cometerán errores en la batalla, y habrá otra comisión investigadora. Quizás algún día encontraremos al intachable general que nos conduzca a victorias sin derramamiento de sangre. ¿O ha olvidado cuántas veces sus gloriosos generales Marines metieron la pata en campaña?

El capitán Kofsky se les acercó:

—El «Dakota» está en contacto por radio. Aterrizará en cualquier momento, Zech. La brigada se está formando para despedirles.

Zechariah se puso en pie.

—Mañana nos dirigimos al Sur, escritor. Tengo que llegar a Sharm al-Sheikh antes que Yoffe. ¿Quiere venir con nosotros? Venga, le llevaré en mi jeep.

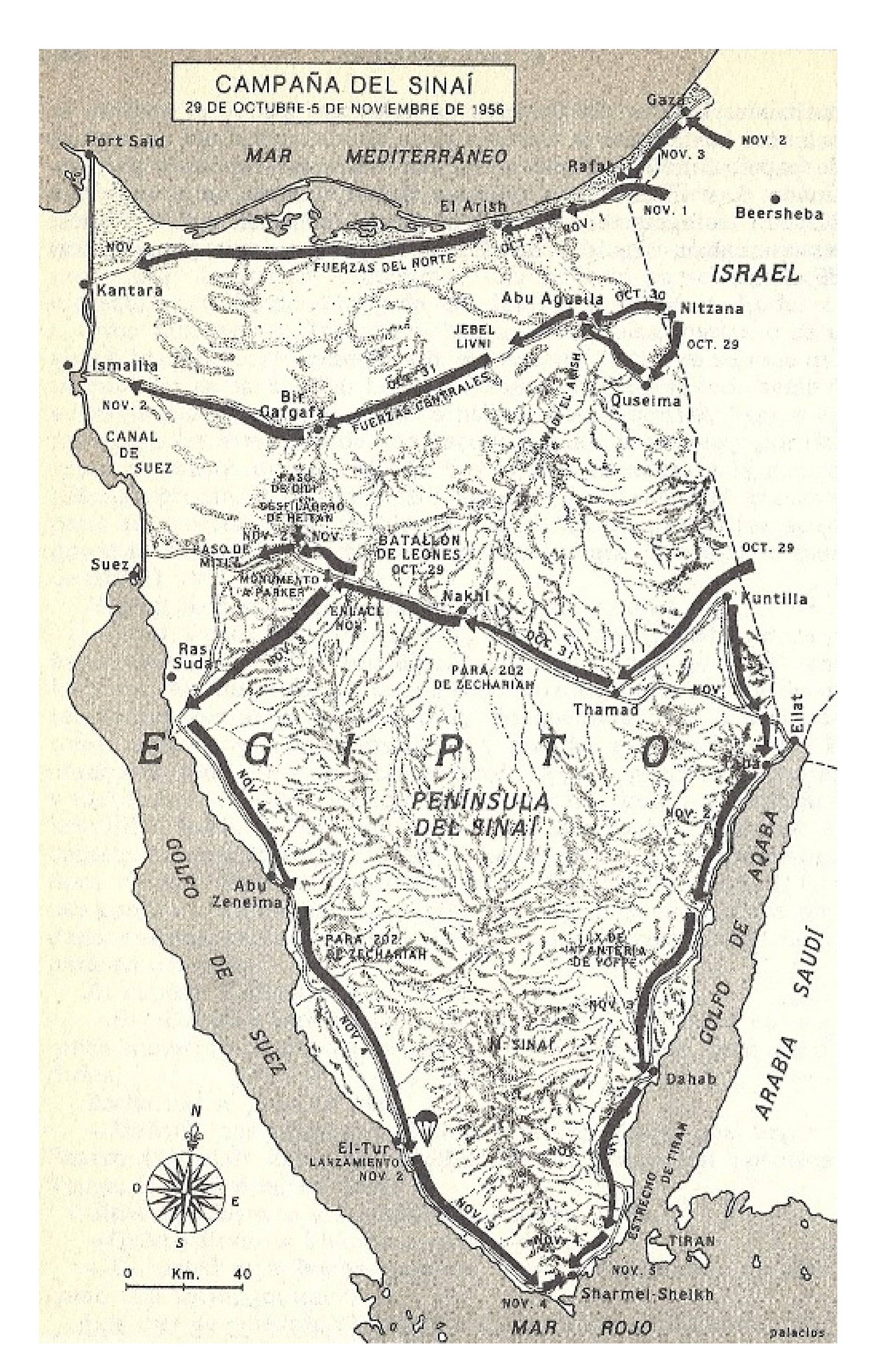
Gideon se levantó y se masajeó la pierna mala.

—Quiero llevar a Shlomo a casa —dijo.

—Es usted una buena persona, Zadok. Escríbanos un libro como una torre, ¿quiere?

Los tres se quedaron inmóviles al aparecer el «Dakota» en el horizonte. El aire del desierto se agitó un poco y el aparato se balanceó hasta tocar la estrecha pista donde cayó como un juguete de papel, chirrió, escupió arena por entre las ruedas y paró tosiendo. Las voces de los oficiales llamaron atención a los «Para 202». El

trompeta tocó silencio mientras Zechariah y el capitán se les acercaban, seguidos de Gideon, cojeando, unos pasos detrás de ellos.


CAMPAÑA DEL SINAÍ
29 DE OCTUBRE-5 DE NOVIEMBRE DE 1956
MAR MEDITERRÁNEO
Port Said
Gaza
Rafah
El Arish
Beersheba
ISRAEL
FUERZAS DEL NORTE
Kantara
Abu Aguella
Nitzana
JEBEL LIVNI
Ismailia
Quseima
FUERZAS CENTRALES
Bir Gafgafa
CANAL DE SUEZ
PASO DE DIDI
PASO DE MITLA
Suez
BATALLÓN DE LEONES OCT. 29
MONUMENTO A PARKER
Nakhl
Kuntilla
Ras Suda
PARA. 202 DE ZECHARIAH
Thamad
Eilat
E G I P T O
PENÍNSULA DEL SINAÍ
GOLFO DE SUEZ
GOLFO DE AQABA
Abu Zeneima
IX DE INFANTERÍA DE YOFFE
ARABIA SAUDÍ
Dahab
El-Tur
LANZAMIENTO NOV. 2
ESTRECHO DE TIRAN
TIRAN
Sharmel-Sheikh
MAR ROJO
0 Km. 40
palacios

CHIPRE

Kyrenia, 12 de noviembre de 1956

La brisa procedente del mar era cortante; hinchaba la gran cortina de encaje y la metía en la habitación como una gran vela que se hubiera soltado de un yate en plena regata. La cortina cayó sobre la cama y jugueteó sobre la espalda desnuda de Gideon. Trató de abrir los ojos. Estaban pegados. Los forzó a abrirse, los entrecerró y miró. La alcoba era blanca brillante sobre blanco. Cortinas blancas, paredes blancas, sillones de paja blancos, tocador blanco, blanco, blanco.

—Ratonera de mierda —masculló Gideon, su voz se ahogó en las blancas almohadas y una sábana blanca enroscada en su cuerpo—. ¿Dónde puñeta estoy?

—Aquí mismo conmigo, *habibi*.

Era la voz de Natasha.

Gideon intentó levantar la cabeza de la almohada. Era como una roca que alguien golpeara con un martillo pilón. Natasha llegó del balcón, alada. ¡Natasha! Pelo rojo, una feliz invasión del blanco sobre blanco. Su largo cuello flexible lucía una joya yemení, intrincada y una importante túnica de seda verde envolvía su cuerpo.

Gideon se movió como cuando un boxeador utiliza las cuerdas para enderezarse, hasta llegar a una postura sentada al borde de la cama. Se mojó los labios. Estaban secos.

—Necesito algo para limpiarme la boca.

—Prueba esto —le dijo, tirando de él hasta ponerle en pie y hundiendo la lengua en su boca.

—Cariño, no, apesto… —protestó apartándola, luego la besó—. Por un minuto he perdido la cabeza. Se me había olvidado lo mucho que te gustan los obreros sudados y pestilentes y los magnates perfumados, y los pilotos de carreras, y los enormes estibadores negros, y los matones llenos de tatuajes.

—Sí, mi amor, y has representado los diferentes papeles a la perfección. Pero los que más me gustan son los *cowboys* judíos, escritores y chiquititos.

—¡Todo esto está tan blanco! ¿Dónde estamos ahora? ¿En Marruecos?

—Chipre.

—¿Chipre? ¿De veras? ¡Que me aspen! Cuéntamelo.

—Te esperaba cuando aterrizaste en Beersheba. Llevamos a Shlomo a su *kibbutz* y vimos a su mujer y sus hijos.

Gideon se apoyó en la pared y se mordió los labios.

—Oh, Dios, está muerto. —Se pasó la mano por el estómago—. Le dieron de lleno en el vientre. Estábamos así de juntos. Pude haber sido yo.

—Lo sé, cariño. Me lo has dicho mil veces.

Gideon no podía soportar el mal sabor de boca. Pasó al cuarto de baño y descubrió el antiséptico sueco, aquel que podía taladrar un tanque y lo tragó de golpe

sin mezclarlo antes con agua.

—¡Uff! —Abrió ambos grifos y se bañó la boca a manos llenas. Encontró su albornoz colgado de un gancho en la puerta, se lo puso y salió al balcón, protegiéndose los ojos de la violencia del sol. Estaba en un tercer piso. A una manzana o dos de distancia, y a sus pies resplandecía como una joya una pequeña rada circular.

—Eh, ¿llegó Yoffe a Sharm al-Sheikh?

—Sí, y ganó a Zechariah por medio día.

—Bien. Conque Chipre, ¿eh? ¿Dónde?

—Kyrenia.

—¿Tienes alguna idea de cómo llegamos?

—Un conductor simpático nos trajo desde Famagusta. Tiene parientes en el pueblo.

—Vaya, muy interesante.

—Aterrizamos en Chipre hace tres días. Estabas ido, sin memoria. He aprendido todas las canciones del cuerpo de Marines, desde la Revolución Americana hasta hoy. En todo caso salimos de Nicosia y caímos ayer en el barrio turco de Famagusta donde encontramos al simpático caballero que contratamos como chófer. Nos inició en las delicias del opio. Viendo que ni uno ni otro lo habíamos probado y viendo que solo con alcohol no iba a despejar tus pesadillas y nostalgias, y viendo que declarabas valientemente que cada auténtico escritor tiene que probarlo todo una vez por lo menos, lo hicimos, y aquí estamos.

—Y dije todo eso, ¿eh?

—Y mucho, mucho más. Querías despedir a Shlomo a lo grande. Le hiciste honor.

—Sabes una cosa, mi maldito estómago parece estar cruzado por una cloaca, y mi cabeza está a punto de estallar.

Natasha entró y preparó una poción, sacó un par de aspirinas de su bolso y trajo un vaso de agua.

—Toma, cierra los ojos y bebe esto primero.

—¿Qué es?

—Coñac y angostura, un viejo remedio húngaro.

—¿Pero no será coñac israelí?

—Claro que no. Me diste una conferencia sobre el coñac en Jaffa, durante una hora.

—¿Eso hice? —Bebió, hizo una mueca y después se tragó las aspirinas.

—Quédate aquí y toma el aire; te sentará bien. Yo encargaré algo de comida.

—Yo…, creo que no quiero comer nada.

—No has tomado nada excepto alcohol y opio en cuarenta y ocho horas.

—Está bien, pero nada excesivamente…, ya sabes, grasiento.

Cuando Natasha volvió al balcón encontró a Gideon entusiasmado con la belleza

del pequeño puerto. En el extremo más apartado se alzaba una antigua fortaleza, probablemente veneciana.

—Este puerto es una de las cosas más bellas que he visto. ¿Cómo se llama este hotel donde estamos?

—«The Dome». Es un hotel muy muy británico, el típico lugar de vacaciones para funcionarios del Estado de cierta categoría.

Gideon se rascó la cara sin afeitar, luego alzó las manos como si enfocara el muelle.

—«Hotel Dome», Kyrenia, Chipre —dijo con voz en *off* como en una escena, en un guión—. Podría empezar mi novela aquí mismo. ¡Sería tremendo! Tendremos que bajar y echar un vistazo, más tarde.

Gideon se volvió y al verla radiante con su colorido, el cabello agitado ahora por la brisa, su túnica de un verde violento donde el sol se reflejaba. La acercó a él, soltó el delantero de la túnica. El nudo se deshizo fácilmente, metió la mano dentro, rodeó su cintura y atrajo hacia sí toda aquella suave blancura, luego la levantó en sus brazos y la llevó a la gran cama donde se hundió en ella.

No hizo falta más que un simple contacto de uno u otro para enardecerles una vez más, deteniéndose solo por la llegada de la comida.

—Bien —exclamó Gideon—, creo que nuestros tanques estaban vacíos.

Afortunadamente, el cocinero inglés, un antiguo cocinero de la Marina, estaba de vacaciones y su ayudante griego había preparado la suntuosa bandeja de mariscos, langosta, calamares, anguilas enanas, gambas, patatas fritas, verduras, y vino…, retzina y ouzo. Probaron el ouzo. Entraba bien, y no desequilibraba su resaca.

Recordaron la semana pasada, mucho de la cual era confuso.

—Me dijiste, quiero que me jodan —explicó Natasha imitando el acento americano, fanfarrón—. ¿Y qué mujer podía rechazar tan encantadora invitación?

La primera parada había sido el «Hotel Rey David».

—Casi no llegamos a tiempo a la habitación. Ciertas personas en el vestíbulo se escandalizaron. Delante de la puerta ya empezaste a desabrocharte el pantalón y todo delante de un grupo de damas *hadassah*.

—Oh, bobadas, cosas de niños —se reprochó Gideon.

—Entonces te diste la vuelta y te mostraste a ellas, con gran algazara por su parte.

—Sírveme más ouzo. Esto me está reponiendo de verdad.

—Una vez dentro y cerrada la puerta con llave, tiraste la llave por el balcón y preguntaste: ¿has visto alguna vez cómo joden las tortugas? Se sientan sobre el agua, al sol, sin soltarse, con solo el movimiento de las olas, y no se separan hasta que una de ellas muere. Bien, no eras exactamente una tortuga, *habibi*, porque cada hora o así, desmontabas, salías al balcón y contemplabas las murallas de la Ciudad Vieja por encima de la tierra de nadie, sacudías el puño y soltabas una arenga desde el balcón.

De allí «el grupo» pasó a Jaffa… en busca de atmósfera, ya sabes. Estabas decidido a encontrar el hotel más tirado del Oriente Medio. Casi lo logramos…, luego

Tel Aviv, la parte de la ciudad donde se mueven los gángsters, cerca de la playa y después a Herzlia al «Accadia», donde me leíste veintidós cartas de tu padre. Vaya, vaya, vaya, Nathan, ¡qué gran tío!

Gideon empezó a recordar. Trató de llevarse a Natasha a su casa pero ella se negó a entrar, y menos a hacer el amor en la cama de Val. A partir de entonces todo era confuso en su memoria.

—Así que, henos aquí en la antigua Chipre, la próxima joya que se desprenderá de la corona real… —comentó Gideon.

De pronto la batalla del paso de Mitla lo dominó todo. Luego le tocó el turno a Shlomo. El mayor Ben Asher y Zechariah, y Val y sus hijas que le esperaban en Roma fueron los siguientes. Y allí, frente a él, estaba la mujer, con sus ojos color esmeralda brillantes y llenos de amor por su inseguro *cowboy*.

Volvieron a hacer el amor. Esta vez fue sobrio, hambriento y profundo. No más concursos juveniles sobre quién flaquearía primero y tendría un orgasmo, alargando sus fuerzas tres, cuatro, cinco horas antes de que uno de ellos tuviera que abandonar y derrumbarse. Ni fantasías, ni juguetes, ni disfraces, ni cuerdas, ni cadenas, grilletes, ni drogas, ni falsas luchas cuerpo a cuerpo, ni golpes, ni espejos, ni tugurios y danzas del vientre en Nicosia, ni más desconocidos en oscuros callejones, ni más sexo en el ascensor entre el segundo y cuarto piso, no más rodar por los campos junto a la carretera de Jerusalén, a la vista del monasterio de los Hermanos Cristianos, no más exhibiciones, no más pagar por mirar, no más hacerlo en los lavabos de los aviones, no más tocarse por debajo de la mesa en restaurantes, no más aceite, ni pelucas, ni traseras de taxis.

Lo habían hecho todo. Ahora solo era sexo puro, descarnado, desnudo, ululante.

Y cayeron uno en brazos del otro llorando por la continuada magia, todo el día, hasta bien entrada la noche.

Bajaron al puerto y subieron las escaleras que llevaban al parapeto del viejo fuerte. Se quedó arrobada contemplando los movimientos de Gideon; era como un león al acecho, hablando bajito, para sí, mientras su mente incrustaba la fortaleza y el puerto en los capítulos de una historia.

Regresaron al «Hotel Dome», pensaron que lo mejor era localizar su conductor y llegar a Nicosia, al aeropuerto, pero mientras hacían el equipaje se abrazaron e hicieron el amor, y se durmieron abrazados.

Y cayó la noche.

¡Natasha despertó sobresaltada! Gideon no estaba a su lado. Apartó la sábana y saltó de la cama, con el corazón desatado. ¡No! No pasaba nada. Estaba fuera, con los pies apoyados en la barandilla mirando al mar, perdido otra vez en uno de sus místicos viajes en el extraño mundo que había creado para sí.

—Hola, *cowboy*.

—Hola, cariño. Jesús, tengo un primer capítulo maravilloso.

Acercó una silla junto a él y solo entonces se dio cuenta de lo angustiado que

estaba.

—¿Qué ocurre aquí dentro? —le preguntó.

Natasha le había cogido desprevenido. No podía hablar.

—Bueno, suéltalo.

Sacudió la cabeza para que le dejara en paz.

—¿Shlomo?

—Supongo que sí… No tenía que haber ido al Paso… Nadie tenía que hacerlo.

—Desde la semana pasada me has dicho lo mismo un centenar de veces.

—Lo sé. Si por lo menos…, por lo menos…

—¿Qué? —insistió.

—Nada —respondió secamente.

—Algo te atormenta, Gideon. Tienes algo aquí. Lo noté la primera vez que nos vimos. Lo he sentido todas las veces que hemos hecho el amor. Creo que ya es hora de soltarlo.

Hacía fresco, pero tenía el rostro cubierto de sudor.

—Gideon, he aprendido mucho de ti. Fuiste el primer hombre que comprendió la pena que me embargaba. Fuiste el primer hombre que supo que odiaba a mi padre y me enseñó a dejar de intentar matarle a través de otros hombres. El poder felino es una cosa horrible, me dijiste. No mates con él. Busca a un hombre que puedas amar de un modo precioso…, salvaje si quieres…, pero déjale vivir. Me cogiste por los hombros y me sacudiste y me hiciste gritar para que dejara de destruir… a mí… y a mis amantes.

Gideon gruñó.

—¿Qué te pasa ahora, hombre?

—¡Por lo menos —gritó con una voz que no era la suya— no fui un cobarde! ¡Por lo menos no abandoné a Shlomo!

—¡Conque eso era! Dejaste que ocurriera. ¡Natasha está contigo!

—No puedo —dijo temblando.

—¿Quién era Pedro?

Gideon reaccionó como si hubiera recibido un disparo. Saltó de su silla, hundió las manos en los bolsillos y se estremeció:

—Es…, hace… hace frío aquí. Me voy dentro. —Ella le siguió—. No enciendas las luces —ordenó.

Natasha encontró un fósforo y encendió la vela del tocador. La brisa se adueñó de la llama y proyectó una sombra salvaje sobre las paredes y el techo blancos. Gideon quedaba silueteado, sentado en el borde de la cama, con los hombros vencidos por el dolor, con el pelo en los ojos, un Hamlet de Chipre.

—Pedro era mi gran amigo —gimió como un fantasma—. Le quería como a un hermano. Estuvimos juntos desde el principio, campamento, escuela de radio, y luego al 6 de Marines… Me sentía tan orgulloso de ir al 6 de Marines…, había sido el regimiento de mi tío Lazar en la Primera Guerra Mundial…, el Bosque de Belleau…

Me puse a llevar una *fourragère* sobre el hombro izquierdo…, pero él fue el que la ganó. Pedro y yo… éramos algo más…, él era solo un chiquillo mexicano de San Antonio, pero tenía una de esas voces que solo tienen los mexicanos…, era como un ruiseñor… «La Paloma…» «Cucu-Rucu-Cu…». Cuando cantaba podía fundir el corazón de una mujer de hierro… Las putas nos esperarían en la estación de Wellington y nos agarrarían al pasar la barrera giratoria y nos llevarían a la cama. Yo tenía diecisiete años y Pedro diecinueve. ¿Puedes imaginar nuestra *chutzpah*? Pedro y yo y otros dos muchachos alquilamos la maldita Opera House de Wellington y convencimos al general de la división de que nos dejara montar una revista… Yo escribí gran parte de ella… Divertidísima… Pero el gran momento de la noche fue cuando Pedro salió, delante del telón, con solo un foco en la cara… y su guitarra… y cantó…

Gideon cantó la canción con la melodía de *Road to Mandalay* en un susurro…

Camino de Cizo Bay…
donde esperan las flotillas
y amanece con un trueno…
que viene de Burma, enfrente…
llévame a alguna parte al este de Lunga…
donde lo mejor no es como lo peor…
donde no existe Doug MacArthur…
y un soldado puede beber lo que quiera…
oh, el Ejército se lleva las medallas…
y la Marina las reinas…
pero los que llevan la peor parte…
son los Marines de los Estados Unidos…

—Pedro había ascendido a sargento al llegar a Tarawa. ¿Yo? Seguía siendo soldado raso, un grado menos que Hitler. Oh, fui cabo por dos veces y dos veces me devolvieron a soldado raso. Siempre estaba metido en algún lío. Nada importante… Desaparecía por unas horas aquí y allí, escabulléndome del servicio de cantina o cosa parecida.

El silencio era terrible mientras buscaba palabras. Apoyaba la barbilla en el pecho.

—… estaba en un claro. Tenía que exponerse porque las malditas radios eran modelos viejos inútiles para el servicio… Los Marines siempre recibíamos el peor material. Así que necesitaba un claro cerca del agua, y estaba transmitiendo un mensaje, un mensaje importantísimo. Una lancha de desembarco que nos traía municiones se iba hacia las líneas japonesas. Pero la estaba dirigiendo hacia nosotros. Yo me ocupaba del generador. Los japoneses abrieron fuego. Él siguió trasmitiendo. Yo seguí dándole vueltas al generador. No abandonó hasta que terminó el mensaje…

Empezaba a desmontar el generador, cuando vi desplomarse a Pedro… a unos veinte metros, quizá, de mí… Me quedé mirando con la boca abierta… mirando… Estaba helado. Antes de que pudiera moverme, el capitán Farney y el cabo Burns salieron corriendo al descubierto, me pasaron y llegaron junto a él. También les dispararon. Muertos los tres.

De repente, Gideon dejó de hablar. Se levantó y gritó angustiado:

—¡No corrí a su lado! ¡Abandoné a mi amigo!

Cayó de bruces en la cama, balbuciendo:

—Mandaron la división a Hawai a recuperarse. Yo ya no quería seguir. Quería abandonar e irme a casa. En Tarawa había cogido un dengue muy fuerte…, es una cochina infección donde todas tus articulaciones, codos, rodillas, nudillos, todo, se hinchan y tienes fiebre, una fiebre loca… Ya no servía para nadie, en ninguna parte. Luego se despertó otra vez mi asma debido al polvo volcánico del campamento. Así que me enviaron a casa. Mi grupo participó en la invasión de Saipan y todos mis compañeros fueron masacrados en la playa. Al muchacho que llevaba mi radio le reventaron las tripas. Y yo, estaba a salvo en el hospital de Oakland, montando otra representación.

Notó la mano de ella, amorosa.

—¡No me toques! ¡No valgo nada! ¡Soy un maldito tramposo! ¡He hecho trampa en todo!

—¿No sabes que todos los soldados quieren volver a casa? —musitó Natasha—. Desde el principio de los tiempos, todos los soldados quieren volver a casa.

—Pero yo…

—¿Qué?

—¡Fui un cobarde! ¡Fui un judío cobarde!

—¡Cállate, Gideon! ¡Incorpórate y mírame! Te he dicho que me mires, maldito seas, ¡mírame!

Se incorporó despacio y la miró. El rostro de Natasha era salvaje, y la luz y las sombras que les envolvían eran también salvajes.

—¿Qué le ocurrió a Pedro? ¡Le mataron, bien!

—¡Le mataron!

—¿Cuántos disparos?

—Uno.

—Así que ya estaba muerto cuando el capitán Farney y Burns llegaron a su lado, ¿no?

—Le habían disparado a la cabeza.

—Y si hubieras ido a recogerle, también hubieras muerto, lo mismo que Farney y Burns, ¿no es verdad?

—No lo sé…, quizás hubiera podido…, quizá si hubiera ido de prisa…, quizá…

—Pero te quedaste con el generador hasta que terminó el mensaje. No saliste huyendo. También te disparaban a ti.

—Teníamos que salvar la lancha de las municiones.

—Así que aguantaste hasta terminar el trabajo. Pedro estaba muerto y los hombres que fueron a recogerle también murieron. Y tú te dejaste cargar con la culpabilidad porque habías sobrevivido. Cariño, recuerda lo que me dijiste… Natasha…, no puedes sentirte culpable porque perdiste a todos en la cámara de gas. Eso fue lo que me dijiste. Yo lo tengo por Auschwitz, tú por Tarawa. No tiene nada que ver con que seas judío. Eso es lo que te han machacado toda tu vida. Soy un judío, luego soy un cobarde. Así que para absolverte de tu culpabilidad, tenías que escribir un libro, un gran libro, que te redimiera a tus propios ojos y te ganara el respeto de tus compañeros marines. Después tuviste que venir a Israel y estar en el paso de Mitla para redimirte como judío y ganarte el respeto de los judíos. ¡Por qué no ves claro de una vez, hombre!

—Oh, Natasha —gimió—, abrázame, abrázame, abrázame.

Natasha le meció entre sus brazos, y pasado un buen rato se quedó profundamente dormido. Llamaron a la puerta y se levantó a entreabrirla.

—El camarero, señora. Me pidió el menú de la cena.

—Un momento, por favor —dijo Natasha buscando un billete para la propina. Fue al armario y buscó en el bolsillo de la chaqueta para sacar la cartera. Su billete de avión cayó al suelo.

Dio la propina al camarero.

—Le llamaré cuando estemos dispuestos a encargar la cena.

—Gracias. —Y cerró la puerta tras él. Natasha volvió al armario, recogió el billete y sintió curiosidad. Al leerlo palideció.

Gideon tanteó en su busca y al no encontrarla, abrió los ojos, se orientó, y bostezando se incorporó. Natasha se le acercó andando muy despacio.

—Cariño —dijo Gideon—, debo de haberme quedado dormido.

—¡Canalla! —exclamó lanzándole el billete a la cara. Gideon evitó mirarla.

—Si interpreto bien el billete, ibas a devolverme a Israel y de allí a Roma, tú solo.

—Lo interpretaste bien.

—Tenía la impresión de que nos íbamos a St. Barths a escribir un libro.

—En algún momento durante toda esa larga juerga pude pensar con claridad. Natasha, tú eres todo lo que mi fantasía había imaginado. Pero tú y yo acabaríamos matándonos.

—Por qué, *habibi*, ¿qué te hace pensar tal cosa? Tú conoces a Natasha como un libro.

—Ahí está el problema. Tenemos deseos de muerte, tú contra tu padre yo contra mi madre. No podemos controlarlos. Eres demasiado dura para mí y yo demasiado duro para ti. Tracemos una línea.

—¡Crees que esa cosita tuya es un arma letal!

—Somos un par de mierdas, Natasha.

—¡Jodido canalla *cowboy*! ¡Hijo de puta!

—No maldigas en húngaro ni empieces a tirar las cosas.

—¡Quién! ¡Yo! Venga, vuelve junto a tu blanca y puritana esposa protestante. Siempre volverás a mí, ¡siempre! Volverás arrastrándote y te haré ladrar como un perro. ¡Todos lo han hecho!

—Para nosotros es un deporte sangriento, cariño. Lamento privarte de la muerte. Creo que será mejor buscar el chófer y regresar a Nicosia.

—¿Por qué tanta prisa, *cowboy*? ¡Concedámonos una más para el camino!

ROMA

15 de noviembre de 1956

—¡Allí está!

—¿Dónde?

—¡Allí!

—Mira, mamá, viene con *Grover Vandover*.

—¡Papá!

—¡Gideon! ¡Estamos aquí!

—¡Papá!

—¡Val! ¡Penny! ¡Roxy!

La mano de Val temblaba de tal modo que no podía meter la llave. Su habitación del «Hotel Excelsior» era grande, espléndida y daba a la elegante Via Veneto. Las niñas tenían una habitación más pequeña que comunicaba con esta.

—Muy lujoso para gente pobre —comentó Gideon.

—Mamá me envió el dinero —explicó Val—. Y también nuestros billetes de vuelta. Está realmente deseosa de mantenernos mientras tú escribas. Quiere ayudar, de verdad.

—Estupendo, pero trataré de encontrar algún guión. ¿Cómo está tu madre?

—Está en buena forma. Pero hablaremos después —dijo Val.

—Hemos estado yendo a la escuela norteamericana de aquí, papá.

—Oh, Roma es tan divertida…

Hubo regalos y una gran batalla de almohadas y una lucha en la cama, mamá, papá, perro e hijas, todo revuelto, hasta quedar sin resuello, y terminaron unos encima de otros. Pasado un buen rato, las niñas se cansaron y terminaron durmiendo con su perro, un sueño plácido que hacía tiempo que no conocían.

Gideon cerró su puerta y sonrió. Ahora estaban solos él y Val.

—Siento muchísimo lo de Shlomo y todos los demás.

—Sí, fue una pequeña y horrenda guerra.

—Oye, tengo una idea. Nuestra bañera es tan grande como para que quepa un barco. ¿Qué te parece si tú y yo nos ponemos a remojo y descorchamos una botella de espumoso?

—Hecho.

Después de haber retozado en la lujosa bañera como preludio a dulces cosas por venir, se envolvieron en amplios albornoces calentados en tuberías especiales para ello. El cabello de Val estaba húmedo aún del champú. Incluso debajo de la gruesa tela del albornoz, se percibían las bellas líneas de su cuerpo.

—¡Estás imponente, Val!

—En cambio tú pareces necesitar un reconstituyente.

Sobre la mesa se veía un montón de correo.

—¿Algo urgente?

—Veamos. Sal Sensibar tiene un par de guiones para que les eches una mirada. Dice que puede ofrecerte treinta y cinco mil, en total, por doce semanas de trabajo.

—No está mal. Tres meses. No retrasará demasiado la novela. Debería bastarnos para comer una temporada.

—He reservado pasajes en un barco italiano. Estamos tan arruinados que pensé que sería una buena idea pasar Navidad y Año Nuevo en el mar.

—Fabuloso —asintió.

—Tuve que regatear como una gitana y tenemos dos camarotes de primera clase y permitirán que las niñas tengan a *Grover* en su cabina. A ver, un montón de cartas de tu padre. Por qué no lo dejamos para mañana.

—Es una idea brillante.

—Me muero por enseñarte Roma —dijo Val.

—Todo tuyo.

—¿Qué tal se presenta el libro en tu cabeza?

—Va a ser muy bueno, Val. En serio, muy bueno. Tengo muchas cosas resueltas.

—¿Alguna idea para el título?

Volvió a llenar sus copas de champaña.

—Estoy pensando en *Galilea*. En todo caso es lo bastante bueno para ser un título provisional. Veremos si aguanta.

—*Galilea*. Es precioso, Gideon.

Brindaron otra vez y bebieron. Val le volvió la espalda, respiró profundamente y se armó de valor:

—¿Has terminado con Natasha? —murmuró, indecisa.

Él le hizo dar la vuelta y le levantó la barbilla a fin de poder mirarse en sus ojos.

—Creo que sí, de todo corazón. Me he propuesto no volver a verla más. Val, necesito que me perdones por ella y por muchas otras.

—Te he perdonado siempre.

—No creo que puedas olvidarlo. Trataré de saber cuándo sufres y te consolaré. Pero te prometo…

—Nada de promesas —le interrumpió Val—. Solo esfuérzate por recordar que somos muy sensibles y tenemos que aprender a manejar nuestras propias penas y ayudarnos uno a otro.

—Val.

—Sí, cariño.

—Te perdono por tu pequeña escapada.

—Gracias, colega. Lo necesitaba de verdad.

Se abrazaron dulcemente. En la emisora de las Fuerzas Armadas americanas se oía una canción…

—¿Baila, señora?
—Encantada, Marine.

Te vi anoche
y tuve la vieja sensación
cuando apareciste,
que ya te había visto.
Cuando pasaste junto a mí,
me estremecí,
y cuando nuestros ojos se cruzaron,
se me paró el corazón.
De nuevo parecí sentir
aquel viejo anhelo,
y supe que la chispa del amor
seguía ardiendo.
No habrá más romances para mí,
es una locura volver a empezar
porque aquella vieja sensación
sigue en mi corazón…

—Eh, marine.
—Diga, señora.
—Su voz es horrenda.
—El canto no es lo mío. Algún día seré un gran escritor. Oiga, ¿por qué no viene al hospital mañana por la noche? Estreno una obra.
—¿De verdad?
—Sí. La he escrito, dirigido y producido, y soy la estrella.
—Presumido, ¿no?
—Y que lo diga. Quédate conmigo, amor, y te allanaré el camino.
La música cesó.
—Cielos, ¡qué buena cara tiene esta cama!
Val se echó y desabrochó el alto de su bata para él.
—Me encantan tus pezones —dijo él arrastrándose junto a ella rozando su pecho con la cara, dulcemente, con suaves caricias de sus labios.
—Mi cansado y pequeño guerrero. Chisss. Chisss. La batalla ha terminado por ahora. Se acabó la lucha.
Estaba ya medio dormido. Mañana volverás de nuevo a la lucha, pensó Val. Toda tu extraña raza parece tener la necesidad de cargar con las penas del mundo. Por esto te gusta John Steinbeck. ¡Cuánto debes estar sufriendo! Tengo que comprenderte mejor y ayudarte, mi Gideon, el alma de un poeta, la rabia de un león.
Nunca se habían sentido tan bien juntos. Su cabeza estaba apoyada en el pecho de

Val y ella le pasaba los dedos por el pelo. Ambos se habían hecho daño mutuamente, y parte de la amargura estaba aún a flor de piel. Terminarían este libro juntos. ¿Y luego qué? ¿Qué nueva guerra buscaría su guerrero? ¿Dejaría alguna vez de luchar?

Bien, era inútil pensarlo ahora, se dijo Val. Estaban en Roma, pasarían las Navidades en el mar y después, lo mejor de todo, *Galilea* sería escrito.

—Duerme, pequeño…

—Duerme… duerme…

Justo antes de la batalla, madre,
solo puedo pensar en ti,
mientras, vigilando el campo,
tenemos delante al enemigo,
a mi alrededor, valientes camaradas, esperan…

¡Miss Abigail! ¡Miss Abigail! ¡Oh, mire las estrellas! ¡Es tan precioso aquí arriba! ¡Míreme! ¡Voy a salir del avión! ¡Ya no tengo miedo! ¡Estará orgullosa de mí! ¡Mire! ¡Allá voy! ¡MISS ABIGAIL! ¡MISS ABIGAIL! ¡HE AGARRADO LA COLA DE UN COMETA!



LEON URIS (Baltimore, 1924 - Nueva York, 2003). Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero sus problemas con el inglés, le hicieron abandonar sus estudios, alistándose con diecisiete años en los Marines, y participando en la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico.

Finalizada la contienda trabajó como chófer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Éxodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su obra son: *Mila 18* (1961), *Topaz* (1967), *QB VII* (1970), *Trinidad* (1976), *El peregrino* (1984) y *Redención* (1995).

Notas

[1] Ben-Gurion. <<

[2] Canal de Suez. <<

[3] Los Ángeles. <<

[4] «La pequeña máquina que podía». <<

[5] Corazón púrpura. Condecoración que se concede en EE. UU. por méritos de guerra. <<

[6] Te veré, / En todos los viejos lugares familiares, / Que este corazón mío atesora, / A lo largo del día… <<

[7] En aquel pequeño café, / El parque enfrente, / El tiovivo de los niños, / Los castaños, / El pozo de los deseos, / Te veré, / En todos los días preciosos del verano. <<

[8] Impuesto estatal. <<

[9] Hay que distinguir entre «hispanos» (pertenecientes a minorías de ascendencia española: chícanos, puertorriqueños, etc.) y «españoles» (nativos de España). <<

[10] Paracaidistas. <<

[11] Judío. <<